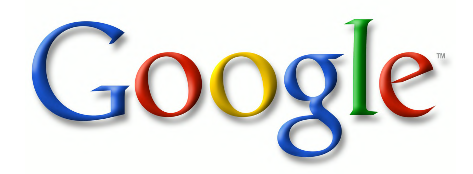
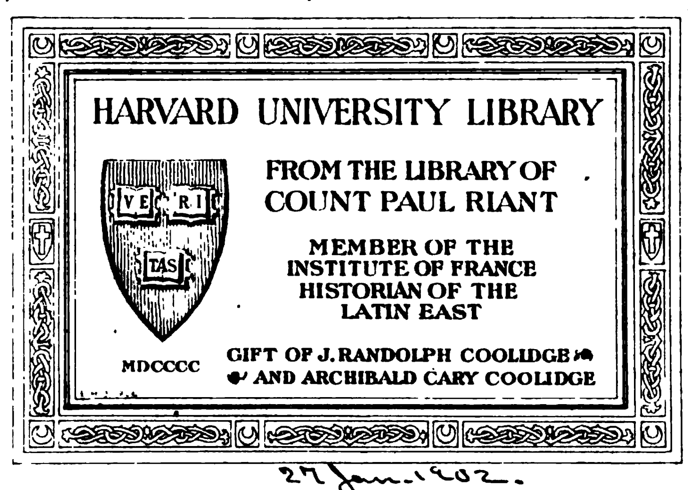



HARVARD UNIVERSITY LIBRARY
VE RI TAS
FROM THE LIBRARY OF
COUNT PAUL RIANT
MEMBER OF THE
INSTITUTE OF FRANCE
HISTORIAN OF THE
LATIN EAST
MDCCCC
GIFT OF J. RANDOLPH COOLIDGE
AND ARCHIBALD CARY COOLIDGE



HISTORIA DE ESPAÑA.

TOMO CUARTO.

HISTORIA

DE ESPAÑA

POR

DON ANTONIO CAVANILLES,

DE LAS REALES ACADÉMIAS DE LA HISTÓRIA Y DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

TOMO CUARTO.

MADRID.—1862.

IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRIA.

Paseo del Obelisco, núm. 2, Chamberí.

HISTORIA DE ESPAÑA.

LIBRO SEXTO.

UNION DE CASTILLA Y ARAGON.

CAPITULO PRIMERO.

Al asesinato siguió la usurpacion: ocupó el bastardo el trono. De las hijas de D. Pedro habidas en la Padilla, y cuya legitimidad reconocieron las Córtes, dos se hallaban casadas con príncipes ingleses; la restante, Doña Beatriz, que fué monja más tarde en Santa Clara de Tordesillas, y D. Juan, habido en la de Castro, y los hijos de damas de aquel rey, se refugiaron todos al castillo de Carmona, donde su alcaide, Martin López de Córdoba, maestre de Calatrava, resistió mas de dos años.

Todos los ilustres descendientes de la casa de Borgoña podian alegar preferente derecho al trono; D. Enrique, empero, lo ocupó con mas facilidad de lo que podia imaginarse. Toledo, afligida por el hambre, se le rinde; Sevilla le aclama, y la mayor parte de las ciudades levantan pendones en su favor. Mas sin embargo éranle contrarios muchos pueblos. Vitoria, Salvatierra y Logroño se habian entregado ántes de la muerte del rey D. Pedro á Don Cárlos el Malo de Navarra. Molina, Requena y Cañete prefirieron ser súbditas del rey de Aragon á reconocer al bastardo, diciendo el alcaide de Cañete al aragones, que primero se entregaría á judíos y á moros que á D. Enrique. Zamora, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Alcántara y Valencia de Alcántara reconocieron por rey al monarca portugues, y lo mismo hizo la ciudad de Tuy y gran parte de Galicia. El rey de Granada no quiso concertar treguas con D. Enrique, y le hostilizó tomando y asolando á Algecíras y cegando su puerto. Juan de Gante, duque de Lancáster, hijo de Eduardo III rey de Inglaterra, marido de Doña Constanza hija de Don Pedro, se apercibia á hacer valer los derechos de su esposa.

D. Enrique pasó á Sevilla; trató en vano de concertarse con los de Carmona, y hacer paces

con Mahomat, y no consiguiendo nada, fuese á Toledo, donde estaban reunidos su mujer y su hijo primogénito D. Juan. Pensó entónces en ocupar á Requena, sin poder conseguirlo, y viéndose acosado por Duguesclin, y sin recursos para cumplir sus compromisos, acudió al arbitrio de labrar moneda baja de ley, mandando acuñar *coronas*, *cruzados* y *reales* [1]. Por de pronto, acuñada esta moneda de órden del rey en diferentes obispados por asentistas que la circularon por el país, parecia haber crecido la riqueza pública; mas á poco los mantenimientos y todo género de objetos de comercio vinieron forzosamente á tomar su nivel y, como dice la

[1] La órden para que se hiciese la moneda fué de 15 de mayo, era 1407 (1369). La moneda se fabricó por asiento; la concesion se hizo á Garcí Ferris, camarero mayor del maestre de Santiago. Entregábanse á los contratistas las casas de moneda: la de Murcia lo fué á Fernan García, Almojarife la de Sevilla, á Rui Pérez de Esquivel y al genoves Arguis de Goce. En la instruccion que acompañaba á los albalaes se explica con la mayor precision la baja que sufria la moneda. «Primeramente que »puedan labrar moneda de ta»lla de 70 rs. el marco, é que »valga cada uno tres marave»dis, é de ley de 3 dineros, »conviene á saber: con un »marco de plata tres de cobre, »é esta plata que sea de ley de »11 dineros. E otrosí que pue»dan labrar moneda de talla »de ciento é veinte dineros el »marco, é que valga cada uno »de ellos 7 maravedis, é que »haya en cada marco de plata »7 de cobre é uno de plata, é »esta plata que sea de ley de »11 dineros. Otrosí que pue»dan labrar coronas de talla »de doscientos é cincuenta »dineros el marco, é que ha»ya de esta plata un marco é »15 de cobre, é esta plata que »sea de ley de 11 dineros.» El contratista debia pagar «diez y siete cuentos é doscientos é »ochenta mil maravedis por »año.»

crónica de Ayala, « llegaron las cosas á muy grandes precios, en guisa que valia una dobla trescientos maravedis, é un caballo sesenta mil maravedis, é así las otras cosas.»

Los auxiliares recibieron gruesas cantidades; pero Duguesclin no estaba satisfecho y permaneció en Castilla haciendo lo que hoy llamaríamos negocios; cargándose de títulos y honores, y exigiendo villas y ciudades para concertarse con el rey, que se las compraba despues, llegando á darle por ellas cien mil francos de oro. La permanencia en Castilla de este guerrero y de los suyos, fué en los primeros momentos favorable á D. Enrique, pues le daba fuerza material en el país, y le hacia conservar el vínculo moral que le unia al monarca francés. Era D. Enrique hombre acomodaticio: queria reinar á toda costa; apagaba con mercedes las insurrecciones, y acallaba los descontentos, y se atraia voluntades dilapidando el patrimonio de la nacion de la manera mas desaforada. Aplaudianle los señores, seguros de obtener cuanto pidiesen; y hartos de exprimir las arcas del Estado, eran amigos de la paz para no perder lo que habian adquirido. Acaparaban y conservaban.

Cuando no podia pasar por otro punto, peleaba el rey, que era valiente; condicion de

todos nuestros monarcas. El primero contra quien esgrimió las armas fué contra D. Fernando, rey portugues, biznieto de Sancho IV, nieto de su hija Doña Beatriz, casada con Alonso IV de aquel reino. Creíase, por tanto, con derecho á la sucesion de Castilla, y envalentonado al ver las plazas que le aclamaron, penetró por Galicia. Trasladóse D. Enrique á Zamora; púsola cerco, y de repente sabe que los gallegos se habian alzado á favor del portugues, abriéndole sus puertas la noble ciudad de la Coruña. Sale para Galicia con Duguesclin y demas caballeros bretones, y no bien conoce Don Fernando que venian en su persecucion con fuerzas considerables, mandó que su ejército se reconcentrase en Portugal, y él, con su guardia, embarcóse en la Coruña. D. Enrique no se detuvo á rendir esta plaza ni otros puntos fuertes y penetró desde luego en Portugal: tomó á la fuerza á Braga y Braganza; sitió á Guimaraes, y sin lograr que D. Fernando le aguardase para pelear, volvióse á Castilla y fijó su residencia en Toro, donde celebró Córtes.

Afligian al rey, aun mas que las excisiones de los pueblos, las demasías de las tropas de Beltran, pesadilla perpétua que le ahogaba. Exigian que se les acabase de pagar, y decian con el mayor cinismo que recordara que tuvieron

en su mano la corona de Castilla, y que debia á ellos el trono que ocupaba.

Celebró Córtes en Medina del Campo y satisfizo á Duguesclin ciento veinte mil doblas que le prometiera en Montiel, con lo que le acalló por el pronto. Entrególe ademas villas y ciudades. A Oliver de Marcny, primo de Beltran, le dió á Agreda; al Besque de Villanes á Rivadeó con título de conde, casándole con una parienta del mismo rey, de la casa de Guzman. Mosen Arnao de Solier, llamado el Lemosin, recibió en este repartimiento á Villalpando, y dió el rey á Jofre Rechon, á quien Froissard llama Ricons, caballero de Bretaña, á Aguilar de Campos. Estas larguezas eran pago del concierto que hizo con estos señores para que le entregasen en Montiel al rey D. Pedro, ó como dice la crónica, «de la pleitesía que fuera fecha cuando el rey D. Pedro morió, *que fué entregado* al rey D. Enrique en la posada de Mosen Beltran en el real de Montiel.» Partió Beltran; respiró D. Enrique. ¡Funesto es para la patria todo auxilio extranjero!

Envió D. Enrique gente á Galicia y á Granada, y apretó el cerco de Carmona, sitiando en vano á Ciudad Rodrigo, que se resistió con valor. El estado de Galicia era cada vez mas grave. D. Fernando de Castro, que

vimos ofendido primeramente de D. Pedro por el agravio que infirió á su hermana, y despues siguiéndole en Montiel; estaba en concepto de preso en los reales, bajo la guarda de un alguacil que no le perdia de vista; y pretextando que deseaba hablar á los defensores de Guimaraes, para persuadirles que se entregasen á D. Enrique, logró penetrar en la plaza, se declaró por el portugues, y pasó ocultamente á Galicia; y allí, con sus parientes y vasallos aceleró la insurreccion y puso en armas aquel importante reino, apoderándose de Lugo y de Santiago. Complicaba la situacion ver que el rey de Portugal enviara su escuadra á las aguas de Andalucía y tenia bloqueado á Sanlúcar; mas el almirante de Castilla, Bocanegra, hizo levantar el cerco, pasó á Vizcaya á recoger buques, y destrozó á su regreso la escuadra de Portugal, ocupando varias galeras, entre ellas la que conducia el dinero para pagar á los soldados.

D. Enrique conoció desde luego que la insurreccion de Galicia se habia de apagar en Portugal, y si bien envió fuerzas contra aquel reino, negociaba paces con este por la mediacion del Pontífice, que envió un legado al efecto. Hiciéronse las paces; no muy sinceras en verdad, ni muy duraderas, más que por el

pronto dieron el resultado que se apetecia. Devolviéronse recíprocamente las plazas ocupadas, Tuy y la Coruña á Castilla; Braga y Braganza á Portugal, y esto desanimó en extremo á los gallegos, que lenta y trabajosamente se fueron entregando, vencido Castro en el puerto de Buéyes. Concertóse ademas que el rey de Portugal casaria con Doña Leonor, hija de Don Enrique, el cual se puso sobre Zamora y ocupándola apaciguó aquella tierra.

La boda convenida no llegó á verificarse. Habia en Lisboa una señora principal llamada Doña Leonor Téllez de Menéses, esposa de Juan Lorenzo de Acuña. Galanteábala el rey y la aconsejó que pusiese demanda de nulidad de matrimonio por el parentésco no dispensado que tenian ambos cónyuges. El marido no se opuso; anulóse el vínculo y el rey casó de secreto con esta señora. Súpose: varios descontentos, capitaneados por un sastre llamado Fernan Vázquez, se amotinaron en Lisboa: salió el rey con su esposa para Santarem, volvió á apaciguar el tumulto, hizo quitar la vida á Vázquez y á los principales sublevados y coronó por reina á Doña Leonor. Juan Lorenzo de Acuña, marido de la nueva reina, pasó á Castilla y mandó que en la gorra que ordinariamente usaba le colocasen, por penacho ó mar-

tinete, dos cuernos de oro, con los que paseaba por las ciudades.

Los sensibles acusadores del bizarro mancebo asesinado en Montiel pasan en olvido graves sucesos. D. Enrique no habia de ser ménos que Don Pedro. Hallábase D. Tello, hermano del rey, en Trujillo, de frontero de aquella tierra, y falleció en 15 de octubre de 1370, segun la voz pública asesinado por D. Enrique, que dió el señorío de Vizcaya á su hijo D. Juan. López de Ayala niega débilmente el asesinato; pero lo narra sin poderlo ocultar: «E algunos de» cian que le fueran dadas hierbas, é que se » las diera un físico que decian Maestre Roma» no, que era físico del rey, é que se las diera » por mandado del dicho rey, por razon que » D. Tello andaba siempre tratando con todos » aquellos que él sabia que no querian bien al » rey D. Enrique; pero esto non es cierto, salvo » la fama que fué así.»

Mas no podrán negar la maldad que cometió con los de Carmona.

Dos años duraba la resistencia. Una noche asaltan la muralla cuarenta soldados; apodérase de ellos D. Martin López de Córdoba y les da muerte. Sintió el rey tan inhumana accion; estrechó el cerco de la plaza y ofrecióse á capitular. Se estipuló que los hijos de D. Pedro pa-

sarian á reino extraño, y que D. Martin tendria seguro y salvo conducto para hacer lo mismo. Receloso D. Martin, exigió que D. Enrique jurase el concierto; y efectivamente D. Fernando Ozóres, maestre de Santiago, con plena autorizacion del rey, hizo solemne juramento. Entregóse la plaza el 10 de mayo de 1371. Los hijos de D. Pedro fueron llevados presos á Toledo, donde vivieron mucho tiempo; y no bien tuvo D. Enrique en su mano á D. Martin y á Mateo Fernández de Cáceres, secretario del sello de la poridad en tiempo de D. Pedro, y á otros caballeros, los hizo matar pérfidamente. Nada valió el solemne compromiso, ni la santidad del juramento; nada los ruegos del maestre Ozóres, á quien ofendió tan infame conducta. Dióles muerte horrorosa. Hízolos arrastrar por Sevilla; mandó cortarles piés y manos, y degollarlos y quemarlos.... D. Enrique era hermano de Don Pedro.

Libre ya de sus cuidados en Andalucía, tomada Carmona y concertadas treguas por ocho años con el de Granada, pasó á Rioja y Álava, donde el rey navarro tenia por suyas varias villas y ciudades. Salvatierra y Santa Cruz de Campezu se le entregan sin vacilar, y despues de larga negociacion, y de la mediacion del le-

gado apostólico, lo verificaron las ciudades de Vitoria y Logroño, sin que afortunadamente llegasen á romperse las hostilidades, y concertándose la boda de D. Cárlos, heredero de Navarra, con Doña Leonor, hija de D. Enrique. La marina española, en auxilio de los franceses, batió delante de la Rochela á la escuadra inglesa, rindiendo algunos navíos y apresando varios caballeros de la primera nobleza, entre ellos al almirante conde de Pembroke, que fué entregado á Duguesclin para que se utilizase de su rescate. Mandaba Bocanegra nuestra escuadra, compuesta de cuarenta y tres bajeles y trece tartanas; y al siguiente año contribuyó á que los franceses que peleaban por tierra se apoderasen de aquella plaza á la sazon inglesa.

En tanto el duque de Lancáster, aliándose con el rey de Portugal, aprestó una escuadra y se dispuso á combatir al rey de Castilla. Eran muchos y de varias clases los emigrados españoles que residian en Portugal afectos á D. Pedro y á su descendencia. Armáronse, y por sorpresa ocuparon á Tuy. D. Enrique, hombre muy activo, acudió con presteza y recobró la plaza, y estableciendo su cuartel general en Zamora, entró en Portugal y ocupó á Viseo, mientras por Galicia avanzaba otra division asolando el territorio de Barcelos y ven-

ciendo á las tropas lusitanas en uno y otro encuentro. Pasó á Coimbra con ánimo de cercarla y rendirla; mas, con notable galantería, cuando supo que en aquel punto se hallaba convaleciente de parto la reina Doña Leonor, mudó de rumbo y no molestó la plaza; y pasando por Torresnóvas y Santarem, se puso á la vista de Lisboa penetrando en los arrabales.

Aún no habia llegado la escuadra castellana: los defensores de Lisboa, al abrigo de la parte murada de la ciudad, causaron gran daño á las tropas de D. Enrique, que dispuso que se quemaran varias calles, la judería y los buques, excepto cuatro galeras, de dos de las cuales se apoderó mas tarde el almirante Bocanegra. Sonó la voz de paz: el rey portugues capituló que lanzaría de su territorio á Castro, y á los emigrados españoles siempre amenazantes; que, como aliado del rey de Castilla, le auxiliaria en sus guerras con gente y buques; y que se celebraria la doble boda de D. Sancho, hermano de Don Enrique, con Doña Beatriz, hermana de aquel rey; y la de D. Alonso, conde de Gijon, bastardo del monarca de Castilla, con Doña Isabel, hija natural del rey D. Fernando de Portugal.

Todo acaecia prósperamente para D. Enrique: en paz con Portugal y con Navarra,

sometió poco á poco los descontentos y dió unidad á la monarquía. Faltaba únicamente concertarse con Aragon, cuyo rey, D. Pedro el Ceremonioso; andaba por demas ocupado en los asuntos de Cerdeña, en que no llevaba la mejor parte, y en los de Sicilia, en que por muerte de D. Fadrique II sin descendencia varonil, recayó el trono en su hija Doña María, cuyos derechos se negaba á reconocer D. Pedro. Casó esta señora con D. Martin, nieto del monarca de Aragon, como hijo del duque de Momblanc, y apaciguáronse los disturbios que empezaron á surgir. Logró D. Enrique hacer las paces con el de Aragon, y concertaron que D. Juan, primogénito del rey de Castilla, se casaria con Doña Leonor, hija de D. Pedro el Ceremonioso; boda que ansiaban ambos jóvenes, iniciada por el amor y coronada por la política.

Pacificada Castilla, D. Enrique pasó á Francia con su ejército á auxiliar al rey Cárlos, y puso inútilmente sitio á Bayona, que poseian los ingleses: ciudad nunca tomada, ó como dice el lema de sus armas: *Nunquam polluta.*

Empezaba la Francia á respirar. Muerto el príncipe de Gáles, falleció á poco, en 1377, su padre Eduardo III, rey de Inglaterra, y recayó la corona en Ricardo II, su nieto, muy

distinto de su abuelo y padre, que fueron el terror de los franceses. Cárlos V de Francia, con el auxilio de Duguesclin, logró recobrar parte del territorio, y trató de privar á Cárlos el Malo de Navarra de los estados que poseia en Francia. Mas este rey alióse con el inglés, concertándose con el duque de Lancáster, tio del rey, y que á la sazon gobernaba aquel reino. Prometióle paso y proteccion para cuando tratara de penetrar en Castilla. D. Enrique se anticipó enviando á su hijo el príncipe D. Juan, con crecido ejército á Navarra. Ocupó á Viana y otros puntos, y llegó á vista de Pamplona, obligando á aquel monarca á pedir paces con condiciones favorables á Castilla.

En tanto habia ocurrido en Portugal sangrienta catástrofe. El infante D. Juan, hijo de Doña Ines de Castro, casó en secreto con Doña María Téllez de Meneses, hermana de la reina Doña Leonor. Irritada esta señora, que era muy mala, hizo creer al infante que su hermana manchaba su honor, y que habia hecho mal en casarse, pues le hubiera dado la mano de Doña Beatriz, su hija, y heredera de la corona. Partió el crédulo mancebo á Coimbra, halló á su esposa dormida en el lecho y la cosió á puñaladas. Ofendiéronse los Téllez de Menéses; aplácalos la reina, y D. Juan, co-

nociendo la intriga, y perdida toda esperanza de enlazarse con Doña Beatriz, se refugió á Castilla.

En esto vacó el Pontificado: Gregorio XI, que habia trasladado á Roma la Sede que por tantos años estuvo en Aviñon, falleció en 1378. Cuando estaban los cardenáles en cónclave, el pueblo amotinado clamaba que le diesen Papa romano, ó cuando menos italiano, amenazando pegar fuego á la residencia en que se hallaban. Nombró el cónclave á Urbano VI, natural de Nápoles; mas á poco, retirados á Fondi los cardenáles franceses, eligieron á Clemente VII. Dividióse la cristiandad; prestaban obediencia, unos reinos á Urbano, y otros á Clemente. Vaciló España y acabó por reconocer á este último. Nació, pues, el largo y funesto cisma de Occidente, que merece detenida narracion por su importancia y sus funestos efectos, y por haber sido antipapas dos españoles, como veremos luego.

En 1379, á los cuarenta y seis años de edad y diez de reinado, falleció D. Enrique, no sin sospecha de veneno. Empezó á adolecer el dia que estrenó unos borceguíes que le regaló un moro de Granada que residia en la corte. Creyó el vulgo que en aquel calzado estaba el veneno que le causó la muerte. Fue buen rey:

en las Córtes de Toro de 1371 organizó la administracion de justicia: el pueblo vivió tranquilo bajo su mando; tenia dótes para el trono: valor, prudencia política, tino y actividad. Era mejor rey que hombre.

Dejó por heredero al príncipe D. Juan, habido en su matrimonio con Doña Juana Manuel, en que procreó tambien á Doña Leonor, que casó en Navarra, y á Doña Juana, que falleció de corta edad. De cinco mancebas, señoras principales, cuyos nombres dijo el rey en su testamento, tuvo diez hijos, y tres más de madres desconocidas. No fué, pues, modelo de continencia.

Su testamento es célebre por la cláusula veintitres en que declara vinculadas las mercedes que hizo en tiempo de sus *menesteres*, y reversibles á la corona faltando descendencia directa varonil del donatario. Cláusula á que dió fuerza de obligar la Reina Católica, y más tarde, por hallarse en desuso, el rey Felipe II; cláusula, empero, que repugnaron los señores é hicieron derogar en el siguiente reinado.

Fué D. Enrique pequeño de cuerpo, blanco, rubio; yace en Toledo; por su muerte subió al trono su hijo D. Juan I.

CAPITULO II.

La juventud y gentileza, la bondad natural y el valor acreditado de este jóven, le hicieron grato al pueblo, que predecia un reinado venturoso. Mas se engañó. Faltábale conocimiento práctico del mando, y se empeñó en una guerra causadora de grandes males á la patria. Conquistó para el frances algunas plazas en Bretaña, que estaban por los ingleses, y llevó sus naves á las costas de Inglaterra, que en aquel tiempo no habia empuñado el tridente de los mares.

A este glorioso período de aventuras sucedió pronto una intriga en el exterior. Trató Don Juan I de concertarse con el rey de Portugal y pidió para su hijo D. Enrique, que apenas tenia un año, la mano de Doña Beatriz, here-

dera del trono portugues, señora prometida ántes á D. Fadrique, hijo natural del anterior rey castellano. Trabajosa y lenta fué la negociacion: intervinieron las Córtes de uno y de otro reino, y se estipuló una condicion absurda que decia que, si alguno de los dos esposos muriese sin sucesion, el que sobreviviera heredaria ambos reinos. De modo que se alteraba el órden de suceder en cada país, se faltaba al derecho político establecido, y se preveia el caso de que Castilla, cuyo príncipe estaba en la infancia, y ofrecia menos condiciones de vida, pasase al dominio de Portugal.

El rey de este país era, sin embargo, mudable como el viento, y estaba dominado por el conde de Ouren, su valido, más valido aún de la reina, cuya criminal intimidad escandalizaba al país; reina á quien Faria Sousa compara con Mesalina. Prestó el rey D. Fernando de Portugal fácil oido á las pretensiones del duque de Lancáster, que con su escuadra se aprestaba á enviar gente á Lisboa, no viniendo personalmente por hallarse ocupado en la gobernacion del reino británico.

D. Juan entró con lucido ejército en Portugal por la parte de Castilla, disponiendo que los maestres de las órdenes penetrasen por Extremadura. El rey tomó á Almeida; los maes-

tres cercaron á Yélves, teniendo que levantar el sitio con poco lucimiento, y la escuadra de Castilla, á las órdenes de Fernan Sánchez de Tovar, batió á la portuguesa, que mandaba el hermano de la reina Doña Leonor, Juan Tello de Menéses, apresando junto á la isla de Sálces, á la desembocadura del rio Tinto, veinte y una galeras de que se componia y haciendo prisionero al mismo almirante. Suceso infausto para los portugueses, glorioso para Castilla.

En tanto, á las órdenes del duque de Cambridge, hermano del de Lancáster arribaron á Lisboa tres mil hombres, entre ellos muchos principales caballeros de Inglaterra. Acostumbrados á las guerras vandálicas que hacian en Francia, y sin conocer que estaban en país amigo y aliado, cometieron los ingleses en Lisboa todo linage de demasías, tratando á los pueblos en que fijaron sus cantones cual si fueran de país conquistado. Avanzaron luego ingleses y portugueses, penetraron en Extremadura, ocuparon los castillos de Lobon y Cortijo.

El almirante Tovar se puso con su escuadra de ochenta velas á la vista de Lisboa; desembarcó gente, quemó varias aldeas y los arrabales de Palmela y Almada, y al volver de Cintra con muchos ganados y botin, cayeron los nuestros en una celada que les puso Pedro Ál-

varez Pereira, prior de S. Juan, y perdieron lo conquistado, quedando en el campo la mayor parte de los expedicionarios.

El rey D. Fernando, gran casamentero, estaba siempre concertando bodas para su hija Doña Beatriz. Esta señora fué destinada primero para D. Juan, hijo de Doña Ines de Castro; más tarde para D. Fadrique, hermano de Don Juan I; despues para el príncipe D. Enrique de Castilla. Siendo, á pesar de esto, ofrecida por su padre á un hijo del rey de Inglaterra, con quien se celebraron esponsales, sirvió todavía para otras dos negociaciones de paz.

Púsose el rey D. Fernando de Portugal en Extremadura con su ejército, auxiliar de los ingleses. Disgustado con ellos, trató con gran secreto paces con el rey de Castilla, conviniendo en que abandonaria al duque de Cambridge á su mala suerte, si queria seguir peleando, siendo conducidos en otro caso los ingleses á su país en la escuadra española que mandaba Tovar; y que, por último, la buena infanta Doña Beatriz, que ya estaba en edad núbil, casaría con el infante D. Fernando, que se hallaba en la cuna y era hijo segundo del rey de Castilla. Firmóse la paz sin noticia del duque de Cambridge, que se vió sorprendido en territorio castellano, en medio de dos ejércitos

enemigos, y que tuvo que resignarse á volver á Lisboa y reembarcarse en la armada española.

Falleció entónces la reina Doña Leonor, mujer del rey castellano, infanta de Aragon, de sobreparto. Sintióse mucho en el país su pérdida por su bondad y virtud. Presentósele á D. Fernando nueva ocasion de casar á su hija Doña Beatriz, y propuso al rey de Castilla que casára con la que dos veces habia mirado como nuera. Aceptó D. Juan I, esperando tener sucesion y prometiéndose la reunion de ambas coronas. Mas los portugueses, que no querian rey castellano y que respiraban laudable espíritu de independencia, lograron que este rey firmase condiciones degradantes, obligándose á que no entraria su ejército en Portugal y á que á la muerte de D. Fernando, continuaria reinando su esposa Doña Leonor, y nó la hija, Doña Beatriz, legítima heredera, que por esta cláusula tenia que aguardar á la muerte de su madre para suceder en la corona. Celebráronse las bodas en Badajoz, y á poco fallece el monarca portugues dejando funesta reputacion de falso y desleal, y de estar sujeto á las veleidades y caprichos de su esposa.

Habíase hecho amigo de la plebe D. Juan, maestre de Avis, hijo natural de D. Pedro el

Riguroso y de Doña María Laurens, *la Gallega*, y tenia parciales y valedores. Habia sucesion directa del último rey; correspondia el trono á Doña Beatriz, casada con D. Juan I de Castilla. Debia, con arreglo á los conciertos, seguir gobernando la reina viuda; habia ademas sucesion de D. Pedro y Doña Ines de Castro, y todos tenian derecho á la corona menos el que la usurpó, que solo podia alegar su osadía y prometer para mas tarde heróico valor.

D. Juan, enemigo del conde de Ouren, valido, ó mas bien amante de la reina, con cuarenta hombres entró en el palacio real y dió muerte por su mano al conde á la presencia misma de Doña Leonor. Para amotinar á la plebe hizo que sus criados esparciesen la voz de que habia sido encerrado en el alcázar real y muerto por los cortesanos. Vuela el pueblo á vengarle; quiere poner fuego á las puertas; la insurreccion crece; los gritos de los sublevados profanan el honor de la reina; execran al rey de Castilla, jurando que nunca reinaria en Portugal la mujer de un castellano.

Viendo el maestre de Avis el buen estado á que por él habian llegado las cosas, se asoma a un balcon de palacio, habla á los amotinados, les dice como habia dado muerte al conde de Ouren, y logra que la multitud entusiasmada

le aclame gobernador del reino. Respetan las turbas el alojamiento real y corren por la ciudad asesinando y cometiendo todo género de demasías. Dícese que el arzobispo de Lisboa era afecto á Castilla: le buscan, le matan, le desnudan, le arrastran por la ciudad, y le dejan insepulto.

Viendo Doña Leonor que lo que empezó motin concluia revolucion, temerosa por su vida, entregó á D. Juan el castillo de Lisboa, abandonó la ciudad, pasó á Alanquer y de allí imploró el apoyo de su yerno, que armó ejército, y por la Guardia y Santarem se aproximó á Lisboa. Por otra parte penetraron tropas castellanas en el Alentejo, donde despues de sangrienta batalla, fueron vencidas en Oteiros por el célebre Nuño Álvarez Pereira, hijo del prior de S. Juan y uno de los mas esforzados caudillos de aquellos tiempos.

Llegó en tanto la escuadra castellana á las aguas de Lisboa; el rey D. Juan I puso cerco, que tuvo que levantar por la horrible peste que se desarrolló en su ejército, aumentado con refuerzos venidos de Navarra. Murieron en poco tiempo de la infeccion dos mil soldados. Regresó el rey á Castilla y dejó acantonadas sus tropas y diseminadas en las plazas de Cintra, Tórres Nóvas, Tórres Védras, Obedos y otras

á la inmediacion de Lisboa que tenian bloqueada. Creyó el gobernador del reino de Portugal deber salir al campo, y recobró á Almeida y Alanquer. Sitió á Tórres Védras, pero se vió obligado á retirarse; encargó al maestre de Cristo que se apoderase de Tórres Nóvas, mas fué vencido y hecho prisionero por Diego Pérez Sarmiento, caballero castellano. Vasco Pérez, portugues afecto á Castilla, recobró la plaza de Alanquer, y á la vista de Lisboa apresó Tovar y quemó tres galeras portuguesas, apoderándose de un navio de Oporto cargado de riquezas.

Conocia el gobernador de Portugal lo grave de la situacion. Concertóse con el duque de Lancáster, ofreciéndole cuantos auxilios pudiera necesitar para lograr el trono de Castilla, y convocó en Coimbra Córtes para obtener el título de rey. Escogió sagazmente el momento, porque en medio de una guerra extranjera, y en tiempos de peligro, nadie podia competir con él. Las Córtes le aclamaron rey con el título de Juan I, y se entronizó la raza ilegítima. No eligieron, sin embargo, mal: borró con su heróico valor y altas dotes los facciosos medios que empleara para alcanzar la gobernacion de su patria. Fué gran rey.

En tanto el monarca de Castilla reunia cre-

cido ejército en la frontera por la parte de Ciudad Rodrigo, que con el que tenia en el interior de Portugal, formaba respetable número de soldados. Otro cuerpo castellano entró por Celorico talando y destruyendo el país, pero fué destrozado. A su vez los portugueses fueron vencidos por Álvaro Pérez de Guzman, y rechazados á las orillas del Guadiana.

Se acercaba el momento en que los dos reyes peleasen entre sí en campal accion. El castellano, con grueso ejército y reunidos los destacamentos dispersos, tomó á Coimbra y arrasó los arrabales de Leira, mientras que el monarca portugues le esperaba cerca de Tomar, en Porto de-Maos, en los campos de Aljubarrota. Situó su ejército en una colina el rey de Portugal. Asistíale el héroe Alvarez Pereira, nombrado condestable.

No bien lo supo D. Juan I de Castilla, que se hallaba en Souria, cuando con funesta celeridad llevó su ejército al punto donde era esperado, sin racionarlo antes, molestado por las fatigas de la marcha, por el sol y por el hambre. Confiaba tanto en la victoria, por ser muy superior en número, que segregó gran parte de su gente, con el maestre de Alcántara, para cortar la retirada al enemigo, y despues de ligeras pláticas de paz, empezó la pelea á

las tres de la tarde del 14 de agosto. Duró la batalla poco mas de media hora: los nuestros fueron derrotados, salvándose los fugitivos en la division del maestre de Alcántara, que los acogió. Perdimos gente, y más que gente, reputacion. Díjose para justificar este descalabro que la posicion de las tropas de Portugal era mas ventajosa, y que el sol daba de cara á nuestros soldados y los cegaba. Miserables excusas que tendrian alguna importancia si hubiéramos sido acometidos y forzados á pelear con estas desventajas; pero que no deben tomarse en cuenta habiendo sido los primeros en acometer, y debiendo, por tanto, elegir mas favorables condiciones.

¡Cuánta no sería la arrogancia de los portugueses! Ellos, venciendo á los castellanos: los pocos arrollando á los muchos!... Cuéntase que D. Juan I iba doliente en una litera; monta á caballo y piérdelo de un flechazo. Dióle el suyo D. Pedro González de Mendoza, señor de Ita y Buitrago [1]. Fué el rey á Santarem y se

[1] Son muy notables los versos del romance que refiere este suceso.

El caballo vos han muerto,
subid, rey, en mi caballo,
y si no podeis subir,
llegad, subiros he en brazos.
Poned un pié en el estribo
y el otro sobre mis manos;
catad que crece el gentío,
magüer fine yo, salvadvos.
Un tanto es blando de boca,
bien como á tal sofrenadlo;
non vos empache el pavor;
dadle rienda y picad largo....
Non vos obligo en tal fecho,
nin me fincais adeudado;
que tal escatima deben
á los reyes sus vasallos....
Y si es verdad lo que digo,
non dirán los castellanos
en oprobio de mis canas
que vos debo é non vos pago.

embarcó en la escuadra que le condujo á Sevilla. Es verdad que el que pelea en defensa de la patria centuplica sus fuerzas: hecho que la fábula nos representa en la alegoría del gigante que Hércules ahogaba entre sus brazos, y que aumentaba su resistencia siempre que lograba poner el pié en el suelo, de donde recibia su fuerza.

Aljubarrota ¡nombre glorioso para Portugal, funesto para España! ¿Qué se hizo del poder militar de Alfonso XI y de Enrique II? Castilla vistió luto por un año. No lloraba la pérdida de gente; lloraba la afrenta.

No bien voló á Inglaterra la nueva de esta jornada, cuando el duque de Lancáster dispuso una expedicion para el siguiente año, y en la primavera de 1386 desembarcó en el Pádron con mil quinientos ballesteros é igual número de jinetes, y ocupó á Santiago, á Orense y otros pueblos de menos importancia. Al mismo tiempo el rey de Portugal entraba por Castilla, sitiando á Coria, que se resistió bizarramente y rechazó á los sitiadores.

Nin las dueñas de Castilla,
que á sus maridos fidalgos
dejo en el campo difuntos
é salgo vivo del campo....
Pero si en la lid sangrienta,
por la dicha del contrario,
en vuestro servicio, rey,
finco yo fecho pedazos,
A Diagote os encomiendo,
catad por aquel mochacho,
sed padre é amparo suyo....
é Dios sea en vuestro amparo.
Esto dijo el montañes,
señor de Hita y Buitrago,
al rey D. Juan el primero;
y entróse á morir lidiando.

Llamó en su auxilio nuestro rey navarros y franceses, y empezó negociaciones con Lancáster, que tenian por objeto confundir los derechos de las ramas rivales y casar al príncipe D. Enrique con Doña Catalina, nieta del rey D. Pedro, hija del ingles, lo que tuvo cumplido efecto mas tarde.

Los gallegos habian dado muerte á muchos ingleses y portugueses: de los de Lancáster sólo quedaban seiscientos jinetes cuando quiso penetrar en Castilla con fuerzas portuguesas, cuyo rey acababa de enlazarse con Doña Felipa, hija segunda del ingles.

Viéndose sin gente para presentar batalla, dispuso el monarca de Castilla que se recurriese á la guerra de montaña, tan genuina en nuestro país y á que tanto se presta su suelo. Consiste esta guerra en rebates y celadas, encamisadas y sorpresas; en no dejar un momento de descanso al enemigo, ocuparle los convoyes, cortarle los víveres, hacer que desconfie de todo lo que le rodea, viendo en cada mujer un espia, en cada hombre un contrario, y juzgándose vendido en todas partes y amenazado de muerte. Contra este género de guerra, en que no hay acciones decisivas, de nada sirven el valor del enemigo, las grandes masas, ni los medios estratégicos. Los guerrilleros son impalpables,

se presentan como una aparicion detras de cada peña, en cada garganta y desfiladero; se dispersan para reunirse en dia y hora marcados: hidra que retoña las cabezas que se le cortan. Salió bien á los nuestros este recurso del débil contra el fuerte, esta protesta contra el enemigo extraño. Volvióse el ejército portugues á su país; el de Lancáster pasó á Bayona de Francia, y convencido de que no era posible ocupar por armas el trono de Castilla, volvió á reanudar la negociacion y firmó en 1388 las capitulaciones matrimoniales, que fueron aprobadas en las Córtes de Bribiesca, en que se dió el título de príncipes de Astúrias á los herederos á la corona, á semejanza del título de príncipe de Gáles que tenian los primogénitos de Inglaterra. La princesa Doña Catalina, la nieta del rey D. Pedro, á los diez y nueve años de muerto su abuelo, fué concertada de casar con el heredero del trono de Castilla, con el príncipe de Astúrias, que á la sazon tenia nueve años. Segun la costumbre, vino á nuestra corte Doña Catalina y permaneció en ella hasta que pudieron celebrarse las bodas, que dieron gran contentamiento á los de una y otra faccion. Los partidarios del rey D. Pedro vivian aún; no se habian extinguido los odios; aún llamaban Enriqueños á los partidarios de la rama reinante.

La guerra con Portugal continuaba con encarnizamiento. No parecia decoroso á nuestro rey abandonar los derechos claros de Doña Beatriz á la corona portuguesa, ni agradaba en aquel país rey castellano, ni era posible desposeer al valiente D. Juan. Llegóse por fin trabajosamente á la cesacion de hostilidades: no se hicieron paces, se firmaron treguas por seis años, devolviéndose las plazas tomadas en uno y otro reino.

Los señores, descontentos de la cláusula veintitres del testamento de D. Enrique II, elevaron una representacion al rey, que se hallaba celebrando Córtes en Guadalajara en 1390; Córtes las mas notables de su reinado. Consideraban «muy agraviada é contra todo derecho la cláusula que vinculaba las mercedes y excluia á los trasversales [1]. Manifestóles el rey que la

[1] La exposicion de los nobles decia entre otras cosas:

«Pero si aquel fijo ó fija que heredare el dicho donadío ó mayorazgo, muriese despues sin fijos, dicen que se entiende la cláusula que el rey vuestro padre fizo, que el otro fijo ó fija, su hermano, no le haya, é torne á la corona real. E, señor, esto es aun mayor agravio, que yo que laceré, é trabajé, é perdí hermanos é parientes, é derramé mi sangre en servicio del rey vuestro padre, é él por me facer merced me heredó é dió un donadío, que por morir mi fijo primero, que este donadío ovo despues de mi vida, el otro hermano non le haya, nin sus herederos; ca son mis fijos legítimos, debrian heredar los bienes que yo por mi sangre gané sirviendo para mi é para ellos, ca yo con todos mis fijos avia un deudo, é los que de ellos descendieren de mí descienden.»

su voluntad era de guardarles las mercedes que el rey su padre y los sus antecesores les ficieran; y que en este caso á él placía que á cada uno fuese guardado el donadío que le fué dado y fecho segun los privilegios que tenian en esta razon: é todos se lo tovieron por merced.»

Pocos años ántes habia terminado la guerra de Cerdeña por acomodamiento, y el rey de Aragon quedó dueño y pacífico señor de aquella isla. La boda de su nieto con la heredera de Sicilia, que dejamos referida, agregó esta isla de nuevo á Aragon. Mas la muerte buscaba por entónces víctimas reales. El 1.° de enero de 1387 falleció de lepra D. Cárlos el Malo de Navarra, hombre valiente, orador facundo, pero que fué peor para los franceses, que le dieron este sobrenombre, que para los navarros, pues si bien sufrieron al principio su feroz dureza, vivieron en paz y justicia durante el resto de su reinado. Sucedióle su hijo Cárlos el Noble. El 5 del mismo enero murió D. Pedro el Ceremonioso de Aragon, llamado vulgarmente el del Puñalet; rey lleno de valor, de actividad, de perspicacia política, pero despótico, querellador, ambicioso y pérfido.

Hallábase D. Juan I de Castilla en Alcalá de Henares, y salió el 15 de octubre de 1390 á caballo por la puerta llamada entónces de Búr-

gos, hoy de S. Bernardo, en compañía del arzobispo Tenorio y de otros magnates, á presenciar los ejercicios de la jineta, en que los caballeros Farfanes, procedentes de Marruécos, tenian fama de muy aventajados. Montaba el rey un caballo alazan de muchos brios; sintió la espuela, y despidió al monarca, dejándole muerto en el acto.

Apéase el arzobispo, cubre con su cuerpo el del rey, aparta con su baston la gente que se iba acercando, dice que vivia D. Juan I, que era muy expuesto removerle, y dispone que se coloque una tienda de campaña en aquel punto. Entraban los médicos y el confesor, lleváronse los Sacramentos; se anunciaban ya prósperas, ya funestas nuevas de la salud del rey, y se entretenia á la gente, ganando de este modo tiempo para avisar al sucesor D. Enrique, que se hallaba en Talavera; para convocar á Madrid á los principales señores; y para hacer que reconociesen al nuevo monarca los castillos y plazas fuertes del reino.

Tuvo D. Juan I buenas cualidades y dotes de mando. Era valiente, humano y benigno. Puede culpársele por la tenacidad con que pretendió para su esposa la corona de Portugal, el encono que produjo esto en ambos pueblos y la afrenta que sufrimos en Aljubarrota. Cuidó mu-

cho de la legislacion del país; y son muy notables las disposiciones legales promulgadas en las Córtes de Bribiesca, de que hablaremos en lugar oportuno. Hubiera sido muy buen rey si hubiera vivido mas tiempo, curado de la ambicion y estando propenso á favorecer al pueblo á quien amaba. En su tiempo las Córtes de Segovia, siguiendo lo que anteriormente estaba dispuesto en Aragon, mandaron que se abandonase la era de César y se calendase por años del nacimiento de N. S. Jesucristo. Tuvo este rey el buen sentido de enlazar á su hijo con la nieta de D. Pedro, reanudando la sucesion directa de los reyes de Castilla. En su primera esposa, Doña Leonor, procreó tres hijos: Don Enrique, que le sucedió; D. Fernando, que fué rey de Aragon, y una infanta que murió niña. En Doña Beatriz de Portugal tuvo un hijo llamado D. Miguel, que murió en la infancia. No dejó sucesion bastarda, cosa poco comun en aquel tiempo.

Sucedióle su hijo, llamado el Doliente por hallarse habitualmente enfermo del mal que le condujo pronto al sepulcro. Mas en aquel cuerpo extenuado habitaba un alma noble y generosa, y si la edad y la dolencia lo hubiesen permitido, le hubiéramos contado entre los más ilustres reyes de España.

Hallábase, al morir su padre, de poco más de once años. Dudaron los señores si el rey difunto dejara testamento. Pedro López de Ayala (el Cronista) manifestó que ántes de la batalla de Aljubarrota, en Cellorico de la Vera habia testado, siendo él uno de los testigos; y que sabia que remitió su testamento al arzobispo, por medio de un escudero de su casa y un escribano de su cámara. Reconociólo así Tenorio, pero dijo que el rey se lo habia reclamado despues.

Los señores instaban porque no se buscase el testamento, que decian estaba revocado verbalmente: temian no hallarse entre el número de los tutores, y se prometian ser elegidos. El arzobispo manifestaba que la ley de Partida, en caso de que no hubiese testamento, señalaba el número de uno, tres, cinco ó siete tutores. No se conformaron los magnates, que todos querian tener cabimiento en la tutela, y dijeron que la voluntad del difunto rey era que se formase un Consejo de crecido número de señores, y que así debia hallarse consignado en alguno de sus papeles. Mandóse á Rui López Dávalos, camarero, y á Juan Martinez del Castillo, del sello de la poridad, que trajesen las arcas de papeles del rey, y en ellas se enconcontró el testamento de que habló Ayala.

Dejaba por tutores al marques de Villena, á los arzobispos de Toledo y Santiago, al maestre de Calatrava Núñez de Guzman, al conde de Niebla, y á su mayordomo mayor Pedro González de Mendoza y á seis caballeros, uno por cada una de las ciudades de Toledo, Sevilla Búrgos, Leon, Múrcia y Córdoba. El duque de Benavente, que no era de los elegidos por el rey, dijo á Ayala que echase el testamento á la chimenea, que estaba encendida en la cámara del obispo de Cuenca, donde se hallaban reunidos. Exigieron lo mismo cuantos estaban en igual caso, mas Ayala cambiando con Tenorio una mirada de inteligencia, puso el testamento sobre la cama, de donde lo tomó el arzobispo bajo pretesto de cumplir la parte piadosa [1].

Decidióse por los más, crear un consejo numeroso; el de Benavente y Trastamara querian ser los únicos tutores; el arzobispo Tenorio, aunque tal vez deseaba que se cumpliese el testamento del rey, votó con la mayoría. Empezaron á desabrirse unos con otros, á crear bandos, á conmover los pueblos. Deseaban todos adelantar sus casas, y destruir á sus rivales. La anarquía desplegó sus fu-

[1] Narbona. *Historia del arzobispo D. Pedro Tenorio.*

nestas alas. Con razon llama Vico á la edad media: «*I tempi barbari ritornati, la barbarie seconda.*»

Nadie queria obedecer el testamento del rey; convocáronse Córtes, que tomaron un término medio que disgustó á todos, pues al propio tiempo que no hacian caso de lo prevenido por el último monarca, nombraban al de Benavente y á gran número de tutores, y á diez y seis ciudadanos que debian reemplazarse cada seis meses. El arzobispo Tenorio y el conde de Benavente se salieron de la corte; allegáronse á su faccion el marqués de Villena y el maestre de Alcántara. Por otro lado el de Trastamara, el arzobispo de Santiago, el maestre de esta órden y D. Alonso, conde de Gijon, bastardo de Enrique I y gran revolvedor, formaban otra bandería. Unos y otros convocaban á sus vasallos, dábanles armas y aprestábanlos para la guerra. Dividióse la nacion, siendo fatigadas por unos y otros muchas ciudades, entre ellas Murcia y Sevilla, en que hubo notables desafuêros.

Hallábase en Castilla la reina de Navarra Doña Leonor, desabrida con su esposo. A ella acudian ambas parcialidades; constituyóse en medianera diciendo que deseaba el bien para su sobrino, lo que desgraciadamente no era

verdad. Hubo en Perales una junta de los descontentos y acordaron agregar á la tutela á los condes de Benavente y Trastamara, y al maestre de Santiago, y para legitimar esto se convocaron Córtes en Búrgos en 1392. Decidióse en ellas que gobernasen el reino dos prelados, cuatro grandes y seis procuradores; mas no se avinieron los descontentos, y entónces mandaron las Córtes que se estuviese al testamento del rey. Fingió Tenorio que tal habia sido siempre su dictámen; reclamó y obtuvo indemnizaciones pecuniarias para sí y para Trastamara y Benavente. Mas este magnate quedaba excluido de la tutela, y se retiró á sus estados y entró en conciertos con el rey de Portugal, solicitando para sí la mano de una hija de aquel monarca, el que más tarde firmó una tregua de quince años con el rey castellano.

Pululaba el descontento; todos los ambiciosos solicitaban mercedes por someterse á lo que las Córtes dispusieran; los pequeños imitaban á los grandes, y el turbulento Benavente ocupó á Mayorga y puso cerco á Zamora. El arzobispo Tenorio, hombre de carácter querellador y terco, solicitó gracias para Juan Velasco y otros, y amenazó pasarse al de Benavente. Ofendiéronse los demas tutores, le prendieron en el mismo palacio, exigiéndole rehenes para

darle libertad, y este prelado inquieto puso entredícho en los obispados de Zamora, Palencia y Salamanca. Todo era confusion, todo desórden|, todo expoliaciones. Veíalo el rey con pena: aún no habia cumplido catorce años; faltábanle dos meses, y resolvió tomar el mando y empuñar el cetro.

Sometiéransele poco ántes el de Benavente y Tenorio, y el jóven rey convocó para Madrid las Córtes del reino. Quejáronse los procuradores de la conducta de los magnates que recibian exagerados acostamientos y hacian, en medio de la paz, que el erario público pagase la tropa que ellos levantaban para hostilizarse entre sí y guerrear contra el monarca. Trataron las Córtes de poner remedio; mas los señores, sin esperar á que se hiciesen las liquidaciones acordadas, partieron para sus estados y á la fuerza exigieron de los pueblos enormes sumas. Tuvo el rey que ceder; aumentó los haberes á la reina de Navarra, que como señora de Roa lo exigía, á los de Trastamara y Benavente, y al arzobispo de Santiago. El conde de Gijon se fortificó en su villa, y sabiendo que el jóven rey iba en su busca, vínose á Roa para concertarse con Doña Leonor y con el de Benavente. Tanto desacato, tan grave rebelion, excitaron el ánimo del rey.

No le conocian aún los señores: creíanle tan doliente de ánimo como de cuerpo; pero se engañaron. Los tiempos, difíciles; los señores, altivos y desaforados; y D. Enrique tuvo el aliento necesario para someterlos. Prendió al conde de Benavente, le desposeyó de sus estados y lo encerró en una fortaleza de Extremadura. Marchó á Roa, é increpó á su tia Doña Leonor por su rebelion, y la desposeyó del señorío, dejándola empero las rentas: partió á Gijon, ocupó á su paso á Oviedo y cercó la villa. Influyó el rey frances á favor de D. Alonso; se estipuló que no pudiese alejarse mas de tres leguas de la plaza y que los castillos, cuya tenencia le estaba encomendada, pasasen en fieldad á Rui López Dávalos. Partió á Paris Don Alonso; condenóle el rey Cárlos VI á que perdiese sus estados. Mas D. Enrique, antes de esta sentencia, habia entrado ya en Gijon.

Ardia Múrcia en civil discordia; los Fajardos y los Manueles traian en armas la ciudad y aún el reino. Era procurador de aquella ciudad Garcia de Lara que, afecto á los Manueles, arrojó del recinto á los Fajardos, y se apoderó del mando. Traia armada la plebe, cuando por órden del rey llegó á Múrcia Rui López Dávalos. No llevó fuerza armada: acompañábanle sólo oficiales y ministros de justicia. Llamó á

Lara á su alojamiento: presentóse al frente de seis mil sublevados, los dejó en la plaza, penetrando seguro donde estaba Dávalos, que constituido en tribunal mandó que le cortasen la cabeza y la mostró al pueblo amotinado, diciendo: «Esta es la cabeza de un sedicioso. Todo el que le imite tendrá el mismo castigo.» Retiróse el pueblo en silencio; se restableció el órden y volvió á imperar la ley. Si hubiera entrado militarmente Dávalos en Múrcia, hubieran calculado su fuerza por el número de sus soldados; mas ¿quién puede medir la fuerza de la ley?

Solícito estaba el rey por el bien de sus pueblos. En las Córtes de Tordesillas tomó acertadas disposiciones para restablecer los fueros de la justicia, castigando el cohecho y la prevaricacion; suprimió el tributo de la *Moneda*, que agraviaba á la clase pobre, y atendiendo á la falta de poblacion, permitió que las mujeres á los seis meses de viudez pudieran contraer nuevas nupcias.

La fama del gran Tamurbec ó Tamorlan, hizo que D. Enrique reclamara su amistad. Envió por embajadores á Payo de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, que se hallaron en la célebre batalla en que fué hecho prisionero Bayaceto. Tamorlan envió á su vez

embajadores á Castilla; mas tarde fué á aquellos remotos climas el madrileño Rui Gonzalez de Clavijo, que dejó escrito su curioso itinerario.

En tanto el rey de Portugal, atreguado con el de Castilla, trató de ocupar, faltando á la fe jurada, varias plazas en la frontera. Residia en Badajoz un portugues que se hallaba en inteligencia con Alfonso de Melo, gobernador de Yélves, y engañó al guarda de una de las puertas, diciéndole que le daria la mitad de la ganancia si le permitia entrar en la plaza una partida de trigo que habia comprado en Portugal. Llegan los carros; los carreteros eran soldados, ocupan la puerta, dan entrada á las tropas de Melo, que se apoderan de la ciudad y prenden al gobernador. Igual astucia emplean la misma noche para apoderarse de Alburquerque, lo que no pudieron conseguir por haberse puesto en armas la villa, advertida por las voces de un anciano que descubrió la trama. Por fortuna habian pasado los dias de Aljubarrota. El rey de Castilla apercibió su gente. Por la parte de Ciudad Rodrigo entró López Dávalos y taló la comarca de Viseo: los maestres de las órdenes penetraron por diferentes partes, y el almirante de Castilla, D. Diego Hurtado de Mendoza, hizo en las playas de Portugal

considerables estragos. Quiso tomar la ofensiva el monarca portugues y penetró en Galicia, ocupó á Tuy, y por Extremadura, puso sitio á Alcántara, mientras que los castellanos cercaron y tomaron á Miranda de Duero, á pesar de los esfuerzos que hicieron los portugueses para que levantasen el sitio. López Dávalos penetró en el corazon de Portugal: llegó á Tórres Védras, se apoderó de Peñamacor y llevó la desolacion y la muerte á la Beira y Trasosmóntes. Tuvo el rey de Portugal que levantar el sitio de Alcántara, y supo con dolor que la escuadra española se habia apoderado de las galeras lusitanas que, cargadas de riquezas, venian de Génova. Los arrogantes portugueses demandaron paz: fueron comisionados al efecto Pereira y Dávalos, y se concertó nueva tregua con condiciones favorables á Castilla.

¿Qué hacian en tanto los moros? Desde Enrique I los vemos en completa inaccion: sólo en tiempo de Enrique II ocuparon á Algecíras, mas luego continuaron las treguas sin interrupcion alguna. Tres mil infantes y setecientos caballos granadinos invadieron el territorio de Lorca en medio de la paz. Talaron los campos, robaron ganados y riquezas; más cuando llenos de botin regresaban á su país, salióles en Nogalete al encuentro el adelantado mayor de

Murcia Alonso Yáñez de Fajardo, y los derrotó completamente. Otro suceso nos probará el espíritu de la época. Presentóse un ermitaño al maestre de Alcántara Yáñez de la Barbuda, y le dijo, llamándose mensajero de Dios, que fuese á conquistar á Granada, lo que conseguiria con poca gente, pues ninguno de sus soldados habia de morir en accion. Opusiéronse los principales caballeros, resistiólo fuertemente el rey, que no creyó el momento favorable para la guerra. Volvió á instar el visionario, y el crédulo maestre, olvidado su deber, juntando tres mil infantes, que creia inmortales, envió á desafiar al rey de Granada, y se puso á combatir la torre de Lequeda. Fué herido en el primer asalto y muertos algunos de los suyos; y cuando se estaban reorganizando los cristianos, cayó sobre ellos un cuerpo de granadinos que mató al maestre y al mayor número de nuestros soldados. Desde tan lamentable suceso eran contínuas las escaramuzas de los moros: ya invadian por la parte de Murcia, ya por la frontera de Jaen. Muhamad VII decidió salir á campaña; sitió en vano á Aravaca, se apoderó de Ayamonte, cercó á Quesada y destrozó á los de Baeza, que salieron al campo antes de que hubiese llegado á socorrerlos el adelantado Pedro Manrique. Supo este la derrota,

presentó accion á los granadinos, ocupó sus posiciones é hizo que se retirasen fugitivos á su país.

D. Enrique creyó que era llegado el momento de pelear, y mandó levantar gente y reunir víveres y dinero, resuelto á apoderarse del reino de Granada. Mas le sorprendió la muerte sin que acabase de organizar la expedicion.

Cuéntase de él una conseja célebre, narrada de muy antiguo por el despensero de la reina Doña Leonor. Un dia, al regresar de la caza, mandó que le diesen de cenar, y contestó el cocinero que no habia nada, ni dinero para comprarlo. Quitóse el rey su gaban, mandó que lo empeñasen, y con lo que por él se obtuvo trajeron á palacio dos piernas de carnero, con las que frugalmente cenaron el monarca y los de su casa.

«¡De cuán distinto modo, dijo uno de los concurrentes, se tratan vuestros grandes! Dánse espléndidos banquetes, y hoy deben reunirse en casa del arzobispo Tenorio.» Partió el rey de oculto y vió el festin, y oyó la burla y menosprecio con que hablaban de su persona.

Llamólos al siguiente dia á su palacio, mostróseles airado y preguntóles cuantos reyes habian conocido en Castilla. Quién decia dos, quién tres: ¡Tan pocos! contestó D. Enrique,

cuando yo conozco tantos. Mandó que los degollasen : cayó á sus pies arrodillado el arzobispo Tenorio é imploró piedad. Perdonóles el rey la vida, contentándose con el amago, y desposeyó á los magnates de sus estados.

A pesar de la antigüedad de este cuento, no puede acogerse por la história. Desde la prision del de Benavente se habia quebrantado la cerviz de los señores; la fecha en que se supone acaecido es completamente falsa, pues en aquel tiempo ya era muerto el arzobispo Tenorio. Los modernos ven en este suceso la altivez de los magnates y la degradacion del rey: nosotros, por el contrario, veríamos lo fuerte del poder real que pudo dar muerte á los señores, y que les privó de sus estados.

Falleció D. Enrique á los veintisiete años de edad y diez y seis de reinado, el dia de Pascua de Navidad de 1407: yace en Toledo. Dejó de su matrimonio con Doña Catalina de Lancáster, nieta del rey D. Pedro, dos hijas: Doña María, que fué reina de Aragon, y Doña Catalina, que casó con su primo D. Enrique, hijo del infante D. Fernando; y al príncipe Don Juan, rey de Castilla.

Era D. Enrique débil de cuerpo, entero de alma. Abatió á la nobleza; volvió á nuestras

armas en Portugal la gloria que perdieron en Aljubarrota; pacificó el reino; y si la muerte no le hubiera sorprendido en su carrera, hubiera dado á la patria dias de gloria, recuperando el reino granadino.

CAPITULO III.

Dos años no cumplidos tenia D. Juan II á la muerte de su padre D. Enrique. Dejémosle descansar en la cuna, y ántes de narrar su largo y débil reinado, volvamos la vista á Aragon, donde ocurrian notables acontecimientos. Llamará especialmente nuestra atencion la série de sus reyes, el compromiso de Çaspe, el cisma de Occidente, la conducta del tenaz Don Pedro de Luna, el mas aragones de los aragoneses: notables é importantes sucesos, que procuraremos que tengan órden, claridad y completo cabimiento en nuestra historia.

A la muerte de D. Pedro III el Ceremonioso, (1387) ascendió al trono su hijo D. Juan I. Al verle perseguir á su madrastra, prenderla,

graciado fin dejamos ya narrados. Desembarcaron en Trápana y pasaron á Palermo, que se defendió bizarramente. Rindióse al fin: quedaron prisioneros los condes de Mistreta y Módica; dióse á Cabrera este condado; Claramonte fué degollado en la plaza pública y asaeteados gran número de conspiradores. Fué necesaria mas gente para acabar de someter la isla: el rey de Aragon no la enviaba, y Cabrera, tomando dinero á préstamo sobre sus bienes, llevó trescientos infantes y doscientos de á caballo en defensa del rey D. Martin. A su costa tambien equipó una armada D. Pedro Maza de Lizana, y llegó á las aguas de Catania á tiempo de prestar grandes servicios.

D. Juan I hallábase en Mallorca, y á su regreso, entre Perpiñan y Barcelona, le sorprendió la muerte el 19 de mayo de 1395, estando entretenido en la caza, á que fué muy dado. Dicen que murió de susto, por haber hallado un lobo de extraordinaria magnitud. Dejó únicamente sucesion femenina, pues aunque de su segunda esposa tuvo dos varones, habian muerto en la infancia.

Sucedióle su hermano D. Martin, que se hallaba en Sicilia, hombre de mas valer y de mayor talento político que D. Juan. Susurróse al pronto que se hallaba grávida la reina viuda;

pero no fué mas que ilusion del deseo. Juraron por rey á D. Martin los reinos de Aragon y Cataluña; mas el conde de Fox, yerno del monarca D. Juan I, creyéndose con derecho á ambas coronas, envió embajadores asociados á hombres de ley. Reuniéronse Córtes en Barcelona y Zaragoza; fueron mal despachados por ellas los enviados del de Fox. Intimóle Benedicto que desistiese de su temerario empeño; mas él, confiando en sus alianzas con Francia, levantó gente y entró en son de guerra, apellidándose rey y ostentando en sus banderas las armas de Aragon y Cataluña.

La reina Doña María estaba encargada de la gobernacion del país, porque D. Martin creyó mas prudente sujetar la Sicilia y dejar á su hijo pacífico rey de dicho punto. Confiaba en las altas dotes de su esposa, en la fidelidad de sus pueblos, en su buen derecho como único varon de descendencia real, en el testamento de su hermano y en la proclamacion solemne que hicieran aragoneses y catalanes.

Sin embargo, el conde de Fox habia penetrado con armas, el 3 de octubre, por el puerto de Aren, tomado varios pueblos á la fuerza y atravesado el Segre, donde su vanguardia fué atacada y desecha por el capitan Bernardo Buzot. Convenia al conde ocupar la plaza de Bar-

bastro para mantener fácil comunicacion con Francia. Logró, despues de tenaz cerco, apoderarse de la ciudad; mas no pudo nunca tomar el castillo, defendido con gran valor. Llegáronle auxilios franceses; más el conde de Urgel, el de Pallás y los demas señores fronterizos, acosando al ejército de Fox, interceptándole los víveres y haciéndole presentir los horrores del hambre, le obligaron á levantar el cerco de Barbastro y á retirarse por Navarra. Picáronle la retaguardia el conde de Urgel, el arzobispo de Zaragoza y el señor de Híjar. Regresó á Francia el de Fox, y en 1398 volvió á probar fortuna; sorprendióle empero la muerte, y terminó este gérmen de guerra civil.

La reina Doña María habia enviado auxilios á su esposo, que no sin dificultad pacificó aparentemente á Sicilia y Córcega, adonde fué preciso á poco enviar refuerzos. A su regreso pasó á Aviñon á verse con Benedicto XIII, penetrando en 1397 en Cataluña, donde fué recibido con el mayor entusiasmo. Allí declaró, por sentencia, traidor al conde de Fox y se apoderó de sus estados.

En 7 de octubre pasó á Zaragoza, donde convocó las Córtes que empezaron en 29 de abril de 1398; jurando los fueros y siendo á su vez jurado rey, y su hijo D. Martin heredero

de la corona. Hallábase este príncipe en Sicilia, y no asistió personalmente al acto. Dispuso el rey coronarse solemnemente; mas tuvo que suspenderlo por la nueva rebelion de los sicilianos, adonde envió, con fuerzas considerables á Don Bernardo de Cabrera. Tuvo por fin lugar la ostentosa coronacion en abril de 1399. Fué ungido por el arzobispo de Zaragoza y tomó por su mano la corona, poniéndosela él mismo. Hubo extraordinarias funciones; hizo grandes mercedes, y entre otras, honró á su tio Don Alonso, marques de Villena y conde de Ribagorza, con el título de duque de Gandía. Su nieto, D. Enrique, el famoso marques de Villena, asistió al acto, llevando un pendon con las armas de su abuelo.

Vióse entónces un espectáculo que llamó la atencion pública. Ya hemos hablado de las compañías de aventureros que causaban desmanes en todos los países. Pues bien, sin carácter militar, con gente de uno y otro sexo y de diversos países; apareció un grueso ejército que, con el nombre de *Cofradía de los blancos*, salieron de Francia, atravesaron la Saboya y el Piamonte, y se trasladaron á Sicilia. Eran quince mil; vestidos todos de blanco y descalzos, caminaban en gran órden cantando himnos; predicaban penitencia en los pueblos y hacian

celebrar muchas misas. ¿A qué irian á Sicilia? El rey D. Martin, recelando que estas fantasmas llevasen dañada intencion, las dispersó.

Otros graves sucesos perturbaban aquellos reinos. Los señores, enojados entre sí, hacian participar á sus vasallos de sus odios y venganzas. Nacieron los terribles bandos que vertieron tanta sangre. En Sicilia, los Cabreras y Luhoris; en Aragon, Lunas y Urreas, Lanuzas y Cerdanes; y en Valencia, Centellas y Soleres, que llevaron su furia hasta el punto de darse formal batalla, en que salieron vencedores los primeros.

Deseando el rey D. Martin que sus reinos conociesen al príncipe heredero, y que este se enterase bien del carácter de los pueblos sobre que estaba llamado á reinar, le hizo venir á Barcelona, donde fué recibido con el mayor júbilo. Mas tuvo que regresar pronto á Sicilia, por las alteraciones que empezaban á retoñar en aquel país. Pacificado, dispuso el jóven monarca de Sicilia, príncipe de Aragon, sujetar la Cerdeña, á cuyo efecto pidió recursos á su padre, que convocó Córtes en Cataluña y le envió poderosos auxilios; rogándole que no fuera personalmente á esta guerra, en país tan mal sano. En aquel tiempo falleció la reina de Ara-

gon Doña María de Luna; grande é ilustre señora.

Llegaron á Cáller los refuerzos. Barcelona sirvió con navíos y mil lanzas, disponiendo que todos los ginetes fuesen de la principal nobleza; el Papa Benedicto armó á su costa cien hombres, y dando su contingente los señores, se reunió crecido ejército, que derrotó al enemigo junto al pueblo de S. Luri. Peleó con heróico ardimiento el rey de Sicilia al frente de la caballería; todo el campo le reconoció como el héroe de la jornada; mas los aplausos debian mezclarse pronto con las lágrimas, pues el bizarro mancebo murió en Cáller el 25 de julio de 1409, privando á Aragon de sucesion directa y al mundo de un gran rey. Dejó la corona de Sicilia á su padre, y por gobernadora á su esposa Doña Blanca. No tuvo hijos legítimos; sólo tenia uno natural, llamado D. Fadrique, que se hallaba en la edad de siete años.

La triste mision de anunciar esta terrible nueva al rey aragones D. Martin cupo á Benedicto XIII y al apóstol valenciano S. Vicente Ferrer. Lloraban los pueblos, luto general cubria á toda Cataluña, y se decia que con la muerte de este monarca se habian concluido las glorias del país. Dados al llanto los primeros momentos, las Córtes aconsejaron al rey que

casase de nuevo: excusóse alegando su extrema obesidad y sus años. Instaron los señores, deseosos de que hubiera sucesion directa; representáronle que iba á extinguirse la ilustre rama de los condes de Barcelona, que dió once reyes al país, y que lo gobernó más de doscientos setenta años. Cedió el rey, casó con Doña Margarita de Prádes, y no tuvo sucesion, quedando dicha señora viuda y doncella.

Iban presentándose los pretendientes á la corona. El rey propendia por D. Fadrique, bastardo de su hijo, al que trató de reconocer, logrando que Benedicto lo legitimase. Pretendian D. Luis de Anjou, D. Fadrique el bastardo, D. Fernando de Antequera, el conde de Urgel y el duque de Gandía. Tenian todos sus procuradores en la corte; esforzaban sus respectivas reclamaciones y fatigaban la atencion del monarca, que se hallaba enfermo en el monásterio de Valdoncéllas, extramuros de Barcelona. Cercaban los principales señores su lecho de muerte, pidiéndole que declarase quién debiera ser su sucesor. Vacilaba el enfermo monarca: la condesa de Urgel, con poco respeto, le decia á voces que su hijo debia heredar; y á tantas reclamaciones y exigencias, el moribundo contestaba únicamente: «Que herede el que tenga mejor derecho.»

Llegamos al suceso mas notable que registran los anales del mundo. Cataluña, Aragon, Válencia, Sicilia y Cerdeña necesitaban rey. Hallábanse los pueblos en medio de los horrores de la peste, turbadas las conciencias por el cisma que afligia la Iglesia, vejados por los pretendientes á la corona de tan grandes reinos; los señores, turbulentos; Soleres, Villarregudes y Centelles, Liñanes y Zayas, Lunas y Urreas, traian en armas á Valencia, Aragon y Cataluña. Envalentonábanse Cerdeña y Sicilia, viéndose huérfanas de señor; la muerte habia privado á Navarra y Portugal de sus legítimos sucesores; los moros de Granada rompian las treguas, y Castilla sufria los males de larga minoría. ¡Tristísima situacion!

Cataluña salvó á la patria. Siempre tuvo valientes capitanes y entendidos repúblicos; es cuna de grandes hombres. Táchanla de turbulenta, sin razon. Comprenda que se la manda con justicia y que se tiene confianza en su hidalguía, y se dejará gobernar mejor que pueblo alguno.

D. Guerau Aleman y de Cervelló, que se titulaba caballero gobernador de Cataluña, asociado á los concelleres y á los barones, empezó á atender á las necesidades de un pueblo sin rey; y el 22 de julio, á los cincuenta y dos

dias de muerto D. Martin, llamó á los catalanes á parlamento, que no mereció el nombre de Córtes por no ser de convocacion real. Manifestaba en este notable documento la urgente necesidad de remediar los males que amenazaban á Cataluña, y que esto debia hacerse con acuerdo de los prelados y personas eclesiásticas, barones, caballeros y *homens de paratge*, y de los síndicos de las universidades, ciudades y villas realengas del principado. Al efecto no ordenaba imperativamente, sino que con el mayor afecto [1] pedia que nombrasen entre sí varios síndicos y procuradores que se reuniesen el 31 de agosto en Montblanc. Rogaba que trajesen los poderes necesarios para resolver las graves cuestiones que podian surgir, viniendo facultados para tratar y ordenar sobre la sucesion á la corona, disponiendo que los que viniesen al parlamento fuesen pocos y que concurriesen con la mayor sencillez, concluyendo con estas notables palabras: «Y no dilateis esto si deseais evitar la perdicion del principado, que está en la mayor extremidad. Y en estos negocios y todos los demas traed á

[1] Perque afectuosament vos pregam, et ab la present vos requerim e amonestam, que per tenir lo dit parlament axi como es de gran necesitat, constituades de vos altres sindichs, etc.

la memoria la gran fidelidad que vuestros progenitores y vosotros mismos habeis tenido en todo tiempo por la conservacion y enaltecimiento de la corona real.»

Convocado de este modo, tan tierno y paternal, se reunió el parlamento en Montblanc el dia convenido, con asistencia de pocos de los llamados, que dejaron sin duda de concurrir por la horrible peste que devoraba aquel pueblo. Acordóse por esta razon, y para dar mas decoro é importancia al parlamento, que se trasladase á Barcelona el 25 de setiembre, no habiéndose constituido hasta el 30. Abriéronse las sesiones en la sala grande del palacio del rey, y asistieron catorce individuos del brazo eclesiástico, treinta y cinco del militar ó de caballeros, once síndicos y dos diputados; en todo sesenta y dos, número que fué aumentándose considerablemente.

Hablóles el presidente haciendo ver lo grave de la situacion y la necesidad de declarar quién tenia mejor derecho á la corona. Contestó por el brazo eclesiástico el arzobispo de Tarragona; por el militar, el conde de Cardona; y el conceller *en Cap* de Barcelona habló en nombre de las villas y ciudades. Todos manifestaron el mas puro y ardiente patriotismo, todos expresaron deseos del bien público, sin atender á

otra cosa, como les dijo Roger de Moncada, que á salvar la monarquía que estaba pendiente de su acierto y vigilante celo.

Empezó el parlamento á tomar las medidas convenientes, nombrando comisiones para que atendiesen á la seguridad del reino, á la cuestion política y á la administracion de justicia. Lo urgente, visto el estado del país, era fortificar plazas, levantar gente y ponerse en estado de defensa para evitar cualquier golpe de mano. Escribió al conde de Urgel, que se titulaba gobernador de Aragon, para que depusiese el título y se sometiese á lo que se decidiera, lo que hizo al fin, no sin repugnancia; exhortó á Aragon y Valencia á que imitasen su ejemplo, y empezó á gobernar con mesura y prudencia. Faltaba á este insigne congreso que le reconociesen los pueblos, y que se sometieran á sus decisiones los pretendientes á la corona. Los pueblos prestaron obediencia, y no bien estuvo constituido el congreso, cuando un heraldo del duque de Gandía pidió audiencia para exponer los derechos de este señor.

El parlamento habia salvado al país; desde luego reconocieron su imparcialidad y prestigio algunos de los interesados; y en medio de tantos elementos de desórden, se elevó un poder fuerte que supo enfrenar la anarquía

amenazadora. ¡Gran base para decidir tan árdua cuestion! Díjose á los demas pretendientes que no se reconoceria por rey al que no se sometiese á las decisiones del parlamento y tratase de emplear la fuerza. Magnífica resolucion que evitó rios de sangre.

Era necesario que Aragon y Valencia siguiesen tan noble ejemplo; mas por desgracia ardian en civiles discordias por la ambicion del de Urgel y las banderías de familia, que tomaron desde luego carácter político. Mallorca, con gran cordura, se limitó á fortificar la isla, y á no dar óidos á ninguno de los pretendientes, pronta á acatar lo que decidiese el parlamento catalan. Sicilia y Cerdeña ardian en divisiones intestinas. La reina Doña Blanca temia en Sicilia á D. Bernardo de Cabrera: en Cerdeña el vizconde de Cardona aspiraba al trono.

En tanto el parlamento catalan gobernaba y administraba el país con acierto y cordura, y demostraba suma imparcialidad, no pudiendo los mas suspicaces penetrar por cuál de los pretendientes propendia. Llegaron embajadores del duque de Gandía, de D. Fernando de Antequera, del conde de Urgel, de la reina Doña Violante; mas el parlamento contestó que no era todavía tiempo de resolver la cuestion, que ántes era preciso pacificar y reunir todos

los reinos que formaban la entidad aragonesa, pues la decision habia de ser general, y se daria el derecho á quien correspondiese. Aquietáronse todos: esto nos recuerda los mejores dias de Roma.

Embajadores del parlamento fueron á Aragon y Valencia. Pasó á Zaragoza Benedicto XIII, donde fué ostentosamente recibido, y por su influjo concertaron treguas los señores y se acordó que se formase un parlamento en Aragon. Lo mismo se acordó en Valencia; y más tarde y con más dificultad se logró que Sicilia y Cerdeña estuviesen conformes en admitir por rey al que resultase elegido.

Marchaba, pues, todo bonancíblemente; mas era tan difícil y tan vidriosa la situacion, que á cada momento se temia doloroso rompimiento. Propúsose primero que Aragon y Valencia reuniesen parlamento en punto fronterizo á Cataluña; creyóse mas conveniente despues que se juntasen á deliberar en un solo cuerpo. El lugar donde debia reunirse, el número de sus vocales, el órden de colocacion y el reino á quien debia corresponder la presidencia, produjeron disgustos y escision en el seno del parlamento. Transpiró fuera esta division, volvieron á las armas muchos de los que estaban atreguados. El conde de Urgel se acercó á Barce-

lona, situándose en Valdoncéllas, de donde le mandó el parlamento que se retirase á una legua de la ciudad: agraviose el de Antequera de que rival tan poderoso estuviera tan próximo al parlamento, pudiendo influir en sus determinaciones. Escribió ofendido y envió dos extraños documentos en forma enteramente causídica, por los cuales adia la herencia de Don Martin y daba poderes para tomar posesion de ella.

Entre las turbaciones de aquel tiempo fué la mas grave la que produjo el atentado cometido por D. Antonio de Luna contra el arzobispo de Zaragoza D. García Fernández de Heredia. El turbulento magnate Luna era partidario y agente del conde de Urgel, y rogó al arzobispo que se viese con él en la Almunia de Doña Godina, para tratar de graves asuntos. Accedió el arzobispo; viéronse el 1.° de junio de 1411 en el campo; saludáronse corteses y hasta afectuosos, y se retiraron á hablar en lugar apartado. Fuése acalorando la conversacion, y en voces descompuestas gritó Luna: ¿El de Urgel ha de ser rey, ó nó? El arzobispo, en el mismo tono, contestó: No lo será mientras yo viviere.—Pues lo será, y preso ó muerto el arzobispo. Este, al volver la rienda á su mula, dijo: Muerto podrá ser; pero preso, nó; y Luna, fuera de sí,

pica espuela, alcanza al arzobispo, le da un bofeton en la cara y una cuchillada en la cabeza. Acércanse los de Luna y dan cruel muerte al prelado, cortándole ademas la mano derecha y degollándole. Creyó el conde de Urgel que podria fácilmente entrar en Zaragoza; mas se engañó. Tan horrible atentado le enagenó el afecto de los aragoneses, y los Heredias, que propendian por el duque de Calabria, se declararon por el castellano, haciendo lo mismo los Urreas y otras poderosas familias. El gobernador del reino, cuñado del arzobispo, mandó auxilios al infante de Antequera y comenzó á batir los castillos y talar las tierras de D. Antonio de Luna.

El parlamento de Barcelona, para estar mas próximo al punto incendiado, trasladóse á Tortosa; el de Aragon se reunió en Alcañiz; y el de Valencia en Trahiguera. Mas los aragoneses y valencianos tenian doble parlamento: los primeros, uno en Alcañiz y otro en Mequinenza, á que concurrieron los Lunas y sus parciales, que enviaron emisarios á Tortosa para que se les reconociese como la legítima representacion del país; lo que no pudieron lograr, quedando declarado legal el parlamento de Alcañiz.

En Valencia, el gobernador presidia un parlamento, bajo la influencia del de Urgel, y se

trasladó á Vinaroz con intento de situarse en Tortosa, aunque en recinto separado del catalan, lo que no llegó á tener efecto. Habíase formado en Valencia otro parlamento, llamado el de afuera; propendia el primero por el de Urgel, el segundo por D. Fernando, infante de Castilla. Disputábanse ambos parlamentos la legitimidad, llegando al extremo de darse entre los secuaces de uno y otro campal batalla el 27 de febrero de 1412, en la que fué muerto el gobernador de Valencia y dispersos los suyos. Cortaron la cabeza al desventurado gobernador, y (horroriza decirlo) obligaron á su hijo Arnaldo Guillen de Bellera, á que la llevase clavada en una pica, cual estandarte y trofeo, al verificar los vencedores su triunfal entrada en Murviedro.

Diez y nueve meses habian transcurrido desde la muerte de D. Martin el Humano; las principales dificultades se iban venciendo, y el parlamento catalan manifestó que se estaba en el caso de dar cima á este negocio por los medios prudentes que se acordasen. Bardají, presidente del parlamento de Aragon, contestó que abundaba en él mismo deseo y que debian nombrarse personas de prudencia, honradez y doctrina para que, examinando el derecho de los pretendientes, pronunciaran sen-

tencia. Se acordó que por cada reino se elegirian tres jueces, y que la villa y castillo de Caspe, cuya jurisdiccion les seria dada, debia ser el punto en que se reuniese tan peregrino tribunal, llamado á decidir el mayor pleito que han visto los siglos. Cuidóse de la seguridad é independencia de los jueces, prohibiendo que se acercasen á la plaza fuerzas de ninguno de los contendientes; se mandó que se reuniesen el 29 de marzo; dióseles para resolver el plazo de dos meses, que ellos mismos podian prorogar hasta el máximum de otros dos, y previéndose el caso de que alguno de los nueve se incapacitase ó muriese, se les autorizó para que eligieran quien lo remplazase. La sentencia era inapelable. Necesitaban para causarla que estuviesen conformes seis votos y que por lo ménos hubiese uno de cada reino.

CAPITULO IV.

Dispuestas con tan esmerada prolijidad las cosas, nombrada para decoro del tribunal una guardia de honor compuesta por iguales partes de gente de Aragon, Cataluña y Valencia, se publicaron los nombres de los jueces compromisarios elegidos por el gobernador y Justicia de Aragon en virtud de expresa delegacion al efecto. Recibieron los pueblos con el mayor entusiasmo la eleccion, hicieron regocijos públicos, dieron gracias á Dios cantando el *Te Deum laudamus* y llevando procesionalmente las reliquias é imágenes de sus patronos.

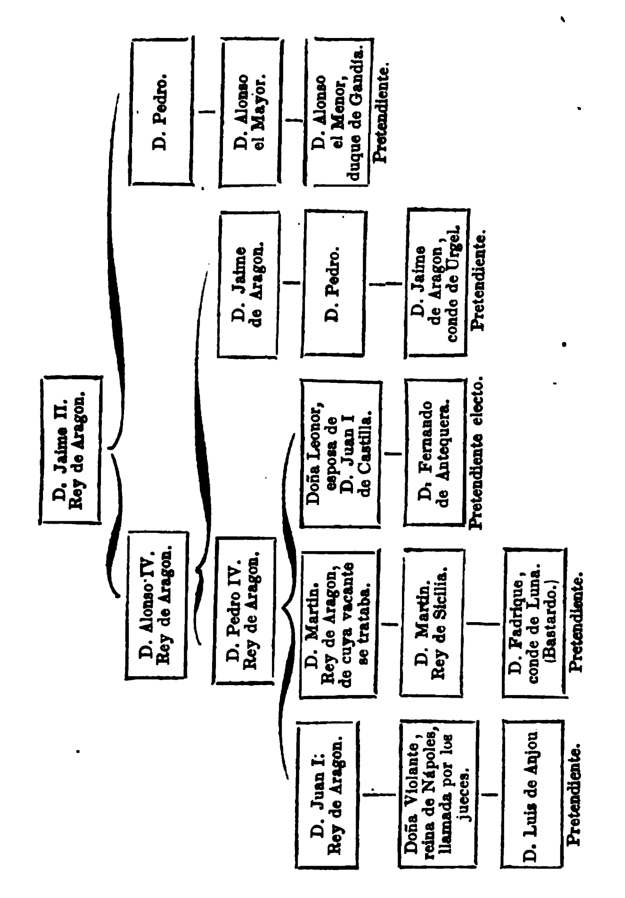
En verdad los elegidos eran los hombres de mas prestigio y reputacion en el país. Por Aragon fueron nombrados D. Domingo Ram, obispo de Huesca, cardenal más tarde, y que por estar vacante la silla de Zaragoza, ocupaba la primera dignidad eclesiástica en el país;

D. Frances de Aranda, que dejado el cargo de consejero secreto del rey, se habia metido donado en la Cartuja de Portaceli de Valencia; y D. Berenguer de Bardají, presidente del parlamento de Alcañiz y uno de los hombres mas importantes de su tiempo.

Por Cataluña fueron jueces el arzobispo de Tarragona D. Pedro de Zagarriga, varon de virtud y letras; Guillen de Vallseca, y Bernaldo de Guálbes, ilustres jurisconsultos.

Valencia tuvo por jueces á Fr. Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja de Portaceli, notable por su bondad y su prudencia; á su hermano Fr. Vicente Ferrer, que hoy veneramos en los altares, maestro en sagrada teología, varon de gran celo apostólico, santa vida y don de milagros; y Giner Rabaza, ilustre doctor en derecho, que habiendo padecido perturbacion mental durante el compromiso, fué remplazado por Pedro Beltran, no ménos docto jurisconsulto, elegido unánimemente por los ocho jueces en uso de las facultades que les estaban conferidas.

Reunidos en Caspe el dia señalado, convocaron á los pretendientes que aparecen del siguiente árbol y que enviaron sus embajadores, asociados á los mas ilustres jurisperitos de aquella edad.



Convocaron los jueces ademas de los cinco pretendientes, á la reina de Nápoles, y á Doña Isabel, hermana de D. Martin; desestimaron de plano la pretension de Mateo de Fox, de la reina viuda Doña Margarita de Prádes, y del conde de este título, hermano del duque de

Gandía, que llevaba ya la representacion de esta rama.

Con sólo pasar la vista por el árbol que precede, se comprende la posicion respectiva de cada pretendiente y el fundamento del derecho que alegaban. Vemos la agnacion en unos, la agnacion ficta en otros; cuál pertenecia á la línea postergada, á cuál obstaba el vicio de bastardía; quién se hallaba en la línea que llaman los jurisconsultos contentativa de posesion, y quiénes tenian que forzar al mayorazgo, que corre hácia abajo como los rios, á que tomase direccion inversa. Todas estas cuestiones se presentaban á los jueces con gran copia de razones legales y de hechos históricos. Oyéronlas por espacio de treinta dias, y admitieron las alegaciones de las partes, considerando ademas, como compromisarios, la conveniencia pública, y pesando, no sólo el derecho estricto, sino las dotes y calidades de los pretendientes.

No teniendo tiempo suficiente con los dos meses para decidir tan grave asunto, prorogaron por uno mas su jurisdiccion, segun para ello estaban facultados, y continuaron deliberando entre sí, conviniendo en que se haria la votacion el 24 de junio, llevando cada juez escrito, firmado y sellado su voto respectivo.

Llenos de ansiedad esperaban los pueblos

la decision. Toda Europa tenia fija la vista en el castillo de Caspe, pues se trataba de dar rey al mas importante y mas extenso de los reinos, formado por Aragon, Cataluña, Valencia, Mallorca, Sicilia, Córcega y Cerdeña. Y este gran reino iba á ser adjudicado por nueve hombres, los más pertenecientes á lo que entónces se llamaba pueblo, y que concluida su mision volvian á mezclarse con sus conciudadanos, cuya suerte iban á decidir.

Llegó por fin el 24 de junio: comulgaron los jueces, y reunidos en el castillo empezaron á votar. No tocaba á san Vicente, octavo de los nombrados, emitir el primero su opinion. Rogáronselo empero todos conociendo sus altas prendas; y el Santo dijo: que, segun su conciencia y lo que podia alcanzar su entendimiento, correspondia la corona á D. Fernando, infante de Castilla, hijo de Doña Leonor, nieto de D. Pedro IV de Aragon, sobrino y mas próximo pariente del rey D. Martin. El obispo de Huesca, Fr. Bonifacio Ferrer, Bernardo de Guáldes, Berenguer de Bardají, y Frances de Aranda se adhirieron á este voto.

La eleccion estaba hecha: reunia el infante de Antequera seis votos; tres de Aragon, dos de Valencia y uno de Cataluña. Estaban llenas todas las condiciones necesarias.

Continuando la votacion, el arzobispo de Tarragona dijo: que, si se consideraba la conveniencia del reino. debia darse la corona á Don Fernando; pero que en estricta justicia creia que el duque de Gandía y el conde de Urgel, agnados de los reyes de Aragon, tenian mejor derecho, y que estando ambos en igual grado de parentesco con el rey difunto, debia elegirse entre los mismos el que fuese mas útil á la república. Adhirióse á este dictamen Guillen de Vallseca, opinando que el mas idóneo era el conde de Urgel; pero diciendo al mismo tiempo que esto era lo que le parecia á primera vista, porque la gota y otros achaques no le permitieron enterarse bien de las alegaciones de las partes. Pedro Beltran, célebre jurisconsulto valenciano, se limitó á decir que habia llegado á Caspe el 18 de mayo en sustitucion de Giner Rabaza, y que no tuvo por lo tanto suficiente tiempo para formar juicio acabado en tan difícil cuestion.

Firmóse la sentencia por los nueve jueces, autorizáronla tres notarios, uno de cada reino, y fueron testigos los tres alcaides del castillo; mas juraron todos guardar la mayor reserva.

Dispusieron los jueces publicar la sentencia en la plaza de Caspe el 28 siguiente. Se colocó un altar con la mayor magnificencia; elevá-

ronse tablados para los jueces, para los embajadores de los pretendientes, para los de los parlamentos de Aragon, Cataluña y Valencia. La tropa que habia dado la guardia de honor formaba enfrente del tablado de los jueces, é impedia que se acercase la multitud, que llenaba el resto de la plaza, las ventanas, los tejados. Las músicas militares estaban situadas convenientemente.

Salieron los jueces del castillo á las nueve de la mañana: á respetuosa distancia los embajadores, entre los que habia muchos prelados y caballeros de la mas ilustre sangre de los tres reinos; subieron todos á sus respectivos tablados, que estaban revestidos con ricas telas. En el mas elevado de todos, cubierto de brocado, se colocaron los jueces. Ocupaba el centro el arzobispo de Tarragona; á su derecha Bonifacio Ferrer, Guillen de Vallseca y Frances de Aranda; á su izquierda Berenguer Bardají, el P. Vicente Ferrer, Bernardo Guálbes y Pedro Beltran. Faltaba el obispo de Huesca, porque habia ido á revestirse de pontifical para celebrar la misa. No asistió al acto Benedicto XIII, pues no se hallaba en Caspe. Mariana padeció equivocacion, disculpable por cierto [1], pues el que no escribe no yerra.

[1] El sermon que predicó san Vicente, y que trascribe

Todo dispuesto, se dió principio al acto. Celebróse la misa con gran solemnidad y pompa; la oyeron en pié todos los concurrentes, y terminada, subió al púlpito san Vicente Ferrer, por órden y encargo de los jueces, para publicar la sentencia: momento solemne y de gran ansiedad. Eligió el Santo por tema para su sermon aquellas palabras del Apocalipsis: *Gaudeamus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiæ agni*; y en tierna y elegante oracion expuso la solicitud, el celo y la imparcialidad con que habian oido á todos los pretendientes, sentenciando en conciencia, y que estaba encargado de anunciar la eleccion.

Entónces, sacando un papel, implorando el auxilio de Dios, el de su Santísima Madre y de todos los bienaventurados, en medio del mas religioso silencio, empezó la lectura [1].

Al llegar á la cláusula que dice: «Los referidos parlamentos y los súbditos y vasallos de la corona de Aragon deben y están obligados á

Mariana, se debe á la fecunda imaginacion de este sabio historiador.

[1] Es tan conocida la sentencia, que creemos inútil insertarla íntegra. La parte esencial es: «Quod Parlamenta prædicta, et subditi ac vasalli Coronæ Aragonum, fidelitatem debitam præstare debent et tenentur Illustrissimo ac Excelentissimo, et Potentissimo Principi, et domino nostro Ferdinando, Infanti Castellæ, et ipsum dominum Ferdinandum in eorum verum regem et Dominum habere tenentur et debent.

prestar la fidelidad correspondiente al ilustrísimo, excelentísimo y poderosísimo príncipe nuestro Sr. D. Fernando, infante de Castilla, y á mirarle y tenerle por su legítimo rey y señor;» no pudo san Vicente contener las lágrimas, y gritó con el mayor entusiasmo: *Viva, viva nuestro rey D. Hernando*. La multitud empezó á victorearle, poblaron el aire las músicas marciales, y apaciguado este arranque de patriotismo, concluyó la lectura, postráronse todos en tierra, y entonó el obispo de Huesca el *Te Deum laudamus*.

Despacháronse inmediatamente embajadores á anunciar la eleccion al nuevo rey, á Benedicto XIII, á los pretendientes, á los parlamentos, á los reyes extraños, á las principales ciudades y universidades del reino. Aquella misma tarde los nueve jueces resignaron sus cargos, y renunciaron el señorío de la villa y del castillo que habian tenido hasta entónces, volviendo tranquilos á la vida privada.

No dejó, sin embargo, de oirse que algunos descontentos se lamentaban de que les hubiesen dado rey extranjero, y al siguiente dia, subiendo san Vicente al púlpito, hizo ver que Don Fernando era hijo de madre catalana, y el conde de Urgel de madre lombarda; y demostró, no sólo el mejor derecho del elegido, sino sus

grandes dotes de valor, prudencia, aptitud y conocimiento de los negocios.

Así terminó la célebre asamblea de Caspe. Tan grandes varones evitaron la guerra civil y dieron un buen rey á Aragon. ¡Sublime espectáculo sin antecedente ni imitacion en el mundo!

Hallábase D. Fernando con su familia en Cuenca. Era tutor de su sobrino D. Juan II de Castilla, y se habia negado hidalgamente, como veremos, á admitir el trono de este país con que le brindaron. Habia peleado con los moros y tomado á Antequera, mereciendo que se le llamase el infante de Antequera. Llegaron los embajadores de los tres reinos, los síndicos de las ciudades y los principales señores á anunciarle la eleccion, esperando que juraria los fueros, y recomendándole los catalanes que mirase por el temerario conde de Urgel. No bien supo el rey la eleccion, se puso en camino con su esposa y sus cinco hihijos. Acompañábanle para ostentacion y cortejo algunos soldados de Castilla.

Hizo solemne entrada en Zaragoza. Convocó las Córtes que se reunieron en 5 de agosto en la catedral, que en la Corona de Aragon llaman la Seo. Dirigiólas el rey un breve razonamiento, diciendo: Que, si bien no era nece-

sario exigir á súbditos tan fieles y leales juramento de fidelidad, la costumbre observada por sus antecesores le obligaba á ello. Juró el rey los fueros de Aragon, ante el Justicia y en manos del obispo de Huesca, pues desde la muerte del arzobispo Heredia continuaba vacante la sede. Juráronle rey las Córtes y le prestaron pleito homenaje; reconocieron y juraron por su sucesor al infante D. Alonso, á quien tenia la Providencia reservado para ser uno de los mas grandes reyes del mundo. Asistieron á tan solemne acto dos de los pretendientes á la corona, D. Fadrique de Aragon y el duque de Gandía; excusóse á pretexto de enfermo el conde de Urgel; pero su madre envió por su procurador á Gispert de Ballmon.

No tardó mucho tiempo en saber D. Fernando que el conde de Urgel no cedia de sus pretensiones, que buscaba amigos y parciales en el país, procurándose valedores en Navarra, en Francia y en Inglaterra. Sabia que su animosa madre le repetia á cada instante: *Fill meu ó Rey ó no res*; es decir: Hijo mio, ó rey ó nada; y viendo que habia levantado bandera, fué D. Fernando en su busca con sus tropas castellanas. En favor del conde intercedian con el rey los señores, manifestando lo noble de su cuna y el mal estado de sus bienes, y le hacian

creer que se someteria de buen grado bajo ciertas condiciones que el rey estaba dispuesto á otorgarle.

Parecia todo convenido: enviados del de Urgel reconocieron y juraron solemnemente en la catedral de Lérida á D. Fernando por rey legítimo; mas este exigió que el conde ratificase personalmente el juramento. Sonaba en los oidos del de Urgel el famoso *Rey ó no res*, y se negó resueltamente á jurar, declarándose en abierta rebelion. Tenia el rey convocadas Córtes en Barcelona; mas ántes pasó á Tortosa á rendir obediencia á Benedicto XIII, su singular favorecedor, y de cuyas manos recibió la investidura de Sicilia, Cerdeña y Córcega.

Ántes de entrar en Barcelona recibió el rey mensajeros del conde, que ofrecia reconocerle y prestarle obediencia siempre que le concediese varias gracias y mercedes y las ratificasen las Córtes. Juró el rey en ellas los fueros de Cataluña, como lo habia verificado en Lérida, y á su vez fué jurado rey, y su hijo D. Alonso, su inmediato sucesor. Tratóse en seguida de las exigencias del orgulloso pretendiente, y el monarca queriendo dar muestra de la grandeza de su ánimo y satisfacer cumplidamente á los amigos del conde, vino en cuanto se le pidió. Ofreció que su hijo el infante D. Enrique ca-

saria con la hija del de Urgel, dió al hijo de este magnate el ducado de Montblanc, y para que reparase su fortuna ofreció al conde cincuenta mil florines, y seis mil á su madre la condesa Margarita.

Mas la sumision del conde no era leal; tenia por objeto ganar tiempo, miéntras se apercibia para la guerra, que con el apoyo de sus valedores y del audaz D. Antonio de Luna comenzó desde luego, titulándose rey, ocupando varias villas y ciudades y sitiando á Lérida. Llevaron muy á mal las Córtes esta conducta, apellidáronle reo de lesa majestad y empezó á instruirse un proceso contra el rebelde.

El rey salió en su busca: entre Alcolea y Castelfollit fueron derrotados los auxiliares que mandaba Luna. Huyeron á su país los que pudieron salvarse, y Luna se encerró en su castillo de Loharre.

El de Urgel con mal acuerdo se habia refugiado y fortalecido en la plaza y castillo de Balaguer, á cuya vista se presentó el rey D. Fernando el 5 de agosto de 1413. Intimó la rendicion, y por toda respuesta empezaron los del castillo á hostilizarle: publicó indulto, dejó que saliesen libres los que lo solicitaron, y puso estrecho cerco.

Defendíase con notable esfuerzo el de Ur-

gel, veíasele en los puntos de mayor peligro, animaba á los suyos y daba muestras de que conservaba el valor de sus antepasados, y no desmentia la preclara sangre que circulaba por sus venas. La plaza sin embargo se hallaba en gran extremidad: los extranjeros pasáronse á la parte de D. Fernando; las máquinas de guerra apretaban el recinto; el hambre diezmaba los moradores.

Y una tarde ábrense las puertas de Balaguer, salen tres mujeres, atraviesan el puente, llegan al real. Era la noble condesa de Urgel, esposa del temerario D. Jaime, con dos de sus damas. No la recibió el rey hasta dos dias despues, el 29 de agosto. Hincóse de rodillas la noble y desventurada señora, y llena de lágrimas, pidió la vida de su esposo. Otorgósela el monarca, siempre que se entregase sin condicion y confesase públicamente su delito.

Grande alarida se oyó en la plaza: pasaba en ella una escena harto singular por cierto. Habia jurado el conde no cortarse la barba ni el cabello hasta que fuese rey ó nada. Subido á un sitio elevado de la plaza pública: «Yo hice, dijo al pueblo, juramento de conservar la barba y el cabello hasta que fuese rey ó nada; sé que soy y seré nada, queda mi voto cumplido, y por esto me los quiero quitar. Dió gracias al pue-

blo por lo mucho que le habia servido y por los sacrificios que hiciera por su causa; y acto seguido el barbero hizo su ofició. Lloraba el pueblo á grito herido, protestaba morir en su defensa, y le rogaba que no se entregase á su enemigo. Mas el de Urgel montando una mula de corta alzada, salió por la puerta de Almata, acompañado del duque de Gandía y del obispo de Malta, y llegó al real de D. Fernando.

Habia este mandado colocar un dosel en una de las salas de la habitacion que ocupaba; mas viendo la multitud de gente que acudia, hizo levantar un tablado en el campo, y allí esperó al altivo, hoy tan humillado caballero. Arrodillóse el de Urgel y besó la mano á Don Fernando á presencia de todo el ejército, diciendo: «Señor, yo vos demando misericordia, y pidovos por merced que vos membredes del linaje donde yo vengo.» «Yo vos perdoné, le contestó el rey, e ove de vos misericordia cuando os otorgué cuanto me demandastes, e agora por ruego de la infanta, mi tia, os perdono; que meresciades la muerte por los yerros que habiades fecho; e aseguro vuestros miembros, e que non seades desterrado de los mis regnos.» Mandóle levantar, encargó á Pedro Hernández de Guzman que lo llevase á su posada, y de allí á una torre de Lérida. Aca-

bóse en esta ciudad el proceso: condenaron al desventurado conde á prision perpétua y perdimiento de bienes. Residió cautivo en varias fortalezas y murió en la de Játiva despues de diez y siete años de prision.

¡Leccion terrible para los ambiciosos! Era valiente; tal vez hubiera sido rey de Aragon sin los consejos de su madre y los desmanes de D. Antonio de Luna.

Entró el rey en Balaguer en medio de las aclamaciones del pueblo, que siempre aplaude á los que favorece la fortuna, y despues de armar caballeros á algunos donceles, pasó á Lérida y convocó para Zaragoza Córtes para enero de 1414. Fué en ellas ungido y coronado y, segun refiere un diligente historiador[1], «vistió á su hijo «un manto muy rico, y púsole un chapeo en la »cabeza y una vara de oro en la mano, y dióle »paz y título de príncipe de Gerona, que des»pues acá ha quedado por título de los prínci»pes sucesores de Aragon, que hasta allí sola»mente se habian acostumbrado llamar du»ques.» Al hijo segundo D. Juan, que llegó tambien á ser rey de Aragon, le dió título de duque de Peñafiel. Coronóse el rey á sí mismo, y recorrió la ciudad en un caballo blanco,

[1] Gerónimo Bláncas.

cuyas bridas llevaban los hijos del rey, los principales señores del reino, el conde de Luna D. Fadrique, uno de los antiguos pretendientes, el duque de Gandía, hijo del que tambien lo fuera. Al siguiente dia coronó el rey á la reina con una corona enviada de Castilla, y hubo lucidas fiestas y torneo de ciento á ciento.

Hacíase el rey amar por su agrado, su valor, y sobre todo por su justicia. Habia pacificado el reino, tomado el castillo de Loharre y hecho fugarse á Luna y sometido á Sicilia y Cerdeña, cuyo gobierno fió á su hijo D. Juan, á quien concertó casar con la célebre y mudable reina de Nápoles Doña Juana, mujer á la sazon entrada en dias, y que no esperó á su prometido esposo, casando ántes de su llegada con Jacobo de Borbon, conde de la Marca; señora de quien tendremos ocasion de hablar en el siguiente reinado.

Llamaban los pueblos á D. Fernando, el Honesto y el Prudente. Se dedicó á hacer florecer las letras y las ciencias, las artes, el comercio y la marina. Fomentó las relaciones de amistad con Castilla, previendo el gran dia en que ambas coronas debian unirse con estrecho é indisoluble lazo. Mas en medio de tanta prosperidad empezó á adolecer de grave mal, que debia conducirle pronto al sepulcro. Amargaban sus

dias veladores cuidados. Veia que los catalanes estaban recelosos diciendo que no se les respetaban sus fueros, lo que, si bien no produjo rompimiento, ocasionó desvío. El cisma de la Iglesia, en la que habia tres que se titulaban pontífices, le traia inquieto, desabrido y resuelto á terminarlo á toda costa.

Por fin, á los treinta y ocho años de edad y cuatro de reinado, falleció en Igualada el 12 de abril de 1412; y yace en Poblet.

Príncipe grande, y uno de los mas cumplidos caballeros que se sentaron jamas en el trono. Sucedióle otro gran rey, su hijo Alonso V de Aragon y I de Nápoles, que á la sazon tenia veintidos años. Narraremos sus hechos paralelamente con los de D. Juan II de Castilla, tan luego como digamos algo del gran cisma de Aviñon, ó mejor dicho, de Occidente. Empero á ley de imparciales confesaremos que es muy pálida la historia de Castilla, cuando se compara con la de Aragon.

CAPITULO V.

Al nombrar á Aviñon, ciudad francesa sobre el Ródano, viene á la memoria la cautividad en que gimió la Iglesia por espacio de más de sesenta y ocho años. Clemente V, frances, ofreció á Felipe el Hermoso llevar á Francia la silla de san Pedro, lo que verificó en 1309. Otros siete papas continuaron su residencia en este punto, y fueron Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI, que en 1377, devolvió á Roma la silla pontificia.

No es nuestro propósito, ni cabe dentro de nuestra historia, narrar las aflicciones de la Iglesia en este largo período, que los romanos equiparan al de la cautividad de Babilonia. Pe-

saba la mano del rey de Francia sobre los pontífices, que eran franceses, y de esta nacion la mayoría de los cardenales. Si no lo dijera la simple razon, la deplorable historia de este período demostraria los inconvenientes de que el pontificado carezca de dominio temporal y viva en ajena dependencia.

Petrarca, que en Aviñon conoció á Laura y la consagró la mayor parte de sus sonetos y canciones, nos habla del lujo y de la perversidad de costumbres que á la sazon reinaban en aquel pueblo.

Mas Gregorio XI falleció el 27 de marzo de 1378, á poco más de un año de haber trasladado la sede á Roma. Reunióse el cónclave en 7 de abril, compuesto de diez y siete cardenales, once de ellos franceses, cuatro italianos, un inglés y otro español, que fué el célebre D. Pedro de Luna. Gritaba en las plazas y calles el pueblo de Roma, como ya hemos escrito, que se le diese papa romano, ó al ménos italiano. A los gritos siguieron amenazas, y hasta se dice que llegaron á verse haces de leña á las inmediaciones del cónclave, cerrando los amotinados las puertas de Roma para que no se fugaran los cardenales. Resultó elegido Bartolomé Prignani, arzobispo de Bari, napolitano, que no era cardenal, y que tomó

el nombre de Urbano VI. Los mismos cardenales que despues anularon su eleccion, le proclamaron, le entronizaron, coronaron, adoraron y juraron sumision y obediencia, obteniendo de su mano gracias y mercedes.

Al pronto nadie decia que fuese la eleccion fruto del temor; se afirmaba por los afectos á Urbano que los gritos no eran amenazas, sino súplicas, y un autor contemporáneo expresa que las voces del pueblo *non erat clamor urgentium, sed precantium.* Empero, llegó á poco á oidos del Pontífice que se hablaba de coaccion, y al punto reunió á los cardenales, increpándoles en nombre de Dios que le dijesen si los habia movido respeto humano, ó miedo, al elevarle al pontificado. Contestáronle todos bajo juramento, que la eleccion fué libre, legítima, justa, canónica, y tan acorde, cual no habia habido ninguna jamás [1].

Anuncióse al orbe católico: los reyes enviaron sus embajadores á felicitar al Papa y prestarle obediencia. Cárlos de Francia, Juana de Nápoles, Pedro de Aragon, Juan I de Castilla, Fernando de Portugal, Cárlos de Navarra, todos reconocieron y acataron al nuevo Pontífice.

[1] Libere, legitime, juste, canonice, concorditer, et quomodo nunquam facta fuerit, concordissime. (Alfonso el Monje.)

Empero los cardenales franceses echaban de menos su Aviñon, ciudad que tenia para ellos los atractivos de la alegre sociedad, del lujo y de los festines. El nuevo Pontífice les dirigió, con más energía que prudencia, una alocucion, diciéndoles que estaba resuelto á conservar en Roma la silla pontificia, y les exhortó á que dejasen el lujo en la mesa, la pompa y la soberbia profanas; rogándoles que minorasen la muchedumbre de sus criados y de caballos, y las demas superfluidades á que estaban avezados. Oyéronle admirando tanto valor, que apellidaban audacia; hubo grandes escándalos, llegando un cardenal á decir al Pontífice en pleno consistorio, viendo que le increpaba su conducta: «Tú, como arzobispo de Bari, mientes.» Resolvieron los cardenales negarle la obediencia, confabulándose al efecto y preparando tremenda venganza. Bajo pretexto de los calores de Roma, pidieron licencia para trasladarse á varios puntos; concediósela el Papa, convencido de que, si no se la daba, eran ellos muy capaces de tomársela; y por distintos rumbos se reunieron en Agnani, resueltos á trasladarse á Fondi, cuyo gobernador estaba descontento de Urbano.

Trece eran los cardenales reunidos en Agnani, á que se agregó alguno más, y el dia 9 de

agosto uno de ellos subió al púlpito, y leyó un manifiesto firmado por todos, en que declaraban intruso á Urbano, y expresaban que, estando vacante la silla apostólica, iban á reunirse en cónclave para proceder á nueva eleccion en Fondi. Enviaron embajadores al Pontífice para que dejase el poder supremo, y no usara más de las vestiduras pontificias. Amonestóles Urbano que dejasen tan mal camino, y les prometia olvido y perdon si le prestaban obediencia: palabras dulces, que contrastaban con la anterior dureza, y que no fueron creidas por los cardenales.

Llegó el dia de la eleccion, y el 19 de setiembre de 1378 fué electo pontífice Roberto, cardenal de Ginebra, que se coronó en 31 de octubre y tomó el nombre de Clemente VII. Así nació el terrible cisma de Occidente, que duró cincuenta y un años, desde 1378 hasta 1429 en que renunció Gil Muñoz.

Partieron embajadores del nuevo Pontífice á todos los países, encargándose de venir á España D. Pedro de Luna, cardenal de Aragon. Pronto contó Clemente con el favor de la reina de Nápoles y empezaron á vacilar otros monarcas.

Urbano, tan luego como lo supo, nombró veinte y nueve cardenales, excomulgó á Cle-

mente VII, á la reina de Nápoles, á los que le eligieron y á todo el que le reconociese ó patrocinase. Mas Clemente, que era jóven de treinta y seis años, acudió á las armas, al principio con fortuna, siendo despues vencido; más continuó defendiendo su pretendida legitimidad por medios violentos y atroces [1].

En 20 de junio de 1379 entró en Aviñon, donde estableció la Sede y llenó los deseos y esperanzas de sus favorecedores. Dividida la cristiandad, rota la vestidura de la Esposa del Señor, turbadas las conciencias, clamaban todos porque se reconociese legítimo á uno ú otro contendiente, segun sus deseos. En Castilla Enrique II no quiso decidirse por ninguno, y dispuso poner en secuestro las rentas que se pagaban al Papa hasta que se declarase cuál era legítimo; ejemplo que imitó el rey aragones. Francia reconoció, como era consiguiente, por Pontífice al que se estableció en Aviñon, y negó su obediencia á Urbano.

Muerto el rey D. Enrique II, mandó Juan I en 1380 que se reuniera en Medina del Campo una junta de prelados para decidir á cuál de los dos pontífices debia prestarse obediencia. Asistieron por parte de Urbano el obispo

[1] Vel mari emergebantur, vel ignibus urebantur, vel alio crudeli mortis genere extinguebantur (Niem.)

de Favencia, y dos ilustres teólogos; y por parte de Clemente, el cardenal de Aragon Pedro de Luna. Hablaron unos y otros, examináronse los expedientes de ambas elecciones, fueron oidos los españoles que estaban en Roma al tiempo del cónclave de Urbano, y se resolvió que se debia prestar obediencia á Clemente VII.

Mas ántes de publicar esta resolucion, quiso el rey Juan I oir á los esclarecidos doctores de Salamanca, y verificado, en 1381, el 19 de mayo dia de la Pascua del Espíritu Santo, en la catedral, á presencia del rey, del cardenal Luna, del arzobispo de Toledo, de gran número de prelados, doctores y caballeros, se publicó desde el púlpito que Castilla reconocia por verdadero Pontífice á Clemente VII. Los enemigos del Papa de Aviñon dicen que debió haberse añadido que se someteria España á lo que decidiese la Iglesia en concilio general: declaracion innecesaria por ser esta la mente de todos.

Luna marchó á Portugal con igual mision que habia traido á Castilla; mas no logró que en aquel reino fuera reconocido Clemente, dándose la obediencia á Urbano, protegido por los ingleses. Sin embargo, era infatigable Luna, y en cuanto se hicieron paces entre portugueses y

castellanos, volvióse á Portugal y logró que en 1382 fuera reconocido Clemente VII.

No bien supo el papa Urbano lo que habia pasado, por su bula de 28 de marzo de 1382, apellidó infame á D. Juan I, le excomulgó y privó del reino de Castilla, absolviendo al pueblo del juramento de fidelidad. Clemente por el contrario le concedió por tres años una décima parte de los diezmos, de que no quiso usar por entónces. Todo era confusion. Excomulgábanse ambos Pontífices, escandalizábase el pueblo, relajábanse las costumbres, y se vivia en el más espantoso desórden.

Murió en Roma Urbano en 15 de octubre de 1389; hombre duro de carácter, y que no sabia hermanar la justicia con la clemencia. Parecia que esta muerte podia servir para un concierto, para una solucion que diese por resultado la union de la Iglesia y la terminacion del cisma. En todo se pensó ménos en eso. Reuniéronse en cónclave los catorce cardenales que acudieron á Roma, y á los nueve dias de estar congregados salió electo el 2 de noviembre Pedro Tomacelli, napolitano, que tomó el nombre de Bonifacio IX. Escribió á Clemente VII rogándole que volviese al gremio de la Iglesia romana, de que se habia separado; mas no hizo caso alguno, á pesar de que le aban-

donaron y fueron á Roma algunos de sus cardenales, que ántes lo hubiesen hecho si no hubiesen temido el rigor de Urbano. Castilla, Aragon, Navarra y Portugal estaban por Clemente VII, y cuando Bonifacio envió por embajadores á los arzobispos de Burdeos y Auch, cuyas ciudades pertenecian á Inglaterra, fueron bien acogidos, pero mal despachados.

En 16 de setiembre de 1394 falleció repentinamente en Aviñon, de apoplegía fulminante, Clemente VII, y otra vez se presentaba ocasion favorable para un arreglo; mas los cardenales escribieron á Bonifacio IX para que renunciase, y sin aguardar respuesta se reunieron en cónclave: eran veintiuno. No podian ménos de deplorar el estado de la Iglesia, y para que hubiese medio fácil de concluir el cisma se obligaron bajo juramento, y escribieron cada uno una cédula por la que prometian que el que saliese electo renunciaria sus derechos al Pontificado, siempre que hiciese lo mismo el intruso de Roma, calificacion que daban á Bonifacio. Parece que D. Pedro de Luna repugnaba firmar este solemne compromiso; pero al fin lo verificó. Reunióse el cónclave, y el 28 de setiembre del mismo año salió elegido por unanimidad el cardenal Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII.

Era en verdad el mas notable de los cardenales que se reunieron en Aviñon. Nacido en Illueca, partido de Calatayud, emparentado con los reyes de Aragon, de grandes riquezas, de instruccion vasta, educado en buena sociedad, práctico en los negocios, estimado en Francia, querido en Aragon y Castilla, donde aún Zaragoza y Salamanca le recuerdan con distincion, era uno de los personajes más eminentes de la época. Fué arcediano de Zaragoza, catedrático de cánones en Mompeller y nombrado cardenal diez y nueve años ántes por Gregorio XI en 1375, que le dijo: «Cuidado que esa luna no se eclipse;» palabras que pudo recordar más tarde [1].

Opinan muchos que obraba con error, pero de buena fe en el primer tiempo, pues creia que, una vez reconocido como legítimo Clemente VII, era tambien legítima su promocion como derivacion natural de un pontífice verdadero. Veia ademas que á su eleccion concurrió mayor número de cardenales que á ninguna otra de aquellos tiempos, que fué unánime, y sobre todo que los reyes le reconocian, los sábios le aclamaban y los santos le veneraban como prín-

[1] De Luna, ya antipapa, dijo Gerson: «No habrá paz mientras esa luna no se eclipse.» Es temible que por error se hayan atribuido estas palabras á Gregorio XI.

cipe y cabeza visible de la Iglesia; y nos bastaria citar el nombre de san Vicente Ferrer, apóstol valenciano, á quien el pueblo admiraba por su santa vida y dón de milagros, que fué confesor de Luna y uno de sus mas ardientes protectores en la primera época.

A las excelentes calidades que reunia Benedicto XIII, se agregaban otras no tan buenas, carácter tenáz, terco, intransigente, ambicion desmesurada, gran fecundidad en ardides y en medios tortuosos para conservar el mando.

Cárlos VI de Francia era menor de edad; sus tutores, con el duque de Orleans, pasaron á Aviñon á suplicar á Luna que, recordando su promesa y juramento, diese la paz á la Iglesia y renunciase el Pontificado. No les gustaba Pontífice español. La universidad de Paris, que como la de Salamanca en aquel tiempo se creia autorizada para resolver tan graves cuestiones, propuso que renunciase, que hubiese un compromiso, y se celebrase un concilio ecuménico. Mas Benedicto dijo que no podia soltar de la mano en tiempos tan borrascosos el timon de la nave de san Pedro que le estaba encomendado; expresó que habia otros medios mas adecuados para concluir el cisma, y propuso que en una ciudad de Francia se avistasen él y sus cardenales, con Bonifacio y los suyos, para tratar de tan grave asun-

to. Doliale mucho, segun dijo, que se impusiese la nota de ignorantes ó de cismáticos á tantos príncipes, tantos y tan ilustres prelados y sapientísimos varones, que en Dios y conciencia le tenian por legítimo. Insistieron los duques, y Luna se aferraba en que primero se celebrase la entrevista que tenia propuesta con Bonifacio; que si no habia solucion fácil, podian elegirse por una y otra parte igual número de compromisarios, que examinando los derechos de ambos, decidiesen de qué lado estaba la justicia; y que si por desgracia no se conseguia la avenencia, podrian todavía intentarse otros medios canónicos y jurídicos para poner fin al cisma. Todo, menos renunciar.

Juan I de Aragon declaró la legitimidad de Benedicto XIII; su hermano y sucesor el rey D. Martin, ántes de tomar posesion de su reino, pasó desde Córcega á Aviñon, donde fué recibido ostentosamente. Dióle Benedicto la investidura de Cerdeña y Córcega, la rosa de oro y una notable parte del *lignum crucis*, que se conserva en Caspe.

A poco fué reconocido tambien por Juan I de Castilla; mas la corte de Francia envió embajadores á todos los reinos para que se aunasen á fin de obligar á ambcs Pontífices, ó mas bien para que los dos que se titulaban tales, re-

nunciaran. En Salamanca se reunieron los hombres mas doctos del país y viendo por un lado la insistencia de Benedicto XIII en no ceder, la de D. Martin, rey de Aragon, en apoyarle y la del rey frances en combatirle, en tan célebre reunion acordaron que debian ceder ambos, desechando como poco convenientes los medios propuestos de entrevista, compromisos y concilios. Enviáronse embajadores á Benedicto, que respondió con evasivas, y nombró cardenales á los obispos de Gerona, Catania y Tarazona.

El rey de Francia, viendo la tenacidad del antipapa, mandó que no fuera reconocido ni obedecido en aquel país, y escribió al rey de Castilla para que hiciera lo mismo; mas este requirió de nuevo á Benedicto para que cediese, y habiéndose negado, reunió en Alcalá de Henares hombres sábios en letras, y prelados ilustres, que resolvieron se le negase la obediencia. No trabajó poco al efecto el arzobispo Tenorio; y el rey D. Enrique quitó la obediencia á Benedicto XIII por decreto de 12 de diciembre de 1398. Parecia que esta conducta del rey de Castilla debia ser grata al pontífice Bonifacio; mas á pretexto de que estaba en guerra con Portugal, y sobre todo porque, al negar la obediencia al de Aviñon no se la habia dado al

romano, quedándose sin reconocer á uno ni á otro, Bonifacio excomulgó y declaró cismático y privado del reino á D. Enrique, leyéndose las bulas en que tan mal se trataba á Castilla, en las iglesias de Portugal. Lo mismo hizo con el rey de Aragon privándole de Sicilia y Cerdeña, dando la investidura de aquellos reinos á D. Artal de Alagon, é incitándole á que fuese á posesionarse de ellos con las armas.

Decidióse en un concilio de Paris que Francia se apartaria de la obediencia de Benedicto, el que por toda respuesta dijo «que él era verdadero Papa, y Papa habia de morir.» De los cardenales que le seguian, que eran veintitres, se salieron de Aviñon apartándose de su causa diez y ocho, de los cuales diez eran franceses. Quedaron á Benedicto cinco cardenales, cuatro de ellos españoles: el de Valencia, Tarazona, Gerona y Pamplona.

Las armas francesas quisieron resolver la cuestion por la fuerza. Benedicto, sitiado en Aviñon por el rey de Francia, sólo contaba con varones de gran prestigio, con los cardenales españoles y con su confesor san Vicente Ferrer. Pocos eran los soldados de que disponia, pero resistieron tenazmente, y se opusieron á los franceses. Durante su cautiverio sufrió Bene dicto todo género de privaciones sin quejarse;

vió frente á frente sin pestañear la terrible tormenta que le cercaba, y sólo decia que era mejor morir que ceder.

Viendo el rey D. Martin lo mal parado que estaba Luna, envió embajadores á Cárlos VI, diciéndole que levantase el cerco, toda vez que Benedicto estaba pronto á renunciar, siempre que lo verificase tambien Bonifacio, ó en el caso de que este Pontífice muriera, ó fuese depuesto. En rigor, á esto es á lo que se obligó con juramento ántes de su promocion, y era lo único que por aquel documento pudiera exigirse.

Retoñó en tanto en Castilla la duda; mirábase esta como grave cuestion de conciencia; propendian por Benedicto muchos ilustres teólogos y canonistas, y fué preciso volver á discutir este punto. Convocados graves doctores y prelados en Valladolid, acordaron que el rey debia restituir la obediencia á Benedicto XIII, como lo hizo. Fueron embajadores á noticiarle este suceso, y llegaron á Aviñon en 12 de setiembre de 1401.

Mucho placer tuvo el rey de Aragon al saber que Castilla prestaba obediencia á Benedicto. Por su parte arregló los asuntos eclesiásticos de su reino, y trató de que el rey de Francia reconociese tambien al que tanto habia comba-

tido. La universidad de Paris, como hemos dicho, habia tomado con calor el partido de Roma, echando en la balanza el peso de su gran autoridad; más para que nada faltase para la perturbacion general, otra ilustre universidad francesa, la de Tolosa, se decidió por la causa de Benedicto, y combatió los fundamentos de la Sorbona. Los bretones no querian obedecer á sus obispos y prelados, puesto que ellos desobedecian á Benedicto, á cuyo partido se pasaron pronto Luis de Anjou, el duque de Orleans y otros señores franceses. ¡Bueno estaba el mundo! Mucho habia mejorado la causa de Benedicto.

Hallábase este cercado en Aviñon, y el 12 de marzo de 1403 logró evadirse, abriendo una comunicacion á una casa particular, embarcándose en el Ródano con algunos de los suyos, y trasladándose por el pronto al castillo de Reinaldo. Favoreció la fuga el cardenal de Pamplona, y llegaron al castillo tropas de Aragon. Varios señores y villas francesas se declararon por Benedicto, y más tarde el rey mismo de Francia. Para dejar una ilustre memoria á la iglesia de Zaragoza, la regaló Benedicto cuatro estátuas de plata, que aún se conservan, para colocar en ellas reliquias de san Valerio, san Lorenzo, san Vicente y santa Engracia. Recorrió varios puntos y

anunció desde Mompeller que iba á pasar á Roma á conferenciar con Bonifacio IX, lo que no verificó, limitándose á enviar embajadores, que se excedieron y fueron presos en el castillo de Sant Angelo.

Mas Bonifacio falleció en Roma el 1.° de octubre de 1404: los embajadores de Benedicto pedian que no se eligiese Pontífice y se terminase de este modo el cisma. No fueron escuchados, y en 12 del mismo fué electo Cosme de Meliorato, que tomó el nombre de Inocencio VII; Pontífice que fué sumamente fatigado por la terrible lucha de los Güelfos y Gibelinos. Vióse obligado á fugarse de Roma el 7 de agosto, y supo con dolor que habia sido saqueado su palacio, robado el tesoro pontificio, rasgadas y quemadas las escrituras y libros del archivo, profanado su nombre y arrastrado por las calles su retrato. Le sorprendió la muerte el 6 de noviembre de 1406, sucediéndole el cardenal Corario, que juró que cederia el Pontificado si para la extincion del cisma fuera indispensable, y tomó el nombre de Gregorio XII.

Era necesario poner fin de una vez á tan dilatado cisma. Toda la cristiandad lo deseaba, y convinieron Benedicto y Gregorio en verse en Saona, renunciar ambos, y reconocer al que

fuese canónicamente electo. Luna despues de recorrer varios puntos de Italia, en que los gobernadores le entregaban las llaves de las ciudades y le rendian obediencia, siendo recibido por los obispos y clero con gran pompa y llevado procesionalmente á su morada, y de haber consagrado en Génova dos arzobispos, nueve obispos y diez y ocho abades, llegó á Portvendres en compañía de san Vicente, cuya predicacion y milagros eran el asombro de todo el país. Gregorio XII llegó á Viterbo; mas nada se consiguió, pues en vez de renunciar, buscaban ambos subterfugios y dilaciones. Viendo esto los cardenales que seguian á Gregorio, le abandonaron y se fueron á Pisa, y lo mismo hicieron los más de los de Benedicto; y de allí escribieron á todos los soberanos manifestándoles la necesidad de terminar la funesta division de la Iglesia y de convocar un concilio general, como lo verificaron, señalando al efecto dicha ciudad, y el 25 de marzo del siguiente año (1409). La dificultad que esto ofrecia era que el concilio ecuménico no fué convocado por el Pontífice, y que estando Gregorio XII reconocido por la mayor parte de las iglesias, á él hubiera correspondido hacer la indiccion.

Conoció el aragones que se estrechaban las distancias; empezó á temer por su seguridad

personal, y viendo que el rey de Francia le habia negado otra vez la obediencia, y que el clero frances le consideraba como hereje y cismático, creyó oportuno retirarse á Aragon, convocando concilio de los prelados de este reino y de Castilla, que debia abrirse en Perpiñan en 1.° de noviembre de 1408. La convocatoria de este concilio es el documento mas notable para conocer el estado de la cuestion, los pretendidos derechos de Benedicto, y los medios que le ocurrian para la terminacion del cisma. Mas este documento es muy poco conocido; obra en la Biblioteca Nacional, y verá la luz en nuestros Apéndices.

El concilio de Perpiñan se reunió, creyó que debia ceder Benedicto, que no hizo el menor aprecio de tal decision, y los cardenales y prelados se fueron retirando á la desfilada de dicho punto. No sucedió lo mismo en Pisa: concurrieron veintidos cardenales, de uno y otro partido, veintiseis arzobispos, doscientos dos obispos, ochenta y siete abades, cuatro generales de las órdenes mendicantes, trescientos doctores, varios diputados de las universidades y embajadores de muchos reyes y príncipes. Faltaron los de Castilla, Aragon y Navarra que obedecian á Benedicto, pero asistieron los de Portugal. Habia citado el concilio á ambos Pon-

tífices. Envió Luna sus legados, tal vez para protestar; pero supieron en el camino, y no pasaron adelante, que el concilio le habia declarado hereje, cismático y excomulgado; que lo mismo habia hecho con Gregorio XII; declarando vacante la Silla Pontificia, habiendo sido elegido en cónclave el 26 de julio de 1409 por unanimidad el arzobispo de Milan, Pedro Filargo, que tomó el nombre de Alejandro V.

Castilla no le reconoció; Gregorio XII reunió concilio en Civitá Frioli, excomulgó á los que asistieran al concilio pisano, al nuevo Papa y á Benedicto XIII; el que á su vez hizo lo mismo, y declaró á los cardenales que le habian abandonado y asistido á Pisa *sacrílegos, fautores de nuevo cisma, reos de lesa majestad, parricidas, y perseguidores del verdadero Sumo Pontífice y de la Iglesia Romana.* Habia, pues, al mismo tiempo tres que se llamaban Papas. El nuevo electo vivió poco, y no sin sospechas de veneno, falleció en Bolonia á 3 de mayo de 1410. Reuniéronse en cónclave diez y seis cardenales, y en Bolonia fué electo Pontífice Baltasar Cossa, cardenal napolitano, que tomó el nombre de Juan XXIII.

Italia sufria los horrores de la más espantosa anarquía: Roma padecia extremada miseria; las tropas de Ladislao invadieron y robaron aque-

lla ilustre ciudad; y Juan XXIII convocó un concilio general para Constancia, donde debia celebrarse en noviembre de 1414.

En tanto Benedicto habia pasado á Barcelona á verse con el rey D. Martin, que falleció pronto. De allí se trasladó á Zaragoza y recorrió varias ciudades de Aragon, Cataluña y Valencia, apaciguando los bandos de los señores, y acallando con habilidad y prudencia á los amigos del conde de Urgel.

Llegó el dia de abrirse el concilio ecuménico de Constancia. Asistió á él Segismundo, emperador de Romanos; presidió el Papa Juan XXIII; que en la sesion 2.ª (2 de marzo de 1415) renunció solemnemente por escrito el Pontificado, siempre que así lo hiciesen Benedicto XIII y Gregorio XII. Arrepentido á poco, huyó de Constancia disfrazado de mozo de mulas. Se le citó por el Concilio, y no asistiendo, formósele proceso, acusándole en cincuenta capítulos de gran número de crímenes cometidos ántes y despues de su pontificado, y se le depuso por sentencia de 29 de mayo del mismo año, á la que se sometió.

Seis dias despues renunció Gregorio XII por medio de apoderado: sólo faltaba la deposicion ó renuncia de Luna. Para obtenerla, el rey de Francia y el emperador de Romanos, Segis-

mundo, escribieron al rey de Aragon. Convino este con el antipapa, que se hallaba en San Mateo, en tener una entrevista en Morella. Salióle al encuentro el rey de Aragon el 16 de julio de 1414; besóle el pié. Al siguiente dia entró procesionalmente en la plaza bajo palio, cuyas varas llevaban el mismo rey, su hijo Don Sancho y los principales caballeros de la corte. Comisionados de una y otra parte trataron este árduo negocio durante cincuenta dias: Luna, por fin, reconoció que se habia obligado á renunciar; pero dijo que no lo hacia porque no tenia personas de quien fiarse, ni habia jueces que pudieran hacer otra eleccion canónica, porque todos eran cismáticos, expresando, por último, que estaba muy léjos de Constancia y que su edad no le permitia ir á aquel punto. En lo único que convino fué en tener una entrevista con el rey de Aragon y el emperador de Romanos, y en que al efecto se enviasen embajadores al concilio, á fin de que prorogase sus sesiones.

Decidieron, por fin, reunirse en Perpiñan: el emperador escribió á san Vicente rogándole que asistiera; y D. Fernando mandó lo mismo á los hombres más doctos de su tiempo. Adolecia desgraciadamente el rey de Aragon de la enfermedad de que falleció á poco. Hizo traba-

josamente su viaje, teniendo que ser llevado algunas veces en litera, y llegó por fin á Perpiñan el 31 de agosto. Suspendió sus sesiones el Concilio y dió licencia y autorizacion á Segismundo para que tratase con Luna.

Habia en Perpiñan embajadores de Francia, de Castilla, de Navarra, y todos pedian la resolucion de Benedicto, que solo decia que estaba pronto á renunciar siempre que se le demostrase con razones claras y precisas que esto habia de dar por resultado la union de la Iglesia. Pasó el emperador Segismundo á hablar con Luna, y obtuvo por toda respuesta que daria un medio seguro para la union de la Iglesia, mejor y más breve que todos los propuestos; y en 4 de octubre manifestó que el mejor era la via judicial, y que, si aún se obstinaban en la renuncia, la verificaria siempre que los reyes y príncipes cristianos se concordasen ántes en reconocerle todos como verdadero Vicario de Jesucristo, y la eleccion se hiciese en lugar seguro, fuese canónica y siguiese inmediatamente á la renunciacion.

Setenta y siete años tenia Benedicto, y con la mayor energía estuvo hablando en su defensa siete horas seguidas. El tiempo pasaba, temióse que se fugara de Perpiñan; el emperador, burlado, dispuso su partida, y el rey de Aragon

moribundo mandó que se le requiriese para que sin rodeos ni condiciones renunciase, porque en otro caso se apartaria de su obediencia; mas Luna por toda respuesta decia: «Su Se-
» ñoría podrá hacer lo que guste; pero yo no
» hago más de lo que tengo dicho.»

Resolvióse en el consejo del rey que se le requiriese por tres veces para que renunciase, y que no lo haciendo, no se le obedeciese más. Fué D. Alonso, príncipe de Gerona, primogénito de D. Fernando, á requerirle en nombre de su padre, que seguia muy gravemente enfermo; iba acompañado de los principales señores. Respondió Luna que se le diese el requerimiento por escrito para contestar, y á poco avisó al rey que se marchaba para Colibre, por no creerse seguro en Perpiñan, á pesar de tener por suyo el castillo, y á sus órdenes gran número de soldados. Requiriósele segunda vez, y contestó resueltamente que no renunciaria; rogando que dijeran al rey: *¿A mí, que te hice, envias al desierto?* aludiendo con esto á que por su influencia habia sido elegido en Caspe.

Partió Benedicto á Colibre; consultó el rey con su consejo; y quiso oir la opinion de san Vicente Ferrer, que se habia ocupado por aquel tiempo en la conversion de los judíos. Enterado á fondo, el Santo opinó porque se requiriese

tercera vez á Benedicto, y si no renunciase, que no se retardara un dia más en negarle la obediencia; y que en cuanto al futuro Papa, se reconociera al que fuese elegido en Constancia.

Requirióse tercera vez á Benedicto, el 1.° de diciembre, un dia ántes de que partiese para Peñíscola; negósele la obediencia, no públicamente, y él amenazó con excomulgar al rey y privarle de la corona. Aún era poderoso el antipapa Luna: le obedecia el clero de Aragon, Castilla, Navarra, y de los condados de Fox y de Armañac; contaba con numerosa y rica parentela, y tenia por suya toda la órden de Montesa.

Temió sin embargo que estando los prelados en sus respectivas diócesis, en cuanto supiesen la decision del concilio general, se someterian á ella; lo que no harian hallándose reunidos bajo su influencia y direccion. Para conseguirlo, en 9 de diciembre de 1415 convocó para Peñíscola concilio, que debia ser continuacion del de Perpiñan de 1408, que no estaba terminado.

Hallábase en Narbona el emperador Segismundo aguardando la resolucion de tan grave negocio, deseoso de no volver desairado á Constancia. Reuniéronse embajadores del concilio, de los reyes de Aragon, Castilla y Na-

varra, y del conde de Fox; y á propuesta del embajador de Aragon Hernández del Vadillo se concertaron los artículos siguientes. El concilio de Constancia debia revocar lo que dispuso el de Pisa respecto á Benedicto y á los reyes y reinos que le reconocian. Los padres reunidos en Constancia convocarian nominalmente á concilio á los de la obediencia de Benedicto, y estos á su vez debian convocar tambien á los de Constancia para concilio en dicho punto; ejecutándose lo que decidiese la mayoría del sínodo respecto á Benedicto XIII. Se concertó que fuesen nulas las provisiones que éste hubiese hecho desde su fuga de Perpiñan, y válidas las anteriores, confirmándose las investiduras que ántes de aquella época habia dado á los reyes de España y condes de Armañac y de Fox. Se declaró que, si los cardenales de la obediencia de Benedicto fuesen á Constancia á tomar parte en el concilio, serian reconocidos por legítimos, y usarian de los derechos y preeminencias de su dignidad; conviniéndose en que el rey de Aragon tomase para atender á las expensas que se le ocasionaban con motivo de la union, las rentas de la cámara apostólica y de las vacantes de las iglesias; y por último, acordaron que en un mismo dia se apartarian de la obediencia de Benedicto todos los

príncipes que perseveraban en ella. Caia todo un mundo sobre el pobre anciano pero no podia vencerle.

Fueron los prelados al concilio, y el rey de Aragon escribió á los de Navarra y Castilla que tenia señalado el dia 6 de enero de 1416 para negar solemnemente la obediencia á Benedicto, á fin de que lo verificasen al mismo tiempo. Tomó ademas el rey D. Fernando el Honesto otras medidas; prohibió al maestre de Montesa que fortificase los castillos de su órden inmediatos á Peñíscola, y bajo pena de la vida que se introdujesen víveres, armas y municiones en la villa.

Llegó por fin el dia señalado: ademas del rey, de su hijo, de su corte, y de los representantes de las ciudades de Aragon, Cataluña y Valencia, hubo tan numeroso concurso en Perpiñan, que un testigo presencial dejó escrito que ascendia á diez mil personas. Celebró la misa san Vicente Ferrer, subió luego al púlpito, y predicó un sermon cuyo tema era: *Obtulerunt ei munera, aurum, thus et myrrham.* Expuso los motivos que habia para tomar resolucion tan grave, leyó los artículos concordados en Narbona, y el decreto separándose el rey de la obediencia de Benedicto, decreto que estaba sellado por el monarca y firmado

por el príncipe heredero. Mas como el pueblo no entendia latin [1], despues de leer en este idioma los documentos, lo verificó tambien en catalan, precaucion que no se tomó al publicar en Caspe el célebre compromiso. Manifestó que el rey creia firmísimamente que en aquel mismo momento negarian la obediencia los reyes de Castilla y Navarra, y que al modo que en semejante dia ofrecieron sus dones los tres reyes á Jesucristo, estos otros tres reyes por la union de la cristiandad hacian esta oblacion á Dios y á la Santa Madre Iglesia.

En Castilla y Leon no se publicó igual decreto en ese dia, pero sí en Navarra. Impedíanlo los arzobispos de Toledo y Sevilla, ya por ser hechuras de Luna, ya aterrados por los terribles anatemas que lanzaba desde Peñíscola. Contribuyó no poco á que esto se dilatase la muerte del rey de Aragon D. Fernando en 2 de abril de 1416; mas por último le negó Castilla la obediencia y fueron al concilio sus prelados y embajadores. Uno de ellos, Pedro Fernández, arcediano de Grado, leyó el decreto

[1] De todos estos pormenores habla la carta que Juan Comite, testigo presencial escribió á Pedro Trithia desde Narbona, seis dias despues del suceso, ó sea el 12 de enero de 1416. «Et quia populus totus non intellexisset latinum, dicta littera fuerat transcripta in eorum vulgari, in uno folio papyri, et sic lecta ibidem, et publicata coram rege, tribus regnis .... etc., etc.

de separacion en 1417, que por cierto tenia la fecha de 15 de enero del año anterior, á pesar de que no fué en aquel tiempo publicado.

El nuevo rey de Aragon envió á decir á Benedicto y á sus cardenales que fueran á Constancia; mas reúnense en Barcelona gran número de prelados y abades con el cardenal de Tolosa y arzobispo de Tarragona, y acuerdan pedir al rey que Benedicto fuese oido, que se le restituyese la obediencia y que manifestase las causas por qué habia enviado sus embajadores al concilio de Constancia. A tan arrogante demanda, contestó el nuevo rey que no reconoceria nunca á Benedicto, y que consideraria como enemigo á todo el que le aconsejase lo contrario.

Aprobó el concilio sin la menor oposicion lo que se habia acordado en Narbona, y dispuso que se citase á Benedicto dándole el término de cien dias [1], leyéndole, como se verificó, las letras citatorias á presencia de sus cardenales, y poniéndose los edictos en las puertas de Constancia y de Peñíscola.

[1] Transcurridos los cien dias, fué llamado por tres veces á la puerta de la iglesia de Constancia con esta fórmula: «¿Est hic Dominus Benedictus XIII, sic in sua obedientia nuncupatus, aut aliquis pro eo, qui velit comparere coram hoc sacro concilio in causa schismatis et hæresis contra eum mota?»

Volvióssele á citar para oir sentencia, y por último, en la sesion treinta y siete, en 26 de julio de 1417 fué declarado por el concilio, cismático, hereje é indigno de todo título, grado y dignidad pontificia. Reunidos posteriormente en cónclave los veintiocho cardenales que residian en Constancia, eligieron Papa á Oton Colonna, romano, cardenal de san Jorge, el 11 de noviembre de aquel año: tomó el nombre de Martino V.

Disuelto el concilio, parecia que ya no quedaba recurso alguno al antipapa, encerrado en Peñíscola. El rey de Aragon habia desestimado sus reclamaciones; sus cuatro cardenales le habian abandonado, y en marzo de 1419 se presentaron en Florencia á Martino V, que les confirmó en su dignidad cardenalicia. Parecia solo en el mundo. Mas él, firme en Peñíscola como las rocas que le rodeaban, nombró dos nuevos cardenales, á Juan de Loba ó Lobera, aragones, y un cartujo llamado Domingo de Buenafé; protestó contra la nota de hereje y de cismático: dijo que el concilio de Constancia era sólo un conciliábulo; que los padres obraron sin libertad, oprimidos por el emperador de Romanos y por el rey D. Fernando de Aragon; que de ochocientos prelados que habia en la cristiandad, apénas concurrió

la tercera parte; y que prueba de la violencia que se habia ejercido en Constancia era el hallarse aún en dicho punto el nuevo electo sin libertad alguna.

Empezó á cobrar esperanzas viendo que Alonso de Aragon habia exigido de Martino V exorbitantes mercedes, que en mucha parte no pudo otorgarle, y que para ofender al Papa é inquietarle, concedia á Luna más libertad y le daba mayores alientos. Mas este rayo de esperanza se le concluyó tambien; pues logrando el rey que el Papa le cediera el castillo de Peñíscola, perteneciente á la órden de san Juan, y el despojo de Benedicto, mudó de conducta, diciendo que él guardaria aquel castillo y sería su carcelero.

Habia fallecido en Roma Angelo Corario, ántes Gregorio XII; Baltasar de Cossa, ántes Juan XXIII, sin agena indicacion, ni seguro, ni condicion alguna, apareció un dia de improviso en Florencia, donde á la sazon estaba Martino V. Postróse á sus piés, se los besó, y le saludó como verdadero Pontífice y Vicario de Jesucristo. Acogióle el Papa benignamente: creóle cardenal y le tuvo desde entónces por especial amigo hasta que falleció en 18 de diciembre de 1419. En setiembre del siguiente año salió Martino V para Roma. ¡Cuán

mudada la encontró de su primitivo estado! Casi desierta se hallaba la ciudad, sus templos arruinándose, sus casas por tierra, y perdidas todas las riquezas que adornaban sus basílicas. Martino V estaba llamado á reparar tantos males.

En tanto un legado del Pontífice vino á Aragon para procurar de Luna que se sometiese á lo resuelto por el concilio. Empleáronse todos los medios del halago y de la intimidacion: en vano. Llegó á ofrecerle, de acuerdo con el rey, que sería recibido en el gremio de la Iglesia, que se le dejarian vitaliciamente las rentas pontificias de Aragon, que serian reconocidos y conservados en sus beneficios todos los que los recibieron de su mano, y que ademas se le darian en cada año cincuenta mil florines de oro, para su ostentacion y decoro de su estado: lo despreció todo. Por el contrario, amenazósele por el legado diciéndole que iba á convocar, como lo verificó, concilio en Lérida para publicar la sentencia contra él, y hacér que todos dejasen de reconocerle: todo inútil. Intimóle el rey de Aragon que pondria sitio á Peñíscola y que le privaria de todo auxilio impidiendo que entrasen víveres en la plaza: ¡imperturbable!

Lleno de años y de disgustos, murió por fin

Luna, segun Zurita y Mariana el 23 de mayo de 1423, segun otros en 1.° de junio de 1424. Colocáronle en una caja de madera, y para complemento de tan azarosos y tan dramáticos sucesos, años despues se dijo que salia un olor sumamente agradable de su sepulcro. Solicitó un sobrino suyo que le permitiesen llevar su cadáver á Illueca: hallóse incorrupto, efecto tal vez de su demacracion, tal vez del veneno que, segun se dijo, se le habia propinado.

Trasladósele á su casa paterna, se le colocó en la misma alcoba donde habia nacido; una lámpara ardia sobre su sepulcro; más el prelado hizo que terminase esta profanacion. Continuó incorrupto el cadaver hasta la invasion Napoleónica. Los que fueron sus enemigos en vida, no le perdonaron muerto. Arrojaron en 1811 el cadáver á la calle, le hizieron pedazos, le saltaron un ojo, y solo pudo salvarse el craneo, que se conserva en Sabiñan pueblo distante tres horas de Illueca.

Hombre tenaz, pero de gran espiritu, de suma ilustracion: faltóle legitimidad, pero no aliento para haber salvado la nave de san Pedro de los recios temporales que la combatian. Fué empero hombre funesto; con su pertinaz ambicion borró en sus últimos años las buenas cualidades, que pudiera haber tenido.

Su obstinacion afligió á la Iglesia: Dios le ha juzgado en la otra vida. En esta solo nos ha dejado una memoria manchada, su casa nativa arruinándose, un resto mutilado de su cadáver; pena por lo pasado, escarmiento para lo futuro..

Aun así no terminó el cisma. Los dos cardenales que habia en Peñíscola, por sugestion del rey de Aragon, se reunieron en cónclave y eligieron Pontífice á un canónigo de Barcelona, natural de Teruel, llamado Gil Sánchez Muñoz, que tomó el nombre de Clemente VIII. No bien lo supo Martino V, escribió á Valencia para que desapareciese este simulacro de Pontificado: apercibiéronse los valencianos para ocupar á Peñíscola; opúsose el rey. Envió Martino V por legado al cardenal de Fox; mas el rey de Aragon, siguiendo una conducta poco digna, solicitaba nuevas gracias y mercedes del Pontífice, se quejaba de que no se le otorgasen, y decia que el Papa no era acreedor á que se recibiese su legado. Despues de mil vicisitudes, órdenes y contraórdenes, se decidió á reconocer al legado, que entró de nuevo en España y llegó á Valencia. Acogióle el rey con muestras de la mayor atencion, dándole la derecha y llevando siempre el sombrero en la mano, aun cuando el cardenal tenia puesto su capelo.

Parecia todo arreglado: el cardenal anunció por edictos que al siguiente dia comenzarian sus oidores á celebrar audiencia. Sábelo el rey, y manda anunciar inmediatamente, á son de tambor y por voz de pregonero público, que nadie fuera osado de acudir á aquel tribunal, ni á sus llamamientos. Volvió á turbarse la armonía, y el rey estuvo pertinaz en este negocio, hasta que repentinamente, despues de largo tiempo y cuando ménos se esperaba, convino en que se derogasen los edictos que se habian publicado contra la legacía, y dispuso que fuesen embajadores á Peñíscola para persuadir á Gil Muñoz que renunciase su pretendido Pontificado. Uno de los embajadores fué el valenciano Borja, Pontífice más tarde con el nombre de Calixto III.

Gil Muñoz nombró varios cardenales, y convocados todos, ménos el cartujo y otro, á quienes tenia presos por sus maquinaciones para continuar el cisma, renunció pública y solemnemente el Pontificado, depuso las insignias, y vistió el traje coral que usaba entre los canónigos de Barcelona. Reunidos en cónclave los cardenales de Peñíscola eligieron por Papa al mismo Martino V, Pontífice reinante. Cantóse el *Te Deum* y se anunció al legado tan feliz terminacion. Renunciaron en sus manos

los cardenales; concediéronse muchos benefi-cios, y segun Zurita, Mariana y otros auto-res, nombró el rey á Gil Muñoz, obispo de Mallorca.

Así terminó el 26 de julio de 1429 el terri-ble cisma, que tanto y por tan largos años afli-gió á la Iglesia de Jesucristo.

CAPITULO VI.

Dejamos en la cuna á Juan II, bajo la tutela de su madre la reina Doña Catalina y de su tio el infante D. Fernando, hijo de Don Juan I, rey luego de Aragon, y conocido en la historia por D. Fernando de Antequera. Apenas pasaba la edad del rey de veinte meses: temíanse las consecuencias de tan larga minoría, no quieto el país, y envalentonados los moros. Mas no debió Juan II haber salido nunca de la menor edad: durante ella, su reino próspero y tranquilo; revuelto y tempestuoso despues.

Hallábase D. Fernando en Toledo, y reunió en la catedral, para la proclamacion del nuevo rey, á los prelados y señores. Deseaban estos

que los gobernase tan ilustre príncipe y adjudicarle la corona del huérfano: ninguno se atrevia á manifestarlo. Uno de los magnates, por fin, se le acerca, y le pregunta—¿Quién va á ser proclamado rey? A lo que contestó enojado: ¿Quién sino mi sobrino D. Juan? No hacia el tutor otra cosa sino cumplir sus deberes; empero en aquellos tiempos en que pocos los comprendian y sabian cumplir, tal lealtad rayaba en heroismo. Alzáronse pendones por Juan II; leyóse en público el testamento del rey difunto, y partieron todos para Segovia, donde á la sazon estaban la reina Doña Catalina y el nuevo monarca.

Era Doña Catalina buena señora, pero de limitada capacidad ¡gran instrumento para ambiciosos y descontentadizos! Ejercia sobre su apocado espíritu Doña Leonor López, su dama, grande influencia; la que tiene siempre sobre un ánimo débil una voluntad fuerte. Dolíale por el pronto que su esposo hubiera en su testamento fiado la educacion y crianza de su hijo á Juan de Velasco y á Diego López de Zúñiga. Dispuso que el obispo de aquella diócesis, saliendo al encuentro á D. Fernando, tratase de arreglar este punto. Ofreció el infante buscar modo para ello, y continuó su viaje á Segovia, donde se habia hecho fuerte la reina cerrando las

puertas. Alojó D. Fernando su gente en los arrabales, hospedóse en el convento de san Francisco, concertó con Velasco y Zúñiga que por cierta suma renunciasen su cargo en la reina viuda; y arreglado todo satisfactoriamente, penetró en la ciudad, para donde se hallaban convocadas las Córtes.

El 15 de enero de 1407 fué jurado y coronado rey en Segovia D. Juan II; su madre y D. Fernando, reconocidos tutores y gobernadores del reino, juraron sus respectivos cargos; encomendóse al infante la direccion de la guerra, y á la reina la crianza y educacion de su hijo. Ofrecieron las Córtes un subsidio de cuarenta cuentos, y que se levantarian las fuerzas necesarias.

Costó no poco apaciguar á Sevilla, Córdoba y Murcia, que se opusieron á que continuasen ejerciendo su cargo los corregidores creados por D. Enrique, clamando porque cesase la organizacion civil que este rey habia establecido. Rotas estaban las hostilidades con los moros; los adelantados y fronteros tenian con ellos frecuentes escaramuzas con varia fortuna. Se ocupó el castillo de Hurtal, vecino á Lorca, y se perdió á poco; y por la parte de Andalucía se tomó por sorpresa la fortaleza de Pruna, para no perderse.

D. Fernando salió de Segovia el 5 de abril y se estableció en Ciudad Real, entónces villa, donde estuvo doliente de tercianas. Aguardó el contingente de los concejos, las mesnadas de los señores y á los caballeros de las órdenes militares, y se dirigió á Córdoba donde entró el 18 de junio.

El rey de Granada, viendo sobre sí fuerzas tan considerables, reclamó el auxilio de los reyes de Túnez y Tremecen y fiaba en la numerosa escuadra que tenia en el Estrecho. Mas el prudente D. Fernando, conociendo la necesidad de cortar esta comunicacion con África, dispuso que el almirante Enríquez aprestase la armada y la reforzase con ocho galeras y ocho navíos que hizo venir de Cantabria. Hállanse en el mar ambas escuadras: la nuestra inferior en número, superior en brio, ataca á la mahometana, apresa ocho de sus galeras, echa á pique otras ocho y dispersa las restantes.

Mahomat con numeroso ejército se pone sobre Lucena, sitia á Baeza, y quema sus arrabales; pero en ambos puntos es rechazado, y tiene que retroceder viendo las fuerzas cristianas que venian en su seguimiento. Al retirarse, se apodera del castillo de Bedmar, muriendo en la pelea su gobernador Sancho Jiménez. Sale D. Fernando con su ejército, ocupa á Cañete,

Priego y las Cuevas, toma á Zahara y sitia inutilmente á Setenil; y al siguiente año, despues de recorrer los territorios de Ronda y Gibraltar, y de vencer en uno y otro encuentro á las tropas del rey de Granada, que se propuso en vano sitiar á Alcaudete, conciértanse treguas por ocho meses, que se prorogaron dos véces por igual término.

Concluidas, decidió D. Fernando tomar á Antequera, y con diez mil infantes y poco más de dos mil caballos, establece en 27 de abril de 1410 sus reales, cerca de la plaza, en un monte llamado la Rábita. En cuanto lo supo, preséntase en Archidona el rey de Granada con ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y se acerca á Antequera resuelto á dar campal batalla al castellano. Quieren los moros apoderarse del monte que ocupaban y defendian los nuestros; dáse el 6 de mayo campal batalla de poder á poder, cosa olvidada desde tiempo de Alfonso XI; y cuando estaba indecisa la victoria y el número alentaba á los moros, apareciendo por un flanco Diego de Zúñiga, dió una tremenda carga de caballería, y desordenó completamente el centro del enemigo, poniéndole en vergonzosa fuga. Huyen unos por el camino de Granada, otros por el de Málaga, y se declara por los cristianos una de las mas ruidosas

batallas de aquellos siglos. Habian llegado las escalas para asaltar la plaza, y mandó D. Fernando arrimarlas á los muros; mas eran cortas, y hubo que suspender el ataque. Miéntras llegaban otras de Sevilla, mandó el infante que varios destacamentos talasen los términos de Archidona, Loja y Málaga, trayéndose el botin y los ganados que encontrasen á su paso. La mayor parte de estas expediciones fueron venturosas; sin embargo, hubo que lamentar notables pérdidas. Diego Alonso con trescientos hombres salió de Jaen: cayeron en una celada y todos fueron muertos; Fernan Árias, que gobernaba á Cañete en ausencia de su padre, salió con treinta caballos á recorrer los alrededores de Ronda, y pereció con todos los suyos. Para vengar la muerte del desventurado mozo, armó su padre una celada y pasó á cuchillo á trescientos mahometanos.

Reune el rey de Granada los dispersos, recibe tropas de refresco, y vuelve á aproximarse á la plaza, cuyos defensores estaban desanimados desde que el infante hizo rodear el recinto con elevada cerca, que impedia toda salida y todo auxilio exterior. No se atrevió sin embargo el rey á pelear, y se limitó á pedir treguas, enviando por embajador al efecto á Zaid Alamin,

caballero principal. Negóse D. Fernando á todo acomodamiento hasta haber conquistado á Antequera. El desleal embajador, faltando al seguro y abusando de su posicion, solicitó de los esclavos moros que servian á los principales señores que pusiesen fuego al campamento. Delatóse uno de los comprometidos, avisó al infante, que procuró conocer la verdad; y no valió á los conjurados su número para librarse de la muerte.

Preparado todo para el asalto, llamó D. Fernando la atencion de los sitiados por varios puntos, y por el que creyó mejor y ménos defendido, ocupó la ciudad el 16 de setiembre, y el 23 el castillo, concediendo la vida á los defensores. Despues de tan gloriosa victoria, que valió á D. Fernando el sobrenombre de *Antequera*, ocupó varias fortalezas para asegurar más la posesion de esta plaza, y concertó treguas por tres meses con el rey de Granada, que se obligó á devolver trescientos cautivos cristianos. Mucho podia esperarse del valor, de la prudencia y de la fortuna del ilustre tutor; pero otros cuidados debian llamar pronto su atencion y privar á Castilla de su poderoso brazo. La muerte de D. Martin el Humano habia creado derechos á su sucesion y dado lugar á las terribles banderías, á que puso fin la cor-

dura de los aragoneses, y el célebre compromiso de Caspe que dejamos narrado.

D. Fernando firmó en 1411 paces con Portugal, renovó las treguas con el rey de Navarra, y pasó á ocupar dignamente el trono de Aragon. Quedó por única tutora de Juan II la reina viuda, que habia creado dificultades y disgustos al infante, el cual superó las unas y despreció los otros. Los que ántes estaban sumisos cuando veian en el poder un brazo fuerte, empezaron á conmoverse y agitarse. Guzmanes y Zúñigas afligieron á Sevilla con sus bandos, que produjeron grave escándalo y no pocas muertes. La reina viuda se vió obligada á formar un consejo de regencia compuesto del arzobispo de Toledo, el obispo de Búrgos, el almirante, el condestable, Juan de Velasco y Diego de Zúñiga, los que habian renunciado por dinero en Doña Catalina el cargo de educar y criar al menor, que les confiara D. Enrique. Nacieron desavenencias; dividiéronse estos señores, y empezó á germinar la discordia que debia florecer más tarde.

En tanto Portugal se llenaba de gloria y predecia su engrandecimiento marítimo. En paz con Castilla, resolvió Juan I dar ocupacion y alimento á sus ilustres guerreros, y se dispuso á partir á África con sus hijos D. Duarte, Don

Pedro y D. Enrique. Mandaba el mismo rey la expedicion, cercó y tomó la plaza de Ceuta, siendo el primero en los tiempos modernos que clavó el estandarte de la cruz en las ardientes playas africanas. Fortaleció la plaza, y regresó á su patria cubierto de laureles.

La reina viuda concedió al caballero normando Juan de Betancourt que pasase á conquistar las Canarias, dándole el señorío de aquellas islas, reconociendo vasallaje á Castilla. Tomó la isla de Hierro, las Pálmas y Lanzarote, donde se fortificó; mas no pudo establecerse en la Gran Canaria, porque sus habitantes se opusieron con las armas al desembarco.

Criábase en tanto el rey niño sin dedicarse á ningun estudio sério, aficionado á la poesía, débil de carácter, dócil para ser mandado, inútil para mandar. Su reinado largo, larguísimo, fué una continuada lucha en que facciones encontradas y orgullosas se disputaron el mando. Valia poco como hombre, ménos como rey. La época era mala: faltaban las ideas de lo justo; habia en el país perversion moral; ni fe, ni honor, ni respeto al juramento, ni costumbres privadas, ni costumbres públicas. Al considerar este reinado y el siguiente, que fué el colmo de la degradacion y de la estupidez, asombra cómo en tiempo de los reyes

Católicos retoñó vigoroso el árbol que estaba seco, y apareció brillante la luz que se extinguia por momentos. Por fortuna suya y del reino, tuvo á su lado el rey un mancebo aragones de su misma edad llamado Álvaro de Luna, que á perversas calidades unia valor y talento político. Era ambicioso; criado en compañía del monarca, adulaba su carácter y favorecia sus inclinaciones. Tenia todas las prendas de buen caballero, diestro en las justas, gallardo en la brida y la jineta, intrépido en el campo de batalla. Turbósele la cabeza al verse en mucha altura, olvidósele que el último escalon de la subida es el primero de la bajada, que los que le adulaban le perdian; y fué calumniado por los descontentos, envidiado por los de menor condicion y aborrecido por sus iguales. Vióse perseguido y desterrado; rodó su cabeza en afrentoso cadalso, pero fué sin embargo hombre de gran valer, y en su reinado [1], pues

[1] En la carta que D. Juan II escribió á las villas y ciudades en 18 de junio de 1453, dándoles parte de la muerte de D. Alvaro de Luna, dice que todos los pretendientes se dirigian á él, «e el mi palacio real estaba yermo e vacio e despoblado, de que muchos profazaban, e avian que desir; e aunque lo él veia, non curaba dello. E cuando á él plasia de venir á mi palacio e ante mi real persona, todos le acompañaban e venian con él, e en partiéndose de allí, él e todos los que con él venian me dejaban solo e mal acompañado. E aplicando á sí todas las cosas tenia manera que cada que yo enviaba algunos embajadores fuera de mis regnos e otros mensageros á al-

bien puede decirse que reinó, tuvo momentos felices y salvó en varias ocasiones el país.

Hallábase Juan II en la edad de trece años cuando falleció su madre Doña Catalina, juguete de intrigantes. Quedó sin tutores el rey, y levantáronse los ambiciosos ansiando apoderarse de la tutela; mas con buen acuerdo, á pesar de que le faltaba un año para cumplir los catorce, fué declarado mayor de edad, y se nombró para auxiliarle en las fatigas del mando el mismo consejo que tuvo su padre Enrique III.

En el año en que fué declarado mayor de edad, casó Juan II con Doña María, infanta de Aragon, hija del último rey, hermana de Alonso V, y tambien de D. Juan, D. Enrique y D. Pedro, los turbulentos *infantes de Aragon*, que encendieron la guerra civil en Castilla. D. Enrique, el mas audaz de todos ellos, con el condestable Rui López Dávalos, que tantos servicios habia hecho á su patria, y con D. Pedro Manrique y otros caballeros, se salió en 1420 de la corte, quejoso de D. Álvaro, se-

»gunos de mis regnos, ó me »eran enviados, que primera»mente, e ante que lo yo so»piese e viniesen á mí, fuesen »e viniesen á él, e les él man»daba lo quél queria que di»jesen e yo sopiese de todo »ello, á fin de que yo non so»piese de los fechos más, nin »otras cosas, salvo las que él »queria y le placia, dando á »entender que todos los fechos »eran en él, e non en mí.»

gun decia, pero en verdad deseando apoderarse de la persona del rey y de la mano de la infanta Doña Catalina. Pasa á Aragon y vuelve á poco con fuerzas rebeldes; sorprende la villa de Tordesíllas, donde se hallaba el monarca, penetra de noche en el aposento real, halla al rey dormido, y á los piés de la misma cama á D. Álvaro de Luna; prende á ambos y á la familia real, y los lleva cautivos á Segovia, Ávila y Talavera. Busca á la infanta Doña Catalina, hermana de Juan II, para casarse con ella; mas esta señora se niega, y se guarece en un convento; profana D. Enrique el sagrado, se apodera de la infanta, que se obstina en no contraer matrimonio, pero que al fin accede obligando D. Enrique á que se lo mandase el rey de Castilla, y la diese en dote el marquesado de Villena. ¡Escena inaudita que escandalizó el país! Apoderado del rey le obligó á hacer todos los nombramientos que quiso, á otorgar mercedes, y á alterar la forma y constitucion del gobierno. Uniéronse al sedicioso infante varios magnates obteniendo de su mano gracias y honores.

D. Álvaro procuraba con gran talento y por todos los medios salvar al rey y salvarse del cautiverio, é imploró el auxilio de D. Juan, príncipe de Navarra por su esposa Doña Blan-

ca, hija de aquel rey. Era hermano de D. Enrique, pero veia con pesar su engrandecimiento. Escribió ademas á varios señores, dispuso que se organizasen fuerzas; y un dia, el 28 de noviembre, con pretexto de caza sale de Talavera con el rey; pasan el Alberche, y montando en los caballos que en aquel punto estaban dispuestos, llegan al castillo de Villalba, que hallaron desierto y sin posibilidad de ser defendido; atraviesan en una barca el Tajo con grande peligro, por venir crecido, y entran por fin en el castillo de Montalban. Sabe D. Enrique que se le habia escapado su prisionero, y con notable celeridad pone sitio al castillo, y fia el mando de las tropas sitiadoras al condestable Dávalos, que manchó su antigua lealtad y empañó el lustre de sus anteriores hazañas. En tan estrecho sitio vióse el rey obligado á alimentarse con carne de caballo. Un villano, fiel al monarca, le arrojó por una almena una perdiz, obsequio y regalo que agradeció mucho.

Alzóse el país al ver la conducta de Don Enrique; entró D. Juan con fuerzas navarras en Castilla, y muchos señores y muchas ciudades enviaron sus tropas para hacer levantar el sitio, y salvar la autoridad real que estaba tan mal parada. El infante D. Enrique con los suyos partióse para Ocaña, y Juan II quedó en

libertad. Mandó al punto que D. Enrique licenciase su ejército, mas á pretexto de completar la dote de su esposa, el infante puso cerco y tomó varios pueblos del marquesado de Villena. Ofendióse el rey, diciendo que esa dote, superior á la que solia darse á las reinas, habia sido arrancada á la fuerza, teniéndole cautivo. Temió D. Enrique el enojo del rey, solicitó y obtuvo permiso para verle, y en 13 de junio de 1422 entró al efecto en Madrid. Recibióle D. Juan II ante su consejo, le afeó su conducta, y le acriminó por haberse querido poner de acuerdo con el granadino para afligir el reino, presentándole cartas del condestable Dávalos, que habian sido interceptadas. Negó fuertemente esta perfidia: súpose despues que un tal Juan García de Guadalajara habia falsificado la firma y sello del condestable, y sufrió por ello la muerte. ¿Qué causa indujo á cometer semejante maldad? Se ignora. El rey envió preso al alcázar al infante y á García de Manrique; Dávalos, que no se atrevió á presentarse en la corte, fué depuesto, y la dignidad de condestable se confirió á D. Álvaro de Luna. Repartiéronse entre los amigos de este los destinos y mercedes que á los suyos habia dado Don Enrique. La esposa de este personaje, Rui López Dávalos y otros caballeros afectos á esta

causa se refugiaron en Aragon, cuyo rey, ocupado en Italia, se limitó por lo pronto á embajadas estériles, pidiendo la libertad de su hermano y la destitucion de D. Álvaro.

Estaba D. Alonso V sujetando á Córcega y Cerdeña, y allí se encontró con extraño mensaje. La reina de Nápoles Doña Juana, mujer inconstante y veleidosa, viéndose afligida por las armas francesas del duque de Anjou, que la tenian sitiada en su corte, reclamó el auxilio del rey de Aragon, ofreciendo adoptarle por hijo, hacer que le jurasen por sucesor aquellos reinos y darle en rehenes el ducado de Calabria y los castillos Nuevo y del Ovo en la ciudad. Aceptó el monarca aragones, envió á las aguas de Nápoles poderosa armada á las órdenes de Ramon Perellos, Juan de Moncada y Bernardo Centéllas, que hicieron levantar el sitio y bloqueo, y entraron triunfantes en la ciudad el 6 de setiembre de 1420.

Mas el de Anjou, auxiliado por los genoveses y por el Pontífice, se hizo fuerte en Aversa; fué en persona el rey de Aragon á pelear, y entró en Nápoles, donde la reina le recibió ostentosamente por hijo. A poco la inconstante señora se malquista con él, trata de darle muerte, y para ello le llama artificiosamente á su castillo. Advertido el rey, lleva gente consigo:

niégales la reina la entrada, y en pequeño combate mueren á las puertas del castillo de Capua algunos capitanes de Aragon. Ármase el pueblo, obstruye las calles, pelea desde las casas, hiere á mansalva á los nuestros, hace prisioneros á los principales jefes, y tiene el bizarro D. Alonso que refugiarse á sus fortalezas. Llamó refuerzos de Cataluña y de Sicilia. Sitió y bloqueó á Nápoles, que defendió el valeroso Esforcia, y por fin se apoderó de la ciudad, teniendo que retirarse la reina á Nola, donde revocó la adopcion que habia hecho á favor del rey aragones, adoptando de nuevo al duque de Anjou.

Este y el duque de Milan, y la reina Doña Juana, y el pontífice Martino V líganse contra el rey aragones, que dejando bien guarnecida la ciudad de Nápoles, y al frente á su hermano D. Pedro, regresó á sus estados de España. A su paso llega con su escuadra á Marsella, que pertenecia á su enemigo Luis de Anjou, rompe la cadena de fierro que cerraba el puerto, abre brecha en los muros, asalta la plaza, la entrega al saqueo, prohibiendo á sus soldados que robasen los templos y atentasen al honor de las mujeres. Agradecidas, le quisieron hacer rico presente, que el rey se negó á admitir.

Deseaba D. Alonso la libertad de su her-

mano, y conociendo el carácter débil de Don Juan II, trató de separarle del único hombre de accion que tenia á su lado. Empezó reconciliando á sus hermanos D. Enrique y D. Juan, que era ya rey de Navarra. Pidió que el primero fuese puesto en libertad, y uniendo el ruego á la amenaza, acercó tropas á la frontera. Don Juan II, que salió fuerte y poderoso de su cautiverio, disipada la anterior afrenta, llevó tambien sus fuerzas al mismo punto, y despues de larga negociacion, acordó en 1425 poner en libertad al cautivo y entregarlo al rey de Navarra, devolviéndole estados y dignidades. Los reyes de Aragon y de Navarra clamaban incesantemente por la destitucion de D. Álvaro, para que D. Juan II quedase reducido á su nulidad. A las intrigas exteriores uniéronse las palacianas: la pérdida de Luna estaba jurada; los señores presentaron memorial al rey pidiendo la destitucion, y promovieron tumultos en Valladolid y Zamora. Convino el rey en que se nombraran cinco compromisarios que oyeran estas quejas, y propusieron que el condestable fuese desterrado por diez y ocho meses de la corte. Retiróse á Ayllon, llevándose consigo el corazon del rey, que le amaba tiernamente.

Alegráronse los señores al ver fuera de la

corte á D. Álvaro, á quien sucedió en el mando, nó en la privanza, Fernando Alonso de Róbles, hechura suya, pero que le vendió, votando en su contra en el compromiso que produjo el destierro. Empezaron los magnates á descontentarse de Róbles; y el rey le envió preso al castillo de Uceda.

Con la separacion de D. Álvaro quedó entregado Juan II á las intrigas de los magnates; débil caña combatida por el furor de los vientos. La ambicion mas desaforada los dividia: coligábanse unos, hostilizábanse otros; por todos lados desórden, confusion, anarquía. Seguian los pueblos la bandera de los revoltosos, y llegó la cosa pública á tal extremidad, que la parte honrada de la nobleza y del clero tuvo que rogar al rey que levantase el destierro y llamase á su lado á D. Álvaro de Luna. No deseaba otra cosa el rey: llamó al privado; mas este, conociendo la necesidad que habia de su brazo y de su consejo, se resistió por primera y segunda vez.

Fué acogido en la corte con gran entusiasmo; sus mismos enemigos mentian el mayor placer. Apoderóse del mando, y lo primero que hizo fué lanzar á los infantes de Aragon, colorando su destierro con importantes comisiones, y apercibir y levantar tropas para tener á raya al mo-

narca aragones, que deseaba ejercer influencia decisiva en Castilla. No podia pasar á Italia sin dejar arreglados los asuntos de España, y cabalmente en Nápoles era indispensable su presencia; ya porque sus parciales llevaban la peor parte, habiendo tenido que regresar á Aragon el infante D. Pedro; ya porque la veleidosa reina Doña Juana, sintiendo la influencia que iba tomando el de Anjou, estaba pesarosa de haberle adoptado, y llamaba con instancia al rey D. Alonso para volver á adoptarle de nuevo.

Decidido á pelear con el rey de Castilla, entró con su ejército por la frontera. De sus hermanos, el rey de Navarra se le unió con su gente; D. Pedro fortificaba á Peñafiel; y D. Enrique salió de Ocaña para auxiliar con sus fuerzas. Merced á la prevision de Luna, se reunió en corto tiempo un ejército de doce mil jinetes y de sesenta mil infantes. El rey en persona sitió y ocupó á Peñafiel, que en nombre de D. Pedro defendia el conde de Castro; y D. Álvaro al frente de las tropas salió en busca del rey de Aragon, que con sus hermanos habia entrado en Jadraque. Dispuestos ambos campos para pelear, llegan la reina de Aragon, hermana de D. Juan II, y el cardenal de Fox, legado del Pontífice, y tratan de poner paz. Accede el rey

aragones y se retira á la frontera; pero Don Juan II, que habia tomado el mando de su ejército, se niega á todo acomodamiento hasta dejar vengado el agravio que habia sufrido con la irrupcion de D. Alonso en Castilla. Entra en Aragon, tala el país, se apodera de Monreal y Cetina, pone sitio á Ariza; y otras divisiones invaden la Navarra y el reino de Valencia, peleando en todas partes con valor. Faltaban víveres, y el ejército tenia poca artillería.

Los infantes D. Pedro y D. Enrique, para distraer las tropas castellanas, pasaron á Extremadura, en que contaban con las plazas del maestrazgo de Santiago. Fué en su seguimiento el conde de Benavente, y á poco con mayores fuerzas llegó Luna, que tomó el mando. Ocupó á Trujillo, y en esta plaza hizo una notable hazaña. Defendíase el castillo; su gobernador Pedro Alonso de Orellana queria entregarle, nó así el corregidor Quincoces, gran partidario de los infantes de Aragon. Propúsole D. Álvaro que tuviesen una entrevista en la mitad de la cuesta que conduce al castillo: acudieron ambos al lugar de la cita; instó Luna para que se le entregase, pero negóse Quincoces, despreciando promesas y amenazas. Incomodado D. Alvaro de tal tenacidad, se abalanza al corregidor, le estrecha entre sus

brazos y se arroja con él por lo más pendiente de la cuesta, cayendo ambos rodando al llano, donde aguardaba al condestable la mula que le habia conducido, á cuya cola mandó atar al corregidor entrando con tan singular trofeo en la ciudad. Entregóse la fortaleza.

Sitió el condestable á Montánchez, que no quiso entregarse mas que al rey, que pasó á Extremadura á tomar posesion de este punto; y dejando bloqueada estrechamente la plaza de Alburquerque, donde estaban los infantes, reunió todo su ejército y partió para Aragon. Don Alonso V no podia resistir á fuerzas tan superiores, ni convenia á su política una guerra larga y sangrienta que le impidiese atender á los asuntos de Nápoles. Pidió la paz, y Don Juan, satisfecho de su agravio, accedió. Juntáronse en el Burgo de Osma los plenipotenciarios, se concertó una tregua por cinco años, y que jueces árbitros, mitad castellanos y mitad aragoneses, resolviesen las cuestiones pendientes entre ambas coronas.

CAPITULO VII.

Habia despertado el indolente D. Juan; sentia en sus venas el valor heredado, y comprendia que el palenque siempre abierto para los soldados de Castilla era el reino de Granada. Dió las órdenes convenientes, y los adelantados de Cazorla y Jerez empezaron á hostilizar la frontera. Desgraciadamente el primero, que llevaba mil infantes y trescientos caballos, cayó en una celada y quedó muerto con todos los suyos: el segundo tomó por asalto Jimena.

D. Álvaro de Luna á la cabeza de tres mil lanzas entró en la vega de Granada por Alcalá la Real é Illora, volvió sobre Loja y taló el país sin que los enemigos resistiesen. Cargado de botin, regresó á Córdoba, donde con el grueso del ejército se hallaba Juan II.

Deciden invadir la Vega, sale á su encuentro el rey de Granada con todas sus fuerzas; ántes que las desplegase cargan D. Juan y el condestable sobre los moros, se hace general la pelea, y se da de poder á poder una sangrienta batalla. Huyen los sarracenos, son cortados y hechos prisioneros muchos, y en la accion y el alcance perecen treinta mil. Caen en poder de los nuestros los reales enemigos, su bagaje, sus despojos. Tras tantas nubes amanecia el sol hermoso de Castilla. Célebre fué la batalla de la Higueruela, pero no se sacaron de ella todas las ventajas. ¡A Granada! gritaban el condestable y sus principales jefes. Esta voz asustó á los enemigos de D. Álvaro. ¡Cuál iba á ser el poderío de este personaje si se ciñese este lauro! Empezaron los señores á oponerse, á coaligarse: los parciales de los infantes de Aragon clamaban contra esta empresa, sembrando en el ejército la desunion y fomentando el descontento y la indisciplina. Decian que para tal empeño no habia fuerza, ni metálico, ni víveres. Los jefes murmuraban, los soldados se agrupaban en corros, y D. Juan II tuvo que regresar á Castilla.

En Granada empezó la guerra civil. Aben Muley, de la familia real, destituyó á Mahomad y se proclamó rey reconociendo vasa-

llaje al monarca castellano. Mahomad, con el auxilio del rey de Túnez, recobró el trono, concertando treguas con D. Juan II. El maestre de Alcántara, que sitiaba á los infantes de Aragon en Alburquerque, se pasó decididamente á la parcialidad de sus mismos enemigos. Un sobrino del maestre, comendador de la órden, prendió al infante D. Pedro y venció á D. Enrique, que salió á recobrarle. Refugióse este en Alburquerque y propuso que cederia esta plaza y otras, y se alejaria de Castilla con su hermano, siempre que se le diese libertad. Accedióse á esto, pasaron ambos hermanos á Portugal y de allí se embarcaron para Valencia. El maestre de Alcántara fué depuesto, y elegido en su reemplazo su sobrino el comendador.

Espirada la tregua, peleaban los señores contra los moros, siempre con valor, no siempre con fortuna. Árias Saavedra conquistó á Castellar, Payo de Ribera á Iznájar, el adelantado Diego de Ribera murió de un saetazo delante de Lora, el comendador de Segura Manrique ocupó la villa de Huéscar, y venciendo á los moros en campal batalla se apoderó del castillo; Álvarez de Toledo quemó la vega de Guadix y destrozó una division de cuatro mil sarracenos. Todo era hazañas individuales, no suje-

tas á un plan de guerra meditado y conveniente.

El conde de Niebla, que mandaba las tropas castellanas, proyectó rendir á Gibraltar. Los moros hicieron una salida á la hora de baja marea; tuvieron los nuestros gran dificultad en reembarcarse. Viendo el conde de Niebla que algunos soldados iban á ser cortados por el enemigo, se aproxima en una barca para recogerlos. Buscan en ella su salvacion y encuentran su muerte. Suben muchos, húndese la barca, perecen todos y con ellos el desgraciado conde.

Dispuso el rey de Aragon regresar á Nápoles, dejó á su esposa Doña María el mando de Cataluña y á su hermano D. Juan, rey de Navarra, el de Aragon y Valencia. Hallábase la reina Doña Juana en Nápoles, muy agraviada del de Anjou, que ocupaba la Calabria: habia visto asesinado á su favorito Caracciolo; propendia por Alonso V, pero temia que este monarca se apoderase de su persona y la embarcase para Cataluña; recelo que ejerció siempre mucha influencia en su ánimo. Veia que por muerte de Martino V habia ascendido al Pontificado Eugenio IV, amigo de la casa de Anjou y enemigo del duque de Milan. Influia á la sazon en el ánimo de la reina la duquesa de Sesa, afecta al aragones, y se decidió por fin á llamar á D. Alonso, ofreciéndole la posesion de la Ca-

labria, siempre que devolviese los castillos que ocupaba en Nápoles, y no entrase en su territorio sin expresa licencia. Firmóse el concierto en 4 de abril de 1433 y salió el rey con poderosa armada. Temiendo la veleidad de su madre adoptiva, y deseando disipar los temores que la asaltaban, dirigió su atencion á la conquista de los Gelves.

La rendicion de esta isla y fortaleza fué muy gloriosa. Acudió á su defensa el rey de Túnez con cien mil hombres, presentóle batalla el rey de Aragon con fuerzas infinitamente menores, y destrozó tan formidable ejército. Envió el rey su armada á las islas de Ischia y Lipari para que invernase en aquellas aguas; entró en negociaciones y conciertos con el duque de Milan, con el emperador Segismundo, con el príncipe de Taranto y otros señores, y con su mortal enemigo el papa Eugenio IV. Debia, sin embargo, el Pontífice atenciones singulares al rey de Aragon, que le protegió cuando fué lanzado de Roma, y ofreció defender su causa en Basilea, donde se trataba de destituirle. Creyó el Pontífice que estas ofertas eran ardid diplomático, pues D. Alonso necesitaba hacer causa comun con él, ya para obtener la investidura del reino de Nápoles, ya para aumentar de este modo su fuerza y contrastar la prepon-

derancia francesa, que empezaba á sentirse en el concilio.

La reina Doña Juana, viendo el poderío del rey de Aragon, revocó de nuevo la adopcion hecha y reconoció por hijo á Renato, duque de Anjou, hermano de Luis, que acababa de fallecer. La muerte puso por fin término á las veleidades de la reina de Nápoles. Falleció esta señora de gota en 2 de Febrero de 1435, dejando su corona á Renato; y las casas de Aragon y de Anjou, siempre rivales, comenzaron cruda guerra. Llegaron fuerzas aragonesas y sicilianas, ocuparon á Capua y otras plazas, y el rey en persona se puso sobre Gaeta, sitiando la fortaleza por mar y tierra. Sufriendo los sitiados los rigores del hambre, hicieron salir del recinto mujeres, niños, ancianos y cuantos no podian manejar las armas. Aconsejaban á D. Alonso sus capitanes que los obligase á volver á la plaza para que se concluyesen más pronto los víveres y se rindiese en breve. El noble rey contestaba: « Mejor quiero no apode» rarme de Gaeta, que cobrar nombre de inhu» mano. » Llevaba D. Alonso consigo un arca con las medallas de los mas ilustres emperadores y guerreros del mundo, para que á su vista le creciese el ánimo procurando emular su valor y sus virtudes.

No correspondió la fortuna á tan elevados pensamientos. El duque de Milan, amigo y aliado del rey de Aragon, fué malamente influido por el Pontífice, faltó á la lealtad debida, se unió al de Anjou y envió su escuadra á pelear delante de Gaeta. Con mal acuerdo monta en la capitana D. Alonso con sus hermanos, y sale al encuentro de la armada enemiga, que era inferior en número y estaba mandada por el almirante Blas Acereto ó Axerete. Los grandes marinos de Aragon habian quedado en la escuadra de Sicilia; en Gaeta eran bisoños los tripulantes y nada expertos los marineros. Dióse la batalla cerca de la isla de Ponza el 5 de agosto de 1435; el almirante dirigiendo todas sus fuerzas contra la capitana consigue rendirla; el resto de la armada aragonesa, viendo cautivo á su rey, baja sus pabellones, y quedaron prisioneros el rey, el infante D. Enrique, y D. Juan, rey de Navarra. El vulgo decia que tan infausto suceso habia sido anunciado por la campana de Velilla. D. Alfonso se vió vencido, pero no humillado.

El almirante propone al rey que le entregue la fortaleza de Ischia; mas lleno de entereza le contesta: «Arrojadme, si quereis, al mar; »mas no conseguireis nunca que yo os entre»gue una sola almena.» El valor se prueba en

la adversidad. El corazon entero y generoso logra dominar la fortuna. ¿Cuál sería la noble conducta del rey, que su vencedor le recibió cual si fuera su huésped, le agasajó y le puso en libertad sin exigir rescate, concertando un tratado de paz y alianza honroso á ambos príncipes?

Regresó D. Juan á España á ponerse al frente del gobierno encomendado á la reina, de quien se hallaba ofendido D. Alonso. Sorprendió esta señora correspondencia del rey con Doña Margarita de Híjar, su dama. Hízola ahogar; súpolo el monarca, y juró que no volveria á ver á su esposa, lo que ejecutó puntualmente. Firmáronse paces entre Aragon y Castilla, diéronse á los infantes de Aragon gruesas cantidades en compensacion de los heredamientos que poseian en esta tierra, y Doña Blanca, infanta de Navarra, concertó casar con D. Enrique, príncipe de Asturias. Infeliz señora, que tuvo doce años despues que volver á su país, ni viuda, ni soltera, ni casada.

En Nápoles gobernaba con acierto y cordura Doña Isabel, duquesa de Lorena, en nombre de su esposo Renato de Anjou, prisionero en Borgoña. D. Alonso encargó á su hermano D. Pedro la ocupacion de Gaeta, el que viendo que sus enemigos fortificaban á Terracina, los

desalojó de aquella posicion. El Pontífice se mostró airado, absolvió á los napolitanos del juramento de fidelidad que tenian hecho á Don Alonso, y le privó del carácter de rey de Nápoles, confiriendo á Renato la investidura de este reino. Envió D. Alonso embajadores al Pontífice, diciéndole que se dejase de guerras impías, y que á imitacion de Moisés se limitase á orar levantando sus manos al cielo, recordando cuántos y cuán grandes servicios le tenia prestados; y que aún estaban reunidos los padres en Basilea, bastando para su ruina el que enviase á dicho punto sus embajadores. Nada consiguió. Mas los padres del concilio revocaron lo hecho por Eugenio IV, devolviendo la investidura al rey de Aragon.

Resuelto el rey á hostilizar á Nápoles, salió de Capua, tomó varias plazas en Tierra de Labor, el principado de Salerno y el ducado de Amalfi. El Pontífice levantó ejército, fió el mando á su legado Juan Vitelesco, patriarca de Alejandría, que penetró en Nápoles, y á su regreso á Roma, teniendo que abrirse paso con las armas, presentó batalla y derrotó é hizo prisionero al príncipe de Taranto. Concertó luego un mes de tregua con D. Alonso, y faltando pérfidamente á ella, se propuso el patriarca prender al monarca de Aragon. Al efecto ca-

minó en silencio con su gente la noche de Navidad, y llegó sin ser sentido al campamento del rey, que tuvo que huir dejando en poder del legado su equipaje y comitiva. Despues de tan atrevido golpe, vaciló el patriarca, empezó á desconfiar de sus amigos, á temer á sus contrarios, caminó indeciso de un punto á otro, y vió en breves dias disiparse como el humo su ejército, teniendo que refugiarse en Venecia, solo, sin tropa, sin caudales, sin honra.

En esto habia salido Renato de su cautiverio á costa de inmensos sacrificios. Llegó á Nápoles, reunió gente, y arrojó un guante de desafio á D. Alonso, que se apresuró recogerlo ofreciendo pelear, bien de poder á poder, bien en duelo singular. Señálase dia y sitio; mas Renato, cuando vió que el rey marchaba con su ejército al lugar convenido, se interpuso, y ocupó los Abruzos, que por el movimiento de D. Alonso quedaron abandonados. Viendo el rey que en repetidos encuentros era varia la fortuna y no se obtenian resultados definitivos, resolvió poner cerco á Nápoles; mas tampoco esta vez habia de ocuparlo. El 17 de octubre de 1438 recorria el infante D. Pedro el campamento, y una bala de cañon le llevó la cabeza. Era un mancebo apuesto y valiente, en la florida edad de veintisiete años. Hallábase el rey

oyendo misa, salió apresurado al grito de dolor que resonó en el campo, y exclamó refrenando su pena: «Dios te perdone, hermano, y sea su nombre alabado.» Y volviéndose á los suyos, dijo: «Hoy murió el mejor caballero que salió » de España.» Le desabrochó, besó en el pecho y se despidió de él diciendo: «Adios para » siempre, hermano.» Levantó á poco el cerco.

Hizo venir de España al infante D. Enrique. Estrechó alianzas con muchos señores, y ya no tenia que temer las fuerzas del Papa, harto ocupado en resistir al antipapa Félix, ántes Amadeo I, duque de Saboya. Las armas vencedoras de Aragon tomaron á Aversa y paseaban por todo el reino, reduciendo á su obediencia los más importantes territorios. Conocia Renato que le faltaba tierra que pisar: envió á su mujer y á su familia á Francia; salió de oculto de la ciudad, é imploró el favor de algunos señores, volviendo á Nápoles, donde le prometieron los ciudadanos morir en su defensa.

Entónces fué cuando escribió á D. Alonso diciéndole que no destrozase el país, y proponiéndole segunda vez que en duelo singular, ó de escuadron á escuadron, ó de poder á poder, se decidiese entre ambos en una sola batalla la cuestion pendiente. Contestóle el rey que no estaban en iguales condiciones, puesto que él se

hallaba posesionado de casi todo el reino, y que el oficio del buen general no consistia tanto en pelear como en vencer. Procuró entónces Renato entrar en negociaciones, que no fueron escuchadas, y desesperado salió al campo y fué vencido.

Apretaba el rey el sitio de Nápoles y el de Puzol. Ríndese esta plaza, Nápoles resiste, Renato pelea con valor. Miéntras el rey D. Alonso estuvo al frente de Puzol fió el mando del sitio de Nápoles á su hijo bastardo D. Fernando, á quien amaba con delirio, por no haber alcanzado sucesion legítima. Era de madre no conocida: suponíanle unos habido en Doña Margarita de Hijar, otros en persona de sangre real: D. Alonso se limitaba á decir que la madre de su hijo era tan buena como él.

Dos maestros de obras pasan al campo del rey, y le proponen que por un acueducto que surtia los pozos de la ciudad introdujese en ella algunos soldados, y se apoderase de una puerta, imitando el ejemplo que habia dado Belisario muchos siglos ántes. Una milla anduvieron los soldados por el subterráneo; lograron entrar cuarenta hombres en una casa, pero siendo sentidos, fueron casi todos muertos, salvándose muy pocos en una torre. D. Alonso, creyendo que podrian auxiliarle desde dentro,

acercó escalas á la plaza; pero fué rechazado. Estuvo varios dias preparando el ataque; amenazó por una de las puertas de la ciudad, hizo subir al muro á algunos de los suyos, que apellidando Aragon, llamaron á aquella parte las fuerzas de los aliados, miéntras que, violentada la puerta de san Genaro, entró él en Nápoles con su ejército, cuyas tres divisiones mandaban D. Lope Jiménez de Urrea, D. Ramon Boil y D. Jimen Pérez de Corella. La gloriosa conquista de tan ilustre ciudad fué el 2 de junio de 1442. Prohibió el rey bajo pena de la vida el saqueo, y recorrió á caballo los barrios principales, impidiendo que se desordenase la soldadesca.

Restaba ocupar algunos puntos que defendian los Esforcias con fuerzas auxiliares del Pontífice. Presentó el rey batalla, y venció y perdonó á Esforcia, obrando siempre con la mayor clemencia. Renato se habia refugiado á un castillo de Nápoles, y viendo su causa irremisiblemente perdida, se fugó embarcado en una galera genovesa. Encontró al Papa en Florencia, y este señor le consoló dándole de nuevo la investidura del reino, que para siempre habia perdido. Por fin, despues de tan grande enemiga, por mediacion del duque de Milan, hicieron las paces el rey de Aragon y el Pontí-

fice. Concedió este á D. Alonso la investidura del reino de Nápoles, que por cierto no le era muy necesaria, legitimó á su hijo D. Fernando, que fué jurado sucesor de la corona de aquel reino, y le pidió que conquistase para Roma, como lo hizo, la Marca de Ancona, que tenia usurpada Esforcia. Así concluyeron tan terribles guerras, aumentando Aragon sus conquistas, y ensanchando gloriosamente su territorio.

En tanto Portugal, célebre por la conquista de Ceuta y de las Terceras, vió morir de peste en 1433 á su rey D. Juan I, lleno de dias y de gloria; monarca ilustre, nuevo fundador de aquel reino, el más implacable enemigo de Castilla, que logró impedir la union de ambas coronas. Este príncipe, dotado de gran valor y de prudencia política, asentó sobre sólidas bases la independencia y empezó á desarrollar el poder marítimo de Portugal. Sucedióle su hijo Don Duarte, que fué jurado rey en Córtes, y como inmediato sucesor suyo D. Alonso su hijo, que se hallaba en la cuna. Deseando extender su imperio en la costa norte de Africa, envió á sus dos hermanos D. Enrique y D. Fernando con catorce mil hombres de desembarco, para que sitiasen á Tánger. Acudieron en socorro de la plaza las kabilas inmediatas, que fueron rechazadas por los valerosos portugueses. El rey

de Fez, reunido numeroso ejército, llega al campo resuelto á hacer levantar el cerco. Presenta batalla y es vencido; se rehace y acomete nuevamente, siendo otra vez derrotado. Entónces resuelve obtener la victoria sin pelear: establece líneas de circunvalacion, y vense los sitiadores de Tánger, sitiados á su vez por los moros. Conociendo que su salvacion consistia en tomar la plaza y abrir comunicaciones con la península, hicieron desesperados esfuerzos: todo en vano. El ejército portugues, incomunicado con su país, sin víveres, y reducido á la última extremidad, tuvo que capitular que devolveria á Ceuta, dejando en rehenes al príncipe D. Fernando. Embarcó D. Enrique su tropa; mas en vez de llevarla á Portugal, entró en Ceuta, fortificó la plaza, y se negó á rendirla. Reúnense Córtes, y deciden que no se entregue la ciudad, y que se rescate por dinero al infante D. Fernando. No vino en ello el rey de Fez, y el desgraciado príncipe murió cautivo, agoviado por la miseria, víctima de malos tratamientos, sacrificándose por la patria. La iglesia de Portugal le coloca entre sus santos.

Falleció D. Duarte en 1438 del contagio que afligia á su reino, y dejó por sucesor á su hijo D. Alonso, que fué el V de su nombre, y que hallándose en la infancia, quedó bajo la tutela

de su madre Doña Leonor, hermana del héroe aragones. Ofendiéronse los portugueses de que reina extranjera gobernase el país: juntáronse Córtes, que dejando á esta señora la crianza y tutela del huérfano, nombraron por gobernador del reino al infante D. Pedro. Aun así no se pacificaron los ánimos: quitóse á la reina la tutela, y la pobre madre vino á Castilla á implorar amparo, al tiempo que el estado de este país no permitia más que embajadas estériles.

En Navarra empezaba entónces á cometerse un gran crímen. El turbulento infante de Aragon D. Juan, rey de Navarra por su esposa Doña Blanca, gobernador de Aragon, y más tarde rey del mismo estado á la muerte de su hermano Alonso V, hombre feroz y desnaturalizado, trató de usurpar al príncipe D. Cárlos el reino, que de derecho le correspondia. Era este desgraciado príncipe su propio hijo y de la reina Doña Blanca, nieto de Cárlos el Noble, que le habia hecho jurar por sucesor para despues de los dias de su madre, y llevaba el título de príncipe de Viana, que se creó á semejanza del de príncipe de Astúrias, para los primogénitos de aquel reino.

Este noble y malaventurado mancebo, dulce de carácter, dado á las letras, valiente, hubiera sido honra del cetro de Navarra y de su

siglo. Mas su propio padre, ambicionando su trono, le armó sangrienta guerra, le tuvo cautivo y le hizo morir con veneno. Tan interesante episodio tendrá lugar oportuno al narrar los sucesos de Enrique IV, donde la razon del tiempo exige que le coloquemos, sin perjuicio de indicar aquí el orígen que tuvo tan inhumano suceso. Mariana, hablando de este desgraciado príncipe, le llama *mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso.*

CAPITULO VIII.

Habiendo narrado las glorias, los reveses, las virtudes y los vicios de tantos reyes y de tantos pueblos como formaban la entidad española, costando no poco dar á tantos sucesos claridad, órden, sangre, calor y vida; volvamos á Castilla, teatro de horribles y espantosos dramas.

D. Álvaro de Luna era siempre el blanco ostensible de los descontentos, que en realidad aspiraban al envilecimiento del poder real: habia la conjuracion tomado enormes dimensiones. La boda del príncipe de Asturias con la infanta de Navarra, que indicamos ántes, trajo á Castilla á los infantes de Aragon, D. Juan, rey de Navarra, padre de la novia, y D. En-

rique. Favorecia á los descontentos la reina Doña María de Aragon que, esposa de Don Juan II de Castilla, se unió luego abiertamente á sus hermanos. Hizo causa comun con ellos, y ofendió groseramente á su padre, el príncipe de Astúrias D. Enrique, supeditado lastimosamente á su favorito D. Juan de Pacheco. Pasó el rey de Navarra á la corte de Juan II para vigilarle más de cerca; su hermano se trasladó á Leon y Valladolid á reunirse á las tropas del almirante D. Fadrique.

Ocuparon los descontentos las principales ciudades de Castilla, Búrgos, Segovia y Zamora; alzaron bandera en varios pueblos, y no quedó al pobre rey más que un simulacro de poder, escaso territorio, y la pena de contar entre sus más encarnizados enemigos á su mujer y á su hijo. Muchos señores volaron á colocarse bajo la bandera de los insurrectos: afectaban todos que su disgusto era contra el valido Luna; mas en la junta facciosa que tuvieron en Castronuño, si bien hicieron que saliese D. Álvaro por seis meses de la corte, sin que en este plazo pudiese hablar, ni escribir al rey, ni enviarle mensajeros, fué la principal estipulacion que se devolveria á los infantes cuanto poseyeron anteriormente en Castilla, á pesar de tener recibido su equivalente en metálico,

y que se cederia al príncipe de Astúrias la ciudad de Cáceres.

El objeto verdadero de los sublevados, era degradar al rey, cautivarle, disponer á su antojo de tan débil instrumento; y matar á Don Álvaro de Luna, dividiendo sus despojos, como puede verse por un albalá de la reina Doña María y de su hermano el rey de Navarra, que original se conserva en el archivo de la casa de Benavente. Tiene la fecha de 23 de Enero de 1441, y en él se dice que, si *la empresa* que tenian con el condestable *llegase á tal estado que hubiesen de repartirse sus bienes*, se dejase al hijo de este una renta igual á la que poseian el conde de Benavente ó el almirante, y que el resto sería repartido por consejo de dichos magnates. Notable era en verdad la prevision de estos señores: tales fueron los móviles que dirigian esta intriga.

Reuniéronse Córtes en Valladolid, sin resultado: pidió el príncipe á su padre que separase á varios caballeros de su casa, y Juan II, que no sabia resistir, se rebajó accediendo á esta exigencia. Rey que se degrada, rey que se destroña. Crecieron las pretensiones, y el malvado, ridículo é impotente príncipe, saliéndose de la corte se trasladó á Segovia á ponerse á la cabeza de los descontentos, que re-

corrian á mansalva el país, causando notables desafueros.

D. Álvaro, despues de la estipulacion de Castronuño, vivia retirado en Sepúlveda; tenia consigo alguna gente fiel al rey. En medio de tanto desórden y de semejante confusion, es notable que sólo hubiese alguna que otra escaramuza en las cercanías de Roa, Alcalá de Henares y Toledo, ni más séria funcion de guerra que el sitio que pusieron los descontentos al castillo de Maqueda, propio de D. Alvaro, castillo que se defendió valerosamente y no fué tomado.

Residia el rey á la sazon en Medina del Campo, tenia á sus órdenes escasas fuerzas, y llamó á su lado al condestable. Los sublevados rodean la ciudad, se procuran inteligencias, consiguen que les abran las puertas, y una noche entran sin ser sentidos. Sábelo el rey, conjura á D. Alvaro y á los suyos para que se salven, pues si nó, eran perdidos. D. Alvaro monta á caballo, ábrese con su lanza paso por medio de los sublevados, y se traslada á su villa de Escalona, que le ofrecia seguro asilo. Quedó el rey prisionero de su mujer, de su hijo, de sus cuñados, de sus favorecidos y vasallos. Apoderáronse del mando los infantes de Aragon, destituyeron á todos los parciales y hechuras de

Luna, obligaron á que jurase el rey que no le veria en seis años, y manejaron á su antojo el reino que no supo gobernar el débil D. Juan II.

Los señores se disputaban con las armas la posesion de plazas y dignidades: el conde de Castañeda é Íñigo López de Mendoza peleaban entre sí para apoderarse de la Liébana. El señor de Ayamonte y el conde de Niebla, que conservaba por el rey la ciudad de Sevilla, se disputaban extensos territorios. Juan Ramírez se apoderaba con las armas del maestrazgo de Calatrava, que aun no se hallaba vacante. No bien lo estuvo, eligió la órden á D. Fernando de Padilla; pero ambicionó el rey de Aragon este cargo para uno de sus hijos naturales, y envió á su hermano á pelear contra el nuevo maestre, que murió en la refriega. Vizcaya estaba en armas contra López de Ayala, y todo era desórden, y todo confusion. Ardia el país en guerras feudales, cabalmente cuando en toda Europa se iba concluyendo el feudalismo; porque nosotros imitamos mal y tarde lo bueno y lo malo de todos los países. Faltaba el brazo fuerte del condestable, y los que le habian reemplazado eran juguete de encontrados intereses.

En tanto llevaba D. Juan II más de tres años en afrentoso cautiverio en la fortaleza de Portillo. Tenia por carcelero al conde de Castro y

por centinelas de vista á Rui Díaz de Mendoza y á D. Enrique Enríquez, hermano del almirante, que sólo se apartaba de él cuando se entregaba al descanso. Vigilábale de cerca su mismo hijo el príncipe, que por agradar á su suegro cometia todo linaje de desatenciones.

Habia en Castilla un hombre virtuoso y probo, que con el seguro que le daba su carácter sagrado, y con la influencia que tenia por haber sido ayo del príncipe de Asturias, se atrevió á acercarse á D. Juan de Pacheco, y á hablarle enérgicamente pintándole la mengua y el oprobio de la cautividad del rey por su propio hijo, el estado infeliz en que se hallaba el reino, las guerras, los incendios, las muertes, todo por complacer á un rey extranjero. Las palabras de D. Lope Barriéntos, obispo de Ávila, hirieron el corazon de Pacheco, que vió ademas en lo que se le exigia, no tanto un deber imperioso, como un medio de adelantar su fortuna, y de conservar la privanza que disfrutaba. Ofreció libertar al rey, sin contar para ello con el príncipe, seguro de su obediencia. Hizo que este señor se reconciliase en secreto con D. Álvaro, que juntase considerables fuerzas, aparentando que eran contra el condestable, y cuando estuvieron reunidas, le mandó que anunciase á su suegro que iba

á dar libertad á su padre. Reunió tropa el rey de Navarra y salió contra el príncipe: ambos ejércitos se hallaron frente á frente en Pampliega; pero igùales en número se limitaron á ligeras escaramuzas, en que llevó la peor parte el navarro.

Bajo pretesto de caza salió D. Juan II de Portillo, llegó á Mojádos, donde residia el cardenal de Cervántes, en cuya casa se detuvo á almorzar. Gente armada, que segun estaba concertado saliera de Valladolid, rodeó el alojamiento, se apoderó del conde de Castro y de los suyos; y el rey se trasladó á Valladolid y Duéñas, donde se le reunieron su hijo, el condestable y algunos señores que estaban separados de los negocios públicos, más callados que contentos, y no tanto parciales del rey, como enemigos del conde de Benavente y del almirante D. Fadrique.

Corrió la nueva de la libertad de Juan II; todos creian que enseñado por la desgracia, avanzado en edad y rico de experiencia, llegaria á ser buen rey. En España, por hidalga costumbre y por sentimiento monárquico, el pueblo achaca á las personas que rodean á los reyes las faltas que estos cometen, y les hacen responsables de las culpas, ya que fueron participantes de las dulzuras del poder. Nuestros

antepasados se consolaban de los males públicos con el grito significativo y honrado ¡Si lo supiera el rey!...

Amaneció nueva aurora: el monarca salió del cautiverio; el poder real se presentaba fuerte; los extranjeros iban á ser lanzados del país, sujetados los señores, reconciliados el padre y el hijo. Las frentes abatidas en el lodo por los anteriores sucesos, se presentaban erguidas; habia entusiasmo; y resucitaba la monarquía purificada por la desgracia. Todos los pueblos, con insignificantes excepciones, abrieron sus puertas al rey; todos los castillos le entregaron sus llaves; todos los señores, ménos los principales comprometidos, se agruparon bajo su pendon. Huyó el navarro á su territorio; Don Enrique, que tenia sitiada la fiel Sevilla, tuvo que retirarse á Murcia. A fuerza de esperanzas olvidaban los pueblos la desgracia y el abatimiento de la patria, respirando con libertad los pechos que estaban próximos á asfixiarse por falta de aire vital.

Murió en aquellos dias (1445) la reina de Castilla Doña María, hermana de los funestos infantes de Aragon, que, nunca pacíficos, trataron de recobrar su influencia, ó más bien su dominacion en Castilla, y dispusieron que el almirante, el conde de Benavente, el de Cas-

tro, Quiñónes y otros jefes, allegasen gente en Leon y Galicia. Reuniéronse en Olmedo todos los descontentos á las órdenes del rey de Navarra, que habia entrado con soldados de su país, y á las de D. Enrique, que voló desde Murcia á reunirse con su hermano. D. Juan II con lucido ejército se acerca á la villa, y deseando arreglar pacíficamente estas cuestiones, malgastó algunos dias en conferencias inútiles. Una mañana al frente de crecida escolta recorria el príncipe de Astúrias los alrededores de Olmedo; pero saliendo un destacamento de la villa le hostiliza y le obliga á refugiarse en el campamento. Al saber D. Juan II tal injuria, sale al campo y presenta batalla. Admítenla los sublevados, empieza la accion, pelea D. Álvaro como bueno; llega en aquel momento á unirse con el rey el maestre de Alcántara que traia seiscientas lanzas, y flanquea al enemigo, que despues de una débil resistencia, se dispersó abandonando el campo. Quedan en poder del vencedor varios prisioneros notables; el rey de Navarra no paró hasta Daroca; siguióle su hermano D. Enrique, herido en una mano, herida que se gangrenó á poco, y le costó la vida. Así falleció el valiente y turbulento D. Enrique, hombre ambicioso, de carácter perverso. De los hijos del gran D. Fer-

nando de Antequera, sólo fué semejante á su padre el rey de Aragon D. Alonso, el Magnánimo; los demas fueron peores que su época. Muerto D. Pedro sobre Nápoles, y D. Enrique èn Calatayud, sólo quedaba el rey de Navarra, que sucedió á D. Alonso, y que fué verdugo de su desgraciado hijo D. Cárlos. Tuvo empero la gloria de ser padre de D. Fernando el Católico.

¡Quién al ver reconciliados á D. Juan II y al príncipe de Astúrias, las lisonjeras esperanzas que concibió el pueblo, y la feliz victoria de Olmedo, no creeria que iban á mejorar los negocios públicos! El príncipe empezó á hostilizar á su padre, á buscar la alianza de los vencidos, procurando con su conducta villana desacreditarle para usurparle el cetro. Su ayo Pacheco, libre del yugo de los infantes de Aragon, indispuso de nuevo el ánimo del príncipe contra D. Álvaro. Para acallar al ambicioso Pacheco, se le dió el marquesado de Villena, y D. Enrique exigió que le entregasen la ciudad de Cáceres, ofrecida en Castronuño, y ademas á Jaen con el adelantamiento de aquella tierra. ¡Grave carga para tan débiles hombros! Caminó el príncipe de concesion en exigencia, y como su intento era rebajar al rey á los ojos de su pueblo, reclamó que perdonase al almi-

rante y al conde de Benavente, perpetuos trastornadores del reino, y que, vencidos, conspiraban todavía contra su monarca. Hizo D. Enrique alianza con el rey de Navarra, buscó á los señores descontentos y amenazó á su padre con nueva y más sangrienta guerra civil.

El rey de Navarra, gobernador y luego rey de Aragon, que para aumentar su influencia en Castilla habia casado con una particular, con Doña Juana Enríquez, hermana del almirante, mujer de ánimo feroz, anhelaba tener siempre inquieto á Juan II, y á la sombra de la fortaleza de Atienza y de otras que poseia en este reino, hacia guerra sorda y alarmaba á los tímidos. Procuró hacer nueva escursion con tropas navarras y aragonesas, y no pudiendo conseguirlo, llevó su maldad hasta coligarse con el rey de Granada pidiéndole que hostilizase á D. Juan II, como lo verificó en efecto, ocupándole las plazas de Huéscar, Benamauriel, Velez Blanco y Velez Rubio, sin que el adelantado de Jaen pudiera, ni quisiera impedirlo. Empezó á retoñar la insurreccion: Toledo se levanta contra el rey; mas D. Álvaro ataca la villa de Atienza y la ocupa, sin vencer empero el castillo, salva á Cuenca, sitiada mas tarde por el navarro, y ocupa á Toledo.

Trataba el rey D. Juan II de casarse con una hija de Cárlos VII de Francia, y el condestable, sin contar con su voluntad para nada, ni hacerle indicacion alguna, ajustó la boda del miserable monarca con Doña Isabel, hija de D. Juan, rey de Portugal. Celebróse el matrimonio en 1447. El rey dijo entónces: «*Don Alvaro ha traido á Castilla á quien le lanzará de ella.*» La nueva reina, jóven, hermosa, inteligente, sagaz, celosa de mando, dura y vengativa como buena portuguesa, adquirió pronto exclusivo predominio sobre el monarca, hombre de más de cuarenta años, débil de carácter, enervado por los placeres.

D. Álvaro tuvo desgracia: las dos mujeres de D. Juan II le aborrecieron cordialmente. Es verdad que no se limitaba á la direccion de los negocios públicos, sino que se entrometia á querer reglamentar las más íntimas relaciones de la vida privada. Habia llegado á ese período que podriamos llamar de demencia providencial, en que los hombres que van á dar terribles leciones al mundo pierden la razon. *Prius dementat.* Vióse le entónces entregarse á los mayores movimientos de ira, aglomerar grandes riquezas, llenar sus castillos de tesoros, adjudicarse villas y ciudades, enagenarse amigos; llegó á tanto su deseo de ostentar poder, que nombró arzobispo

de Santiago á un sobrino suyo, D. Rodrigo de Luna, que apénas habia salido de la infancia, y que comenzaba á estudiar latinidad. Creíase D. Álvaro necesario en el país, y juzgaba que habia clavado por fin la rueda de la fortuna. ¡Desventurado!

Conservaba empero el antiguo valor. Logró reconciliar al padre y al hijo, sacrificando á este arreglo muchos parciales de uno y otro príncipe, y enemistando á los señores. Tenian todos la vista fija en el palacio real, para saber cuántos grados de privanza marcaba el termómetro político. D. Álvaro, sin embargo, estaba tranquilo: avezado á las tempestades, habia deshecho otras de más ruido; pero no recordaba que, cuando más callados van los rios, van más profundos.

Entró con el ejército real en Navarra, llegó á Estella, concertó paces con el príncipe de Viana, que gobernaba el reino en ausencia de su padre, ocupado en los asuntos de Aragon. Desaprobó luego la conducta de su hijo, que deseoso de defender su tratado, tomó el título de rey, que le correspondia de derecho, y se apoyó en una de las dos banderías poderosas y rivales, que bajo el nombre de Beamonteses y Agramonteses afligian el país. Irritado D. Juan de Navarra, juró vengarse; llevó gente de Ara-

gon y Cataluña, y salió en busca de su hijo. Este imploró auxilio de Castilla, y le obtuvo bien escaso en verdad. Encendióse civil discordia, pelearon en guerra impía padre é hijo; dióse la batalla en 23 de octubre de 1452, cerca de Aibar, y el príncipe de Viana fué arrollado, y cautivo, y encerrado en el castillo de Tafalla.

Por la frontera de Granada escaramuceaban los señores. Fajardo venció en los Alporchones, causando ochocientos muertos al enemigo: los moros ocuparon á Villacarrillo y degollaron su guarnicion.

Se acercaba el fin de la privanza y de la vida de D. Alvaro de Luna; todavía, sin embargo, peleó por última vez, tomó á Palenzuela, y fué herido, derramando su sangre por la patria. La reina habia dado á luz una hija, llamada Isabel, como la madre. Nacida en Madrigal [1],

[1] No hay documento alguno que diga lo contrario. Lucio Marineo y el doctor Toledo, médico de la reina, afirman que nació en Madrigal. La carta que Juan II dirigió á la ciudad de Segovia anunciando que la reina *este jueves próximo encaesció de una Infante*, no dice que fuese en Madrid, ni señala el lugar del nacimiento.

Esta carta fué conocida por Colmenáres y Clemencin, que la publicaron. El último no vió el original, pero sí el señor D. Ramon Cabrera, prior de Arroniz, académico distinguido, que leyó, dia 26 en vez de 23. El facsimile de esta carta publicado por los doctos autores de la *Historia de la villa y corte de Madrid*, no deja duda de que la fecha es 23.

De aquí se quiere deducir que la reina Católica nació en Madrid; pues se dice que hallándose Madrigal tan lejos de

entre cuatro y cinco de la tarde del juéves 22 de abril del año 1451, consiguió llenar el mundo con su glorioso nombre.

Ejercia la portuguesa absoluto dominio en el ánimo del rey, y á ella acudieron los descontentos para perder al condestable. Acordóse secretamente su prision; buscóse al efecto á un enemigo personal que vivia agraviado en sus estados, al conde de Plasencia, que hallándose enfermo, envió en su lugar á su hijo D. Alvaro de Zúñiga. El rey habia dicho al condestable «que haria bien en alejarse de la corte para dar vado al furor de sus enemigos.» Al regresar Luna á su alojamiento, conociendo la villana traicion de Alonso de Vivero, hechura suya, sorprendió cartas de este malvado que le vendia y conspiraba contra él, y que, para espiarle mejor, vivia en su misma casa. En un momento de cólera lo mandó arrojar por un

esta corte, no era fácil que el rey supiera al otro dia lo que habia ocurrido en el antecedente. Madrigal dista de Madrid, segun Miñano, veinticuatro leguas, y segun Madoz veintitres, ignorando lo que se acortaria por los atajos y caminos de monte, y los medios de que en aquel tiempo se valdrian para trasmitir rápidamente las comunicaciones.

La carta á Segovia es una circular, y es fácil que se encuentren otras semejantes en los archivos de algunas ciudades importantes. Hasta ahora es un documento único y no decisivo; y hay que aguardar á que este punto se ilustre más, ántes de despojar á Madrigal de la gloria de haber sido patria de la reina Católica.

balcon, atribuyendo su muerte á un accidente casual.

Exasperáronse los conjurados, llegó el momento, se arrancó del vacilante rey la órden que decia: *El rey. D. Alvaro de Zúñiga, mi alguacil mayor: yo vos mando que prendades el cuerpo de D. Alvaro de Luna, maestre de Santiago, é que si se defendiere, que le matedes.* Entró Zúñiga con sus soldados en Búrgos, y al amanecer del dia 4 de abril de 1453, nó 24 como dice Alonso de Palencia, cercó la posada del condestable, á los gritos de «Castilla, Castilla y libertad del rey» D. Alvaro trató de resistir; mas el rey, que por momentos sabia lo que pasaba, le envió escrito de su mano y sellado con sus armas un salvo conducto en que le empeñaba su fe y palabra real de que no recibiria agravio, ni injuria en su persona, bienes, ni dignidades, contra justicia. Esta última frase inusitada y artificiosa llamó la atencion de Luna; sin embargo obedeció y pidió una audiencia al rey. Envióle á decir D. Juan II «que recordara que le habia aconsejado siempre que no admitiese á su presencia á los que habia mandado prender.» En aquel momento acabaron las ilusiones de D. Álvaro y empezó la tremenda expiacion. Apoderóse el rey de las llaves de sus escritorios, y sacó de ellos las

joyas y alhajas. ¡Qué menguado proceder! ¡Cuánta bajeza!

Trasladáronle á Valladolid, y luego á la fortaleza de Portillo. D. Juan II, el amigo de la infancia, que le debia dos veces la libertad, muchas el cetro, le temia, aun teniéndole preso. Los émulos del desgraciado magnate lo conocian así, y creyeron que, para impedir que pronto ó tarde volviese al poder, era preciso arrojarle del mundo. Para que no retrocediese el rey en el mal camino, le llevaban de fortaleza en fortaleza recogiendo los tesoros del valido, ocupando sus territorios, sus villas, sus castillos: confiscacion inicua, contra toda ley, contra todo fuero. Púdose conocer desde luego que este golpe de estado no tenia por objeto variar la marcha política, ni pagar un tributo á la justicia, ni á la moral pública ofendida. El oro del condestable le perdió. ¡Cuánta degradacion!

Hiciéronse dos informaciones secretas, á lo más dos sumárias, nó dos procesos: el reo no fué oido, ni supo los cargos, ni pudo defenderse, ni le citaron para sentencia. No fué pues juzgado, ni hubo tribunal anterior al delito, ni competencia en ningun juez seglar para conocer contra el maestre, que tenia carácter eclesiástico. No se quiso, como lo hubiera hecho D. Pedro el Cruel, matar á mazadas á tan noble caballero,

y se cometió una iniquidad mayor, mintiendo formas judiciales que no existieron, y dando apariencia de legalidad á un atentado horrible. Juntáronse varios letrados, hubo grande alteracion entre ellos; queríase á toda costa la vida de Don Álvaro, *e finalmente fué acordado que la dicha ejecucion se hiciese por mandamiento, é non por sentencia* [1]. Murió pues D. Álvaro de Real órden.

Trasladaron á Valladolid al condestable escoltado por los soldados de D. Diego de Zúñiga, sobrino del conde de Plasencia. Al pasar por las inmediaciones del convento del Abrojo, salieron al camino dos religiosos de san Francisco, uno de ellos Fr. Alonso de la Espina, notable por su ciencia y su celo apostólico. Habíanles advertido que manifestasen al preso la suerte que le esperaba. Acompañáronle hasta la ciudad, y no se apartaron de él hasta su muerte. Ni una queja, ni una sola demostracion de dolor lanzó D. Álvaro. Oyó impasible que iba á morir en afrentoso cadalso. Alojáronle en casa de D. Alonso de Zúñiga, pasó la noche confesándose con los religiosos, oyó misa á la mañana siguiente, comulgó, y se dispuso para salir al

[1] Documento que obra en el archivo de la casa del marques de Villena, y su copia en la Real Academia de la Historia.

suplicio. Hallábase desfallecido y pidió que le diesen vino y cerezas. Montáronle en una mula, cubriéronle con negro capuz, y le sacaron de la prision á las ocho de la mañana.

Delante iba el pregonero gritando que aquella *justicia mandaba hacer el rey en este tirano, usurpador de la corona real; y en pena de sus maldades é deservicios mándale degollar*. El condestable con resignacion cristiana contestaba: *Más merezco por mis pecados*. Equivocóse el pregonero una vez, y en lugar de decir deservicios, dijo servicios; corrigiéronle los asistentes, y Don Álvaro, volviéndose á él: *Bien decis, hermano,* exclamó, *en pago de mis servicios me manda degollar*.

Era el 2 de junio de 1453 [1]: atónito el pueblo contemplaba al desgraciado condestable, al primer personaje de España, á la primer lanza de Castilla, al vencedor de la Higueruela y de Olmedo, al coloso entre tanto pigmeo, caido desde tal altura á la mayor miseria. Re-

[1] Hasta hace pocos años se ignoraba el dia de la muerte de D. Álvaro. Mariana dice que fué el 4 de julio; los sabios anotadores de la Historia de Mariana, impresa en Valencia, dicen que el 7; y hay otros que la retrasan al 17 y aun al 20 de este mes. Dilucidó este punto el erudito D. Rafael Floránes, que señaló el dia 2 de junio: opinion que llegó al grado de certidumbre histórica cuando el diligente Don Tomás González reconoció esta fecha en los asientos de los contadores mayores y en varios documentos que obran en Simáncas, de los que envió copia auténtica á la Academia, de que era individuo correspondiente.

cordaban sus enlaces con casas poderosas, sus favorecidos, sus antiguos aduladores. *¡Væ victis!..* Ninguno de ellos respondió presente en la hora del infortunio. Sólo un doncel pajecito suyo, llamado Moráles, no quiso abandonar á su señor, y le acompañó al suplicio. Quitándose D. Álvaro una sortija del dedo, se la dió al mancebo, diciéndole: *Toma, hijo mio, lo único que te puedo dar*. Prorumpió el jóven en acerbo llanto, y toda la gente que llenaba la plaza lloraba como él. Adoró el condestable la cruz que entre dos cirios estaba colocada en el lugar del suplicio. Paseó dos veces el tablado, y viendo entre el público al caballerizo del príncipe, le dijo: «*Barrasa, dí al príncipe mi señor que á los que le sirvan lealmente los premie mejor que el rey me premia á mí.*» Volvióse al verdugo, y le preguntó si una escarpia que habia en un palo era para colocar su cabeza, y contestándole que sí, dijo: *despues de cortada, haz de ella lo que quieras*. Fué el ejecutor á atarle las manos con un cordel: dióle D. Álvaro una cinta de tafetan que llevaba al efecto; oyó las preces de los religiosos, colocó su cabeza en el tajo, elevó sus ojos al cielo, y dejó de existir. El pueblo, al ver su cabeza en manos del verdugo, lloraba á grito herido: habia muerto el mejor caballero de Castilla; D. Juan II habia

sacrificado al único magnate que le habia sido constantemente fiel.

Y el rey ¿qué hacia entónces? Hallábase en Maqueda, segun documentos fechados en aquel punto; en Valladolid, segun el bachiller Cibdad Réal, que escribe que vacilante, inquieto, llamó dos veces á su maestresala Solis, dándole un pliego cerrado para D. Diego de Zúñiga, y que dos veces lo recogió de sus manos diciéndole: *Déjalo, déjalo*, arrojándose en seguida sobre un lecho. La reina no le perdió de vista, solícita y vigilante para que no se revocase la órden de muerte.

Dejaron el cuerpo del condestable tres dias insepulto sobre el cadalso, y nueve estuvo colocada su cabeza en la picota. Pedíase limosna como se acostumbra para los malhechores vulgares. Lleváronle á enterrar donde lo eran los demas que morian por justicia; le trasladaron luego al convento de san Francisco, y de allí á Toledo, donde yace. ¡Desgraciado! Tuvo toda la ambicion que cabe en pecho humano, todos los defectos de su época; fué sin embargo leal á su rey, valiente, hombre de Estado. Quiso, á la manera de D. Alonso XI y de D. Pedro, sujetar á la nobleza sediciosa. Los que mataron á D. Pedro, mejor matarian al valido. Imitó á aquellos reyes en este pensamiento político;

fué imitado despues por el célebre cardenal Cisnéros en España, y más tarde en Francia por el ilustre Richelieu.

No se trataba de una muerte vulgar, de un suceso ordinario. El rey, que habia comunicado la prision del condestable á las villas y ciudades del reino, publicó un manifiesto para declarar las causas del tremendo castigo. Este largo é indigesto alegato no concreta cargos, no expresa delitos atroces dignos de muerte; es solo una prueba de la criminal debilidad de Juan II; y más bien que el proceso del valido, es el proceso del rey.

No habia dejado aun de humear la sangre de D. Alvaro, y ya estaba el rey sobre Escalona, refugio de la viuda y del hijo, para apoderarse del tesoro que allí custodiaban. Halló resistencia, y se sometió á una indigna estipulacion, ofreciendo que tomaria tan sólo para sí las dos terceras partes del tesoro, dejando la otra á Doña Juana Pimentel y al conde D. Juan.

A poco empezaron los remordimientos á afligir el ánimo del rey: acudió al Pontífice pidiendo absolucion para sí y para todos los que intervinieron en la muerte del maestre [1]. Otor-

[1] El célebre jurisconsulto Alonso Diaz de Montalvo, que comentó las Partidas, dice: «Et hoc cognito perdictum Dom. regem Johannem post mortem dicti magistri, humiliter petiit et obtinuit absolutionem á Domino Papa, pro se et pro cunc-

gósela Nicolao V, imponiéndole por penitencia que regalase al convento de Ucles una estatua de Santiago, de plata sobredorada, con las armas de D. Alvaro de Luna, estátua que aun se conservaba á fines del último siglo. Rehabilitóse más tarde la memoria de D. Alvaro, declarándose en juicio contradictorio con el fiscal su inocencia: su cadáver yace en la catedral de Toledo, en la suntuosa capilla que lleva su nombre.

Devoraban al rey hondos pesares; recordaba á su amigo, que murió como cristiano y como caballero, y acabó de comprender la intriga de que fué víctima, cuando vió el alborozo de los señores y su ambicion desaforada. Faltaba el brazo vigoroso que los enfrenaba, y se desmandaron. Vióse el rey asaltado por unos y por otros, juguete de familias poderosas, que ni le respetaban, ni le temian. Tuvo el gusto de que su esposa dieso á luz en Tordesillas un hijo, á quien llamó D. Alonso, que figuró en el siguiente reinado y murió jóven. Presenció con dolor el escandaloso proceso en que el príncipe de Astúrias pidió la nulidad del matrimonio celebra-

tis qui facto et consilio astiterunt seu culpabiles fuerunt morte dicti magistri.»—Memorial ajustado, en el pleito entre D. Antonio de Luna y el marques de la Adrada, sobre sucesion en dicho mayorazgo.—Catálogo de los maestres de la órden de Santiago, 1791.

do doce años ántes con Doña Blanca, hija de D. Juan, rey de Navarra, que devuelta á la casa paterna, intacta como habia salido, tuvo el mismo desastroso fin que su hermano el príncipe de Viana. Casó D. Enrique con otra señora para dar al mundo otro escándalo.

Trece meses y diez y nueve dias iban transcurridos desde la muerte de D. Alvaro de Luna, y el rey, que no habia gozado un solo dia de completa salud, falleció de cuartanas en Valladolid, el 21 de julio de 1454, diciendo momentos ántes á su médico: «*Naciera yo fijo de un menestral, ó fuera fraile en el Abrojo*. Fué depositado en el convento de san Pablo, y descansa en la Cartuja de Miraflóres, fundacion de su padre. Juntáronse pronto el verdugo y la víctima. D. Juan nos enseñó en sus acciones que el dia que el débil quiere ser fuerte, es inhumano.

La reina, cuya razon empezó ántes á debilitarse alguna vez, perdió enteramente el juicio, y sólo pudo recobrarlo en el momento de morir.

Del primer matrimonio tuvo D. Juan tres hijas; de las que dos murieron en la infancia, y la otra mas tarde sin descendencia; y un hijo, que fué sucesor en la corona. Del segundo, á Doña Isabel y D. Alonso.

Ya hemos juzgado á D. Juan II al mencionar sus hechos. Fué rey débil, y un rey débil no reina: es sólo un instrumento, que cede al impulso que recibe. Vivió en un tiempo de turbulencia y de desórdenes, tuvo cuñados perversos, y un hijo malvado. Examinaremos más adelante su época bajo el aspecto literario, y la encontraremos gloriosa.

El mundo habia hecho una evolucion. Los turcos se habian apoderado de Constantinopla el 29 de mayo de 1453, cinco dias ántes de la muerte de D. Alvaro de Luna. Concluyó la edad media, vino á tierra el imperio de Oriente, y los griegos se esparcieron por Italia, llevando consigo su civilizacion y sus artes. Empezaba un gran período en la historia de la humanidad.

CAPITULO IX.

El rubor enciende nuestro rostro y la pluma nos cae de la mano al llegar al reinado del IV de los Enriques. Debemos empero dedicarle un lugar en nuestra historia para enseñanza de pueblos y reyes; á la manera que en las cartas náuticas se señalan los escollos, para que huyan de ellos los navegantes.

Ya conocimos príncipe de Asturias á D. Enrique, y le vimos hijo perverso, de conducta escandalosa, miserable juguete de un valido; hoy le veremos indigno esposo, padre inhumano, rey degradado, mal hombre. No hay en toda la historia de España nada comparable á este afrentoso reinado; sería necesaria la pluma de Tácito para trazar con rasgos de fuego tal degradacion y tanto oprobio.

Nos consolará, en tarea tan ingrata, ver al lado de este rey indigno la sombra de su hermana, niña á la sazon de tres años, nacida para gloria y consuelo del país; y viendo la abyeccion en que estaba sumida toda España, comprenderemos mejor la gloria que tuvo esta señora, resucitando, ennobleciendo y agrandando la monarquía castellana.

Levantáronse pendones por D. Enrique, y los principales señores y prelados acudieron á Valladolid á jurarle en la forma acostumbrada. Hizo mercedes, perdonó al conde de Treviño, preso en el alcázar de Segovia, y al conde de Alba D. Fernando Álvarez de Toledo.

«Tenia el rey D. Enrique la cabeza grande, »ancha la frente, los ojos garzos, las narices, »nó por naturaleza, sino por cierto accidente, »romas, el cabello castaño, el color rojo y al»go moreno; todo el aspecto fiero y poco agra»dable; la estatura alta, las piernas largas, las »facciones del rostro no muy feas, los miem»bros fuertes y á propósito para la guerra. Era »aficionado asaz á la caza y á la música; en »el arreglo de su persona templado. Bebia »agua, comia mucho; sus costumbres eran di»solutas, y la vida estragada en todas maneras »de deshonestidad... Faltóle la prudencia y la »maña, bien así para gobernar á sus vasallos

» en paz, como para sosegar los alborotos que
» dentro de su reino se levantaban. Era codi-
» cioso de lo ajeno y pródigo de lo suyo.» Con tan valientes pinceladas nos pinta Mariana á Enrique IV.

Convino á D. Juan Pacheco, gran privado del rey, y por fortuna convino tambien al país, que no se mezclasen en los negocios públicos de Castilla los reyes de Aragon y Navarra. Concertó paces D. Enrique con D. Alonso y con D. Juan, el que vino en ello muy á su pesar, y sólo por complacer á su hermano, á quien temia. Rescatáronse nuevamente por dinero las plazas que aquellos reyes poseian en território castellano, y se afianzó con nuevos pactos la alianza con el monarca frances. El valido, igual á D. Álvaro en la ambicion, aunque nó en valor, ni en dotes de mando, se apoderó de muchos de los despojos del desgraciado condestable, de Escalona y otros castillos, y vivia con precaucion, teniendo presente la suerte de su antecesor. Congraciábase con los señores al mismo tiempo que toleraba que el rey crease otra nobleza, juzgando equivocadamente que sería ménos turbulenta que la antigua.

Gustaba D. Enrique de rodearse de personas de baja esfera, elevándolas á los mayores cargos y honores; y si hubiéramos de creer á

Alonso de Palencia, de villanos, de oficiales mecánicos, de buhoneros y de gente menuda poblaba su palacio, dispensándoles las mayores dignidades, títulos y honores. El tiempo ha echado un velo sobre el orígen de estos potentados; sus sucesores han prestado grandes servicios, y sería poco noble y poco digno recordar aquí su humilde extraccion. Dios hizo el mundo de la nada.

Trató de casarse el rey, y envió á Portugal como negociador á un judío, que era su médico. Concertóse la boda con la hermana del rey lusitano, la infanta Doña Juana, que á pesar de ser sabedora de lo ocurrido con Doña Blanca, no ofreció dificultad alguna. No trajo dote la portuguesa, fué dotada por el rey en cien mil florines y veinte mil de arras, y como hipoteca se la cedieron Olmedo y Ciudad Real. Capitulóse que habia de traer consigo á Doña Beatriz de Noroña, su aya y camarera, y á cuatro principales señoras portuguesas, que debia el rey casar en Castilla.

Miéntras estas cosas se disponian reunió el rey Córtes, y pidió subsidios para hostilizar á los moros de Granada. El rey era débil, pero nó cobarde. En la caza, á que era muy afecto, hubiera podido adquirir la fuerza y la energía de hombre; mas los placeres que habian debi-

litado su cuerpo, tenian enervado su espíritu.

Ocurrió la muerte de Nicolao V, siendo elevado á la silla pontificia en 8 de abril de 1455 D. Alfonso de Borja, que tomó el nombre de Calixto III. Era valenciano, de Játiva; vivieron sus padres en una masía llamada la Torre de Canales, á que este pontífice apellida solar antiquísimo de su familia. Procedia del noble linaje de los conquistadores de aquella ciudad, gente escojida por su sangre y valor. Estudió en la capital de su país, se graduó en Lérida, obtuvo las principales dignidades, fué obispo de Valencia, cardenal de los Cuatro Santos Coronados, y notable por su talento, por su doctrina, por su virtud, por su grandeza de ánimo. Cúlpanle de haber elevado á sus parientes á los principales cargos eclesiásticos, en lo que ni fué el primero, ni el último [1]. Cuando Alfonso de Borja era niño, san Vicente Ferrer le profetizó que llegaria á ser Pontífice. Elevado á esta dignidad, canonizó á san Vicente el 29 de junio del mismo año, «al cual quiso pagar aquel aviso con ponelle en el número de los santos,» como escribió Mariana.

[1] En setiembre de 1456 creó varios cardenales, entre ellos con el título de los Cuatro Santos Coronados, á su sobrino D. Juan Luis de Mila, obispo de Lérida, y con el de san Nicolas *in carcere*, á otro sobrino, Don Rodrigo de Borja. Murió Calixto III en 6 de agosto de 1468, y le sucedió el cardenal Eneas Silvio Piccolomini (Pio II).

En estos desgraciados tiempos, en que los brazos mandaban y la cabeza obedecia, el pobre D. Enrique no tenia voluntad propia, ni iniciativa, ni pensamiento político. Descargaba el peso de los negocios en sus validos; pues ya, en vez de uno, tenia dos, y eran por tanto mayores las exigencias, dobladas las ambiciones. El marques de Villena tuvo que dividir la privanza con su hermano el maestre de Alcántara, que alejado de la corte por rebelde, volvió á la gracia del rey, que recompensó con mercedes su anterior desafuero. Dispusieron ambos que partiese el rey para la guerra. Hizo varias entradas en territorio de moros, se batió con valor, y una vez estuvo expuesto; pues una saeta llegó á dar en el estribo de su caballo.

Eran estas entradas frecuentes, algunas veces penosas; pero sin resultados definitivos. Moria nuestra gente poco á poco: sobraba el valor personal, faltaba la direccion. Era una guerra igual á la de los antiguos bárbaros: talas, incendios, robos; ni se reñia una batalla, ni se ponia cerco á una plaza, ni se debilitaba al enemigo, ni se ensanchaba el territorio [1].

Hacíanse grandes hazañas, y entre ellas con-

[1] El papa Calixto III, para alentar á D. Enrique á mayores empresas, le envió el montante y sombrero que bendijo la noche de Navidad de 1457.

servó la tradicion, y cantaba el pueblo en sus romances, las del alcaide de Antequera Fernando de Narvaez, que con muy poca gente penetró hasta el centro enemigo, y llegó á las márgenes de Guadalmedina. Regresaba con rico botin, gran número de ganados y cantidad de cautivos, cuando le sale al encuentro Aliatar, ilustre guerrero, natural de Málaga. Llevaba el moro inmenso número de soldados, tomó las márgenes del rio, y la suerte de Narvaez tenia que ser funesta. Deciden los suyos matar los ganados, mudar de rumbo y salvarse por las asperezas de la sierra; más Narvaez los alienta, pónese á su cabeza, pasa un vado, aleja á los moros, y rico con su presa entra vencedor en Antequera.

Hiciéronse paces; ofreció el granadino doce mil doblas y restituir seiscientos cautivos.

Todo era desórden en el país. En Valencia, y luego en otras ciudades, bajo inicuo pretexto, atacaron los cristianos el barrio que ocupaban los moros, lo saquearon y quitaron la vida á los indefensos moradores. A cada paso retoñaba esta iniquidad, ya en un pueblo, ya en otro. Era seguro medio de enriquecerse.

Vizcaya ardia en civiles bandos: las familias poderosas de Gamboas y Oñez tenian en armas el país. Peleaban entre sí Gamboinos y

Oñacinos, y fué D. Enrique en persona á ponerlos en paz, demoliendo varias casas fuertes en Tolosa, Vergara, Guetaria y otros puntos, dejando por gobernador y prestamero mayor á D. Juan Hurtado de Mendoza.

Por otro lado, D. Alonso de Fajardo, de familia ilustre y poderosa en Murcia, alióse con el rey de Granada y ocupó á Lorca, Mula y otros pueblos de aquel feraz territorio, y robaba á los cristianos, y se apoderaba de sus ganados y de sus personas, vendiendo una vez en Granada á los moros cien doncellas murcianas. Tropas de D. Enrique vencieron á Fajardo cerca de Molina, tomaron á la fuerza la plaza de Lietor, por concierto la de Alhama, y el rebelde se vió precisado á entregar á Lorca, obteniendo no merecido perdon.

Dos veces trataron los señores insurrectos de apoderarse del rey y tenerle cautivo. Era gefe de una de las banderías el turbulento arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, que tuvo preso poco despues á un pobre clérigo, fraile más tarde de san Francisco, sin sospechar que habia de sucederle en la mitra. Llamábase el capellan D. Francisco Jiménez de Cisneros.

Habíanse los gefes de los insurrectos reunido en Yépes, enviando mensaje al rey y obteniendo que los oyese benigno. Alarmaban el pue-

blo haciendo correr la voz de que un cometa que habia aparecido en el cielo era nuncio y precursor de graves males; fingíanse prodigios que revelaban la destruccion de España: todo para obtener mando y mercedes.

En Córdoba habia ratificado D. Enrique el 24 de mayo de 1455 su matrimonio con la infanta de Portugal. Ofició el arzobispo de Tours, á la sazon embajador de Francia, y se hicieron aparatosas funciones. Ocurrióle á poco al rey la peregrina idea de pasar á Ceuta para divertirse en la caza de leones, montería que no permitieron las kabilas inmediatas á la plaza.

Regresó á Córdoba, partió á Sevilla con su esposa, y fueron ostentosamente recibidos. Hallábase ofendido un caballero sevillano, porque un moro principal, avecindado en aquel punto, le habia robado una hija, fugándose con ella á Granada. Quejóse el agraviado padre al rey; mas este le dijo que le mandaria azotar por no haber tenido más cuidado con su hija: dicho que fué criticado tal vez más de lo que merecia.

Seguian en tanto los disturbios del rey de Navarra con su desgraciado hijo el príncipe de Viana. Educado para el mando, de valor, de entendimiento claro, de erudicion escogida, habia sido este jóven, esperanza de la patria, ju-

rado sucesor al trono de Navarra en vida de su abuelo, para despues de los dias de su madre. Miéntras la ausencia de esta señora en Aragon, gobernó pacíficamente en Navarra, siguiendo los ejemplos de Cárlos el Noble. A la muerte de Doña Blanca tenia el príncipe veintiun años. Habia en el testamento de la reina una cláusula notable, que decia que no entrase á reinar sin el consejo y beneplácito de su padre. Esto, que no podia tener otro objeto más que recordar al hijo el respeto, la consideracion y la deferencia debidos al que le diera el ser, fué el pretexto que sirvió á D. Juan para creerse rey propietario de Navarra, y para excluir del trono al príncipe D. Cárlos. Interpretacion violenta y maliciosa; pues la reina de Navarra, ni mandó eso, ni pudo mandarlo, porque hubiera sido nulo, ilegal y contrario al derecho político de aquel reino. Sometióse el príncipe, siguió gobernando como lugarteniente de su padre, cuyas esperanzas aumentaron viendo súbdito al que debió haber considerado rey.

Si algo de lo mucho que hizo despues lo hiciera ántes, ni el padre hubiera insistido en tan mal camino, ni los señores estuvieran divididos, ni el rey viudo negociaria para sí un partido poderoso, ni habria apellidado traidor á un hijo que nunca le hubiera reconocido rey

de Navarra. Aquel país estaba contento con el gobierno del príncipe, que duró nueve años, y cuando se concertaron paces con el rey de Castilla, se afligió aquel reino viendo que se asociaba al mando la reina Doña-Juana Enríquez, esposa de D. Juan, señora audaz, madrastra inflexible, y que no sabiendo comprender el carácter noble y franco del pueblo navarro, no supo por consiguiente regirlo con dulzura.

Produjo esto gran descontento en el país, é impelido el príncipe por sus parciales, dió el terrible paso de proclamarse rey extemporáneamente, de apoderarse de Olite, Tafalla, Aibar y Pamplona, y de pelear en Aibar contra su padre, siendo derrotado y preso, como dejamos escrito. No justificaremos al príncipe: debió haber acudido á medios pacíficos, á negociaciones diplomáticas, buscando el apoyo de las Córtes y el consejo y amparo de su tio el rey de Aragon y de Nápoles, cabeza de la familia... todo, ménos haber provocado una guerra impía. Debia conocer ademas que su padre era inexorable, que su madrastra le odiaba terriblemente, que no podrian hacer con él paces sólidas, ni reconciliaciones sinceras, y por último, que aun empeñado en tan mal camino, carecia de medios materiales para vencer, y

hasta de práctica de pelear. Cometió un yerro grande, el yerro del entendido, encerrándose en Pamplona. De la parte del príncipe se puso su hermana Doña Blanca, que habia malgastado en Castilla los mejores años de su vida. Ofendióse el rey D. Juan, y trató de excluir á los dos hijos de la sucesion del reino de Navarra, y más tarde de la de Aragon. Hermana de estos dos desgraciados príncipes era Doña Leonor, casada con Gaston de Fox, mujer ambiciosa y sanguinaria, que aspiraba á suceder en el trono de Navarra. Hizo un concierto el rey con los condes de Fox, ofreciéndoles una herencia de que no podia disponer, y obligándose á no reconciliarse jamas con sus hijos, aunque se sometieran á su obediencia.

D. Cárlos fué trasladado de fortaleza en fortaleza, paseando su infortunio del castillo de Tafalla al de Mallen, y desde este al de Monroy. Clamaban los pueblos por la libertad de D. Cárlos. Hubo un congreso en Ágreda. Las Córtes la pidieron, y el rey tuvo que otorgarla á su pesar, con dolosa intencion, sin concertar ninguna estipulacion favorable al hijo, y reclamando la entrega inmediata de varias villas, á lo que el príncipe no accedió. La ántes pacífica Navarra ardia en civiles guerras; D. Gaston entró en el país con numeroso ejército, y rin-

dió á Valtierra, Cadreita y Mélida, y arrasó la fortaleza de Rada, miéntras la madrastra se apoderaba de Aibar.

El rey de Aragon supo en Nápoles la invasion de los franceses en Navarra; tuvo noticia de que el conde de Fox contaba ademas con el auxilio de Cárlos VII de Francia, y no queriendo tener tan malos vecinos, escribió á su hermano D. Juan para que pusiese en sus manos la cuestion con su hijo, sometiéndose á su decision, como este prometia hacerlo por su parte. Le amenazó con que en otro caso, no sólo protegeria abiertamente la causa del príncipe, sino que le privaria á él del gobierno de Aragon, que le tenia encomendado. Viéndose el de Viana sin fuerzas para resistir la invasion, contando sólo con la alianza del rey de Castilla, que no acababa de enviar el socorro prometido, resolvió trasladarse á Nápoles, y verse con su tio Alonso V, que era á la sazon el mas poderoso de los soberanos de Europa. Fué bien recibido y agasajado; pues veia en él D. Alonso, nó al rey de Navarra, sino al futuro monarca de Aragon, al mancebo simpático, al heredero ademas de su aficion á las letras y á los buenos estudios.

Parecia que el rey D. Juan debia mirar con mas consideracion á su hijo, puesto bajo la

égida de su tio; más acosado por los condes de Fox, juntó Córtes en Estella, excluyendo á Don Cárlos y Doña Blanca, y reconociendo sucesora á Doña Leonor, esposa de D. Gaston. Pamplona, que estaba por el de Viana, reunió Córtes á su vez, y en ellas fué reconocido y proclamado rey D. Cárlos, que á la sazon se hallaba en Nápoles. Creyóse que el príncipe habria sugerido esta idea, pero no sólo no fué así, sino que en cuanto lo supo escribió una sentida carta al reino lamentándose de tal conducta; porque « oscurar, ó disminuir el honor paternal, no lo » consienten las leyes, é sólo este acto da funda» mento á todos nuestros rebeldes é malos, é les » habeis dado títulos de pugnar... habeis puesto » á peligro la vida de nuestro condestable, é » de otros que estaban en rehenes por Nos, é » finalmente, habeis provocado contra Nos é » vosotros todos aquellos que en nuestro favor » eran. »

Procuraba D. Juan que el rey D. Enrique se apartase de la alianza de D. Cárlos, y llevaban la negociacion la reina Doña Juana Enríquez y la castellana; mas D. Alonso de Aragon, ofendido de la conducta de su hermano, le intimó por última vez que sometiese á su decision esta querella. Hízolo por fin; cesó la guerra de Navarra, devolviéronse los prisione-

ros, anuláronse los procesos fulminados contra los hijos, y empezó á entreverse alguna esperanza. ¡Cuán poco dura la felicidad de los desgraciados! Desvanecióse al momento este relámpago de ventura. Sorprendió la muerte en junio de 1458 al rey de Aragon D. Alonso, conquistador de Nápoles, pacificador de Italia, prudente, valeroso, protector de las letras, y uno de los primeros reyes del mundo.

Perseguia la desgracia al príncipe de Viana. Su padre, ya rey de Aragon, no reconocia freno que moderase sus ímpetus inhumanos. La corona de Nápoles pasaba á las sienes del hijo natural, de D. Fernando; sólo quedaban para D. Cárlos desesperacion y lágrimas. Trasladóse á Sicilia, y dícese que en uno y otro punto trataron los barones de proclamarle rey, á lo que se negó con entereza. Viéndose sin apoyo, ni protector, quiso aplacar el ánimo irritado de su padre, escribiéndole una carta en que manifestaba su deseo de volver á su obediencia y servicio, cediéndole cuanto le quedaba en Navarra, y pidiendo únicamente que se quitase el mando en dicho reino á Doña Leonor, su hermana, y que fuesen puestos en libertad sus parciales, y que se le devolviesen el principado de Viana y el ducado de Gandía, conservando su padre para mayor seguridad los castillos y

plazas fuertes de aquel pequeño territorio. Vino por fin el padre en la concordia, negando lo relativo al gobierno de Navarra, modificando algunos capítulos, y exigiendo que el príncipe se contentase con percibir las rentas de ambos estados, debiendo siempre vivir desterrado de Navarra y de Sicilia.

Hallábase en Mallorca D. Cárlos; pasó á Barcelona á avistarse con su padre, sin tomar ántes su vénia; quiso permanecer incógnito; pero el pueblo catalan adivinó su llegada, le recibió con alegría, manifestándole las simpatías que causaba su infortunio, y le apellidó inmediato sucesor á la corona de Aragon, lo que excitó el enojo del rey y de su mujer, que querian á toda costa aquel trono para el infante D. Fernando, hijo del segundo matrimonio. Viéronse por fin padre é hijo; pedian los pueblos que fuese jurado sucesor, convocaron al efecto Córtes en Lérida, fué llamado á ellas el príncipe; mas ántes de que llegase las cerró el rey sin hacer la declaracion ofrecida. Todos temian que esta llamada era un lazo. Sabia D. Juan que la corte de Castilla habia ofrecido á D. Cárlos la mano de la infanta Doña Isabel, desigual en edad, pues era treinta años menor que el príncipe. Creyóse burlado el aragones, hizo alianza con los señores descontentos de Castilla, y

concibió la idea de perder á su hijo. Aconsejaban á este sus parciales que no pasase á Lérida, que se fuese á Castilla, ó á Sicilia; y su médico, buen conocedor del carácter perverso del rey, del de la madrastra y de Doña Leonor, dijo al príncipe: «Señor, si sois preso, sed » cierto que sois muerto, porque vuestro padre » no os prenderá sino para haceros matar; y » aunque os hagan la salva, os darán un boca» do, con que os enviarán vuestro camino.»

No bien llegó á Lérida el príncipe, fué reducido á prision. Cundió la voz, moviéronse los ánimos, clamaron por su libertad las Córtes de Aragon reunidas en Fraga; las de Cataluña ofrecieron un servicio de cien mil florines, si se accedia á esta demanda; mas el inexorable rey se negó á todo, encerró al hijo en el castillo de Aitona, y mandó que continuase el proceso empezado, cuyos cargos eran tan maliciosos como increibles. Acusábanle de conato de parricidio, de ser el centro y cabeza de una insurreccion constante en que figuraban todos los malvados de los diferentes reinos que obedecian á su padre; y por último, de ser aliado del rey de Castilla, enemigo de Aragon. Suponíanse probados estos cargos en una carta que el príncipe, segun se decia, escribiera á Don Enrique IV, descubriendo en ella la inicua tra-

ma. Ni tal carta existia, ni era todo mas que una villana calumnia, inventada por la mayor malevolencia. Prendieron á D. Juan de Beaumont, prior de Navarra y partidario del príncipe. Se horrorizó del crímen que se queria achacar á su señor; trató de defenderle; pero fué encerrado en la fortaleza de Azcon, miéntras que D. Cárlos era conducido de castillo en castillo á Zaragoza, Mirabete y Morella.

Los catalanes enviaron una diputacion al rey pidiendo la libertad del hijo. El presidente de esta comision era el arzobispo de Tarragona. Maldijo el rey la hora en que engendró al príncipe, y despachó desabridamente á los enviados. Estos levantaron pendones en Barcelona, y enviaron emisarios al rey diciéndole que no los precipitase á cometer mayores excesos, y que no confiase en las armas de Francia, recordándole que, si algun dia penetraron hasta Gerona, tuvieron que volver pocos, sin rey y sin gloria á su país. Contestó ofendido D. Juan, diciéndoles: «que la ira del rey es mensajera de muerte.» Ya no habia que esperar; alzóse Barcelona, colocáronse las banderas de san Jorge y la real en la Diputacion, cerráronse las puertas, levantando tropa y aprestando veinticuatro galeras. Siguió el movimiento todo el principado al grito de *somaten*: todas las ciu-

dades se armaron, y las fuerzas de Castilla se acercaron á la frontera de Aragon. En Navarra salieron al campo los partidarios del príncipe, y en todas partes no habia más clamor, que pedir la libertad de D. Cárlos, que fuese jurado inmediato sucesor y alejados del monarca los enemigos del desgraciado príncipe.

La insurreccion cundia, el rey quiso en vano resistir, y se vió en el duro aprieto de salir huyendo á pié, de noche y sin tiempo para cenar, trasladándose de Lérida á Fraga. Las distancias se acortaban. Fingió el rey que se ablandaba, nó por miedo á los rebeldes, sino por ruegos de su esposa. Fué esta señora á Morella á sacar de la prision al príncipe, el que escribió á la Diputacion la notable carta en que decia: «Hoy á las tres de la tarde ha venido la »señora reina, la cual me ha dado plena liber»tad; y ambos vamos á esa ciudad, donde per»sonalmente os daremos las debidas gracias.— »Escrita de prisa en Morella el dia 1.° de mar»zo (1461).—El príncipe, que os desea todo »bien.—Cárlos.

Salió efectivamente de su prision, llevando empero en sus venas el tósigo, que no le dejó gozar un dia de salud en los doscientos siete que le quedaron de vida.

Cerca de Barcelona los embajadores de la

Diputacion recibieron la persona del príncipe é intimaron á la reina que no pasara adelante, pues no sería recibida en la capital. Tuvo que detenerse en Villafranca de Panadés, y el príncipe entró en Barcelona, donde el pueblo le recibió ostentosamente, con grande y sincera alegría. Era necesario poner término á las demostraciones hostiles, abriéronse negociaciones, el príncipe sólo pedia ser reconocido sucesor de su padre, y que no mandase en Navarra la condesa de Fox. Los catalanes pidieron ademas que se diese á D. Cárlos el título irrevocable de lugarteniente del reino, y en propiedad los condados de Rosellon y Cerdeña, que no entrase el rey D. Juan en Cataluña, y que no se procediese contra personas de la real familia sin intervencion y conocimiento del principado, ó sea de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Iba la reina de un punto á otro para concertar un arreglo, insistió la ciudad en no admitirla dentro de sus muros. Tarrasa, viendo que se acercaba, tocó las campanas á rebato, y no consintió que esta señora penetrase en la ciudad.

Vino el rey por fin en lo que se le exigia, ménos en lo relativo á Navarra; nombró lugarteniente de Cataluña, irrevocable, al príncipe de Viana, y ofreció no entrar en aquel reino.

Juró el príncipe los fueros, fué aclamado lugarteniente, y empezó á gobernar en paz y justicia. Conocia empero la pérfida alevosía de su padre, que minaba sordamente el país, y hacia propender á favor suyo al rey de Castilla, pues cada dia tomaba aliento en la corte el partido que llamaban aragones, á cuyo frente estaban el almirante Enríquez y el arzobispo de Toledo, Carrillo, que esperaban atraerse al marques de Villena, procurando que el débil D. Enrique abandonase los pueblos que en Navarra tenia ocupados, y que se opusiese á las negociaciones de matrimonio pendientes entre Doña Isabel y el príncipe D. Cárlos. Este por su parte ofrecia al rey de Francia Luis XI, si le ayudaba á conquistar el reino de Navarra, que casaria con una de sus hermanas, y enlazaria á Doña Blanca con Filiberto, duque heredero de Saboya.

Ninguno de estos conciertos, que producian encono recíproco, pudieron proseguir. La muerte, gran resolvedora de dificultades, arrebató al príncipe el 23 de abril de 1461, á los cuarenta años de edad. Sospecharon que era víctima de veneno, hicieron la autopsia, y hallaron podridos los pulmones. Falleció á poco el repostero que habia probado ciertas píldoras de las que fueron dadas al príncipe en More-

lla, y hallaron sus pulmones en la misma disposicion. Corrió la voz, llamaban á D. Juan parricida, y atesoraban ideas de venganza y de rebelion.

Lloraban los pueblos la muerte del desgraciado príncipe, apellidábanle Santo, contábanse curaciones milagrosas implorando su mediacion y visitando su sepulcro. Fanatizóse el pueblo, quiso constituirse en república, trataron los aragoneses de entregarse á Castilla, cuyo débil monarca no supo aprovecharse bien de esta fiebre popular. Buscaron á D. Pedro, infante de Portugal, le aclamaron rey, peleó con valor, pero murió á poco víctima de un veneno. Llamaron á Renato, duque de Anjou, que murió tambien en corto plazo, y por último los catalanes, despues de largas y porfiadas guerras, se entregaron á D. Juan, bajo condiciones favorables.

Tenia el príncipe D. Cárlos defectos de carácter, vacilaciones, inexperiencia política. Fué sin embargo un personaje notable en la historia, y hubiera sido uno de los primeros reyes de su tiempo, noble, benigno, dado á las letras. Entretenia los largos ocios á que sus prisiones le forzaron, en corresponderse epistolarmente con Ausias March y los principales literatos y humanistas de su tiempo. Tradujo la

moral de Aristóteles, escribió la historia de los reyes de Navarra, y compuso muchas trovas, que solia cantar á la vihuela.

De su matrimonio con Doña Ana de Cléves, muerta en 1448, no tuvo sucesion; dejó sin embargo tres hijos naturales, habidos en tres distintas señoras, dos de ellos varones. Quedó legalmente vacante el trono de Navarra por su muerte, y debia corresponder á la infanta Doña Blanca. Su hermana Doña Leonor consiguió que su padre le entregase prisionera á la infeliz señora: la persiguió, la llevó cautiva á Orthez, la hizo morir con veneno en 1464. Tantos crímenes abrieron el camino del trono de Navarra á Doña Leonor, condesa de Fox, y á D. Fernando, hijo de Doña Juana Enríquez, el del trono de Aragon, y más tarde el de Castilla.

Volvamos á este reino en que ocurrian notables acontecimientos, y donde se desprendian uno á uno de la frente de D. Enrique los principales florones de su corona. A la cabeza de los descontentos de Castilla, fatigados con guerras feudales y devorados por la ambicion, hallábase el turbulento arzobispo Carrillo. Tomaron por bandera al tierno infante D. Alonso, á quien querian á toda costa colocar en el trono, deponiendo al imbécil D. Enrique. Deseaban

ademas apoderarse de la crianza del infante, que á la sazon tenia nueve años, y gobernar durante su menor edad lanzando del poder á sus rivales.

Hallábase este ilustre niño en Arévalo, donde alejado de la corte vivia con su hermana Doña Isabel y con la pobre demente viuda de Juan II. Carecian á veces hasta de lo mas necesario; teníalos abandonados el rey. D. Alonso prometia ser aventajado y valiente; y Doña Isabel era una jóven honesta, recogida y virtuosa, sufridora de la desgracia de su madre, entregada á las labores de su sexo. En la soledad y en el infortunio se templan las grandes almas. Apercibióse D. Enrique de lo que pasaba, y mandó trasladar á ambos jóvenes á la corte, donde creció, juguete de intrigantes, D. Alonso, y estuvo expuesta la virtud de Doña Isabel con los ejemplos de la reina.

El rey cazaba en el Pardo, adonde recibió embajadores de Bretaña, y los obsequió con grandes fiestas, resolviendo trasladarse á Madrid (1459). En mitad del camino D. Beltran de la Cueva habia dispuesto que se ejecutase un torneo, é hizo construir un circo con aposentos para los reyes y las principales damas. Dió un espléndido banquete, y á la tarde justaron los caballeros. Recibió el rey grande contento, y para

perpetuar la memoria de este suceso, mandó construir en el mismo sitio un monasterio de Jerónimos, que se llamó Santa María del Paso, y que, por lo mal sano del punto, fué trasladado á Madrid, donde existe la iglesia.

Cuando los descontentos iban adelantando sus planes, sobrevino un accidente que pudo trastornarlos. Publicóse el embarazo de la reina. Vino en silla de manos desde Aranda á Madrid, salió el rey á recibirla, é hicieron solemnes fiestas. D. Enrique llevaba á su esposa á las ancas de su mula. Dió á luz en Madrid en 1462 una infanta, bautizada con gran pompa, que recibió el nombre de Juana. Fueron sus padrinos el conde de Armagnac, embajador frances, y el marques de Villena; y su madrina la Infanta Doña Isabel. La bautizó el arzobispo de Toledo. El rey estaba encantado por haber tenido sucesion, y mandó que Doña Juana fuese, á los dos meses de nacer, jurada heredera de sus reinos. Los primeros que la juraron fueron los infantes D. Alonso y Doña Isabel.

Empezó á cundir entre los descontentos la voz de que, siendo impotente D. Enrique, no podia tener sucesion, y que debia achacarse tal hija á D. Beltran de la Cueva, mayordomo mayor de la reina, duque mas tarde de Alburquerque. Cundió esta maligna voz por el pue-

blo; el arzobispo de Toledo empezó á llamarla Beltraneja, y con tan degradante nombre es conocida hasta el dia esta infeliz señora. Nada valia para deshacer tal infamia saber que la impotencia no estaba legalmente declarada, que en caso de haberla, debia ser únicamente relativa, pues eran conocidas varias damas y mancebas del rey; olvidábase que es tenido por padre en el derecho el marido de la madre, y que el mismo D. Enrique miraba como hija á Doña Juana, dándola su apellido y su trono, y haciendo que los pueblos la reconociesen y jurasen. ¡Gran arma es la del ridículo! La pobre señora, oprimida por tan indecoroso nombre, fué privada del trono que de derecho la correspondia, siendo notable por cierto que el rey D. Fernando, hallándose viudo de la gran reina Doña Isabel, y descontento de su yerno, volviese la vista á la infanta Doña Juana, á la Beltraneja, y se propusiese reinar en Castilla casándose con esta infeliz y resucitando sus derechos, para lo que tenia que tachar de usurpadora á la difunta reina y declararse cómplice de un gran crímen. Tuvo sin embargo la *excelente señora*, que así la llamaban los suyos, el buen sentido de no aceptar la mano del que más la habia denigrado, ofreciendo á Dios su afliccion y sus lágrimas.

D. Enrique habia tenido por manceba y favorita á Doña Guiomar de Castro, dama de la reina, adulada por los magnates y prelados, y entre ellos más que por ningun otro, por el arzobispo de Sevilla. Llegó esta nueva á oidos de la reina. Supo que se iban á celebrar justas en su obsequio, y prohibió á todas sus damas que asistieran. Doña Guiomar no obedeció, y se presentó lujosamente ataviada á ver y ser vista. Esperóla la reina, y en la misma escalera la cogió por el cabello, y quitándose un chapin la dió muchos golpes en la cabeza á presencia de los cortesanos. Ofendióse el rey, sacó á su dama fuera de la corte y continuó en sus amores. D. Enrique, que ocultaba con sus galanteos el defecto que se le atribuia, tomó por dama á Doña Catalina de Sandoval. Supo que la obsequiaba D. Alonso de Córdoba, y le hizo prender y degollar en Medina del Campo, único acto de ferocidad de este rey, que registra la histório en sus memoriales. Nombró á Doña Catalina abadesa de un monasterio, desposeyendo á la que tenia este cargo, burlándose del entredicho puesto por el arzobispo Carrillo, y diciendo, para mayor oprobio, que, si la nombraba abadesa, era para la reformacion de costumbres de aquel convento.

Al concluir las treguas entre Granada y Cas-

tilla, empezaron las hostilidades, y siempre fueron vencidos los moros. Lamentábanse los granadinos de tanta guerra, y achacaban la culpa á los Abencerrajes. Ismael, enojado con estos valerosos caballeros, los llama á la Alhambra, y en el patio de los Leones les manda inhumanamente quitar la vida. Sálvanse algunos, pasan á Málaga, convocan á sus amigos, y se les unen los que defendian á Gibraltar.

Alonso de los Arcos, alcaide de Tarifa, y Rodrigo Ponce se acercan á aquella plaza, la estrechan, y rinden el baluarte, ante cuyos muros perecieron inútilmente tantos valientes en tiempo de Alonso XI (1462).

El odio que todas las clases profesaban al rey estalló en civil guerra. Los descontentos, que deseaban envilecer al miserable monarca, mudaron de plan, y ya no querian que Don Alonso reemplazase á D. Enrique, sino que el infante fuese declarado príncipe de Astúrias, con exclusion de Doña Juana. Proponian ofrecer la mano de esta señora, aun en la infancia, á príncipes portugueses y franceses. El malvado Pacheco, marques de Villena, dispuso un arreglo para degradar y envilecer á su señor; y D. Enrique, que le sacrificaba su reino, no vaciló en sacrificarle su honra. Convínose en que D. Alonso sería reconocido príncipe de As-

túrias, con obligacion de casar con Doña Juana. El golpe estaba dado, la reputacion de la reina habia caido al suelo, la impotencia de D. Enrique era reconocida por él mismo, la hija quedaba exheredada de hecho, y manchada con la mas terrible nota, como concebida en adulterio. Habia vencido el partido de los descontentos. ¡Cuánto oprobio!

Ya vencedores los magnates, entregado el rey por su mismo valido, constante enemigo y conspirador contra su persona, se disgustaban por el plazo que era necesario guardar hasta que se pudiese verificar la boda, y volvieron al primer pensamiento de destronar al rey, á quien despreciaban por su humillacion y su imbecilidad. Podia ser dudosa su impotencia; pero su ignorancia é incapacidad eran por desgracia harto notorias.

Varias veces intentaron los nobles prenderle. Tenian su cuartel general en Alcalá de Henares, y con ellos estaba el de Villena, y deseando apoderarse de D. Alonso y Doña Isabel, llegó su arrojo, en 1464, á romper las puertas del alcázar real de Madrid, y recorrerlo en su busca. D. Enrique guareció á la reina y á los tres infantes en una torre, y se libró encerrado en desconocido lugar. Comprendieron luego que era mejor abusar de la imbecilidad del rey que

emplear la fuerza, y efectivamente lo consiguieron; pues el mismo D. Enrique entregó al infante D. Alonso, para que lo custodiase en Sepúlveda el marques de Villena, que lo puso en manos de los confederados. En el mismo año, diez y nueve magnates y cuatro prelados se reunieron en Búrgos, y escribieron y mandaron al rey una intimacion mencionando, y son sus palabras, «el estirpe fingida por el rey Don »Enrique, á quien queria dar la sucesion de »estos reinos, la maldad de sus costumbres, »el menosprecio de la religion cristiana, el »amor que á los moros tenia, el quebran»tamiento de las leyes, la alteracion de la mo»neda, el no oir á los querellantes, la gene»ral licencia que á los crímenes y pecados »daba, la disolucion de la disciplina militar, »la persecucion de las iglesias, la toma de las »doncellas, la fe que daba á los adivinos» y otros capítulos de acusacion echados á la cara del rey, ni todos ciertos, ni falsos todos.

¡A qué cstado se veria reducido el menguado D. Enrique, cuando en Cigáles firmó un tratado con los revoltosos ofreciendo someter las cuestiones al juicio de árbitros! El rey que se envilece se destrona; el que se pone en la pendiente de las concesiones no espere detenerse hasta el fondo del precipicio. En los mo-

mentos supremos desconfien los reyes de los consejos del miedo. Muchos se salvaron resistiendo, ninguno cediendo cobardemente... y la historia antigua es la historia moderna.

Señalaron los señores el dia 5 de junio de 1465 para la degradacion solemne. Alzaron un tablado cerca del muro de la ciudad de Ávila, y sobre él colocaron en una silla bajo dosel una estatua que dijeron ser la del rey, vestida de negro, con manto, y corona real en la cabeza, el estoque desnudo delante de sí, y el baston, ó cetro, en la derecha mano. Llevaron al infante D. Alonso para que viese en la forma en que estaba el tablado, retirándole despues fuera del recinto. Hallábase entre los traidores el marques de Villena, el valido que despues de esta infamia continuó en la privanza, lo que nos da la medida de D. Enrique; el arzobispo de Toledo Carrillo, el maestre de Alcántara, los condes de Medellin, de Benavente, de Parédes y de Plasencia, Álvar Gómez, Gonzalo Saavedra y otros magnates. Acercáronse á la estatua y leyeron un pliego de acusaciones contra D. Enrique. Culpábanle, segun el cronista Diego Enríquez del Castillo, de cuatro cosas. »Que por la primera merecia perder la digni»dad real; y entónces llegó D. Alonso de »Carrillo, arzobispo de Toledo, e le quitó la

» corona de la cabeza. Que por la segunda me» recia perder la administracion de justicia; é » se llegó D. Álvaro de Zúñiga, conde de Pla» sencia, é le quitó el estoque que tenia delan» te. Por la tercera, que merecia perder la go» bernacion del reino; é así llegó D. Diego » Pimentel, conde de Benavente, é le quitó el » baston que tenia en la mano. Por la cuarta, » que merecia perder el trono é asentamiento » de rey, é así llegó D. Diego López de Zúñi» ga, é derribó la estatua de la silla en que es» taba, diciendo palabras furiosas y desho» nestas.»

Con esta relacion de Enríquez del Castillo conviene sustancialmente Alonso de Palencia, variando en decir que no fué el conde de Benavente, y sí el marqués de Villena D. Juan Pacheco, el que le quito el cetro real de la mano. « El maestre de Alcántara y los condes de Bena» vente y Parédes le quitaron los otros orna» mentos reales, y con los piés le derribaron del » cadalso en tierra, con gran gemido y lloro de » los que lo veian. Luego incontinenti el prínci» pe D. Alonso subió al mismo lugar, donde por » todos los grandes que allí estaban le fué be» sada la mano por rey y señor natural de estos » reinos. E luego sonaron las trompetas e se hi» zo muy grande alegría. Lo cual acaeció juéves

» en 5 dias del mes de junio de 1465 años.»

Desde que hay trono en España no se habia visto tal degradacion: el pueblo lloraba presenciando los funerales de la monarquía. Los mas allegados del rey, los mas favorecidos, los grandes de Castilla cometieron el mas horrible y sacrílego atentado. Y entre estos magnates estaban el valido Pacheco y los Zúñigas, que tanta parte tuvieron en la muerte de D. Álvaro de Luna... Parecia que no quedaban al afrentado rey más que dos medios: ó morirse, ó matar. D. Enríque, sin embargo, falto de pudor, ni tuvo la vergüenza necesaria para morirse, ni valor para hacer rodar en el mismo cadalso las cabezas del arzobispo y de los magnates. Toledos y Cerdas, Mendozas y Velascos eran fieles al rey; fuéronlo tambien el condestable Miguel Lúcas y Don Alonso Monroy... *Suum cuique.*

El marques de Villena envió su mujer á Salamanca, donde se hallaba D. Enrique IV, con mensaje reservado, á decirle que no hiciese caso de lo que habia pasado, puesto que todo fué una farsa ridícula, en la que tomó parte para desorientar á los rebeldes; que continuase en Salamanca y levantase gente, y que de ningun modo partiese á Portugal, como en los primeros momentos habia dispuesto. Deseaba Pacheco ser influyente en una y otra bandería,

conservando el país en contínua agitacion. Inclinábase siempre al lado débil, hasta lograr equilibrar las fuerzas, y como dice Palencia, no queria ver á D. Alonso *ni vencedor, ni vencido*.

Sospechaba Carrillo el doble juego, y salió en busca del privado para interpelarle sobre su conducta y apoderarse de su persona. El astuto cortesano, que sabia la ambicion y codicia del arzobispo, fingióse de repente gravemente enfermo, recibió los últimos sacramentos, y testó dejando á Carrillo por único testamentario y único tutor de sus hijos. ¡Qué mayor cebo para el ambicioso prelado que gobernar tantas villas, tantos castillos, y manejar tantos caudales! Fuése el arzobispo, reconciliado con el magnate, y sin advertir el engaño. Pasó con sus tropas á Peñaflor que se le entregó; y puso sitio á Simáncas, que se defendió valerosamente. Los de la plaza formaron un maniquí, que representaba al arzobispo, lo asomaron al muro, y lo quemaron gritando

Esta es Simáncas, D. Ópas traidor;
esta es Simáncas; y nó Peñaflor.

D. Enrique vino en socorro de esta plaza é hizo levantar el sitio; y con su mujer y su hija permaneció en ella algunos dias. Pasó á Olmedo, donde quince años ántes habia gana-

do su padre importante batalla contra los infantes de Aragon y los señores insurrectos. Hallábanse los confederados dueños de la ciudad, salen á esperar al rey, preséntanle batalla, pelean ambos campos el 23 de agosto de 1467 con iguales fuerzas, mueren trescientos hombres de cada parte y se retiran los contendientes declarándose ambos vencedores. Reuníanse muchos señores al ejército real, descorazonábanse los de la liga; pero el pérfido marques de Villena propuso al rey una tregua por cinco meses. Aceptada, sin hacer caso de las observaciones de sus fieles vasallos, despidió su ejército y quedó desarmado.

Residia la reina de Castilla con su hija la Beltraneja al lado del rey. El marques de Santillana, cansado de ser fiel, consiguió que Don Enrique se las entregase, y las llevó á Buitrago, teniéndolas en rehenes para que no se hiciera ningun concierto contrario á la casa de Mendoza. ¡Cuánta humillacion! D. Enrique vegetaba, y no vivia; enteramente olvidado de los negocios públicos, sin afecto alguno á su madrastra, á sus hermanos, á su esposa y su hija, se arrastraba miserable esclavo ante el perverso valido. Convino á este el maestrazgo de Santiago, que tenia D. Beltran de la Cueva: tuvo el maestre que renunciarlo recibiendo en cambio el duca-

do de Alburquerque. Fingió que iba á conferirse aquella dignidad al infante D. Alonso, y se la apropió Villena. Estaba el infante apoderado de Segovia por defeccion de su obispo D. Juan de Árias, residiendo en el alcázar; y allá fué conducido D. Enrique. Encontrábanse pues en la misma ciudad los dos que se titulaban reyes de Castilla, y encargaron al favorito que se apoderase del tesoro real y lo llevase á Madrid.

El de Villena no temia al rey, temia á los magnates. Sabia que á ellos se debia achacar la muerte de D. Álvaro y, sucesor en la privanza, no quiso sucederle en la desgraciada suerte; para evitarlo poníase al lado de los grandes, los colmaba de mercedes, y les daba albalaes en blanco para que ellos mismos los llenasen con el nombre de las ciudades, villas, ó rentas que deseaban adquirir. Negábanse algunos pueblos á reconocer al nuevo señor, y todo se hallaba en el mas espantoso desórden.

El pueblo, el pobre pueblo, víctima y juguete de ambiciosos, consumia la buena de sus padres en guerras estériles é interminables. Tenian estas parcialidades equilibrado el poder; faltaba en ambos lados superioridad para vencer al enemigo. Podian representarse matemáticamente ambos partidos con el signo ménos. Peleaban en todas las provincias; ardian

los señores en guerras feudales; los dispersos saqueaban los pueblos abiertos, hasta que el instinto de propia conservacion los obligó á levantar gente, y á armarse con el nombre de hermandad para proteger sus campos, su libertad material, sus vidas. En medio de tan espantoso desórden, los foragidos, como dice Lucio Marineo, testigo presencial, «Captivaban »á muchas personas, las cuales sus parientes »rescataban no con ménos dinero que si los »hubiesen captivado moros, ú otras gentes bár»baras.»

Habia muerto la ley; el país se hallaba en estado salvaje: lides sangrientas, convenios violados, sorpresas, defecciones, anarquía... En medio de todo el imbécil D. Enrique conservaba el cetro, protejido por su propia debilidad. ¡Desgraciada España! Entre D. Pedro el Cruel y D. Enrique el Impotente, optamos por el primero... La nacion moria: el rey cazaba.

CAPITULO X.

El infante D. Alonso falleció repentinamente en Cardeñosa á la edad de quince años, en 5 de julio de 1468: príncipe á quien algunos apellidan rey, sin que se alcance con qué derecho, pues no se podrá considerar tal la facciosa aclamacion de Ávila. Sirvió este jóven de pretexto para que en su nombre se destrozase el país. A su muerte, debida segun unos á la peste, segun otros á un tósigo, volvieron los descontentos la vista á la infanta Doña Isabel; mas esta noble señora, que se habia retirado á un monasterio de Ávila, no quiso admitir el título de reina con que la brindaban el arzobispo de Toledo, el valido marques de Villena y los señores, conviniendo tan sólo en que se la jurase inmediata sucesora de D. Enrique.

Tales estaban las ideas de lo justo y de lo recto, que se miró como heroismo el que no usurpase el trono á su hermano y rey. Alabóse el proceder de la infanta, alegróse D. Enrique, y agregándose á esta señora el arzobispo Carrillo y otros magnates, se concertaron vistas para el 19 de setiembre de 1468 en Los Toros de Guisando, donde Doña Isabel fué jurada heredera del reino, dándosela las ciudades de Ávila y Úbeda y las villas de Medina del Campo, Olmedo, Escalona y Molina. Se estipuló asimismo que no pudiera casarse Doña Isabel sin el consentimiento de su hermano, y que la reina con su hija la infanta Doña Juana volverian á Portugal. En todo convino el imbécil monarca, aunque ni la infanta casó á su contentamiento, ni su mujer ni su hija, presas decorosamente en Buitrago, fueron á Portugal.

Nació entónces á la vida pública la infanta Doña Isabel y empezó á demostrar su carácter enérgico y su grande alma. ¡Bueno estaba el trono á que era llamada á suceder! Por de pronto se apaciguó algun tanto el país: el cansancio fatigaba á los malcontentos y simularon tranquilizarse.

Doña Isabel, que como hemos visto, habitó hasta la edad de diez años en Arévalo, luego en la corte y más tarde al lado de su herma-

no D. Alonso, á quien acompañó hasta su fallecimiento, habia sido ofrecida en matrimonio cuando sólo tenia seis años á D. Fernando de Aragon. Estuvo concertada con el príncipe de Viana, luego con el hijo del rey de Francia Cárlos, duque de Berry, y con uno de los dos hermanos de Enrique IV, rey de Inglaterra, de la casa de York, rival y enemiga de la de Lancáster. D. Enrique trató de casarla con el rey de Portugal D. Alonso, y por último con D. Pedro Giron, maestre de Calatrava, hermano de D. Juan Pacheco, marques de Villena. ¡En cuán poco estuvo que no llegase á colmo la union de Aragon y de Castilla! Todo era obstáculos y contradicciones. El mismo D. Fernando llegó á estar concertado de casar con Doña Beatriz Pacheco, hija de Villena.

Deshecho el concierto con el frances y el de York, negándose la infanta á casar con el rey de Portugal, libre del compromiso con el de Viana por la muerte de este príncipe, queria esta señora dar su corazon y su mano á D. Fernando de Aragon para formar con ambos reinos una grande y gloriosa monarquía; pero D. Enrique, sin que nada la valiesen sus protestas, ni sus lágrimas, la obligó á consentir en el casamiento con el maestre. Llamósele á la corte para celebrar la boda, púsose en camino D. Pe-

dro Giron; mas Dios, que lo tenia dispuesto de otro modo, hizo que en Villarrubia de Guadiana muriese el novio de garrotillo, ó esquinencia, á los cuarenta y tres años de edad.

Libre Doña Isabel casi milagrosamente de un enlace aborrecido, comprendió que nò era posible, sin exponerse á un matrimonio desigual é indigno, casar al gusto de su hermano D. Enrique, ó por mejor decir, al capricho del marques de Villena. El Arzobispo de Toledo, muerto su sobrino el maestre, propendia por el aragones: empezaron seriamente los conciertos con D. Juan, su padre, que renunció en el mancebo el título de rey de Sicilia. Habíase obtenido años ántes, segun se dijo, y á prevencion la dispensa pontificia, sin expresar el nombre de la novia, diciendo solamente que era de estirpe real y ligada en impedimento canónico de tercer grado de consanguinidad [1]. Fir-

[1] La bula se dijo dada por el pontífice Pio II en el año 1464, dia 28 de mayo, á solicitud del infante D. Fernando, que expresó: «Quod ipse »ex *consilio et ordinatione* ca»rissimi in Christo filii nostri »Johannis eorumdem regno»rum Regis illustris, patris »sui, nec non quorumdam »magnatum regnorum Hispa»niæ pacis reique publicæ ce»latorum, pro conservanda »amicitia ac sedandis discor»diis quæ dicta regna hacte»nus plurimum concusserunt, »et ex aliis rationabilibus cau»sis, desiderat *cum quadam »muliere, ex stirpe regia ori»ginem ducente*, matrimonia»liter copulari. Sed quia illa »tertio gradu consanguinita»tis est sibi conjuncta, hujus»modi desiderium nequit ad»implere dispensatione apos»tolica desuper non obtenta.» En el mismo documento se dice que no teniendo el in-

maron los capítulos matrimoniales en Zaragoza el rey de Aragon y su hijo D. Fernando el 7 de enero de 1469.

D. Alonso de Portugal volvió á influir y obtuvo del Pontífice Paulo II, en 23 de junio del mismo año, dispensa de su impedimento canónico. El duque de Berry envió por su embajador al cardenal de Arrás, y era preciso llevar la negociacion con D. Fernando con gran tacto y suma reserva. Sospechó D. Enrique, quiso prender á su hermana en Madrid, no pudo, porque partió para Ocaña y de allí á Madrigal, á pretexto de trasladar á Ávila el cadáver de su hermano D. Alonso, enterrado en Arévalo. A Madrigal pasó tambien el cardenal frances á negociar por el duque de Berry; mas no fué bien despachado.

Supo D. Enrique, que se hallaba en Andalucía, la desabrida respuesta, y por consejo del

fante D. Fernando más que catorce años, no podia, hasta trascurridos otros cuatro desde la fecha de esta dispensa, contraer el matrimonio á que se refiere. Mas esta bula, si bien inserta en el acta del matrimonio de D. Fernando y Doña Isabel, tiene todos los caractéres de apócrifa. Que se casaron sin dispensa, lo dijo el cardenal de Arrás en la alocucion que dirigió á Enrique IV pidiendo la mano de Doña Juana para el duque de Berry; lo dijo D. Enrique en el manifiesto que publicó contra Doña Isabel; y lo reconocieron virtualmente el rey de Sicilia y su esposa, pidiendo y obteniendo la dispensa del pontífice Sixto IV. Creemos que la infanta tenia por válida y legítima la que la presentaron el arzobispo de Toledo y el obispo de Segovia Juan de Arias, y que obró de buena fe en esta ocasion.

marques de Villena, mandó que se prendiese á la noble princesa en Madrigal: los del pueblo al punto la ofrecieron vidas y haciendas; pero entibiaron al ver que tropas reales se aproximaban á la villa. La primera defeccion, como siempre sucede, fué de los mas entusiastas, y se vió abandonada hasta de sus mismas damas. La infanta habia avisado al arzobispo, y con número considerable de lanzas llegó á Madrigal. Doña Isabel queria trasladarse á Ávila; pero afligia la peste á aquella ciudad, y la aconsejaron que partiese á Valladolid, donde fué recibida, no sólo con decoro, sinó con ostentacion.

Todo se preparaba con solícito afan. Asustada la infanta de las prodigalidades de su hermano, exigió que D. Fernando, ademas de haberlo prometido en los capítulos matrimoniales, jurase que no haria en Castilla merced alguna «sin el consentimiento, acuerdo é otorgamiento de la dicha princesa Doña Isabel.» Verificóse el juramento en Zaragoza en 1.° de octubre de 1469 [1].

Era necesario que, ni en Aragon, ni en Castilla se trasluciese cosa alguna: la menor imprudencia podia comprometer el éxito. Para

[1] El documento en que se consignó este juramento existe en Simáncas y lo publicó Clemencin.

que en Aragon no se supiera, fingieron que D. Fernando iba á reunirse con su padre; y para que en Castilla no se apercibieran, vistió el príncipe de mercader, y cuidaba por su mano las acémilas que á él y á pocos fieles conducian. El 6 de octubre de 1469, viérnes, partió de Zaragoza, y en aquel dia anduvo veinte leguas; llegó el sábado á Osma, el domingo á Gumiel, donde permaneció un dia, y al siguiente al anochecer entró en Duéñas.

Nunca se habian visto los príncipes; Doña Isabel habia enviado á Alonso de Coca, su capellan, *hombre fiable*, como dice la crónica, para que se enterase del aspecto y moral de D. Fernando, y del duque frances. Resultó de sus informes que el de Aragon era «de gesto y proporcion de persona muy hermosa y de gentil aire; y que el frances era flaco y femenino, y tenia los piernas tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad.»

El 14 de octubre, á las doce de la noche, pasó en secreto el rey de Sicilia á ver á su prometida esposa en compañía de varios magnates. Hallábase turbada Doña Isabel, y no comprendió al pronto cuál de aquellos señores era el príncipe. Gutierre de Cárdenas, maestre sala de la infanta, señalando con el dedo á D. Fer-

nando, la dijo: «ese, ese, ese, ese;» á lo que debió las cuatro S. S. S. S. que figuran en sus armas. «Volvió el dicho rey á Valladolid (copiaremos, para mayor exactitud, el diario manuscrito del Dr. Toledo, médico de Doña Isabel) acom»pañado del conde de Treviño, é del adelan»tado de Cazorla, é de D. Diego de Rójas, é »de D. Sancho de Rójas, é con ellos treinta »de á caballo, é con los señores arzobispo é »almirante é otros que los salieron á rescibir, »miércoles 18 de octubre, casi cuatro horas y »media despues de medio dia; é luego, casi á »las siete despues de medio dia, se desposó »públicamente con la dicha señora, en la casa »de Juan de Vivero [1], en la sala rica, por ma»no del señor arzobispo, do juró estar por la obe»diencia del señor rey de Castilla, é otros mu»chos capítulos que agora aquí no escribo; — »jueves siguiente, que fueron 19 de octubre, »se velaron en la dicha casa é sala, é les dijo »la misa el mismo Pero López que los primero »desposó, é comieron en gran solemnidad. »Fué su padrino el almirante, é madrina Doña »María, su mujer de Juan de Vivero.»

El cielo, compadecido de nuestros males, destinó á estos jóvenes para salvar á la desventu-

[1] En esta casa residió la antigua chancillería, hoy audiencia.

rada España de los horrores de la anarquía. Iba á levantarse tras tanta postracion, gloriosa y fuerte, la patria de Pelayo y de Recaredo, de Alfonso VIII y de san Fernando. Las coronas de dos grandes y poderosos reinos debian pronto colocarse en las sienes de estos príncipes. La humillada España iba á volver á los dioses de su juventud, y á acatar la religion y la monarquía. El reino de las espadas iba á concluir, y debia comenzar pronto el reino de las ideas.

Como era natural, no bien supo D. Enrique lo que habia sucedido, salió de Sevilla, llamado por el de Villena, reunióse con él en Cantillana, y volviendo estúpidamente los ojos al valido, le vió enojado, y se enojó tambien. Habia cuidado Doña Isabel de escribir á D. Enrique, participándole su proyectado enlace dias ántes de verificarlo, bastantes para manifestar respeto, escasos para recibir contestacion. Salió el rey para Castilla, pasando por Extremadura, para atender á los intereses del maestre de Santiago, y favorecer al conde de Plasencia. Llegó á sus manos la carta de la infanta, y se limitó á decir de palabra al mandadero que partia para Segovia, y que allí determinaria lo que mas conviniese. Supieron D. Fernando y Doña Isabel la llegada del rey á esta ciudad, y le en-

viaron mensajeros con cartas de creencia, suplicando que los recibiese como verdaderos hijos y vasallos, y que aprobando lo hecho les permitiese pasar á hacerle reverencia. El rey se limitó á contestar que el asunto era grave, que tenia que consultarlo, y que responderia.

Agitábase en tanto un tratado de matrimonio entre Doña Juana la Beltraneja y el duque de Berry y de Guiena, antiguo pretendiente de la mano de Isabel. Favorecia este enlace el marques de Villena, lo que bastaba para que el bueno de D. Enrique lo aprobase. Traspiró la negociacion, y escribieron de nuevo los infantes una sentida carta, en últimos de febrero de 1470, ó primeros de marzo, en que recordaban al rey los males y perturbaciones que iban á seguirse en Castilla, y el solemne juramento de Guisando. Le proponian que se les oyese en justicia, nombrándose por árbitros á los prelados de santo Domingo, san Francisco, san Jerónimo y la Cartuja, designando por tercero en caso de discordia al *Buen* conde de Haro D. Pedro Fernández de Velasco, que tenia gran reputacion de honrado y de prudente, y que alejado hacia diez años de los negocios públicos, y entregado á la lectura y á la piedad, muerto para el mundo, vivia para Dios en su villa de Medina de Pomar. No habian explorado el ánimo de

tan noble caballero al designarle para el compromiso, pues cuando más tarde el rey de Aragon le buscó para que protegiese la causa de su hijo, contestó que tenia jurada á la infanta Doña Juana. Concluia la carta con una amenaza, cortés en la frase, dura en el fondo, pues decia: «Porque si esto ansí no se recibiese y »en la justicia de nuestra defensa hiciéremos »aquello que á todos nos es permitido por los »derechos divinos é humanos, seamos sin car»go cuanto á Dios é cuanto al mundo.» Contestó verbalmente el rey que cuando viniesen el maestre, que estaba enfermo en Ocaña, y los demas señores, mandaria darle respuesta.

Otra carta escribieron los infantes al rey en 18 de junio. Se acortaban las distancias: Doña Isabel estaba próxima á ser madre; los embajadores del rey de Francia iban á llegar. Nada contestó D. Enrique, y salió á Medina del Campo á recibir la ostentosa embajada. Representando al rey frances venia el célebre cardenal de Arrás y de Albi, monje benedictino, hábil negociador, hombre cruel y pérfido, á quien se atribuyó más tarde la muerte por medio de veneno del duque de Berry, y la del conde de Armagnac, cosido á puñaladas á su presencia, habiéndole dado seguridades y partido con él la hostia consagrada. Por parte del

novio, y con poderes para casarse en su nombre, vino el conde de Boloña.

El cardenal tomó en la audiencia pública la palabra, y denostó á España á presencia de su rey, que no tuvo corazon para clavar debajo de las armas de Castilla la lengua del audaz embajador. Siguió este calificando atrozmente á la infanta Doña Isabel, apellidando nulo, incestuoso, ilícito y criminal su matrimonio con el rey de Sicilia, empleando las palabras y las formas más acerbas y más inconvenientes. Contestó el rey con agrado, diciendo que juzgaba nulo el matrimonio de la infanta, y se ofreció á revocar el juramento que habia hecho en Guisando, y mandar que se reconociera y jurara por heredera y sucesora de sus reinos á su hija Doña Juana.

Concertadas las condiciones para la boda, partió el rey al valle de Lozoya, adonde llamó á su mujer y á su hija, que estaban en Buitrago en poder del marques de Santillana. Entrególas el magnate exigiendo en recompensa las villas del Infantado, Valdeolívas, Alcocer y Salmeron. El 26 de octubre de 1470, en el valle referido, entre Buitrago y Lozoya, á la orilla de este rio, en el campo de Santiago, reuniéronse los embajadores y los principales prelados y grandes de Castilla. El rey D. Enrique,

privando á Doña Isabel de cuantos derechos pudo adquirir por el juramento y aclamacion en Los Toros de Guisando, proclamó á su muy amada *hija* Doña Juana, que presente estaba, por heredera y legítima sucesora en sus reinos y señoríos. El cardenal,embajador, para completar la afrenta, hizo jurar en sus manos, y en público, á la reina que Doña Juana era hija del rey, y con la misma solemnidad juró D. Enrique que la habia creido siempre, hija legítima suya.

Despues de esta degradante escena, todos los concurrentes besaron la mano á la Beltraneja, y el cardenal casó á esta señora con el duque de Berry, ó sea con su apoderado el conde de Boloña, y les dió las bendiciones nupciales. Detúvose el rey tres dias en el Paular, y marchó á Segovia. Segun se habia convenido, en el mismo mes de octubre, aunque se ignora el dia, se publicó una cédula real en que se declara nulo el juramento de Los Toros de Guisando, en que se refiere muy al pormenor el prestado en manos del cardenal de Albi, á quien el rey llama *mi muy caro y amado amigo*, diciendo que esto se habia hecho « por mas clarificar la verdad, é confundir, é tapar, é desechar las vanas é malignas voces que contra » ella se han prorumpido y divulgado.» Dis-

pónese en este documento que sea reconocida y jurada por princesa heredera su hija Doña Juana, «é de aquí adelante non entituledes, »nin nombredes, nin llamedes, nin hayades, »nin tengades á la dicha infanta Doña Isabel »por princesa, nin heredera, nin sucesora de »estos dichos mis regnos, é señoríos en manera »alguna, como dicho es.»

El manifiesto del rey, escrito de un modo poco decoroso, copiaba los mismos cargos que habia aducido el cardenal frances, expresando que Doña Isabel habia casado sin consentimiento real; que, como hija de rey, necesitaba al efecto el asentimiento de los grandes y de las villas y ciudades, «lo que no se hizo; mas con diso»luta voluntad, perdida la vergüenza, se ayun»tó con D. Fernando, príncipe de Aragon..... ».......... contentándose con nombre de mu»jer, aunque, más verdaderamente hablan»do, manceba pudiera decirse.» Expresaba el ofendido rey que los dos príncipes estaban ligados con parentesco que necesitaba dispensacion del Papa, «la cual menospreciada, »buscó marido enemigo para perdimiento de »Castilla.»

Miéntras estos graves sucesos ocurrian, hallábanse Doña Isabel y su esposo en Duéñas. Habia dado á luz la infanta en 2 de octubre una

hija, á quien puso su mismo nombre, y no bien convalecida del parto, reunió en Medina del Campo al arzobispo, al almirante y á otros caballeros, que acordaron se publicase otro manifiesto respondiendo al del rey. Hízose así: el largo documento abunda en reticencias acerca del defecto físico del monarca; pero en lo general, sin dejar de ser enérgico, es mesurado y digno. Algunos de los párrafos parecen escritos por la infanta misma: el giro de la frase y el estilo de esta señora, son bien conocidos, y ademas hay un sentimiento de dignidad ofendida, animacion y calor, que revelan la mano de la agraviada princesa. Ignoramos por qué calló durante tantos meses, y no se publicó este importante documento hasta el 1.° de marzo de 1471. Permítasenos trasladar algunos pasajes, que son de un interes permanente en la historia de este reinado.

Laméntase Doña Isabel de lo que se dice «en la carta patente que el dicho señor rey » mi hermano ha mandado publicar por estos » reinos mirando muy mal por mi honra.» Excusase de no haber cumplido lo que juró en Guisando y recuerda las clausulas « que á mí fue» ron juradas y cómo todas aquellas me fueron » quebrantadas; por manera que yo no era obli» gada á guardar nada de lo prometido, si ago-

» ra no hay algunas leyes nuevas que apremien » á que se guarde la fe á los quebrantadores de » ella.» Duélese de haber sido exheredada por su hermano, « declarándolo asi de su poderío » real absoluto, como por manera de sentencia » dada sin oir la parte, y ordenada por el carde- » nal de Albi, muy odioso é sospechoso para mí, » lo cual se muestra bien en ser tan injusta la » declaracion y tan deshonesta la forma de ella.» Revela « que, si bien los mas de los grandes ju- » raron en Madrid á la dicha fija de la reina, » ficieron primero sus protestaciones ante es- » cribanos apostólicos y reales, » alegando violencia; y despues de manifestar que habia recaido en ella el derecho del *rey* Don Alonso, su hermano, y de esplicar su conducta en tan grave ocasion, indica el motivo que hubo en Guisando para excluir á Doña Juana y desterrar á su madre.

«Item, dice, por cuanto al dicho señor rey é » á todos estos regnos era público y manifies- » to que la reina Doña Johana, mujer del dicho » señor rey mi hermano, no habia usado limpia- » mente de su persona, como cumplia á la honra » de su merced; y asi mesmo que su señoría era » informado que non fué, ni era legitimamente ca- » sado con ella, que por descargo de su conscien- » cia y por el bien comun de estos dichos reg-

» nos complia que fuese fecho divorcio é apar» tamiento y que la dicha reina se hobiese de » ir y se fuese desterrada de estos dichos reg» nos, y que su fija fuese recobrada y puesta en » poder de persona que fuese á el y á mi fia» ble.» Que en Guisando dijo el rey al legado pontificio allí presente « que confesaba é decla» raba que no era su fija (Doña Juana) nin por » tal la tenia, y que la legítima heredera é suce» sora en estos regnos para despues de sus dias » era yo.» Que absolvió el legado del juramento á todos los presentes y ausentes siendo despues reconocida y jurada Doña Isabel «sin in» tervenir las penas, premios y dádivas que » agora intervinieron.»

Habla despues del mal comportamiento de su hermano, las veces que quiso prenderla, y acerca de su boda con D. Fernando nos dice: « que habia enviado con mis mensajeros secretos » á todos los más de los perlados y grandes de » estos reinos á les notificar cuatro casamientos » que á la sazon habia de reyes y príncipes cris» tianos, encargándoles las consciencias que me » aconsejasen cuál de aquellos en sus cons» ciencias les parecia ser más conveniente para » el bien comun de estos regnos y para la hon» ra mia; la mayor parte de los cuales me res» pondieron que determinadamente me conse-

»jaban que yo debia casar con el príncipe mi
» señor, por ser tan natural de estos regnos que,
» si Dios de mí dipusiese alguna cosa, á él de
« derecho pertenecia la sucesion de ellos, y por
» ser su edad conforme á la mia, y por que los
» regnos que él esperaba heredar eran tan comar-
» caños y gratos á estos, y por otras muchas razo-
» nes.» Manifestaba que no pudo casarse con el de Berry «por ser la nacion francesa tan
» odiosa como siempre fué y es á nuestra na-
» cion castellana, lo cual parece por las antiguas
» escrituras.» Habla de la batalla de Roncesválles y dice: «mas agora, por pecados de los reg-
» nos hay muchos Bernardos del Carpio para ro-
» bar, y pocos para defender la libertad antigua
» de Castilla.»

Este notabilísimo y poco disfrutado documento manifiesta el patriotismo más puro, el carácter español más enérgico, y el noble espíritu de independencia que corria por las venas de la infanta. Es lástima que la agresion de Don Enrique fuera tan allá, es lástima que Doña Isabel para su defensa hubiese tenido que descender á tanto pormenor; mas nos revela á cada paso que su grande alma habia sido forjada en robusto yunque. No vemos en el manifiesto la ampulosa elocuencia del causídico, ni la mano de hombres nacidos en humilde li-

naje, adoradores de sí mismos, siempre soberbios, nunca dignos.

Continuaba esta aflijida y noble señora rebatiendo las calumnias que el rey su hermano habia propalado inicua é imprudentemente. No quedó so el poder de su hermano, «salvo de mi madre » la reina, de cuyos brazos inhumana y forzosa» mente fuimos arrancados el señor *rey* D. Alon» so mi hermano y yo, que á la sazon éramos ni» ños, é así fuimos llevados á poder de la reina » Doña Johana, que esto procuró, porque ya es» taba preñada ; y como aquella que sabia la ver» dad proveia para lo venidero..... Al tiempo » que dicho señor rey D. Alonso mi hermano » entró en la ciudad de Segovia contra voluntad » de dicha la reina, yo me quedé en mi palacio » para salir de su deshonesta guarda para mi » honra y peligrosa para mi vida.»

« Cuanto á lo que toca por la dicha letra muy » deshonestamente, diciendo que yo, pospuesta » la vergüenza virginal, fice el dicho casamiento; » pues que su señoría usando de la ley frater» nal habia de cobrir cualquier mengua que en » mí oviese, siendo mal aconsejado, me quiere » amenguar por sus cartas sin haber causa para » ello ; y pues por la gracia de Dios, que fué pa» ra mí mejor guarda que la que yo en él tenia, » nin en la reina, pues he de mí dado tan buena

» cuenta como convenia á mi real sangre, yo po» dia sin duda tener licencia para responder por » mi honra y fama; y esta clarificando, escurecer » la suya; pero por la mayoría de edad que su » merced sobre mí tiene, y porque de su men» gua á mí cabria muy gran parte y aun porque » esta materia á las nobles mujeres es vergon» zosa y aborrecible, pasaré por ella, que las » obras de cada uno han dado y darán testimo» nio de nosotros ante Dios y ante el mundo. »

» Cuanto á lo que su merced dice por la di» cha letra, que yo me casé sin dispensacion, á » esto non conviene larga respuesta, pues su se» ñoría non es juez de este caso; y yo tengo » bien saneada mi conciencia, segun podrá pare» cer por bulas y escrituras auténticas dónde y » cómo necesario fuere. »

Por último (que no por ser muy interesante dejará esta relacion de ser enojosa al lector), contestando á lo que dice el rey sobre el juramento que la reina prestó en manos del cardenal de Albi, continua: « No me maravillaré de » lo que la reina juró; pues no sufre razon na» tural que otra cosa debiese jurar siendo el ju» ramento tanto en favor suyo y de su hija; mas » ya vos vedes si sufre ningun derecho divino » y humano que por tal testigo yo deba ser » condenada, por muchas y claras razones que

»se callan por mi honestidad, y porque no se »pueden aclarar sin ofensa de dicho señor rey: »en este artículo no digo mas.»

Y despues de contestar á otros cargos ménos importantes, y de decir á los pueblos que viesen quien debia suceder en el reino, concluye con estas enérgicas y notables palabras: «Ca »grande infamia y vituperio es y será para los »tiempos advenideros y de la antigua nobleza »y comunidad castellana, que os den cobre por »oro, y hierro por plata, y agena heredera por »legítima sucesora, y con tanta paciencia lo so- »frais como lo habeis sofrido y sofrís; lo cual, »si así continuais y de ello resultaren quemas »y robos y muertes, Dios Nuestro Señor lo de- »mandará á los causadores y á vosotros, como »consentidores de tan gran mal; y el príncipe »mi señor y yo, y los que nos siguen y segui- »rán, seremos sin cargo, pues nos habemos so- »metido y sometemos á toda razon y justicia, »como á todos es notorio y manifiesto.»

¡A tal extremo habian llegado las cosas! Muy infeliz era la situacion en que semejantes escenas se representaban. Puesto en litigio el trono, suscitadas cuestiones de estado en la familia reinante, descorrida la cortina del tálamo real, ¡qué dignidad ni qué decoro podria tener el monarca!

La ocasion no podia ser más favorable para los magnates. Unos continuaban siendo fieles al rey que daba; otros, saciados ya, se pasaban á la bandería de la infanta, adorando al sol futuro. España ardia en civiles guerras: estábamos en un período esencialmente feudal. Empero las divisiones intestinas, las guerras de unos señores con otros reconocian como pretexto, nó como causa, la sucesion al trono; los verdaderos fundamentos eran la ambicion, los odios de familia, las venganzas.

Córdoba y Écija se declararon por Doña Juana; Úbeda, Jerez y Sevilla por Doña Isabel. El país estaba revuelto: combatian entre sí en Tordesíllas Alderetes y Cepedas; Ayalas y Silvas, en Toledo; Mercados y Bullones, en Medina del Campo; Mujicas y Avendaños en Vizcaya; Ponces y Quiñones en Sevilla: talas, robos, incendios, muertes horribles y espantosa anarquía. Pueblo sin cabeza; mónstruo sin freno. Quedaban impunes los mas desaforados criminales. En Pamplona, al tiempo que se celebraban Córtes, el condestable Peralta mató de una lanzada al obispo D. Nicolas de Chavarri. En Extremadura el valiente Alonso de Monroy se apoderaba de las villas y ciudades del Maestrazgo de Alcántara. En Jaen el condestable Miguel Lúcas, primer caballero de su linaje, pero uno

de los más valientes y entendidos capitanes de su tiempo, sin embargo de ser de los pocos fieles á D. Enrique, se creyó ligado con el juramento que habia hecho á Doña Isabel, y se negó abiertamente á jurar á Doña Juana.

Todo era espantosa anarquía. Callaban los tímidos, agitábanse los turbulentos; los pocos que gritaban hacian ruido; los ménos, como siempre sucede, avasallaban á los más.

En medio de este desconcierto empezaron los pueblos bajo inicuos pretextos á robar y á matar á los cristianos nuevos. Díjose en Córdoba que uno de ellos desde una ventana habia arrojado agua sobre el palio que cubria en una procesion al Santísimo Sacramento. Agravióse el pueblo, y miéntras los fanáticos mataban á los indefensos, los instigadores se apoderaban de sus riquezas. Los señores favorecian bajo mano estos atropellos, y so pretexto de poner paz, entraban con fuerza armada y se apoderaban de ciudades y fortalezas. En Segovia el maestre de Villena, para apoderarse del alcázar, dispuso que Diego de Tapia hiciese tocar la campana de san Pedro y recorriese con su gente la ciudad al grito de mueran los conversos. Por fortuna suya lo supieron á tiempo y ayudados por Cabrera salieron á pelear, mataron á Tapia y quedaron vencedores. En Jaen no

habian de ser ménos: habia un hombre probo, el condestable, y sofocó pronto la insurreccion. Creyéndola sofocada entró á oir misa en la catedral: rehácense los insurrectos, entran en la iglesia, matan al condestable y degüellan á los conversos. Murió el condestable Miguel Lúcas víctima del honor y de la disciplina. ¡Buen caballero!

La infanta se dolia de estado tan angustioso; pudo fomentar la guerra, pudo animar á sus parciales; mas no queria nada de presente: no atacaba, se defendia. Su hermano era jóven, no habia cumplido cuarenta años, y por un órden regular debia vivir mucho. La infanta no queria fomentar divisiones intestinas, ni tomar á la fuerza un trono legítimamente ocupado. No debia ser impaciente, no lo fué; no habia llegado su dia: su destino era aguardar en actitud noble y digna; y aguardó. La que estaba llamada á enfrenar la nobleza, no debia favorecer sus desmanes; la que debia reinar gloriosamente en Castilla, no debia consentir que se manchasen con sangre de sus súbditos las gradas del trono.

Trató de apaciguar á sus parciales, y de reconciliarse con su hermano; mas esto no era á la verdad muy fácil. El rey armó gente para lanzar á los dos príncipes de su territorio. El

pontífice Paulo II, parcial de D. Enrique, mandó al arzobispo de Toledo que se pusiese de parte del rey y se alejase de la infanta, y dispuso marchase á Roma el obispo de Segovia Juan de Árias, á responder á los cargos sobre falsificacion de la bula; lo que, habiendo muerto pronto el Pontífice, quedó sin efecto; y para complicar mas la situacion, la boda de Doña Juana con el de Berry no tuvo lugar, casando este príncipe con otra señora. La infanta sólo tenia siete años, y no salió de Castilla. Murió el de Berry tres años despues de la escena del valle de Lozoya. Pobre señora, juguete de los vientos.

A medida que era necesaria Doña Juana á las diferentes facciones, para turbar la paz de Castilla, proyectábanse casamientos, y tuvo la desgracia de tener muchos pretendientes y ningun marido. Habia nacidó en 1462, y á los dos años se concertó su matrimonio con el príncipe D. Juan de Portugal, y con el infante de Castilla D. Alonso. A los siete años con Cárlos, duque de Guiena y Berry; á los nueve con D. Fadrique, hijo del rey D. Fernando de Náapoles; á los once años con el infante Don Enrique Fortuna, hijo del infante de Aragon de este nombre; y en el mismo año con Don Alonso, rey de Portugal. A los diez y siete

años, en 1479, se concertó su boda con el príncipe D. Juan de Castilla; y en este año tomó el hábito de monja de santa Clara de Coimbra, donde profesó en 1480. Parecia que con esto debia concluir la miserable historia de esta desgraciada señora. La hicieron sus parciales que siguiese usando el título de reina, sacáronla del claustro, y concertaron casarla con Francisco Febo, rey de Navarra, en 1482, cuando *la monja*, que así era llamada en Castilla, miéntras que en Portugal era conocida por la excelente señora, tenia veinte años. A la muerte de la reina Isabel tenia cuarenta y tres años, y solicitó su mano el rey Católico D. Fernando.

Habia sucedido en el trono pontificio, vacante por muerte de Paulo II, el cardenal Rovere, que tomó el nombre de Sixto IV. A este Pontífice acudieron los infantes D. Fernando y Doña Isabel pidiendo que se les dispensase *in radice* el impedimento de consanguinidad. Nada hablaron de la anterior bula, clara señal de que ya sabian que no era legítima. Convino en ello el Papa, y envió á España con la dispensa al cardenal español, vicario suyo, Rodrigo de Borja, que más tarde Pontífice, con el nombre de Alejandro VI, dió mala cuenta de sí, y escandalizó á la cristiandad.

Traia el legado ademas la mision de reclamar subsidios para la guerra contra el turco, y de pacificar los disturbios y de propender por la infanta. Habló en sentido conciliatorio con D. Enrique. Deseaban la reconciliacion D. Andres Cabrera, que tenia el alcázar por el rey, y Doña Beatriz Bobadilla, su esposa, dama que fuera de Doña Isabel. Hablaron al rey, le hicieron ver los agravios que contra su persona y su dignidad cometió el de Villena, poniéndole de manifiesto las veces que levantó su pendon contra el estandarte real, la terrible escena de Avila, la ambicion inagotable del valido, el estado del reino, el descrédito en que por culpa del magnate se hallaba su persona. Oyóles el rey uno y otro dia sin contradecirles. Habláronle de la infanta Doña Isabel, de su fidelidad sin límites, del amor que le profesaba, de lo grata que era al pueblo, de lo terrible que sería una guerra civil, y de la necesidad de una reconciliacion sincera entre ambos príncipes.

El rey, ni se oponia, ni aprobaba, ni desechaba este pensamiento, incierto, tímido, irresoluto, perplejo. Doña Beatriz de Bobadilla, tierna y constante amiga de Doña Isabel, partió de Segovia, sola, disfrazada de aldeana, cabalgando en una burra. Llegó á Aranda, y ofreció en

nombre de su esposo asilo seguro á la infanta en el alcázar de aquella ciudad. Consultado el caso con el arzobispo de Toledo y el cardenal Mendoza, partió Doña Isabel de incognito, llegó á Segovia y entró por un postigo en el alcázar. Era el 27 de diciembre de 1473. Hallábase el rey cazando en Balsain, y Cabrera y el conde de Benavente le fueron á buscar. El de Villena, no bien lo supo, montó á caballo y partió á toda brida. Convencieron al rey de que debia visitar á su hermana: fué en efecto; bajó Doña Isabel al patio: se abrazaron tiernamente, y encerrados en un cuarto estuvieron hablando dos horas seguidas.

Parecia el rey muy contento; propendia á declarar legítima sucesora á Doña Isabel, y llegó á ofrecerlo así; mas el astuto Villena, que al pronto huyó creyéndose perdido, y se refugió en Aillon, viendo la debilidad del rey, influyó presto en su ánimo y logró evitarlo. Contribuyó no poco á que se malograse tan importante propósito la conducta del arzobispo Carrillo, que se apartó de la causa de Doña Isabel, cuyo protector habia sido. El obispo de Sigüenza González de Mendoza, cardenal de España, causaba celos al impetuoso Carrillo, que temia que la infanta le diese más benévola acogida, menguando su influencia.

El rey al siguiente dia volvió á ver á su hermana, cenó con ella y dispuso que á la mañana inmediata saliese esta señora en público á recorrer la ciudad. Montaba la infanta un palafren, que llevaba del diestro el rey: rodeaban los señores de la corte á los príncipes; y el pueblo entusiasmado, mirando esta escena como la sincera reconciliacion de la real familia y la aurora de la felicidad pública, aplaudia y victoreaba.

Habia regresado el infante de Aragon del viaje que hizo para protejer y auxiliar al rey su padre contra los franceses que le hostilizaban en el Pirineo. Avisóle Doña Isabel que viniese á Segovia. Llegó por fin, vióse con Don Enrique, que le acogió benévolo; y al siguiente dia acompañó en público el rey á ambos infantes desde el alcázar á la catedral, donde oyeron misa. De regreso comieron juntos y pasaron el dia en festejos y regocijos que tenia dispuestos Cabrera.

A poco siéntese enfermo el rey, y es trasladado á su palacio; los infantes, viendo que se agravaba, mandan que se hagan públicas rogativas, y que en los templos se implore la salud y vida del monarca. La malignidad con su lengua envenenada decia que en el banquete se le habia propinado veneno: por

fortuna la enfermedad cedió, y calmaron tan malignas sospechas.

Aprovechóse sin embargo el de Villena de esta circunstancia, reunio á sus parientes y amigos, escribió al rey y le propuso que con su gente se apoderase de las torres de las iglesias y de los homenages de las casas fuertes, miéntras él con número considerable de soldados entraria en el alcázar y prenderia á Don Fernando y Doña Isabel. Sabedor el príncipe de esto, y de que trataban de prender á su hija, la tierna niña, pasa á Turuégano, se reune á la infantita en Sepúlveda y la conduce á Ávila, continuando en el alcázar Doña Isabel.

Hallábase al frente de Trujillo el marques de Villena. El rey le habia dado esta ciudad, que se negaba á tenerle por señor, como ántes se resistió á reconocer al conde de Plasencia, á quien primeramente fuera ortorgada. Adolecia el maestre durante el sitio de un mal que le privó primero del uso de la lengua y luego de la vida, el 4 de octubre de 1474. Yace en el convento del Parral de Segovia. Falso, astuto, desleal, ambicioso, mal caballero.

Pretendió el hijo el maestrazgo de Santiago: dióselo el rey, y envió á Roma por las bulas. Los comendadores eligieron en Castilla al conde de Parédes, y en Leon á D. Alonso de Cárde-

nas. El conde de Osorno, hermano del de Parédes, prendió al nuevo marques de Villena y lo trasladó á la fortaleza de Fuentidueña. Sintiólo mucho el rey, fué en persona con su tropa, y el cardenal Mendoza y el condestable arreglaron este negocio.

Parecia que la vida del rey D. Enrique estaba ligada á la de su valido: empezó á adolecer y, á los cuarenta y nueve dias de morir el maestre, sucumbió en Madrid el 12 de diciembre. No sabemos cómo no se dijo en aquella edad que le habia dado hechizos su favorito, cuando con ménos motivo cundian entre el vulgo hablillas semejantes. Degeneró su enfermedad, que era de estómago y vientre, en un fuerte dolor de costado. Los médicos manifestaron el peligro; y se lo advirtieron al rey el cardenal Mendoza, el conde de Benavente y el marques de Villena. Pide D. Enrique que llamen á Fr. Pedro Mazuelo, prior de san Jerónimo, con quien se confesó muy detenidamente. Dícese que el prior le preguntó si tenia hecho testamento, y contestó que sí, ante su secretario Juan de Oviedo, dejando por heredera á Doña Juana, y por testamentarios al cardenal Mendoza, á los condes de Benavente, Villena y Plasencia, manifestando que queria ser sepultado en Guadalupe, donde yace en la iglesia de Jerónimos,

en suntuoso monumento al lado del Evangelio, en la capilla mayor.

La comun opinion, sin embargo, y la nuestra, es que murió intestado. Si hubiera sido de otro modo, si en su testamento hubiese llamado á la sucesion á la infanta Doña Juana, ¿cómo en sus manifiestos posteriores lo hubiera callado esta señora, que alega razones de menor importancia?

Pobre rey, juguete de perversos, débil hasta la imbecilidad; tímido ante sus privados, como una gacela. No reinó, reinaron en su nombre. Su favorito, el malvado Villena, le degradó, le envileció, y conspiraba todos los dias contra su persona y dignidad. ¡Pobre rey! ¿Por qué, si Doña Juana era su hija, la envileció quitándola la corona? ¿Por qué, si no lo era, la hizo reconocer y jurar? Por qué, si tuvo sospechas de la fidelidad de su esposa, no tomó sérias medidas para alejarla de su lado? y si no las tuvo ¿cómo consintió que se la manchase imputándola asqueroso adulterio? ¿Quién le autorizó para presentar ante la sociedad entera los secretos del tálamo real?...

El mundo por todas partes era malo, corrompido; los reyes débiles viven sin dignidad y mueren sin honra. No hubo, ni habrá, en Castilla más rey del nombre de Enrique.

Malo era el estado social de España en el período que medió desde la muerte de D. Pedro hasta la de D. Enrique IV. El clero sin costumbres, sin instruccion; turbulento y querellador. D. Pedro Tenorio y D. Alonso Carrillo, grandes revolvedores del reino; el arzobispo Fonseca, intrigante, patrocinador de Doña Guiomar de Mendoza, y hombre que en sus festines obsequiaba á las damas de la corte brindándolas en ricas bandejas anillos, arracadas y brillantes; D. Rodrigo de Luna, arzobispo de Santiago, de costumbres disolutas.

Faltaba la celebracion constante de concilios. El funesto cisma contribuyó no poco á este desarreglo; participaba el clero de la general perversion, del lujo y de la holgura de costumbres. Tuvimos en este período un Pontífice español, Calixto III, y dos antipapas, Luna y Gil Muñoz. No faltaron sin embargo ilustres y gloriosos santos: San Vicente Ferrer, de quien tanto hemos escrito, San Diego, muerto en Alçalá de Henáres, en 12 de noviembre de 1463, natural de San Nicolas del Puerto, humilde lego de san Francisco; san Pedro Regalado y otros varios que figuran en la historia eclesiástica de España.

Las Córtes decayeron notablemente en este tiempo, y perdieron su prestigio autorizando

al rey á que cobrase el subsidio sin estar votado, consintiendo que el tesoro real pagase los salarios de los procuradores, y contentándose con que viniesen pocos en número y que los designase nominalmente el rey.

Las Córtes más célebres del último reinado fueron las de Santa María de Nieva en 1473. Anuláronse en ellas todas las cofradías erigidas bajo el colorido de piedad, y que tenian objeto político, mandando que no se creasen de nuevo sin licencia del rey y del ordinario. Expusieron el estado en que se hallaba el país por su loca prodigalidad, y D. Enrique derogó todas las gracias y mercedes que habia hecho en los últimos años. ¡Diez años de desórden!

Como era consiguiente, no tuvo efecto esta disposicion: los magnates no lo consintieron; el clamor de las Córtes y el decreto real fueron menospreciados; y continuó el abuso, porque los señores, oprimidos por D. Pedro, acariciados por D. Enrique, respetados por Juan I, contenidos por Enrique el Doliente, orgullosos en tiempo de Juan II, reinaron despóticos en la época de Enrique IV. Se replegaban ante monarcas fuertes, se crecian ante los débiles. No eran un poder legítimo del Estado, como debieron ser: eran una fuerza facciosa é ilegal; no

utilizaron su prepotencia en las Córtes: dejaron este campo á los simples ciudadanos, y en vez de discutir, peleaban entre si y contra los reyes, y turbaban la paz y el sosiego públicos. Era espantoso el lujo: los hombres, aún los ancianos, usaban afeites y adornos, y como dice un escritor de aquel tiempo, «los blancos cabellos por encubrir, de negro se facen teñir; é almásticos dientes, mas blancos que fuertes, con engañosa mano engerir.»

No peleando contra los moros, agitados tambien en civiles discordias, gastaban el tiempo en la caza, en las justas y los torneos. Ya dijimos algo del paso que entre Madrid y el Pardo sostuvo D. Beltran de la Cueva. El mas notable fué el que durante un mes, desde el 10 de julio al 9 de agosto de 1434, quince dias ántes de la festividad del apóstol Santiago y quince dias despues, defendió D. Suero de Quiñónes, caballero leonés, junto al puente del Orbigo. Tenia á la sazon Quiñónes veinticinco años, habia ofrecido á su dama llevar al cuello todos los juéves una argolla de fierro en señal de vasallaje, y no quitársela hasta que él y otros caballeros suyos hubiesen quebrado trescientas lanzas.

Obtuvo D. Suero licencia del rey: enviáronse heraldos, convocando á caballeros de España

y del extranjero. Publicáronse las condiciones, siendo una que las señoras que pasasen por el puente y no llevasen caballero debian perder el guante de la mano derecha. «Se fizo un faraute de mármol, obra de Nicolao frances, »maestro de la obras de Santa María de Regla »de Leon; é le asentaron sobre un mármol, »bien aderezado de vestidos é de sombrero, »puesta la mano siniestra en el costado, é tendida la mano derecha fácia do iba el camino »frances; en la cual estaban unas letras que »decian: Por ahí van al paso.»

«La liza tenia ciento é cuarenta y seis piés »en largo, é en altura fasta una lanza. A cada »punta habia una puerta, é por la una entraban los aventureros.» Ascendieron estos al número de sesenta y ocho; los más, aragoneses, catalanes y valencianos; algun aleman, frances, portugues é italiano. «E llegan las carreras que se corrieron á setecientas é veinte »y siete; mas las lanzas que se rompieron no »son mas de ciento sesenta y seis [1].»

El siglo literario de Juan II es notable. Lo examinaremos más á fondo al considerar el des-

[1] La descripcion del paso honroso, abreviada por fray Juan de Pineda de la que escribió Pedro Rodríguez de Lena, publicada en la crónica de D. Alvaro de Luna, merece leerse. No la ponemos en los apéndices por ser bastante conocida.

arrollo moral é intelectual de España en tiempo de los reyes Católicos, porque va á ser necesario conocer el estado de aquel cielo ántes que amaneciese el dia. Recordaremos sólo entre nuestros poetas al mismo rey, de quien nos quedaron algunos versos de sabor y giro provenzal. En una corte en que el rey era poeta, forzosamente habian de serlo los principales magnates. D. Álvaro de Luna hacia versos, así como D. Enrique de Villena, y el marques de Santillana, y otros ingenios de menor aliento.

Juan de Mena, el Ennio español, nos dejó en su *Laberinto* el primer poema del siglo. Plan artificioso, versificacion robusta, pensamiento enérgico, frase levantada. Culto, elevado, noble en sus ideas, brilla muchas veces, tanto por la ternura del sentimiento, como por lo esmerado de la frase. Garcilaso herido, el conde de Niebla ahogado, Macías atravesado por un dardo, Álvaro de Luna víctima de sus émulos, arrancan de su lira tristes sonidos que atraviesan las más delicadas fibras del alma. Ensalza á los grandes hombres de su tiempo, se lamenta de la quema de los libros de D. Enrique de Villena. Imita al Dante en el plan y en muchos de sus conceptos; es oscuro á veces; su erudicion fatiga; pero quiso dotar á su patria de lenguaje poético, y es uno de nuestros mejores

hablistas. Nació en Córdoba [1], murió en 1526 de una caida de su mula, en el pueblo de Torrelaguna, donde yace. Como muestra del estilo y de la entonacion general de su obra citaremos algunos pasajes.

Hablando de D. Enrique de Villena, nos dice:

CXXVII.

Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
aquel que en Castalio monte resuena,
es D. Enrique, señor de Villena,
honra de España, y del siglo presente.
Oh ínclito sabio, autor muy sciente,
otra y aún otra vegada te lloro,
porque Castilla perdió tal tesóro,
no conocido delante la gente.

CXXVIII.

Perdió los tus libros, sin ser conocidos,
y como en exequias te fueron ya luego,
unos metidos al ávido fuego,
y otros sin órden no bien repartidos.....

En varias ocasiones imita á Virgilio; y si este poeta nos presenta á la madre de Eurialo lamentando la muerte de su hijo, Juan de Mena muestra á la madre de Lorenzo Dávalos, nieto del condestable, doliéndose de la pérdida del suyo.

[1] Que fué su patria Córdoba, nos lo dice en la copla 124.

O flor del saber y caballería,
Córdoba, *madre*, tu hijo perdona,
si en los cantares que agora pregona
no divulgare tu sabiduría.
De sabios, valientes, loarte podría,
que fueron espejo muy maravilloso;
por ser de tí misma seré sospechoso;
dirán que los pinto mejor que debria.

CCXXIV.

Rasga con uñas crueles su cara,
hiere sus pechos con mesura poca,
besando á su hijo la su fria boca,
maldice las manos de quien le matara:
maldice la guerra do se comenzara,
busca con ira crueles querellas.....

CCXXV.

Decia llorando con lengua rabiosa:
ó matador de mi hijo, cruel,
mataras á mí, dejaras á él,
que fuera enemiga non tan porfiosa...

Murió el Clavero de Calatrava Padilla, de una piedra despedida por una honda y el poeta exclama:

Porque maldigo á vós mallorqueses,
vos que las hondas fallastes primero.

D. Íñigo López de Mendoza, marques de Santillana (1398—1458), recorrió todos los géneros de poesía. Escribió la *Serranilla* que ponemos por nota [1] y que le conservará fama imperece-

[1] I.
Moza tan fermosa
non ví en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.
II.
Faciendo la via
de Calatreveño
á santa María,
vencido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera,
do vi la vaquera
de la Finojosa.
III.
En un verde prado
de rosas é flores,
guardando ganado
con otros pastores
la ví tan graciosa,
que apénas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.
IV.
Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas,
nin de tal manera,
fablando sin glosa.
Si ántes sopiera
daquella vaquera
de la Finojosa,
V.
Non tanto mirara
su mucha beldad,
porque me dejara
en mi libertad.
Mas dije «donosa,
(por saber quien era)
¿Dónde es la vaquera!
De la Finojosa.»
VI.
Bien como riendo,
dijo: «Bien vengades,
que ya bien entiendo.
lo que demandades.
Non es deseosa
de amar, nin lo espera,
aquesta vaquera
de la Finojosa.

dera en nuestro Parnaso. Cultivó sin embargo musas mas altas, y tuvo el animoso aliento de traducir á Virgilio. En los ratos de ocio que le dejaban las guerras cortesanas, el turbulento y rico marques, ora imitaba los poetas provenzales, ora los italianos, componiendo sonetos al *itálico modo*, familiarizado con Dante, Petrarca y Bocacio. Cultivaba todos los ramos de letras humanas, porque, como decia, «la sciencia non embota el fierro de la lanzá, nin face floja el espada en la mano del cabàllero.»

Amigo de Santillana era el famoso D. Enrique, señor de Villena, nieto del primero que llevó el título de marques, presidente del consistorio de la *gaya sciencia* en Barcelona, señor de Iñiesta. Este magnate de estirpe régia (1384—1434) nació para las letras, y nó para los negocios públicos, aunque tomó parte en las turbaciones del país. Su abuelo se oponia á que estudiase, criándole para caballero, como dice Fernan Pérez de Guzman; mas en la sed de saber que le aquejaba, cultivó, no sólo la poesía y todo género de letras humanas, sino la filosofía, las matemáticas y la astrología. Escribió el *Arte de trovar*, ó la gaya sciencia; tradujo la *Eneida de Virgilio*, la *Retórica de Ciceron*, la *Divina Comedia* de Dante y, con el título de *Trabajos de Hércules*, escribió un tratado en prosa, que fué

impreso dos veces en el siglo XV, y que obtuvo grande celebridad..... La Biblioteca del Escorial publicó en 1766 una obra de este autor titulada *Arte cisoria, ó tratado del arte del cortar del cuchillo;* libro de indigesta lectura, de erudicion pedantesca, pero muy útil para conocer las costumbres de la época y el lujo que se habia introducido en la mesa.

Cuando murió Villena mandó el rey que fray Lope Barriéntos examinase sus libros. Lleváronse al convento « dos carretas cargadas de li»bros: que diz que son mágicos é de artes non »complideras de leer... E fray Lope, que más »se cura de andar del príncipe que de ser revi»sor de nigromancia, fizo quemar mas de cien »libros que non los vió él más que el rey de »Marruécos, nin más los entiende que el dean »de Ciudad Rodrigo» como dejó escrito el bachiller de Cibdad Real. Cundió por el vulgo la fama de nigromántico, atribuida al bueno de Don Enrique, é inventáronse mil ridículas consejas, como la de la redoma y el pacto con el diablo.

Macías, desgraciado en sus amores y notable por su desgraciada muerte, Villasandino, Baena, Rodríguez del Padron, Jorge Manrique [1], Juan de Padilla, el Cartujano y otros va-

[1] Son admirables las coplas de Jorge Manrique que describen la corte de Juan II.

rios escribieron versos y tomaron parte en la resurreccion del arte poético.

En prosa, Fernan Pérez de Guzman, el bachiller Cibdad Real, donoso y notable escritor, Alfonso de la Torre, Fernando del Pulgar en su *Crónica* y *Claros varones* vigoroso y conciso, nos dejaron grandes modelos y sostuvieron el honor de las letras. Muchos judíos y conversos siguieron el movimiento literario. El rabí Don Santos de Carrion, D. Pablo de Santa María y su hijo D. Alonso de Cartagena, obispos de Búrgos, el segundo, autor del *Doctrinal de caballeros*, Juan Alonso de Baena y el mismo Fr. Alonso de la Espina, que escribió el *Fortalitium fidei* y asistió á D. Álvaro en sus últimos momentos, teniendo gran mérito literario, escribian unos, notables versos, más notable prosa; y otros, publicaban obras de controversia y manifestaban lo fuertes que eran en la fe á que se habian convertido.

Para concluir esta reseña, que con tanto gusto completariamos si la índole de la obra lo

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragon
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan?
¿que fué de tanta invencion
como trujeron?

—

Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras
¿fueron sino devaneos?
¡qué fueron sino verduras
de las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¡Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

—

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañian?
¿qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traian?

consintiese, debemos decir algo del hombre singular llamado en su tiempo *stupor mundi*, de D. Alonso de Madrigal, conocido por el Abulense, ó el Tostado. De profundo estudio, de memoria prodigiosa, de crítica severa, alcanzó pronto en todos los ramos cuanto entónces se sabia, cuanto se podia recordar de los tiempos pasados. Hombre enciclopédico, conocia el griego, el hebreo, los derechos, las ciencias matemáticas, las buenas letras, la teología. Veintisiete volúmenes en folio no bastan para comprender sus escritos. Fué obispo de Ávila; representó dignamente á la Iglesia de España en el concilio de Basilea. Pocos leen hoy sus escritos : las ciencias progresan... no es culpa del Tostado no haber nacido en el sigló XIX. Tampoco dentro de algunos siglos deberá culparse á los modernos por haber nacido tan pronto.

LIBRO SÉTIMO.

CASTILLA.

CAPITULO PRIMERO.

En el nombre de Dios empezamos á narrar los grandes hechos de la Reina Católica y entramos en el período más brillante de la história patria. Estaba escrito que España, despues de ocho siglos, habia de recobrar la unidad que tuvo en tiempo de los godos, y que el agravio de Guadalete se vengaria en Granada. Renació llena de vida la nacion que yacia envuelta en el sudario de muerte, y apareció jóven, valerosa, culta. Cesó la feudalidad; los magnates doblegaron la cerviz; imperó la ley, y lanzados de nuestro territorio los sectarios del

Profeta, ondeó del uno al otro mar el estandarte de la Redencion. ¡Grande época! Fernando é Isabel, Mendoza y Cisnéros, Gonzalo y Colon presentan al mundo una galería de gigantes. Unida la patria, llegó á estar pacífica y próspera en el interior, grande y respetada fuera; y no cabiendo en el orbe antiguo las proezas de los hijos de España, fué necesario que se descubrieran nuevas regiones y se doblara el ámbito del mundo. El reinado de los Reyes Católicos es una epopeya.

Lástima sin embargo que careciese de legitimidad la reina. Desde 1474 á 1480, en que profesó en las Claras de Coimbra Doña Juana, el trono no era suyo. Dígase lo que se quiera, el defecto físico del rey no estaba declarado legalmente. Habia reconocido á Doña Juana, las Córtes la tenian jurada, y excepto el breve período de la escena de Guisando, durante su vida y en la hora de su muerte, siempre D. Enrique la consideró hija suya. Tampoco debe aprobarse la conducta que Doña Isabel siguió con su sobrina, con su ahijada, á quien ella misma habia jurado por heredera á la corona. Ni reconocemos la imprescindible necesidad de usar de la plata de las iglesias para sostener la guerra; ni la de arrancar á los obispos el conocimiento de las causas de

fe, empleando la inquisicion como arma política. En vista de lo glorioso de su reinado se la perdonó todo... mucho queremos á esta reina; debemos sin embargo querer más á la verdad.

Rechazamos con horror la calumnia estampada en el manifiesto de la princesa Doña Juana, en que dice que Doña Isabel mató con veneno á su hermano D. Alonso... ¡Desgraciada época en que tales cosas se creian y podian decirse!

Hallábase Doña Isabel en Segovia al lado de su buena amiga Doña Beatriz de Bobadilla, esposa de D. Andres Cabrera, alcaide del alcázar y guardador del tesoro real, cuando llegó la nueva de la muerte de D. Enrique. D. Fernando estaba en Aragon, aunque haya quien sin fundamento afirme lo contrario [1]. Era preciso no perder tiempo, y el 13 de diciembre, al siguiente dia de morir el rey, requerido por Doña Isabel, dispuso el ayuntamiento de Segovia un tablado en la plaza pública, y fué al alcázar en busca de la noble princesa, que montada en un palafren, y bajo palio que llevaban los regidores, llegó á la plaza, precedida de

[1] D. Fernando salió de Zaragoza el 19 de diciembre y llegó el 30 á Turuégano. No era posible pues que hubiese estado el 13 de diciembre en Segovia.

Gutierre de Cárdenas, que á caballo tambien, llevaba desnudo el estoque real. Subió la reina en medio de las aclamaciones de la multitud al tablado: sentóse en la silla que la estaba destinada, tres gradas mas alta que el pavimento; los heraldos proclamaron por reyes de Castilla y de Leon á D. Fernando y Doña Isabel; tremolaron las banderas; sonaron las músicas marciales, hicieron salva los cañones del alcázar, y entre las aclamaciones y víctores del pueblo entusiasmado fué conducida la reina á la catedral.

Aguardábanla á la puerta el obispo y el clero: lleváronla bajo palio y se entonó con solemnidad el *Te Deum laudamus*. Prosternada ante el altar mayor oró largo rato, y sin duda debió de dar gracias á Dios por sus beneficios, reclamando luz y acierto para gobernar en circunstancias tan difíciles. ¡Cuánto tambien pediria por su España, dividida en civiles discordias, y fatigada por el anterior desgobierno! Fuése luego al alcázar, cuyas llaves puso en sus manos el alcaide. Comió en aquel punto y regaló á Cabrera la copa de oro en que habia bebido, trasladándose á la noche á su palacio.

Al siguiente dia mandó celebrar funerales por su hermano, y confirmó á Segovia sus privilegios. Cundió la nueva; varias ciudades pro-

clamaron á Doña Isabel, y á poco fueron llegando prelados y magnates á prestar obediencia. El cardenal Mendoza, que se hallaba en Madrid á la muerte de D. Enrique, llegó acompañado del marques de Santillana y de todos sus hermanos; vino el arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, que se hallaba en Alcalá de Henáres, y juró sobre los Evangelios y besó la mano á la nueva reina, cuyo más encarnizado enemigo iba á ser luego. Llegaron el almirante de Castilla Enríquez, tio de D. Fernando, como hijo de su abuelo D. Fadrique; el condestable Velasco y los duques de Alba y de Alburquerque, y los condes de Benavente, Haro, Castañeda y Treviño, y Gonzalo Chacon, y Gutierre de Cárdenas, y otros magnates. Marina [1], que en toda reunion de prelados, ó de magnates, veia Córtes, hace que Prescott, que le sigue con más fidelidad que crítica, nos hable de Córtes que no existieron y de la sancion constitucional.

D. Fernando partió de Aragon y llegó ace-

[1] El sabio canónigo asturiano Martinez Marina, académico de la Historia, notable por su Ensayo sobre la antigua legislacion y otros trabajos eruditos, escribió con menguado criterio su *Teoría de las Córtes*, obra apasionada, en que trata de demostrar la filiacion histórica de la Constitucion de Cádiz de 1812. Pasó como obra de circunstancias; hoy no merece fe alguna. Marina queria á esta obra más que á todas las otras que compuso, porque siempre nos apasionamos por el hijo enfermo.

leradamente á Turuégano, donde se detuvo para dar lugar á que en Segovia se le preparase solemne recibimiento. Entró ostentosamente en la ciudad el 2 de enero por la puerta de San Martin; juró conservar sus privilegios. Llevéronle bajo palio, acompañado por el cardenal y el arzobispo y todos los señores que estaban en la córte, y se hicieron notables festejos. El primer cuidado de la reina, despues de confirmar en sus puestos á los principales empleados y oficiales públicos, fué procurar detener el funesto gérmen de guerra civil que empezaba á desarrollarse.

Habian influido pérfidamente en el ánimo del rey D. Fernando astutos cortesanos, manifestándole que á él, como varon más próximo á Don Enrique, correspondia la corona de Castilla; opinion que esforzaba Alonso de la Caballería, uno de los letrados más ilustres de su tiempo. Otros magnates, con mentido celo, influian con la reina para que no dejase menoscabar sus derechos. Todos trataban de envenenar los ánimos y de indisponer á los reyes para medrar en la discordia. Valia mucho ménos D. Fernando que Doña Isabel; dominábale la ambicion, y trató de volverse á su país y de producir escándalo y perturbacion en el reino. La prudente señora hizo ver el derecho que tenia á la

corona á que eran llamadas las hembras en Castilla, y le propuso que se nombrasen árbitros que decidiesen la fórmula que debia usarse, pues cualquiera que ella fuese, siendo D. Fernando señor de su voluntad, sus insinuaciones serian preceptos. Le manifestó que tenian una hija que probablemente heredaria el reino y casaria con rey extranjero, siendo muy conveniente que de antemano quedasen resueltas las dudas que pudieràn sobrevenir, y le propuso que el arreglo de estas cuestiones se pusiese en manos del cardenal y del arzobispo. Determinaron estos señores que ambos reyes gobernasen juntos y usasen un mismo sello y encabezasen ambos los despachos y cédulas reales, precediendo el nombre del rey; mas que este señor no pudiese dar, ni enajenar, cosa alguna de la corona sin expreso consentimiento de su esposa, la que habia de proveer por sí sola las tenencias de castillos y fortalezas.

No fué del agrado del rey; pero cedió á las muestras de cariño y de respeto que le diera la reina, que supo ahogar en la cuna la grave dificultad que se presentaba. Mandaron los reyes que no se volviese á hablar de la materia, y como habia buena voluntad en ambos señores, fuéles fácil, muy fácil en la práctica, gobernar acordes.

Noticiaron al rey de Francia y al de Inglaterra su advenimiento al trono, rogando al primero que les restituyese el Rosellon, que poseia injustamente, á lo que se negó diciendo que enviaria un letrado que les haria comprender su buen derecho.

Otro grave mal se presentaba. El marques de Villena se habia declarado abiertamente por Doña Juana, y no creyéndola segura en el alcázar de Madrid, la trasladó á su castillo de Escalona. Seguian esta parcialidad varios señores, el duque de Arévalo, el maestre de Calatrava, el marques de Cádiz, los condes de Plasencia y de Ureña, anteriormente enemigos de esta señora, entónces sus mas adictos y parciales. Entre ellos se hallaba el arzobispo Carrillo, que agraviado con la reina salió de Segovia el 20 de enero y partió para Alcalá de Henáres. La causa ostensible para este desafuero consistia, segun dijo, en que la reina no le habia dado alojamiento en el palacio, ni habia accedido á quitar á muchos las tenencias y cargos que disfrutaban, dándoselas á él y los suyos; la verdadera fué la envidia de mando y los celos que le inspiraba el cardenal Mendoza, que más entendido, más honrado y más virtuoso, gozaba de valimiento con los reyes. Fué D. Fernando al alojamiento del arzobispo, fue-

ron de órden de ambos monarcas las primeras personas de la corte, le rogaron, le ofrecieron: todo en vano. Pretextó que su mucha edad le obligaba á abandonar los negocios públicos y á vivir para Dios en el retiro y la oracion.

Sabia la reina que Carrillo se habia pasado á la parcialidad de la que él apellidara Beltraneja, que estaba en íntimas relaciones con su pariente Villena, y que el plan trazado era casar á Doña Juana con D. Alonso, que por sus conquistas en África era apellidado el Africano, y con las armas de los señores y de Portugal ocupar toda España.

Grave era la situacion, el país estaba dividido en bandos que se apellidaban *Aragon* y *Portugal*. Los caminos inseguros: tropas de bandoleros invadian los pueblos abiertos; era preciso contener este desbordamiento, y los reyes, despues de castigar á los jefes que pudieron haber á las manos, concedieron indulto y lograron dispersar estas compañías de forajidos, que indudablemente hubieran engrosado el ejército portugues. Los reyes, deseando evitar la efusion de sangre, hallándose sin tropas, escasos de dinero, y no pudiendo esperar grande apoyo de Aragon, á quien por el contrario habian enviado auxilios para la guerra de Per-

piñan, acudieron á un medio, que podrá á veces dar resultados, pero que siempre mancha al que lo propone y al que lo admite. Exploróse la voluntad del marques de Villena y la del arzobispo para saber en cuánto se estimaban y en cuanto querian venderse. El arrogante Villena pidió para sí y para los suyos exorbitantes mercedes y cinco mil vasallos para el arzobispo. No pudo accederse porque, como decian los reyes, no era razon que los señores impusiesen leyes á sus soberanos.

Creció cada dia más el desafuero de Carrillo que decia, hablando de la reina, que él la habia sacado de hilar, y que haria que volviese á tomar la rueca. Doña Isabel con grandeza de alma despreció tan perversa conducta, y le escribió diciéndole que iria á Alcalá á verle; mas el arzobispo contestó que se guardara bien de ir porque, cuando entrase por una puerta, él se marcharia por otra. ¡Cuánto desafuero!

Volvieron la vista al rey de Portugal y trataron de separarle de su proyectado enlace. Tampoco pudieron obtener el resultado que anhelaban. Habia este rey enviado sus emisarios á Carrillo, y para comprometer á los señores que le llamaban, les hizo firmar un papel en que designaron la fuerza que pondrian á su dis-

posicion, el dinero que estaban prontos á entregar y las plazas y castillos que ofrecian someterle. Examinó detenidamente este inventario de traidores, halló que le ofrecian las ciudades y villas de Búrgos, Leon, Toro, Zamora, Salamanca, Toledo, Madrid, Huete, Alcaraz, Córdoba, Carmona, Jerez, Écija, Baeza y otras; cinco mil lanzas, gran número de infantes y los recursos necesarios para atender al mantenimiento del soldado. El triunfo le parecia seguro. Escribió á los reyes de Castilla arrogante carta diciéndoles que le cediesen la corona; y reunió su ejército en la frontera, á la sazon que su prometida esposa era trasladada á Trujillo.

Almas de ménos temple hubieran temido; estos monarcas no temieron: estaban llamados á cumplir una mision providencial. Trabajaron con solícito afan; pasaba la reina largas horas de la noche despachando con sus secretarios, escribiendo á las ciudades y villas, á los prelados y señores, aprestando gente, recorriendo el país y consumiendo en estos preparativos los diez mil marcos de plata que se encontraron en el alcázar. Nada detenia la solicitud de la reina: iba de castillo en fortaleza alentando á los tímidos y atrayéndose á los vacilantes; ni la fria estacion, ni el estado en que se encon-

traba la detuvieron, y se malogró el fruto que llevaba en sus entrañas.

Era preciso levantar un ejército, y el ejército se levantó; era preciso mantenerlo, y acudió la reina á varios arbitrios; buscó á los hombres de negocios, empeñando joyas, levantando empréstitos. No habia momento que perder, porque el rey de Portugal, desoyendo los consejos del duque de Braganza y del arzobispo de Lisboa, trataba de penetrar en Castilla.

El arzobispo de Toledo levantó su gente; lo mismo hizo el de Villena. Los reyes abandonaron á Segovia partiendo para Medina del Campo, donde el duque de Alba les entregó la forteleza; de allí fueron á Valladolid, y se hospedaron en casa de Juan de Vivero, visitando el convento del Abrojo. El conde de Benavente les entregó la fortaleza de Cabezon; la ciudad de Alcaraz, oprimida por el de Villena, envió emisarios ofreciendo admitir en la primera ocasion á las tropas de la reina, como lo hizo; Salamanca, dividida en bandos, abrió sus puertas al de Alba: entró en ella D. Fernando, y tomado juramento de fidelidad á los alcaides de la ciudad y del castillo de Zamora, volvióse á Valladolid. La reina por su parte dispuso desde Toledo que los condes de Parédes y de Cabrá ocupasen á Ciudad Real, de que se habian

apoderado el maestre de Calatrava y el conde de Ureña, parciales de Doña Juana.

En tanto, á principios de mayo, D. Alonso V de Portugal con su hijo y el arzobispo de Lisboa, los obispos de Évora y Coimbra, el duque de Guimaraens, los condes de Loulé, Penela, Marialba, Faro y otros, llegó á Arrónches y requirió al conde de Feria para que le entregase la plaza de Badajoz, á lo que se opuso este caballero. Pasó á Plasencia, donde le esperaban otros magnates. Fué luego á Alburquerque, envió una division á Coria y regresó á Plasencia, donde el marques de Villena condujo á Doña Juana. Elevóse un tablado, subieron á él los principales señores allí reunidos, y D. Alonso y Doña Juana se desposaron públicamente; los heraldos los aclamaron reyes de Castilla y Leon y se hicieron grandes festejos. Doña Juana tenia trece años. Faltaba la dispensacion del parentesco, que se pidió al Pontífice, y los esponsales fueron de futuro.

Decidióse en un consejo, que celebró este rey, que debia internarse en Castilla y fijar su residencia en Arévalo. Hízolo así, y esperó los refuerzos de los que habian prometido llevarle sus contingentes. Y cuando parecia que el monarca portugues debia hostilizar á Búrgos, ó á Valladolid, y recorrer el país aprovechando

el mal estado en que se hallaban D. Fernando y Doña Isabel, permaneció dos meses inactivo en Arévalo. Conducta inexplicable, causa tal vez de no haber conseguido su intento.

Limitóse D. Alonso en tan largo período á seducir á algunos señores. Juan de Ulloa, vencido de la ambicion, le ofreció la plaza de Toro: pasó el rey portugues, ocupó la ciudad, pero nó el castillo, á que puso cerco. Defendíalo varonilmente Aldonza de Castilla, mujer de Rodrigo Ulloa. Juan de Pórras, olvidado del juramento que habia hecho á D. Fernando, entregó la ciudad y fortaleza de Zamora; y se vió dueño D. Alonso de dos plazas tan importantes por su posicion fronteriza á Portugal.

Hallábanse en Valladolid D. Fernando y Doña Isabel reuniendo gente. Los tercios levantados en Leon, Galicia, Astúrias y Vizcaya, muchos en número, grandes en brio, pero olvidados de pelear tras tantos años de paz, adelantaban sus marchas. Empiezan á llegar las mesnadas de los señores: el duque del Infantado trajo doscientas lanzas y cuatrocientos infantes, y el de Alba de Tormes, el de Alburquerque, el marques de Astorga, los condes de Benavente, Alba de Liste, Luna, Aguilar, Treviño, Osorno, Castañeda, Tendilla, Coruña, Monteagudo, Salínas y otros acudieron, como

buenos, con la fuerza que pudieron reunir.

Dispusieron los reyes que Fajardo no saliese de Murcia y hostilizase los pueblos del marquesado de Villena; que el duque de Medina Sidonia y el Conde de Cabra permaneciesen en Andalucía, por si los cuñados del marques, que eran el de Cádiz y D. Alonso de Aguilar, preparaban algun movimiento. Badajoz, Cáceres y Ciudad Rodrigo sirvieron con mil caballos. Levantóse gente en toda la frontera, invadióse á Portugal: el duque de Medina Sidonia y Gonzalo de Cárdenas ocuparon la plaza de Nódar. Diego de Villacréces y Ramírez de Segarra llegaron á Moura y destrozaron un cuerpo enemigo que salió á su encuentro. Juan Galindo tomó por sorpresa el castillo de Ougela; fué en su busca Juan de Silva, caballero portugues: halláronse en medio de la pelea, y en duelo singular perdieron ambos gloriosamente la vida. D. Alonso de Monroy tomó la villa de Alegrete á fuerza de armas; el comendador mayor de Leon Alonso de Cárdenas taló el territorio portugues fronterizo. El arzobispo de Santiago levantó pendones por Fernando é Isabel; mas se le opusieron D. Pedro de Sotomayor y los condes de Altamira y de Camiña, partidarios de Doña Juana: tuvo que fugarse.

Reunido el ejército, los reyes se trasladaron á

Tordesíllas, donde el 19 de julio (1475) pasaron muestra y vieron que constaba de cuatro mil hombres de armas, ocho mil jinetes y treinta mil infantes. Salió el rey para Toro con tan numerosa hueste; en los Molínos de Herréros estaba fortificado el alcaide de Castro Nuño defendiendo este punto avanzado; mas D. Fernando encomendó á los vizcainos que le acometieran, y lo hicieron con arrojo y fortuna, ahorcando treinta prisioneros que cayeron en su poder. Pónese D. Fernando sobre Toro: presenta batalla, pero inútilmente, porque D. Alonso se encerró en la plaza y no quiso pelear contra fuerzas tan superiores. Envióle D. Fernando un mensaje retándole á duelo singular, aceptó el portugues una propuesta tan análoga á su carácter aventurero; mas cada dia surgian dificultades y el reto no llegó á tener efecto.

La gente de D. Fernando era allegadiza, indisciplinada, no dispuesta á las privaciones de la guerra; el campamento carecia de mantenimientos, los parciales de D. Alonso cortaban los víveres. No habia artillería, no era posible tomar la plaza sin este auxilio, y tuvo el rey de Castilla que levantar el campo. No bien cundió la funesta nueva, gritaron los castellanos *traicion*, y querian los vizcainos llevarse en sus hombros al rey; mas luego que se em-

pezó á mover el ejército para el interior, se dispersó la mayor parte de la gente, y los montañeses se volvieron á la querencia de sus montañas. La defensora del castillo de Toro, perdida toda esperanza, lo entregó al portugues; D. Fernando pasó á Medina del Campo; la reina, afligida con tantos reveses, corrió en su busca, regresando ambos á Valladolid para preparar nueva campaña.

La incansable actividad de Doña Isabel buscaba todos los medios imaginables para salvarse de tan grande apuro. Reclamaba el apoyo de las ciudades, acogia á los señores que se reducian á su bando, armaba gente, y careciendo de metálico, recogió gran parte de la plata de las iglesias, que reclamó de los obispos, y la hizo acuñar para pago del soldado, obligándose á devolverla, ó abonarla, en un corto plazo, como lo verificó. No se recibió al pronto por todos bien esta medida, creyéndose que no habia imperiosa necesidad.

Cuando estaban ocupados en tan grande empresa, sábese que la ciudad de Búrgos habia aclamado á D. Fernando y Doña Isabel obligando al alcaide D. Juan de Zúñiga á refugiarse en el castillo y en la iglesia de Santa María la Blanca. Envió el rey fuerzas considerables, llamó los tercios de Vizcaya, imploró de su padre

fuerzas de Aragon, y fué personalmente á la ciudad sitiando y tomando la iglesia de Santa María la Blanca despues de valeroso y sangriento asalto. El alcaide del castillo se defendia desesperadamente, imploraba el auxilio de Don Alonso, destruia la ciudad arrojando todo género de proyectiles, fortalecia las murallas de su recinto, y con contraminas procuraba impedir los trabajos subterráneos de los sitiadores.

La reina, sabiendo que el alcaide de Leon estaba en tratos con el portugues, dejando á su esposo en Búrgos, parte rápidamente al frente de la caballería, entra en la ciudad, se apodera de los fuertes, depone al alcaide, castiga á los conspiradores, y regresa con igual celeridad á Valladolid.

D. Alonso, conociendo la situacion desesperada de Zúñiga en Búrgos, y la importancia de conservar esta capital, llamó al de Villena, al de Ureña y al arzobispo de Toledo para que se le reuniesen con su gente en Arévalo, adonde partió dejando en Zamora á Doña Juana. Esta era la ocasion de que los conjurados le enviasen los refuerzos que por escrito le prometieron; mas ¿quién puede confiar en los traidores? Contestaron á su intimacion que estaban ocupados en defender sus territorios, y sólo

concurrieron el arzobispo con quinientas lanzas y algunos otros señores. Su ejército se habia desmembrado por haber dispuesto que volviesen á Portugal muchas fuerzas á defender aquel territorio. De Arévalo pasó el rey portugues á Peñafiel, y á cada paso le hostilizaban y le interceptaban víveres las tropas de la reina y las del conde de Benavente. Más confiado que lo que cumplia, se situó el conde en Valtánas, lugar abierto, donde fué sorprendido una noche y hecho prisionero por el rey D. Alonso, que le dió más tarde libertad, dejando en rehenes á Mayorga, Portillo y Villalva y á su hijo D. Luis. No bien se vió libre, fué á visitar á la reina y á ofrecerla sus servicios, siendo acogido con el mayor placer por la noble señora, que partió para Palencia, donde llegaron los contingentes de varios pueblos.

Proyectábase en tanto en el real de D. Alonso proteger el castillo de Búrgos. Zúñiga exageraba lo terrible de su situacion, D. Alonso deseaba hacer un esfuerzo y atacar al ejército castellano; mas el arzobispo Carrillo y los demas señores se opusieron, haciendo ver las numerosas tropas de D. Fernando y las grandes fuerzas de que disponia la reina, que vendria á colocarse á retaguardia, cogiendo á los rebeldes entre dos fuegos. Zúñiga fué abandonado á

su suerte. Defendia heróicamente el castillo, reponia sus murallas, entusiasmaba á los defensores y daba ilustres muestras de pericia militar y de valeroso denuedo. Vinieron fuerzas de Aragon, y artillería y máquinas de guerra; y desde Santa María la Blanca sufrian los sitiados considerable pérdida. El rey D. Fernando conocia toda la importancia que tenia Búrgos por su posicion y por su glorioso nombre, y estaba tranquilo sufriendo los peligros del sitio, cuando recibe oculto mensaje de la reina. Llama á D. Alonso de Aragon, al condestable y al almirante, y les comunica que debia partir aquella noche, por breves dias, y que era preciso que en el ejército no tuvieran noticia de su ausencia.

Fingióse enfermo; prohibió que nadie entrase en su aposento, y á la noche acompañado de dos señores partió en posta para Valladolid, donde se hallaba Doña Isabel. Informóle esta señora del concierto que habia hecho con Francisco Valdes, que se obligaba á entregar el puente de Zamora, en cuya ciudad estaba el rey D. Alonso con su gente. La idea de recobrar plaza tan importante, la de obligar á D. Alonso, bien á que se entregase prisionero, bien á que pelease, la gloria de la empresa, los peligros que ofrecia, todo lo presentó la reina con

tan vivos colores, que enviadas con reserva órdenes á los señores que por aquella parte tenian sus huestes, partió el rey de oculto y á la ligera para Zamora.

Trascendió algo del plan: tomó sus medidas D. Alonso, y mandó á Pedro Mazariégos que abriese la puerta para dar paso por el puente á un destacamento. Bien conoció el ardid; se creyó perdido si las tropas del rey ocupaban el puente, y contestó que no se podia abrir la puerta á aquella hora y que á la mañana se abriria. Avisó Mazariégos al rey D. Fernando; levantó por dentro del fortin que guarnecia el puente un espeso muro, se fortificó lo mejor que le fué posible, y á la mañana, cuando tropas portuguesas querian salir de la plaza, subióse al muro gritando: Castilla, Castilla por los reyes D. Fernando y Doña Isabel; y se declaró en abierta rebelion.

No bien lo supo D. Alonso, lleno de cólera, reune á los suyos, sale de la ciudad, llega al puente, y manda que á toda costa se apoderen del fortin que lo defendia. Con gran denuedo marcharon los portugueses á una muerte cierta: el camino angosto, los defensores aprovechaban todos los tiros, los cadáveres obstruian el paso. Llegaron sin embargo á la puerta, la abrieron á hachazos, y cuando se creian due-

ños del recinto, encuentran á su frente el valladar construido por Mazariégos. D. Alonso anima á sus valientes, que llegan á tomar el muro y son desalojados con terrible pérdida. Ya iban trascurridas muchas horas y estaban muertos ó heridos sus más ilustres jefes, Coutiño, Pereira, el conde de Villarreal, Lima, Sousa y Don Rodrigo, hijo del Conde de Mon-Santo.

En esto se presentan al rey portugues varios señores y le ruegan que tenga piedad de los suyos. Reunió consejo: el arzobispo y el de Villena le dicen que el pueblo de Zamora estaba en mal sentido, que se levantaria por Castilla á la primera ocasion; que Parédes y Mazariégos no hubieran hecho tal maldad, si no estuviesen apoyados por el rey castellano; que el de Alba y el de Benavente se hallaban próximos; que D. Fernando tal vez estaria tambien cerca; que era fácil les cortaran el paso y les impidieran la retirada; y que la salvaçion de todos era abandonar á Zamora y trasladarse á Toro. Vencido por tales razones, dispone el rey partir: hace conducir á la fortaleza los efectos que no puede salvar, y abandona la ciudad. Los que no pudieron seguirle se refugiaron á la iglesia más fuerte. A la noche entra D. Álvaro Gómez en la plaza, cerca la iglesia á tiem-

po que D. Fernando con el duque de Alba, el conde de Benavente, Gutierre de Cárdenas y otros caudillos, es recibido en la ciudad con el mayor regocijo. Piden capitular los que se hallan en el templo, y D. Fernando les salva la vida y la fortuna, les otorga condiciones generosas, y pone cerco al castillo reclamando artillería de batir.

En tanto el rey de Portugal se veia en duro aprieto. Acometidas todas sus líneas por los señores fronterizos, ocupadas muchas de sus plazas, asaltadas sus costas por la armada aragonesa, que batió y se apoderó de Alcoutin y otros puntos, conoció que para lavar la afrenta era indispensable pelear y vencer, y dispuso que su hijo el infante D. Juan reuniese todas las fuerzas del reino viniendo con ellas á Toro. Mas era tarde: la toma de Zamora habia rejuvenecido el valor castellano; la reina estaba en inteligencia con muchos de los rebeldes. Casi todos los estados del orgulloso marques de Villena se la entregaron por concierto; Villena mismo, cabeza de su título, se rinde, y Ocaña y Trujillo, y Baeza. Siguen el contagioso movimiento Requena, Utiel, Almansa, Iñesta, Hellin, Tobarra y otros pueblos. El castillo de Búrgos no podia sostenerse; entra en hablas Zúñiga con D. Alonso de Aragon y ofrece

entregarse á la reina en persona. Sábelo esta señora, viene volando á Búrgos, capitula el castillo el 20 de enero de 1466, y la reina acoge benignamente á Zúñiga, respeta el valor desgraciado, honra al enemigo, y vence con generosidad al que tanto se resistió con las armas. Postrado Zúñiga implora perdon para su padre y los suyos: la grande alma de la reina se gozó en perdonar, y concedió mercedes á los hijos extraviados que volvian á la casa paterna. Regresó la reina á Valladolid, y de allí fué á Tordesillas para estar más cerca del campo de operaciones, en que ostentaba D. Fernando su valor y su política, reuniendo en el mismo punto dos mil lanzas y cinco mil jinetes.

Llegaron por fin los refuerzos que esperaba D. Alonso; su hijo D. Juan, con dos mil caballos y ocho mil infantes y la plata de las iglesias y el dinero de obras pias y huérfanos que recogió á su paso, llegó á Toro, dejando fiada á su esposa Doña Leonor la gobernacion del reino. D. Alonso llamó á sus valedores el conde de Plasencia y el marques de Villena para que acudiesen con sus tropas. El primero contestó que estaba muy arrepentido de su yerro, y que la reina Isabel habia acogido benignamente á los suyos, que defendian el castillo de Búrgos, miéntras que el monarca portugues los habia

abandonado á una muerte cierta. El de Villena dijo que habia perdido la mayor parte de sus estados y que necesitaba el apoyo de su gente si no habia de perder los restantes. En esto pararon los desafueros de estos señores: conoció el rey portugues su mala posicion y lo que hay que fiar de los traidores.

Era valiente D. Alonso: sintió él agravio; mas no desmayó. Conocia que habia ganado mucho la causa de Doña Isabel, pero más grande cuanto ménos fuerte, juntó su tropa y se dirigió á Zamora con ánimo de lanzar de aquella ciudad á D. Fernando, ocupar el puente y salvar el castillo, que se defendia con valor. Llegó á los alrededores de la ciudad, alojóse en el convento de san Francisco y enfiló su artillería contra el puente, que habia sido fortificado nuevamente y rodeado de grandes defensas y cortaduras. Nada pudo conseguir. Quiso D. Fernando venir á un concierto con el monarca portugues; pero los comisionados de uno y otro punto no lograron concordar en nada. Pasaban dias, los ataques eran inútiles, la artillería de la plaza diezmaba sus soldados, y faltos de víveres se deciden por fin á levantar sus reales y partir para Toro. Hizo marchar á vanguardia su bagaje, que los romanos llamaban *impedimenta;* ocupaba el centro, á su iz-

quierda el viejo arzobispo Carrillo, que hasta entónces no habia imitado el ejemplo de Villena y Zúñiga, en la derecha estaban el príncipe D. Juan y otros, cubriendo la retaguardia el conde de Loulé con una fuerte division.

La reina en cuanto supo que D. Alonso habia salido de Toro, envió á Zamora al cardenal Mendoza con su gente, al duque de Villahermosa con sus aragoneses, al conde de Treviño, y velaba con solícito afan por la suerte de las armas españolas. No bien observó D. Fernando que el portugues habia levantado el campo, mandó que sus soldados saliesen de la ciudad en su busca. Mas tenian que pasar por el puente, estaba lleno todo el camino de fosos y cortaduras, y tardaron mucho tiempo en llegar á campo abierto; algunos impacientes atravesaron el rio; mas D. Fernando les hizo detener.

Desde una altura vieron los nuestros á los portugueses, enviaron la caballería para que los atajase; mas D. Alonso formó su gente en batalla y esperó en posicion escogida á sus enemigos. Empieza la pelea, y el príncipe portugues D. Juan, dando muestras de heróico valor, recibe impávido á las fuerzas castellanas y las hace retroceder. Rehácense luego, y comienza por aquel punto nueva y sangrienta lu-

cha. D. Fernando ataca el centro, en que peleaba D. Alonso; flanquean á los portugueses por un lado las tropas del cardenal Mendoza y por otro las del duque de Alba; y viéndose en grande apuro, llama al príncipe D. Juan, que no puede unírsele porque estaban interpuestas grandes masas castellanas. Hace un nuevo esfuerzo el rey de Portugal, pero se ve cortado por la caballería de Castilla; y con el prior de san Márcos y diez ó doce más se embarca, y pasa á Castro Nuño. Empieza su gente á retirarse en desórden, ahóganse muchos en el rio, mueren otros, quedan prisioneros los más, y todo era confusion y desórden en este lado, miéntras D. Juan, que tenia su gente bien apercibida, continuó la accion hasta la noche, y acampó en el monte. Al nuevo dia se refugió en Toro, ignorando la suerte que habia cabido á su padre, que creyó muerto en la batalla. D. Fernando habia peleado como bueno, alta la visera, en medio del peligro, alentando á los suyos. Retiróse al siguiente dia á Zamora, dejando al cardenal y al de Alba para que recogiesen los dispersos, y volvió el ejército á esta ciudad á celebrar su triunfo. Hallábase la reina Doña Isabel en Tordesillas, y fué descalza á dar gracias á Dios al convento de san Pablo, extramuros de la villa.

Dióse la accion á legua y media de Toro, en campo de Pelayo Gonzalo. Los portugueses empezaron á dispersarse y á volver á su país. Hostilizábanles en su fuga las fuerzas de los señores que cubrian la frontera; mandó el rey de Castilla que se les diese paso libre y aun salvo conducto. La fortaleza de Zamora, viendo que era ya inútil resistir, se rindió á D. Fernando, y lo mismo hizo la de la Mota. En la primera estaba la recámara del rey de Portugal, y aunque muchos señores desearon que se les diese parte, D. Fernando mandó que íntegra se devolviera á su dueño [1]. El arzobispo Carrillo, viendo lo que podia esperar ya de los portugueses, recogió su gente, y por caminos poco frecuentados se trasladó á Alcalá de Henáres, punto á la sazon fuerte y murado. El maestre de Calatrava y el conde de Ureña imploraron proteccion del condestable y del conde de Haro para que la reina los recibiese en su gracia, y la obtuvieron. Ménes sumiso el de Villena, ofrecia entregarse pidiendo condiciones irritantes, y viendo que no se le daban, llamó al arzobispo y se pusieron sobre Ucles

[1] Los escritores portugueses antiguos varian hablando de esta batalla. Quién dice que la ganó el rey D. Alonso, quién se limita á alabar el esfuerzo del príncipe. Mariana dice con mucho donaire: Así venzan los enemigos del nombre cristiano.

y otras villas. El rey de Portugal pidió treguas por seis meses.

Libres de tanto cuidado los reyes, asegurada en sus sienes la corona de Castilla, volvieron su atencion á la cosa pública, y convocaron Córtes á Madrigal, para que en ellas fuese jurada heredera y sucesora en estos reinos su hija primogénita la infanta Doña Isabel. Allí se reorganizaron las célebres hermandades, gran pensamiento político de estos monarcas, fecundo en favorables resultados. Ya hemos visto lo que ántes de este tiempo se entendia por hermandad en Castilla: recurso que dictaba á los pueblos oprimidos el deseo de lanzar el yugo que los ahogaba; remedio enérgico, limitado á localidades determinadas, de corta duracion, no sujeto á leyes. La hermandad antigua era siempre enemiga de los señores, no pocas veces hostil á la corona; la establecida por estos reyes era esencialmente distinta, conservando de la antigua institucion solamente el nombre. Pendia de la corona, que nombraba sus jefes y capitanes, era general en todo el país, se costeaba por los pueblos; ejercia funciones militares y civiles, tenia á su cargo la seguridad de los caminos, conocia de los cinco casos que se llamaban de hermandad, que eran: robos, violencias, ó heridas hechas en el

campo: los mismos delitos cometidos en los pueblos cuando los agresores se refugiaban fuera de poblado; quebrantamiento de casa; fuerza á mujeres; resistencia á la justicia. Juzgaban con trámites sencillos; ejecutaban ellos mismos sus sentencias; á los ladrones que hurtaban de quinientos á cinco mil maravedís les cortaban un pié; mataban á saetazos á los condenados á pena capital, procurando, segun encargo especial de la reina, que recibiesen los Sacramentos, y fuese la ejecucion lo más rápida posible para que no sufriesen graves tormentos y pasase más seguramente su ánima.

Jefe de la hermandad general era el mismo hermano del rey, D. Alonso de Aragon. Habia un consejo supremo, que decidia en apelacion, y era compuesto de diputados nombrados por cada provincia. La primera instancia estaba á cargo de delegados especiales; los empleados llamábanse alcaldes y cuadrilleros. Cada vecino pagaba ciento ochenta maravedís al año; cada cien vecinos mantenian un hombre de caballo. La vigilancia era continua, la proteccion eficaz, y el rigor que la hermandad ejerció en sus primeros tiempos, libró de malhechores el país.

Cualquiera que fuese el territorio en que se cometiesen, en los casos de hermandad cesa-

ba todo fuero. Vieron los señores, ufanos ántes con su mero y mixto imperio, que se juzgaba en su territorio, que no se respetaban los antiguos privilegios, que la justicia era una verdad, que no podia resistirse con las armas á sus ministros; vieron los malhechores que nada les valia refugiarse en despoblado, pues á todas partes alcanzaba la mano del poder; y por último, nacia el gérmen de la verdadera organizacion militar permanente, en vez de la antigua costumbre de llamar tropa en fonsado, y de venir por tres meses á campaña á costa de los pueblos.

Prestaron inmensos servicios al país estas hermandades; respiraron los vecinos y conocieron que habia pasado el tiempo de la impunidad. Degeneró esta institucion, como todas: dejó pronto de ser indispensable, á poco sólo era conveniente, más tarde inútil y cara. Los pueblos se cansaban de pagar, y la Reina Católica modificó la hermandad en 1498, despues de veintidos años de existencia, en que logró que floreciese la justicia. Quedó reducida á un cuerpo civil, con sus alcaldes y cuadrilleros; crecieron los abusos, perdió el antiguo prestigio, fué objeto de las burlas del vulgo y arrastró lánguida existencia, hasta que sus restos desaparecieron en nuestros dias,

quedando por heredera de algunas de sus funciones la moderna guardia civil.

En tanto el rey de Portugal, sin tropas de su nacion, sin gente española, y en tregua con Castilla, regresó á su país. Los turbulentos fueron poco á poco concertándose, vendiéndose, y ocultando bajo artificial patriotismo su deslealtad pasada. Conocióse entónces que el nombre de Doña Juana era sólo un pretexto, una bandera que desplegaban hoy para rasgarla mañana: que no eran partidarios de la legitimidad; ni amparaban á la huérfana y desvalida; que no seguian un principio, ni se sacrificaban por una idea. Todo era en ellos ambicion, orgullo, inicuo deseo de mandar, de ejercitar venganzas personales, de acaparar propiedades y honores, de igualarse con los reyes para tenerlos en vergonzosa tutela. No conocian lo que el mundo habia avanzado en pocos años, y que la debilidad de D. Enrique se habia enterrado con él. La pobre Doña Juana, que imaginaba tener á su lado hombres de conciencia y caballeros, se equivocó dolorosamente.

El reino empezó á sosegarse. D. Fernando pudo partir para Vizcaya y, de regreso de Bilbao, se avistó con su padre en Vitoria y concertaron los medios de lanzar á los franceses de

Fuenterrabía, ocupada y perdida diferentes veces, y de alejarlos de Aragon, que habian invadido, amenazando á Cataluña. Al ver las fuerzas castellanas se retiraron los franceses á Bayona. D. Fernando en su expedicion por Castilla castigó severamente á los criminales, mandando demoler muchas casas fuertes, nidos de sediciosos, y haciendo que en todas partes imperase la ley. Concertó con su padre la pacificacion de Navarra, que desde la muerte del príncipe de Viana estaba afligida por los bandos de Beamonteses y Agramonteses, y regresó á Castilla, donde llamaban su atencion nuevos amagos de guerra.

Habia quedado entretanto la Reina Católica en Tordesíllas, y con su incansable actividad y su prudencia política gobernaba dignamente el país. Sabe que Segovia, donde se criaba su hija Isabel, ardia en civil tumulto, y que capitaneados los insurrectos por D. Alonso Maldonado habíanse apoderado del alcázar, aunque nó de la infanta, que Cabrera y otros leales habian guarecido en la torre más fuerte. Párte la reina de Tordesíllas, llega á Segovia, salen los comisionados al encuentro y la dicen que la entregarian la ciudad siempre que no entrase con el cardenal Mendoza, ni con el conde de Benavente y otros señores. Oyóles

la reina desabrida, y dijo que no recibia leyes de sus súbditos, y que entraria con quien le placiese. Llega al alcázar; aconséjanla que cierre las puertas, niégase á ello; entra el pueblo, y la reina dice que viene á oir sus quejas y administrar justicia. Pídenla que separe á Cabrera, y la reina accede y nombra alcaide á Gonzalo Chacon; y mandando que toda la gente sublevada evacuara el alcázar, se traslada á caballo á palacio en medio de las aclamaciones de la multitud. Allí dispuso que se nombrasen comisionados que la informasen de todo, y ofreció castigar á los delincuentes. Cabrera resultó inculpado, y fué repuesto; los sediciosos, castigados severamente: el pueblo conoció que para conservar el órden bastaba una voluntad decidida.

Habíanse entregado á la reina muchas ciudades importantes, entre ellas Madrid. Toro fué recobrada por sorpresa, otros pueblos abrieron sus puertas; y por mediacion de Mendoza trató el marques de Villena de acomodarse con la reina. Fué larga y trabajosa la negociacion; la reina le concedió que poseyese algunas de las ciudades y villas que se designaron, devolviendo al Estado las restantes; se concertó que él y sus hermanos jurarian y reconocerian á los reyes, y á la infanta Isabel

como sucesora, y que habria olvido y perdon para los delitos anteriores. Juró este magnate el 11 de setiembre de 1476.

Dos meses despues falleció el conde de Parédes, maestre de Santiago, y se reunieron en Ucles los treces para nombrar sucesor. Trasladóse la reina á Ocaña, dispuso que no se hiciese la eleccion, y convocó á cuatro treces, cuatro comendadores y cuatro caballeros para concertar lo mas conveniente á los intereses de la órden. Creia Doña Isabel, y este es uno de los pensamientos gloriosos que logró realizar, que era preciso unir á la corona la administracion de las órdenes militares, y no permitir esos grandes centros que compartian el poderío real. Propuso que se confiase la administracion de la órden á su esposo el rey D. Fernando; conviniéronse, y se pidió al Pontífice la necesaria aprobacion.

En tanto D. Alonso de Portugal, deseando el apoyo del rey de Francia, pasó á sus estados confiando hacer una alianza funesta á Castilla. El artificioso monarca frances le entretuvo con buenas palabras, dando respuestas evasivas y haciéndole concebir esperanzas, que no debian realizarse. Estaba Luis XI en habla con Don Fernando y Doña Isabel, y cuando se publicaron los tratados de paz y alianza, viéndose bur-

lado Alonso V, pasó á Narbona y decidió trasladarse á Palestina cediendo la corona á su hijo D. Juan. Proclamóse este; y á los cinco dias se presenta en Lisboa, y recibe el mando de manos de su hijo. El padre no queria reinar: el hijo no consintió en empuñar un dia más el cetro, y ambos señores rivalizaron en generoso desprendimiento.

Ya no quedaba en Castilla mas rebelde que el arzobispo Carrillo. El rey de Aragon interponia su influencia con D. Fernando para que lo volviese á la gracia de la reina, que estaba grandemente enojada con el prelado. Este mal caballero, viéndose solo, abandonado de los suyos, propuso devolver por dinero muchas villas y lugares, y se sometió. Hubiera contribuido más á demostrar el poderío de los reyes no haberse acomodado con Villena ni Tenorio, sometiéndolos por la fuerza. Estas compras y ventas de rebeldes podrian á veces ser convenientes; pero siempre dejaban vivo y triunfante el principio de insurreccion. Los señores no se daban por vencidos. El conde de Cifuéntes y el mariscal Rivera, su tio, estaban quejosos por la institucion de la Hermandad, y traian en armas á Toledo, adonde pasaron los reyes y castigaron á muchos sediciosos con la muerte; el duque de Alba estaba irritado por la

misma causa, y otros señores se juntaron en Cobeña y escribieron á los reyes para que mandasen deshacer la Hermandad, aborrecida de los magnates, restituir bienes y honores á los que de ellos se hallaban desposeidos, solicitando que cuatro grandes, relevándose cada cuatro meses, asistiesen con los reyes al despacho de los negocios públicos, como se habia hecho en tiempo de D. Enrique IV. Negáronse á tan duras exigencias, que manifestaban que la fiera vivia, y contestaron que la Hermandad era utilísima á los reinos y santa; que los reyes son los que deben mandar y gobernar; que los señores podian, ó seguir á la corte, ó estarse en sus casas; pero que tuviesen entendido que no pensaban ser esclavos de ellos como lo fuera el rey D. Enrique, y que sabrian conservar la dignidad y el puesto en que Dios les habia colocado. Llamaron á Madrid al condestable, al duque del Infantado, á sus hermanos, y otros firmantes de la malhadada carta, que obedecieron excusándose de haber cometido tal desafuero, y tuvieron que oir duras palabras de boca de sus soberanos.

Entretanto el rey de Portugal hacia grandes aprestos para hostilizar á Castilla. La guerra con que amenazaba habia sin embargo perdido su gravedad é importancia: ántes era temible

porque unia á ser guerra exterior el serlo tambien civil. Dispúsose que la reina pasase á recobrar las plazas españolas ocupadas por el portugues, y que D. Fernando ademas entrase, siendo necesario, en aquel reino y hostilizase el país. La reina sitió á Mérida, á Trujillo, que se entregó por Villena, á Medellin y Deleitosa, miéntras D. Fernando recobró á Cantalapiedra, Siete Iglesias y Cubíllas; sitiando á Castro Nuño, que se resistió con valor, y se entregó por capitulacion más tarde, siendo demolido su castillo. Pasaron luego los reyes á Andalucía, donde los señores se hostilizaban divididos en funestas banderías. El marques de Cádiz, rival del duque de Medinasidonia, de cuya fidelidad se dudaba, preséntase una noche á los reyes y les entrega las llaves de Jerez de la Frontera, Alcalá de Guadaira y Constantina. Reconocieron estos señores la costa, visitaron las principales ciudades, estableciendo en todas la Hermandad, y rindieron la fortaleza de Utrera, desmantelando y arrasando muchas casas fuertes.

Los portugueses hostilizaban por mar, echaron á pique varios buques y trataron de apoderarse de Bayona en Galicia; pero en vano. D. Alonso habia logrado que el Pontífice dispensase el impedimento que tenia con Doña

Juana: sábenlo los monarcas de Castilla, acuden á Roma, y el papa declara nula la dispensa como obtenida con vicio de obrepcion. En paz Castilla con Francia, concertada una tregua de tres años con los moros de Granada, conquistada la gran Canaria por los españoles, tranquilo el país, extendida en todo él la Hermandad, asegurados los caminos, sujetos los malhechores, empezó la Reina Católica con el tacto y sagacidad que la distinguian á entablar plática de paz. Púsose de acuerdo con su tia Doña Beatriz, duquesa de Viseo, hermana del rey D. Alonso, y despues de difíciles y laboriosas combinaciones, viéndose en Alcántara, consiguió ajustar paces, y que el rey portugues renunciase á toda reclamacion en Castilla y á la mano de Doña Juana, ofreciéndosele en cambio la de la infanta Doña Isabel.

A Doña Juana se la dieron seis meses para que optase entre casar con el niño D. Juan, que habia dado á luz la reina en Sevilla el año ántes, ó entrar monja en el convento de Clarisas de Coimbra. La pobre señora optó por esto último. D. Alonso V quiso tambien ser fraile francisco en Varabojo y murió poco despues (28 de agosto 1481). ¿Por qué tanto rigor? ¿No pudo conseguirse que esta señora renunciase sus derechos? ¿No hubiera sido mejor tenerla en la

corte con decoro? ¿No pudo concertarse un matrimonio con un príncipe extranjero cuyos estados remotos de Castilla no ofrecieran contingencias de nuevas guerras? ¡Cuántas combinaciones más nobles y más generosas pudieron adoptarse! Entró Doña Juana en el convento, profesó al año; renunció al mundo; y empezó la legitimidad de Doña Isabel.

D. Juan II de Aragon, cuyo turbulento y largo reinado dejamos escrito, hallábase en la edad de ochenta y dos años. Reinó en Aragon veinte, cincuenta y tres en Navarra; falleció en Barcelona en 19 de enero de 1479, yace en Poblet. Príncipe de alta capacidad, valiente, político, pero de carácter duro, de feroces instintos, y que no conocia, ni fueros de justicia, ni sentimientos de humanidad. En Doña Blanca de Navarra tuvo á los desgraciados D. Cárlos, príncipe de Viana y Doña Blanca, y á Doña Leonor, condesa de Fox, que le sobrevivió veinticuatro dias. En Doña Juana Enríquez, su segunda mujer, á D. Fernando II y último de Aragon, V de Castilla, y á dos infantas que murieron solteras. Fuera de matrimonio hubo en una señora de la casa de Abellaneda á D. Juan, que fué arzobispo de Zaragoza; y en Doña Leonor de Escobar al famoso D. Alonso de Aragon, duque de Villa-

hermosa, conde de Ribagorza y Maestre de Calatrava.

En Trujillo celebró D. Fernando las exequias de su padre y partió para Aragon á tomar posesion de aquel reino. Los altos designios de la Providencia se habian cumplido. Aragon y Castilla iban á ser regidos por un cetro. Llegóse tras tantos siglos á la deseada unidad; sólo faltaba lanzar de Granada á los moros. La España de Enrique IV habia desaparecido: las naciones se rejuvenecen cuando su administracion mejora.

CAPITULO II.

Partió D. Fernando para Zaragoza, juró los fueros; mas no pudo ser jurado en Córtes, porque no hubo tiempo suficiente para convocarlas y reunirlas; pasó á Cataluña y de allí á Valencia, regresando á Castilla, donde llamaban su atencion altos cuidados. Habíase estipulado en las paces con Alonso V que se darian rehenes por una y otra parte; que por Castilla se entregaria á la infanta Doña Isabel, y por Portugal al infante D. Alonso; que residirian ambos en la villa de Moura, al cuidado de Doña Beatriz, la que se desnaturalizó de su país para ser completamente neutral. Los embajadores de los Reyes Católicos habian diferido el cumplimiento, y el monarca portugues

envió dos pliegos : en uno habia escrito la palabra *paz*, en otro la palabra *guerra*. Desprendiéronse los reyes de su hija y se cumplió el tratado.

Hallábase Sixto IV desavenido con el nuevo rey de Aragon hasta el punto de hacer que se retirase de Roma el embajador de este monarca; y no habia acogido favorablemente las súplicas que le hizo para que se formase una liga de toda la cristiandad contra el turco. Mahomet II habia llevado sus escuadras al Mediterráneo, ocupado á Otranto en el reino de Nápoles, llenando de terror á todos los países marítimos de Europa por la rapidez y felicidad de sus conquistas. D. Fernando envió las fuerzas marítimas de Aragon y Castilla, que unidas á las de Nápoles y Portugal pelearon contra los turcos. D. Alonso de Aragon los venció en dos batallas, recobró á Otranto y los obligó á retirarse. Habia fallecido Mahomet, y faltaba el caudillo, el genio militar que gobernaba á aquellos fanáticos.

La reina en tanto habia tomado importantes resoluciones. Para cortar los abusos que se notaban en la administracion de justicia, condenó á los jueces prevaricadores á pagar siete veces tanto como hubieran recibido por cohecho, ó sea las setenas, ademas de los castigos perso-

nales á que se hicieran acreedores. Publicó varias pragmáticas, encargó al doctor Montalvo que formase una compilacion legal, arregló el valor de la moneda, fomentó la industria y el comercio; y creando el crédito hizo prosperar el país. Su corte era modelo de nobleza, de piedad, de espíritu caballeresco. Su celo religioso, nó su política, hizo crease la nueva Inquisicion, ó Santo Oficio, para entender en las causas de fe. Habíanse descubierto inteligencias de judaizantes y moros conversos con sus correligionarios del reino de Granada y de la costa de África. Muchas de las conversiones no eran sinceras: á la sombra de la religion que en apariencia habian adoptado, trataban de levantar el país, y aun se creyó que habian llamado las fuerzas del turco, enemigo á la sazon tan temible, con el siniestro propósito de que hostilizase el reino. Así se explica cómo, considerándose los delitos contra la fe, delitos de Estado, no siempre se detuvo la Inquisicion en los límites á que debiera haberse circunscrito.

La antigua Inquisicion, nacida en Francia en el siglo XIII, creada contra los Albigenses, si bien no pudo ser tachada de suave y humana, sólo existió en España en algun punto de Cataluña; estaba en desuso y casi borrada

en la memoria de los pueblos. La nueva trataba de aterrar, y los verdugos no estaban un momento ociosos. Culpemos al siglo en que tales cosas sucedian.

El conocimiento de los delitos contra la fe corresponde por derecho comun á los obispos; mas la reina, deseando uniformarlo, ó como dirian hoy, centralizarlo, pidió en 1478 al Pontífice que crease este tribunal, que empezó á funcionar en Sevilla en 1481, extendiéndose por varios puntos y llegando más tarde á fijarse en Aragon [1]. Hay que trasladarse á aquella época, ver el espíritu de intolerancia que dominaba en toda Europa; hay que recordar las terribles hecatombes de miserables conversos que se sucedian periódicamente en

[1] Los aragoneses clamaban contra la confiscacion por causas de fe, y deseaban que fuese público el nombre de los testigos. Era en Zaragoza uno de los inquisidores D. Pedro de Arbues, canónigo de aquella catedral. Propusiéronse algunos malvados darle muerte, imaginando que haciendo lo mismo con los demas inquisidores y los que se nombraran, nadie querria en lo sucesivo ejercer tal cargo. Entran dos grupos sigilosamente en la catedral á la hora de maitines (15 de setiembre de 1485), colócanse en oculto sitio. Llega Arbues con una linterna en la mano; y como hombre que sabia que se atentaba contra su vida, llevaba cota, capacete y una lanza corta. Colócase bajo del púlpito, arrima la lanza y se postra á orar. De improviso se ve rodeado, herido en la garganta, atravesado por un dardo. Los canónigos que estaban en coro, advertidos del suceso, recogen al compañero. Corre la nueva: agítase el pueblo contra los asesinos, los conversos se ven acometidos en las calles y plazas, y empieza tremenda expiacion. El mártir falleció veinticuatro horas despues: hoy le veneramos en los altares.

diferentes ciudades, constituyéndose los pueblos en jueces y verdugos; hay por fin que observar que las mismas Córtes de Toledo de 1480, las más notables que hubo á la sazon en Castilla, manifestaron un espíritu hostil contra estos infelices, que debian vivir en barrios separados, llevar un signo exterior que los diese á conocer, y verse privados de ejercitar varios oficios, honoríficos unos, humildes otros, todos de confianza.

En este estado de los animos, en estas circunstancias no comunes, nació la Inquisicion. Recordemos que á los siglos pasados no se les debe juzgar por las ideas de los presentes; que cada época tiene sus necesidades, sus preocupaciones, su distinta manera de ver y de sentir, sus aciertos y sus errores. Entónces existian costumbres diversas, se respiraba otra atmósfera, y la humanidad caminaba por distintos derroteros.

No es nuestro juzgar hoy la necesidad ó conveniencia de tal institucion, ni del rigor con que empezó á funcionar, ni de la dureza del inquisidor Torquemada, que aterró á Sevilla llevando al potro y á la hoguera miles de víctimas [1].

[1] Lucio Marineo Sículo y Mariana hacen subir á dos mil las ejecuciones de muerte en aquel primer período; Zurita eleva su número á cuatro mil; Llorente á ocho mil ochocientas.

Los exagerados entusiastas de la Reina Católica aseguran que en su tiempo la Inquisicion no fué inhumana; que Felipe II la hizo más cruel y severa en la forma del procedimiento y en la aplicacion de las penas; mas en esto faltan por completo á la verdad histórica [1].

En tiempo de los Reyes Católicos fueron objeto del conocimiento del tribunal, como hemos dicho, los judaizantes y moriscos; en el de Felipe II los protestantes; y en épocas posteriores los incrédulos. Hubo períodos de más ó ménos rigor, acabó por desuso ántes que por derogacion legal. Degeneró como todas las instituciones humanas; mas lo que no podrá negarse nunca es que á la Inquisicion en tiempos posteriores se debió la unidad religiosa en el país. Los extranjeros que nos culpan de intolerantes debian recordar el hacha de los Hugonotes, la sangrienta noche de san Bartolomé en París, las guerras religiosas del Mediodía de Francia, los horrores de la reforma luterana en Inglaterra, y los inicuos asesinatos de Flándes. Aprendan, comparen y juzguen [2].

[1] El bulario completo de la Inquisicion existe en el archivo de la Real Academia de la Historia. El hecho que combatimos, y que ilustraremos al tratar de Felipe II, fué acogido como cierto en el informe que la Comision de Córtes presentó en el expediente de la Inquisicion, y en nuestros dias lo reprodujo el célebre P. Lacordaire con menguada crítica; y sin embargo no es exacto.

[2] Esta cuestion la trató magistralmente mi querido y

Marchó la Reina Católica á Zaragoza, y fué jurada en Córtes, y su hijo el príncipe D. Juan como sucesor de la corona. Lo mismo hicieron las Córtes de Barcelona y las de Valencia, y regresó á Castilla en enero de 1482 llena la mente de altos pensamientos. Granada ocupaba su atencion, deseaba lanzar de la península á los sectarios del Koran, completar la reconquista y agregar este importante floron á su corona. Era sin embargo ardua la empresa: ni podia ejecutarse desde luego por la tregua pactada; ni bastaban cortos medios y escasos recursos para llevarla á cabo. Habia mucho que esperar y que sufrir; heróicas proezas, terribles descalabros. Era una idea fija, constante, en la reina la de la ocupacion de Granada; pero tardó diez años en realizarse.

Debia ántes acabar de reducir á todos los rebeldes y pacificar el reino: D. Alonso de Monroy y la condesa de Medellin que fatigaban la Extremadura, se concertaron. Fué ademas necesario modificar la negociacion con Portugal, haciendo que cesasen los rehenes y que la infanta Doña Isabel volviese con sus padres. Navarra se ensangrentaba cada vez más dividida en feroces banderías. A la muerte de la reina

malogrado amigo el ilustre Bálmes en su obra *El protestantismo comparado con el catolicismo.*

Doña Leonor sucedió en aquel reino su nieto Francisco Febo, hijo de D. Gaston, que murió en un torneo, y de madama Magdalena, hermana de Luis XI de Francia. Esta señora, tutora y curadora del niño rey, invistió á su cuñado el cardenal de Fox con el título de virey de Navarra. Mas las facciones insolentes se hostilizaban con la mayor fiereza, ocupaban las principales ciudades, ponian en tan grande extremidad al reino, que la gobernadora tuvo que buscar el apoyo y el consejo del rey D. Fernando, que á la sazon estaba en Zaragoza. Las Córtes de Tafalla acordaron que su rey viniese á Navarra desde el Bearne en que se hallaba. Fué bien recibido, y coronado en Pamplona en 6 de noviembre de 1482.

Tenia el rey Francisco Febo quince años, y D. Fernando trató de casarle con su hija Doña Juana, esposa más tarde del archiduque Don Felipe y madre del emperador Cárlos V. El rey de Francia á su vez quiso enlazarle con Doña Juana (la Beltraneja) para que se disputase de nuevo la corona de Castilla á los Católicos. Apoyaba este pensamiento D. Juan, rey de Portugal, que sacó del convento á la infeliz señora, y la vistió traje de reina, dándola este tratamiento. El desventurado jóven se trasladó á Pau: era muy dado á la música. Un dia

acabando de comer tomó la flauta, aspiró el veneno que en ella se encerraba, y murió á las dos horas. Atribuyeron unos el atentado al conde de Lerin, otros á D. Fernando el Católico, sin datos ni pruebas, apoyándose en el falible indicio *Cui prodest*.

Doña Catalina, hermana del difunto rey, era llamada á sucederle: continuó su madre en la tutela y gobernacion del reino. Don Fernando trató de que esta señora casase con su hijo D. Juan, y temeroso de que el rey de Francia lo estorbara, envió sus fuerzas á la frontera y se apoderó de varias plazas. La reina Doña Isabel, que deseaba que Navarra formase parte de sus estados, pasó á Vitoria, escribió á madama Magdalena y puso en juego todos sus recursos. La reina de Navarra tenia trece años, el infante D. Juan estaba en la cuna; Luis XI de Francia, en medio de su debilidad de alma y cuerpo, rodeado de amuletos para alejar la muerte, y buscando al efecto la proteccion de san Francisco de Paula, se oponia á este enlace. Apresuróse la madre á casar á Doña Catalina con D. Juan Albret, ó Labrit, señor el más poderoso de la Guiena; y estos reyes, como veremos luego, fueron los últimos de la dinastía de Navarra.

Algo despues falleció en Alcalá de Hena-

res, y fué enterrado en el convento de franciscos de san Diego, el 1.° de julio de 1482, el arzobispo de Toledo D. Alonso de Carrillo y Acuña. Era muy anciano, estuvo en los últimos años alejado de los negocios públicos más de lo que cumplia á su condicion brava. Murió pobre: dábase á la alquimia y á buscar tesóros y minas. Junto á él enterraron á su hijo D. Troilo: Cisnéros, mirando por la reputacion de Carrillo, mandó trasladar á otro punto el cadáver del hijo. Hoy Carrillo y Cisnéros reposan en la magistral de Alcalá de Henáres: cubre el mismo techo al perseguidor y al perseguido.

Una funesta nueva vino á herir los oidos de la reina. Zahara, plaza fronteriza, dominada por su castillo roquero, á cuyo pié corre el Guadalete, fué acometida á deshora el 26 de diciembre de 1481 por tropas del rey de Granada. Sus defensores, creyéndose fuertes en su posicion, y mas fuertes en su derecho, no estaban vigilantes. La noche, oscura y tempestuosa, no permitia ver á los enemigos, que arrimaron escalas al muro, y pasaron al filo del alfanje á los soldados, y cautivaron y llevaron á Granada á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños.

Díjose que el marques de Cádiz los habia hostilizado ántes; mas tambien se creyó que

lo hicieron sin ofensa prévia de los nuestros, sin advertir que iban á empezar las hostilidades, en medio de una tregua, faltando á la fe de los tratados, al mas vulgar derecho de gentes.

Mucho sintió la reina el descalabro de los suyos; en medio de todo se alegró de que hubiesen roto la tregua y no existiera ya obstáculo para emprender la guerra, que con tanto patriotismo deseaba comenzar. Granada, reino floreciente, criaba en su vega caballos de generosa raza, en las Alpujarras los mas entusiastas montañeses; vivian en la ciudad las gentes mas ilustradas, valerosas y galantes. Habian estado en quieta paz durante largo tiempo; tuvieron la audacia de contestar á Doña Isabel, cuando trató de concertar las tréguas entónces violadas, «que en Granada ya no se labraba oro para rendirlo en párias, y que sólo se forjaba hierro para vencer á los enemigos.» El país estaba muy poblado, la agricultura floreciente á beneficio de un admirable sistema de riegos. En caso de guerra contaban con el apoyo de los africanos, que en breves horas podian enviar por el estrecho eficaces auxilios. En medio de tanta prosperidad habia un funesto gérmen de discordia: hallábase desavenido el pueblo con su rey; entre los partidarios del

hijo se contaban gentes descontentas y valerosas. Este hecho no habia pasado desapercibido: el rey D. Fernando, que reunia al valor habilidad política, conoció que sería poderoso auxiliar la discordia, y pensaba atizar el fuego; mas todo estaba velado tadavía en las sombras del misterio.

Inmediatamente hicieron los reyes que personas prácticas en el terreno y conocedoras del idioma entrasen á examinar las fuerzas enemigas, el espíritu de sus soldados y la fortaleza de sus castillos. Alhama y Málaga estaban poco guarnecidas; pero este último punto, por su situacion y lo difícil de ser conservado, no convenia por el momento. El marques de Cádiz, el adelantado D. Pedro Enríquez, el conde de Miranda, el marques de Merlo y otros con acuerdo del rey deciden conquistar á Alhama, sitio real de los reyes granadinos, punto celebrado por sus baños y por sus fábricas de sedería y lana; pueblo rico, á ocho leguas de la capital, en asiento elevado y fragoso. Difícil era penetrar, sin ser notados, tan adentro en tierra de moros. Caminaban los nuestros por los terrenos más inaccesibles, en la oscuridad de la noche, en el rigor del invierno. Durante el dia ocultábanse en las quebradas de la montaña, ó entre la maleza de la

sierra; y despues de grandes privaciones y de increibles penalidades, lograron por fin divisar la codiciada ciudad.

Llegan sigilosamente á la plaza de Alhama en la noche del 27 de febrero: unos pocos soldados escogidos arriman escalas á la fortaleza, suben al muro, sorprenden los centinelas, matan al alcaide, abren las puertas y, entrando el resto de las tropas, ondea en los torreones del castillo el glorioso estandarte de España. Sábenlo en la villa, ármanse los moradores, fortificando las calles hacen fosos y cortaduras, dirigen sus tiros al fuerte, y los que, abriendo sus puertas, tuvieron el denuedo de salir en direccion del pueblo, murieron víctimas de su arrojo. Resuelven los nuestros romper por otro lado una parte del muro, y embestir en gran número presentando mayor frente. En las calles eran diezmados; cada casa, un castillo; cada encrucijada, un reducto. No habia cuartel: la mortandad era horrible, y durante un dia entero se peleaba por ambas partes con heróico ardimiento. Rivalizaban las mujeres en valor y ferocidad con los hombres, lanzaban sobre los soldados aceite hirviendo y todo género de proyectiles. La desesperacion infundia aliento: para vivir era necesario vencer. Sale del castillo gente de refresco, que el

marques de Cádiz dejó reservada para esta ocasion: aliéntanse los cristianos, desanímanse los moros, y empiezan á ceder; intímaseles la rendicion, se niegan á capitular y se guarecen en la mezquita mayor. Los cristianos ponen fuego á aquel último asilo, y próximos á morir se entregan los moros á discrecion. Fué entrada á saco la villa, encontraron grandes riquezas y se hicieron tres mil cautivos. ¡Dia glorioso! Noticióse á los reyes este feliz comenzamiento de guerra, y fué tanta la alegría como grande la pena y el terror de los granadinos. Lamentables endechas salian de la boca de los moros: tenian al enemigo en el corazon del reino y presagiaban su próxima ruina. Mas el rey de Granada, con una actividad que le honra, reunió su gente y á los cuatro dias llegó á la vista de la plaza con tres mil caballos y cuarenta mil infantes. Con mas saña que inteligencia dispuso que asaltasen desde luego la muralla. Los nuestros, que conocian bien que eran perdidos si cedian, pelearon como leones; un asalto se sucedia á otro, mas todo en vano. Trata el rey de quitar el agua á la poblacion, hacen una salida los sitiados, y perecen en la escaramuza muchos de una parte y otra.

Notician á los reyes, que residian en Me-

dina del Campo, la situacion en que se encontraban. La reina deseaba acudir personalmente: era imposible, porque se hallaba en el quinto mes de su embarazo. Parte el rey al momento, convoca á todos los señores de Andalucía, lleva consigo numerosa hueste, y deseoso de gloria acelera sus marchas. Era mucha la distancia, los sitiados necesitaban socorros inmediatos: pidiéronlos á los señores; mas los moros con buen acuerdo dividieron sus fuerzas y fueron á hostilizar diferentes puntos, llamando la atencion por diversas partes, impidiendo que las mesnadas de los concejos y magnates vinieran en apoyo de Alhama.

Los moros de Ronda sitiaron en Árcos á la marquesa de Cádiz. El duque de Medinasidonia, rival encarnizado y terrible enemigo de esta familia, dando prueba de lo hidalgo de su sangre, viendo el riesgo que corria esta señora, voló con su gente á prestarla socorro. Hemos referido con pesar las bastardías de esta clase, gocémonos en contar sus nobles hechos. El alcaide de Utrera derrotó á los que invadieron aquel punto; Murcia y Lorca se vieron acometidas por los moros.

Miéntras el rey caminaba aceleradamente á hacer levantar el sitio de Alhama, la reina

convocaba al almirante y condestable para fiarles la gobernacion del reino, y prevenia á los señores de vasallos y concejos que levantasen y armasen gente, y estuviesen prontos al primer aviso. El condestable manifestó que, hallándose el rey en campaña, no le permitia su honor separarse de su lado.

Escribia el rey al marques de Cádiz y á los demas señores que no fuesen á hacer levantar el sitio hasta que él llegase, pues queria participar del riesgo y de la gloria. Contestáronle que no era posible abandonar un dia más á los sitiados porque su crítica situacion no sufria la menor dilacion, y reuniendo cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, se dirigieron á la plaza. El rey moro conocia que era gente aguerrida la castellana y la suya colecticia; que tenia que dar una batalla campal de dudoso resultado; que los de la plaza se colocarian necesariamente á su retaguardia; que á las fuerzas que tenia delante iban á reunirse otras de los señores, que no habian podido llegar con más prontitud, y las que conducia en persona el mismo rey. Creyó prudente retirarse y levantó su campo.

¡Quién podrá decir el profundo pesar con que se supo en Granada el desaire de sus armas! Por do quiera fúnebres presagios, desaliento, enojo

mal reprimido, murmuraciones graves, gritos, sediciones.

El 31 de marzo las tropas españolas entraron en la ciudad; costó sumo trabajo apaciguar á los soldados. Pretendian que los conquistadores de Alhama partiesen con ellos el rico botin que adquirieron en el saco de la ciudad. Los jefes lograron contener el tumulto. Dejóse bien provista de víveres la plaza; repuestos y artillados los muros, quedó en ella guarnicion aguerrida y por alcaides Diego Merlo, D. Martin de Córdoba y Fernan Carrillo.

En esto habia llegado á Antequera el rey Don Fernando; y todos los señores que habian contribuido á levantar el sitio fueron á saludarle. Ardia la reina en deseo de compartir las fatigas militares, y sin atender á su estado, fué á Toledo el sábado santo, permaneció los tres dias de páscua, y acompañada del cardenal Mendoza y del condestable, llegó á Córdoba á primeros de mayo, siendo recibida con grandes fiestas y demostraciones públicas de alegría.

Mas el rey de Granada, en cuanto vió que se habian retirado de las cercanías de Alhama las fuerzas que habian ido á protegerla, volvió nuevamente á cercar la plaza. Propúsose fatigar á los sitiados, y cuando lo creyó oportuno, mandó que acercasen escalas á los muros, y logró

que, muertos los centinelas, penetrasen unos setenta hombres en el recinto. Acuden los nuestros, rompen las escalas, arrojan al foso á los que empezaban á trepar y pasan á cuchillo á los que subieran primero. Nada desalentaba á Abul Hacen, conocia la importancia de recobrar á Alhama, y procuraba á toda costa reconquistarla. Empezaba á decaer el ánimo de los sitiados, y varios señores opinaban que debia abandonarse una conquista que tanta sangre habia costado. Decian los prudentes que la plaza estaba fuera de la accion y de la mano del ejército de Castilla, muy adentro en tierra enemiga, y que su conservacion costaria rios de sangre y tesoros inmensos. La reina oyó con calma estos consejos, y respondió enojada: «No consienta Dios que perdamos la primera ciudad que hemos conquistado en teritorio granadino; socorrámosla á toda costa: es un punto avanzado en nuestra línea, es el primer paso para lanzar de España á los mahometanos.»

Reune D. Fernando diez mil infantes y ocho mil caballos, y acompañado del cardenal Mendoza, de los duques de Medinaceli, del Infantado, del marques de Cádiz, del conde de Cifuéntes y de muchos señores de Andalucía y de Castilla, se pone en marcha para Alhama. No le esperó el rey de Granada: D. Fernando

penetró en la plaza, hizo que el cardenal purificase y bendijese dos mezquitas, poniendo á una la advocacion de Santa María de la Encarnacion y á otra la de san Miguel.

En tanto la reina reclamaba de las provincias del norte que enviasen para fin de junio gentes á Córdoba y condujesen para mantenimiento de la tropa ganados y carnes saladas, y cuanto pudiera ser necesario. Conociendo que era indispensable privar á los granadinos de toda comunicacion con África, envió sus escuadras para vigilar el estrecho, y explorar los armamentos que pudieran hacerse en otros puntos de aquellas costas.

En Granada ya no pudieron sufrir más al rey desgraciado: entra por mucho la fortuna en el gobierno. Empezaron á motejarle por la muerte de los Abencerrajes, achacando algunos sus desgracias á castigo de la Providencia; otros contaban galantes escenas del serrallo, la pasion que tenia el viejo monarca por la renegada cristiana Zoraya (Doña Isabel de Solis), la órden de muerte que dió contra los hijos de su sultana favorita, el modo con que esta salvó á su hijo y se salvó á sí misma, atando fuertemente sus ricos chales, y descolgándose por una de las ventanas de la torre de Comáres... El rey tuvo que fugarse y pasó á Málaga, que-

dando en el trono Boabdil (Abdalla), su hijo, habido en la sultana Aija.

La reina dió á luz en Córdoba el 28 de junio á la infanta María, suceso que se recibió con demostraciones de júbilo. Coincidió con la llegada de las tropas que se habian convocado para fines de aquel mes, y D. Fernando, dejando mal convalecida á su esposa, hizo bendecir en la catedral sus estandartes, y reunido en Écija con el grueso del ejército, se dirigió á Loja, ganoso de conquistarla. Por desgracia se estableció con poco acierto la circunvalacion y el sitio. En vez de un cordon compacto que impidiese toda comunicacion exterior con la plaza, en vez de disponer el plan con unidad de pensamiento, y de arreglar la gente de modo que se pudiese auxiliar y proteger, se establecieron grandes guardias, grandes puntos de ataque, cortados por los olivares, independientes entre sí, y que no podian socorrerse ni ampararse. El gobernador de Loja, Aliatar, hombre muy práctico en cosas de guerra, conoció que tenia que habérselas, nó con un ejército, sino con destacamentos diferentes, que podia forzar las líneas y parcialmente destruir las fuerzas diseminadas. D. Alonso de Aragon y otros señores clamaron contra este sistema de sitio; mas no fueron escuchados. Vióse

pronto lo inconveniente y funesto del plan que se adoptó. Hicieron los moros una salida, fueron obligados á retroceder, y cuando mas empeñados estaban en la refriega, nuevas fuerzas de la ciudad atraviesan uno de los espacios no guarnecidos, y queman las tiendas de los que salieron al encuentro.

Conoció el rey al último lo que debiera haber conocido al principio. La línea era muy larga y practicable por muchos puntos; los sitiados podian comodamente recibir víveres y refuerzos, hacer salidas y burlarse de los que los creian afligidos. En vez de corregir estos defectos, allegar gente, y darla ánimo haciéndola comprender que no se levantaria el asedio, realizó el rey todo lo contrario. Acordóse en un consejo que, siendo muy corto el número de soldados, forzosamente habria que levantar el sitio. Empezó con poca prevision y harta prisa á verificarse: las órdenes no se corrieron oportunamente, y cuando unas divisiones descampaban, las otras, creyendo que huian, se pusieron en precipitada fuga. Salen los moros de la plaza, atacan á los fugitivos, y mueren muchos en el alcance. El condestable murió de tres heridas en el rostro; el de Medinaceli perdió el caballo, y debió la vida al arrojo de algunos de sus vasallos; el conde de

Tendilla hubiera quedado en el campo sin el socorro del duque de Plasencia.

Viendo D. Fernando la derrota, pára su caballo, grita á los suyos, vuelve caras al enemigo, y empieza gloriosa y desigual pelea. Hacía esfuerzos inauditos, pródigo de la vida; y aquel dia hubiera sido el último de su historia si el marques de Cádiz con sus lanceros no hubiese llegado en ocasion oportuna. Rechazó el marques por tres veces el ataque de los moros, mató á su jefe y salvó la vida al monarca de Castilla y el honor de sus armas. Juntáronse los restos del ejército pasando á Riofrio; el rey fuése á la Peña de los Enamorados, y de allí á Córdoba. Ocultó la reina su dolor, y recibió á su esposo con la imperturbable grandeza de alma que la era propia. Sabía que la guerra intentada era muy ardua, pero que tales empresas son las que dan gloria cuando se alcanzan. El rey comprendió bien la necesidad de oir consejos; que el arte de la guerra exige práctica, escuela, aprendizaje; que cada país tiene su especialidad, y que no pelean todos los enemigos de la misma manera.

Envalentonáronse los moros con el suceso de Loja, entraron por los campos de Tarifa robando ganados, saqueando el país. Boabdil creyó llegado el momento de recobrar á Alhama.

Sale con dos mil caballos y diez mil infantes; los primeros ataques le son adversos. Empieza sin embargo el desaliento, y cunde la voz entre los sitiados de que no podian ser socorridos por el rey; mas sus jefes, prometiendo que el socorro sería muy inmediato, los alientan y entusiasman. Así era la verdad: la reina habia reunido seis mil caballos y diez mil peones, y veinticinco mil acémilas cargadas de municiones y víveres. Los concejos de Córdoba, Écija y Carmona, los condes de Cabra, Benavente y Treviño, el marques de Cádiz, el condestable y otros valerosos caudillos partieron á las órdenes del rey á socorrer á Alhama. Replegóse á Granada Boabdil; D. Fernando entró en la plaza, la abasteció para nueve meses, relevó la guarnicion, puso por gobernador y frontero á D. Luis Osório, tio del marques de Astorga; y talando varios pueblos de la vega, se retiró cargado de botin á Córdoba.

Creyeron necesario suspender por aquel año las hostilidades y trasladarse los reyes á Madrid. Dejaron por frontero en Écija al maestre de Santiago, y en Jaen al conde de Treviño, mandando que les obedeciesen los alcaides de aquella tierra, que se auxiliasen recíprocamente, y que no perdiesen ocasion de fatigar al enemigo.

Aun debian las armas españolas sufrir nuevo y sangriento reves. Tranquila la nacion, pacíficos los señores, no habia otro punto mas que Granada que llamase la atencion de los caballeros ansiosos de renombre. Aquel era el palenque glorioso donde todos querian quebrar sus lanzas. Habia muchas veces mayor arrojo que prudencia, y se derramaba más sangre ilustre que la que debiera. El maestre de Santiago D. Alonso de Cárdenas convocó al conde de Cifuentes, al marques de Cádiz, al adelantado Pedro Manríquez y á otros señores, y les propuso emprender una expedicion por la Ajarquía, sierra que conduce á Málaga. Sus exploradores le habian manifestado que los pueblos de la sierra, escasos de vecindario, eran ricos, como dados á la crianza y preparacion de la seda. Manifestáronle que, si bien el camino era agrio y penoso, declinaba á la proximidad del mar hasta formar una llanura, y que nada habia que temer del rey que mandaba en Málaga, porque estaba sin caballería, arma decisiva en el llano. Los exploradores, ó adalides, eran por lo general moriscos, y debia temerse, como se vió por el resultado, que su objeto fuera excitar el entusiasmo y la codicia de los nuestros para meterlos donde no pudieran libertarse.

Estaba entusiasmado Cárdenas con este proyecto, inflamó á sus amigos, jóvenes intrépidos, que no habian visto jamás la cara al miedo y que buscaban aventuras, tanto mas agradables, cuanto mas peligrosas. No dieron cuenta al rey de su intento, creidos que debian noticiarle, á la vez que la empresa, su glorioso resultado. Sólo el marques de Cádiz, que se habia proporcionado mejores informes, trató de disuadir á sus amigos; pero no le escucharon, y oyeron como consejos del miedo los avisos de la prudencia. Proponíales otros hechos de armas mas gloriosos y mas útiles al país, y tuvo la desgracia de no ser atendido, y la mayor de verse obligado por el pundonor á seguirlos en tan mal camino.

Reunieron tres mil caballos y menor número de infantes. No llevaron artillería ni víveres, seguros de no hallar obstáculo que no pudiese vencer un cuerpo de caballería tan brillante, el mejor que en mucho tiempo recorrió los campos andaluces. Salieron de Antequera, anduvieron todo el dia y la noche inmediata, y al nuevo sol se hallaron en el corazon de la sierra. Los montaraces habitantes de aquellas alturas desmantelaban sus casas, y llevaban cuanto poseian á los puntos mas inaccesibles. Los nuestros incendiaban los aduares y se apoderaban de

lo que hallaban al paso, marchando sin órden ni concierto, desbandados, sin vigilancia, sin cuidado y sin disciplina. Únicamente la caballería de Santiago iba en la formacion y regularidad que permitia el terreno.

Las lumbradas de los moros advirtieron á Málaga del peligro. El viejo Muley Abul Hacen quiere salir en busca de los temerarios españoles. Mas por fin su hermano Abdallah, conocido por el Zagal, toma el mando de la caballería y sale en persecucion del enemigo, disponiendo que un cuerpo de arqueros caminase por la cima mas elevada de las montañas. Ignorantes de lo que pasaba, seguian su marcha, cuando por retaguardia los caballeros de Santiago se ven acometidos por los lanceros del Zagal. Defendiéronse cuanto pudieron; pero se hallaban en una posicion angustiosa, sin tener suelo llano para moverse, miéntras los caballos moros avezados al terreno acometian y se retiraban, dañando á los nuestros con leve quebranto de sus jinetes.

Avisado el marques de Cádiz procura recoger la tropa desbandada y conducirla al punto de la pelea. Conoció este valiente caballero que lo que necesitaba el maestre era variar el campo de batalla, y poder llevar sus jinetes á punto ménos escabroso. Llama sobre sí á los

enemigos al terreno elegido, le siguen, puede maniobrar la caballería, colócanse los dispersos á retaguardia, y el Zagal con los suyos se ve obligado á replegarse.

Reuniéronse en consejo los capitanes. ¿Qué hacer?... ¿Era posible seguir el movimiento con tan poca prudencia comenzado? ¿Debia retirarse el ejército?... Todos lo creyeron así. Y en este caso ¿debia caminarse por la costa, pudiendo ser hostilizados desde Málaga y de las montañas, ó retroceder por el mismo camino, ó buscar nuevos atajos y veredas para retirarse con el botin? Los adalides anuncian que saben mejor rumbo, y el ejército empieza la marcha sin ser hostilizado. Al anochecer se hallan en un valle; mas las alturas de los lados eran inaccesibles; estaban en un verdadero foso sin que, ni los hombres, ni los caballos, pudiesen avanzar un paso. ¡Horrible situacion! empiezan á ver en las cimas lumbradas de los moros que á mansalva los asesinaban arrojando dardos, rodando peñascos enteros, y atormentando de una manera bárbara á aquellos imprudentes y desgraciados. La oscuridad de la noche, el fulgor lívido de los hogueras, el estampido de los arcabuces, la gritería de los moros, el fragor con que caian los peñascos que desgajaban de lo alto, llenaban de espanto á los nuestros,

de salvaje alegría á los contrarios. A media noche el maestre de Santiago creyó que era ménos malo dejarse matar peleando que sufrir tan oprobiosa muerte. Pónense en marcha; los exploradores del marques de Cádiz, ó mas leales, ó mas conocedores de la sierra, le llevan por una senda tortuosa, y despues de largo camino encuentran un valle dilatado y espacioso. Vuelve la vista creyendo que le seguia el ejército, y sólo encuentra setenta lanceros. Su caballo, por efecto de las heridas ó del cansancio, se le queda muerto entre las piernas: sus soldados, hambrientos, heridos, ó contusos, necesitaban descanso, y el marques hace alto esperando divisar al maestre de Santiago, que por desgracia, en vez de seguirle, habia tomado distinto derrotero. Trepaban sus soldados por tierra movediza, y caian rodando al fondo; se asian de las colas de los caballos, y fatigados y hambrientos dejábanse escurrir los animales, arrastrando, no sólo á sus jinetes, sino á todos los que hallaban detras de sí. ¡Horrible noche! Llegaron á la cima pocos en número, fatigados del hambre, de la sed, del cansancio; perdidas sus banderas, rotas sus armas, desherrados y cojos sus caballos. En todos los rostros estaban pintados la desesperacion y el espanto. Por otro lado el conde de Cifuéntes tuvo que

entregarse á Reduan, despues de tenaz é inútil resistencia.

Al nuevo dia conoció el marques de Cádiz que no habia que esperar á sus compañeros, y se lisonjeaba de que se habrian salvado por otro punto. El desgraciado habia visto morir en aquella funesta noche en el campo, que desde entónces se tituló de la matanza, á dos de sus hermanos, y cautivo al otro y un sobrino, y vió espirar en el abandono de un barranco á muchos de sus mejores amigos y parientes. Párte; cuatro horas de sierra le ofrecieron obstáculos al parecer insuperables; tuvo que medir sus armas contra los moros; pero consigue al fin llegar á Antequera. El maestre, el adelantado Enríquez, y Aguilar súbense á un punto tan escabroso y tan difícil, que los moros mismos no se atrevieron á seguirlos, y consiguen, despues de grandes penalidades salvar la vida. Su ejército se habia desbandado, los soldados se habian negado á toda obediencia, arrojaban el arcabuz, huian, vagando sin direccion, disputando las guaridas á las fieras, alimentándose con las raíces de las plantas. ¡Desventurados! Perecieron, ó quedaron cautivos, en aquellos funestos dias dos mil quinientos hombres. Murieron treinta comendadores de la órden de Santiago, y segun Pulgar cuatrocientos

caballeros principales. ¡Funesta expedicion! Aquellos mancebos generosos y entusiastas, aquellas armas, aquellas banderas, aquellos caballos lucidamente enjaezados, ¿qué se hicieron? ¿De qué sirve el valor cuando no va acompañado de la prudencia?

Hubo duelo general en el país: no habia ojos en toda Andalucía que no llorasen, dice el cura de los Palacios. Los moros, viendo el suceso de Loja y el desastre de la Ajarquía, se envalentonaron; creyéronse en los dias de Almanzor. El rey D. Fernando juró vengarse; la Reina Católica, puesta su confianza en Dios, no lloraba cual débil mujer; sufria, callaba y preparaba en silencio los medios para la reparacion del ultraje, y para llevar á feliz término la conquista. El corazon entero se prueba en la adversidad.

CAPITULO III.

No pasaba dia en que no sonase en los lábios de todos los cristianos la voz *Granada*: habíase despertado el dormido entusiasmo. Los españoles, que suelen enervarse en la prosperidad, nunca decaen en el infortunio. Todos los pueblos iban disponiendo su contingente, todos se proveian de armas, y adiestraban á los bisoños. Los concejos, los señores, el abadengo apercibian sus mesnadas. La Hermandad, que habia prestado importantes servicios como cuerpo militar, continuaba reclutando soldados. España parecia un campamento. La reina acudió al Pontífice implorando un fuerte subsidio eclesiástico y los beneficios de la Cruzada. Apresurábanse todos á hacer

donativos y empréstitos; el tesoro público se aumentaba.

En Pinto hubo una junta de Hermandad, á que asistieron procuradores á Córtes, y despues de minorar gastos inútiles y de votar crecido subsidio, acordaron que para fin de mayo (1483) pusiese la Hermandad en Córdoba ocho mil infantes, y diez y seis mil acémilas para trasportar víveres.

Habia graves desafueros en el país, especialmente en Galicia, y tuvo el rey que partir á sofocarlos. El conde de Lémos sitió á Lugo, cuya fortaleza tenia D. Fernando Acuña por el rey. Muerto el conde durante el sitio, su hija legítima y su hijo legitimado se disputaron con las armas la herencia. Apaciguólos el rey y cobró para la corona la villa de Ponferrada. Era preciso restablecer en todas partes el espíritu de subordinacion y poner muy alto el poder real; y los reyes prendieron y mandaron quitar la vida á varios criminales. Uno de ellos ofrecia por rescatar su cabeza crecida suma: inclinábanse al perdon muchos magnates, manifestando á la reina cuán necesaria era aquella cantidad en tales circunstancias. La reina no se ablandó; hizo cumplir la justicia y no confiscó los bienes. Un soldado llamado Juan de Corral, logró engañar al rey de Granada

Boabdil, y hacer que le entregase gran cantidad de dinero y los cristianos cautivos. Habíase valido al efecto de malas artes abusando de los sellos reales. La reina que comprendia bien que no es lícito emplear malos medios aun para conseguir buenos fines, y que debe haber nobleza y lealtad hasta con los mismos enemigos, castigó al criminal, hizo devolver al rey de Granadà lo que se le habia usurpado, pagándole el rescate que pidió por los prisioneros. Nos cautiva más la reina por sus elevados sentimientos y la dignidad de su carácter, que por las otras dotes que la adornaban, y la admiramos mejor en la gobernacion pacífica del Estado, que espada en cinto sobre un palafren demostrando animoso esfuerzo. Valientes hay muchos; prudentes y buenos no tantos.

Tenia á la sazon la reina cuatro hijos, Doña Isabel, D. Juan, Doña Juana y Doña María. Cuidaba de su crianza y educacion, llamábalos *mis ángeles*. D. Juan era la esperanza de la patria, y si la Providencia le hubiera conservado, oyendo las súplicas de su madre, y le hubiera dado sucesion varonil, ¡cuán otra suerte habria cabido á España!

Murmurábase en Granada de la inaccion del jóven rey Boabdil.» ¿A cuándo aguarda á pelear, se decian, si no aprovecha la derrota de la Ajar-

quía y el abatimiento de los cristianos?» Restablecíase en la ciudad la memoria y el crédito de su padre, y crecia un nuevo partido favorable á su tio el Zagal. Comprendió Boabdil que debia salir al campo, y consultó con su suegro el viejo alcaide de Loja, que conservaba toda la fuerza y lozana agilidad de un mancebo, aunque habian pasado casi cien años sobre la nieve de sus canas. Oyó Aliatar con gozo lo que le decia su yerno; le propuso la conquista de Lucena y ofreció acompañarle en tan gloriosa empresa.

Reune Boabdil su gente, intenta salir de Granada, y su esposa, efecto de sueño fatídico ó de temerosa vision, le ruega que no parta, presagiando males sin cuento. Despréndese Boabdil de sus brazos, y al salir por la puerta de Elvira se le rompe la lanza, y á cada paso le asaltan funestos augurios. Continúa sin embargo su camino para reunirse con Aliatar, que se le presenta caracoleando sobre brioso corcel. Únense ambas divisiones; y á poco, en la oscuridad de la noche ven lumbradas en los montes, y advierten que han sido observados, y que tal vez serían perdidos. Aliatar, que conocia los campos de Lucena, que fueron teatro de sus pasatiempos guerreros, y á los que llamaba su jardin, sabia que estaba la plaza poco arti-

llada y con escasos defensores, y propuso ganar tiempo y ver si por un movimiento rápido podia llegar á la ciudad y conquistarla. Bien comprendia el anciano guerrero que advertido ya el país, no habia momento que perder, y que de ningun modo podia establecer un sitio. Llegar á la plaza, intimar la rendicion y emprender el asalto, debia ser y fué al mismo tiempo; pero se vieron rechazados los moros una vez y otra. Guarnecia el castillo el señor de Lucena, alcaide de los Donceles, Diego Hernandez de Córdoba, sobrino del conde de Cabra. No bien supo el conde que andaban moros por la tierra, armó su gente é iba á salir en su busca á tiempo que recibió el mensaje de su sobrino que le avisaba que los enemigos habian dado un asalto á la plaza, que se disponian á atacarla otra vez, y que habian puesto fuego á las puertas del castillo.

Lleva su gente y ve que los moros, sabiéndolo, habian iniciado su movimiento de retirada, y sin considerar la desigualdad del número, se decide á pelear. Divide su fuerza en tres cuerpos, y oculto por la niebla, llega adonde estaban los enemigos y los sorprende y acuchilla. Rehácense y esperan á los nuestros en órden de batalla, y cuando estaba más encarnizada la pelea, penetra por el flanco una de

las divisiones, y déjase ver á lo lejos Juan de Pórres con un escuadron de caballería. Acierta este guerrero á tocar una trompeta italiana, y los moros, con enemigos en todos lados, y pensando que los españoles habian recibido refuerzos extranjeros, se ponen en precipitada fuga. Queria Boabdil detenerlos: logró que algunos grupos hicieran frente, pero una vez pronunciado el movimiento de retirada, no hay quien lo contenga. Siguen los nuestros el alcance durante tres leguas, el moro se hace fuerte cerca del Genil, y da tiempo para que sus soldados lo atraviesen. Mas en cuanto llegaron á la opuesta orilla, y vieron nuevas tropas, que por do quier venian sabiendo la entrada de los moros, se desbandaron completamente y procuraron, arrojando las armas, buscar refugio en la sierra. Boabdil comprendió lo terrible de su situacion: volvió la vista á Aliatar, que en vano llamaba á los suyos y se revolvia contra los cristianos, y conociendo que el color y el jaez de su caballo podian comprometerle, se desmonta y oculta entre los matorrales. Un soldado de Lucena, Martin Hurtado, lo prende creyéndole personaje principal, pero no el rey, y lo presenta á D. Diego, gobernador de Lucena, que lo manda prisionero á la ciudad. Hacian grande destrozo el conde

de Cabra y su sobrino en los moros sin darles tiempo para que conociesen por cuán escaso número eran vencidos.

D. Alonso de Aguilar con cuarenta jinetes salió de Antequera, y se colocó cerca del rio que atravesaban los enemigos protegidos por la caballería de Aliatar. Todos los soldados de D. Alonso, restos de la derrota de la Ajarquía, estaban ansiosos de vengar la sangre de los suyos y de lavar la afrenta de aquella jornada. Revuélvense contra los moros y los acuchillan y los amedrentan. Aliatar se presenta arrogante y arroja á D. Alonso una lanza, que solo le lleva una parte del coselete. Vuelve el caudillo moro á pelear, y D. Alonso le hiere una y otra vez, y viendo su edad y sus circunstancias le propone que se rinda prisionero: *¡Yo prisionero de un cristiano! Jamas:* y vuelve á acometer. Entónces el de Aguilar le da tremenda cuchillada, y el valiente alcaide de Loja, el terror ántes de los cristianos, cae muerto sin exhalar un ¡ay! y es arrastrado por las aguas del Genil. Dispérsanse los suyos: los cristianos tocan á recoger y vuelven á Lucena. ¿Quién será, se preguntaban, el ilustre prisionero? Llegan á su estancia y reconocen á Boabdil, al rey de Granada. Consuélanle y agasájanle; y el conde de Cabra le conduce á su castillo de Baena.

Cinco mil muertos y prisioneros, veintidos estandartes y gran botin valió á los cristianos esta jornada, que restableció el espíritu del soldado. Habian perdido sus hijos muchas madres, iban á vestir luto las primeras familias de Granada, y cuando se supo la derrota, fué tan grande el llanto, como fué ántes excesiva la alegría. La madre de Boabdil, de ánimo entero, no lloraba: «es la voluntad de Alá,» decia entre sollozos: Moraima, la hija de Aliatar, la esposa de Boabdil, la de los funestos presagios, estaba inconsolable, mesábase el cabello, arrojábase en tierra llamando á voces á su padre, que no debia tornar á ver, y á su esposo, á quien tiernamente amaba. Pánico horrible reinaba en la ciudad: imaginábanse todos que el rey habia muerto en el campo; más cuando se supo que vivia y estaba prisionero, desencadenáronse contra él todas las lenguas tachándole unos de inútil para el mando, de escaso de valor y de pericia militar otros, y volviendo todos la vista á su padre Abul Hacen, á quien trajeron ostentosamente á la ciudad y devolvieron el cetro.

Mucho placer tuvieron los reyes de Castilla al saber tales nuevas. D. Fernando partió para Córdoba y la reina á la frontera de Navarra, por si el monarca frances intentaba algun mo-

vimiento por aquella parte, como se creia; y para apaciguar las turbaciones de Vizcaya. Caminaba D. Fernando á marchas forzadas, y no bien supieron el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles que se aproximaba, salieron á una legua de la ciudád á recibirle con sus tropas. El 9 de mayo entró el rey en Córdoba acompañado de los prelados y señores y se hospedó en el alcázar, donde le visitaron al siguiente dia los caudillos de la anterior jornada diciéndole que dispusiese de Boabdil; pues un rey no debia ser prisionero sino de otro rey. Mandó D. Fernando que lo condujesen á Córdoba; nó para verlo, pues como dijo, los reyes no deben ver á sus prisioneros sino para darles libertad.

Ostentosa fué la entrada de Boabdil. Por órden del rey salieron á recibirle y obsequiarle todos los caballeros de la ciudad, todos los jefes militares. Las calles estaban pobladas de inmenso gentío; Boabdil, vestido y armado con gran lujo, montaba un caballo ricamente enjaezado; acompañábale lucido cortejo. Recorrió la ciudad y fué hospedado en el palacio del obispo. Dispuso D. Fernando que se confiase su custodia á su tio y mayordomo mayor Enríquez, y despues fué entregado á Martin de Alarcon, alcaide de Porcuna, á cuyo castillo le trasladaron.

Reunióse en Córdoba el ejército, de que formaba parte un cuerpo de suizos, que los reyes habian tomado á sueldo: primera vez que nos presenta contratas de esta clase la historia de España. Reuniéronse en Castro del Rio todas las fuerzas. Las banderas de los concejos de Jaen, Úbeda, Baeza, Écija, Córdoba y Sevilla; los maestres de Santiago y Calatrava, el hermano del de Alcántara, los duques de Alburquerque y Nájera, los marqueses de Villena y Cádiz, los condes de Cabra, Medellin, Monterrey, Belalcázar, Buendía y Tendilla, el alcaide de los Donceles D. Enrique Enríquez, tio del rey, D. Juan de Guzman, hijo del duque de Medinasidonia, Velasco, Portocarrero, Ulloa y otros presentáronse á servir y merecer en esta guerra. Trasladóse el campo á Carrizales, donde el rey pasó muestra al ejército, que constaba de diez mil caballos, veinte mil infantes, treinta mil gastadores, mucha artillería y bagaje inmenso y embarazoso. ¿Cuál era el objeto de esta expedicion? En verdad no era hostilizar la ciudad de Granada, ni á Málaga, ni dar una batalla de poder á poder, puesto que los granadinos no sacaban al campo su gente. Debió ser sólo restablecer la moral del soldado; dar á conocer el poderío de Castilla y causar daños materiales al país. En aquel tiempo, me-

jor que en el nuestro, se comprenderia la importancia de esta excursion, que hoy miramos como mas aparatosa que útil.

Dispuesto todo con previsor acuerdo, entró el ejército en territorio enemigo. Destruyó á Illora, arrasó el arrabal, quemó las mieses y taló todo el término. Tajara, pueblo murado, se encontraba al paso. Intimósele la rendicion, se negaron los habitantes, escalóse la plaza por cuatro partes, y en esta accion fué herido D. Enrique Enríquez, tio del rey. Tuvieron que retroceder los nuestros: renovaron el ataque. Sale del pueblo un alfaquí y ofrece entregar la villa siempre que se concediera á sus moradores vida y libertad. Niégase el rey, y exige que se rindan todos á discrecion. Miéntras esto pasaba, los nuestros iban ya subiendo al muro, degollando la guarnicion y saqueando el pueblo, que mandó el rey arruinar despues. Llegó D. Fernando á Alhama, dejó mil caballos para su custodia, y mandó que allí se curase su tio de la herida que habia recibido.

Pasa el ejército á la Vega, incendia el pueblecito de Malaha, entra en Alendin, próximo á Granada, y los taladores queman mieses, alquerías, viñas, olivares, molinos y cuanto encuentran á su paso. El rey de Granada veia tanta pérdida y no se atrevia á salir de la ciu-

dad. El calor era insoportable, escasa y turbada por los moros el agua, y D. Fernando resolvió volverse á Córdoba, donde entró el 7 de julio, dando por terminada su expedicion y mandando que se le reuniese la caballería el 15 de agosto inmediato.

La sultana Aija, madre de Boabdil, envia mensajeros á D. Fernando pidiendo el rescate de su hijo. Ofrece dar libertad á todos los cristianos que se hallasen cautivos, y que Granada rendiria vasallaje y pagaria cada año doce mil doblas de oro al rey de Castilla. Convocó D. Fernando á los señores de su consejo, y fueron varios los pareceres. Opinaban unos, entre ellos el maestre de Santiago, que no se debia acceder; otros por el contrario creian, con el marqués de Cádiz y el conde de Cabra, que sí. Propendia por la libertad del rey el cardenal Mendoza. Discordes los pareceres, ignorábase el camino que debia seguirse. Ponderábase por unos la gloria y la importancia de conservar cautivo al rey de Granada; otros no sabian qué hacer con él; juzgaban no pocos que su libertad podia dañar á Castilla; y los más creian que devolverlo á Granada sería sembrar en la ciudad la discordia y encender la civil guerra. El rey no se atrevió á decidir y escribió á Doña Isabel, que estaba en Vitoria:

juzgó esta señora que debia darse libertad al ilustre prisionero.

Firmáronse los tratados y se mandó que Boabdil pasase á Córdoba con lucido acompañamiento. Esperábale el rey en medio de su corte, bajo dosel: entró el granadino, y al ver á D. Fernando se arrodilló, y al estar próximo volvió otra vez á doblar la rodilla, é intentó besarle la mano. No lo consintió D. Fernando; le abrazó y habló con la mayor cortesanía y cariño, quedando el moro lleno de agradecimiento por la bondad con que fuera tratado. Habian llegado los rehenes; los cautivos respiraban libres; crecido número de doblas se entregaron como rescate, y grandes regalos vinieron de Granada. D. Fernando obsequió y dió caballos, armas, vestidos y joyas á los cincuenta principales señores granadinos que llegaron en busca de su rey, el cual marchó á Guadix, donde le esperaba su madre para conducirle á Granada.

No era ya la ciudad que habia dejado al par tir. Su padre, el anciano Muley Hacen, reinaba apoyado en los alfaquíes. Receloso de su hijo, habia pedido á los Reyes Católicos que se lo entregasen vivo ó muerto, ofreciendo rendirles tributo; propuesta que rechazaron con horror. Estaban resguardadas las puertas de la ciudad,

apercibidos los moradores. La sultana Aija por otra parte buscaba apoyo y proteccion para su hijo, y logró que penetrase de noche por un postigo del Alcaicin, llegando á la Alcazaba donde su animosa madre y su tierna esposa le esperaban. Con gran actividad tomó la sultana oportunas disposiciones, hizo que se declarase por su hijo la gente del Alcaicin, que barreasen las calles y se fortificasen; atrajo á sí á muchos señores, esparció dinero, prometió empleos y honores, y dió muestras de enérgica voluntad. Sabe Muley Hacen que su hijo estaba en la ciudad, llama á los suyos: los alfaquíes execran la memoria de Boabdil tachándole de infiel y diciendo que el tratado de Porcuna era contrario al decoro y á la gloria de su nacion. Resuenan en la ciudad grandes aclamaciones, unos victorean á Hacen, otros á Boabdil. Los partidarios de uno y otro monarca se baten en las calles y corren arroyos de sangre. Animaba la sultana á su hijo: mas este, ya porque conociese que eran menores sus fuerzas que las de su padre, ya por evitar las desgracias públicas, se sale de Granada, trasladándose á Almería, y se apellida rey de aquella ciudad. Mucho sintió su madre este acto de debilidad que apellidó cobardía; y viéndole partir le dijo: «El que no reina en la capital no reina.» Estaba encendida guerra domés-

tica, dividido el país, agitados los ánimos. Muley Hacen era más valiente, Boabdil no podia soportar mucho tiempo las penalidades del mando.

Creyó necesario Muley que se vengase la tala del reino de Granada, y juntó sus tropas y apellidó guerra santa. El modo de apaciguar las discordias intestinas es llevar á los mas entusiastas á pelear en terreno extraño. Muley, aprovechando la retirada á Castilla del monarca español, confió el mando de su ejército al alcaide de Málaga, guerrero acreditado. Reúnense en Ronda los caballeros granadinos; aquella serranía criaba gente denodada y feroz. Uniéronse el alcaide de Ronda, el Zegrí, jefe de esta tribu, y los gomeles, africanos inquietos y valientes, los mejores soldados de á caballo que habia en aquella tierra. Sin ser sentidos, marchaban en silencio en direccion de la frontera: ni habia lumbradas de noche, ni el clarin sonaba, ni salia una voz de la boca de los moros. Trataban de sorprender al enemigo y toda precaucion era poca; creian que nadie tenia noticia del movimiento; mas por fortuna seis españoles recorrian aquellas sierras, y advirtiéndolo fueron á avisar á los gobernadores de las plazas fronterizas del nublado que venia encima. Creian los moros que no habian sido

sentidos, y penetran confiados por las inmediaciones de Utrerá. La hermosura, riqueza y prosperidad del país llama su atencion. Dispérsanse en busca de botin, y salen los de la villa y traban pelea. Llega Portocarrero, que mandaba en Écija, con jente de refresco, y acomete por el flanco al enemigo, que empieza á descomponerse y á huir. Sigue el Zegrí la ribera del rio, y á poco hállase con las fuerzas del marques de Cádiz, que le atacan y dispersan.

Un nuevo motivo animaba á las gentes del marques. Los soldados que conducia el Zegrí eran los mismos montaraces que mataron á los cristianos en la Ajarquía. Traian los caballos y las armas que recogieron en aquel encuentro; conocian los nuestros las corazas, los yelmos y los capacetes; el mismo marques reconoce el caballo de su hermano D. Beltran, muerto en la funesta jornada. Montábale un moro principal; embístelo el marques, le da muerte, y rescatando el caballo, se acerca á él y ocultando entre su crin las lágrimas que caian de sus ojos exclamaba entre sollozos: ¡Ay hermano mio! Huyeron los moros, y aquel dia en la batalla de Lopera, llamada así por ser dada junto al rio de este nombre, se vengó la horrible matanza que llenó de luto á España.

Era un valiente el marques, confió á sus

amigos su proyecto; con poca gente, á marchas forzadas, por sendas escabrosas, pónense á la vista de Zahara, primera conquista de Muley Hacen. Llegan, asaltan, vencen, y vuelve á ondear el estandarte de la Cruz sobre los muros de la ciudad. ¡Época de hazañas!... Súpose en Granada la derrota del Zegrí y la recuperacion de Zahara; vióse entrar abatidos en la ciudad á los que ántes salieran orgullosos, y desfallecidos y extenuados á los ántes vigorosos y altivos. ¿Qué será de Granada? resonaba por todas partes: los amigos de Muley Hacen decaian, sus enemigos se envalentonaban.

En Vitoria se hallaban los reyes, y al saber ambas nuevas, lleno su corazon de alegría, fueron procesionalmente á dar gracias á Dios. Encendiéronse luminarias por la noche; hubo grandes festejos. Concedieron al marques de Cádiz y á Portocarrero señaladas mercedes. Unió el primero al título de marques y duque de Cádiz el de marques de Zahara, y más tarde les hicieron los reyes solemne acogida, estrechando á ambos guerreros entre sus brazos.

Conservaba el conde de Tendilla la plaza de Alhama, tomando tales y tan acertadas disposiciones, que ilustraban su nombre como gobernador, así bien que como general. Corrom-

pida la moral en la quietud de la guarnicion y la licencia del vivac, dábanse los soldados al juego, á la holganza, á la bebida, á los vicios. La ociosidad los enmohecia, todo eran querellas y sangrientas riñas. El conde de Tendilla restableció la disciplina con servicio activo, trabajo constante, salidas nocturnas y duras faenas militares. Haciales correr el campo, apoderarse de los convoyes, incendiando las casas de los señores fronterizos, y tenia en tan contínuo movimiento á la tropa, que al regresar á Alhama no se acordaba sino de proporcionarse descanso. No pensaba, porque el soldado no debe pensar, y sí obedecer lo que sus jefes piensen por él. Faltaba metálico en la plaza, y creó un papel moneda que facilitaba la contratacion; cosa bien notable por cierto en aquella edad; primer ejemplo que nos presenta la historia del crédito. Arruinóse parte del muro: dispuso que se formase otro semejante de lienzo pintado miéntras se construia detras el que debia defender la plaza por aquel punto. Era buen caballero y entendido repúblico.

En Portugal ocurrian entónces graves sucesos. Acusóse al duque de Braganza de traidor contra el rey y partidario de Castilla, y murió en un cadalso. Se dijo despues que el duque

de Viseo conspiraba para quitar la corona al rey. Llámale D. Juan I y, sin advertir el parentesco que les unia, le dió de puñaladas por su misma mano; mandó arrojar en una cisterna al obispo de Évora, donde le tuvo hasta que murió, y quitó la vida á muchos nobles caballeros.

En Francia habia muerto Luis XI; por consejo de san Francisco de Paula dejó el Rosellon al rey de España, á quien pertenecia; mas los cumplidores de su testamento no lo tuvieron por conveniente.

Habíase trasladado D. Fernando desde Córdoba á Guadalupe, donde permaneció nueve dias, y de allí pasó á Vitoria á verse con la reina. Ardia en guerras civiles Vizcaya, los señores arrogantes se hostilizaban duramente sin respetar la ley. Entraban por asalto en los pueblos murados, peleaban los parciales de cada bando entre sí, ensangrentaban los campos, las calles, los templos. Liconas, Yarzas, Gamboas y otros muchos eran perturbadores del órden público. Habia mandado Enrique IV que se demoliesen las casas fuertes de bando; mas los crímenes continuaban. Mucho costó á la reina sujetar á los fieros montañeses. Conocia que el imperio de la ley se podia restablecer sin acudir á las armas. Mandó á Vizcaya á

Garcí López de Chinchilla, de su consejo, investido de facultades régias; dió muerte á muchos, y tras larga negociacion consiguió que en 5 de noviembre de 1485 se firmase un célebre capitulado. Juraron los señores y los concejos «que non se armarian en bandos, nin »parcialidades, nin acudirian á voz de apelli»do, nin de linage, nin á asonadas, nin en »hueste, nin en llamamiento, nin en otra ma»nera alguna, nin á bodas, nin á honras, nin »á mortuorios... no entrarán, nin estarán en »tregua, nin encomienda de pariente mayor, »nin en sus ligas, ni alianza, más que todos »serán en el seguro real. Y el que lo quebran»tare, caya en mal caso, y muera por ello, y »pierda todos sus bienes muebles é raices...» [1] Juntáronse Córtes en Tarazona; pidieron los reyes subsidios para atender á la guerra de Granada. Dudóse si debia ó no, darse la preferencia á la ocupacion del Rosellon, y en el consejo celebrado al efecto prevaleció el voto de la reina, que creyó contrario al decoro y dignidad del Estado que ocupasen por más tiempo los moros el reino granadino.

Quedó el rey al frente de las Córtes, que tuvo que prorogar más tarde para ir personal-

[1] Véase la obra que he publicado con el título de Lequeitio en 1857.

mente á la guerra; y partió para Córdoba la reina á dirigir las operaciones, uniendo á las dotes de gobernadora prudente las de caudillo valeroso. ¡Qué gran rey fué Doña Isabel Iª!

Dispuso la reina que se hiciese una tala horrible que duró cuarenta dias, y en que mandaba una de las divisiones el Cid moderno Gonzalo Fernández de Córdoba, que mereció más tarde el nombre de Gran Capitan. Llegó á Antequera el rey D. Fernando trayendo consigo cañones de mayor calibre, llamados lombardas, dirigidas por ingenieros alemanes y franceses. Las plazas de los moros eran fuertes únicamente por su elevada posicion, no por el espesor y buena construccion de sus murallas. Con las nuevas máquinas de batir caian á poco los muros y torres; atemorizados, ó se refugiaban á los montes, ó se entregaban con las mejores condiciones que les era dado estipular.

En esta guerra vióse por primera vez un servicio de que ántes no se habian cuidado los españoles. La reina con solícito afan dispuso que acompañasen al ejército cirujanos, cuyos salarios costeaba, y estableció la hospitalidad militar, desconocida hasta entónces.

Illora, Setenil y otros puntos se rindie-

ron sin pérdida de nuestra parte, otras villas imitaban su ejemplo, y el rey de Granada, el viejo Muley Hacen, propone que se concierten treguas y ofrece someterse á condiciones vergonzosas. D. Fernando se niega á todo arreglo. Hallábase Hacen enfermo y ciego, y su hermano el Zagal mandaba en el reino, aunque sin tomar el nombre de rey. Boabdil, encerrado en Málaga, carecia de virtud bélica, y si alguna vez se veia en sus acciones algun resto de fuerza, era debido á los consejos de su madre, mujer de grande aliento. El pueblo estaba cansado de la inercia de este rey, y el Zagal penetra en Málaga, llega al alcázar, busca á Boabdil y no logra haberlo á las manos. Encuentra á la sultana, que tenia consigo al menor de sus hijos. ¿Dónde está el traidor? pregunta el Zagal: El traidor eres tú, replica la sultana Aija; Boabdil está á salvo y castigará tu traicion. Lleno de cólera, manda el Zagal que se encierre en una prision á la sultana, y quita la vida á su hijo, que hubiera podido ser más tarde obstáculo á sus ambiciosos proyectos.

Con ligera escolta caminaba hácia Córdoba un moro. Deteníase alguna vez volviendo sus ojos llorosos á Málaga, recelaba ademas que le persiguiesen los suyos, y no hallaba una plaza que le acogiese, nadie que se doliera de

su desgracia. Era el rey de Granada Boabdil, que se acercaba á la ciudad de Córdoba á buscar asilo y proteccion en los reyes de Castilla. No los halló en esta ciudad; mas fué bien acogido por los señores que estaban en ella.

Habia resuelto el rey en aquel año (1485) hacer nueva tala en las cercanías de Granada; mas la reina propuso que se acortase el dominio de los contrarios y se ocupasen sus fuertes, no para destruirlos, sino para conservarlos. Coin y Cartama fueron tomados, nó sin resistencia; llegó el rey D. Fernando á vista de Málaga, en que se hallaba el Zagal con fuerzas considerables. Hace una salida, y es rechazado. El rey, llamando la atencion sobre otros puntos, coloca de improviso su ejército sobre Ronda, ciudad fuerte y murada, defendida por soldados valerosos y gobernada por Hamet el Zegrí, que á la sazon al frente de los Gomeles, estaba observando la marcha de los cristianos. Sorprendido por el movimiento rápido de los nuestros, quiere encerrarse en Ronda; mas fuéle imposible romper la línea que acababa de establecerse. Ataca por retaguardia: es rechazado; fija su campo en un monte inmediato, llama en su apoyo la gente de la serranía, manda encender grandes lumbradas para que se comprendiese la necesidad de venir en su socorro, y á des-

hora ataca de nuevo, siéndole tambien adversa la fortuna.

Caian en tanto los muros de Ronda: la artillería que ántes lanzaba piedras, arrojaba por primera vez balas de plomo fundidas y bombas incendiarias. No sabian los moros donde refugiarse: desplomábanse unos edificios, ardian otros; corrian aterrados los defensores, lloraban las mujeres; todo era confusion, todo horror en la ciudad. Notaron los sitiadores que tenian agua abundante en la plaza, y advirtiendo que bajaban por una escalera subterránea á buscarla á una fuente que habia en lo profundo del valle, se apoderan de ella, la ciegan y obstruyen, fortificando aquel paso. Llegó al extremo la desesperacion de los defensores de Ronda viéndose privados de este recurso. Hamet no podia socorrerlos, la ciudad era sólo un monton de escombros, y proponen rendirse y capitular. Concédeles el rey condiciones generosas, y salen de la ciudad libres los vecinos, unos á establecerse en varios puntos, los más en direccion á África. El mayor enemigo que tuvieron en el campo, el más generoso protector despues de la rendicion fué el marques de Cádiz. Sabia este caballero que en las mazmorras de aquella plaza gemian sus antiguos compañeros de armas, los prisioneros

de la funesta noche de la Ajarquía. Así era en efecto; apénas se les podia conocer: enfermos, extenuados, desnudos, crecida la barba hasta el pecho ¿quién reconoceria en aquellos cuatrocientos espectros á los jóvenes y brillantes guerreros que tan galanes acudieron á tomar parte en la funesta expedicion? ¡Cuántas lágrimas corrieron aquel dia!... Las cadenas de los cautivos fueron llevadas á Toledo, y permanecieron colgadas á la puerta de san Juan de los Reyes hasta nuestros dias.

A la rendicion de Ronda, que los moros creian inexpugnable, siguió la de varios pueblos, que prefirieron entregarse á sufrir el rigor de las armas. Hamet, lleno de cólera y rabia, pasó á Málaga á ponerse de acuerdo con el Zagal. Ya se sabia en Granada la rendicion de Ronda: el pueblo, agitado como las olas del mar tempestuoso, hablaba mal de Muley Hacen; pocos se atrevian á nombrar á Boabdil, los más confiaban en Abdallá el Zagal. Un alfaquí, arengando al pueblo, exclama: «Buscad un rey: Hacen, viejo y enfermo, no puede empuñar la lanza; Boadil, apóstata y traidor, no sabe defenderos; aclamad á Abdallá, al Zagal, cuyo nombre, gloria de nuestro reino, es el terror de las madres castellanas.»

Proclamaron al Zagal: envian comisionados

en su busca, miéntras que por otra puerta Muley Hacen con sus tesoros, con Fátima, su esclava favorita y sus dos hijos, abandona la ciudad y sale para Almuñécar, donde aún conservaba amigos y parciales. El Zagal, despues de afectada vacilacion, aceptó la corona y salió de Málaga con lucido acompañamiento. Y en el camino ¡oh dolor! ve descuidados en un valle noventa caballeros, la mayor parte de la órden de Calatrava; los caballos sin sillas ni frenos pastaban libres en el campo: los caballeros, ó bien dormian profundamente, ó jugaban á los dados el botin que habian adquirido en reciente escaramuza. Ni un centinela avanzado, ni la menor precaucion tenian tomada, y de repente se ven cercados, y son acuchillados y muertos. Sólo once quedaron con vida; las cabezas de los demas colgaron á poco de los arzones de los caballos enemigos, y con este trofeo entró el Zagal en Granada oyendo las entusiastas y frenéticas aclamaciones del populacho.

El conde de Cabra propuso al rey tomar á Moclin; plaza fuerte en lugar elevado, á que llamaban los moros escudo de Granada. Decídese la conquista. La reina sale con sus hijos de Córdoba, y pasa á Baena para estar más cerca del peligro. A una hora convenida debian ha-

llarse el conde de Cabra con su gente, el obispo de Jaen y otros señores con las suyas; y en cuanto la plaza estuviese circunvalada debia llegar el rey con la artillería para establecer definitivamente el sitio. El Zagal tenia buenos espias, y noticioso del movimiento, salió apresuradamente al campo. Sábelo el de Cabra, y con más ardimiento que prudencia, creyendo que podia sorprender y cautivar al rey moro como cautivó á Boabdil, apresura su movimiento, faltando á la consigna recibida y comprometiendo el éxito de la jornada. De pronto, cercado en un hondo valle por las tropas del Zagal, ve morir á su hermano de un flechazo, encuéntrase herido en una mano, muerto su caballo, y ve á toda su gente dispersa y atemorizada. Era de noche, pero la luna derramaba su luz sobre aquellos desgraciados. El conde empieza á retirarse en órden, y como hoy se diria, por escalones, batiéndose una compañía miéntras tomaban posicion á retaguardia las otras. Mas el enemigo, no sólo acometia de frente, sino por los flancos, y las pérdidas eran de mucha consideracion. Llegó por fin el conde á reunirse con las tropas del obispo; el Zagal se retiró á Moclin, cargado de prisioneros, rico con los despojos de toda la division.

Nada dijo el rey al conde; ¡era tan valiente! bastante le dirian la afrenta de la derrota y las

lágrimas de los suyos. La reina sintió profundo dolor. Veia que el poder de los moros se rejuvenecia; que el anciano guerrero deseaba acreditarse; que su ejemplo infundia aliento en su gente, y que, cuando parecia que estaba próxima á declinar la media luna, la guerra presentaba todavía funesto aspecto. Se consumian todas las fuerzas, todos los recursos del país; se agostaba la flor de la juventud española; y atormentaba á la sensible Isabel negra melancolía. Consultó sus pesares con el gran cardenal de España Mendoza, hombre de consejo y de gobierno. «Y ¿qué? señora, la dijo, ¿dónde se han visto grandes conquistas sin enormes sacrificios, grandes victorias sin grandes descalabros? Los moros son valientes, el país suyo; pelean por su patria, por sus hijos, por su libertad, por su vida. Para merecer mucho hay mucho que sufrir. Volved la vista á los pueblos conquistados, á lo poco que resta, y en vez de desfallecer, es preciso que vuestra grande alma se llene de esperanza y dé gracias á Dios por sus favores.» Ofrecióla despues contribuir con las rentas de su arzobispado de Toledo á los gastos de la guerra; armar á su costa tres mil caballos... Fueron sus palabras bálsamo que curó las heridas del corazon de la gran reina.

¿Qué hacer? preguntaba el rey D. Fernando

á sus capitanes, reunidos en consejo. ¿Volveremos al proyectado sitio de Moclin, ó dirigiremos nuestras fuerzas á otro punto? Todos opinaron porque la guerra se llevase á otro terreno, dejando para despues la ocupacion de Moclin. Decidióse que se pusiera sitio á los castillos de Alahar y Cambil, á cuatro leguas de Jaen, en terreno escarpado, fronterizos al reino de Granada. Eran, por decirlo así, dos fortalezas gemelas, divididas por un profundo barranco por donde corre Riofrio; pero tan cercanas que un solo puente las unia y enlazaba. Guarnecian los Abencerrajes estos fuertes. Decídese la conquista, y párte el ejército y se sitúa á las inmediaciones de la plaza; la artillería se habia quedado atras, y el camino era inaccesible. La reina, curada ya de la anterior melancolía, dispuso que se trasportase abriendo un camino, desmontando el terreno, volando las peñas con pólvora, y venciendo todos los obstáculos que oponia la naturaleza. Doce dias tardaron en las tres leguas; dirigia la operacion el valiente D. Francisco Ramírez, general de artillería, esposo de la célebre Doña Beatriz Galindo, la Latina, y glorioso ascencendiente de la casa de Bórnos.

Burlábanse los moros creyendo imposible que llegara la artillería á colocarse en terreno

tan escabroso; impacientábanse los nuestros, y de repente divisan el esperado convoy. Desde entónces todo fué júbilo en el campamento. Colócanse en posicion las lombardas, rompen el fuego, abren brecha. El gobernador moro clamaba: «¿De qué sirve el valor de los caballeros contra esos cobardes ingenios que desde lejos matan?» Caian en tanto las torres y las almenas, abríanse las puertas al continuado empuje de la balística, y los defensores, pocos en número para salir á campo abierto, capitulan, exigiendo paso franco para volver á Granada. El 21 de setiembre se rindieron á los Reyes Católicos los dos fuertes, que tenian acobardado el país. Desde ellos, cual el águila contra su presa, bajaban los enemigos á hostilizar á los dispersos, á hacer cautivos, á robar las mieses y á tener en perpetua alarma á los pueblos comarcanos.

En tanto los caballeros de Calatrava que guarnecian á Alhama, ardian en deseo de vengar la impía muerte que dió el Zagal á sus compañeros. Un dia preséntase al alcaide un moro solicitando hablarle en secreto, y le propone entregarle la plaza de Zalea por una crecida suma de dinero. Salen de noche los caballeros, andan dos leguas, acércanse á la plaza. A una señal convenida descuelgan una escala

del muro. Suben á la fortaleza, degüellan los centinelas, se apoderan de una torre, abren una puerta; los moros lo advierten: ya era tarde. Perecen muchos al filo de la espada, otros se rinden, queda la fortaleza por los caballeros de Calatrava, y el pueblo, sin esperanza de ser socorrido, se entregó tambien. Alegráronse mucho los reyes; levantaron el campo y citando á sus huestes para el abril próximo (1486), regresaron á Castilla.

¿Por qué no vino el Zagal á socorrer tan importantes posiciones? Hallábase en Granada distrayendo á aquel pueblo impresionable é inconstante con justas y torneos. Andaba receloso de su hermano y de su sobrino, conocia que su popularidad declinaba, que vivian los partidarios de Muley Hacen, y que no faltaban á Boabdil. Logró deshacerse del primero. Le mandó que trasladase su residencia desde Almuñécar á Salobreña, sitio real, embellecido por la naturaleza y por el arte; prision al mismo tiempo de Estado, en donde gozaba el cautivo de todo género de placeres, de todo, ménos de libertad. Mas no bien llega Hacen á este punto, adolece y muere. El Zagal, sin cuidarse de dar sepultura decente á su hermano, se apodera inmediatamente de sus tesoros y prende á Fátima y á los hijos del desventurado mo-

narca. El pueblo atribuye la muerte á veneno, llama fratricida al Zagal, y desde entónces se declara en contra suya.

Boabdil habia permanecido en Córdoba bajo el amparo y proteccion de los Reyes Católicos; mas conociendo estos lo turbados que estaban los tiempos, las intrigas que reinaban en Granada, y lo útil que es dividir para vencer, le favorecieron para que con nombre de rey situase un simulacro de corte en Vélez Blanco, donde se reunian sus parciales.

Mas Aben Hamet, llamado el Santo, que anunció males á su nacion cuando la toma de Zahara, gritó al pueblo que no se matasen por uno ú otro rey; que ambos se concertasen entre sí, ó fuesen desposeidos. Reuniéronse los alfaquíes, creyendo que el Profeta hablaba por boca de este fanático, y acordaron que el reino se dividiera entre el Zagal y su sobrino Boabdil. Funesto acuerdo; y que sin embargo tuvo cumplido efecto, correspondiendo Granada, Loja y su tierra á Boabdil, y al Zagal Málaga, Vélez, Almuñécar, las Alpujarras y la mayor parte de las ciudades del antiguo reino. Unidos no pudieron sostenerse; divididos ¡cuál suerte les esperaba! Cuando los pueblos acuden á estos medios extremos no está lejana la hora de su perdicion.

CAPITULO IV.

De regreso de la gloriosa campaña de Andalucía dió á luz la reina en Alcalá de Henares una infanta á 15 de diciembre de 1485. Pusiéronla el nombre de Catalina, y fué desgraciada esposa de Enrique VIII de Inglaterra y madre de la reina Doña María, que casó con Felipe II de España. Convalecida la reina del parto de su quinto y último hijo, trató de poner órden en algunos abusos que habia en el reino, logrando que todos, cualquiera que fuese su carácter, obedeciesen y acatasen el cetro, que con tanto valor como prudencia manejaba. Dispuso con solícito afan que hubiese abundancia de mantenimientos y víveres para el ejército; reunió fuertes sumas de dinero para atender á

la guerra, y con previsora solicitud preparó todo lo necesario para que en la próxima primavera tuviese principio la campaña.

Iban acercándose á Córdoba los señores. Rodeados de sus pajes y donceles, ostentaban lujo en su vestir, en sus arreos militares, en sus tiendas, en que brillaban los escudos de su linaje. Distinguíanse por el fausto y adorno de su mesa, en que ostentaban ricas vajillas de plata y oro; y más parecia que llegaban para lucir su gentileza en justas y torneos que no para asistir á duras funciones militares contra enemigos valerosos y decididos. Habian acudido á la guerra de Granada, célebre ya en el mundo, muchos alemanes, que eran los más peritos en el manejo de la artillería, varios señores franceses á las órdenes del senescal de Tolosa, y lord Scales, conde de Rivers, caballero inglés de sangre real, que con gente de su país prestó luego importantes servicios. Cuarenta mil infantes y doce mil caballos, á más de un cuerpo de seis mil gastadores, salieron de Córdoba á las órdenes del rey, y llegaron al vado del rio Yeguas, al pié de la Peña de los Enamorados, donde hizo alto el ejército. Llamó el rey á consejo á los principales caudillos, y convinieron en atacar á Loja, punto importante por su posicion, por la conveniencia de no

dejar enemigos á la espalda, y por la deuda de honor que estaba aún pendiente por haber tenido que retirarse D. Fernando delante de sus muros. Se señaló el punto que debian ocupar las divisiones, y los principales jefes se disputaban los primeros puestos, los de mayor peligro. El jóven inglés pedia tambien un mando de confianza. El marques de Cádiz y el conde de Cabra alegaban no pocos títulos: el uno habia sido rechazado en el primer sitio, el otro acababa de sufrir un descalabro; y volviéndose el rey al inglés, le dijo: «Estos caballeros tienen ciertas cuentas pendientes con su amor propio; estad tranquilo, que no os faltará ocasion en que distinguiros.»

En tanto Boabdil habia entrado en la plaza con su gente; pero los caballeros españoles, que habian sufrido grave pérdida en la cuesta de Alboacen, emprendieron su marcha con tal rapidez y tanta ventura, que llegaron pronto á la cima y fijaron sus estandartes en la eminencia de la montaña. Incitado por los suyos, sale Boabdil al campo y pelea cual nunca, recibiendo graves heridas, siendo retirado á la ciudad. Inmediatamente, y sin dejar que el ejército moro se desalentase, ocupa Hamet, el Zegrí, el alcaide de Ronda, su puesto, y ganoso de medir sus armas con los cristianos, dispone

tremenda acometida. Deseaba desalojar á los nuestros del punto elevado que ocupaban; pero repelido hasta tercera vez, hace que una division rodee por bajo el monte, impidiendo la llegada de refuerzos, y que desde este punto fuese ascendiendo y hostilizando á los enemigos con armas de fuego, miéntras él con sus jinetes acometia por la cumbre. Iban estrechándose las distancias, aproximábanse los que estaban en lo inferior de la montaña, y cogian en medio á los españoles acometidos por uno y otro frente.

D. Fernando, que vió el peligro de los suyos, avanzó con el grueso del ejército. El caballero inglés observaba el extraño género de guerra, los gritos de los moros, la aparicion y desaparicion repentina de sus jinetes, la furia y desesperacion de sus soldados, y rogó al rey que le permitiera con sus ingleses tomar parte en la pelea. Apéase el valeroso conde, toma en sus manos el hacha de armas, y alentando á los suyos con el grito de San Jorge é Inglaterra, empieza horrible matanza. Eran estos soldados membrudos, y prácticos en el manejo de sus terribles armas, y causaron gran daño al enemigo. Generalízase la accion, Hamet el Zegrí cae herido, repasan los moros el puente perseguidos por los cristianos, llegan á los arrabales,

y en ellos son combatidos y muertos; y sólo al ver que D. Fernando se acercaba con su gente, abandonan el arrabal y se refugian en la plaza.

La artillería ocupaba ya la eminencia: empieza el fuego, caen los muros, incéndianse las casas, y el pueblo obliga á Boabdil á que capitule. Sálvanse las vidas, unos parten á residir en Castilla ó Valencia, otros piden volver á Granada, y con ellos fué el desgraciado Boabdil. El inglés, con ánimo levantado y humor faceto, entraba por el puente y en el arrabal, y dirigia á los moros en su idioma graciosas observaciones. Cayó á poco herido, una piedra le arrancó varios dientes, y cuando los reyes, que fueron á visitarle, se dolian de esto, contestaba con donaire que Dios, que habia hecho su fábrica, habia querido ponerle aquella ventana para que se viese lo que habia dentro. Concluida esta jornada, el valiente aventurero regresó á su país, lleno de honores, y á poco se le vió pelear en Francia.

Inmediatamente dispuso el rey sitiar á Illora, punto fuerte como todos por su posicion, pero no por las defensas de la plaza. Mandó cercarla, guarneció su campo con profundos fosos conociendo el valor de aquel alcaide. El duque del Infantado, cuya gente ricamente vestida era objeto de la murmuracion del ejército, que

decia que, no con plata y oro, sino con hierro, se vencia á los enemigos, solicitó y obtuvo la honra de conquistar aquella fuerza. Era esta la vez primera que el duque y los suyos entraban en funcion de guerra. «Que vean que debajo de adornos de seda y oro, dijo el duque, tenemos corazones de hierro;» y empezó á hostilizar á los moros. Defendíanse estos con valor, la sangre corria en abundancia. Ni una sola vez vieron los del duque la cara al miedo, ni una sola vez cejaron, ni se descompusieron; y acuchillaron al enemigo hasta encerrarlo en la plaza ocupando los arrabales. Todo el ejército aplaudia á aquellos bisoños, que en un dia se convirtieron en veteranos. Por otro lado subia el conde de Cabra, á quien el rey mandó por distinta parte, y ambos jefes se encontraron en el arrabal en medio de los contrarios.

Hallábanse en batería veinticuatro piezas, que rompieron un horrible fuego contra la plaza: tuvo al fin que rendirse, y el rey mandó que se reedificase, y confió su custodia á Don Gonzalo Fernández de Córdoba, que ya iba ilustrando su glorioso apellido. Nacido Gonzalo en Montilla en 1453, hermano del valiente D. Alonso de Aguilar, ilustre por su sangre, notable por su gallardía, se dió pronto á conocer en el campo y en la corte. En tiempos en

que habia tantos valientes era muy difícil distinguirse, y Gonzalo ya figuraba entre los primeros. El mando de mayor importancia que tuvo fué el de la fortaleza de Illora, desde donde hizo en los enemigos tales estragos, que pronunciaban su nombre con respeto y empezaron á llamarle Gran Capitan. Mas la prez de la jornada de Illora correspondió al duque del Infantado: el rey, que le habia dirigido ántes espresiones que tendian á ridiculizar el lujo temiendo que embotase la seda el vigor del brazo, le alabó en público.

Moclin, el punto defendido ántes por el Zagal, salpicado con la sangre de los soldados del conde de Cabra, mereció luego la preferencia. Habia que lavar todos los agravios y á aquella aspereza se dirigieron las fuerzas de D. Fernando. Mas ¿qué hacer de tantas plazas ocupadas? ¿adónde dirigir las ulteriores conquistas? ¿Debia el ejército caminar en derechura á Granada, ó atacar primero á Málaga? El rey escribió á la reina para que viniera al campamento de Moclin, y esta señora con lucida comitiva emprendió la marcha. No vestia cota de malla, como despues en el sitio de Granada; ella y su hija la infanta, montadas en sendas mulas enjaezadas con seda y oro, cabalgaban en sillas de plata sobredorada, y vestian brocado, cubier-

ta la cabeza con sombrerillo negro recamado de oro. A su lado sus damás, sus pages, sus palafrenes, sus criados. Salieron á su encuentro el valiente marques de Cádiz con su gente, y el duque del Infantado con la suya. Saludó la reina el pendon de Sevilla, mandóle colocar á su derecha, y se dirigió á Loja, donde visitó á los heridos, derramando el bálsamo del consuelo en el corazon de aquellos infelices. Victoreábanla los soldados, y derramaban al verla lágrimas de entusiasmo. Socorrió á los infelices, dióles largas mercedes, y lo que más agradecian, la limosna de su palabra de consuelo. Cumplido este piadoso deber, salió la reina para Moclin. En órden de batalla se encontraba el ejército: sonaron las músicas, abatiéronse al suelo las banderas, y la gran reina penetró en el campo. El rey sobre un brioso corcel preséntase á su vista rodeado de los más lucidos caballeros, y ambos monarcas se saludan con la mayor cortesía. Quítase la reina el sombrerillo dejando ver rica cofia, el rey imprime un ósculo en su mejilla, y acercándose á su hija, la santigua y besa en la boca.

Estaba el campamento en gran órden, atrincherado, bien provisto; y en el sitio que denominaban alhóndiga real, porque encerraba trigo, harina y cebada, establecieron tres baterías con

artillería, que llamaríamos hoy de batir, y que hacia grandes destrozos en la plaza. Mas sus impertérritos defensores, reponian las brechas, barreaban las calles y abrian comunicaciones de una casa á otra, esperando resistir los ataques aún dentro de la villa. Un accidente imprevisto vino á abatir su confianza: una de las bombas incendiarias cae sobre una torre donde estaba el almacen y depósito de pólvora, que se vuela con horrible estampido; caen gran número de edificios, vénse por los aires los restos mutilados de muchos de sus habitantes. Atribúyese á castigo del cielo esta catástrofe, y decaen completamente los ánimos de los defensores. Ríndese la plaza: entra procesionalmente el ejército, entona el clero el *Te Deum laudamus* y, al pasar por la fortaleza, oyen unas voces que saliendo debajo de tierra entonaban: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Paróse la comitiva y sacaron de las mazmorras á los infelices cautivos cristianos, que yacian aherrojados desde la infeliz tragedia del conde de Cabra.

Miéntras el rey salia con su gente á talar la vega de Granada, y á llevar el espanto y la desolacion hasta los muros de la plaza, permaneció la reina en Moclin cuidando de los heridos y atendiendo con solícito afan á las necesidades del soldado. La florida vega que ro-

deaba á Granada fué talada sin piedad, quemadas las mieses, despedazados los olivares, abrasados los molinos, robados ó muertos los ganados. Los vecinos volvian la vista al Zagal; mas este, que tenia descontentos á los ciudadanos, no se atrevia á poner el pié fuera de la poblacion, receloso de que le cerrasen las puertas.

¿Qué hicísteis de Illora y de Moclin? preguntaba el Zagal á los alcaides de estos fuertes, que eran hermanos, pundonorosos y valientes. «Los defendimos esperando tus socorros, y viendo que no llegaban, entregamos al enemigo ruinas y escombros; nó castillos, ni fortalezas.» El populacho escarnecia á estos guerreros y dábales el nombre de traidores. Piden al Zagal que les fie el mando de una division, parten al campo y pelean con tal arrojo y tal bravura que rechazan á los cristianos. Rehechos, dispútanse con encarnizamiento la victoria, corren grande peligro el marques de Cádiz y el duque del Infantado; D. Juan, príncipe de Aragon, conde más tarde de Ribagorza, llega con su gente. Aun se defendian los alcaides; pero al paso de un puente son ambos hermanos heridos, y pierden como buenos la vida gloriosamente.

Los que los criticaron no supieron imitar-

los. El rey de Granada se entretenia en armar asechanzas contra su sobrino Boabdil, buscando quien le matase con hierro, ó con venenó. Llamado por su madre, vuela Boabdil á Granada, ocupa su fiel Alcaicin, y protegido por D. Fernando, hace que retoñe la guerra civil en el país.

Era necesario que cesasen las talas é incendios, las correrías y cabalgadas: no debia verterse inútilmente la sangre española. Tal era la opinion de la reina. Iban transcurridos siete años de guerra; estaban fatigados los pueblos, habíanse enrojecido con sangre ilustre los montes y barrancos.

Málaga, puerto importante, el de mayor comercio marítimo de aquella costa, por donde recibian los moros grandes recursos, ofrecia muchas dificultades para ser conquistada. Mandó el rey que la escuadra española se situase en aquellas aguas; y salió de Córdoba con numeroso ejército en la primavera de 1487. Mas ántes de llegar á esta ciudad creyó oportuno combatir á Vélez Málaga. Situó el ejército en las posiciones que creyó convenientes, aunque á juicio de los suyos no eran las mas fuertes, y corrió grave riesgo su persona. Hallábase comiendo, siente ruido en el campo, y sin acabar de armarse, toma una lanza y sale á dete-

ner á sus soldados, que sorprendidos por los moros corrian fugitivos. Aliéntalos el rey, y á poco matan á sus piés de un tiro á uno de sus criados : corre el monarca adonde estaba el asesino y lo atraviesa de parte á parte con su lanza. Desarmado el rey, corria gran peligro, y el marques de Cádiz, el conde de Cabra, Garcilaso de la Vega y Diego de Ataide vuelan á colocarse á su lado. Muere el caballo del de Cádiz, mas los moros son rechazados y entran en desórden en la plaza. Manifestaron al rey sus caballeros que no era conveniente que tuviese el arrojo de un soldado: que á él estaba fiada la direccion de la guerra; le representaron la desgraciada suerte que hubiera cabido al ejército si hubiera sido víctima de su temerario valor. «¿Cómo dejar á los mios en el peligro cuando puedo socorrerlos? contestó el rey.»

Creyó D. Fernando que debian ocuparse á toda costa los arrabales, y despues de seis horas de sangrienta lucha cayeron en poder de los nuestros, á costa sin embargo de mucha sangre. Intimó el rey la rendicion á la plaza: confiados sus defensores en que la artillería no podia trepar hasta punto tan difícil y áspero, esperanzados ademas en ser socorridos por el rey de Granada y los montaraces de

la Ajarquía, se negaron á todo acomodamiento. Estaban bien informados: la artillería gruesa no habia podido avanzar, y el ejército, rodeado de enemigos por todos lados, se hallaba en posicion harto crítica. Habíase guarecido contra la salida de la plaza con fosos y empalizadas; pero no podia resguardarse de los ataques que por todos lados estaba sufriendo. El Zagal resuelve por fin salir á pelear, y los nuestros conocen por las hogueras y lumbradas, por la vocería del enemigo y el relincho de los caballos, que habia llegado al campamento. Así era en verdad. Ocupaba las cumbres de los montes, presentábase como una aparicion aérea; dispuso que una de sus divisiones saliese á cortar el convoy, que avanzaba lenta y penosamente con la artillería, y escribió al alcaide de Vélez Málaga diciéndole que por la noche, cuando viese cierta señal en el campo, saliese con toda su fuerza contra el real castellano, y que él por retaguardia atacaria al enemigo.

Ambos pensamientos quedaron frustrados. Una division castellana protegió el convoy y ahuyentó á los contrarios, y el mandadero que llevaba la carta al alcaide de Vélez cayó en manos de D. Fernando. Llega la noche, el Zagal hace la seña, no le contes-

tan de la plaza; baja al llano, y se encuentra rodeado por todas partes por las tropas de Castilla, que no le dejan un momento de descanso. Pelean toda la noche, y al nuevo dia se pronuncian en precipitada fuga los moros, teniendo su rey que seguir el movimiento. Cántase el *Te Deum* en el ejército; llega la noticia á Córdoba. La reina iba á salir para el campamento con fuerza considerable, y lo suspende, y dá gracias al Dios de los ejércitos por tan venturoso resultado. Solo Reduan habia logrado penetrar en Vélez con un escuadron y animar á sus defensores. Viendo empero la derrota del Zagal, que en Granada habian proclamado á Boabdil, y que la artillería habia por fin conseguido acercarse, influyó con los de Velez para que capitulasen, como lo hicieron con honrosas condiciones.

«A Málaga» gritaba el ejército. Largo, difícil y penoso habia de ser el sitio; pero ¿qué resiste ya al valor y fortuna de los españoles? La ciudad estaba resguardada por dos castillos: la alcazaba, ó fortaleza, y Gibralfaro; rodeábanla gruesas murallas, y sus fortificaciones eran más resistentes que las de otras plazas. Gibralfaro con especialidad era uno de los puntos más artillados y más difícil de ocupar; un camino cubierto unia ambas plazas.

Mandaba en Gibralfaro Hamet el Zegrí con sus Gomeles y africanos.

La ciudad, en bella y feliz situacion, jardines y arboledas, á la parte del mar terreno fértil, clima benigno, encerraba en vez de guerreros, laboriosos y activos comerciantes. ¡Con cuánto placer hubieran capitulado prefiriendo paz honrosa á las terribles consecuencias de la guerra! Así lo deseaban los vecinos, así el alcaide, que salió al campamento de D. Fernando; pero no así el Zegrí, feroz caudillo moro, que, entrando desaforadamente en la ciudad, mató al hermano del alcaide y se hizo elegir para este cargo.

Acércanse poco á poco á la plaza las tropas, establecen la línea de circunvalacion, ocupa el marques de Cádiz las alturas, y aproximándose la armada empieza un terrible fuego contra el castillo de Gibralfaro. A su vez despedia la fortaleza horribles descargas contra los sitiadores. Las brechas que abrian nuestros cañones eran inmediatamente restauradas. Ningun miedo, ningun desaliento en la guarnicion. Hamet y los africanos que le obedecian hallábanse en su elemento, entre el estampido del cañon y los gritos de los moribundos. Trepa á una torre el conde de Cabra, la ocupa; vese hostilizado, y cuando se creia vencedor, vuelan los moros

la torre y perecen muchos en el terrible estrago. Por otro lado entran los nuestros en el arrabal y lo ocupan. Corre la voz en el campamento de que iban á faltar los víveres; pues por tierra era muy difícil conducirlos, y por mar era todo eventual y expuesto á contingencias. El sitio, decian, iba á ser largo, y se hallaba establecido contra el acuerdo y voluntad de la reina. Estas pérfidas insinuaciones perjudicaban mas que una derrota: muchos desertaban, algunos se pasaban al enemigo. Conoció el rey la necesidad de infundir alientos al soldado. Escribió á la reina, que apareció bien pronto en el campamento. Su presencia reanimó á los sitiadores é hizo decaer á los sitiados: no podian esperar ya que se levantase el cerco. Conocieron que todo era hazañas cuando la reina estaba en el campamento, y que, por la gloria de morir á su presencia, todos desafiaban la muerte.

Suspendióse el fuego contra la plaza, é intimóse la rendicion á los defensores: en vano. Rompióse á presencia de la misma reina el cañoneo contra Gibralfaro: contestaron los defensores; y para ludibrio y escarnio pusieron en la torre mas alta la bandera del marques de Cádiz cubriéndose con los yelmos y cotas, trofeos de la Ajarquía. Sintiólo

el marques á par de muerte, redobló los fuegos, y sin cesar estuvo tres dias y tres noches dirigiendo certeros disparos. Con mal consejo traslada su campo á la inmediacion del castillo; rindiéronse los soldadós al sueño, y de repente saliendo dos mil jinetes del fuerte sorprenden y hostilizan á los del marques, que empiezan á desbandarse. «Yo soy el marques; á mí, que soy Rodrigo Ponce de Leon, á mi bandera» gritaba el intrépido conde, que logró reunir su gente y peleó con heróico valor. Fué herido el general moro, segundo de Hamet, y se refugian á la plaza los enemigos. Perdióse mucha gente en esta refriega, estaba lleno el hospital de la reina.

Hambre espantosa habia en Málaga: los soldados recibian seis onzas de pan al dia, los vecinos carecian de este auxilio, y unos y otros se alimentaban con carne de caballo, miéntras todo era abundancia en el campo cristiano. La guerra continuaba con bárbaro rigor: Nada de transacion, nada de paz, gritaban los terribles Gomeles alentados por Hamet. Los nuestros establecen profundos fosos y fuertes empalizadas, minan el terreno, ya para volar los muros, ya para penetrar por camino subterráneo en la ciudad. Apercíbense los moros, contraminan: hallándose unos y otros en las entra-

ñas de la tierra, se baten con encarnizado furor. No habia esperanza de rendicion: el descontento de los vecinos llegaba á su colmo; odiaban más á los fanáticos Gomeles que á los cristianos. Estos inventaban varios ingenios y máquinas de guerra, torres de madera, desde donde ponian puentes y escalas sobre los muros; mas todo era inútil. El Zagal trató de venir en socorro de la plaza, y salió de Guadix con este objeto. Boabdil envia su gente contra la del Zagal y la destruye. ¡Miserable rey, enemigo de su pueblo, mal amigo del cristiano! Al verle los nuestros, sin cabeza para organizar, sin brazo para combatir, sin carácter para hacerse obedecer, le apellidaron Boabdil el Chico. Los suyos, al verle apoyarse en los castellanos y alimentar la hoguera que iba pronto á consumirle, le miraban como apóstata. Fué débil; funesta cualidad en los monarcas.

Mas un dia presentase un santon en el campamento real fingiendo que tenia que hacer importantes revelaciones á los reyes. Hallábase descansando el rey, y trasladaron al moro á una tienda inmediata en que Doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, estaba jugando al ajedrez con D. Álvaro de Portugal, hermano del desgraciado duque de Viseo. El lujo

de la tienda, la riqueza de los trajes que vestian Doña Beatriz y D. Álvaro, hicieron creer al santon que aquellos eran los reyes; y acercándose cautelosamente hirió con una daga en la cabeza al portugues y tiró una y otra cuchillada á Doña Beatriz, sin hacerla gran daño, resbalando el acero en el bordado del vestido.

Los caballeros que estaban presentes mataron en el acto al moro y arrojaron su cadáver á la plaza por medio de una catapulta. ¡Adónde lleva el fanatismo político!

Rogaron los señores á los reyes que vivieran con mayores precauciones, y se creó una guardia especial para su custodia.

Todo era hazañas. Ocupan los cristianos dos torres en la muralla, las pierden, vuelven á recobrarlas, y los moros las incendian, teniendo que retirarse los nuestros. Unas cañoneras moras causan gran daño en la escuadra que estaba en el puerto, y Hamet, fanatizado por un dervis que le anunciaba prósperos sucesos, desoye los clamores del pueblo y aparta su vista de los estragos que ocasionaba el hambre.

Dispone el rey que Francisco Ramírez ocupe el puente y dos torres que habia á sus flancos. Difícil operacion en un punto descubierto, barrido por los fuegos de los castillos y por la

fusilería de la plaza. Dispone el valiente artillero abrir una mina, que condujo debajo de una de las torres; coloca una pieza de artillería cargada hasta la boca; y tomada esta disposicion, avanza al puente, resguardando á sus soldados del fuego de los enemigos. Colócanse gran número de moros en la torre, da Ramírez la señal, vuélase el fuerte, y sepulta á la mayor parte de sus defensores. Avanza Ramírez, colócase sobre los restos humeantes de la torre, invade la que estaba cercana, y se establece y fortifica sobre el recinto. Presenciaban los reyes tanto arrojo, y ocupada la plaza, en la misma torre armó el rey por su mano caballero al ilustre Ramírez.

Todo el pueblo sufria, ademas de los rigores del hambre, la ferocidad de los Gomeles, que entraban en las casas y robaban cuanto podian encontrar. Habia llegado á su colmo la desesperacion. Buscan á Alí, el comerciante más rico que habia en la plaza, y le ruegan que pase á Gibralfaro, á avistarse con Hamet pidiéndole que haga cesar tan horrible situacion, y que si era preciso sucumbir, que no dilatase la rendicion. Llevó consigo Alí á un alfaquí y á otros señores principales de Málaga, y llegó al castillo. Temian todos que el bárbaro Zegrí mandase rodar sus cabe-

zas; pero halláronle enteramente mudado de su anterior condicion. Sentado delante de una mesa con el dervis, escuchaba atentamente de sus labios la significacion misteriosa de alegóricas figuras que le presentaba, y se llenaba de gozo oyendo el favorable sentido de aquellos caractéres cabalísticos. Entran los comisionados, el alfaquí explica su mision, y Hamet sin mostrar enojo les dice: «Dios es grande. Decid al pueblo que pronto cesarán sus trabajos, que iremos á la victoria bajo la bandera santa del dervis, y que en esos almacenes de víveres que descubren desde el muro aplacarán pronto su hambre.» Despidiélos sin mas respuesta. Miraban todos los dias al castillo donde ondeaba el estandarte blanco, y un dia ven que no flotaba al viento. Era llegado el plazo; todos los que podian empuñar las armas se dispusieron á pelear, y las mujeres y niños, ansiando ver cumplida la prediccion, subieron á las murallas á gozarse en la dura suerte reservada á los cristianos. El dervis arenga á la multitud, la entusiasma, y empuñando el estandarte sagrado sale al campo con todos los valientes. Empieza la pelea con próspera fortuna para los moros; gritaba el fanático que no se diese cuartel, é increpó la conducta de Zaen, que viendo unos niños dormidos en

una tienda, los despertó mandando que fuesen en busca de sus madres. ¿Por qué no les diste muerte? le pregunta el dervis. — Porque no les ví barbas, respondió el noble moro.

Los cristianos ocupan y defienden los pasos que conducian al campamento; y Hamet hace desesperados esfuerzos; el dervis anima con su voz á los moros, y á poco cae herido mortalmente, abrazado á su bandera. Hamet, que creia los vaticinios del fanático, decae de ánimo; los suyos se dispersan y entran apelotonados en la ciudad. Las mujeres y niños, perdida toda esperanza y toda subordinacion, claman porque se rinda la plaza. Refúgiase en Gibralfaro el Zegrí; los de la ciudad constituyen una junta y envian al rico mercader Alí Dordux y á otros moros principales para que concierten con D. Fernando y Doña Isabel la entrega de la ciudad.

Recibiólos el rey enojado, se negó á todo partido y dijo que se le entregasen á discrecion. Rogaron una vez y otra, manifestaron que ellos estaban oprimidos por los africanos: repuso el rey que ya se les habia intimado varias veces la rendicion con generosas condiciones, y permaneció inflexible. La comision regresó á la plaza. Proponian algunos morir desesperadamente entre sus ruinas: otros, con-

fiando en la piedad de la gran reina, hicieron que los comisionados volviesen al campo cristiano. Negóse el rey á recibirlos, y desesperados los vecinos de Málaga escribieron á los reyes diciendo que «iban á colgar de las almenas los mil seiscientos cautivos cristianos que tenian en su poder; á conducir á la alcazaba mujeres, niños y ancianos; á pegar fuego á la ciudad y á morir matando.» «Que no se manche con semejante barbarie tan gloriosa conquista» dijo la reina, y movido por las súplicas de esta señora, el rey concedió libertad á cuarenta familias que indicó la comision, y permitió que ocupadas las principales fuerzas de la plaza por D. Gutierre de Cárdenas, comendador de Leon, saliesen los vecinos á recibir trigo y harina para proveerse de lo necesario para su subsistencia. Tierno espectáculo por cierto se presentó á la vista de los reyes. Extenuados, casi desfallecidos salieron de la ciudad todos los que podian caminar, y recibieron el necesario alimento de manos de los contrarios. Se permitió que llevasen cuanto pudiesen, y á poco aquellos grandes depósitos de harina y trigo habian desaparecido.

Salieron procesionalmente los cautivos de la ciudad, purificóse la mezquita y dedicóse la iglesia á la Encarnacion, creóse obispado en

Málaga. Hamet, sin fuerzas para resistir, ofreció que se rendiria bajo buenas condiciones. El rey dijo que se entregase, como lo hizo, quedando preso y cargado de cadenas, y cautivos sus Gomeles. Murieron acañavereados los desertores cristianos que se pasaron al moro. Fueron declarados esclavos todos los vecinos, y se les concedió que pudiesen rescatarse en término de ocho meses pagando treinta doblas de oro cada uno. Pasó el plazo, y todos, no habiendo podido rescatarse, quedaron cautivos. No vemos en esta ocasion la hidalga generosidad de nuestros reyes. D. Fernando el Católico se alojó en Gibralfaro, Doña Isabel en la alcazaba. Cedieron sin resistir Osuna y otras ciudades, Boabdil, el miserable Boabdil; felicitó á los reyes por la conquista de Málaga. ¡Qué oprobio! No merecia reinar.

Otra la actitud del Zagal. Reinaba en Guadix, Baza, Almería y varios importantes pueblos de aquel territorio; mandaba á tribus feroces y alpujarreños decididos, contaba con buenos capitanes, y resolvió correr la tierra y perseguir á los orgullosos cristianos. Dirigióse nuestro ejército á Baza, y en una celada cayeron los mas valientes, salvándose D. Fernando, que fué en su apoyo y que tuvo que retroceder más aprisa aún que en Loja. Conocian los

moros que esta èra su última esperanza, pues nada confiaban en los granadinos. D. Fernando con lucido ejército acampó á las inmediaciones de Baza é intimó en vano la rendicion.

Baza, rodeada por frondosa arboleda, cortada su vega por acequias numerosas, presentaba un bosque impenetrable de verdura, donde no podia maniobrar la caballería. Coronaban la ciudad varios castillos y la rodeaban fuertes muros. Quiso el rey aproximar sus tropas y poner su campamento á la inmediacion de las huertas. Salen de improviso los moros, y en aquel laberinto de árboles empiezan terrible lucha: tuvieron los jinetes españoles que apearse pues les eran inútiles sus caballos; y cuerpo á cuerpo pelean ambos enemigos. Sangrienta batalla, que duró doce horas; en que no se descubrian los combatientes, ni se podian hacer movimientos estratégicos, ni los jefes mandaban, ni los soldados obedecian. Todo era duelos singulares; en un lado avanzaban los moros, en otro eran rechazados. Ocultaba aquel bosque las hazañas de unos y otros, la mortandad era horrible, el arma corta ensangrentaba aquella lucha, en que perecian tantos valientes sin poder mostrar á los suyos sus proezas, ¿Cómo socorrerlos? por dónde? qué posicion ocupaban? qué suerte les cabia? Todo

se ignoraba. Préndese fuego á parte del bosque, y el resplandor y el humo y los alaridos de los moribundos llenaban á uno y otro campo de horror. Perecieron muchos jefes, y entre ellos Reduan, uno de los capitanes moros más esforzados. Esto decidió la pelea: los moros empiezan á ceder y se refugian al recinto fortificado; rodeánlos los españoles, que son á su vez desalojados. Peleóse toda la noche, y al nuevo dia reune el rey á sus capitanes en consejo, y acuerdan levantar el campo y trasladarlo á lugar mas conveniente.

Toma el rey las mayores precauciones, ocupa los desfiladeros, manda trasladar los víveres y municiones al nuevo recinto, y da la órden de abatir las tiendas, órden que se ejecuta con increible celeridad. Salen de la plaza los enemigos, y son rechazados. ¿Qué hacer? Llama nuevamente el rey á consejo, y unos opinan por levantar el sitio, otros porque prosiga con toda fuerza. Los soldados, que sospecharon lo que se trataba, pedian que se les condujese al enemigo. Consultó el rey con Doña Isabel, que se hallaba á la sazon en Jaen, y la noble señora contestó que dejaba á su esposo por juez en tan delicada cuestion; mas que si se acordaba continuar sobre la plaza, ofrecia tener bien abastecidos á los suyos y ayudarles con nueva

gente. Grande aliento infundió en el campo la resolucion de la reina. Y efectivamente, si el ejército vencedor en tantos encuentros, el que habia rendido tantas plazas, se hubiera retirado ante las fuerzas del príncipe Cidi Yahye, que defendian á Baza, ¿qué suerte iba á caber á los españoles? Viéndolos abatidos y desalentados, se unirian cuantos valientes quedaban en aquel reino, y los granadinos depondrian á Boabdil y darian aquel cetro al valeroso jefe que venciese con arrojo y fortuna á enemigos tan poderosos. Habia que perder toda esperanza: iba á ser inútil la sangre vertida, la reputacion del ejército caeria por tierra, y tan hazañosos caudillos verian marchitos sus laureles.

Dispuso el rey el campo á uno y otro lado de la frondosa arboleda. Distaba media legua un cuartel de otro, y no contento con abrir zanjas y fosos y poner trincheras y empalizadas, dispuso que se arrancara el bosque intermedio. Cuatro mil taladores ocupados en esta operacion tardaron cerca de dos meses en concluirla. Cayó por fin la arboleda, y pudo establecerse el sitio segun las reglas del arte militar.

Prolongábase el cerco: el tedio de los campamentos se hacia sentir; nuestros valientes

estaban mal hallados con el ocio, y viendo que sólo de tarde en tarde salian los moros de su recinto, iban á buscarlos á otros puestos, y bien combatian en duelo singular, bien hacian sorpresas y cabalgadas en crecido número. Distinguíanse entre todos Gonzalo de Córdoba, y Hernan Pérez del Pulgar, llamado el de las Hazañas.

El invierno se aproximaba, los moros juzgaban que no podrian resistir los nuestros el frio de la sierra, y confiaban que concluirian con el campamento las ramblas y torrenteras. No se hicieron esperar: á poco se inundó todo el real, y las aguas se llevaron muchas de las tiendas, que ya se habian cubierto de teja formando una poblacion. Nada detiene el valor de los españoles. La reina enviaba todos los dias las provisiones necesarias, no sólo para el ejército que estaba en Baza, sino para todos los fuertes que guarnecian nuestros soldados. A cada instante llegaban al campamento nuevos refuerzos bajo la bandera de algun concejo, ó de algun señor, y acémilas cargadas de dinero venian á satisfacer los sueldos de los soldados. Temerosa la reina de que llegase á faltar metálico, envió sus joyas, su vajilla y sus preseas á Barcelona y Valencia para levantar, vendiéndolas ó empeñándolas, nuevos recursos. ¡Grande señora!

Las moras que estaban en Baza, queriendo imitar la conducta de la reina, ofrecieron tambien sus joyas al alcaide, al valiente príncipe Cidi Yahye. Estaban muy enteros y animosos los defensores; no se hallaba entre ellos el Zagal, que temeroso de su sobrino habia partido á Guadix. Contaban los sitiados con la aspereza del invierno y se lisonjeaban de que los elementos obligarian á los cristianos á levantar el sitio.

El rey católico acudió al antiguo expediente, é invitó á la reina á que viniese á invernar en el campamento. Así se persuadirian los moros de que nada tenian que esperar.

Una mañana el ruido de los clarines y atambores anunció gran novedad en el campo cristiano. Alármanse los moros, suben á las torres, coronan los muros, y ven un ejército lucido que descendia por la cuesta; y en medio de tanto caballero y de tan suntuosa comitiva divisan á la reina de Castilla sobre una mula, llevando á su derecha á su hija, la infanta doña Isabel, y á su izquierda al gran cardenal de España «¡Ya no hay remedio para Baza!» exclamó el príncipe Cidi Yahye; «Ya no hay remedio, gritaba lloroso el pueblo; toda resistencia es inútil, capitulemos; y no suframos los horrores que nuestros hermanos de Málaga;» desde aquel momento cesaron las hostilidades. Intímase la rendicion á la plaza: oye el príncipe las propuestas del en-

viado cristiano que ofrece bienes, vida, libertad y el uso de su religion á los que se rindieran, y sin contestar, se retira y reune á los ancianos caudillos y alfaquíes. Discordes sus pareceres, escribió el príncipe al Zagal, que se hallaba en Guadix abrumado por los años y los pesares. Reune este su consejo, y contesta que no quiere la ruina y perdicion de los suyos, y que fiaba á la prudencia del príncipe su pariente la suerte de la ciudad. Hízose la entrega: respiraron libertad cuatrocientos cautivos, y los reyes entraron en Baza el 4 de Diciembre de 1489.

El príncipe Cidi Yahye quedó tan prendado de las altas dotes de la reina que la ofreció no sacar jamas la espada en contra suya. Iluminado repentinamente por la gracia de Dios, se hizo cristiano y se ofreció por uno de los mejores vasallos y mas fieles caballeros. Otro moro principal se presenta á la reina y la entrega las llaves de las fortalezas que tenia á su cargo. Trató Doña Isabel de darle ricos presentes, y el pundonoroso caballero se negó á recibirlos diciendo: «No vendo lo que no es mio.—¿Qué quieres? le preguntó la reina.—Que trateis bien á los que moran en aquellas villas.—Os empeñamos, contestó la señora, nuestra fe y real palabra; y ¿para vos?—Nada: salvo conducto para regresar á África.»

Muchos pueblos se rindieron con las mismas

condiciones que Baza; el Zagal habló largamente con el príncipe Cidi Yahye y convino por fin en ceder á los reyes todos los territorios que poseia. «Alá lo quiere» decia el anciano monarca, y cedió á los cristianos las ciudades de Guadix y de Almería, recibiendo un pequeño territorio que, con título de rey, le señalaron los Reyes Católicos para que conservase un simulacro de poder. En Almería vióse con el rey D. Fernando: quiso postrarse y besarle la mano; no lo permitió el monarca de Castilla, que le recibió como amigo y aliado.

La conquista de Baza costó bien cara: perdimos veinte mil soldados. Llegó su hora al imperio granadino. En vano Boabdil se negó á cumplir un tratado secreto en que se comprometiera á entregar á Granada tan pronto como hubiese sucumbido Guadix. En vano rechazó el pueblo exasperado la órden de que entregase las armas. Débiles esfuerzos. Estaba escrito que Granada debia rendirse concluyendo pronto la dominacion mahometana en España.

Dejémos para el tomo inmediato tratar de la conquista de la noble ciudad. ¡Qué heróicos hechos debemos narrar en él! ¡Cuanta hazaña! Granada! América! Pavía! Lepanto!

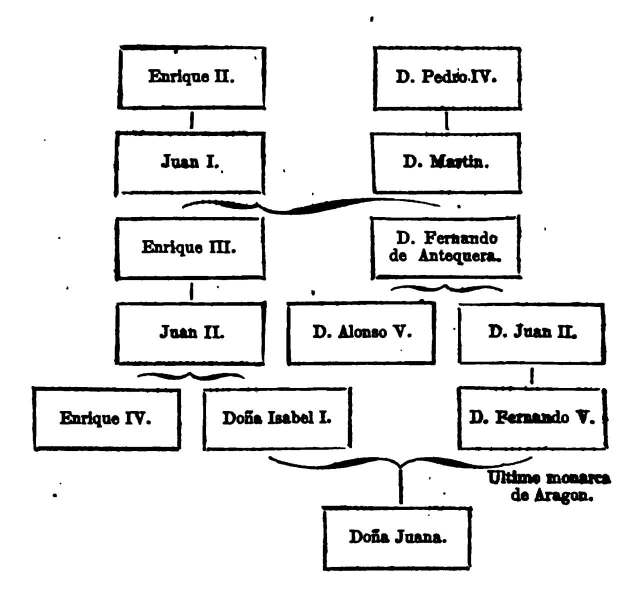
SÉRIE DE PONTÍFICES.

	Gregorio XI.
1378	Urbano VI.
1389	Bonifacio IX.
1404	Inocencio VII.
1406	Gregorio XII.
1409	Alejandro V.
1410	Juan XXIII.
1417	Martino V.
1431	Eugenio IV.
1447	Nicolao V.
1455	Calixto III.
1458	Pio II.
1464	Paulo II.
1471	Sixto IV.
1484	Inocencio VIII.
1492	Alejandro VI.

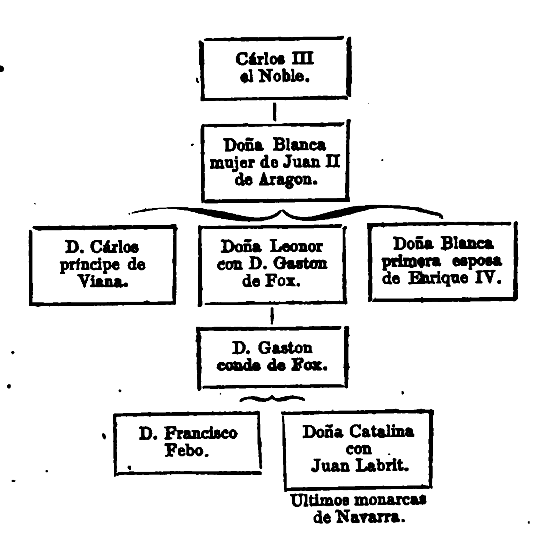
Pontífices en Aviñon y antipapas.

1378	Clemente VII.
1394	Benedicto XIII.
1424	Clemente VIII.
1429	Cónclave, el cisma.
1439	Félix V, ántes Amadeo VIII, duque de Saboya: abdica en 1449, muere en 1451.

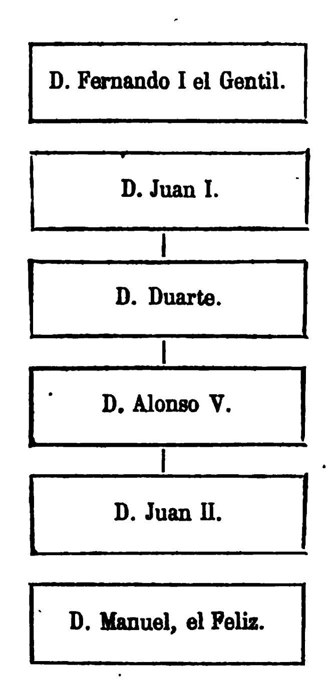
REYES DE CASTILLA Y ARAGON.



REYES DE NAVARRA.



ÁRBOL DE LOS REYES DE PORTUGAL.



NOTICIAS

ACERCA DE D. PEDRO DE LUNA (BENEDICTO XIII.)

El que desée conocer el Catálogo de las obras escritas por D. Pedro de Luna, ó atribuidas al mismo, puede consultar la Biblioteca antigua de Nicolás Antonio, libro X, capítulo 3.° y las notas del Sr. Perez Bayer. La única obra publicada, ó al menos que he visto y de que tengo noticia, es el *Libro de las Consolaciones de la vida humana*, dada á luz en 1860 en el tomo 51 de la biblioteca de Autores Españoles, por mi amigo y compañero el Sr. D. Pascual Gayangos.

En la Biblioteca antigua nos dice su claro y diligente autor que Luna nació de una familia nobilísima en el reino de Aragon, habiendo sido sus padres Juan Martinez de Luna y María Perez de Gotor; y hablando de sus circunstancias escribe: «Brevis fuit staturæ gracilisque; sæveri ac rigidi ingenii, vitæ integræ, ab omnis labis alienæ, juris utriusque doctor peritissimus.» Manifiesta que Luis Panzan escribió un comentario sobre las cosas de Benedicto XIII ó de su tiempo, y copia un trozo acerca del veneno que se creyó le habian propinado.

Hay muchos documentos de este antipapa en las iglesias de la corona de Aragon. En el Viaje literario á las Iglesias de España del P. Villanueva, publicado por la Real Academia de la Historia, se encuentran curiosas noticias de diferentes donaciones que se conservan del antipapa, y se trascriben dife-

rentes bulas, breves y rescriptos, la mayor parte de interés meramente local.

Ultimamente han ilustrado este punto varios eruditos españoles. El Sr. D. Nicolás Sancho, mi respetable amigo, en su *Descripcion histórica y artística de la ciudad de Alcañiz* ha reunido cuanto se sabe de este personaje, y ha publicado la bula de Creacion de la Santa Iglesia colegial de Alcañiz, expedida por Benedicto XIII (1407).

Hablando de los réstos de los dos antipapas españoles, dice el Sr. Sancho: «Dos palabras tan sólo vamos á añadir sobre los restos mortales de este hombre desgraciado y los de su inmediato sucesor Gil Sánchez Muñoz. Depositóse el cadáver embalsamado del primero, en la iglesia del castillo de Peñíscola, y pocos años despues de su muerte, fué trasladado á su palacio de Illueca *y puesto en la misma cámara que nació, en donde*, segun Zurita, *lo tenian con grande luminaria en la misma arca-ataud en que vino*. Así permaneció muy bien conservado en sus formas hasta que en la época de los franceses (1811) lo hicieron estos pedazos, arrojándolo despues vandálicamente por los balcones. Pudo aún su familia recoger su grande cabeza, y esta se halla actualmente en el palacio de los condes de Argillo, del pueblo inmediato de Sabiñan, conservando todavía la piel sobre el cráneo, y un ojo dentro de su órbita.»

«La cabeza del segundo se halla en la Sala Capitular de los racioneros de Teruel, á cuya ciudad y corporacion perteneció; y está tan perfectamente conservada que no le falta nada de la cara ni de la cabeza, y lo que es aún mas sorprendente, hasta tiene bastante abultado el rostro, en el cual se perfila todavía el pelo de la barba. Diríase que hace pocos meses que

espiró, siendo así que pasa de cuatro siglos, pues murió en 1447. Aunque sea este un fenómeno natural no deja de ser notable: nosotros al menos no hemos visto una mómia que mas haya alargado y trasmitido á la posteridad la idea y memoria de su forma primitiva. Para que en todo aparezcan singulares estos retoños agostados de la ruidosa eleccion de Fondi!»

El Sr. D. José María Cuadrado, antiguo amigo, y elegante escritor, en su obra: *Recuerdos y bellezas de España*, nos dice al cap. V del tomo correspondiente á Aragon:

«Dejando atrás en hondo valle á Trasovares cuya antigüedad muestra un arco bizantino de su parroquia y de cuyo abandonado monasterio de Bernardas nada puede alabarse sino la capacidad, al extremo de una garganta formada por dos colinas preséntase el crecido pueblo de Illueca en derredor de un cerro y del palacio que vió nacer á Pedro de Luna mas famoso en la historia del cisma pontificio con el nombre de Benedicto XIII. De entonces acá trocóse en quinta el alcázar feudal de los Señores de Illueca y Gotor; aportillada su fuerte cerca, truncados los torreones que le servian de elevado basamento, sufrió la restauracion del siglo XVI, y su vejez prematura entraña síntomas de muerte. Algunos bustos con pretensiones de romanos incrustados en la fachada dentro de nichos, algunos portales platerescos en el interior, y un friso de góticos arabescos en torno de la techumbre de la sala conocida con el faustoso epíteto de *dorada*, son las únicas curiosidades del solar de los Martinez de Luna; pero mas notables recuerdos encierra la pequeña rotunda del piso bajo, cuyo blason reune la media luna de esta noble estirpe á la tiara y llaves de San Pedro. Allí vió la luz primera Pedro de Luna: allí

creció y nutrió en el retiro aquellas virtudes y entereza tan admirada de la cristiandad como funesta luego á su paz al degenerar en pertinacia; allí protegió hasta Francia la fuga de Enrique de Trastamara derrotado en Nájera por su hermano; allí residió siendo ya legado: renitente en aceptar la tiara, obstinado en conservarla, aclamado en Francia, Aragon y Castilla, durante veintinueve años opuso el sólio de Aviñon al de Roma; y mártir de su creido derecho, abandonado por los reyes sus favorecedores y sus protegidos, excomulgado por la Iglesia cuyo gefe se titulaba, falleció en su encierro de Peñíscola sin asomo de inquietud ó vacilacion. Fragancia maravillosa creyó percibirse en el túmulo donde reposaba; y en 1430, á los siete años de muerto, trasladado el cadáver por un sobrino al paterno hogar, y convertida en sarcófago la cámara de su nacimiento, halló respetuosos honores ya que no religiosas plegarias, hasta que los soldados de Bonaparte, como en Aviñon los de Busicando mientras vivia, ávidos de botin, profanaron su postrer morada, dispersaron sus huesos, esparcieron al viento sus cenizas. Su cabeza lanzada por la ventana rodó por las márgenes del pequeño Aranda: recogida mas tarde y guardada en el vecino pueblo de Saviñan, nosotros hemos tenido en las manos aquella cabeza venerable revestida aun de piel en que se distinguen la raiz de los cabellos y las venas de su frente; y por la nariz marcadamente aguileña, por las órbitas de los ojos, vacía una de ellas, nos hemos esforzado en adivinar y animar la fisonomía del nonagenario cautivo, de aquel que sembró en Aragon las huellas de su pontifical munificencia, y que vive indeleblemente en los recuerdos del mismo vulgo con el nombre del papa Luna.»

Los documentos relativos á Calatayud los debemos al Señor

D. Vicente de la Fuente, querido amigo y compañero, que tantos servicios tiene prestados á la Historia eclesiástica de España.

¿Qué deberá hacerse con los restos de Luna y de Muñoz respetados por los siglos? ¿Consentirá la Nacion que se destruyan, ó mandará que se coloquen en lugar decente? ¿Por qué no está la cabeza de Luna en la biblioteca de la iglesia de Zaragoza en lugar digno aunque profano?

DOCUMENTOS

RELATIVOS AL ANTIPAPA LUNA.

Anuncia á Calatayud su promocion al Pontificado.

Benedictus Episcopus servus serv. Dei. Dilectis filiis Justitiæ, judicibus et juratis civitatis Calatayubi. Salutem et apostolicam benedictionem. Quoniam affectu vos prosequimur paternali, ea vobis libenter notificanda ducimus, quæ vobis spiritualem credimus lætitiam illatura. Ea propter, dilecti filii, ad vestri jucunditatem animi, assumptionem nostram ad summi Pontificatus apicem et universalis Ecclesiæ regimen, nobis licet indignis injunctum, vobis tenore præsentium intimamus. Datis Avinione IV kls. novembris Pontificatus nostri anno primo.

Establece estudios generales en Calatayud.

Ad ea ex apostolicæ servitutis desuper injuncto nobis offitio libenter intendimus per quæ personis studio litterarum dedi-

tis, quantum cum Deo possumus, utilitates et commoda procurentur. Hodie siquidem ex certis tunc expressis et rationabilibus ad id nostrum inducentibus animum studium generale in illa civitate nuncupata de Calatayub, Tirasonensis Diocesis, auctoritate apostolica instituimus, fundavimus et etiam ordinavimus, prout in nostris inde confectis litteris plenius continetur. Nos igitur Doctoribus et magistris in studio hujusmodi pro tempore legentibus seu regentibus de salariis seu pensionibus congruis providere cupientes, tertiam partem fructuum reddituum et provenuum decimalium quartorum nuncupatorum, nec non primitiarum ad fabricam et ornamenta ecclesiarum parroquialium sæcularium cuarumcumque, infra archidiaconatum de Calatayub in ecclesia Tirasonensi consistentium, tam de jure quam de antiqua consuetudine et aliàs quomodolibet deputatorum, assignatorum seu etiam debitorum, ex certa scientia, motu proprio, non ad alicujus instantiam, auctoritate prædicta pro salariis seu pensionibus hujusmodi damus, concedimus ac etiam assignamus. . . . . Nulli ergo hominum liceat, etc. Datis Perpiniani Elnensis Diocesis V idus septembris Pontificatus nostri anno vicesimo primo.

Convocatoria para el concilio de Perpiñan.

Benedictus episcopus, servus servorum Dei. Venerabilibus fratribus archiepiscopo Toletano et episcopis, ac dilectis filiis electis abbatibus, prioribus, decanis, præpositis et cæteris ecclesiarum prælatis exemptis et non exemptis per Toletanam provinciam constitutis: Salutem et apostolicam benedictionem. Cœlestis altitudo consilii firmam retinens in sua dis-

positione censuram, Sacrosanctam Romanam Ecclesiam, ad cujus regimen sumus licet insufficientes assumpti, supra petram fidei soliditate fundavit, illud ei tribuens in apostolicæ confessionis fortitudine fundamentum ut nec procella turbinis nec prævalere possit adversus eam spiritus tempestatis. Unde ipsa universalis mater Ecclesia Sacrosancta usque ad consummationem sæculi manentem secum retinens Salvatorem, ideò, juxtà canticum Salomonis, quem dilexit amplectitur, ut pro nulla rerum varietate vel temporum ab unitate suæ fidei pietatis et veritatis proposito separetur. Licet enim per mundanæ malignitatis incursum in varia discrimina inciderit et persecutiones innumeras pertulerit ac labores, numquam tamen eam gratia divina deseruit quominus robur ejus in qualibet temptatione proficeret, et inde spei suæ gaudium obtineret, unde recepit fidei fundamentum. In hac enim fidei soliditate firmati Nos apostolorum Principis succesores, Christi licet insufficientibus meritis suscepimus vicariam, in ipso Domino Jesú-Christo figentes anchoram spei nostræ ut, licet propter intrusionem nonnullorum qui inconsutilem dominicæ vestis unitatem scindere satagentes Ecclesiam ipsam variis turbationibus et persecutionum turbinibus vexaverint, Nos dolore tristitiâque afflixerint, speramus tamen indubiè quod statum ejusdem Ecclesiæ in unitate spiritus et pacis vinculo conservabit ipse qui non solum eam verborum expressione, sed et sui pretiosi sanguinis effussione fundavit; ut post vespertinos fletus, gemitus et lamenta quos emittere cogunt mala et discrimina quæ execrandi schismatis ¡proh dolor! importuna duratio in populo christiano introduxit, quæ libet flere potius quam narrare, lætitia matutina succedat, ipsaque Ecclesia velut columba pulcherrima, in suis lætificata gemitibus sine

ruga prorsus et macula candoris sui pulchritudinem retineat illibatam. Dudum siquidem cum post nostræ assumptionis primordia ad procurandum scissæ dominicæ vestis reintegrationem et senescentis schismatis eradicandam, Deo auctore, perniciem anxios labores nostræ solicitudinis subiisset instantia, frequens Nos turbatio impetiit et difficultatum undique ingruentium tempestas involvit; et tandem inter varios et periculosos eventus Nos reperimus interceptos et multos per annos notorio impedimento detenti non potuimus in actum producere quod fervido pro bono christianitatis gerebamus in pectore. Cum autem placuit illi qui solo nutu restaurat universa ut solutis vinculis detentionis nostræ in libertatem clausos limites aperiret, ad repetendam incohati laboris sarcinam oculos direximus nostræ mentis, et de fratrum nostrorum consilio ad F. Perrinum de Thomacellis in Apostolica Sede intrusum solemnes nuntios duximus destinandos. Qui dicti Perrini præsentiam adeuntes nonnullas vias ad unitatem Ecclesiæ brevitèr consequendam utiles et accommodas eidem Perrino in præsentia suorum anticardinalium et multorum aliorum nostra pro parte publicè obtulerunt, ipsum ex parte nostra iteratis vicibus requirentes quatinus alteram de dictis viis acceptaret, aut aperiret aliquam si quam vellet, quoniam paratos Nos offerebant, viam rationabilem, si offerretur, acceptare, per quam vera unio in Dei Ecclesia haberetur; pro qua brevitèr et canonicè consequenda statui Papali cedere et mortem etiam corporalem subire, si expediret, nostræ intentionis esse proposuerunt expresse. Qui quidem Perrinus aliquam ex viis oblatis acceptare aut aliam aperire penitùs recusavit, omnemque viam pacis abjiciens dictis nuntiis mandavit ut à sua præsentia et curia recederent sine mora. Quo infra bi-

duum post dictæ negationis tam ferale responsum miserabilitèr vita functo, et nuntiis nostris sub salvoconductu captis et demum certa pecuniæ quantitate redemptis, quidam Cosmatus de Selmona in ipsius intrusionis vitium per anticardinales dicti Perrini superstites subrogatus, male adeptam præsidentiam retinere gestiens, quamquam per dictos nuntios nostros litteris et internuntiis multis vicibus requisitus nec salvumconductum concedere nec eos ad suam præsentiam venire permissit: quinimmò etiam cum ob hanc causam ad has partes Italicas nos transtulissemus ut commodiùs possemus de hujusmodi desiderata secum unione tractare, licet ante suam intrusionem se daturum operam, ut felix hujus rei exitus haberetur, cum aliis anticardinalibus voto et juramento se astrinxisset, nihilominus nobiscum tractare renuit et dilationibus interpositis hanc Dei causam duxit per varias illusiones penitùs in neglectum. Et tandem divinæ ultionis mucrone percussus, à die suæ intrusionis vix exacto biennio, clausit miserabilitèr dies suos. Quo defuncto præfati anticardinales satis celeritèr processerunt ad intrudendum Angelum dictum Corarium, qui se facit Gregorium appellari. Qui posteà nobis et fratribus nostris Sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinalibus tunc Massiliæ degentibus per suas litteras indicavit se votis et juramentis astrictum ad dandam pacem in Dei Ecclesia per viam cessionis et ad illam se totis afectibus aspirare eam nobis offerendo. Quibus per Nos summo cum gaudio perceptis, ex istis principiis credentes indubiè virum istum secundum cor nostrum veris charitatis affectibus ad tam pii operis consummationem velle procedere cum efectu, directis sibi nostris apicibus, datis Massiliæ apud Sanctum Victorem secundo kalendas februarii pontificatus nostri anno tertio decimo, viam

mutuæ cessionis purè, liberè et simplicitèr fiendæ obtulimus: pro quorum celeri executione cum nuntiis dicti Angeli plena ad hoc potestate suffultis concordatum extitit et conventum ut Nos cum nostro et prædictus Angelus cum suo prætenso collegiis, certis terminis ad hoc præfixis, personalitèr conveniremus in civitate Saonæ, ubi Nos etiam terminos ipsos præveniendo cum dicto collegio nostro personalitèr affuimus. Idem autem Angelus dicta, pacta et promissa observare contempnens nec in primo termino nec in secundo comparere curavit; sed post ultimi termini lapsum per suos ambaxiatores quibusdam frivolis rationibus declinando Saonam et ad alia diffugia se convertere, Nos inter cætera requisivit ut pro bono unionis ad hunc locum Portus Veneris, situm in confinibus territorij Ianuensis, à Saona per nonaginta milliaria distantem Nos transferre vellemus, offerens se ad locum de Petra sancta, Lucanæ diocesis, eo casu venturum, ut ex vicinitate locorum facilior ad executionem agendorum pateret facultas. Et licet opinio de ipso prius concepta Nos aliàs prout manifestè cernitur fefellisset, tamen ne tantum bonum imperfectum remaneret, dictæ requisitioni annuentes etiam ante terminum concordatum cum dicto nostro collegio venimus ad hunc locum: dictus autem Angelus ad locum de Petra sancta per suos oratores, ut præfertur, oblatum penitus venire recusans, post diversas nuntiorum nostrorum instantias, tribus mensibus interim fere lapsis, se ad Lucanam contulit civitatem. Cujus adventu percepto, statim nostros solemnes nuntios ad ipsum Angelum de dictorum fratrum nostrorum consilio cum plena potestate destinavimus iterato. Qui juxta eis commissa publicè ex parte nostra requisierunt eumdem quatinus ad unionem Ecclesiæ per viam mutuæ cessionis, prout

hinc inde oblatum fuerat, diligentèr et sollicitè vellet intendere; exhortantes eumdem ut de hiis quæ pro præmissorum consummatione et unionis conclusione necessario agenda erant, cum ipsis nuntiis concordare eorumque executionem accelerare placeret: offerentes Nos ad præmissorum pro unione assequenda purè, liberè, efficacitèr et semotis frustratoriis dilationibus processuros. Quibus nuntiis idem Angelus conclusivè respondit se solùm de loco in quo ambo personalitèr conveniremus velle tractare, et quod de aliis necessariis ad unionem perficiendam tractare in dicto loco et non alibi proponebat. Et licet dicti nuntii nostri multis rationibus persuaderent præjactum per eos ordinem fore utiliorem et breviorem, quodque illis concordatis de loco executionem præmissorum possent faciliùs et securiùs posteà concordare, videntes tamen dictum Angelum in præmissa responsione firmatum ad tractandum primitus de loco conventionis supradictæ, ut idem Angelus volebat, condescenderunt. Super qua materia dicti nuntii nostri, ultrà loca Ianuæ, Saonæ et alia nonnulla aliàs oblata, quædam civitati Lucanæ propincua, secura et habilia obtulerunt cum illis securitatibus de quibus Massiliæ inter partes pactum fuerat et conventum, aliis necessariis et opportunis superadditis, si expediret. Obtulerunt insuper limites obedientiæ nostræ et ipsius Angeli, inter hunc locum Portus Veneris et civitatem Lucanam constitutos, in quibus tamen limitibus dictus Angelus meliora et securiora loca habere dignoscitur: quæ oblatio etiam per sæculares quantumcumque discordes de pace tractantes vix aut nunquam consuevit refutari. Quæ omnia dictus Angelus frivolè declinavit. Demum vero oratores Venetorum hoc videntes, suo et plurium aliorum Regum, Principum et communitatum, nuntiorum nomine pro ea-

dem conventione quædam loca idonea et habilia nominarunt in obedientia dicti Angeli et sub dominio Domini Lucani consistentia, et quæ nuntii nostri liberalitèr acceptarunt. Sed etiam illa idem Angelus refutavit; quamquam, ut patet, per instrumentum publicum ad omnem locum idoneum infrà Italiam in sua obedientia constitutum se venturum aliàs obtulisset. Cùmque videremus dictum Angelum à rationis tramite deviantem, ne causa Dei ulterioris dilationis incommoda pateretur, oblationi dicti Angeli per suos oratores factæ novissimè per quam se venturum Pisas à Luca per decem milliaria distantem obtulerat, si Nos Liburnium per sexaginta ab hoc loco remotum veniremus, duximus annuendum; ut exinde, considerata vicinitate locorum, quæ per nos et ipsos pro executione viæ cessionis hinc inde oblatæ ad perfectionem unionis concordanda erant, concordarentur et tandem felicitèr complerentur. Sed dictus Angelus, quamvis per nostros nuntios, suos anticardinales et dictos oratores fuisset sæpè et sæpius requisitus quod juxtà oblata per eum ad Pisanam veniret civitatem, quam nuntii Florentinorum ad hoc potestatem habentes offerebant, venire finalitèr recusavit. Et omni spe tractandi ulteriùs de hac materia sublata dataque repulsa, nostros nuntios ulteriori salvoconductu, cujus terminus instabat, penitùs denegato à sua audientia repulit vacuosque remissit, prout de præmissis omnibus et singulis constat per publica et authentica documenta. Et tandem suis anticardinalibus ne cum ipsis nuntiis nostris et Regis Franciæ ambaxiatoribus loquerentur et ne se invicem congregarent, nec civitatem Lucanam sine ipsius licentia speciali exirent, sub magnis pœnis prohibendo interdixit. Et satis citò ad nonnullorum anticardinalium creationem non obstantibus propriis voto et juramento

processit. Anticardinales verò præmissa considerantes et ipsum Angelum ad bonum unionis ex præmissis et aliis indispositum attendentes, ab eo recesserunt seque ad præfatam civitatem Pisanam transtulerunt. Verum, quod referre piget et exprimimus cum dolore, considerantes quod, humani generis inimico pacis æmulo procurante, à dicto Angelo obtinere nequivimus super materia unionis aliquid effectivum, et propter nonnulla etiam contra personam nostram ac statum et honorem Sedis Apostolicæ atque nostrum, ut fidedignis relatibus accepimus, innovata et attemptata, hîc deinceps absque personali periculo nostro et nostrorum moram trahere non valemus, nolentes Deum temptari imminente periculo, de venerabilium fratrum nostrorum cardinalium consilio et eorum frequenti instantia pulsati deliberavimus recedere et nos cum nostro collegio hoc turbationis tempore reponere in securo. Sed ne videremur, sicut nec intendimus, quacumque adversitate intercedente hujusmodi prosequutionem unionis dimittere sic neglectam, de dictorum fratrum nostrorum consilio deliberaveramus nuntios nostros plena potestate suffultos hîc dimittere qui, tam cum dicto Angelo, si vellet ad cor reverti, quam cum suis prætensis Cardinalibus possent ad effectum oblatorum procedere efficacitèr in agendis. Quia tamen impedientibus ambaxiatoribus charissimi in Christo filii nostri Regis Francorum illustris, in his partibus moram trahentibus, salvusconductus dictis nuntiis necessarius obtineri non potuit, licet non credamus hoc de dicti Regis voluntate et conscientia processisse, eosdem nuntios dimittere nequivimus ob prædictæ securitatis deffectum. Præmissis itaque in animo sæpius recensitis, ad tanta discrimina relevanda dirigentes aciem nostræ mentis levamus oculos ad Deum unde provenire No-

bis auxilium et humilitèr petimus et devotè speramus. Et quia in his adhibere remedium, licet ad Nos ex officii debito pertineat, interest tamen generalitèr fidelium omnium, Nos cum eisdem fratribus nostris aliisque viris prudentibus frequenti tractatu præhabito, prout tantæ necessitatis instantia exigit, de ipsorum fratrum consilio generale concilium, sicut imitatione digna sanctorum Patrum consuetudo laudabilis longævæ observationis exemplo nos instruit, juxta sacrorum canonum instituta celebrandum in loco Perpiniani, Elnensis diocesis, decrevimus convocandum, ut in eo tam circa præmissa et ea quæ ex stirpationem præsentis schismatis et unionis accelerationem concernunt, quàm circa alia quæ salutem respiciunt animarum et Ecclesiæ statum pacificum et tranquillum, illa, Deo auctore, inveniatur provisio per quam eradicato schismate, roborata fide, sedatis discordiis, pace firmata, ac eiusdem sanctæ matris Ecclesiæ ac christianæ religionis statu debitè reparato, tollat scissuras, nobisque remedia apperiati dem ipse qui novit, et facultatem tribuat, sicut potest, quod in præmissis juxtà intensum animi nostri desiderium sibi ministrare possimus ad sui nominis laudem et gloriam sempiternam, et in præsenti ad animarum profectum, robur fidei, pacem et exaltationem populi christiani. Verum licet prosecutio tanti propositi majori tempore indigeret, tamen ex quibusdam urgentibus causis, præsertim propter accelerationem præfatæ unionis conceptum terminum, præstringentes ut breviùs feliciùsque negotium hujusmodi, auctore Domino, optatum sortiatur effectum, festum Omnium Sanctorum proximè futurum ad id duximus deputandum. Quocirca universitati vestræ per apostolica scripta mandamus quatinus vos fratres archiepiscope et episcopi, ac dilecti filii electi et abbates exempti

et non exempti, quos etiam in vim per Nos præstiti juramenti requirimus, et cæteri ecclesiarum prælati, omni negligentia relegata, cunctis, prout talis et tanti negotii qualitas exigit, dispositis et paratis sic medio tempore vos accingatis ad iter, quod in hujusmodi decreto termino, quem vobis et aliis peremptoriè assignamus, in præfato loco Perpiniani vos nostro conspectui personalitèr præsentetis ad ea quæ in dicto concilio tractanda occurrerint solers et operosum studium impensuri. Capitula vero ecclesiarum omnium, tam cathedralium quam aliarum, et conventus monasteriorum quibus per vos archiepiscopum et episcopos cum omni celeritate volumus id mandari, ad idem concilium viros idoneos pro se mittant; quibus ad omnia quæ in dicto concilio statuentur, fient et ordinabuntur ac fuerint opportuna, concedant plenariam potestatem, de qua sufficientèr constet per publica et authentica documenta. Non obstantibus quibuscumque privilegiis seu indulgentiis quibusvis personis, ordini, dignitati seu collegio, sub quacumque verborum forma vel expressione, ab Apostolica Sede concessis, per quæ possit effectus hujusmodi mandati nostri quomodolibet impediri aut eidem in aliquo derogari. Circa personarum vero et evectionum numerum tali moderamine observato ut nullus pomposus aut inanis gloriæ quæsitor, sed quilibet sic veræ humilitatis cultor appareat, quod Ecclesiæ sibi commissæ nequaquam onerosus existat. Non est tamen nostræ intentionis per hæc ab his quæ super cessione et unione dicto Angelo per litteras nostras oblata sunt recedere, aut illa quovis modo suspendere seu prorogare. Quinimmo illa intendimus interim et continuè efficacitèr, quantum in nobis fuerit, prosequi et exequi toto posse. Datis apud

... lo San Pablo y San Pedro con ...

... una cruz. Del otro lado ...

BEN...

†

DECUPLE DOBLA DEL REY D. PEDRO DE CASTILLA



Existe en la Biblioteca Nacional de Madrid

Publicada en la Historia de España del Sr. D. Antonio Cavanilles.

SOBRE LA DÉCUPLE DOBLA DEL REY D. PEDRO.

«Se ha adquirido por la Direccion de la Biblioteca Nacional de Madrid en precio de mil francos una décuple dobla de D. Pedro de Castilla, que con otras seiscientas monedas de oro, fué hallada en unos trabajos de excavacion que se hacian en el departamen to del Bajo Loira, habiendo entre ellas algunas otras españolas, y francesas desde el reinado de Cárlos VI hasta Enrique III.

«Esta moneda era ya interesante en una época muy próxima á su acuñacion, puesto que Cárlos III de Navarra, apellidado el Noble, adquírió un ejemplar para conservarle entre otros objetos curiosos que poseia para su recreo, pagando por él ventiocho libras y cuatro dineros navarros, segun se ve por la siguiente cita que trae el P. Liciniano Saez en su tratado de las monedas de los Enriques [1].

«Esta cantidad, aunque aparece inferior, no solo al valor intrínseco del oro tal como lo es en el dia de hoy, sino tambien al de la época de su acuñacion, debió ser en realidad mayor del corriente, segun puede colegirse de este documento; cuya diferencia debia consistir en las contínuas oscilaciones que entónces experimentaba la relacion que entre sí tienen los metales preciosos.

«Esta moneda pesa cuarenta y cinco gramos, que es la quinta

[1] El documento de la Cámara de Contos Reales es una Cédula del rey D. Cárlos III expedida en *Olit* en 15 de enero de 1398, por la que manda á los Oidores de sus Contos rebajen al tesorero Juan Caritat diferentes partidas de dineros que de su órden habia dado á las personas que expresa, y una dobla á dicho rey. «A nos (dice) delibrado en nuestras manos *Dobla de Castiella del peso de diez doblas*, la qual nos ficimos comprar por facer de illa á nuestro placer, que costó segunt que desto somos bien certificados XXVIII libras IIII dineros.»

parte del marco de Castilla, y se halla á la ley de veintitres quilates y tres granos, que es casi la suprema. De esta ley se sacaban entónces de cada marco cincuenta doblas y $^{2}/_{25}$ de otra, cuyo quebrado sería, tal vez lo que se reservase el Estado por el derecho de braceaje.»

La sábia Direccion de la Biblioteca Nacional ha tenido la bondad de permitir que dé á conocer en mi obra esta moneda, única en España. La nota que precede es debida al Sr. Bermudez, diligente anticuario de dicho Real establecimiento.

INDICE Y SUMARIOS.

LIBRO SEXTO.

PÁGINAS.

LIBRO SETIMO.

HISTORIA DE ESPAÑA.

TOMO QUINTO.

HISTORIA

DE ESPAÑA

POR

DON ANTONIO CAVANILLES,

DE LAS REALES ACADÉMIAS DE LA HISTÓRIA Y DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS.

TOMO QUINTO.

MADRID.—1863.
IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRIA.
Calle de Santa Feliciana 5, Chamberí.

HISTORIA DE ESPAÑA.

LIBRO SÉTIMO.

CASTILLA.

CAPITULO V.

Impacientes estaban por demas los soldados españoles deseando medir las armas con los moros de Granada. A esta ciudad y su vega estaba circunscrita la guerra. Mas la ciudad tenia inmenso circuito y fuertes torres; la vega era extensa, fértil y poblada; los montes, que la circuyen, ásperos y fragosos; y los montañeses valientes y arrojados. En nada tenian esto los españoles: lo creian todo llano y sencillo; y los que habian acometido tan grandes hazañas despreciaban las dificultades que aun de-

bian presentarse. El soldado español, heredero del valor del romano, de la sobriedad del godo, de la movilidad del árabe, sentia dentro de sí deseo, ó mas bien, necesidad de pelear.

Don Fernando creyó que debia reprimir el ardor de los suyos; conoció que la plaza estaba bien provista de víveres, que tenia que habérselas con muchos y valerosos soldados, restos de anteriores conquistas, fuertes y agraviados, y juzgó que sería imprudente establecer desde luego un sitio formal. Pensó mejor ofrecer condiciones generosas y empezar pláticas de paz. Boabdil habia prometido entregar la ciudad tan luego como sucumbiera Guadix; mas ni queria, ni podia llevar á cabo su empeño. Encerrado en la Alhambra, oculto á las miradas de su pueblo, sólo llegaban á sus oidos las maldiciones de los suyos. ¿Cómo un monarca tan abatido, y casi destronado, podia contar con los medios y auxiliares necesarios para cumplir su compromiso? Así lo hizo presente al rey castellano, que escribió al Diván para que optase entre las condiciones otorgadas á Guadix y Baza, y las terribles que sufrió Málaga. En el consejo habló el valeroso Muza, enardeció los ánimos, y todos acordaron morir, primero que doblar la cerviz al yugo cristiano. Ya no habia que esperar medios pacíficos, y el rey juzgó

indispensable aplazar la guerra para el año siguiente, limitándose por entónces á talar la vega, privando de recursos y víveres á los granadinos, que irian de dia en dia consumiendo sus almacenes.

Ardieron los pueblos de la vega, ardieron las mieses, fueron talados los árboles, apresados ó muertos los ganados, y veinte mil infantes taladores y cinco mil jinetes llevaron durante un mes (en la primavera de 1490) la consternacion y el espanto por donde quiera. Los granadinos, aspirando el humo de aquel terrible incendio, á las órdenes de Muza trataron de hacer frecuentes salidas, estableciendo emboscadas, y empeñando sangrientas escaramuzas. D. Fernando, que no quería luchas estériles, ni efímeros triunfos, prohibió á los suyos que peleasen; y mandó continuar con mayor dureza la devastacion y el incendio. Y aproximándose un dia á la ciudad, bajo sus muros, al lado de la acequia grande, armó caballero el rey de Castilla á su hijo el príncipe D. Juan, niño de doce años, que por desgracia de la patria murió en Salamanca ocho años mas tarde, y yace en el convento de Dominicos de Ávila.

Los moros de Granada en sus diferentes salidas se guarecian en el fuerte de Roman, á dos leguas de la capital. Vése á deshora desde la

torre mas alta del castillo una cabalgada de jinetes moros, llevando á su usanza por delante los ganados de que se habían apoderado. Llegan, piden á su gobernador permiso para guarecerse de los cristianos, que dijeron venian en su persecucion, entran en la fortaleza, se apoderan de los puestos militares, ocupan las puertas y almenas, y, dueños del recinto, aclaman reyes á D. Fernando y Doña Isabel. ¿Quiénes eran estos soldados? Los mudejares, ó sean los moros que vivian sometidos á los cristianos, y mandábalos el valiente Cidi Yayhe, que quiso dar una prueba á la reina de la lealtad de su sumision.

En odio á Boabdil, se presentó su tio el Zagal á pelear en el ejército cristiano contra los hombres de su fe y de su ley. Cuando supieron en Granada la conducta de estos príncipes, llenóse el pueblo de justa indignacion, apellidando traidores á los que tuvo ántes por caudillos. En la reaccion que esto produjo achacábanles todos los males de la patria; y como la plebe amotinada busca siempre los extremos, volvieron los ojos á Boabdil y le declararon inocente de las anteriores faltas. Ignoraba el débil monarca lo que ocurria, cuando oye voces de aclamacion y gritos de entusiasmo á las puertas de su palacio. Rejuveneció el valor de los moros,

cesaron por un momento las discordias; Boabdil resolvió salir á campaña, y llegó á su colmo el entusiasmo público.

Mas los cristianos se habian retirado al interior, y al llegar Boabdil con su gente no tuvo ya contrarios. Avanzado en tierra enemiga, ocupaban los españoles el castillo de Alhendin, cuyo gobernador, Mendo de Quesada, tenia á sus órdenes poco mas de doscientos valientes. Los moros aprovecharon el entusiasmo que habia renacido, sitiaron la plaza, la asaltaron muchas veces inútilmente, mataron gran número de los defensores, que se resistieron con heroismo, seguros de que no podian ser socorridos. Minaron los moros el castillo y sustituyeron á sus cimientos puntales de madera para quemarlos, y lograr que se desplomase el fuerte. Mendo capituló; los moros quemaron los puntales, y desapareció Alhendin. Marchena y Buduluy se rinden, y al ver tan feliz comienzo de guerra, bajan las gentes de las montañas, se enardece la juventud mora, y óyense cantos de alegría donde ántes lúgubres endechas. Un escuadron de la primera nobleza de Granada penetra en el reino de Jaen de improviso, recoge ganados, hace muchos cautivos; mas el adelantado de la frontera, el conde de Tendilla, les arma una emboscada, mata la mayor parte de

los jinetes, rescata los cristianos, se apodera de las presas, y detiene de este modo á los ya envalentonados musulmanes. Un puerto hacia falta á los granadinos; toda la costa estaba por los cristianos, y carecian de comunicacion con África, de donde aguardaban auxilios poderosos.

Decídese Boabdil á tomar el de Salobreña: su gobernador, el célebre Francisco Ramírez, estaba ausente en Córdoba. Llegan las tropas de Boabdil á la vista de la plaza, habitada tan sólo por moros mudejares, que en cuanto vieron el estandarte de Mahoma, y supieron que Boabdil en persona estaba próximo, olvidaron la fe y lealtad juradas, y abrieron las puertas á sus antiguos amigos. La escasa guarnicion pudo encerrarse en el castillo, donde padeció los rigores de la sed. Cunde la nueva, siéntense en Guadix, Almería y Baza síntomas de rebelion en la gente mudejar, y se comprende la urgente necesidad de poner pronto y eficaz remedio á tan grave mal. Por un lado llega á la plaza D. Francisco Henríquez, tio del rey, con poca gente, llevando consigo al hazañoso Hernan Pérez del Pulgar. Escaso el número para pelear contra el crecido ejército de Boabdil, se limitó á acampar en punto lejano, y á animar á los del fuerte con esperanzas de pronto

y eficaz socorro. Pérez del Pulgar con algunos de los suyos resuelve atravesar el campo moro, y penetrar á todo trance en la fortaleza. ¡Temeraria expedicion! Bajan sin ser sentidos, pocos en número, pródigos de la vida; acometen de improviso, y espada en mano; y sembrando el campo de cadáveres, llegan á la puerta del castillo. Grande alegría tuvieron los sitiados, afligidos por la falta de agua, falta que era conocida por los sitiadores. Pulgar para hacerles ver que no habia tal escasez, envió á los moros mas próximos un cántaro de agua y una copa de plata.

Por otra parte descúbrese en el mar una flotilla con naves españolas. El valiente Francisco Ramírez venia con alguna gente á defender ó recobrar la plaza. Acampó no léjos y molestó á los moros. Sábese á poco que el rey D. Fernando con lucido ejército se aproximaba, y ya Boabdil no atreviéndose á esperarle, levanta el campo, abandona la villa, y se dirige á marchas forzadas á guarecerse en Granada, talando y saqueando al paso los pueblos que dependian del Zagal, y de Cidi Yayhe. El rey castellano, sabedor de su fuga, trata de salirle al encuentro, y no consigue alcanzarle. Llega á las inmediaciones de Granada y manda arrasar aquellos puntos que no lo fueron por completo

en la anterior tala, sin dejar en la vega, como cuentan escritores coetáneos, ni un árbol, ni una mies, ni un ser viviente.

Trasládase el rey á Guadix, Almería y Baza, en donde se habian notado síntomas de insurreccion, y mandó á los mudejares que entregasen los principales conspiradores y jefes del abortado movimiento, previniéndoles que en otro caso los haria embarcar para África. Sea porque todos estaban en el proyecto, sea por dignidad, ó por respeto á sus compañeros, á ninguno denunciaron; y el rey envió al África mucha parte de aquella gente, en que no podia confiar, distribuyendo el resto en poblaciones del interior. Mas á poco se presenta al rey el destronado Zagal ofreciéndole los pueblos que le fueran otorgados, y pidiendo en cambio la suma de cinco millones de maravedís. Aborrecido de los suyos por haber empleado sus armas en favor de los cristianos, viendo á cada paso execrado su nombre, amenazada su vida, pensó volver á África con su familia y sus tesoros. ¡Desventurado! En la tierra que juzgaba amiga, robáronle sus bienes, le cegaron aplicando á sus ojos una plancha ardiendo; y viejo, y enfermo, y ciego, y pobre, prolongó su mísera existencia durante muchos años..... los desgraciados no acaban de morirse.

Para arreglar los preparativos del sitio de Granada pasó D. Fernando á Sevilla y Córdoba, y hechos los aprestos necesarios resolvió cercar la plaza, y estableció sus reales en medio de la vega, en Ojos de Huecar, á dos leguas de la ciudad, el 23 de abril de 1491. Colocó en sus estandartes un crucifijo y, segun los romances de la época, hizo jurar á las tropas que no levantarian el sitio hasta rendir á Granada. Llevaba en su ejército cincuenta mil soldados, segun unos, ochenta mil segun los más, y estableció su campamento en cuatro cuarteles, divididos por calles anchas en forma de cruz, y con otras de segundo orden que imitaban un verdadero pueblo. Mandó abrir fosos, poner estacadas, y con lienzos preparados al efecto formó una fingida muralla con sus torreones y saetías. Pasmáronse los moros viendo por encanto levantada una ciudad con muros y defensas.

Llega la Reina Católica al campamento, lo recorre, lo entusiasma; y en cuanto supieron en la ciudad que esta señora habia venido, ciertos de su valor, de su prudencia y de su fe, empezaron á desmayar. No era posible tomar por asalto la plaza, era preciso obligarla por el hambre, y estableciéronse grandes guardias, atajáronse los caminos que llevaban á la

ciudad, se incendiaron las mieses de los puntos que proveian á Granada, y eran sorprendidos á cada paso los convoyes. De todo abundaba el campamento cristiano: la reina con solícito afan habia antevisto las necesidades del soldado. Víveres y ropas, armas y municiones, hospitales y lo necesario para la asistencia y curacion de enfermos y heridos; todo estaba perfectamente prevenido, sin que faltase nada ni para el solaz y regalo del ejército.

Dentro de la ciudad los bandos de familias poderosas ensangrentaban las calles: Zegríes y Abencerrages, siempre enemigos, se profesaban odio implacable. Habia una mezcla informe de ferocidad y de cultura, veíase á veces entre el agreste y aun salvage carácter de las diferentes razas, espíritu caballeresco, amor á empresas bizarras, á duelos singulares, á justas y torneos. Venian á desafiar á los principales caudillos cristianos, y en retos singulares perecia la flor de la nobleza de una y otra nacion. Prohibió D. Fernando estos desafios; mas un dia, el valeroso Tarfe, uno de los mas denodados caudillos granadinos, se acerca sin ser visto al real castellano, salta con su veloz corcel el valladar que dividia el campo, y arroja su lanza con tanto brio, que cayó á gran distancia á la puerta de la tienda que ocu-

paba la reina, quedando clavada en tierra. Vióse que llevaba un cartel en que decia que iba dirigida á la reina castellana. Salen en seguimiento del moro, mas ya habia llegado adonde le esperaban los suyos, y regresó incólume á Granada.

No era Pérez del Pulgar hombre que sufriese que nadie le sobrepujara en brio y en acciones extraordinarias. Monta á caballo con quince de sus amigos, llega á la ciudad, entra por la puerta que solia estar practicable, recorre las principales calles, y llegando á la mezquita, clava un cartel que á prevencion llevaba con el nombre santo de *María*. Apercíbense en la ciudad, quieren cortarle el paso; mas él, hiriendo y matando, párte á todo escape, y regresa á sus reales. Tarfe indignado arranca el cartel, lo ata á la cola de su caballo y se acerca al campamento de Castilla; mas el jóven Garcilaso de la Vega sale á su encuentro, le embiste, le vence, le mata, y vuelve triunfante trayendo consigo el cartel del *Ave María*, que fué luego mote y emblema de sus armas.

Desde el campamento no se veia bien la ciudad, y la reina, habiendo recibido al embajador frances, resolvió dirigirse con él á un punto á la falda de Sierra Nevada llamado la Zubia, á una legua del campamento y otra de

Granada, desde donde vió la famosa vega, ya recobrada de la anterior devastacion, la Alhambra, el generalife y las torres que guarnecian la poética ciudad. No queria la reina que aquel dia se pelease; mas sabedores los moros de que Doña Isabel se hallaba en aquel punto, salieron á escaramucear: generalizóse la refriega, y la reina presenció el combate. Escritores de aquellos sucesos dicen que se ocultó detras de unos laureles con su comitiva; otros afirman que hizo plantar un laurel para memoria y recuerdo de aquel hecho. Lo cierto es que mandó erigir un convento de frailes de san Francisco, dedicado á san Luis rey de Francia, dedicacion que seria tal vez un acto de respeto y veneracion al santo, y tambien de fina atencion al embajador que la acompañaba, aunque el cronista de la órden nos lo explique diciendo que san Luis habia sido tercero de la religion seráfica [1].

[1] Lo del riesgo de la reina, lo de haberse cobijado debajo de un laurel y lo de haber sido la accion el dia de san Luis, es todo una conseja: así lo informó al Gobierno la Real Académia de la Historia. La reina no fué con poca, sino con mucha gente, vió la ciudad desde una casa, que aun se conserva, y trabada la pelea, que hubiera querido evitar, pidió postrada de rodillas que Dios protegiese el honor de sus armas. El cronista de la *Santa provincia* de Granada del órden seráfico, Fr. Alonso de Torres, escribiendo mucho despues del suceso, lo refiere con notoria equivocacion diciendo que ocurrió el 25 de agosto, para deducir de aquí la razon

Gonzalo de Córdoba quedóse aquella noche en celada para caer sobre los moros que saliesen de la ciudad á retirar los cadáveres de los suyos. Vinieron en tanto número, pelearon con tal brio, que pusieron en gran conflicto á los cristianos y mataron el caballo de Gonzalo, que se salvó montando en otro que le ofreció un soldado.

Una noche vénse llamas en la tienda de la reina, crece el incendio, se propaga, arde todo el campo: costó trabajo á Doña Isabel salvarse y salvar á sus hijos. D. Fernando, creyendo que sería, no ya casual, como verdaderamente fué, sino debido al enemigo, salió armado de la tienda; todo el ejército acudió á sus banderas; se tomaron precauciones militares; pero se comprendió á poco que ninguna parte habian tenido los moros en aquel desas-

de estar dedicada la iglesia á san Luis, que, segun el mismo escritor, se apareció á la reina, de quien era tio, y *tercero de nuestra órden*. Pedraza varía sustancialmente la relacion; el cura de los Palacios y Zurita niegan el hecho. Bernáldez y Pulgar dicen que el suceso ocurrió el 18 de junio, nó el 25 de agosto, y no mencionan, ni peligro de la reina, ni por tanto la necesidad de esconderse. Pedro Mártir, que fué á Zubia con la Reina Católica, testigo presencial, nada dice de riesgo, ni de laurel, á pesar de que describe minuciosamente lo ocurrido.

Informada S. M. la Reina nuestra señora en su viaje á Andalucía en 1862 de la tradicion vulgar, mandó comprar en subasta pública el convento y huerta. No investigaremos si podia, siendo como era de patronato real, haberlo adquirido por otro título. Aplaudimos la resolucion soberana, porque siempre aquel sitio conservará ilustres recuerdos de la Reina Católica.

tre. El levantado ánimo de la reina pensó edificar una ciudad sólida y murada donde ántes el campamento de madera y lona, y empleando los grandes recursos con que contaba, construyó en solos ochenta dias una ciudad con muros y torres, templos, hospitales y fuertes edificios. Viéronse los membrudos soldados dedicarse á las artes de la paz, acarrear y preparar materiales, y consagrar sus fuerzas á la construccion de fosos y baluartes. El ejército deseaba que la nueva ciudad llevase el nombre de la gran reina; pero esta ilustre señora no lo consintió, y dió al nuevo pueblo el nombre de Santa Fe, que en el dia conserva.

En medio del campo, siguiendo con interes los movimientos del ejército, veíanse dos figuras extrañas, que llamaban la atencion de las gentes. No eran militares, y estaban mezclados con los soldados; no eran españoles; ni se distinguian por títulos nobiliarios, ni por su riqueza. Modestos en el vestir, acercábanse alguna vez á la reina, que los acogia benigna, no siéndolo tanto la manera con que los consideraba el rey. Eran padre é hijo: el primero, encanecido ántes de tiempo, llevaba en su frente levantada y en sus ojos de fuego, impresa la llama del genio. Tachábanle en el campamento de loco, burlaban de él, mientras miraban con

interes la inocencia de su tierno niño. Aquel hombre iba de nacion en nacion ofreciendo un mundo, y era, como le llama un poeta italiano,

Nudo nochier promettitor di regni.

Los sabios no le entendian, los políticos mirábanle como visionario, y sólo Doña Isabel comprendió que era uno de los seres, á quienes la Providencia descubre parte de sus arcanos.

El tiempo avanzaba; Granada cada dia estaba mas desanimada, sentíase en ella escasez, y en lontananza veian los habitantes el horrible espectro del hambre. Crecian los odios, las familias poderosas se hostilizaban cada vez más; y Boabdil, pasado el relámpago de su esplendor, habia vuelto á oscurecerse, siendo mirado por los suyos con insolente desden. Los Reyes Católicos trataron de entenderse con él, escucharon á sus emisarios, y con cauteloso sigilo empezaron negociaciones de paz. El gran Gonzalo de Córdoba fué uno de los negociadores; conocia bien la lengua y las costumbres de los moros, y era considerado por su nacimiento y por su lanza. Largas y trabajosas fueron las pláticas de paz; celebráronse unas veces en la misma Alhambra, otras en campo

abierto, ó en el pueblo de Churriana, á una legua de los muros. Empezaron á trascender, fueron bien escuchadas por algunos de la ciudad, acogiólas el Divan, y en 25 de noviembre se firmaron dos capitulaciones: una particular con Boabdil, y otra con la ciudad en que se decia «que la hayan de entregar dentro de sesenta dias primeros siguientes, que se cuentan desde veinticinco dias deste mes de noviembre, que es el dia del asiento desta escritura é capitulacion.»

En abril del año anterior (1490) habia casado Doña Isabel, hija primera de nuestros reyes, con D. Alfonso, hijo primogénito de Don Juan II, rey de Portugal. Las aparatosas funciones que se hicieron en Sevilla, en que Don Fernando justó, quebrando muchas lanzas; las joyas y preseas, el rico dote, mayor que el que acostumbraban llevar las infantas, lo cuentan prolijamente nuestros escritores, y el notable recibimiento y los festejos con que en Estremoz se obsequió á la princesa castellana, prenda de paz entre ambos reinos. Mucho sintió la Reina Católica separarse de su hija; sintió más volverla á ver á los ocho meses viuda, muerto D. Alfonso de una caida de su caballo. Cuando falleció el infante de Castilla D. Juan, recayeron los derechos de la corona en Doña

Isabel; casó con D. Manuel rey de Portugal, y se creia lograda la union de ambos reinos. La divina Providencia lo dispuso de otro modo.

En tanto el hambre afligia á la ciudad, los ánimos abatidos no se agitaron á la voz de Muza, único patricio que tenia en algo el decoro de su nacion. *Dios lo quiere*, exclamaba fanáticamente Boabdil; repetíase esta frase por el Divan, cundia por el pueblo, que se consideraba perdido si no se cumplia la estipulacion. Veian en ella conservado el derecho á vivir en Granada, respetados sus bienes, asegurado el ejercicio de su ley; y por otra parte no tenian jefes que los acaudillasen, ni soldados que quisieran empuñar las armas. Muza les hablaba con ardor, les proponia muerte gloriosa, preferible á degradante y ominoso cautiverio. *Dios lo quiere*, era la única respuesta que llegaba á sus oidos. El valeroso Muza monta á caballo y acercándose al real castellano, rompiendo la tregua concertada, empezó á herir y á matar á una escuadra de veinte hombres, que encontró al paso. Mas de la mitad mordian la tierra, cuando cayó muerto el caballo de Muza; los nuestros querian conservar la vida de un valiente. Negóse á todo; puñal en mano acometia á cuantos se le aproximaban, y viéndose ya con las ánsias de la muerte, se arrojó al rio,

y con el peso de las armas se sumergió en el fondo. Así murió el último caballero de Granada.

Con solícita prevision cuidaba D. Fernando de que no entrasen víveres en la plaza. Conocia el carácter inquieto y movedizo de los moros, y temia que en desapareciendo el mal presente, variasen de opinion y faltasen á la capitulacion contratada. Supo que se procuraba excitar los ánimos; que un santon recorria las calles de la ciudad clamando contra la capitulacion; que se le habian unido veinte mil moros; y que luego, abatidos por el hambre, habian abandonado la actitud amenazadora. Sale Boabdil del alcazar, arenga al pueblo, le hace ver la voluntad del cielo, achaca tan miserable estado á los pecados suyos y de su pueblo, y envia mensajeros al real cristiano, ofreciendo entregar la ciudad ántes del plazo estipulado. Conciértase la forma de la entrega: abandonan la madre de Boabdil, la valerosa Aixa, y su esposa, la fiel Moraíma, la Alhambra, y salen para la Alpujarra acompañadas de pocos fieles servidores. Llega el 2 de enero (1492) uno de los dias mas grandes que lucieron en España: el gran cardenal Mendoza se adelantó con parte del ejército para tomar posesion de la ciudad en nombre de los reyes. Tardó en dar la vuelta

al muro para entrar por el punto señalado. Seguido de pocos, con triste y humillado semblante sale Boabdil á caballo de la ciudad, y cerca de una antigua mezquita, hoy ermita de san Sebastian, llega á la presencia de los reyes. Trata de apearse para hacerles acatamiento: no lo consienten y le acogen con la mayor distincion. Entrega Boabdil las llaves de Granada diciendo: «Tuyas son, ó rey, así lo ha querido Alá; usa de tu triunfo con moderacion y clemencia.» La reina trató de consolarle con sentidas palabras, y le devolvió el hijo que estaba en rehenes.

Impacientes estaban los reyes y el ejército por ver la señal convenida. Temian alguna asechanza en la ciudad, y que los moros agraviados cometiesen algun atentado, hijo de la desesperacion. Aparece á poco en la torre de la Vela el guion de plata del arzobispo y el pendon de Santiago. Prorumpe la tropa en gritos entusiastas de alegría, y puestos de rodillas los reyes, los caballeros y los soldados, dan gracias al Dios de los ejércitos por tan insigne suceso, y entona el clero el cántico de victoria, el *Te Deum laudamus*.

Purificóse la mezquita mayor; salieron de las mazmorras cinco mil cautivos, y dispúsose lo conveniente para el solemne recibimiento de

los reyes, que entran el dia 6 procesionalmente en la ciudad, y prohiben bajo severas penas que se cometiese la menor vejacion contra los rendidos habitantes.

Aquel dia se envainó en Granada la espada que se desnudó en Guadalete. Setecientos ochenta y un años de guerra costó la recuperacion del reino. ¡Cuánta sangre! Cuántas hazañas!

En tanto Boabdil seguia silencioso el camino de la Alpujarra, en busca de su esposa y de su madre. Las encuentra en el lugar convenido, y continuando la marcha á Porcuna, llegan á una eminencia desde donde se descubria la perdida ciudad, que por última vez debia aparecer á su vista. Detiénense todos á contemplarla, llenos los ojos de lágrimas y el corazon de luto. ¡Nunca les pareció tan hermosa! Boabdil prorumpió en acerbo llanto: «Llora, hijo mio, le dijo su madre, llora como »débil mujer, ya que no supiste defenderla »como hombre.» Boabdil exhaló un profundo suspiro... aquel punto se llama, y se llamará miéntras el mundo exista, el *suspiro del moro*.

¡Cuánta enseñanza ofrece la conquista de Granada! ¡Cuántas lecciones! Ya veremos su grande influencia en la vida de la nacion.

Ochenta y nueve dias despues, el 31 de

marzo, dieron los Reyes Católicos un decreto expulsando los judíos de España, decreto recibido con júbilo por el pueblo, condenado por los modernos escritores. Libre el pais de la dominacion agarena, se recordaba que los judíos habian protegido la venida de los moros á España, culpábanlos por su orgullo, su doblez, sus malas artes; acusábanlos de atraerse prosélitos. En varios pueblos se hacian hecatombes de israelitas, y perseguia la inquisicion sin descanso á los judaizantes. Los Reyes Católicos, que habian separado á los cristianos de los judíos, que habian dispuesto que viviesen solos en sus juderías los individuos del pueblo deicida, que los habian hecho abandonar la Andalucía antes del cerco de Granada, decretaron su expulsion. Diéronles sin embargo cuatro meses para que vendieran sus fincas y salvasen su fortuna, y aunque exceptuaron el oro y la moneda, cuya extraccion estaba prohibida por la ley, por letras sobre Leon, Venecia y otros puntos trasladaron al extranjero sus riquezas.

Estos desgraciados, sin patria, sin hogar y sin templo, salieron de España, y aun hoy conservan el nativo idioma, y como dice un escritor antiguo: *patriam hispanorum linguam mordicus retinent.*

La reina, que habia conseguido la unidad

del territorio, deseaba la unidad de la fe. Los que se pasman de la expulsion de los judíos de España en 1492, olvidan la suerte que les cupo en otros paises, de donde fueron lanzados cruelmente. En Francia desde el siglo XI hasta la mitad del XIV fueron perseguidos, víctimas de sangrientas ejecuciones. Lanzábanlos del país, los admitian de nuevo á precio de cantidades inmensas, y en 1395 fueron expulsados del mediodía de Francia. En Inglaterra, el mismo dia que se coronó Ricardo Corazon de Leon, fueron asesinados por el populacho. Juan Sin Tierra exigió cuatro mil marcos de plata por consentirlos en aquel país, de que fueron lanzados en 1290. En Portugal, donde hallaron acogida por ocho meses los judíos desterrados de España, se les obligó á pagar un tributo ó capitacion, y fueron expulsados en 1495 por el rey D. Manuel. Lo mismo podemos decir de otros paises; para juzgar una época, conozcamos su espíritu.

CAPITULO VI.

Cristóbal Colon era natural de Génova; dedicóse desde la edad de catorce años á las ciencias matemáticas y á la práctica de navegar; recorrió el archipiélago y mar de Levante, la costa de Guinea, las islas de Madera y Puerto Santo; trató con los mas ilustres marinos; y preocupado con la idea de buscar un rumbo mas corto y mas directo para la India oriental, de cuyas riquezas tantas noticias se tenian, creyó que navegando al occidente de España, debia encontrar el camino que deseaba, y en aquellas costas, paises desconocidos. Feliz error que le condujo á descubrir un nuevo continente.

Las navegaciones de los portugueses, las de

nuestros marinos catalanes y cántabros á Oriente, la proteccion que daban á las cosas de mar los Reyes Católicos, hicieron que Colon pensase en venir á España. Habia residido antes en Portugal ofreciendo á aquel gobierno sus servicios, y descubriéndole sus proyectos: fué mal acogido; no lo fué mejor en su patria y en otros países. Le hirió en lo mas vivo de su honor que los portugueses, que habian hecho tantos y tan ilustres descubrimientos, coronados más tarde por la célebre navegacion de Vasco de Gama, que montó el cabo de Buena Esperanza el 20 de noviembre de 1497, hubiesen concebido el desgraciado proyecto de usurparle su empresa, enviando de oculto un barco á navegar por el rumbo que habia señalado. Al regresar este buque sin resultado alguno, negóse completamente el gobierno de aquel país á todo, ó como dice el futuro almirante, «en catorce »años no pude hacerme entender de ellos.» Colon, burlado poco dignamente, vino á España, hospedóse en casa del duque de Medinaceli, y fué en busca de los reyes, ocupados en la guerra de Granada, sólo con su hijo, sin dinero, sin amigos, sin protectores.

Llegó al convento de franciscanos de la Rábida demandando hospitalidad; llamaron la atencion del guardian fray Juan Pérez de Mar-

chena la inocencia del niño y el aspecto noble del padre [1], y los acogió en su convento. Era Pérez de Marchena hombre de corazon y de sangre caliente, instruido; habia navegado y ejercido en la corte graves cargos; y cuando supo el proyecto de Colon, se declaró su protector tan eficaz y decidido, que le envió á la corte con recomendaciones y recursos, y fué mas tarde á hablar á la reina en favor del extranjero. La principal recomendacion era para Fray Hernando de Talavera, monje jerónimo, prior del Prado, obispo de Ávila, confesor de la reina, y más tarde arzobispo de Granada, varon virtuoso, influyente en la corte, sabio; pero no entendido en cosas de mar. Presentó sin embargo á los reyes al desconocido marino: le oyó el rey con desconfianza, la reina

[1] Gonzalo Fernández de Oviedo, que conoció á Colon, dice «Que era de buena estatura y aspecto; más alto que mediano: y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes del cuerpo de buena proporcion; el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa.» Herrera en su Historia general de las Indias occidentales dice: «Fué Don Cristóbal Colon alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca que tiraba á rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos; y era gracioso y alegre, bien hablado y elocuente.» No queda retrato alguno auténtico de este personaje. El que existe en casa del duque de Veragua y la copia que se conserva en el archivo de Indias, con bigote retorcido, lechuguilla y calzas acuchilladas, manifiestan que son obra caprichosa del siglo XVII. No era este traje de la época de Colon.

con asombro. ¿Qué podian empero prometerse de un oscuro navegante, rechazado en su patria, y mal acogido en Portugal, nacion que marchaba al frente de todas en las ciencias náuticas, y que se habia ilustrado con tantos descubrimientos? Era prudente que le oyesen y juzgasen hombres peritos en cosmografía, y así se mandó.

Consignemos que desde aquel momento se señaló á Colon ayuda de costa, que se le mandó dar hospedaje y manutencion, y que quedó ya adscrito á España. Salió Colon de la régia cámara lleno de entusiasmo: la reina le habia comprendido. Oigámosle: escribiendo á aquella señora la dice: «Me abrió Nuestro Señor el »entendimiento con mano palpable á que era »hacedero navegar de aquí á las Indias; y me »abrió la voluntad para la ejecucion de ello, y »con este fuego vine á V. A. Todos aquellos »que supieron de mi empresa, con risa la ne»garon burlando... en sólo V. A. quedó la fe »y constancia.»

«Siete años, dice en la misma carta, pasé aquí »en su real corte disputando el caso con tan»tas personas de tanta autoridad, y sabios en »todas artes; y en fin concluyeron que todo »era vano y se desistieron con esto de ello.» Los sabios no le entendieron. Y en verdad esto

no tiene nada de extraño: tratábase de mares no surcados, de paises no conocidos; eran comunes los errores cosmográficos; padecíalos el mismo Colon, que colocaba, siguiendo á Marco Polo, el Japon mucho mas oriental de lo que se encuentra; que ignoraba la verdadera magnitud del grado terrestre, siguiendo en esto á Alfragano, cosmógrafo árabe; que iba á buscar la India y no podia prever que habia de encontrar un continente intermedio. Y si esto pasaba al hombre que de sí mismo dice, «desde muy pequeña edad entré en la »mar, navegando; é lo he continuado hasta »hoy. Ya pasan de cuarenta años que voy en »este uso. Todo lo que fasta hoy se navega, »todo lo he andado. Trato y conversacion he »tenido con gente sábia, eclesiásticos é segla»res, latinos y griegos, judíos y moros, con »otros muchos de otras setas. El Señor en la »marinería me fizo abondoso, de astrología me »dió lo que abastaba, y ansi de geometría y »aritmética; y engenio en el ánimo, y manos »para debujar esfera, y en ella las cibdades, »rios y montañas, costas y puertos, todo en su »propio sitio;» ¿qué extraño que dudasen y vacilasen hombres teóricos, sin tanto motivo de conocer á fondo estas materias?

Sirve sin embargo á extranjeros indoctos la

repulsa que algunos cosmógrafos dieron á Coon para tacharnos de ignorantes. ¿Sabíase más entónces en el mundo? Génova, la ciudad marítima, ¿tenia mayores conocimientos? ¿Teníalos acaso Portugal, el país mas adelantado en esta clase de ciencias? Y si, como ordinariamente se cree, á Francia é Inglaterra fué Colon ofreciendo en vano su empresa; y si recordamos cuándo empezó la importancia marítima de ambas naciones, ¿podremos figurarnos que estarian mucho mas adelantadas?

No se sabe que de órden superior fuese Colon á Salamanca á consultar con aquella universidad, que era entónces una de las mas famosas del orbe; no hay documento alguno que así lo diga. Mas si no fué por real precepto, iria por su voluntad; pues es lo cierto que se hospedó en el convento de dominicos de San Estéban, que en él y en una granja que tenian los religiosos se celebraron las conferencias, y que fueron los dominicos los mas entusiastas protectores de Colon. Es sabido que entónces ejercian los padres de esta órden presion sobre el claustro, y no se concibe que la universidad diese un voto negativo. El gran protector fué el P. Fr. Diego de Deza, confesor del príncipe D. Juan, catedrático á la sazon en Salamanca, uno de los hombres mas emi-

nentes de su tiempo, á quien, segun el mismo Colon, se debe el descubrimiento del nuevo mundo. No habria sido tal vez unánime el dictámen; pero sin duda hubo muchos votos en favor, y la universidad de Salamanca no merece la nota con que quiso afearla, sin dato escrito, sin apoyo histórico, Washingthon Irving. Tambien rechazamos la idea de que Colon y los doctores temerian á la inquisicion entónces naciente. El protegido por la reina y por los frailes no podia abrigar tal recelo; y consideramos esto como una vulgaridad; que hasta entre los sabios hay vulgo.

Seguia Colon la corte de los reyes, llevaba su idea fija, la explicaba con claridad, la sostenia con entusiasmo, y procuraba inculcarla en el ánimo de todos. Logró por fin que inteligencias superiores le comprendiesen. Trabajaban sin descanso los PP. Marchena y Deza; acogieron calorosamente la idea Alonso de Quintanilla y Santángel, contador el uno de Castilla, el otro de Aragon; la protegia el gran cardenal Mendoza; y cuando mas cerca estaba el desenlace, cansado el genoves de dilacion tan larga, trató de llevar su oferta á otras naciones, y abandonó la corte. Enviósele á llamar; llegó á presencia de los reyes, y oyó de sus lábios con indecible júbilo que su idea era

aceptada, y que el ensueño de toda su vida iba á ser realizado. El rey, sin embargo, manifestó que el erario estaba exhausto despues de tanta guerra; mas la reina, sin dejarle concluir la frase, le dijo: «Esta empresa corre á cargo de Castilla, y si fuere necesario, venderé mis joyas.» No fué preciso. Santángel adelantó las sumas que hicieron falta, y empezó á prepararse la expedicion.

Debia capitularse con Colon. Pedia que se le nombrase almirante de las *mares océanas*, como dice su pliego de condiciones, «título que »habia de conservarse perpétuamente en sus »herederos y sucesores, y al que debian ir ane»jas todas las preeminencias que gozaban los »almirantes en Castilla; que habia de ser virey »y gobernador general en todas las *dichas is»las* y *tierras firmes*, que como dicho es, él »descubriere ó *ganare* en las dichas mares; que »para el regimiento de cada una y de cualquier »de ellas fará él eleccion de tres personas pa»ra cada oficio; e que vuestras Altezas tomen, »ó escojan, uno el que mas fuere su servicio.» Se estipuló que de todas las mercadurías, «si »quier sean perlas, piedras preciosas, oro, »plata, especería... que se compraren, troca»ren, fallaren, ganaren e hobieren... haya e »tome la decena parte para sí mismo, e faga de

»ello á su voluntad, quedando las otras nueve »partes para Vuestras Altezas.» Solicitó que por sí, ó por su teniente, y nó por otro juez, se decidiesen las contiendas judiciales que pudieran ocurrir á causa de las mercaderías que él traerá, ó de las que en trueque de aquellas se tomaran acá de otros mercaderes, y por último, que en los futuros armamentos «pueda el dicho »Cristóbal Colon, si quisiera, contribuir é pa»gar la ochena parte de todo lo que se gastare »en el armazon, é que tambien haya é lleve »del provecho la ochena parte de lo que resul»tare de la tal armada.»

Al pronto parecieron exageradas tales condiciones. Decíase que almirante en el mar, virey y gobernador en tierra, juez único en cuestiones sobre contratacion, y con derecho á la décima parte de las riquezas que se adquiriesen, ó á la octava en su caso, iba á gozar de un poder y de una influencia indecibles. Yà se comprenderá que estas observaciones nacerian de los que ántes se burlaron de Colon mirándole como un visionario; sus amigos y protectores sostuvieron que como los reyes nada poseian de lo que se les demandaba, nada perdian si no saliesen ciertos los cálculos. Colon se mantuvo inflexible: no cedió en lo mas mínimo. Otorgaron los reyes cuanto se pedia, y al pié de cada ca-

pítulo puso el secretario Coloma, *place á Sus Altezas*, concluyendo este notable documento del siguiente modo: «Son otorgados é despachados con las respuestas de Vuestras Altezas en fin de cada capítulo, en la villa de Santa Fe de la vega de Granada á 17 de abril de 1492 años.»

Trece dias despues se le expidió el título de almirante, virey y gobernador, se dió orden á la villa de Pálos para que tuviese dispuestas dos carabelas, con que debia servir á la corona; se libertaron de derechos las cosas que de Sevilla saliesen para las naves, que ya eran tres, y se tomaron con solícito afan las medidas convenientes para que se hiciese á la mar la pequeña flota. Cuando se notificó á la villa de Pálos la real provision, en 23 de mayo, para que aprestase las dos carabelas «estaban ende presentes Fray Juan Pérez e Cristobal Colon.» Mucho nos agrada ver juntos y asociados al protector y al protegido, al fraile de san Francisco y al almirante. ¡Cuánta alegría tendrian ambos al ver próximos á ser coronados sus generosos esfuerzos! De todo cuidaba la reina con solícita prevision, y para que el almirante fuese ennoblecido le concedió el tratamiento de Don, merced señalada en aquel tiempo; y á fin de librarle de todo cuidado le dispensó la honra

de nombrar á su hijo D. Diego paje del infante D. Juan. Mucho duraron los aprestos marítimos, y hasta el 3 de agosto no pudo Colon lanzarse al mar. Montaba la carabela Santa María, y flotaba en ella la insignia de almirante. Martin Alonso Pinzon y Vicente Yáñez Pinzon, hermanos, hábiles marinos, naturales de Pálos, mandaban las otras dos carabelas: la Pinta y la Niña. Preparáronse confesando y comulgando, cristiana costumbre de nuestra gente al acometer grandes empresas; y habiendo Colon vuelto de despedirse de los reyes, en medio de los vivas de la multitud y al sonido de los instrumentos músicos levaron anclas y salieron al mar.

Iba á resolverse el gran problema. ¿Colon era un visionario, ó un hombre de ciencia? Buscando en mares ignotos, islas y continentes desconocidos, fuesen ó nó de las Indias Orientales, ¿deliraba el buen genoves, ó los habia antevisto por su estudio y por su cálculo? ¡Cuán pocos recursos! Tres carabelas de cuarenta toneladas, y ciento veinte tripulantes, que veian en Colon, nó el genio de la ciencia, sino un aventurero... Empezó á navegar con rumbo á las Canarias, y tuvo que detenerse á reparar la Pinta, que habia perdido el timon ó, como decia el almirante, el gobernalle. Continuó su

rumbo ocultando á su gente el número de leguas que andaban para que no decayese de ánimo; y así es como la primera vez que llegó á tierra llevaba navegadas mil noventa leguas, y su tripulacion juzgaba que sólo eran ochocientas ochenta y una; doscientas nueve ménos.

La mar, bella; el tiempo, bonancible; y tanto que, segun Colon, sólo faltaban ruiseñores. Alarmáronse los marineros al ver la desviacion de la aguja magnética, fenómeno observado por primera vez por el almirante. Continuaba la marcha, dudaban los hombres de mar que hubiese vientos favorables para volver á España, y trataron de rebelarse; mas se consiguió aquietarlos. Veíanse plantas arrastradas por el agua, pájaros, y otras señales evidentes de próxima tierra; y se navegaba y no aparecia. Marchaba á vanguardia la carabela Niña, y un dia Pinzon juzga que habia descubierto tierra..... era una ilusion. Se navegó en su busca: en vano.

Mas la tierra no debia estar lejana. Con la sonda habia descubierto Colon fondo. Previno á su gente que acortase de noche la marcha de los buques, y «cuando dijeron la salve, que la »acostumbran decir e cantar á su manera »todos los marineros, ofreció Colon que al que le dijese primero que veia tierra, le daria luego

un jubon de seda, sin las otras mercedes que los reyes habian prometido, que eran diez mil maravedís de juro á quien primero la viese.»

Una noche, el 11 de octubre, á los setenta dias de viaje, descubre Colon desde el castillo de popa una luz á lo léjos: vuelve á observar.... no habia duda; llama á alguno de los suyos, á Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del rey, y á Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor de la armada: uno la veia, otro nó; y Colon esperó adquirir mas certidumbre ántes de publicar su descubrimiento. La gente estaba inquieta y alarmada; si anunciaba la tierra y desgraciadamente no lo era ¿qué dirian los suyos? Perderian por completo el ánimo, se declararian en abierta rebelion y peligraria la empresa. Mas el almirante habia sido el primero que descubrió la codiciada tierra: así debia ser, y así fué.

A las dos horas despues de media noche pareció la tierra, de la cual estarian dos leguas [1]: anuncióla primero Rodrigo de Triana, marinero de la Pinta, se hizo la señal convenida. Postráronse todos, dieron gracias á Dios, y ¡quién podrá expresar el júbilo que inundaria

[1] Primer viaje de Colon. Diario del almirante, coleccion del Sr. Navarrete, y memorias de la época.

el corazon del almirante! Este gran dia fué l viérnes 12 de octubre de 1492.

Al siguiente saltó en tierra, llevando la bandera real: los capitanes de las dos carabelas banderas verdes con la cruz bordada en medio, y cerca de los brazos las iniciales de Fernando é Isabel, surmontadas de una corona cada una; fueron á tierra Rodrigo de Escobedo, escribano de la armada, el veedor Sánchez de Segovia y otros varios. Colon tomó posesion de aquella isla en nombre de los reyes, sus señores, y pidió que se le diese por testimonio. Puso á esta isla, segun los mas, el nombre de San Salvador; llamábanla los naturales Guanahani. El Sr. Navarrete sostiene que esta isla es la que hoy se conoce con el nombre de Gran Turco, situada por los 21°; 30′ de latitud.

Oigamos las mismas palabras de Colon consignadas en su Diario. «Vinieron muchos isleños, y yo, porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y se convertiria á nuestra santa fe por amor que nó por fuerza, les dí á algunos de ellos unos bonetes colorados, y unas cuentas de vidrio, que se ponian al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que ovieron mucho placer, y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales despues venian á las barcas de los navíos á donde

nos estábamos, nadando, y nos traian papagayos y hilo de algodon en ovillos, y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan desnudos como su madre los parió, y tambien las mujeres, aunque no vide mas de una, farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de mas de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos casi como sedas de caballos, e cortos... de ellos se pintan de prieto, y de ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos; y de ellos se pintan de blanco, y de ellos, de colorado, y de ellos, de lo que fallan; y de ellos se pintan las caras, y de ellos todo el cuerpo, y de ellos, sólo los ojos, y de ellos, sólo el nariz. Ellos no traen armas, no las cognocen, porque les amostré espadas, y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia... Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos, en esta isla.»

»Esta isla es bien grande, y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, ques placer de mirar-

la, y esta gente farto mansa... La gente, que venian todos á la playa llamándonos y dando gracias á Dios, los unos nos traian agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veian que yo no curaba de ir á tierra, se echaban á la mar nadando, y venian, y entendiamos que nos preguntaban si eramos venidos del cielo... Con cincuenta hombres los tendrá V. A. todos sojuzgados y les hará hacer todo lo que quisiere; y despues junto con la dicha isleta están huertas de árboles, las mas hermosas que yo vi, é tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril é mayo, é mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y despues me volví á la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabia determinarme á cual iria primero.»

Dejemos á Colon recorriendo aquel archipiélago, descubriendo á Cuba y Santo Domingo y revelando al mundo los secretos del Océano, y volvamos á España, donde hallaremos á los grandes reyes ocupados en la acertada gobernacion de tanto reino como tenian á su cargo. Alguna vez en medio de estos cuidados recordarian al pobre genoves, y no faltaria quien lo creyese juguete de las olas, en mares no surcados, víctima de una alucinacion. Solamente en la reina no decaia la fe: su corazon era tan grande como el proyecto del almirante.

En Granada confióse el mando al conde de Tendilla y se nombró arzobispo á Fr. Hernando de Talavera: se puso concierto en la ciudad, y se cumplia con religiosidad suma la capitulacion ¿Quién habia de creer que á poco habia de olvidarse por los nuestros tan solemne pacto, que se habia más tarde de arrancar los hijos á sus padres, privando á los vencidos de sus fiestas y regocijos, de su traje y de su idioma, y atesorando agravios en sus altivos pechos? Sin embargo, en la época que escribimos tuvo Fr. Hernando, á quien los moros llamaban el alfaquí mayor de los cristianos[1], toda la lenidad cristiana, y los gobernadores la prudencia política necesaria para traer á muchos de aquellos infieles á la religion por el convencimiento, nó por el rigor; y los moros, si no vivian contentos, vivian al menos callados.

Los reyes pasaron á Zaragoza y luego á Barcelona, y un dia, el 7 de diciembre, al bajar el rey la escalera de la diputacion se le acerca un hombre y le hiere en el cuello. La herida ofreció al pronto algun cuidado: oigamos á la misma reina, que escribiendo á su confesor le dice en 30 de diciembre: «Y cuando supe este caso, »luego no tuve cuidado ni memoria de mí, ni

[1] Mármol. Rebelion y castigo de los moros.

»de mis hijos que estaban delante... Y como »entónces á mí no me dijeron mas de lo que »escribí y no habia visto al rey mi señor, que »yo estaba en el palacio donde posábamos, y »el rey en este donde el caso acaesció; y antes »que acá viniese escreví yo; porque su señoría »no quiso que viniese yo en tanto que se con»fesaba, y por esto no pude decir mas que lo »que me decian... Fué la herida tan grande, »segun dice el doctor Guadalupe, (que yo no »tuve corazon para verla) tan larga y tan hon»da, que de honda entraba cuatro dedos y de »larga cosa de... y me tiembla el corazon en »decirlo... Mas hízolo Dios con tanta miseri»cordia, que parece que se midió el lugar por »donde podia ser sin peligro, y salvó todas las »cuerdas y hueso de la nuca y todo lo peligro»so, de manera que luego se vió que no era »peligrosa. Mas despues la calentura y el te»mor de la sangre nos puso en peligro, y al »seteno dia estuvo tan bien que os escribí ya sin »congoja, con mi correo, mas creo que muy »desatinada de no dormir. Y despues al salir »del seteno dia vino tal azidente de calentura y »de tal manera, que esta fué la mayor afrenta »de las que pasamos... ni los oficiales hacian »sus oficios, ni persona hablaba una con otra, »todo era romerías, y procesiones, y limosnas,

»y mas priesa de confesar que nunca fué en »semana santa, y todo sin amonestacion de na»die... Quiso Dios por su bondad haber mise»ricordia de todos... y despues acá lo está »siempre (muy bueno), muchas gracias á nues»tro Señor; de manera que ya él se levanta y »anda acá fuera, y mañana placiendo á Dios »cabalgará por la ciudad á otra casa donde nos »mudamos. Ha sido tanto el placer de verle »levantado cuanta fué la tristeza, de manera »que á todos nos ha resucitado. No sé como »sirvamos á Dios esta tan gran merced.»

Hemos oido contar á la misma Reina Católica este suceso. Su bellísima carta es un modelo, revela la ternura de esta gran mujer, que nos hace sentir sus penas, tomar parte en su dolor, gozar en su alegría.

El asesino era un loco: no tenia cómplices, y la misma reina nos dice: «hechas quantas diligencias en tal caso se debian hacer y quantas en el mundo se pudieran pensar, no se halló indicio, ni sospecha, ni cosa que otro supiese de ello mas que aquel solo que lo hizo; y aquel nunca salió de aquellos desvaríos, quel Espíritu Santo se lo mandó hacer y que no se confesase... y que si le dejasen, cada vez que pudiese lo haria; que no se habia de arrepentir de ello; que lo habia hecho por mandado de

Dios, porque él habia de ser rey, y nó por otra enemiga que tuviese al rey; y nunca de estos desvarios salió, ni se mudó.» Murió el demente en un cadalso.

Libre el rey D. Fernando de su mal, disponiendo de gente aguerrida, pensó recobrar el Rosellon, que como dejamos escrito, poseian injustamente los franceses. Reinaba en Francia Cárlos VIII, hijo de Luis XI: no resistió, y al aproximarse al Pirineo las tropas de D. Fernando, cedió, mandando evacuar el Rosellon, y restituirlo á su legítimo dueño. Trataba Cárlos de reivindicar los derechos que habia heredado de la casa de Anjou, pasar á Italia y ocupar á Nápoles. Toda su atencion la absorbia esta empresa, que le fué tan desgraciada, y no quiso distraer sus recursos, ni comprometer su ejército en el Rosellon, que sin justicia poseia.

En esto Colon habia desembarcado en Lisboa, habiendo tenido que entrar en el Tajo á pesar suyo, obligado por la tempestad. Oyóse con asombro que sus pronósticos se habian realizado, que España le era deudora de un nuevo mundo. Ponderábase lo extraño de los hombres que traia consigo, el oro y riquezas que conducia, lo vistoso de las aves y lo raro de armas y utensilios, las peregrinas maderas... El antiguo mundo miró con asombro las pro-

ducciones del mundo nuevo: toda Europa se agitó al saber el descubrimiento, y el rey de Portugal conoció cuánto habia perdido en no admitir los ofrecimientos que se le habian hecho. Procedia con notorio error; al ver que no tenian los indígenas que condujo el almirante la tez negra y el cabello ensortijado, dedujo que no eran africanos, y que debian ser asiáticos. No faltó quien propuso á este monarca que pretextando una riña se diera muerte á Colon, imaginando que sin el almirante no acertarian los españoles á regresar á las islas por él descubiertas. Negóse hidalgamente el rey á consentir tal villanía; y Colon, obsequiado en Lisboa, se embarcó de nuevo, y dirigió su rumbo á Pálos, puerto de donde habia salido.

Arribó á 15 de marzo á las doce de la mañana, á los doscientos veinticuatro dias de su partida, y es indecible el gozo con que, los que juzgaban muerta la tripulacion, la vieron regresar. Todo eran gritos de júbilo y aclamaciones de triunfo, y formándose los habitantes y la marinería en dos filas, fueron procesionalmente á dar gracias á Dios.

Colon escribió á los reyes su llegada, y en 30 de marzo le contestaron una carta notabilísima, en que le dicen que vaya pronto á Bar-

celona, le felicitan por su triunfo, le manifiestan el mayor cariño y le ofrecen grandes mercedes, previniéndole que diese las órdenes para que se aprestase lo necesario para regresar al punto de sus descubrimientos, que desde entónces se llamó Indias Occidentales, ó nuevo mundo. Emprendió Colon su viaje: despoblábanse ciudades y villas por verle; pasmábanse de cuanto conducia. Seguia una multitud de gente la marcha triunfal obstruyendo los caminos: nunca ovacion tan grande, ni tan merecida. Llega el almirante, que así le llamaban suprimiendo el nombre de Colon, á Barcelona, y salen á recibirle los caballeros de la corte y los señores del país; y entra en medio de las aclamaciones de la multitud en el palacio de los reyes.

Bajo régio dosel, con grande pompa le esperaban para hacerle grata acogida. Al verle llegar se levantan los monarcas, bésales Colon las manos, mas no consienten que doble la rodilla, y mandan que tome asiento y hable sentado. Colon, modesto, no se envanecia con tanto favor, y á nueva órden empezó la relacion, dando gracias á Dios por las mercedes que habia hecho á los reyes. Con inspirado acento habló del Océano, no surcado ántes por ningun mortal, é ignorado del antiguo mundo;

refirió su viaje, su descubrimiento, el mérito y valor de los suyos. Ponderó el largo campo que se abria á la navegacion y al comercio; y mostró ejemplares de sucino, piedras metálicas, y algodon, de semillas y de plantas aromáticas y medicinales, aloe, almáciga, ruibarbo, púrpura; del maíz, yuca, patata, que debian alimentar á la mitad del mundo y evitar las hambres terribles que despoblaban la Europa. Presentó maderas y otras muchas producciones que rendia espontáneamente aquella vírgen y feraz tierra. Mostró varios géneros de animales extraños, tanto marítimos como terrestres; y cuarenta papagayos de muy ricos y variados colores. Puso de manifiesto cantidad de oro en varias piezas de las que usaban los indios, y en pepitas y en polvo. Presentó luego á los reyes los seis isleños que llevaba consigo, haciendo ver su inocencia y su simplicidad, observar sus armas, sus adornos, sus rústicos utensilios, manifestando al mismo tiempo que no eran idólatras, que tenian idea clara de un ser supremo, y lo fácil que era atraerlos al conocimiento del verdadero Dios, instruyéndoles con dulzura en las verdades de nuestra santa fe. Concluyó su elocuente, cuanto sencilla, narracion, expresando que Dios habia reservado á tan grandes reyes no solo los tesoros de un

nuevo mundo, sino otro tesoro mayor y de mas inestimable precio en la multitud de almas que debian ser reducidas al gremio de la Iglesia.

Los reyes estaban entusiasmados, y la reina contenia apenas el llanto que mojaba sus párpados. En cuanto concluyó Colon de hablar, postráronse de rodillas los soberanos y todos los presentes; y la capilla real entonó el *Te Deum*. ¿Por qué no estaban allí Pérez de Marchena y el maestro Deza? ¿Por qué nó Quintanilla y Santángel?

Colon, colmado de honores y distinciones por los reyes, dispuso su segundo viaje saliendo de Cádiz el 25 de setiembre de 1493. Diéronsele por armas las de Castilla y Leon, orladas con un lema que decia: «Á Castilla y á Leon nuevo mundo dió Colon.» Diéronsele mil doblas de oro, y el sello real, para que por sí, ó por teniente, sellase las provisiones que despachara en nombre de los reyes. Iban trece misioneros; y labradores, mineros, artesanos, ganados y herramientas.

Navegó Colon mas de mil cien leguas y descubrió un domingo la isla que por esta razon llamó Dominica. Visitó las de los Caribes; llegó á otra isla que los naturales llamaban Burenquen, púsola el nombre de San Juan Bau-

tista, y hoy la conocemos por Puerto Rico; y el viérnes 22 de noviembre tomó tierra en la Isla Española.

Como hemos dicho, el monarca portugues se creia con derecho á los nuevos descubrimientos. Martino V y otros pontífices habian concedido á la corona de Portugal cuanto descubriese desde el cabo Bojador á la India, que procuraban los navegantes costeando el África occidental. El rey lusitano armaba para hacer descubrimientos por la misma parte que Colon, y los Católicos acudieron á Alejandro VI para que legitimase sus conquistas. Costumbre recibida en aquellos siglos; poco en armonía con las actuales ideas.

Era el Pontífice español; alabó el descubrimiento, encareció el mérito de Colon, y por su bula de 3 de mayo hizo donacion perpétua á la corona de Castilla del nuevo mundo con la obligacion de plantear y propagar en él la fe de Jesucristo. Colon habia propuesto que se deslindasen los territorios reservados á Portugal de los de Castilla, y que sirviese de límite una línea imaginaria, tirada de polo á polo, por un punto situado á distancia de cien leguas de las posesiones portuguesas mas occidentales, en las islas Azores ó las del Cabo Verde. Así se consignó en la bula; mas des-

pues se estableció en el tratado de Tordesillas, que pasase el meridiano á trescientas setenta leguas al Occidente de las islas de Cabo Verde, correspondiendo á Portugal cuanto estuviese al Oriente de esta línea y á Castilla lo que descubriese al Occidente, y no estuviese poseido por príncipes cristianos. A esta variacion del meridiano debió Portugal la posesion del Brasil, descubierto la primera vez por marinos castellanos, y despues por Álvarez Cabral, navegante portugues.

En su tercer viaje descubrió Colon la tierra firme; y en el cuarto y último, de que tendremos necesidad de hablar mas tarde, el mar que hasta entónces le fué bonancible, se convirtió en proceloso, y como dice el almirante á los Reyes Católicos: «ochenta y ocho dias hacia que no me habia dejado espantable tormenta, á tanto que no vide el sol, ni estrellas por mar, que los navíos tenia yo abiertos, las velas rotas, y perdidos anclas y jarcia y cables, con las barcas y muchos bastimentos. La gente muy enferma, y todos contritos, y muchos con promesa de religion, y no ninguno sin otros votos y romerías... Yo habia adolecido, y llegado fartas veces hasta la muerte.»

La gloria del ilustre genoves se acibaró con hondos pesares. Los enemigos de Colon influ-

yeron pérfidamente en el ánimo de los reyes: quejábanse de que trataba con dureza y crueldad á los indios, que exajeraba la riqueza del pais, y que vendiera en Sevilla varios de aquellos naturales, cuyo buen tratamiento estaba repetidas veces recomendado por la reina. La envidia y las malas pasiones, que se ocultan en el período de esplendor de los grandes hombres, aparecen mas tarde armadas para herirles. Dolíanse pérfidamente de su ambicion, de su dureza é injusticia, y de que un hombre nuevo (que así le llamaban) hubiera sido elevado á tal altura; ofendíanse del aprecio que le hacian los reyes. ¿Cómo perdonar que estos señores en una notabilísima carta le dijesen: «Una de las principales cosas porque esto nos ha placido tanto, es por haber sido inventada, principiada é habida por vuestra mano, trabajo é industria; y parécenos que todo lo que al principio nos dijisteis que se podia alcanzar, por la mayor parte ó todo ha salido cierto, como si lo hubiérades visto ántes que nos lo dijesedes.»

Acosados los reyes nombraron al comendador Francisco de Bobadilla para que hiciese informacion: abusó de su autoridad, despojó á Colon de muchas de sus atribuciones, le envió preso á Castilla con sus hermanos. No bien su-

pieron los reyes este desafuero, depusieron á Bobadilla nombrando en su lugar á Frey Nicolas de Ovando, comendador en la órden de Alcántara. Remitieron á Colon crecidas sumas, mandando que se presentase en la corte, escribiéndole para desagraviarle una carta en que le decian: «Tened por cierto que de vuestra prision nos pesó mucho, é bien lo visteis vos é lo conocieron todos claramente; pues que luego que lo supimos lo mandamos remediar; y sabeis el favor con que os habemos mandado tratar siempre, y agora estamos mucho mas en vos honrar y tratar muy bien.»

Ovando no permitió á Colon entrar en la Española, y para que se vean las quejas del almirante, muerta su protectora la Reina Católica, escribió al rey una sentida carta en que le dice: «Siete años estuve yo en su real corte, que á cuantos se fabló de esta empresa, todos á una dijeron que era burla: agora fasta los sastres suplican por descubrir»..... «Fuí preso y echado con dos hermanos en un navío, cargados de fierros, desnudo en cuerpo, con muy mal tratamiento, sin ser llamado y vencido por justicia. ¿Quién creerá que un pobre extranjero se hobiese de alzar en tal lugar contra V. A. sin causa, ni sin brazo de otro príncipe, y estando solo entre sus vasallos y

naturales, y teniendo todos mis fijos en su real corte?»

Desgraciados ciudadanos, bien merecientes de la patria, decia Ciceron, no sólo se olvidaran vuestras acciones preclaras, sino que se os imputaran crímenes horrendos.

CAPITULO VII.

Reinaba en Nápoles Fernando I, hijo de Alfonso V de Aragon, el conquistador; era aborrecido de su pueblo por su crueldad y su avaricia; reconocíansele á pesar de esto grandes calidades: valor, talento, actividad, experiencia. Hallábase en avanzada edad, falleció á poco, y pasó la corona á su hijo D. Alfonso, que sin los talentos del padre, habia sabido conquistarse el odio cordial de sus vasallos.

Carlos VIII de Francia abrigaba en su mente el deseo de adquirir el reino de Nápoles. Alentábale en este propósito Luis Esforcia, primero, gobernador, y á la muerte de su sobrino, duque de Milan; y recordando las adopciones de la reina Juana, y que habian sido cedidos á

su padre Luis XI los derechos de varios príncipes franceses, creyóse asistido de justicia para acometer tal empresa.

Empezó, como hemos dicho, cediendo al Rey Católico el Rosellon y la Cerdaña; al emperador Maximiliano devolvió el Franco Condado y el Artois; y compró el asentimiento, ó al ménos la inaccion del rey de Inglaterra á costa de seiscientos veinte mil escudos de oro. Comenzó pues su aventurera expedicion perdiendo lo que poseia de presente, ilusionado con la esperanza de engrandecimiento futuro; se privó del dinero que tanta falta le habia de hacer luego, malquistóse con los suyos, no logró asegurar á los extraños, y creyó fácil llegar á la gloria por la senda del oprobio.

Conoció el Rey Católico en su alta política que, si bien los pueblos acogerian con júbilo á los franceses y no resistirian al primer ímpetu de sus armas, trocarian pronto el entusiasmo en desvío y malquerencia; y no estarian ni contentos, ni callados bajo tan arrogantes dominadores. Sabia que el pueblo napolitano es mudable y vario, degradado e indolente; pero artero y falaz, traicionero y vengativo. Que los franceses, ligeros, y nada respetadores de los demas pueblos, ofenderian á los italianos con su petulante libertinaje, y que el rey Cár-

los VIII [1], objeto de odio y desprecio para los suyos, carecia de todas las buenas cualidades, deforme de cuerpo, corrompido de alma.

Formó, pues, el Rey Católico una liga con el Pontífice, con Venecia, con el emperador Maximiliano, y con Esforcia, el antiguo amigo de Francia; y dispuso que Gonzalo de Córdova tomase el mando de la expedicion. Empezó el monarca español exhortando al frances para que desistiese de su proyecto, amenazándole en otro caso con la guerra: todo en vano. El rey Cárlos VIII penetra en Italia con veinte mil infantes y cinco mil caballos; los italianos, olvidados en la paz de las artes de la guerra, le abren paso, y como dice un escritor de aquella nacion, sin armar una tienda ni quebrar una lanza, entre las aclamaciones de hambrienta multitud penetraron los franceses en la ciudad de Nápoles, abandonada de sus reyes.

D. Alonso cedió la corona á su hijo Fernando, que creia amado del pueblo, y se retiró á la vida del claustro. Fernando II abandonó

[1] Cárlos VIII no sabia leer, ni escribir cuando subió al trono. Enfermizo y débil en su niñez, no juzgó su padre Luis XI conveniente que aprendiese nada, y á los que le hablaban de la necesidad de que estudiase y supiese latin, contestaba: «Bastante latin entenderá si sabe traducir esta frase. *Qui nescit dissimulare, nescit regnare*: (el que no sabe disimular no sabe reinar.)

la ciudad como el padre, pero empezó á apercibirse para recobrar su trono. Á poco los pueblos sintieron el yugo férreo de los franceses; irritados por las costumbres de los vencedores, tan contrarias á las suyas, empezaron á suspirar por sus antiguos reyes, y á desobedecer las órdenes que recibian. Conspiraban, manifestaban su encono, y dejaban entrever deseos de venganza. Apercíbese Cárlos VIII, teme que los de la liga le corten la retirada, y sale de Nápoles apresuradamente, abandonando su fácil conquista; y á los cuatro meses de la invasion se vuelve á Francia con parte de sus fuerzas, dejando las restantes guarneciendo á la capital y otras plazas de importancia. Esperábanle los aliados á las orillas del Tanaro; tres mil suizos que componian la vanguardia del ejército frances rompen la línea enemiga y causan gran destrozo. El rey entra en Francia en 1495, para no volver á pisar el territorio italiano.

Párte Gonzalo con una division de cinco mil infantes y seiscientos caballos: desembarca en Sicilia y se dirige á hostilizar la Calabria. Toma por asalto la fortaleza de Reggio; ríndensele otras, hace prisionero un regimiento enemigo, y sabe que le va á salir al encuentro el Señor de Aubigny, guerrero ilustre, géneral frances

en aquel país. Opina Gonzalo que no se debia aceptar la batalla, porque su gente era escasa, y los sicilianos que le acompañaban no le inspiraban confianza alguna. Por otra parte los franceses, superiores en número, llevaban á sueldo soldados suizos. Celébrase consejo: Fernando II votó porque se aceptase la accion, y siguieron todos el dictamen del jóven rey, quedando solo y desairado el guerrero español. Cedió: la jornada no fué feliz para las armas combinadas; huyeron los sicilianos, y si el general frances hubiese podido perseguir á los vencidos, hubiera sido desastrosa. El rey Fernando se refugió á la armada y desembarcó á la vista de Nápoles, que defendia el duque de Montpensier, ignorante de lo sucedido. Los franceses se retiran á los dos castillos, desguarnecen la ciudad, y entre las aclamaciones de los mismos que se entusiasmaron con Cárlos VIII, toma posesion de la capital de su reino. Gonzalo se retiró á Reggio y salió á pelear tomando cada dia nuevas plazas, estableciendo fuertes presidios y combatiendo á los franceses sin tregua ni descanso. Ya habia ocupado la mayor parte de la Calabria, y se lisonjeaba verla libre de enemigos, cuando recibe órden de pasar á Nápoles.

Los franceses, recibidos refuerzos, habíanse

fortificado en Atella, y allí se reunieron con gente numerosa Persy y Montpensier. Gonzalo tenia asombrado al país con su valor y estrategia: su nombre era terror de los contrarios, y alistábanse sin sueldo en su bandera varios caballeros. La marcha á Nápoles era larga y difícil por país fragoso. Fué á cada paso hostilizado por los barones anjoinos, poníanle los franceses asechanzas, cortaban las comunicaciones, ocupaban los desfiladeros. Mas Gonzalo vencia todas las dificultades, asaltaba y rendia las plazas que hallaba al paso, castigaba severamente al enemigo, y ganaba en tan difícil expedicion nuevos laureles por su pericia, su constancia y su valor. Precedido de la fama llega por fin adonde Fernando II le esperaba impaciente, y no bien acampa y reconoce la plaza de Atella, la embiste, y destroza á la infantería suiza, se apodera de los molinos, hace presentir á los sitiados los rigores del hambre, y fatiga la guarnicion con repetidos asaltos. Atella capituló entregarse si dentro de treinta dias no era socorrida; no lo fué, y quedaron prisioneros los soldados franceses, tratados con bastante dureza por Fernando II de Nápoles.

Vuelve á Calabria el gran Capitan, que así le apellidaban propios y extraños, y consigue en difícil campaña obligar á Aubigny que la eva-

cue, y entrega libre de enemigos aquella provincia al rey Fernando. Mas este príncipe valeroso fallece á poco en la flor de verde juventud, y le sucede su tio Federico, hombre bueno para gobernar en la paz, poco á propósito para la guerra.

El Pontífice llama á Gonzalo. En Ostia habia guarnicion francesa, y Menoldo Querri, corsario vizcaino, tenia afligida á Roma, no dejando que entrasen en el Tíber los buques que llevaban provisiones y víveres. Burlábase de las excomuniones del Pontífice y tenia en alarma aquel país. Llega Gonzalo; en tres dias hace los preparativos de sitio, aplica la artillería á las defensas, y á los cinco dias abre la brecha y ocupa á Ostia, al tiempo que Garcilaso de la Vega, embajador de España en Roma, la entraba por otro lado con pequeño número de soldados. Vencedor Gonzalo llega á Roma, que recordó los triunfos de sus antiguos guerreros. Aclámale el pueblo su libertador, marchaba á la cabeza de los suyos, estoque en mano; cargados de cadenas iban los franceses prisioneros, y sobre un caballejo el corsario vizcaino. Llega al Vaticano donde Alejandro VI rodeado de sus cardenales aguardaba al heroe español. No consiente el Papa que se postre á sus piés; álzale en sus brazos, bésale en la frente y le

da la rosa de oro, presente con que todos los años honraban los pontífices á los que prestaban grandes servicios á la Santa Sede. Imploró Gonzalo la vida del corsario y pidió que á los vecinos de Ostia se les libertase por diez años de toda contribucion.

Al tiempo de despedirse del Papa oye Gonzalo de su boca palabras poco atentas contra los Reyes Católicos. Lamentábase Alejandro VI, Pontífice español, y que por cierto dió poca honra á su patria, de que los Reyes Católicos, que le debian tantos favores, no le hubiesen hecho ninguno. Contestóle Gonzalo recordándole que á ellos debia ver respetada su autoridad en Italia, combatida por los franceses; y le recordó del modo mas delicado la reciente ocupacion de Ostia. Volvió Gonzalo á Nápoles; recibióle el rey ostentosamente; pasó á pacificar á Sicilia, y despues de haber tomado á viva fuerza á Diano en el continente, volvió á España cargado de laureles precedido por la fama. Fué bien acogido: el Rey Católico decia en público que las conquistas del gran Capitan en Italia eran superiores á la ocupacion de Granada.

Mientras estas cosas pasaban falleció en 11 de enero de 1495 en Guadalajara el célebre cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, uno

de los mayores prelados que tuvo la iglesia española, gran repúblico y amigo personal de los Reyes Católicos, que fueron á visitarle y oir sus consejos en la hora suprema, y que lloraron su muerte. Habíale pedido, segun se cree, consejo la reina sobre quien debia sucederle en la mitra de Toledo, y habia designado como hombre grande en la ciencia, más grande en la virtud á Fray Francisco Ximénez de Cisnéros, beneficiado primero en Sigüenza, profeso en san Juan de los Reyes de Toledo, que viviendo cual cenobita en la Salceda, se vió sorprendido con el nombramiento de confesor de la reina. Sólo estaba en la corte el tiempo necesario para desempeñar su ministerio, y un dia la gran reina le presenta las bulas en que era nombrado arzobispo de Toledo. Sorprendióse y partió de palacio más enojado que atento. Costó trabajo hacerle admitir este cargo, y sólo la obediencia al Pontífice le obligó á aceptarlo. Bajo el sayal de san Francisco y en extenuado cuerpo se halló un ánimo entero y levantado. Tachábanle de excesivamente duro, nó sin razon, tal vez, en los primeros tiempos; que tal carácter imprimen la soledad y el retiro, y el amor á la estricta y severa justicia, cuando no está suavizado por las dulzuras de la equidad.

Pronto se vieron consecuencias de este inflexible carácter. El conde de Tendilla hacíase amar de los granadinos y era para ellos un verdadero padre. El arzobispo Hernando de Talavera con dulzura evangélica y gran celo por la gloria de Dios atraia á la religion católica muchas almas, y estas primeras conversiones fueron sinceras y por lo mismo constantes. Para amamantarlos en la fe hizo traducir al árabe algunos de los libros de liturgia y pasajes del Viejo y Nuevo Testamento. Desaprobó Cisnéros esta conducta, creyendo que bastaria que se tradujesen el catecismo y oraciones; y juzgó que el camino que seguia Fray Hernando era demasiado lento. Mandóle la reina á Granada para que auxiliase á aquel arzobispo en la grande obra de convertir infieles. Mediaba una solemne capitulacion; nada se respetó. Usóse de rigor, se privó á los padres de sus hijos, atrájose por varios medios á los alfaquíes, cargóse de cadenas á un moro principal, el Zegrí, querido del pueblo, que se convirtió; quemáronse en la plaza pública los ejemplares del Coran y de otros libros de la secta de Mahoma, sin respetar el primor de las iluminaciones, ni la riqueza de las cubiertas, y en un dia bautizó Cisnéros por aspersion cerca de cuatro mil moros. No era el rigor conforme

con lo prevenido en los concilios de Toledo, y el Rey Católico cuando lo supo exclamó «que sería mas conveniente al servicio de Dios y al suyo que saliesen los moros de su reino, que nó que fueran cristianos como lo eran.»

Pasados los primeros momentos, amotínanse los moros, que segun la expresion de Mármol, «estaban estomagados de ver la sobrada diligencia que ponia en hacer que fuesen cristianos;» matan á dos criados del arzobispo, pónese en armas el Albaicin, cunde la rebelion, se propaga, y vuela la noticia á los reyes tan exagerada, que se llegó decirles haberse perdido la ciudad. La reina no comprendia la conducta de Cisnéros, y no sabia cómo explicarse no haber tenido noticias suyas, lo que se debió á haberse retrasado el propio enviado con el mensaje. El rey, que habia deseado el arzobispado de Toledo para su hijo D. Alonso, arzobispo de Zaragoza, y que no participaba del entusiasmo de la reina por Cisnéros, la dijo agriamente: «Veis, aquí, señora nuestras victorias, que han costado tanta sangre en España, arruinadas en un momento, por la tenacidad é indiscrecion de vuestro arzobispo.»

Defendíase este en su habitacion, de que trataban de apoderarse los moros. Presentase al nuevo dia el conde de Tendilla con sus guar-

dias: nada consigue; y nada podia conseguir por la fuerza; pues por cada español habia treinta moros. Diez dias duró la rebelion: el prudente conde empleaba medios pacíficos: habia enviado su adarga en señal de paz á los rebeldes, que la apedrearon tratando mal al escudero portador. Hallábanse los moros en la plaza de Bibel-Bonut, y el arzobispo de Granada, con su cruz delante y algunos criados á pié y desarmados se presenta en medio de la gente sublevada. ¡Poder de la virtud! En cuanto ven al buen arzobispo Talavera, aproxímansele humildes, y le besan el halda del vestido. Llegó á poco el conde de Tendilla, llevaba un bonete de grana en la cabeza, lo arroja en medio de la multitud, que lo alzó, lo besó y se lo devolvió con respeto. Ofrecieron á los moros que les alcanzarian el perdon de los reyes, y que les serían guardadas sus capitulaciones. Para manifestar más su confianza en aquella gente, el conde de Tendilla envió al Albaicin á su mujer y sus niños, y los hospedó no lejos de la mezquita mayor. Apaciguóse el furor popular, y volvieron los granadinos á sus labores del campo.

Cisnéros apaciguó el ánimo de los reyes manifestándoles que era indispensable que esta gente levantisca abandonase el reino ó se con-

virtiese á la fe, justificó su rigor por su celo, y dijo que debian ser declarados rebeldes todos los del Alcaicin, obligándoles á que optasen entre la muerte ó el bautismo. Fácil es de comprender que optarian por lo segundo, y que atesorarian deseos de venganza. A poco en la Alpujarra se levantan los que apellidando libertad querian sacudir el yugo cristiano. El mismo rey, con el conde de Tendilla y Gonzalo de Córdova, fué á combatirlos. Tomó varios pueblos, y en guerra difícil y larga logró, nó sin grandes pérdidas y á costa de mucha sangre, sujetar la rebelion, que debia aparecer mas amenazadora en tiempo de Felipe II. Murieron en esta guerra D. Alonso de Aguilar y Francisco de Madrid, ilustres capitanes. Partieron muchos moriscos para Berbería, con cuya gente estaban en relacion: otros se convirtieron.

En esto ocurre la muerte de Cárlos VIII de Francia, y su sucesor Luis XII trató de encender la guerra en Italia, y de lanzar á Federico III del trono de Nápoles. Concierta alianzas con el Pontífice y con Venecia, y empieza desposeyendo á Esforcia del ducado de Milan. Sólo podia contar el rey de Nápoles con España: sus antiguos aliados le habian abandonado. Confiaba en los compromisos que el Rey Católico habia contraido en la anterior guerra, en

la amistad y alianza que unia á las dos naciones, y en el parentesco que tenian ambos monarcas, y no podia figurarse de su tio nada que no fuese noble y digno. Se engañó. El mismo general, las mismas armas que le protegieron y sentaron en el trono de Nápoles, iban á lanzarle de él, y á repartirse con los franceses sus despojos, faltando á la moral, á la generosidad y á la consecuencia. El rey Fernando habia creido que la razon de estado no tiene entrañas, y que no reconoce mas que intereses.

Salió Gonzalo para Italia llevando consigo la flor de la juventud noble de España, que deseaba aprender á su lado el arte de la guerra: Pizarro, conquistador más tarde del Perú, Mendoza, Villalta, Zamudio, Pedro Navarro, Diego de Parédes y otros jefes de antigua y bien ganada reputacion. Todos ignoraban, ménos el general, el objeto de la expedicion; los pliegos debian abrirse en punto señalado, y hasta el rey de Nápoles se lisonjeaba de ver llegar á sus amigos y protectores. ¡Infeliz!

La armada española, compuesta de sesenta velas, llevaba cinco mil infantes y seiscientos caballos; llegó á Mesina, se unió á la escuadra veneciana, que daba caza á la del turco, el que se retiró sin pelear y fué á guarecerse á Cefalonia. Allí fué Gonzalo, y puso sitio á la plaza.

Defendiéronse los sitiados con valor y denuedo y rechazaban con frecuencia en diferentes salidas los aproches de los nuestros. Los turcos usaban unos garfios de fierro, llamados lobos, con los que desde el muro apresaban á los sitiadores; elevándolos y dejándolos caer desde considerable altura, ó conduciéndolos á la plaza. Diego García de Parédes, cautivo de este modo, voló por los aires, y con su membrudos brazos se agarró tan fuertemente á los hierros, que no pudo ser lanzado á tierra, y fué conducido al muro, donde se defendió con tal brabura, que impuso respeto al enemigo, que le trató con distincion. Los nuestros emplearon contra la plaza las minas, invencion de Pedro Navarro.

Defendíanse con tenacidad los turcos: veian volar parte de los muros, que al punto eran reconstruidos; acudian unos soldados al asalto y eran rechazados con las armas, y con todo género de proyectiles, piedras, azufre, aceite y pez hirviendo. Tenian que retirarse, y sucedia lo mismo á los venecianos cuando arrimaban sus escalas. Iban trascurridos sesenta dias, y pocos valientes detenian ante sus bastiones un ejército aguerrido. Gonzalo creyó que debia hacer un esfuerzo supremo; colocó la artillería en posicion mas ventajosa, hizo abrir minas en

diferentes direcciones y colocó las tropas de modo que el ataque fuese general y simultáneo.

Da la señal: la artillería rompe horrible fuego, vuelan las minas, los turcos se encuentran con enemigos en todas partes, y ven coronados sus muros por los soldados de España, que espada en mano y dentro del recinto eran irresistibles. Murió el jefe turco y trescientos de sus soldados; heridos y enfermos los demas se entregaron, y Gonzalo devolvió á la señoría de Venecia la plaza de Cefalonia, que antes le habia pertenecido.

Párte el Gran Capitan á Reggio, y aun creia el rey D. Federico que venia en su auxilio. Perdió á poco esta hidalga ilusion. El Pontífice en pleno consistorio dió á los soberanos coligados la investidura de los territorios que se habian adjudicado. Quedó para Francia, ademas del título de rey, la ciudad de Nápoles, y la parte norte de aquel reino, y para Castilla las Calabrias, la Pulla y el Abruzzo. Tratado absurdo, firmado por una y otra parte con dolosa intencion; porque uno y otro monarca comprendian bien que alguno de los dos absorberia necesariamente al otro, pues no podian vivir ambos tranquilos y pacíficos. El rey D. Federico tuvo que ceder. ¿Cómo resistir á dos caudillos de tanta importancia como Nemours y

Gonzalo? Retiróse á la isla de Iscla, y luego á Francia, obtenida una pension de aquel rey. Su hijo mayor D. Fernando se encerró en la plaza de Tarento y la defendió tenazmente contra el Gran Capitan. Apretado el sitio, capituló salir en libertad, lo que no se le cumplió, habiendo sido embarcado en una galera y conducido á España; borron que oscurece la fama del Gran Capitan.

Como era fácil de prever, empezaron las desavenencias entre franceses y españoles. Pretendian los primeros apoderarse de la Capitanata; decian los segundos que era parte de la Pulla, que correspondia á Castilla. Consultaron ambos generales á sus respectivas cortes, que fiaron á sus caudillos el arreglo. Vinieron auxilios á Nemours; mirábanse ambos ejércitos primero con desconfianza, más tarde con mal querencia. Nemours y Gonzalo conferenciaron; el frances mas vehemente; el español mas cauto; y deseoso de cargarse de razon, como dice el vulgo, presentó moderadas condiciones de arreglo, que no fueron acogidas. Rompiéronse las hostilidades. El Gran Capitan contaba con un ejército muy inferior al de Francia y se redujo á concentrar sus fuerzas en Barleta, á protejer las plazas que estaban por Castilla y á la guerra de montaña, en que los

nuestros eran muy prácticos. El duque de Nemours sitió á Canosa, y su defensor el célebre ingeniero Pedro Navarro tuvo que capitular, saliendo empero con banderas desplegadas y con todos los honores militares. A su vez los españoles se apoderaron de Almorbino y obligaron á Nemours á levantar el sitio de Tarento, y vencieron en Cosenza á los barones napolitanos. Aubigny, lugarteniente de Nemours, derrotó una division española junto á Terranova, y en cambio los nuestros destruyeron gran parte de la guarnicion francesa de otra plaza. Redújose, pues, en aquel año (1502) la campaña á acciones parciales sin consecuencia decisiva.

Mas al siguiente, recibidos refuerzos, empezó la guerra con grande fortuna para España. Diego de Mendoza, cerca de Trani, derrotó un cuerpo que mandaba el general Lapalisse; Pedro Navarro toma á la fuerza á Castellanata y hace prisionera toda la guarnicion; el capitan Lezcano dá sobre el corsario frances Perijuan, le quita varios buques, y le obliga á dar barreno á los restantes. El Gran Capitan en 22 de Febrero se apoderó por asalto de Rubo, cogió prisionero al general frances Lapalisse, á varios gefes de importancia y á toda la guarnicion. A poco D. Francisco de Andrade presentó batalla

á Aubigny cerca de Seminara y lo venció, haciéndole perder dos mil doscientos hombres. El general frances se refugia á la Roca de Anguita, síguele Andrade, le vence de nuevo, y Aubigny es hecho prisionero.

Deseaba Gonzalo de Córdova presentar batalla decisiva á los contrarios. Sale de Barleta y se dirige á Cerignola, donde estaba el ejército frances á las órdenes del ilustre Nemours. Era el 28 de abril: no bien llegan los nuestros, sin permitirles casi formar, se ven recibidos ásperamente por los franceses. Toma sin embargo posicion ventajosa nuestro ejército, y la artillería abre horribles brechas en los cuadros enemigos. Vuélase el almacen de pólvora, vacilan los nuestros; mas Gonzalo corre al lugar de la desgracia y grita á los soldados: «Ánimo, amigos, estas son las luminarias de la victoria.» Repuestos, entran por las filas enemigas, se apoderan de la artillería y del campamento é introducen la dispersion. Nemours, el valiente Nemours, más soldado que general, acomete, lanza en ristre, por el sitio del mayor peligro, y queda muerto en el campo. Los ejércitos eran iguales en fuerza, pero el español ocupaba posicion mas ventajosa. Sintió Gonzalo la muerte de Nemours y le dispensó grandes honores fúnebres. Cerignola y Canosa se rin-

den, y los restos del ejército frances se refugian en Nápoles y en Gaeta.

El Gran Capitan pasa á Nápoles, la ocupa; toma por asalto á Castelnovo, y dejando á Pedro Navarro para que sitiase el castillo del Ovo, que fué minado y conquistado á poco, pasa á Gaeta, donde los franceses habian recibido grandes refuerzos é iban recobrándose del anterior quebranto. Sabe Gonzalo que el rey de Francia enviaba un ejército de doce mil infantes y mil caballos, se retira á Castelnovo y establece y fortifica su línea de operaciones en el Garellano, sitúa su cuartel general en San German, y fia á Pedro Díaz la defensa del puente. Iban acercándose los franceses, y Gonzalo casi á su vista se apodera por asalto de la fortaleza de Monte Casino. Sitian los contrarios á Roca Seca: los sitiados hacen una salida, Gonzalo envia en su apoyo tres mil hombres, y los sitiadores se retiran. Dirige el marques de Mántua sus fuegos al puente y le asalta una y otra vez en vano; y desesperado de adquirirlo echa otro sobre el rio; mas la artillería española barria á los que intentaban pasarlo. Con heróica intrepidez logran atravesarlo mil hombres; pero fueron todos exterminados por nuestra infantería ó ahogados en el rio.

El marques de Mántua, desacreditado, enfer-

mo, sin fuerza moral, cedió el mando al de Saluzo, que se limitó á fortificar la cabeza de su puente. Era el rigor del invierno, el Garellano salia frecuentemente de madre: sufrian los soldados grandes privaciones. Algunos capitanes murmuraban y pidieron al general que trasladase su ejército á Cápua. Gonzalo contestó: «Prefiero morir dando tres pasos adelante, que vivir un siglo por dar un paso atrás.» Y dejando al frente del enemigo la fuerza necesaria para que no se apercibiese de su intento, párte aceleradamente en la noche del 27 de diciembre, pasa el rio á seis leguas de distancia, y por la misma orilla que ocupaban los enemigos llega á su campo dos dias despues. Esta operacion conocíase entónces en la milicia con el nombre de robar una marcha. Saluzo quiere evitar la accion y se retira y fortifica en Mola: síguele Gonzalo, y con muerte de mas de dos mil enemigos ocupa la plaza, haciendo muchos prisioneros; y tomando la artillería y los bagajes destruye completamente el ejército frances. Gaeta se rinde; evacuan los franceses á Italia, y á poco conciertan una tregua de tres años con el Rey Católico. Desde entónces quedó el reino de Nápoles por Castilla: el nombre del Gran Capitan se hizo célebre en todo el mundo, la infantería española adquirió gran fama.

Tres períodos tuvieron las campañas de Italia: en el primero auxiliaron nuestros soldados la legitimidad y lanzaron las tropas de Cárlos VIII: en el segundo fueron á desposeer al mismo que habian ántes protegido y á dividir con los franceses el territorio; en el tercero destrozaron los dos ejércitos que Luis XII envió á Nápoles y quedaron únicos y tranquilos dominadores del país. Italia fué el gran teatro donde el genio de Gonzalo y el valor de nuestras armas conquistaron nombre inmortal.

¡Siglo de hazañas!

CAPITULO VIII.

Cuando todo se presentaba tan favorable á los reyes Católicos, hallábanse afligidos por grandes desgracias de familia. Su hijo D. Juan, esperanza de la patria, casado con la archiduquesa Margarita de Austria, hija del emperadór Maximiliano, falleció dejando en cinta á su esposa, que malparió á poco. La reina de Portugal, Doña Isabel, hija de los reyes Católicos, viuda de D. Alonso, y casada en segundas nupcias con el rey D. Manuel, fué jurada con júbilo en Castilla, y no con tanto en Aragon, por sucesora en estos reinos. Hallábase grávida, creíase ya llegado el momento de la deseada union de Portugal y Castilla; mas esta noble señora falleció en Zaragoza de parto en

1500, habiendo dado á luz al príncipe D. Miguel, que jurado sucesor, murió á poco. Fué reconocida y jurada heredera de ambos reinos Doña Juana, casada con D. Felipe, archiduque de Austria, y que en Gante dió á luz en 24 de febrero de 1500 al príncipe D. Carlos, que fué luego el primero de su nombre en España, y el quinto en Alemania.

Al siguiente año vinieron ambos esposos á Castilla para ser jurados personalmente en Córtes. Fueron admirablemente acogidos en Francia por Luis XII, que les llenó de honores y distinciones en Blois, donde se hicieron magníficas funciones. Esperaba por este medio el monarca frances arreglar favorablemente para sí los asuntos de Italia, á la sazon pendientes; como lo hizo mas tarde en Lion, en un convenio firmado sin autorizacion suficiente por Felipe de Austria, desconocido por el Rey Católico, y roto por Gonzalo con la punta de la espada en Cerignola y Garellano.

El recibimiento que se hizo en Castilla á los príncipes, fué lo mas ostentoso que puede imaginarse; suspendióse el rigor de las leyes suntuarias para que los señores y ricos hombres se presentasen á los príncipes con toda pompa; y se hicieron grandes fiestas en Toledo, en cuyas córtes fueron jurados; y en Za-

ragoza, donde sin resistencia, los reconocieron y juraron los cuatro brazos de aquel reino. Todo lo miraba con insolente desden el príncipe austriaco; lo criticaba todo; no guardaba la menor consideracion á su esposa, ni á los reyes de Castilla; vano, ligero, indolente, afeminado, mujeriego. Su esposa, de feo semblante, era de una sencillez que rayaba en bobería: apasionada de su marido, que por su belleza fué llamado el Hermoso, unas veces le abrumaba con sus caricias, otras le desdeñaba con imprudentes celos, y se atraia su enojo. No bien se acabaron las solemnes Córtes, cuando anunció D. Felipe su resolucion de volver á su país, más análogo á sus hábitos y costumbres, que la severa etiqueta de la corte de España.

Oyeron con asombro y disgusto los reyes este proyecto; deseaban que conociese, y se hiciese amar de los pueblos que debia gobernar mas tarde. Le representaron el agravio que con esta partida recibian, el estado de su esposa, que se hallaba en cinta, la dificultad de atravesar la Francia, que estaba perturbada; el peligro de hacer el viaje por mar en lo riguroso del invierno. Nada le detuvo, y dejando agraviados á los reyes, mal contenta á su esposa, que quedó en Castilla, ofendidos con su

altivez á los señores, se dirigió por tierra á su país, acompañado de sus austriacos, que empezaron á probar mal en España.

Hallábase la Reina Católica enferma en Toledo, de modo que no pudo pasar á Zaragoza: aumentóse su dolencia al ver lo mal considerada que era su hija, y el carácter frívolo de su yerno; y se dolia de que tan gran reino tuviese que pasar á tan infelices manos. Alguna vez recordaba con gozo el tierno niño que se criaba en Gante, y parece que predecia que habia de ser un grande hombre. La pobre Doña Juana, tan luego como se vió ausente de su marido, empezó á manifestar una tristeza suma, á no salir de su habitacion, fija la vista inmóvil en tierra, olvidada de sí, de sus padres y de su hijo, y suspirando por su esposo. Al momento conoció la reina la enfermedad de que adolecia su hija; la misma que aquejó á la abuela de esta señora, que habia muerto poco hacia perturbada mentalmente desde el asesinato de D. Álvaro de Luna. Comprendió muy bien la Reina Católica que no habia para Doña Juana esperanza ni remedio: lloraba como madre el mal de su hija, y como reina el mal de su pueblo; y su salud iba deteriorándose visiblemente. La princesa Doña Juana dió á luz en 10 de marzo de 1503, en Alcalá de Henáres, un

hijo que se llamó Fernando. La madre empeoraba; trasladáronla á Medina del Campo, y un dia sale del fuerte, en traje no conveniente, se coloca en el rastrillo, y se obstina en pasar la noche en aquel sitio, y en aquella forma. Vanos fueron los esfuerzos del obispo de Búrgos que la acompañaba, vanas las súplicas de las damas de su séquito; al frio y al sereno aguardó la demente el nuevo dia, y cuando vió que se cerraban las puertas de la fortaleza de la Mota, empezó á denostar á cuantos la rodeaban, y á proferir terribles amenazas.

Envió la reina al almirante Enríquez, tio del rey, y al arzobispo de Toledo, mientras aliviada de su mal iba en persona á verla. Sólo pudieron alcanzar que pasase la noche en una cocina inmediata. Llegó Doña Isabel, y no logra ser obedecida de su hija, que á ratos furiosa, las mas veces insensata, no profería palabra alguna que fuera acorde y congruente. Sólo decia que la llamaba su marido, y que queria marchar á su lado. Dispúsose al instante su viaje para Flandes; despidióse la ilustre reina de su hija en fin de marzo de 1504 para no volverla á ver. La infeliz princesa llegó adonde se hallaba su esposo, y le vió prendido en ilícitos amores con una dama de palacio. Hizo Doña Juana que cortasen á la com-

bleza los blondos rizos que la adornaban; hubo un escándalo en aquel reino; D. Felipe maltrató á su esposa y no volvió á considerarla jamás.

¡Cuánto, al saber tales escenas, padeceria el ánimo de la reina! De sus cinco hijos, dos habian muerto, una estaba demente, Doña Catalina, mal casada en Inglaterra, primero con Arturo, príncipe de Gáles, y más tarde con su cuñado Enrique VIII, en quien hubo á Doña María, mujer luego de Felipe II. Sólo la infanta del mismo nombre, casada en Portugal en 1500, fué feliz, tuvo sucesion numerosa, y fué madre de Doña Isabel, esposa luego del emperador Cárlos V. Doña Catalina murió años adelante por veneno: la historia de Enrique VIII, como la de D. Pedro de Castilla, debió escribirla el verdugo [1].

[1] En la biblioteca de la Real Academia de la Historia se conserva un manuscrito, procedente del Real monasterio cisterciense de Veruela, donado por el académico D. Vicente de la Fuente, que contiene una copia del expepediente seguido en Zaragoza, el año de 1531, para evacuar ciertas posiciones presentadas por Doña Catalina de Aragon, en su pleito con Enrique VIII de Inglaterra, probando por medio de ellas, que no habia consumado su matrimonio con el príncipe de Gáles, Arturo, su primer marido. Fueron jueces en aquel incidente el abad de Veruela D. Miguel Jiménez de Embum, y D. Pedro Zapata, prior de la iglesia colegial de canónigos reglares del Santo Sepulcro en Calatayud. El tribunal con su notario y alguacil se constituyó en el claustro de la Seo de Zaragoza, donde se siguieron las actuaciones, cuya copia

La Reina, en su delicada situacion consolábase algun tanto viendo el talento, la energía

conservó el dicho abad de Veruela.

La primera diligencia de este expediente es de 29 de abril, y la última de 11 de agosto del año citado. De ella aparece que el Reverendo D. Paulo de Capisuciis, doctor en derechos, capellan del Papa, y canónigo de San Pedro en Roma, era juez del litigio en aquella corte, como auditor de Rota, y delegó á los dos citados abad y prior con facultades apostólicas para examinar á los testigos citados por Doña Catalina de Aragon. El apoderado de Doña Catalina era un tal micer Juan Bernardo de Abanzatis, comerciante florentin, domiciliado en Zaragoza, y en su nombre el procurador Juan Piláres. Los poderes estaban dados por el Duque de Amaya, embajadór español en Roma, que apoyaba á Doña Catalina, como tia del emperadór Cárlos V.

El dia 9 de junio pidió Piláres que se citase al rey de Inglaterra para que por sí, ó por medio de apoderado, asistiese á las deposiciones de los testigos. El alguacil del tribunal dió fe de que, habiendo buscado al rey de Inglaterra por las posadas y lugares públicos de Zaragoza, no le habia podido encontrar. Por tanto, las notificaciones se hicieron desde entónces al rey de Inglaterra á la puerta de la Seo y á la hora de misa mayor.

Las posiciones de Doña Catalina contenian lo siguiente: Que antes del año 1501 habia guerras entre D. Fernando de Aragon y Enrique VII de Inglaterra, y que al hacer las paces estipularon casar á sus hijos Arturo y Catalina, como lo hicieron en noviembre de aquel año, pero que ni en el resto de aquel año, ni en el siguiente hasta 2 de abril, en que murió el príncipe, pudo consumar su matrimonio, por ser muy débil y enfermizo, y que esto era público en palacio. Al reclamar Doña Catalina sus bienes dotales y donaciones esponsalicias, se negó la corte de Inglaterra á entregarlas; y Enrique VII solicitó de Don Fernando el Católico que casara con su hijo segundo Enrique, y ademas obtuvo de Julio II la dispensa *ad cautelam*, en virtud de lo cual con plena deliberacion casaron Enrique VIII y Doña Catalina en 11 de junio de 1509, habiendo consumado el matrimonio de que resultó descendencia. A esto se reducian las veinticuatro posiciones presentadas en forma de derecho y con términos curiales. Habia ademas otras trece posiciones adicionales relativas al principado de Gáles y á los derechos que correspondian á Doña Catalina sobre él, caso de que el matrimonio fuera nulo.

Catorce testigos declararon

y prudencia política de su esposo, y se lisonjeaba de que podia en cualquier evento dirigir

ante el tribunal, entre ellos son los mas notables el magnífico y respetable Sr. D. Juan de Ubeda, caballero de Zaragoza, el respetable Sr. Don Juan de la Nuza, comendador mayor de la órden de Calatrava en Aragon, Doña Violante de Albion, soltera, de edad de setenta años, dama que habia sido de Doña Catalina, el prior de la colegiata de Daroca Juan Muñoz, y mosen Joan de Gamarra, corregidor de Logroño, Calahorra y Alfaro, á quien se recibió la declaracion en Deza, donde estaba enfermo, y por no poder comparecer en Zaragoza.

Refiere D. Juan de Ubeda en su declaracion que fué á Inglaterra en la comitiva de Doña Catalina, que era brillante y numerosa, yendo en ella con gran aparato, entre otros, el arzobispo de Santiago, el obispo de Mallorca, el conde de Cabra y el licenciado Alcarràz, médico de Doña Catalina y tio del declarante, y hablando del viaje, de los desposorios y del príncipe, Arturo, dice el médico Alcarraz, que era como una piedra en la frialdad y en el talento:—«*ut lapidi frigido, et »quod numquam videret hominem tam debilis (sic) naturæ et ingenii, quodque erat »in ultimo gradu pthisis, provideque colligebat eum paucos »dies viviturum, ut accidit.*»

La declaracion de D. Juan de la Nuza decia que en 1512 le envió D. Fernando el Católico á Flándes con cartas para su nieto el príncipe Don Cárlos, encargándole que pasara á Inglaterra y visitase á su hija y á su yerno. Entónces Enrique VIII estaba muy enamorado de su legítima mujer, la cual era muy bella, segun el declarante, aunque despues se ha querido suponer que era fea. Entregó La Nuza á Doña Catalina las cartas de su padre, que ella guardó en su seno; con cuyo motivo dijo el rey: «*se habere zelum de dicta epistola propterea quod illa in Reginæ uxoris suæ pectore esset, in quam jocatus est ad hunc testem dicens, ut prospiceret quam pulcra decoraque esset dicta Domina Regina..... et qui talem Dominam in sua potestate habebat esse fœlicem, aliqua multa magna lætitia, quæ præmissa verba gallice locutus est.*

Lo mismo confirma el testigo D. Juan de Ariola, que la visitó despues de casada, y declara que el rey la abrazó y besó delante de él.

Lo mismo declara el prior de Daroca y el magnífico Agustin de la Puente, que estuvieron á visitar á la reina en 1512, añadiendo el segundo con respecto á la belleza de la reina: *dictam Dominam Reginam amare eo quod pulchra decora, ut altera Elena esset.*

la nave del Estado. La demencia de Doña Juana era ya notoria; y por tanto su incapacidad de reinar; D. Cárlos se hallaba en la infancia, y era indispensable proveer á los peligros de una minoridad. Se necesitaba ademas no permitir qne retoñasen los males pasados, evitar nuevas turbulencias y tener á raya á los señores. Contaba tambien con el apoyo de Cisnéros, grande hombre de Estado, cuya reputacion se iba de dia en dia aumentando. Celoso por la religion, reformó las órdenes regulares, debilitadas por el decaimiento de la primitiva observancia, y trató de visitar al cabildo de Toledo, en que se habian introducido abusos. El tino, la prudencia, la inquebrantable energía, contrastaban con la humildad, la abnegacion y la modestia; era respetado por sus costumbres, por su alta posicion y su influencia en los negocios públicos, por su profunda piedad y su amor á la ciencia.

Terminadas las declaraciones de los testigos, se volvió á citar al rey de Inglaterra, notificando su citacion solemnemente el dia 16 de Julio, á la puerta de la Seo, donde se fijó el edicto, y no habiéndose presentado á tachar á los testigos, se dieron por terminados los autos y se citó para firmarlos el dia 11 de agosto, entregándolos cerrados y sellados al dicho banquero Abanzatis, jurando este entregarlos al auditor Capisutiis en el término que se le señaló para ello, con lo cual se terminó el expediente.

Como este documento no ha sido conocido hasta el dia ni disfrutado por lo tanto por ningun historiador de cosas de España, creemos hacer un servicio á los eruditos dándole á conocer en esta nota.

En Alcalá fundó la insigne universidad invirtiendo enormes sumas. Aun vemos la fachada de este liceo orlada con el cordon de San Francisco, recordándonos la humildad de su ilustre fundador. Queria reunir allí los estudios generales, consiguió que Alejandro VI y Julio II expidiesen las bulas necesarias, á las que Leon X, padre de las letras, añadió nuevas mercedes. Deseaba Cisnéros restituir á su primitiva pureza el texto de las Sagradas Escrituras, llevar la atencion de los eclesiásticos al profundo estudio de los libros santos, y emprendió el colosal proyecto de formar una Biblia poliglota, la primera que se publicó de esta clase. Reunió códices, compró en cuatro mil ducados de oro siete ejemplares hebreos manuscritos; allegó lo que habia en las mas célebres bibliotecas de España y del extranjero; Leon X le facilitó cuantos códices se hallaban en la biblioteca Vaticana, y empezáronse á preparar los trabajos. Reunió á los hombres mas sabios de su tiempo: al griego Demetrio de Creta, á Antonio de Lebrija, Lope de Zúñiga y Fernando Pinciano, profesores de griego y latin; Alfonso, Médico de Alcalá, Paulo Coronel y Alfonso Zamora, judíos conversos, doctos en la lengua hebrea. Publicó del Viejo Testamento el texto hebreo, la vulgata, la

version griega de los Setenta y su traduccion latina, y la paráfrasis caldea, vertida igualmente al latin; y del Nuevo Testamento dió á luz el texto griego, y la vulgata. Duró la obra quince años y costó mas de cincuenta mil ducados de oro.

Si hoy con tantos elementos como poseemos, aún se miraria como un gran esfuerzo de talento, de riqueza y de arte una obra de este género ¿qué no sería entónces? En la infancia de la imprenta, teniendo que hacerlo todo, papel, caractéres de diferentes idiomas... Cisnéros no se contentó con esto, publicó el misal y oficio muzárabes, genuinos de España; y para fomentar la riqueza pública mandó al célebre agrónomo Alonso de Herrera que escribiese, y publicase su excelente tratado de agricultura. Fundó enseñanzas para las niñas, pósitos para los pobres, hospitales para los dolientes y atrajó sobre sí la atencion y el respeto de todos.

Bien conoció la reina Isabel que este prelado sería gran apoyo de su obra y sostenedor del reino. Consolábase igualmente al ver que aún vivia Colon, y que se iban descubriendo cada dia nuevos pueblos donde plantar el glorioso estandarte de la cruz; y sobre todo recordaba con gozo que aun brillaba la espada

de Gonzalo de Córdova, y que con tales hombres podia conjurarse el peligro que amenazaba en la vacante que preveia. Hubiera sin embargo querido borrar del ánimo de su esposo cierta sombra de malquerencia que descubria en él para con estos grandes varones.

La mortífera enfermedad seguia su curso, y la reina, postrada en el lecho, daba audiencias á los enviados extranjeros, se hacia informar de cuanto pasaba en el país, y dirigia con solícita y cuidadosa atencion lo necesario para lanzar del reino á los franceses, que se habian apoderado de Salsas. Mas Dios tenia dispuesto que esta señora pasase á otra vida mas venturosa, y en Medina del Campo, el 26 de noviembre de 1504, falleció á los cincuenta y tres años y siete meses de edad, y á los veintinueve, once meses y catorce dias de reinado. Gran reina, ilustre matrona, gloria de su siglo. ¡Cómo recibió el reino! empobrecido, dividido, desolado. ¡Cómo lo dejó al morir! próspero y tranquilo, acrecentado con la corona de Nápoles, ennoblecido con el descubrimiento de un nuevo mundo, libre de la morisma, uno en la fé, mejorado en las costumbres, ilustrado por la ciencia.

El Rey Católico, que no se apartó de la cabecera de su cama en los últimos momentos, dió al dolor justo tributo, y á la hora de muer-

ta Doña Isabel hizo levantar un tablado en la plaza pública, depuso el carácter que habia tenido de rey de Castilla, y mandó aclamar solemnemente á Doña Juana, y á D. Felipe por reyes de esta nacion, reservándose únicamente la regencia mientras estuviesen ausentes los monarcas. Dejando arreglado que se trasladase á Granada al siguiente dia el cadáver de su esposa, segun ella misma tenia ordenado, se dirigió á Toro, y llamó á sí á Cisnéros, que era, en union suya, uno de los testamentarios de la gran reina.

El testamento de esta señora es un modelo de piedad, de ternura conyugal, de talento político y de amor al pueblo. Habíalo otorgado en 12 de octubre del mismo año; dispuso que en sus funerales no hubiese fausto, ni pompa, y que lo que en otro caso hubiera de haberse invertido en sus exequias, se distribuyese en limosnas á los pobres. Mandó que se la enterrase en la Alhambra, en el convento de franciscanos, vestida con el hábito de esta órden, en sepulcro sencillo y humilde; pero previno, que «si el rey mi señor prefiriese enterrarse en al»gun otro lugar, en tal caso es mi voluntad »que mi cuerpo sea trasladado á él, y colocado »á su lado, para que la union que hemos go»zado en esta vida, y en que por la gracia de

»Dios espero han de continuar nuestras almas »en el cielo, se represente por la union de »nuestros cuerpos en la tierra.» Manda distribuir limosnas á los pobres y favorecer á sus criados y servidores, dotar doncellas, redimir cautivos, dar rentas á las iglesias, monasterios y hospitales. Hace diferentes mandas á su amiga la marquesa de Moya, al esposo de esta, á Garcilaso de la Vega, conservándoles tierna amistad hasta el sepulcro. Para el caso de que la princesa su hija no estuviese en estos reinos, ó estando en ellos no quisiere ó *no pudiere* entender en la gobernacion de ellos (cláusula que revela el estado de enagenacion en que consideraba á Doña Juana) nombraba por único regente, gobernador y administrador de los reinos de Castilla, al rey D. Fernando, su esposo, hasta que el infante D. Cárlos, su nieto, tenga á lo menos veinte años cumplidos y venga á estos reinos. Señala para dotacion y decoro de la casa y persona del rey D. Fernando diez millones de maravedís anuales sobre las alcabalas de los maestrazgos, cuya administracion le fia; y la mitad de las rentas que produjese el nuevo mundo; y pone la siguiente cláusula que copian todos nuestros escritores y que bien merece que no la omitamos. «Suplico al rey mi señor que se quiera

»servir de todas las jóyas é cosas, ó de las »que á su señoría mas agradaren, porque vién»dolas puede haber mas contínua memoria del »singular amor que á su señoría siempre tuve; »é aun para que siempre se acuerde de que ha »de morir, é que le espero en el otro siglo, é »que con esta memoria pueda mas santa é jus»tamente vivir.»

Recomienda á su hija que ame, honre y venere á su padre, que se atenga en la gobernacion del reino á las leyes y costumbres de Castilla; y aunque una de ellas era que no se diese cargo, ni beneficio á extranjeros, temerosa de que el rey D. Felipe, no acatase esta disposicion, la recuerda en cláusula expresa, manifestando que no se dé destino alguno «á perso»nas que no sean naturales de estos mis reinos, »é vecinos, é moradores de ellos.»

Temia que manos tan débiles como las que iban á manejar el timon del Estado no supieran enfreñar á los magnates poderosos, y trató de readquirir para la corona los bienes que en su tiempo salieron viciosamente de ella. «Item: por cuanto el rey mi señor, é yo, por necesidades é importunidades confirmamos algunas mercedes, é fecimos otras de nuevo de cibdades, villas, é logares, é fortalezas, pertenecientes á la corona real... por ende quiero y es mi de-

terminada voluntad que las dichas confirmaciones y mercedes, las cuales se contienen en una carta firmada de mi nombre y sellada con sello, que queda fuera de este mi testamento, sean en sí ningunas, é de ningun valor ni efecto.» Desgraciadamente tal documento no pareció. Recomienda á sus sucesores que mantengan la integridad de sus Estados, y hace especial mencion de un pueblo, que manda que no se enagene nunca de sus reinos: Gibraltar. Miraria sin duda esta importante plaza como la llave del estrecho, la base de futuras expediciones contra África, á cuya parte Norte habia alguna vez pensado llevar sus vencedoras banderas, arrancando á la barbarie aquellas regiones, plantando en ellas el estandarte de la cruz, y fomentando los intereses legítimos y permanentes de España. ¡Cómo podia haber imaginado que esta importante plaza dejaría de ser española!

Nombró por testamentarios á su esposo el rey D. Fernando, á Cisnéros, y á los contadores Fonseca, y Velázquez; á Fray Diego de Deza, obispo de Palencia y confesor del rey, y al secretario Lacarraga.

Aún no quedó tranquila la conciencia de la reina, y tres dias antes de morir hizo un codicilo, en el que mandó: que se hiciese un có-

digo legal donde se recopilasen breve y ordenadamente las leyes, ordenamiento y pragmáticas; que se tratase bien á los indios, sin hacerles agravio alguno en sus personas y bienes, y que se examinase si era, ó nó, legal el impuesto de la alcabala, si fué en su orígen temporal ó perpétuo, y si lo aprobaron los pueblos; pues medidas de esta clase «han de ser dictadas con el beneplácito de los súbditos del reino.»

Cuando Cisnéros, que no se halló en Medina al fallecimiento de Doña Isabel, fué llamado á Toro, ya D. Fernando, proclamada Doña Juana por reina de Castilla, habia dado el mas grave é importante paso: habia rechazado con dignidad las malévolas sugestiones de los que le rogaban que alegase derechos propios á la sucesion, y no se contentara con el carácter de regente. El Rey Católico tenia en su familia altos ejemplos que imitar, y no abrigó, ni por un momento, tan ruines ideas. Mandó que en todas las ciudades de España se hiciese la solemne aclamacion, y convocó las Córtes para que jurasen por reina á Doña Juana. Reuniéronse en Toro á 11 de enero de 1505 las Córtes mas importantes de Castilla, por haberse aprobado en ellas el célebre cuaderno de leyes correctorias del Fuero Real. En estas Córtes se juró por reyes á Doña Juana y á su es-

poso D. Felipe, y declarando haber llegado el caso previsto en el testamento de Doña Isabel por estar incapacitada la reina, reconocieron á D. Fernando por Gobernador en nombre de su hija.

Parecia que estaba todo dentro de la mas estricta legalidad. D. Felipe habia reconocido y confesado en sus comunicaciones el mal estado mental de su esposa, los magnates todos lo sabian, las Córtes lo habian declarado; mas á poco empieza el descontento de los nobles. Querian un príncipe débil para volver á las antiguas costumbres, y que hubiese un cetro de caña para quebrantarlo á su antojo. Pusiéronse de acuerdo con D. Felipe, á quien dominaba D. Juan Manuel, hombre turbulento, intrigante, falso; y lograron que el archiduque les escribiese ofreciéndoles recompensas si abandonaban al regente. Cundian voces alarmantes, hablábase en público con poca atencion *del viejo catalan*, y llamaban extranjero al que reinara por treinta años en Castilla. Recordaban que á su energía y á la de su esposa se debia el abatimiento de los nobles, é influyeron para que D. Felipe escribiese al Rey Católico una atenta carta mandándole que renunciase el gobierno de Castilla, saliese del reino y partiese para Aragon. Contestó D. Fernando eludien-

do la cuestion principal, pero instándole á que viniese á España con su esposa tan luego como le fuese posible.

Ocurrió otro grave suceso: Doña Juana, en un momento lúcido, escribió á su padre aprobando que se hubiera hecho cargo de la gobernacion del reino. Interceptada la carta, mandó D. Felipe prender á Conchillos, secretario de la reina, y encerrar á esta señora en resguardado recinto. Felipe habia hecho alianza con Luis XII de Francia, y habia prometido casar á su hijo D. Cárlos con una hija del monarca frances. Maximiliano escribia procurando atraer á partido á Gonzalo de Córdova, á fin de conservar el reino de Nápoles al archiduque su hijo, manifestando que la conquista de aquel reino se habia hecho por fuerzas castellanas y con recursos de Castilla. Combatido tan reciamente por los suyos y por los extraños, estuvo D. Fernando vacilante y perplejo, sin saber qué partido adoptar. Hízose receloso é injusto; desconfió sin razon de Gonzalo, y tomó precauciones y medidas poco arregladas á su antiguo carácter.

Agraviado por su yerno, ofendido por los franceses, abandonado y vendido por muchos de los señores, hallábase en posicion muy desventajosa; parecia que no habia mas que dos

medios: retirarse á Aragon, ó resistir con las armas defendiendo lo decretado en Córtes. Ambas cosas presentaban graves dificultades, y el astuto monarca buscó otro partido, que honra su sagacidad, pero que daña á sus buenas cualidades de hombre y de rey. Trató de casarse con Doña Juana, la Beltraneja, la monja, la excelente señora para reinar en Castilla como marido suyo, haciendo revivir sus muertos derechos, y diciendo que habia hallado documentos fidedignos de su legitimidad. Esta negociacion, que niega un moderno escritor inglés, pero que reconocen los mas notables historiadores de las cosas de España, no llegó á colmo por haberse negado Doña Juana á ser por mas tiempo juguete de la fortuna. Entónces fijó su pensamiento en plan mas hacedero. Temia que D. Felipe acabase de coligarse con el rey de Francia; que este, que armaba tropas, invadiese la frontera; que el reino de Nápoles se viese comprometido, y tal vez recobrado por los franceses; y quiso de un solo golpe vencer todas estas dificultades. ¡Quién lo dijera! ¡El viudo de la grande Isabel buscar otra esposa! ¡Las joyas de la Reina Católica adornar tal vez otro cuello! ¡Durante el luto preparar galas nupciales, y á los cincuenta y cuatro años de edad apercibirse á nuevo tá-

lamo con una jóven de diez y ocho! ¡Quién lo dijera! Si del segundo matrimonio hubiese quedado sucesion, la union de Aragon y Castilla concluiria, veríase rota la entidad española, tan laboriosamente formada, y la idea fecunda de tan gran reina feneceria en la esterilidad.

D. Fernando concibió el proyecto de atraerse la Francia quitando este auxiliar á su yerno. Pidió la mano de Doña Germana de Fox, hermana de Luis XII, jóven de rara hermosura. Empezó pronto la negociacion, y en agosto ya era pública, y habian llegado á Francia los plenipotenciarios para firmar los tratados. Ocho meses hacia que reposaba en Granada la buena Doña Isabel, que no podia haberse imaginado que tan pronto sería olvidada del hombre á quien amara tanto.

Revivia por el tratado la antigua particion, cedió Luis XII á su hermana la ciudad de Nápoles y las provincias que en aquel país correspondieron á la Francia, las que pasarian en propiedad á los hijos que pudiesen nacer de este matrimonio, volviendo en caso de no haberlos al rey Luis XII, ó á los suyos. Obligóse D. Fernando á devolver á los barones anjoinos sus estados, á entregar en diez años, como indemnizacion de gastos de guerra, un

millon de ducados á la Francia..... ¡Cuánto oprobio! Luis XII venció sin pelear: pensaba evitar de este modo la union de reinos tan grandes como Castilla, Aragon, Nápoles y Flándes, y tal vez el imperio. El tratado entre Luis XII y Fernando el Católico concluia diciendo «que iban á ser dos almas en un cuerpo.» En estricta legalidad no podia D. Fernando, que no era rey de Castilla, dar lo que no era suyo, disponer de un territorio ganado con el oro y la sangre de los castellanos; y los que alaban tanto este período, por creer muy respetada la autoridad de las Córtes, no han fijado su atencion en tan gravísimo negocio.

Dolíanse en Castilla de tan funesta negociacion: sólo los aragoneses no veian mal la boda, esperando de este modo ser otra vez independientes. El rey D. Fernando achacó la culpa de su acalorada conducta á Felipe, á quien escribió diciendo: «Vos, hijo mio, entregán»doos por víctima á la Francia, me habeis obli»gado, muy á pesar mio, á contraer segundo »matrimonio y despojado del precioso fruto de »mis conquistas en Nápoles.» Rogaba que volviese á España; el rey de Francia le negaba el paso por su país y le obligaba á venir por mar. Una fuerte tempestad lanzó la escuadra á las costas de Inglaterra, donde estuvo reparándose

tres meses, tiempo en que el monarca inglés, abusando de la hospitalidad, obligó á Felipe á concertar enlaces y á firmar tratados que en libertad no hubiera suscrito nunca.

Ántes de que arribasen á las costas de España los reyes, habia llegado á Castilla Doña Germana; vióse con D. Fernando en Dueñas, y en 22 de marzo celebraron bodas con gran pompa en Valladolid ¡en Valladolid! que aun recordaba que en la misma ciudad se casó la grande Isabel. Murmuraba el pueblo, y no sin razon: el mas grande de todos los yerros es el yerro del entendido. Celebróse una concordia en Salamanca entre los plenipotenciarios del Rey Católico y de D. Felipe: habia de figurar el nombre de los tres en los despachos; si Doña Juana no pudiese reinar, lo harian en su nombre su esposo y su padre; y este gobernaria solo en Castilla cuando estuviesen ausentes los soberanos. Fácil era comprender que este tratado sólo tenia por objeto adormecer al Rey Católico, entrar pacíficamente en el país, ocupar el trono y alejar de él á D. Fernando, á quien desconocemos en todo esto el talento político y la astucia que ordinariamente desplegaba. En tanto D. Felipe venia acompañado de tres mil soldados alemanes, y habiendo escrito á sus valedores el de Villena y el de Nájera que

se le uniesen con su gente, se dió á la vela y desembarcó en la Coruña el 28 de abril de 1506. Marchaba lentamente por Galicia con aparato bélico, en medio de soldados extranjeros y de los que se le unian al paso. Recelaban que D. Fernando armase gente, y que sus amigos fieles Alba y Cifuéntes reuniesen sus vasallos. Pérfido rumor, pues ni D. Fernando pensó en ello, ni podia contar sino con pocos leales. Habian vuelto los grandes el rostro á la parte por donde soplaba el viento de la fortuna: abandonaron la causa de Fernando sus antiguos favorecidos, y hubo nobles tan villanos, y grandes tan pequeños, que hasta le negaron el paso por medio de sus estados. Aprended, reyes.

Viéronse por fin D. Felipe y D. Fernando en Remesal el 20 de junio. Estaba el primero rodeado de gente de armas; llevaban ocultos cotas y coseletes los principales señores; presentóse D. Felipe reservado y receloso; Don Fernando llevaba la comitiva necesaria para su ostentacion. No consintió D. Felipe que el rey viese á su hija, dejándola cautelosamente en Puebla conferenció á solas con él, y se apartaron mal satisfechos uno del otro. D. Felipe, que en cuanto puso el pié en las costas españolas habia declarado roto el tratado de

Salamanca, mandó prevenir á D. Fernando que pensaba pasar por Benavente y que no le embarazase el camino, previniéndole que siguiera distinto rumbo, diciendo las personas que debian acompañarle. A todo presentaba buen semblante D. Fernando; y despedazada el alma, mostraba siempre rostro risueño y placentero. *Il volto sciolto, et i pensieri stretti.*

Convinieron ambos príncipes en que D. Fernando renunciando la gobernacion del reino, se volveria á Aragon. Quedaba pues sin ejecucion lo dispuesto en el testamento de Doña Isabel, y lo convenido en la concordia de Salamanca. Cisnéros arregló este punto á contentamiento de D. Felipe y por órden expresa de D. Fernando. Conocia este rey que ni debia exponerse á una guerra civil, ni sufrir por mas tiempo los irritantes desafueros de los nobles: veia que su casamiento habia acabado de hacerle mal visto en el pueblo, y resolvió volver á Aragon y pasar á Nápoles, donde habia síntomas de insurreccion y desórden, y queriendo cohonestar con un plausible pretexto su retirada del mando, anunció por medio de un manifiesto que siempre fué su ánimo alejarse de los negocios públicos tan luego como Don Felipe y Doña Juana viniesen á España y tomasen posesion del reino. La conducta de Fer-

nando era hija de la necesidad, y aun de la desesperacion. Accedia á todo en público, y juraba en secreto que lo hacia forzado, para evitar mayores males; abdicaba el poder, y dejaba abierto un postigo para volver á él. Disimulaba los agravios de los nobles, y al tiempo que se dolia de que Garcilaso y otros señores, que tanto le debian, le abandonasen vergonzosamente, su rostro no mostraba una arruga de desprecio, su boca los alababa, sus brazos estaban abiertos para recibirlos.

Intenta nuevamente tener otra entrevista con Felipe para que el vulgo creyese que iban reconciliados y se separaban amigos; pero nada consiguió en ella, ni aun abrazar á su hija, que no logró ver. Retiróse á sus estados: conservaba la administracion de los maestrazgos y las rentas que le señaló su esposa, y el grande rey de Aragon y Sicilia, el poderoso marido de Doña Isabel, volvió solo y desairado á su país, negándole paso, como ántes, por su territorio muchos de sus antiguos favorecidos: decia únicamente, más solo entré en Castilla.

Durante estos lamentables sucesos volvió Colon de su cuarto y último viaje en que descubrió Hondúras, Costa Rica, el Istmo de Darien, Veragua y otros puntos. Combatido por los elementos, sublevada su tripulacion, per-

seguido por Ovando, pobre y enfermo llegó por fin á Sanlúcar á 7 de noviembre de 1504, cuarenta y nueve dias ántes de morir la Reina Católica, su entusiasta protectora. Aquejado de la gota, permaneció reponiéndose en aquel punto, y allí supo la muerte de tan ilustre señora. ¿Quién dirá la pena del marino genoves al conocer tan grande pérdida? Todo habia acabado para él. El rey gobernador, si nó malquerencia, le habia manifestado por lo ménos desvío. Algun tanto restablecido Colon de sus dolencias, fué personalmente á ver á D. Fernando, que para que pudiese hacer mas cómodamente su viaje suspendió la pragmática que prohibia cabalgar en mulas.

Fué acogido con grandes signos exteriores de aprecio. Manifestó el almirante que no se le habia cumplido nada de. lo capitulado: que para las necesidades de la vida habia tenido que contraer enormes deudas, que se hallaba en grandes y serios compromisos; y el gobernador del.reino le hizo magníficas ofertas, que los sucesos posteriores le impidieron cumplir. D. Fernando comprendia todo el mérito de la empresa de Colon, pero no reconocia en él dotes de gobierno, ni calidades de mando: veia que donde él dirigia, todo eran disturbios é insurrecciones, y que no recibia el tesoro las

rentas que se lisonjeaba adquirir; y propendia por Ovando, con cuyo gobierno estaban contentos los españoles; pues consentia que se enriqueciesen oprimiendo y vejando á los indígenas, á los que por todos medios se les despojaba de sus bienes para enriquecer al mismo tiempo que á los particulares el erario público. ¡Podres indios! habia muerto su protectora.

Colon se agravaba cada vez mas, se arreciaba su mal; iba á extinguirse la llama, destello de la divinidad, que ardia en su mente, volvia al seno del Señor la grande alma del mayor de los bienhechores de la humanidad. Habia años ántes, en 1502, hecho su testamento fundando mayorazgo en su hijo D. Diego, con llamamientos defectivos á su otro hijo D. Fernando y á su hermano D. Bartolomé, y ademas otro mayorazgo para D. Fernando, ratificado el primero y aprobado por los reyes; y la víspera ántes de morir hizo un codicilo, en 19 de mayo de 1506, en que insertó una memoria notable que tenia escrita y firmada desde 25 de agosto de 1505, de que copiamos algun importante pasage. Aludiendo al testamento dice: «Yo constituí á mi caro hijo D. Diego por heredero de todos mis bienes e *oficios* que tengo de juro de heredad, de que hice en él ma-

yorazgo..... De esta parte que yo mandé dar á D. Fernando mi hijo (cuento y medio de maravedís) que yo fago de ella mayorazgo en él.» Todas estas disposiciones no podian cumplirse de presente, porque en vez de bienes, lo que tenia el almirante eran deudas; pero tenia derechos adquiridos y capitulados, y á ellos alude en su disposicion, porque, como dice, «fasta agora no se ha habido renta de las dichas Indias.»

Es sumamente notable la cláusula que dice: «El rey e la reina nuestros señores, cuando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios nuestro tro Señor se las dí, como cosa que era mia; puédolo decir, porque importuné á Sus Altezas por ellas, las cuales eran ignoradas e abscondido el camino á cuantos se fabló de ellas, e para las ir a descubrir allende de poner el aviso e mi persona, SS. AA. no quisieron gastar, ni gastaron para ello, salvo un cuento de maravedís, e a mí fué necesario de gastar el resto.» Previene á su hijo D. Diego que, habiendo rentas, haga una capilla con tres capellanes que diariamente dijeran misa, una á honra de la Santisima Trinidad, é otra á la Concepcion de Nuestra Señora, é otra por ánima de todos los fieles defuntos, é por mi ánima, é de mi padre,

é madre, é mujer... é si esto puede ser en la Isla Española, que Dios me dió milagrosamente, holgaria que fuese allí donde yo la invoqué, que es en la vega que se dice de la Concepcion.»

Y despues de mandar que se pagasen todas sus deudas, previene á su hijo D. Diego «é lo mando que haya encomendada á Beatriz Enriquez, madre de D. Fernando, mi hijo, que la provea que pueda vivir honestamente, como persona á quien yo soy en tanto cargo. Y esto se haga por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima. La razon de ello no es lícito de la escribir aquí...»

Falleció Colon en Valladolid el 20 de mayo de 1506: depositóse su cadáver en el convento de san Francisco, y celebráronse solemnes exequias en la parroquia de santa María de la Antigua: fué trasladado en 1515 al monasterio de cartujos de las Cuevas de Sevilla, y en 1536 á Santo Domingo, donde permaneció en la capilla mayor doscientos sesenta años, hasta que por el tratado de Basilea cedimos á los franceses dicha Isla Española, ó de Santo Domingo. No convenia que durmiesen en tierra extranjera los restos de tan grande hombre: fueron trasladados con pompa á Cuba, y yace en la iglesia de la Habana, en una de las paredes del altar mayor, al lado del evangelio.

¡Qué grande hombre perdió el mundo! Mas los enemigos de nuestras glorias nos llaman fanáticos, ambiciosos y tiranos. ¡Fanáticos y ambiciosos en tiempo que nuestra nacion era la mas grande y poderosa! Cuando resonaban en las aulas de Paris y llevaba la fama por el orbe los nombres de Siliceo y Gelida; de Ciruelo, Fernan Perez de la Oliva y de otros insignes varones; cuando brillaban por la ciencia y virtud nuestros elesiásticos; y por el valor y la pericia militar Gonzalo, Antonio de Leiva, Pedro Navarro y tantos ilustres guerreros. ¡Ambiciosos! Cuando teniamos tantos y tan dilatados reinos, y no reconociamos en el mundo poderío igual al de España. ¡Tiranos! Cuando nuestra legislacion de Indias es un modelo de dulzura, respetada y aplaudida hasta por nuestros encarnizados enemigos.

De ningun modo se concluirá mejor este capitulo que copiando las palabras de mi esclarecido amigo y digno compañero de Academia el señor D. Martin Fernández Navarrete, hombre de fama europea y cuya muerte lamentan las letras. « No han sido, nó, los españoles, á pesar del furor maligno con que se les zahiere, los que mas han traspasado los límites que prescribe la humanidad y las leyes de la guerra en las conquistas de Ultramar. ¿Trataron acaso

mejor los ingleses á los indios del Canadá y del país que hoy se llama de los Estados Unidos, cuando los conquistaron? ¿Experimentó mas su humanidad y mejor trato la Jamaica? ¿Y para hacerse dueños del Indostan, no han exterminado tambien con la pólvora y el hierro millones de antiguos habitantes de aquellas comarcas? Y los franceses, holandeses y portugueses ¿qué hicieron al apoderarse de las colonias que tienen ó han tenido en ambos hemisferios? ¿Dónde está la raza indígena de las colonias formadas por los europeos en el nuevo mundo? Obsérvese con asombro que si en alguna subsiste todavía, es en las españolas del continente americano: allí donde, ademas de las tribus salvajes no conquistadas, y de los indios cimarrones internados en las posesiones españolas, existen pueblos enteros, y muchos compuestos casi en su totalidad de antiguos y verdaderos indios.»

CAPITULO IX.

Dejemos á D. Fernando llegar á Aragon, preparar una expedicion para Italia, embarcarse en Barcelona, desembarcar en Génova. Cuando estaba mas receloso de Gonzalo de Córdova, cuando, temiendo que se declarase por el rey D. Felipe, tenia proyecto de prenderle, y lanzarle del país que habia conquistado con sus hazañas; ve con asombro que este guerrero llega á la bahía de Génova, entra en el buque del rey, dejando el que le conducia á España. Al ver el noble y tranquilo aspecto y el honrado continente de Gonzalo, depuso el monarca aragones sus recelos, le acogió benévolo, y aún cariñoso, y mandó que le acompañase á Nápoles. En aquella ciudad, que reci-

bió ostentosamente al rey, las mayores atenciones fueron para Gonzalo: contaban todos, los prodigios de su pericia militar, de su prudente valor, sus dotes políticas; y D. Fernando oia con gozo, y á veces con admiracion, tanta proeza. El Gran Capitan presentaba al rey los soldados que mas se habian distinguido, llamábales por su nombre, hacia ver sus servicios, apoyábales en sus pretensiones y se atraia el público respeto.

D. Fernando, en cumplimiento del tratado con Francia, mandó que fuesen devueltos estados y títulos á los señores anjevinos. Devolucion dificil y costosa; pues habia que despojar de bienes y estados á los nuevos dueños, y que resarcirles por la pérdida de las recompensas adquiridas en la guerra. Ofendíanse los señores antiguos porque la devolucion no era tan pronta ni tan completa como pretendian; y ofendíase tambien los nuevos, viendo que las recompensas y resarcimientos eran menguados. Gonzalo renunció desde luego el ducado de Terranova, y el marquesado de Santángelo y Vitonto; y el rey le dió en compensacion el ducado de Sesa, encomiando en el diploma sus grandes y señalados servicios. Los demas señores imitaron su ejemplo, y Leiva, y Paz, y Alarcon, y García de Parédes cedieron sus estados.

Por una inconsecuencia de carácter, por el espíritu económico que tenia el rey, ó por malquerencia, consintió en que los contadores mayores pidiesen cuentas al Gran Capitan, hombre ostentoso y magnífico. Gonzalo presentó al siguiente dia un libro y empezó á leer: *doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales, en frailes, monjas y pobres para que rueguen á Dios por la prosperidad de las armas del rey. Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.* No pudieron contener la risa los concurrentes, y el rey mandó que no se hablase mas de este negocio. Tal vez sea una conseja; pero está generalmente admitido este hecho, ha sido puesto en escena, no podemos desecharlo. Está ademas en el carácter del rey y en el de Gonzalo. En aquella época el poder civil, representado por la magistratura, venia á despertar á los militares de sus sueños de dominacion y de gloria. Si un magistrado puso grillos á Colon ¿qué mucho que otro pidiera cuentas al Gran Capitan?

Entretanto D. Felipe veíase asediado por las solicitudes de los codiciosos magnates, que con nada se contentaban. Llevaba en su compañía á la reina, más como prisionera que como soberana, y trataba de recluirla en un con-

vento, para libertarse de una pobre demente. Halló sin embargo resistencia en el almirante y alguno de los pocos que se conservaron fieles: la encontró tambien en las Córtes de Valladolid, en que fué jurada Doña Juana, por sucesor su hijo D. Cárlos, y D. Felipe como marido de esta señora. Buscó D. Felipe los votos de los magnates, mas los procuradores á Córtes negaron su asentimiento.

La única accion notable de este reinado fué la conquista de Mazalquivir en 1505. Acaeció en su tiempo; pero ni fué concebida ni preparada por este rey, y sí por D. Fernando. Mandaba la escuadra D. Ramon de Cardona, y el ejército D. Diego de Córdova. Apagados los fuegos de la plaza, se rindieron los sitiados; mas dos años adelante á pique estuvieron los moros de recobrarla, destrozando en una salida á la guarnicion española; era ya cuestion de honra: Cisnéros pidió que se le permitiese ir en persona y anticipar los gastos de la guerra. Iba en su ejército Pedro Navarro. Ocupóse á Oran, tuvieron los moros cuatro mil muertos y cinco mil prisioneros, y volvió á flotar el pendon de Castilla en la ciudad musulmana. El vulgo creia que Cisnéros habia detenido el sol: es el único ministro á quien los pueblos atribuyeron don de milagros. Cisnéros, viéndose

mal considerado de Navarro, no bien querido del rey, retiróse á Alcalá y ofreció á Dios sus aflicciones.

Reinaban por entónces calenturas epidémicas en Castilla: comió D. Felipe en Búrgos en un festin con que le agasajó su valido D. Juan Manuel; despues de comer se puso á jugar á la pelota; acalorado bebió un vaso de agua, y empezó á no sentirse bien. Los médicos flamencos no dieron importancia al mal, Marliano, médico aleman, propuso remedios que no se emplearon. No creyeron conveniente sangrar al enfermo, que fué poco á poco agravándose, y que falleció á los seis dias, el 25 de setiembre de 1506. No carecia de talento; su frivolidad y sus demas defectos eran de carácter, fruto de viciosa educacion. A los dos meses de ser reconocido en Córtes, bajó al sepulcro, teniendo veintiocho años de edad. En su efímero reinado se hizo rey de una bandería; depuso á las principales hechuras de D. Fernando, vendió los destinos para satisfacer á los flamencos y á los señores que le apoyaban, hízoles donaciones y mercedes, y adornó sus pechos con el toison de oro.

Llevósele á la Cartuja de Miraflóres, hasta que pudo, segun él mismo dejó dispuesto, ser trasladado á Granada. De este monarca escri-

bia Pedro Mártir que era: *juvenis, formosus, pulcher, elegans, animo pollens et ingenio: procidæ, validæque naturæ.* La pobre Doña Juana no se habia apartado un sólo instante del lecho de su esposo: petrificada por el dolor, no profería un grito, ni derramaba una lágrima. Hallábase en un estado de insensibilidad estúpida: retirada, cuando supo la muerte del jóven á quien tanto amaba, á un lóbrego aposento, sentada y con la mano puesta en la mejilla, inmóvil, negábase á todo consuelo, y al principio á todo alimento. Algunas veces decia que D. Felipe estaba durmiendo, que no se hiciese ruido para no despertarle. Vinieron á poco á pedirla que convocase Córtes, y firmase algunos decretos: negóse á todo; y cuando se la instaba, decia: ya lo hará mi padre, que sabe mas que yo de esas cosas. Hallábase la pobre señora en cinta. De su matrimonio hubo seis hijos: D. Cárlos, que reinó en España; Don Fernando, rey de Ungría y emperador de Alemania; Doña Leonor, que reinó en Portugal y Francia; Doña Isabel, que fué reina de Dinamarca; Doña María, que lo fué de Ungría; y la póstuma, que se llamó Doña Catalina y reinó en Portugal.

Un rayo que hubiese caido á sus piés no hubiera espantado mas á los magnates amigos de

D. Felipe que la muerte imprevista de este infortunado jóven. Garcilaso, el favorecido de los Reyes Católicos, y que despues se condujo tan plebeyamente con su rey; D. Juan Manuel, el valido que le lanzó del reino; el duque de Nájera, y el marqués de Villena, que tomaron las armas en su daño, y que le prohibieron atravesar sus estados, no sabian qué hacer, ni cómo evitar la cólera de D. Fernando. Ofrecieron la regencia al emperador Maximiliano, abuelo del tierno niño que se criaba en Gante. Propendian otros por el rey de Portugal, y hubieran elegido á cualquiera, con tal de que no fuese el monarca aragones. Cisnéros, con su gran tacto político, conjuró el mal. Convocó á su casa el dia ántes de morir el rey, á los grandes, y les propuso la urgente necesidad de formar un consejo de gobierno en que estuviesen representados todos los intereses; consejo que despues legitimaria el rey gobernador, ó las Córtes, que debian ser convocadas.

Fué elegido presidente Cisnéros; y miembros del consejo el duque del Infantado, el Condestable, el almirante de Castilla, parientes del monarca, el duque de Nájera, jefe del bando contrario, y dos caballeros flamencos Andrés del Burgo y el señor de Vere. No se aquietaron con esto los descontentos, y propu.

sieron el extraño pensamiento de que Doña Juana volviese á casar, ya con el marques de Villena, ya con el infante D. Alonso de Aragon, hijo del infante D. Enrique. Otros decian que D. Fernando trataba de enlazarla con su cuñado Gaston de Fox; quien abogaba por D. Fernando, duque de Calabria; quien, por el rey de Inglaterra. A toda costa querian evitar que el Católico volviese á Castilla: buscaban por mediadora á Doña María de Ulloa, camarera de la reina, de quien fué muy amada. Oyó Doña Juana con sorpresa y desechó con indignacion estas propuestas, enamorada de su muerto marido, sin tener mas vida que para pensar en él.

Era preciso convocar las Córtes del reino. Negóse Doña Juana á firmar el decreto, y mandó que lo hiciese el Consejo de gobierno, como se verificó. ¿Qué hacia en tanto el Rey Católico? Supo la enfermedad y la muerte tan luego como acaeció; el arzobispo Cisnéros le tenia al corriente de lo que pasaba, suplicándole que viniese á encargarse del gobierno. Le escribió su hija para que volviera pronto, rogábanselo prelados y caballeros; mas él, en vez de volver á España, siguió su marcha á Nápoles, detúvose en aquel reino, no queriendo que se le juzgara anheloso de mandar. Deseaba

que se le echase de ménos, y que, por decirlo así, el interregno hiciese conocer á los pueblos la necesidad de que empuñase las riendas del poder mano robusta. Esta política, fria y calculada, no dejaba de tener sus inconvenientes: el reino abandonado á su suerte era combatido por intrigas extranjeras, acostumbrábanse los pueblos á la holgura y la licencia; dividíanse en partidos, y los señores se abanderizaban y se apercibian á hostilizarse. El emperador no abandonaba sus proyectos de venir á España á reclamar la regencia del huérfano. Al ver Cisnéros el aspecto que tomaba la cosa pública, creyó indispensable que el poder real fuese mas fuerte que el de los señores. Formó un ejército y creó una guardia de honor para decoro y resguardo de la reina. Quejáronse los nobles; pero los que estaban acostumbrados á burlarse de los reyes tuvieron qué doblar la cerviz ante un fraile.

Manifestó el Rey Católico sin embargo que sólo recordaba los servicios prestados al país por los señores, procurando que fuesen perdiendo poco á poco el miedo los que debian considerarle ofendido. Encargaba que guardasen todos la mayor fidelidad á la reina, y aseguraba que regresaria á España tan pronto como los asuntos de Nápoles lo permitiesen.

En aquella ciudad reunió Córtes y fué jurado por rey. Con gran tacto logró que no asistiese á ellas, y por tanto que no fuese jurada, la reina Doña Germana, para no dar robustez al pacto hecho en Francia, y no privar á su nieto de aquel reino. Nombró gobernador y virey á D. Ramon de Cardona, y sus principales consejeros á los condes de Monteleon, San Severino, y Cariati, y en 4 de junio de 1507 se dió á la vela en las galeras de Nápoles, y arribó á Saona, donde fué á cumplimentarle el rey de Francia. Tratáronse con la mayor cordialidad, y un dia pidió el rey frances que comiese con ellos Gonzalo de Córdova. Hízolo así; y Luis XII no cesaba de admirar al que le habia quitado el reino de Nápoles. Gonzalo se mostró modesto y el rey de Francia generoso; alabó al guerrero ¡que tanto pueden la virtud y el valor! y le puso al cuello un cordon de oro que llevaba al suyo. Despues de varios proyectos, de convenir en el modo con que debia privarse á los venecianos de lo que tenian usurpado de los estados de la Iglesia, y en la necesidad de un concilio general, se despidieron ambos monarcas cariñosamente, y habiendo tocado en un pueblecito de la costa, arribó D. Fernando á Valencia el 20 de julio. Dejémosle descansar en este punto mientras volvemos la vista á Castilla.

Continuaba Doña Juana en su extravío mental y llegó á creer que los flamencos se habian llevado á su país el cadáver de su esposo. Párte á Miraflóres, hace romper el sepulcro, sacar el ataud, y abierta una y otra caja, halló embalsamado el cuerpo de D. Felipe. Lo reconoció al instante, hizo los mayores extremos de dolor; mandó celebrar ostentosas exequias y se quedaba á velarle en la iglesia noches enteras. Decia que iba á cumplir su voluntad y conducirlo á Granada; mas no era tal su intento, y sí conservarlo en su cámara y tenerlo siempre á su vista. Señaló para emprender la marcha el 20 de diciembre, y el dia anterior revocó todas las mercedes que habian sido hechas desde la muerte de su madre, y habiéndole pedido las Córtes que les permitiese enviar embajadores en busca del rey D. Fernando, dijo que se holgaba mucho en ello; pero que no se ocupasen en cosa alguna sin su permiso. Habia demencia, lúcida unas veces, sobreexcitada otras; mas tenia esta señora tan buenos momentos, que parecia á algunos víctima de una monomanía más bien que de una enagenacion formal y constante. El viaje sin embargo dejó poca duda: salió el 20 de diciembre de la Cartuja de Miraflóres: precedian al fúnebre convoy los obispos de Jaen, Málaga y

Mondoñedo; en un féretro colocado sobre un carro, tirado por cuatro caballos, iba el cadáver de D. Felipe; detrás la reina cubierta de piés á cabeza con un espeso velo negro, sin derramar una lágrima, absorta y ensimismada. Acompañábanla el condestable, el marques de Villena, y muchos eclesiásticos, nobles y caballeros con hachas encendidas. Viajaban de noche, porque decia la reina «que una mujer honesta, muerto su marido, que es su sol, debe huir de la luz del dia.» Hacíanle honores fúnebres en las iglesias del tránsito, no era lícito á mujer alguna entrar en el templo: la reina abria el ataud, observaba si habian cambiado el cadáver, ó si habia resucitado; pues no faltó quien por lisonjear su capricho la dijo que así sucederia. El viaje era lento, y tan preocupada estabà la pobre señora con el recuerdo de los celos, que sabiendo que el cadáver habia sido depositado en la iglesia de un convento, que ella juzgó de frailes, lo mandó sacar tan luego como supo que era de monjas, lo llevó al campo, é hizo pasar á la comitiva, y pasó ella misma, el resto de la noche á la intemperie. ¡Pobre reina! ¡pobre reino!

Mas al llegar á Torquemada hubo que interrumpir la fúnebre procesion. Doña Juana dió á luz en este pueblo á la infanta Doña Catalina

en 11 de enero de 1507. Tardó en convalecer, y despues continuó su extravagante correría. Paseaba por Castilla su locura y los restos de su esposo, y pasma la obediencia que la prestaban las gentes de su séquito. No bien supo que su padre estaba en Valencia, salió á su encuentro. Viéronse en Tórtoles: iba en su compañía Cisnéros, investido ya con el carácter de inquisidor general, y á quien trajo D. Fernando el capelo cardenalicio. Llevaba Doña Juana en unas andas el cadáver de su esposo. Abrazóla el rey: habló á solas con ella largo rato, y conociendo el deplorable estado de aquella razon, empezó á gobernar por sí, dejándola el nombre vano y las insignias de reina. El país suspiraba por este momento: iba paso á paso volviendo á los desgraciados tiempos de Enrique IV; ya no hubiera conocido la Reina Católica su obra. Fuése persuadiendo el rey de la necesidad de poner remedio á las extravagancias de su hija, que tenia frecuentes accesos de furia, no queria peinarse, huia de todo adorno, estaba á veces sesenta horas sin tomar alimento, é iba tan pobre y andrajosamente vestida, que afligia á los pocos que la visitaban, y si sus damas la quitaban los miserables harapos, ostentaba asquerosa desnudez. D. Fernando llegó á saber que los descontentos querian apoderarse de la reina,

presentóse una noche en el cuarto de su hija y dispuso que se emprendiese el viaje nocturno, con el cadáver de D. Felipe, llegando procesionalmente á Tordesíllas. Hospedóse la reina en el palacio: se colocó el féretro de Don Felipe en el convento de Clarisas, de modo que pudiese verlo desde su habitacion; y en ella residió la pobre señora los cuarenta y siete años que la quedaron de vida.

El gran proyecto, el pensamiento político de D. Fernando en este período de su segunda regencia fué la conquista de la costa Norte de África, noble y gloriosa empresa á donde debieron dirigirse las fuerzas españolas tan luego como recobraron á Granada. La gran reina y Cisnéros deseábanlo así; pero, sin abandonar la idea, hubo que aplazar la ejecucion. Habíanse los portugueses apoderado de Safin, ciudad en el reino de Fez, en 1507: al siguiente año salió de Málaga el conde Navarro con una escuadra y se apoderó de Vélez de la Gomera: veíanse los portugueses sitiados en Arcila por el rey de Fez, que mandaba cien mil hombres. Navarro barre la costa con sus cañoneras, salta en tierra, y logra que se levante el sitio. Asiste al año siguiente y ayuda á Cisnéros en la toma de Oran, y en 1510 con trece navíos y diez mil hombres

de desembarco aparece en las aguas de Bugia. Saltan en tierra los nuestros, destrozan el cuerpo enemigo que se interpuso, huyen despavoridos los moros, unos á los montes, otros á la ciudad. Apodéranse de la plaza, la toman, la saquean, la fortifican y la guarnecen. Al rumor de estas hazañas los reyes de Argel, de Túnez y de Tremecen se declaran vasallos del de Castilla. Defendíase Abdurramel auxiliado por los beduinos: Navarro se apoderó de sus reales, y causó á los moros mucha pérdida. Habian á su usanza armado celadas; pero destruye Navarro á los ocultos enemigos, se apodera de los camellos que dirigieron al campo cristiano para desordenar sus haces, y se llena de gloria en uno y otro encuentro. Sitió y tomó á Trípoli, que fué agregada á Sicilia, á quien habia pertenecido en lo antiguo.

Mas á tan ruidosas conquistas debia seguir pronto un tremendo desastre. Sale de Málaga una armada con siete mil hombres: mandaba la expedicion D. García de Toledo, hijo del duque de Alba, jóven de grandes esperanzas. Llega á Trípoli, se reune á las tropas de Navarro y da la vuelta en busca de la isla de Gelbes. Al ver el jefe moro el gran número de buques y la gente que conducian, ofreció someterse y pagar vasallaje. Herido Navarro al

ver que se entregaba á D. García, y no lo habia querido hacer ántes á él, propuso que no se admitiese condicion alguna y que se le obligase á rendirse á discrecion. Acéptase tan mal consejo, saltan en tierra los nuestros, caminan dos leguas por playa arenosa y movediza, con los ardores del sol, fatigados y sedientos. Era el 28 de agosto. Desbándanse en busca de agua, observan los moros el estado de sus enemigos, dánles alcance, y los acuchillan sin piedad. Murieron cuatro mil españoles, murió el bizarro D. García de Toledo; y los que pudieron salvarse se refugiaron á los buques y llegaron á Trípoli. ¡Funesta jornada! Las armas de España no volvieron durante este reinado á molestar á los africanos.

Julio II propuso al rey de Francia, al Católico y al emperador que firmasen un tratado, que es conocido con el nombre de *Liga Santa* ó de Cambrai, contra los venecianos: todos estaban ofendidos con ellos, y el monarca español reclamaba las plazas de Otranto, Trani y otras de la costa del Adriático que ocupaban desde la invasion de Cárlos VIII en Nápoles. Cediéronselas los venecianos por alejar de sí al Católico; mas las armas de Luis XII, las del Pontífice y del emperador, los derrotaron en una sola campaña y los redujeron á las lagu-

nas, cuna de la reina del Adriático. Mas tarde hízose otro concierto contra Francia; alióse el Pontífice con los venecianos reconciliados ya, y D. Fernando, en cuanto supo que Luis XII, auxiliado por tres cardenales de su país, trataba de deponer al Pontífice, y que convocara al efecto un concilio, que debia celebrarse en Pisa, al tiempo que en Roma se celebraba otro en San Juan de Letran; protegió á Julio II y formó parte de la *Union Santa,* dando el mando del ejército á D. Ramon Cardona, previniéndole que no emprendiese grandes operaciones hasta que llegasen los suizos y las fuerzas de Maximiliano, y empezasen los ingleses por otro punto á hostilizar á Francia.

Mandaba las tropas francesas en Italia Gaston de Fox, duque de Nemours, jóven valeroso, y entendido capitan. Sólo tenia 22 años, era hermano de la reina de Aragon Doña Germana, nieto de la reina Doña Leonor y pretendiente á la corona de Navarra. Julio II, Pontífice guerrero, audaz y querellador, estaba impaciente por recobrar á Bolonia; y Pedro Navarro, hombre terco, y que no oia consejo, ni sufria contradiccion, apoyó el pensamiento del Pontífice, asegurando descortesmente á Cardona que él solo rendiria la plaza en muy corto tiempo. Era Pedro Navarro roncales, de la villa

de Garde; su verdadero apellido Bereterra, llamábanle Navarro por ser de aquel reino. Hábil ingeniero, inventor de las minas para volar los fuertes, llegó á ser maestre de campo general de la infantería española y conde de Orbieto; mas no siempre fué leal, y tuvo la desgracia de empuñar las armas contra su patria sirviendo á las órdenes de Francisco I de Francia y muriendo ahogado en un castillo, donde Cárlos V le habia mandado ya degollar.

Sabedor Nemours del proyecto de los aliados, haciendo una marcha rápida, llega á Bolonia, introduce en la ciudad un refuerzo de cinco mil hombres, y hace levantar el sitio. Con igual rapidez se apodera de Brescia, que presidiaban los venecianos, y se dirige á Rávena. Sale Cardona de la plaza con todo su ejército, olvidado de las instrucciones recibidas de Castilla. Peléase con heróico valor por una y otra parte, los nuestros y las tropas del Papa penetraron en las filas francesas, pero la caballería de esta nacion los acuchilla haciéndolos retroceder. Marchaba en retirada ordenadamente nuestra infantería; Nemours cargó sobre ella con sus jinetes: aguardaron los nuestros á pié firme, y al filo de la espada murió gloriosamente este heróico general, dejando á su patria una victoria, pero victoria lamentable. Rá-

vena se rinde á los franceses, perdimos siete mil hombres, y no menos los enemigos, quedando prisionero el conde Pedro Navarro, á quien se atribuyó la derrota; Próspero Colona, general de los italianos, y muchos caudillos. Remplazó á Nemours en el mando Lapalisse, que, disminuido su ejército, y viéndose acometido por retaguardia por los venecianos y suizos, que ocuparon á Verona y se dirigian á Novara, donde quedaron vencedores, temeroso de que le cortasen la comunicacion con Francia, se retiró á su país y evacuó la Italia. La batalla de Rávena fué el 11 de abril de 1512: el Gran Capitan vegetaba en forzoso olvido en Loja. Más tarde Cardona obtuvo considerables ventajas del enemigo: volvieron nuestras armas por su honor, pero no eran los ruidosos triunfos de los tiempos de Gonzalo.

Estaba el Gran Capitan agraviado con el rey: el desvío de su monarca le tenia ofendido. D. Fernando, viendo que el marques de Priego habia arrestado en el castillo de Montilla á un alcalde de corte que llevaba una provision del Consejo, le mandó procesar y confiscar sus estados. Veian con asombro los grandes este acto de rigor á que no estaban acostumbrados: convocó el rey su ejército, y fué en persona á Andalucía. Intercedió Gonzalo por el jóven,

que tenia ademas la culpa de ser pariente suyo; intercedieron otros señores, presentóse en el real el marques de Priego; mas el rey se mantuvo inexorable, no consintió verle y mandó volar y demoler el castillo que presenció el desafuero del magnate. Era uno de los mas bellos y fuertes; y adornaban las habitaciones interiores preciosos mármoles con incrustaciones de marfil y de oro: habíalo embellecido el Gran Capitan que naciera en él. D. Fernando, queriendo dar una leccion severa á la nobleza, reiteró la órden de demolicion. Al volarse uno de los torreones, mató algunos soldados que lo estaban arrasando, y cuentan que Gonzalo exclamó al saberlo: «Ah buen castillo, que todavía te defiendes.»

En tanto Navarra conservaba, afectando neutralidad, una mísera existencia. Dos enemigos poderosos, llamándose aliados, hostilizaban el reino: Luis XII y D. Fernando. Protegia este las pretensiones del conde de Lerin, y el rey frances las del señor de Narbona favoreciendo la division de los estados navarros de un lado y otro del Pirineo. Los reyes D. Juan Albret y Doña Catalina procuraban atraerse el afecto de sus vasallos, y lograron que las Córtes convocadas en Tudela les ofrecieran inequívocas pruebas de amor. El parlamento de Tolosa ha-

bia declarado que el señorío del Bearne era feudo de la monarquía francesa, Luis XII ofreció á los reyes navarros que, si se aliaban con él y se le unian para hostilizar á los españoles y á los ingleses, conservarian el Bearne y obtendrian otras ventajas. Firmaron el tratado. El rey Fernando les requirió al propio tiempo para que dejasen paso á sus tropas y á las inglesas que venian en su auxilio, y habian desembarcado en Pasages, y que para su seguridad le entregasen varias fortalezas. Las Córtes de Navarra se opusieron á esta pretension, y resolvieron que se levantase un ejército de trescientos caballos y cuatro mil infantes, además de ponerse en armas todo el país en caso necesario. Tenia D. Fernando una bula del Pontífice en que le adjudicaba el reino en pago de sus servicios á la Santa Sede.

El ejército español, que estaba en Vitoria á las órdenes de D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, penetra en Navarra y se pone sobre Pamplona. Precedian al ejército castellano el conde de Lerin y los suyos: abandonan la ciudad los reyes y se trasladan á Lumbier. El de Alba habia acampado en la Taconera, desde donde intimó la rendicion á la ciudad; pidieron los pamploneses un plazo para deliberar, y el general les mandó que en el acto se entregasen

á discrecion. Capitularon el 24 de julio (1512): la reina de Navarra se refugió en Ortez, en Francia, el rey D. Juan dispuso que los tribunales se trasladasen á Olite, y partió á reunirse con su familia. Fueron seguidos de muchos caballeros del país, entre ellos de D. Juan de Jaso, señor de Javier, padre de san Francisco Javier, apóstol de las Indias.

Por la parte de Aragon entró D. Alonso, arzobispo de Zaragoza, hijo natural del Rey Católico, con fuerzas considerables y se apoderó de Tudela, que se defendió noble y honradamente. En tanto hallábase en Logroño el rey D. Fernando, y mandó que sus tropas penetrasen en Francia y ocupasen la parte de Navarra allende el Pirineo. Entró, juró los fueros y empezó á gobernar con acierto y justicia. En este tiempo D. Juan Albret con numerosas tropas francesas sitia á Pamplona y ocupa muchos pueblos, que amantes de su independencia deseaban volver á sus antiguos reyes. Mas todo en vano: los franceses no lograron ocupar á Pamplona, viéronse rechazados y hostilizados en varios puntos. Jurado rey pacífico de Navarra D. Fernando, sucesores su hija y su nieto, concertó alianza por un año con Luis XII. Perdió Navarra su nacionalidad para bien suyo y del país: fué parte de un gran reino, y no es-

tuvo expüesta á las intrigas de vecinos poderosos; conservó sus fueros, sus Córtes, sus magistrados, y contribuyó á integrar el territorio español.

Gonzalo, desairado, vivia en Loja, veia que los disgustos y pesares emponzoñaban su vida. Hízose llevar en andas á Granada, á ver si aquellos aires le mejoraban, y en Granada el 2 de diciembre de 1515 falleció este grande hombre. Vistióse D. Fernando y toda la corte de luto; hiciéronsele exequias en la capilla real y en todas las iglesias del reino, escribió el monarca desde Trujillo á su viuda una sentida carta en que la decia que lamentaba la pérdida de tan grande y señalado servidor, «á quien yo tenia tanto amor, y por cuyo medio y con el ayuda de Nuestro Señor, se acrescentó á nuestra corona real el nuevo reino de Nápoles [1].» Cele-

[1] El príncipe D. Cárlos escribió desde Gante á la viuda del Gran Capitan la siguiente carta: «Duquesa prima, he sabido el fallecimiento del famoso Gonzalo Fernandez, duque de Terranova, vuestro marido, al cual por el gran valor de su persona y por los muchos y señalados servicios que á los Católicos rey y reina, mis señores, hizo en conservacion y aumento de su corona real, le deseaba conocer para valerme de su prudencia y consejo, y gozar de persona tan señalada y famosa; mas habiendo Dios dispuesto de otra manera, con cuya voluntad es justo conformarnos, os mando y pido veais si para vuestro consuelo quereis alguna cosa, me lo aviseis, para que de nuestra parte se cumpla con la memoria de tan gran vasallo, y con la vuestra, que por quien sois, se debe tanto. Gante 15 de febrero de 1516. = Yo, el Príncipe.»

bráronse sus exequias con toda pompa en la iglesia de san Francisco, donde fué depositado, ántes de pasarle á la de san Jerónimo, en que yace; y doscientas banderas y dos pendones reales, que adornaban el túmulo, recordaban la gloria y los servicios del Gran Capitan.

Adolecia D. Fernando de graves males, entre ellos de hidropesía de pecho, y no encontraba bastante aire respirable en los pueblos: hacíase llevar por los campos, y sólo en las alturas lograba descansar. En tanto en Gante se habia formado al lado del jóven rey una camarilla de flamencos, despreciadores de las cosas de España, ambiciosos de mando, malquerientes de D. Fernando y del cardenal. Con pretexto de concertar boda para D. Cárlos envian á España con poderes al dean de Lovaina, ayo suyo, más tarde Pontífice. Súpolo Don Fernando, no consintió verle y le hizo pasar á Guadalupe. ¿Qué quiere? decia; ¿viene á saber cuándo me muero? Estaba dispuesto que falleciesen á poco ilustres víctimas. La primera fué el Pontífice Julio II en 25 de febrero de 1513, siempre con el pensamiento fijo de echar de Italia á los españoles, que habia llamado para lanzar de aquel país á los franceses. Sucedióle el cardenal de Médicis, gran Pontífice, que apaciguó el cisma y

se reconcilió con Luis XII. A poco, en 1.º de enero de 1515, murió este rey, dejando por sucesor á su hijo el conde de Angulema y duque de Artois; y despues de dos años de continuos sufrimientos bajó al sepulcro en Madrigalejo, aldea de Extremadura, el rey D. Fernando el Católico en 23 de enero de 1516. En pocos años habia cambiado la escena del mundo: á tres grandes hombres sucedieron otros tres no menos ilustres, á Julio II, Leon X; á Luis XII, Francisco I; y á Fernando, Cárlos I de España, V de Alemania.

D. Fernando al morir declaró por sucesores á su hija Doña Juana y á su nieto que se hallaba en Gante, y que iba á ser el rey mas poderoso de la cristiandad; y dejó por gobernador al ilustre cardenal Cisneros. Fué el Rey Católico uno de los mejores del mundo: sus defectos no eran del rey, eran del hombre. No tenia la bondad de corazon, ni la ternura de Doña Isabel, su primera esposa; tenia valor, prudencia, gran conocimiento de los negocios, y sumo tacto político para la direccion del Estado. Nada se hacia en el orbe sin su consejo y sin su voluntad. Influia en Inglaterra y en Francia; disponia de Italia, y daba leyes al mundo. Nuestros nobles doblaron ante él su cerviz; y fueron á pelear, y á morir, á reinos

extraños por la santa causa de la patria los que ántes peleaban ruinmente en Castilla por la posesion de una almena, ó por tener avasallado á un monarca débil. Gran político, gran calculador, á veces harto suspicaz, no siempre justo. ¿Por qué se casó segunda vez? ¿por qué expuso á la nacion á perder las ventajas de la unidad? Tuvo un hijo en su segunda mujer llamado D. Juan; pero la Providencia dispuso que solo respirase breves dias. Ántes de su matrimonio con la Reina Católica tuvo en Doña Aldonza Iborre á D. Alonso, que fué arzobispo de Zaragoza y de Valencia, y á Doña Juana de Aragon, que casó con el condestable de Castilla. De otras dos mancebas tuvo dos hijas de nombre Maria, que profesaron en el convento de Madrigal. En su tiempo y el de su primera esposa presenció el mundo los mayores sucesos: las ciencias trasmigraron desde Constantinopla, ocupada por los otomanos; murió el régimen feudal; se establecieron grandes imperios sobre las ruinas de la edad media; se descubrió la imprenta; apareció un nuevo mundo. Vasco de Gama halló el camino de la India Oriental; fueron lanzados los moros de España; expelidos los judíos; se conquistó el reino de Nápoles; y en tiempo de su gobierno se acabó de completar la entidad española con la union á Cas-

tilla del pequeño y noble reino de Navarra.

De estas épocas data la actual civilizacion europea; fué poco á poco desapareciendo la barbarie septentrional, dejaron los magnates de ser oscuros conspiradores para hacerse buenos patricios; se suavizaron las costumbres, revivieron las letras y las artes, comenzaron á tener existencia propia las ciencias físicas y naturales, y al aparecer en la escena del mundo, España, como nacion, se mostró grande, valerosa, é ilustrada, libre del sudario en que la tuvieron aprisionada los tiempos medios. ¿Decaerá luego de tanto esplendor? Sí; pero será para levantarse mas alta. Caminamos en espiral, y si bajamos es para volver á subir.

Dados al dolor los primeros momentos de la muerte de D. Fernando, se llamó al cardenal para que se encargase de la gobernacion del reino. El nuevo monarca era un jóven nacido, crecido y educado en el extranjero; de diez y seis años; que desconocia por completo nuestros usos y costumbres; y que estaba influido por Guillermo de Croi, señor de Xebres, su ayo ántes, entónces su ministro, hombre de talento y experiencia, pero enemistado con el rey de Castilla y poco afecto á los castellanos. Despues de ordenar Cisnéros lo conveniente á

las exequias de D. Fernando, cuyo cadáver fué conducido á Granada, y colocado en la capilla donde reposa al lado de Doña Isabel, que fué llevada á aquel sitio desde su primer enterramento; pasó Cisnéros á Guadalupe, donde se vió con el infante D. Fernando, jóven de catorce años, á quien volvian la vista los que deseaban rey español; y dispuesto lo necesario para conservarle á su lado, y despues de dar el decoro conveniente á la reina Doña Juana, que andaba escasa de medios, conferenció con el dean de Lovaina. Mostró este los poderes que tenia de D. Cárlos para gobernar el reino, y solicitó que Cisnéros le cediese el mando. Negóse manifestando que D. Cárlos no pudo en vida de su abuelo conferir poderes de esta clase, y ménos á un extranjero, y que debia estarse á lo que dejó resuelto el Rey Católico; mas por la paz propuso al dean, hombre bueno, pacífico y gran teólogo, no tan gran político, que gobernasen juntos, en tanto que el rey decidia lo que tuviera por conveniente. Trasladó el cardenal la capitalidad á Madrid: decidió el rey que siguiese gobernando.

Grave dificultad ofrecia el título que debia darse á D. Cárlos: el emperador y el Pontífice le apellidaban rey; él se daba á sí mismo este dictado. Convocó Cisnéros á los prelados, mag-

nates y hombres importantes del país á su habitacion, y haciendo muchos de ellos alarde de fidelidad á Doña Juana, dijeron que mientras esta señora viviese no reconocerian otro rey. Oyólos Cisnéros, y con acento desabrido les dijo que no eran venidos á discutir, sino á obedecer; y llamando á D. Pedro Correa, gobernador de Madrid, le mandó que saliese á proclamar á D. Cárlos por rey de España juntamente con la reina Doña Juana su madre; y que se hiciese igual proclamacion en todas las ciudades del reino. Y despidiendo á los que estaban reunidos les dijo con gravedad: Bien se conoce que no hay deseo de obedecer al rey, cuando se le disputa este nombre. Empezaron algunos señores á tener reuniones secretas y á confabularse contra el cardenal; les avisó que se separasen, y que estaba al cabo de sus maquinaciones. Los mas animosos se le presentaron pidiendo que les mostrara los poderes en cuya virtud gobernaba. Acercándose al balcon de su palacio hizo seña para que disparase la artillería de la plaza, y contestó á los que le preguntaban: «Estos son mis poderes.»

Conoció que era preciso robustecer el estado con las armas, y formó en todo el reino unas milicias en que se alistaban voluntariamente

los vecinos pacíficos, que eran adiestrados los dias festivos. Dábales armas, jefes, banderas; procuraba que tuvieran organizacion militar, pero nó política. Llegó á reunir treinta mil hombres: decian los señores que esta clase de gente armada era desconocida en Castilla, que tenia por objeto anular las fuerzas de los magnates, elevar de la nada á la plebe, y hacer que se abandonasen los campos. Los señores andaluces se sublevaron, entre ellos D. Pedro Giron; mas el cardenal logró sujetarlos con mano vigorosa.

En aquel tiempo el corsario Barbarroja infesta las costas andaluzas, cautiva los habitantes y pone en contínua alarma los pueblos del litoral. Cisnéros manda armar veinte galeras, que cerca de Alicante pelean con las enemigas, apresando tres y echando á pique las dos restantes. En su solicitud envió misioneros á América, fortaleció las fronteras de Navarra para evitar invasiones extranjeras, é hizo demoler algunas fortalezas del interior que no servian mas que para alentar desafueros. En todas partes veíanse los efectos de su prevision, y los frutos de su energía: sus émulos trataban de malquistarle con el rey, sus enemigos propalaban que iba á ser asesinado; mas él despreciando estos rumores seguia constantemen-

te su marcha de conservar el órden público, de sujetar á los señores orgullosos y de hacer prosperar en el país las letras y las artes. Cuando Xebres ó algunos flamencos trataban de minarle la posicion que ocupaba, escribia al rey que viniese á España, que él se retiraria al momento á su arzobispado. Representó cuando trataron de agregarle al gobierno á Lanoy y al dean de Lovaina, creado cardenal. Conjurábanse contra Cisnéros la envidia, la malquerencia, todas las malas pasiones; mas él sufria inmóvil los embates de la tempestad, fiel á su conciencia, cada dia más celoso del cumplimiento de sus deberes, más amante de su patria, y más enérgico y valeroso.

Decidió por fin D. Cárlos venir á España á tomar posesion de sus estados. Mas ántes firmó en Flandes el célebre tratado de Noyon concertado por de Croy, en que no solo renunciaba Francisco I á protejer con las armas las pretensiones de los descendientes de los reyes navarros, sino que tambien prometia no hostilizar á Nápoles siempre que se le diese una fuerte suma, y se obligase á casar D. Cárlos con Luisa Claudia, hija del monarca frances, y que á la sazon tenia un año. Embarcóse á principios de setiembre y una tempestad lo arrojó á las costas de Asturias, tomando tierra

en Villaviciosa [1] el sábado 19 de setiembre de 1517. Prendióse fuego á uno de los navíos

[1] Algunos escritores suponen que D. Cárlos desembarcó en el puertecito de Tazones, y que se dirigió por tierra á Villaviciosa. He visto originales una real provision, y una escritura de fundacion del vínculo de Hevia que dejan fuera de duda lo contrario. «En el nombre de Dios, amen.=Manifiesto sea á todas las personas que la presente escritura vieren, *como en un dia del mes de octubre* [1] del año de mil e quinientos y diez e siete años, el inclito é muy poderoso rey D. Cárlos, viniendo primeramente en estos sus reinos de España *desembarcó en la su villa de Villaviciosa,* que es en la marítima del su principado de Asturias, y desembarcado fué aposentado en las casas de D. Rodrigo de Hevia, chantre á la sazon en la santa iglesia de Oviedo, *á do estuvo dende un sábado* [2] *en la noche hasta el miércoles siguiente que partió.* E por servicios que del dicho chantre rescibió le hizo merced de legitimar á Gutierre de Hevïa, su hijo, é habilitarle para honras é oficios et para herencias é subcesiones. E legitimado concedió al dicho chantre para que pudiese de sus bienes patrimoniales facer, criar y erigir mayorazgo con los vínculos que quisiese en el dicho Gutierre de Hevia, su hijo, de lo cual el rey nuestro señor mandó dar sus cartas é provisiones selladas en forma segun estilo de su corte y consejo.» En la real carta de legitimacion se lee:

«Por cuanto por parte de vos D. Rodrigo de Hevia, chantre de la iglesia de Oviedo, nos es fecha relacion que seyendo vos clérigo de corona, hubistes é procreasteis á Gutierre de Hevia, vuestro hijo, en Elvira Gonzalez de la Paraya, siendo ella mujer soltera y no obligada á matrimonio.» La real cédula de legitimacion fué dada en la *villa* de Valladolid á 5 dias del mes de marzo del año de Ntro. Sr. Jesucristo de mil é quinientos é diez y ocho años.=Yo el Rey.=Yo Antonio de Villegas, secretario de la reina y del rey su hijo la fice escribir por su mandado.»=En el membrete dice: «porque Vtra. Alteza posó en

[1] No concreta el dia y equivoca el mes; pues fué setiembre y no octubre. He visto muchos documentos civiles y eclesiásticos en que se incurre, citando de memoria, en estas y mayores equivocaciones. El conde de la Roca dice que vino este rey en 1516: error notorio.

[2] Efectivamente el 19 de setiembre fué sábado y no domingo, como equivocadamente dijo el obispo Sandoval. El año 1517 tuvo por ciclo solar 14, su letra dominical D, y cayó la pascua en 12 de abril. Tambien se prueba que pudo entrar en la noche, porque fué pleamar de 9 y desde las siete hasta las once era posible verificar en lanchas el desembarco, quedando la armada en el Puntal.

donde venia la caballería, y sin poder ser socorridos se quemaron veintidos pajes del rey, el teniente caballerizo mayor, los marineros y

su casa en Villaviciosa cuando desembarcó, legitimacion para heredar e oficios á Gutierre de Hevia, etc.....» «E para que esta carta de legitimacion vala que sea señalada en las espaldas, de nuestro capellan mayor, é de dos capellanes de nuestra capilla.»

En la real facultad para vincular dícese: «Acatando algunos servicios que nos habeis fecho, especialmente que cuando yo el rey vine de nuestro señorío de Flandes á estos nuestros reinos y *aporté* en la dicha villa de Villaviciosa, posé en vuestra casa donde me hicisteis algunos servicios; y porque de vos y de ello quede perpétua memoria, por la presente damos licencia é facultad, etc.»

Sigue la escritura. «Por ende yo el dicho D. Rodrigo de Hevia, chantre, queriendo gozar de la merced á mí hecha por el rey D. Cárlos mi señor, que agora por la divina clemencia es emperador, rey de romanos, considerando é por experiencia viendo que los linajes antiguos ansí de Hevia, Vegil, Bustio y otros do yo desciendo, como de otros muchos solares en esta provincia, de que antiguamente hubo tanta genealogía, han perecido en mucha parte, y otros son diseminados y aniquilados por falta de haciendas é patrimonios, y en los que ha habido bienes *por no haber vínculos y mayorazgos, segun que en otras provincias de España*, y enagénanse los tales bienes, y salen de la familia y peresce la memoria de los linajes, etc.» Vincúlo: «Primeramente mis casas que hoy dia tengo en la villa de Villaviciosa, en la cual el emperador y rey nuestro señor posó cuando de su primera é bienaventurada venida de Flandes en estos reinos desembarcó; y junto con la casa dos orreos detras de ella; y con la casa de servicio que á la una ladera tengo, y hago y con su huerta de naranjos y frutales, segun que todo está cercado de cal y canto, y segun que por la una parte y otras sale á la calle pública, etc., etc.»

La fachada actual de la casa es moderna, y no hay en ella nada que recuerde su parte histórica. Consérvase la habitacion donde durmió el emperador: hasta hace poco la cama, y la mesa en que comió, que el actual poseedor D. Vicente de Castro ha regalado al museo de Artillería. La huerta existe con sus naranjos, cortada por la nueva carretera. La mesa es un tablon de castaño con tres piés.

varios tripulantes. Venia rodeado de muchos señores flamencos y en su compañía su hermana Leonor, prometida esposa del rey de Portugal, y que más tarde casó en segundas nupcias con Francisco I de Francia. Supo el cardenal la noticia, hallábase enfermo, abrumado por la edad de ochenta y dos años, escribió al rey felicitándole, haciéndole ver que le entregaba el reino tranquilo y floreciente, acrecentadas las rentas públicas, respetada la ley, y concluyó diciendo que se apercibia á salir en su busca. Mas el arzobispo de Granada, émulo suyo, y otros individuos del consejo de gobierno, diciendo que no se estaba en el caso de guardar ya consideraciones á Cisnéros, parten sin pedirle permiso, ni consejo, en direccion á la corte. El cardenal escribe inmediatamente al rey para que los mande volver á darle sus descargos; y el rey lo dispone así. Al ver que todavía guardaba el monarca consideraciones á Cisnéros; los flamencos, temerosos de su ascendiente, impedian á toda costa que se viesen el rey y el cardenal. Emprende este la marcha, sale enfermo de Torrelaguna, llega á Boceguíllas, agrávanse sus dolencias: la maledicencia atribuye á un veneno esta exacerbacion, como si no fuesen bastantes la edad, los pesares y los disgustos de una vida trabajada, para enve-

nenar aquella mísera existencia. Llega á Aranda y recibe una carta del rey en que le exhortaba que se retirase á su diócesis á prepararse á la vida eterna; este desaire, suavizado en la forma con palabras dulces y expresiones de cariño, era una ingratitud que no podia soportar el Cardenal.

Dispúsose á morir en Roa: abrazado con un crucifijo, pidió perdon de sus faltas expresando que nunca habia tenido otros enemigos que los que lo fueran del Estado y del bien público. Murió el 8 de Noviembre de 1517; fué llorado de los buenos; su cadáver, trasladado á Alcalá de Henares, durmió en ostentoso sepulcro en la capilla de su Universidad: hoy en la iglesia magistral, fundacion suya. En el mismo templo descansan los restos de su perseguidor el arzobispo Carrillo, y un techo cubre al verdugo y á la víctima.

CAPITULO X.

Llegamos por fin á considerar este importante período de la historia patria bajo el aspecto religioso, político, moral y literario. Fijaremos solamente algunos puntos que á semejanza de los mojones que se colocan en los caminos, nos señalen el que dejamos andado, y el que nos falta que recorrer. Nada más nos permite la índole especial de nuestro trabajo, y la pequeñez de nuestros conocimientos.

Parecia que despues del cisma de Luna no habia de ser probable que se sentase ningun español en el trono pontificio; y sin embargo tuvimos en este período dos papas españoles,

Calixto III y Alejandro VI, Borjas los dos, y por lo menos de dudosa reputacion. Eran malos los tiempos: los Pontífices intervenian en las querellas de las naciones, levantaban ejércitos, declaraban guerras, hacian alianzas, daban y quitaban investiduras á los príncipes, y eran mas bien monarcas temporales, guerreadores, que vicarios pacíficos de Jesucristo.

Calixto III afeaba sus buenas calidades con el vicio del nepotismo mas irritante. Ingrato con su protector Alonso V, que le ascendió á la silla de san Pedro, quiso desposeer á su hijo del reino de Nápoles para colocar en él á su sobrino Pedro de Borja, á quien nombró duque de Spoleto. Empezó declarando vacante el trono, prohibiendo que D. Fernando tomase título de rey, absolviendo á los pueblos del juramento de fidelidad que tenian prestado, haciendo correr la voz unas veces de que D. Fernando, como hijo natural, no debia ocupar el reino; otras diciendo que no era natural sino supuesto hijo de D. Alonso; y siempre, que Nápoles debia ser un reino independiente de Aragon, y tributario de Roma. Con estas intrigas olvidó el noble proyecto de hacer la guerra al turco y reconquistar á Constantinopla, para lo que habia levantado cruzada y enviado sus galeras al Archipiélago. La muerte puso fin á

sus atrevidos proyectos, halláronse cantidades enormes en su tesoro, y le apellidaban los pueblos ambicioso y avaro. Esto último se desmiente por el buen uso que hacia de las riquezas: ¡si fuera tan fácil justificar lo primero! Su sucesor Eneas Silvio (Pio II) no siguió sus huellas, y fué un eminente escritor y gran Pontífice.

Cuando Rodrigo Borja, sobrino de Calixto III, subió, despues de varios pontificados, á la silla de san Pedro, teníasele por hombre de austeras costumbres; habia ocultado con refinada hipocresía sus maldades. Era muy entendido, notable por su penetracion, por su memoria, por su elocuencia. Lanzó á poco la máscara que le cubria, y supo el mundo asombrado que tenia cinco hijos tan malos como su padre, que vendia los cargos eclesiásticos, y que el hierro y el veneno le libertaban de sus enemigos. La estátua mutilada de Pasquino aparecia diariamente con dísticos latinos; uno de ellos decia:

Vendit Alexander claves, altaria, Christum:
Emerat ille priùs, vendere jure potest.

Entre sus hijos bastará recordar el nombre de la infame Lucrecia Borgia, y del cardenal Valentin, militar luego, y conocido con el

nombre de conde Valentinois. Alejandro VI murió víctima de un veneno que tenia preparado para otro. Mucho se ha exagerado en contra de Alejandro, mucha malquerencia se granjeó, pero mucho malo hizo... Cubra espeso velo tantas maldades. Los reyes de España sin embargo le debieron que les confirmase la administracion de las tercias reales, la investidura del nuevo mundo, entónces necesaria, y el renombre de Católicos, con que son conocidos hasta el dia.

En España en tiempo de D. Fernando y Doña Isabel se trató sériamente de la reformacion de costumbres; empezóse por el estado religioso, harto viciado, por efecto de la relajacion de los reinados anteriores. Para la reforma de las órdenes monacales llamaron los reyes al venerable Fr. Pedro de Vargas, abad del monasterio cisterciense de Piedra, en Aragon: fundó en Toledo el monasterio de Monte Sion, centro y dechado de la reforma en Castilla. Otro monje, de Piedra, Fr. Pedro Serrano, por comision del general, visitó y reformó los monasterios de Portugal, celebró capítulo en Valladolid, cerró el monasterio de Torquemada, envió presos al de Piedra, formándoles causa y deponiéndolos, á los abades de San Pedro de Gumiel y Nuestra Señora de Noga-

les. Hallóse que los cartujos y gerónimos vivian con austeridád y recogimiento. No pudo hasta 1520 hacerse la reforma de la congregacion Cluniacense de Valladolid.

La Reina Católica obtuvo de Roma bulas para la reforma de los mendicantes, y dió este grave encargo al Arzobispo Cisnéros; y segun dice su biógrafo el P. Quintanilla «visitaba los »monasterios, haciales una plática de sus pri»meras reglas, obligaciones y estatutos, de su »relajacion y quebrantamiento; ponia toda ins»tancia en que renunciasen todos los privile»gios que eran contra su primera perfeccion; »traialos á su presencia, y los quemaba *como »Alcoran péximo de vida ancha.* Si eran de la »órden de san Francisco, quitábales todas las »rentas, heredades y tributos, que daba á »monjas pobres, con condicion que luego ha»bian de votar encerramiento y clausura; par»te de estas rentas, que eran muy gruesas, dió »á parroquias necesitadas y hospitales de harta »necesidad.» Hízoles vestir paño áspero y grosero, seguir el coro, andar descalzos y sujetarse á la observancia. Reformó las monjas, que en mucha parte «vivian como beatas, sin clau»sura ni velo.» «Las demas religiones no tu»vieron tanto que hacer, que como pueden te»ner rentas en comun, no tuvo que quitar sino

»las que tenian en particular, haciéndoles re»nunciar cualquier privilegio, y aplicábalas á »la comunidad; y toda su reforma consistió en »un poco mas de coro, guarda de sus reglas, »algunos saludables estatutos que ordenó, re»formacion de hábitos y celdas.» Los dominicos, agustinos y carmelitas, como dice Mariana, fácilmente vinieron en lo que era razon; los franciscos hicieron resistencia, pero al fin pasaron por lo que los demas.»

La Reina auxiliaba la reforma de un modo ingenioso. Cuando llegaba á algun punto se iba al convento de monjas, pasaba mucha parte del dia á su lado, se ponia á hacer labor con ellas, y las exhortaba á que votasen guardar clausura, como lo hacian. Mas la reforma ofendia á los claustrales, procuraban en Roma que se suspendiese, y lo lograron. Instó la reina; el Pontífice no solo alzó la suspension, sino que extendió las facultades del reformador á los claustrales aragoneses. Vino de Roma el general de san Francisco, presentóse á la reina, increpó la conducta de Cisnéros y habló tan altanera y descompuestamente, que Doña Isabel tuvo que preguntarle si sabia con quien hablaba. «Sé que hablo, contestó, á Doña Isabel de Castilla, que es un poco de polvo y de tierra como yo.» Olvidó al punto la señora este agravio; mas cuando sa-

lió el fraile de la cámara real, Gonzalo de Cetina, secretario del rey D. Fernando, le dijo: «si lo que habeis dicho á la reina en Castilla, se lo hubiereis dicho en Aragon, os juro que os hubiera ahorcado con la cuerda con que ceñís el hábito.»

Ya hemos hablado del establecimiento de la Inquisicion en Castilla y Aragon, de la muerte de san Pedro de Arbués, de la expulsion de los judíos, y no necesitamos repetir lo que sobre estos puntos interesantes dejamos expuesto. El descubrimiento de América imponia nuevos deberes. Fueron misioneros de las órdenes de san Francisco y santo Domingo, porque, como decia Cisnéros, se habia cuidado de conquistar cuerpos y no almas. Construyéronse templos; á poco se crearon arzobispados y obispados, y á principios del siglo XVII, sin que podamos precisar el año, se creó el patriarcado de las Indias, que no debia ser mero título. Las relaciones de España con Roma fueron mas frecuentes, su disciplina, la general de la Iglesia con leves excepciones, porque, como dice un moderno escritor, la independencia de una iglesia particular consiste en la dependencia de la Santa Sede.

En puntos indiferentes que no afectaban al dogma y á la disciplina, conservábase la sufi-

ciente libertad de accion. La Reina Católica quitó sus destinos á los oidores de Valladolid por haber recibido una apelacion para el Pontífice; y el cardenal Cisnéros se negó al pago de las décimas de los beneficios del clero, que impuso Julio II para fortificar las costas de Italia contra el turco, diciendo que no consentiria que se hiciese tributario al clero español, protestando al mismo tiempo que en caso de necesidad extrema, y de guerra, no solo daria la décima, sino todas las rentas, y aún la plata de las iglesias.

En este tiempo se celebraron en Castilla y Aragon varios concilios, cuyas actas se han perdido. Queda especial mencion del que en 1473 celebró el cardenal Borja en Madrid y concluyó en Segovia; del que en el mismo año celebró en Aranda el arzobispo de Toledo Carrillo; y de otro, ó mas bien de una reunion de obispos y prelados, que condenaron en Alcalá los errores de Pedro de Osma, y recibieron su retractacion. Fué notable el proceso que fulminó el inquisidor Lucero contra el venerable arzobispo de Granada Fray Hernando de Talavera. Achacábase á este respetable prelado har-

la lenidad en la persecucion de los judíos, y de aquí, que judaizaba. La venida de D. Felipe á España, la deposicion de Lucero, y sobre todo la muerte del arzobispo, le libraron de un proceso que hubiera escandalizado á la Iglesia, de quien este prelado era ornamento.

En este largo período celebraron los Reyes Católicos Córtes en Madrigal en 1475 para jurar á la infanta Isabel y atender á varias necesidades públicas: en 1480 se celebraron en Toledo y tomaron varias medidas contra los judíos, formando un cuaderno de leyes: en 1482 en Madrid sobre el restablecimiento de la Hermandad. En 1498 hubo Córtes en Toledo para jurar á Doña Isabel y á su esposo Don Manuel, reyes de Portugal, como herederos en estos reinos: húbolas en Ocaña en 1499 para jurar al infante D. Miguel, hijo de los reyes portugueses; en 1501 en Sevilla, en que se votaron cien cuentos de maravedís para dotar á las infantas Doña Catalina y Doña María, y cuatro cuentos para pagar á los procuradores, y por último, en 1502 se llamaron Córtes á Toledo, que se continuaron en Madrid y concluyeron en Alcalá de Henares al siguiente año.

Siete veces se reunieron las Córtes de Aragon en este período, seis veces las de Cataluña, una las de Valencia y doce las de Navar-

ra [1]. En tiempo de la primera y segunda regencia de D. Fernando se celebraron varias Córtes en todos estos reinos, siendo las mas importantes las de Toledo de 1480 y las de Toro de 1505. Al siguiente año hubo Córtes en Salamanca, Valladolid y Burgos: en 1510 en Madrid, 1511, 1512 y 1515 en Burgos.

[1] CORTES.

ARAGON.

1481. Calatayud y Zaragoza.
1484. Tarazona.
1488. Zaragoza.
1493-1494. Id.
1495-1497. Tarazona.
1498-1499. Zaragoza.
1502-1503. Id.

1510. Monzon.
1512. Celebradas por la reina Doña Germana, lugar-teniente general del reino.
1517. Zaragoza y Calatayud.

CATALUÑA.

1480-1481. Barcelona.
1484. Tarazona.
1485. Barcelona.
1493. Id.
1495-1496. Tortosa.
1503. Barcelona.

1510. Monzon.
1512. Id.
1515. Lérida, presidió la reina Doña Germana.

VALENCIA.

1484-1488. Tarazona, Valencia, Orihuela.

1510. Monzon.
1512. Id.

NAVARRA.

1481. Tafalla.
1482. Pamplona.
1483. Id. Puente la Reina.
1483. Id.
1483-1484. Olite.
1488. Tudela.
1494. 1496. 1499. 1501. 1503. 1504. Pamplona.

1505. Pamplona.
1506. Id.
1507. Puente la Reina-Sangüesa.
1508-1509. Estella.
1510-1511. Pamplona.
1512. Tudela-Pamplona.
1513. 1514. 1515. Pamplona.

Celebrábanse cuando lo exigia la gravedad de los negocios públicos, la necesidad de subsidios, y para reconocer y jurar á los inmediatos sucesores á la corona ó á los nuevos reyes. Unas eran generales, otras de localidad, celebrándose al mismo tiempo en dos ó tres reinos: los procuradores eran dotados, y no vemos esa agreste independencia, y ese predominio de que tanto blasonó Marina en su teoría.

Ya dejamos escrita la notable cláusula del codicilo de la Reina Católica, que previene la formacion de un cuerpo general de leyes, pensamiento que la ocupó en diferentes períodos de su existencia. Y no podia ser otra cosa, iba adquiriendo nueva vida la nacion, y corria por las venas de la monarquía desusado espíritu y vigor; la sociedad era diversa, y nuevos usos, costumbres y necesidades habian dejado sin aplicacion varias de las antiguas disposiciones legales. No trató la reina de hacer un código, ni era entónces conocido este método, ni eran sabidas por tanto sus ventajas y sus inconvenientes: trató de hacer ordenadas compilaciones de leyes, y encargó á D. Alonso Diaz de Montalvo, jurisconsulto distinguido, que cuidó en aquel tiempo de hacer ediciones del Fuero

Real y Partidas, cuyas obras comentó, que reuniese con método las disposiciones vigentes, separando las derogadas y contradictorias, y á este trabajo se dió el nombre de Ordenanzas Reales, y de Ordenamiento de Montalvo. Muchos creen que esta obra es fruto de estudio privado, y que no tuvo en aquel tiempo fuerza de obligar; mas dudará de ello el que sepa que se publicó muchas veces en vida de los Reyes Católicos este documento; que se mandó que lo comprasen las ciudades y villas, y que en todas las ediciones se dice expresamente; «esta compilacion de leyes que *man-* »*daron facer e compilar* los muy altos e pode- »rosos *el rey D. Fernando e la reina Doña Isa-* »*bel nuestros Señores..... Por mandado de los* »*muy altos e muy poderosos* serenísimos y cris- »tianísimos príncipes rey D. Fernando e reina »Doña Isabel nuestros señores, compuso este »libro de leyes el doctor Alfonso Díaz de Mon- »talvo, oidor de su audiencia e su refrendario »e de su consejo.» ¿Es posible que á vista y paciencia de los Reyes Católicos, se atreviese Montalvo, á mentir un precepto regio, y á llamar leyes á los frutos de su laboriosidad? ¿Y que no contento con esto, en la edicion de Sevilla de 1495 y en las de Salamanca de 1500 y 1513 dijese: «Ordenanzas reales *por las cua-*

»*les primeramente se han de librar todos los* »*pleitos civiles y criminales,* e los que por ellas »no se fallaren determinados, se han de librar »por las otras leyes e fueros e derechos.»

Audacia grande debia tener Montalvo para dar como cuerpo legal una obra privada, para decir que la habia hecho por órden de los reyes, y sobre todo que debia ser el código preferente para la administracion de justicia. Sencillez y candor debia haber en los pueblos para creerlo, y grande abnegacion en los reyes para consentir que se les despojase del mayor atributo de su corona, de la facultad legislativa. El que no haya llegado á nosotros la real cédula de su aprobacion, nada prueba, cuando la aquiescencia de los monarcas la supóne. Tampoco existe la carta circular de que habla el libro de acuerdos de la villa de Escalona en 11 de Junio de 1485 al tiempo de la primera edicion, en estos términos: « *Se presen-* »*ta carta de los señores reyes* en que mandan »á todos los pueblos de doscientos vecinos »arriba, que tomen e tengan el libro de la re- »copilacion de leyes que hizo Montalvo *para* »*que por él juzguen los alcaldes.* Su valor se- »tecientos maravedís; el que se toma al fiado »por no tener la villa ahora con que pagarlos.» Bernaldez y otros historiadores afirman el he-

cho, y el que haya tenido que examinar alegaciones y tratadistas anteriores á Felipe II, hallará citada y en observancia esta coleccion legal.

Otra se publicó en tiempo de los Reyes Católicos. La de Montalvo tenia por objeto recopilar y ordenar las leyes antiguas; faltaba reunir en un cuerpo el derecho moderno, las pragmáticas de aquel tiempo, «y Juan Ramí»rez, *escribano del rey e de la reina nuestros »señores, hizo un libro en que están copila»das* algunas bulas de nuestro muy Sancto Pa»dre concedidas en favor de la jurisdiccion »real de sus altezas, e todas las pragmáticas »que están fechas por la buena gobernacion »del reino.» Tampoco este fué trabajo privado; los reyes en la cédula que precede á la primera edicion dicen que las «mandaron *imprimir »en molde* como dicho es, e seyendo firmadas »de Juan Ramírez, nuestro escribano de cáma»ra, les deis e fagades dar tanta fé como si »fuesen las originales.»

No llenaban sin embargo estas colecciones la necesidad en que estaba el país: las Córtes clamaban porque se hiciese un cuerpo legal metódico y ordenado, y la reina pensó en hacerlo y lo dejó recomendado en su célebre codicilo. El Fuero Real y Partidas, el Orde-

namiento de Montalvo y las pragmáticas eran los códigos en observancia en tiempo de los Católicos; en las Ordenanzas de los corregidores de 1500 se manda que se custodien en los archivos de las ciudades, y la Reina Católica dispuso que luego «hagan juntar un perlado de »ciencia y conciencia con personas doctas e sa»bias e esperimentadas en los derechos, e vean »todas las dichas leyes del *Fuero*, e *Orde»namiento* e *Prematicas* e las pongan e re»duzcan todas á un cuerpo do estén mas breve »y compendiosamente compiladas.» Buen deseo, que en los trescientos cincuenta y nueve años trascurridos desde la muerte de tan gran señora, no ha podido verse satisfecho.

En este período, en las Córtes de Toro de 1505 se dió fuerza de obligar al célebre cuaderno hecho á peticion de las de Toledo de 1502 y concluido años ántes de que tuviese fuerza obligatoria. Comprende ochenta y tres leyes sobre los puntos mas ilustres del derecho; tienen por objeto aclarar, interpretar y uniformar la legislacion, y se hallan hoy vigentes sus disposiciones, ocupacion frecuente de los jurisconsultos. Los retractos, los gananciales, los testamentos, sobre todo por comisario; las mejoras del tercio y quinto, la materia vincular, están tratadas con pleno conocimien-

to en este apreciable cuaderno, que hoy no forma un cuerpo legal separado; puesto que sus disposiciones están dispersas en la Novísima Recopilacion. Estas leyes han sido objeto de entusiastas elogios y de violentas diatribas; sobre todo en la parte de mayorazgos. Tal vez no las entendió bien algun ilustre escritor que las critica. *Tractent fabrilia fabri.*

La vida civil de la nacion empezó á prosperar, la anarquía de los anteriores reinados debia necesariamente haber producido resultados funestos. Pobre el pueblo, no podia ser rico el erario; y donde estaban menguada la agricultura, abatido el comercio, casi desconocidas las artes, se hallaban cerrados los veneros de la pública riqueza. Llegó á tanto el mal, que se volvió á la infancia de la sociedad, haciéndose la contratacion por permutas, pues variada la ley de la moneda, y hasta haciéndose falsa de real órden en tiempo de Enrique IV, nadie queria admitir este signo de riqueza. La poblacion pobre no prosperaba: donde no puede mantenerse una familia, no nace: unido esto á las contínuas guerras interiores, á la falta de seguridad y confianza y á la sumision y vasallaje á los señores, era escaso necesariamente el número de habitantes.

Los Reyes Católicos dieron paz al país, vida al pueblo, que emanciparon del yugo señorial; arreglaron la moneda, cerraron las cajas en que, á trueque de hacer un servicio á la corona, se permitia que se acuñase falta de ley, y hasta de bajos metales; y fomentaron los dos mas importantes ramos entónces de riqueza pública; la produccion de cereales y la crianza del ganado. Nuestras lanas no tenian rival en el mundo: cuidóse del obraje de paños, de los tintes y curtidos y de la cosecha de la seda. Para el movimiento de nuestros productos se construyeron y arreglaron muchos caminos, se suprimieron en 1480 las nuevas imposiciones de pontazgos y portazgos, se permitió la libre comunicacion de granos y manufacturas entre Aragon y Castilla. Se concedió libertad de tributos por diez años á los extranjeros que se estableciesen entre nosotros, y seguro á las naves venecianas y genovesas para que pudiesen venir á comerciar á nuestros puertos. Mandáronse construir faros, se mejoraron los puertos; fomentóse eficazmente la marina mercante, base de la de guerra, se dieron acostamientos, ó como hoy diriamos, primas, á los constructores de buques de mas de seiscientas toneladas, se mandó que las naves extranjeras retornasen géneros del país, y que se prefi-

riesen en el cargamento los buques nacionales. Empezó á vislumbrarse lo que hoy se cree conquista de la actual civilizacion, la estadística, inventario de la riqueza pública, que nos dice lo que tenemos, para enseñarnos lo que nos falta. En los años 1477 y los siguientes salieron comisionados á recorrer los pueblos para averiguar ó *pesquirir* el valor de las rentas reales. Dióseles una instruccion uniforme, y hállanse en estos documentos interesantes noticias sobre vecindario, calidad de las tierras, número de ganados, tratos y granjerías. Datos curiosos y útiles que estudiaran los venideros: doce grandes volúmenes los conservan en Simancas.

Fomentaron los reyes la cria caballar; ya por medios directos, ya prohibiendo cabalgar en mula, y que se pudiese tenerla sin poseer un caballo. Diéronse en 1493 ordenanzas de montes, y en 1496 una ley sobre pesos y medidas y sobre el fomento de la minería. Para adelantar la ilustracion publicáronse interesantes disposiciones. Mandóse «que Teodorico Ale»man, *impresor de libros de molde*, sea franco »de pagar alcabalas, almojarifazgo, ni otros »derechos; por ser uno de los principales *in»ventores y factores del arte de hacer libros de »molde*, exponiéndose á muchos peligros de la »mar por traerlos á España y ennoblecer con

ellos las librerías;» y en 1480 se concedió exencion absoluta de derechos á la introduccion de libros estranjeros en el reino.

No diremos por eso que todas las disposiciones de los Católicos puedan ser defendidas hoy á los ojos de la ciencia: no es el acierto completo, don de la humanidad. Hoy que nos creemos tan fuertes en economía política, se admiten, como inconcusos, principios, que otra escuela rechaza como sofismas: viven ciertas teorías hasta que se acercan á la piedra de toque de la práctica; y los hombres deslumbrados por falaces ilusiones creen haber oido la última palabra, y la última palabra está por decir aún.

La gloria literaria va siempre asociada á la gloria militar, los grandes hechos necesitan poetas que los canten, historiadores que los narren, artistas que los ilustren. Cuando el reino está abatido, los ánimos acobardados, las frentes en el suelo, no pueden esperarse que nazcan grandes talentos, porque falta brio en el corazon, aliento en la pluma, entusiasmo en la cabeza; porque no se da honor á las leras y á las artes, y necesitan para correr lozanas el acicate de la honra.

La época de la Reina Católica fué fecunda

en grandes ingenios. La ciencia emigrada de Constantinopla y derramándose por Occidente; la herencia de la civilizacion árabe; nuestras armas llevando á Italia el nombre, y la lengua de España, y trayéndonos su cultura; nuestro comercio dando á conocer la industria, las artes, y hasta el lujo de lejanos paises; todo, todo contribuyó á crear necesidades, á buscar el medio de satisfacerlas, y á poner en juego la aptitud moral de los hombres, desarrollando su entendimiento. Era entónces el brillante período de nuestras glorias; la reina amaba la ilustracion pública, queria difundirla por su país, atrajo á los hombres mas eminentes de su tiempo, sin considerar si eran ó no extranjéros, porque sabia que en el mundo de la inteligencia no hay mas extranjeros que los ignorantes.

El milanés Pedro Mártir, el siciliano Lucio Marineo fueron invitados á venir á España: fióseles la enseñanza de la juventud noble, que se educaba en palacio; y hoy mismo los escritos de estos propagadores de los buenos estudios en Castilla, nos prueban su ciencia, y el amor que cobraron á su patria adoptiva: atrajo la reina ademas á los escultores Miguel Florentin y Pedro Turigiano. Al frente de los estudios generales empezaron á verse magnates

distinguidos: D. Gutierre de Toledo, primo del Rey Católico, fué maestre-escuela en Salamanca; y D. Alonso Manrique, hijo del conde de Parédes, profesor de griego en Alcalá. Distinguidos maestros en ambas escuelas fueron Lebrija, Barbosa, los hermanos Vergaras, Lopez de Zúñiga, Demetrio Cretense, su sucesor el Pinciano, Juan Ginés de Sepúlveda y Hurtado de Mendoza. Y no solo los hombres se distinguian por su ciencia, sino que Doña Lucía Medrano esplicaba en Salamanca los clásicos latinos, y Francisca de Lebrija sustituyó con aplauso á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá de Henares, al tiempo que Doña Beatriz Galindo enseñaba latin á la Reina Católica.

En medio de esta fiebre de saber, de este hervir vividor, Diego Valera escribia su Crónica de España, Fernan Perez del Pulgár su historia de los reyes moros y sus claros varones; Diego de Almela el compendio historial de las crónicas de España; Alonso de Córdova sus tablas astronómicas; Alonso de Palencia las décadas, el diccionario y la traduccion de Josefo; Lebrija su gramática; Santaella su diccionario; Gonzalo Fernandez de Oviedo su historia del nuevo mundo; Barajas la de Sicilia. Pedro Ciruelo y Martinez Silíceo caminaban á

Paris á instruirse en las matemáticas. Juan de la Encina, Padilla el Cartujo, los franciscanos Mendoza, Montesino y Escobar formaban sus cancioneros, que precedieron al general; escribian versos todos los jóvenes de Castilla; Diego de San Pedro su *desprecio* de la fortuna; Pedro Guillen la *Gaya* de Sevilla. Traducian otros á Boecio, á Appiano, las vidas de Plutarco, los Comentarios de César, á Juvenal, á Dante, á Petrarca. Fernan Pérez de la Oliva y el obispo Guevara sostenian la pureza del idioma. Villalobos y Gutierrez se distinguian en los estudios médicos, Laguna ilustraba á Dioscorides, el divino Valles empuñaba el cetro de la medicina; Galíndez de Carbajal, Palacios Rubios y Montalvo brillaban en la ciencia del derecho, Siloe en la arquitectura, y uno de los Arfes en la escultura.

Cisnéros, mecenas de los literatos, con sus consejos y sus caudales alentaba á los estudiosos, y en su ilustre universidad hospedaba decorosamente á la ciencia; mientras publicaba la famosa políglota de que dejamos hablado.

Tratar á fondo esta materia será digna ocupacion de los escritores de historia literaria. Dejamos con pesar la pluma: *ne quid nimis*.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Ocupaba el trono español un extranjero, de edad florida, de gentil continente, avezado á las holgadas costumbres de su patria. Rodeábanle para explotarle, flamencos, ávidos de honores y riquezas, que le hacian suspirar por su país natal, y mirar con desvío el gran reino que estaba llamado á gobernar. Para alejarle de su pueblo, no se le hizo aprender en su juventud el idioma de Castilla; desconocia los usos y costumbres de su nueva patria, era extraño en su reino, y sólo obedecia las indicaciones de sus maestros, ó los caprichos de los

amigos y compañeros de su juventud. ¿Quién reconoceria en este jóven al gran Cárlos I?

Al principio de una dinastía extranjera se juzga sin suficientes datos, y fluctuando los ánimos entre la esperanza y el temor, se hacen augurios que muchas veces el tiempo se encarga de desmentir. Sin embargo, en Castilla habia un precedente desfavorable para Cárlos: los flamencos habian probado mal; los que perdieron al padre en el concepto público, perjudicaron notablemente al hijo. Alarmóse el pueblo con razon al ver el júbilo con que oyeron la muerte del gran repúblico Jimenez de Cisneros, y el afan con que codiciaron sus honores y dignidades.

Habia en Castilla una reina demente; ardia en Navarra la guerra de Juan de Albret y Doña Catalina; gobernaba á Francia Francisco I, príncipe de grandes dotes, ambicioso, é implacable enemigo de Cárlos; estaba próximo al sepulcro el emperador Maximiliano; los italianos descontentos, poderoso el turco, perturbada la Inglaterra con las demasías de Enrique VIII. El jóven de Gante, llamado á ser el rey más poderoso de la tierra, carecia aún de experiencia; sus manos eran poco fuertes para empuñar con vigor las riendas del Estado. Conocíanlo los descontentos, y sabian que no po-

dia hacer respetar la ley el que empezaba quebrantándola.

Despues de haber visitado en Tordesíllas á su madre, y convocado Córtes en Valladolid, Zaragoza y Barcelona, empezaron á surgir árduas cuestiones. ¿Debia D. Cárlos ser alzado rey en vida de Doña Juana? ¿Debia serlo sin que previamente prestase juramento de observar y cumplir las leyes y fueros de España? ¿Debia añadirse á la fórmula ordinaria algo especial que pusiese freno á las demasías de los flamencos? ¿Debia votarse el crecido servicio de doscientos cuentos pagaderos en tres años, que solicitaban los ministros? ¿Podia presidir las Córtes el gran canciller de Castilla, Sauvage, flamenco, que sucedió en este importante cargo á Cisneros? Estas cuestiones previas agitaban los ánimos, y los flamencos, poco conocedores de nuestra gente, querian resolverlas por la fuerza, sin considerar la fiera altivez de nuestro pueblo, mal sufridor de yugo extraño.

Xebres, primero ayo, luego ministro de D. Cárlos, hombre de capacidad, pero de avaricia desenfrenada, tenia al rey alejado de su pueblo: á nadie era lícito verle sin obtener ántes su permiso; y nada se hubiera conseguido con hablarle, porque no entendia el castellano. Sauvage creia someter á los procura-

dores con palabras duras y amenazas; y presentaba imprudentemente batalla, que debia á toda costa haber evitado. Se estrellaban sus artes en el inflexible patriotismo del Dr. Zumel, diputado por Búrgos, que con ánimo más altivo é independiente de lo que placia á los flamencos, sostuvo la causa de la patria emulando á los más distinguidos repúblicos. Halagos y promesas, desvíos y amenazas se pusieron en juego para vencerle. Oyó de su boca Sauvage la verdad desnuda; abanderizó Zumel á otros procuradores, y dirigieron al rey un memorial en que expresaron sus derechos y lamentaron sus agravios. Era entónces Zumel el hombre más popular de España: su conducta alentó á muchos, y á él se debe la disposicion de los ánimos para los sucesos que ocurrieron á poco. Desconfiemos empero de todo hombre exajerado: este gran patriota, este entusiasta firmó mas tarde la sentencia mandando arrasar y sembrar de sal la casa de Padilla.

Tuvo el gobierno que ceder; conoció Sauvage cuán imprudentemente resiste el poder cuando no está seguro de la victoria. Juró el rey las leyes, y aunque una manda que no se den cargos y dignidades á extranjeros, se puso por cláusula expresa y separada. Era preciso hacerlo así: acababa de proveerse el arzobispado de Toledo en

Guillermo de Croi, hermano de Xebres, sin haber sido, ni aun por fórmula, naturalizado en Castilla. Obtuvo el capelo Adriano, ántes abad de Lovaina, obispo luego de Tortosa, y una de las personas más amadas de D. Cárlos. Los ánimos estaban agitados. Jurósele despues por rey en uno con su madre, la que reinaría sola si recobraba la razon; mas entretanto las provisiones saldrian á su nombre y en el de su hijo; el subsidio se concedió á calidad de que no se exigiese otro durante tres años, y entre las peticiones de las Córtes son notables las de que no saliese del reino el infante Don Fernando, hermano de D. Cárlos, español y simpático al pueblo, miéntras no hubiese sucesor legítimo; que el rey, no sólo no diera, sino que desposeyese á los flamencos de las dignidades que les habia concedido; que se casase; y que se sirviese hablar castellano, á cuya última peticion contestó que se esforzaría á hacerlo y que ya lo habia comenzado á hablar. Destináronse despues varios dias á públicos regocijos. Veia el pueblo entusiasmado al nuevo rey, apuesto y galan, quebrar lanzas en el palenque, y brillar entre todos en los ejercicios de la brida y la gineta.

En Aragon y en Barcelona hubo tambien oposicion para el reconocimiento y jura; pero

el convencimiento y la reflexion, y no poco las artes de los ministros allanaron las dificultades. Escatimaron los catalanes el subsidio; y el pueblo hallábase disgustado de que, faltando á lo prometido en las Córtes de Valladolid, se hubiese hecho salir de España al infante Don Fernando, obligándole á pasar á Alemania, donde se hallaba doliente su abuelo el emperador Maximiliano, preocupado con la predicacion de Lutero.

Martin Lutero nació en Eisleben, en el condado de Mansfeld, de humilde linaje, en 1483. Veinticuatro años más tarde profesó en un convento de agustinos; decidió su vocacion el haber visto morir de un rayo á un amigo suyo en cuya compañía caminaba. Fué á Roma á negocios de su órden, y volvió descontento, apellidando á Leon X, al gran Pontífice, protector de las letras y de las artes, el Anticristo anunciado por los profetas. En 1516 publicó el Pontífice indulgencias que debian predicarse en todas partes, con objeto de reunir fondos para concluir la iglesia de san Pedro, obra admirable de Bramante. Compró el arzobispo de Maguncia, dominico, el derecho de publicar la indulgencia en toda Alemania, y lo revendió á un banquero llamado F. Fuger, de Ausburgo. Lutero vió en esto ocasion de dar-

se á conocer: sube al púlpito, combate la indulgencia, niega la obediencia al Pontífice, desconoce la tradicion, pretende apoyarse en la fé privada, desprecia la autoridad, se burla de los principios de las escuelas y anuncia vida muy ancha, que no podia menos de lisonjear á la multitud. El terreno estaba preparado: Erasmo habia puesto en moda el arma del ridículo contra Roma: sus escritos habian corrido por toda Alemania, y creado adeptos y discípulos, y cuando apareció Lutero sus palabras no tenian el mérito de la novedad. No creó Lutero esta situacion de los ánimos: se sirvió de ella. Cundieron sus doctrinas, más concretas y más formuladas: príncipes, electores y caballeros se afiliaron. Fué acérrimo protector suyo Federico, duque de Sajonia, á quien apellidaron el Prudente. Asustado del incremento que tomaban escribió el emperador Maximiliano al Pontífice: la lenidad de Leon X le hizo buscar medios inútiles de conciliacion, esperando atraerse á Lutero. La reforma empezó violentamente: fueron lanzados los religiosos de sus conventos, los sacerdotes del altar; calumnióse á todo católico, quemáronse los libros santos y se sustituyeron con una Biblia traducida con intercalaciones y supresiones por Lutero, cundiendo por el país,

y á poco por Europa, los opúsculos del fraile agustino. ¿Qué principios establecia? ¿cuáles sus doctrinas? ¿en qué diferian de las católicas? ¿cómo se estendieron por el mundo? ¿cómo llegaron á España? ¿qué ventajas ó inconvenientes se creia que debian producir? Todo lo examinaremos detenidamente en el capítulo que en cada libro dedicamos á este linaje de estudios.

En este tiempo recibese la nueva de la muerte de la infanta de Francia, que por el tratado de Noyon estaba destinada á casar con el rey de España. Logróse sin embargo que por entónces no se altérasen las buenas relaciones entre ambos reinos. Mientras en España los ánimos estaban intranquilos, y se preparaban dias de tribulacion, nuestras armas se cubrian de gloria en el exterior.

Gobernaba Diego Velazquez la isla de Cuba y visitaba Juan de Grijalva paises no conocidos. Aquella conquista era popular en España, y fueron á tomar parte en ella cuantos hombres de valor no podian tener cabimiento en Italia. Hernán Cortes, natural de Medellin, era un mozo noble, á quien sus padres enviaron á Salamanca para seguir estudios; mas á los dos años se negó resueltamente á continuarlos, y pretendió pasar á Italia á las órdenes del Gran

Capitan. Sobrevinole una enfermedad que cortó sus animosos intentos, y trató luego de navegar á las Indias, donde estaba su pariente Ovando, comendador mayor de Alcántara, gobernando á Santo Domingo. Despidióse de la casa paterna; llegó á la isla y fué bien acogido, mas no hallándose contento en la paz, partió á Cuba, donde á poco dió pruebas de su valor y aun de su prudencia en el mando.

«Era, como dice el gran historiador Solís, de gentil presencia y agradable rostro, festivo y discreto en las conversaciones; y partia con sus compañeros cuanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos.» Fiósele la conquista de Nueva España, de cuya situacion y riquezas se tenian incompletas noticias; reunió unos trescientos hombres, siendo los de mayor cuenta Diego de Ordaz, Francisco de Morla y Bernal Diaz del Castillo, guerrero é historiador. Tomó dinero á interés y compró buques y costeó todo gasto. Dió á Cortes este mando su amigo Diego Velazquez, que le despidió á bordo, y que á poco se convirtió en su enemigo más encarnizado desposeyéndole y poniendo en el caso á Cortes de negarle la obediencia.

Partió de la Habana la expedicion en 10 de febrero de 1519 aumentada hasta el número

de quinientos ocho infantes, diez y seis caballos y ciento nueve entre pilotos, marineros y gente de guerra. Iban tambien de capellanes el licenciado Juan Diaz y Fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de la Merced. Llegan á la isla de Cozumel: derriba Cortes los ídolos, y da principio á la introduccion del Evangelio. En Tabasco penetra á viva fuerza, vence y destruye á los indios, que se asombraban del ruido de la artillería, y á la vista de los caballos. Llega á San Juan de Ulúa y allí tiene las primeras noticias del imperio mejicano y del emperador Motezuma.

Cortes, galan y esbelto, amigo de lucir vistosos trajes y ricas armas, era emprendedor, valiente, amaba la gloria, y dió muestras de gran capitan y de excelente hombre de Estado. El mal estudiante dotó á España con un nuevo imperio y grandes riquezas, y logró que su fama ni la borrase el tiempo, ni la oscureciese la distancia. Sufrió la persecucion y la envidia. Era ostentoso y magnífico, amaba el oro... perdonemos las debilidades de los grandes hombres.

Llevaba de intérprete á Doña Marina, hija de un cacique de Guazalvalco, y la dispensó tal intimidad, que en ella tuvo un hijo, llama-

do D. Martin, en cuyo pecho lució el hábito de Santiago. ¡Mísera humanidad!

Las nuevas de la llegada de Cortes, de sus castillos alados, que así apellidaban á sus barcos, de los mónstruos que dirigian, de los rayos que lanzaban, tenian asombrados á los súbditos de Motezuma, que mandaba un vasto imperio con grandes ciudades pobladas de hombres aguerridos. Los edificios eran buenos, los templos y adoratorios estaban ricamente adornados, y el pueblo era más culto que civilizado, que no es lo mismo civilizacion que cultura. Creíase que eran los españoles mensajeros enviados del cielo, que su venida estaba anunciada por los oráculos, y que era vana toda resistencia contra ellos. Motezuma les envió dos embajadores para preguntarles de dónde procedian, y qué buscaban en aquellas playas. Cortes anunció que venian por órden de un poderoso rey, que su mision era pacífica, y que deseaba penetrar en su córte y hablar con él. Y al mismo tiempo para darles muestras de su poder, formó sus soldados, dispuso un simulacro marcial, mandó que la caballería diese fingidas cargas y que los arcabuces y cañones disparasen al aire. Observábanlo todo los enviados, y dibujaban toscamente los objetos que veian para dar noticia

al emperador. Retiráronse dejando á Cortes ricos presentes de oro, creyendo que se alejaria agradecido, sin comprender que la vista de las riquezas aumentaba el deseo de obtenerlas. Al despedirse hablaron del gran poder de Motezuma y del peligro que correrian los españoles si se internaban en aquel imperio. Cortes dijo: eso es lo que deseamos, grandes peligros y grandes riquezas.

Intérnase Cortes con su gente, y el cacique de Cempoala se le presenta manifestándole los agravios que sufria por la tiranía de Motezuma. Sucedióle lo mismo en Quiabetlan, y Cortes hízose amigo y se declaró protector de los oprimidos, que le recibian como su libertador, y desde entónces no solo peleaba con las armas, sino con la negociacion, aprovechándose de las disensiones intestinas que afligian aquel país. Fundó la ciudad de Veracruz, y sabedor de que Velazquez continuaba en su persecucion y dictaba órdenes de prenderle, y le indisponia con la corte, envió á España á sus capitanes Montejo y Portocarrero para manifestar lo mucho que se habia adelantado en la conquista, y para pedir que se declarase el imperio de Méjico independiente del de Cuba. Sabedor Cortes que entre su gente se murmuraba, que algunos dudaban de la legitimidad de su mando,

y que no pocos anhelaban volver á España, hace una noche desarbolar los buques, y en medio de su pequeño ejército asombrado, manda poner fuego á sus naves. Ya no habia medio, el regreso á la patria era imposible; tan atrevida como heróica resolucion no dejaba más camino que la victoria ó la muerte.

Nombra á Juan de Escalante por gobernador de Veracruz, dejóle ciento cincuenta soldados y dos caballos, y con el resto de la gente siguió en direccion de Méjico. Presentábansele de paz los pueblos; mas los de Tlàscala, que formaban una república enclavada en el imperio, gente aguerrida, le hostilizaron denodadamente; pero vencidos firmaron paces, y desde entónces fueron los aliados más constantes de Cortes. Motezuma, que desconfiaba de los mensajes que le enviaba el caudillo español, diciéndole que sometia aquellos pueblos rebeldes para ponerlos á su obediencia, armaba emboscadas y buscaba medios poco nobles para que fuesen vencidos los nuestros. Cortes tenia buenos espías, y descubria las dolosas artes del emperador, que viendo que ninguna cosa le era oculta, y que hasta los aguerridos tlascaltecas se le habian rendido, creyó mejor atraerle á su corte, donde podia tenerle cir-

cunvalado, que no exponer su imperio á la suerte de una batalla.

Entró Cortes en Méjico el 8 de noviembre de 1519: tenia á la sazon treinta y cuatro años. Méjico, la gran ciudad de sesenta mil vecinos, fundada en medio de un lago de treinta leguas de circuito: la perla del nuevo mundo, la de los bellos edificios, rodeada de cincuenta pueblos importantes, no habia sido adivinada por los descubridores, y nadie en Europa imaginaba que hubiese un pueblo tan adelantado, donde solo se habian encontrado chozas y aduares. Motezuma en medio de riquezas increibles, vivia muellemente, divinizado por un pueblo fanático, y estaba tan persuadido de que todos le tenian por un sér sobrenatural, que para convencer á los españoles de lo contrario, creyó preciso mostrarles un brazo desnudo para que creyesen que era mortal [1]. Fué Cortes

[1] En la coleccion de D. J. B. Muñoz, y en los historiadores generales se hallan curiosas noticias acerca de Motezuma, llamado Moteuezoma ó Moteuezomatzin, y no Moctezuma, como parece que se trata de apellidarle ahora. Las más peregrinas noticias acerca de este emperador, y del estado antiguo de Méjico se hallan en la Historia de los Indios de Nueva España, escrita por Fray Toribio de Motolinia, publicada en Méjico en 1858 en la coleccion de documentos que dió á luz Don José María Icazbalceta; y en el Conquistador anónimo inserto en dicha coleccion. Llamábase el historiador de los Indios Fray Toribio de Benavente; llegó á Nueva España en 1524 con otros misioneros. Fué muy bien admitido por Cortes, y es notable la

recibido ostentosamente, hospedado de un modo extraordinario, y el emperador oyó benévolo su mensaje y ofreció amistad y alianza al rey de España, dejando entreveer empero su deseo de que partiesen pronto tan incómodos huéspedes.

Sábese en tanto que Qualpoca, general mejicano habia hostilizado á Veracruz, muerto á Escalante y algunos soldados, y que el resto estaba á pique de sucumbir. Cortes atribuye este suceso á pérfida doblez del emperador que protestaba no tener la menor noticia. Pasa el caudillo español al palacio de Motezuma, y en medio de quinientos mil hombres que podia reunir el emperador, con solo quatrocientos soldados se apodera de su persona, le pren-

causa porqué mudó de apellido, segun la refiere Herrera en sus Décadas.

Ignoraban los misioneros el idioma del país como era natural. «¿Qué han estos pobres miserables que tantas »voces están dando? se preguntaban unos á otros los »asombrados indígenas... Mírese, añadian, si tienen »hambre, deben ser enfermos, ó estár locos; dejadlos »vocear, que les debe haber »tomado su mal de locura; »pasenlo como pudieren, y »no les hagan mal, que al »cabo de ello morirán. Notad »como al medio dia, y á media noche, y al amanecer; »cuando todos se alegran, »ellos lloran; sin duda es »grande su mal; porque no »buscan placer sino tristeza.» En estas y otras conversaciones, la palabra motolinia sonaba en boca de los indios. Informóse el P. Benavente del significado de esta voz, que era equivalente á *pobre*, y dijo: «Este es el primer vocablo que sé en esta lengua, »y porque no se me olvide, »será de aquí adelante mi »nombre.» «Y desde entónces, »añade Torquemada, dejó el »nombre de Benavente, y se »llamó Motolinia.»

de, le carga de grillos, y exige que se le dé cumplida satisfaccion, y que muera Qualpoca en público cadalso. Hízose como demandaba; Cortes puso en libertad á Motezuma, que continuó reinando bajo la inspeccion del jefe español. Los parientes del emperador habian armado al pueblo; era grande el descontento público, y llegó á su colmo cuando Cortes mandó derribar los ídolos y demoler algunos templos. Clamáron los sacerdotes al emperador, increparon su debilidad, y le dijeron que era preciso por grado ó por fuerza lanzar á los españoles de aquel país. Cortes, que conocia lo falso de su posicion y el increible número de enemigos que podian empuñar las armas, contestó que no tenia buques para regresar á su patria, y que era preciso construirlos. No, contestó Motezuma, acaba de llegar crecido número de naves españolas á mis costas. Informan á poco que los buques eran diez y siete y que traian mil cuatrocientos hombres de desembarco á las órdenes de Pánfilo de Narvaez, que por mandado de Velazquez venia en busca de Cortes para llevarle preso, y para hacer que concluyese ignominiosamente la grande hazaña comenzada.

Temia Cortes á los españoles más que á los mejicanos, y comprendió la importancia de

salirles al encuentro y hacerles desistir de su propósito. Evacuó la capital dejando ochenta hombres para custodiar á Motezuma, á las órdenes de Alvarado, y forzando marchas llega adonde estaban las tropas de Narvaez. Pónense á sus órdenes algunos capitanes, habla á los soldados, le aclaman, huye el jefe expedicionario; le persigue, le prende y toma el mando de los que venian en su persecucion. ¡Poder del genio! [1]

Con tan importante refuerzo se dirige á Méjico [2]; mas ya no eran los indios pacíficos, ni los hombres poco prácticos en cosas de guerra. Estaban ofendidos de Alvarado, que habia cometido atroces demasías, el pueblo se hallaba enfurecido. Fué preciso pelear, mas ni

[1] Pánfilo de Narvaez puso más tarde demanda contra Hernan Cortes y sus capitanes para que le pagasen trescientos mil pesos de oro, que le robaron y saquearon, y entre otras cosas notables, dice: «El dicho Hernan Cortes era persona de baja condicion é manera, que el dicho Diego Velazquez le habia sacado de ser teniente de escribano en Azua;» y le califica de traidor, alevoso, tirano, incendiario, homicida, salteador, robador e saqueador.....» Coleccion de Documentos para la Historia de Méjico, 1858, por Icazbalceta.

[2] En las Ordenanzas que publicó Cortes en Tlascala ántes de su partida, prohibe entre otras cosas el juego, y dice: «Pero por cuanto en las guerras es bien que tenga la gente algun ejercicio, y se acostumbra y permite que jueguen, porque se eviten otros mayores inconvenientes; permítese que en el aposento donde yo estuviese se jueguen naipes é otros juegos moderadamente, con tanto que no sea á los dados; porque allí escusarse han de no decir mal, é á lo menos si lo dijesen, serán castigados.» (Coleccion citada.)

los caballos ni la artillería asustaban ya á los indígenas. Logra Cortes penetrar en el palacio de Motezuma, y consigue que se asome á una ventana y hable de paz al pueblo; los amotinados no le escuchan, le arrojan piedras, una saeta le atraviesa la frente y muere á poco. Parecia que los sublevados retrocederian despues de la muerte del monarca; mas proclaman á Quatlavaca, uno de los mas valientes caciques; se rehacen, atacan el alojamiento de los españoles, matan muchos, reciben impávidos la metralla, se lanzan sobre los cañones, y se ve el ilustre capitan en el más terrible aprieto. Quiere capitular, no es oido; procura retirarse de la ciudad, y en la retirada perecen los dos mil tlascaltecas que le auxiliaban y pierde doscientos españoles y cuarenta y seis caballos. Corre él mismo grave riesgo, se ve perseguido hasta Tlascala, se fortifica en un templo, tiene que evacuarlo en la noche, y á poco encuentra formado en el valle de Otumba un numeroso ejército de cuarenta mil indios, segun unos, de cien mil segun los más de los escritores. ¡Terrible situacion!

Cortes abrumado por la fatiga, viendo correr la sangre por sus heridas, se resuelve á pelear. Recorre con su vista el campo enemigo,

y descubre el estandarte imperial cubierto de oro, guarnecido de plumajería. Sabia Cortes la importancia que daban á esta insignia que miraban como el paladion de su imperio. Forma de repente su plan de campaña, y seguido de pocos valientes, hiriendo y matando se acerca á galope adonde estaba la guardia que custodiaba la insignia. Defiéndese la escolta; mata Cortes al que llevaba el estandarte y apodérase de él. Los indios, cautivo el estandarte real, huyen despavoridos á las montañas; perseguidos y acuchillados reciben muchos la muerte; nuestros soldados recojen un botin inmenso, y Cortes regresa á Tlascala, donde es curado de sus heridas. El heroismo de Cortes tenia entusiasmados á sus enemigos: pásanse á su partido veinte mil combatientes.

Era necesario volver á Méjico, ocuparlo ó morir gloriosamente. Recibe Cortes un refuerzo considerable: pasa muestra y halla que contaba ya con nuevecientos hombres, treinta caballos y cuarenta mil indígenas, que atrajo con su política y alentó con su valor. A Méjico, era el grito que resonaba en todos los lábios; á Méjico, gritó Cortes, aun no bien repuesto de sus dolencias. Mas en este imperio habia nuevo monarca: muriera el sucesór de Motezuma, y su pariente Guatimocin,

jóven animoso, le habia sucedido en el mando. La marcha de Cortes fué penosa; en todas partes celadas y ataques nocturnos; y eran fatigados los nuestros con imprevistos rebates, sin dejarles sosiego ni descanso. Peleando no sólo todos los dias sino á todas horas, llegan á la ciudad, y la vanguardia es rechazada; procura abrirse paso por otro punto, y tiene que retirarse; desmayan los aliados, vénse síntomas de insurreccion en los propios. Ofrece Cortes á Guatimocin que le reconoceria por rey, si se declaraba vasallo del de España. Niégase el mejicano. Las canoas y piraguas hostilizaban á los nuestros: fuertes barricadas obstruian todos los pasos. Cortes construye varios bergantines, cuyas maderas labradas mucho antes de su órden, hizo conducir en hombros de indios; destruye las piraguas, deshace las barricadas á cañonazos y pone en gran aprieto la ciudad apoderándose de los víveres. Guatimocin, desesperado de poder resistir, intenta llevar la guerra al interior del país, dejando á su segundo al frente de la ciudad. Sábese: siguen nuestros barcos á la canoa que le conducia, y cae el emperador prisionero. Este valeroso y desgraciado jóven fué años adelante mandado quemar por Cortes, atribuyéndole proyectos de rebelion. ¡Qué lástima

que tan gloriosos hechos estén salpicados de tanta sangre!

Tan luego como supieron los mejicanos este fatal suceso se descorazonaron. Cortes entró en Méjico el 13 de agosto de 1521 despues de setenta y dos dias de sitio. Recogió inmenso botin: envió á su rey considerables riquezas, y al darle cuenta de la conquista le pidió que enviase á Méjico cosmógrafos para estudiar las costas, labradores y artesanos, trigo y semillas para fecundar la tierra; pero no médicos ni abogados, que sólo servirian para asolarla. El imperio de Motezuma reconoció por monarca á Cárlos V: hasta nuestros dias ha sido español, y aun conserva la lengua, la religion, las costumbres de la madre patria. Llamóse aquel país Nueva España. La conquista de Méjico es noble asunto para una sublime epopeya. El nombre de Cortés será siempre uno de los más gloriosos de la historia del mundo.

Otros sucesos importantes tenian lugar en aquel tiempo en África. El famoso corsario Horruc-Barbarroja, terror de aquellos mares, derrotó á Diego de Vera, que sitiaba á Argel, haciéndole perder cuatro mil muertos y cuatrocientos prisioneros. Era preciso vengar esta derrota. Barbarroja se habia apoderado de Tremecen, cuyo rey era tributario de Castilla.

Salen fuerzas españolas de Orán para sitiar aquella plaza; mas al mismo tiempo Cheredin ó Haradin Barbarroja envia refuerzos en socorro de su hermano. Sale al encuentro de estas tropas D. Martin Argote, las derrota, las acosa, obligándolas á encerrarse en un castillo, que toma por asalto matando á sus defensores. Marcha Argote la vuelta de Tremecen, sitia la ciudad y obliga al atrevido corsario que busque su salvacion en la fuga. Las tropas españolas le persiguen, y le alcanzan en Zahara, á treinta leguas de Tremecen. Preséntanle batalla, es vencido el rey de Argel, el atrevido corsario, que se refugia á las ruinas de un antiguo castillo con treinta arcabuceros. García de Tineo, soldado asturiano, ascendiente de la casa de García de Meras, le da muerte, y dispérsanse los suyos. Sucedióle en el trono su hermano Cheredin, no menos terrible que Horruc. El nuevo rey se apoderó de Tunez y dió muestras de gran valor é inteligencia; mas D. Hugo de Moncada se presenta delante de los Gelbes, somete la isla y consigue uno de los más ruidosos triunfos de aquellos tiempos.

En tanto, agraviado del rey D. Manuel de Portugal el famoso navegante, natural de Oporto, Fernando de Magallanes, pasó á España y ofreció sus servicios á Castilla. Proyectaba bus-

car por Occidente nuevo camino á las islas de la Especería, y nuevo rumbo para pasar á ellas, y descubrió al Sur de América el Estrecho que lleva su nombre. Trató de dar por primera vez la vuelta al globo; pero tuvo la desgracia de morir asesinado por los indios en la isla Mactan, cerca de Zebú, el 27 de abril de 1521.[1] Juan Sebastian Elcano, de Vizcaya, fué nombrado capitan de la nave Victoria, y dió feliz término á este viaje, desembarcando en Sanlúcar de Barrameda el 26 de setiembre de 1522, á los tres años menos catorce dias de haber salido del mismo puerto, habiendo andado segun su cuenta catorce mil leguas, descubriendo islas y mares ignotos. Esta navegacion fué el asombro de la época, y una de las mayores glorias de la marina española; viaje más notable, segun Oviedo, que el de Jason á la isla de Colcos.

Empezaba glorioso en el exterior el reinado de Cárlos; pero estaban agitados los ánimos en Castilla, y se preparaban malos dias. La muerte del emperador Maximiliano vino á precipitar los sucesos. Creíase el monarca español con preferente derecho á la corona del imperio. Salíale al paso el rey de Francia, eter-

[1] Navarrete. Coleccion de vajes y descubrimientos.

no rival, que habia ocupado á Fuenterrabía, que fué recobrada á poco, y que rompió el tratado de Noyon, aspirando á reconquistar la Italia, á que por aquella estipulacion habia renunciado.

La dieta de Francfort adjudicó luego el cetro imperial á Federico, duque de Sajonia, que renunció tanto honor y designó á Don Cárlos, que era ya príncipe del imperió; parecer en que convinieron todos los siete electores, hasta el arzobispo de Tréveris, que propendia primero por el rey de Francia. D. Cárlos juzgó que debia pasar á Alemania á ceñirse la corona de aquellos dominios, que por primera vez se unian á España.

El brillo de tanto poder, la extension de tanto territorio no produjo entusiasmo en Castilla. Naturalmente halagaria á D. Cárlos y empezaria á pensar en la monarquía universal. Por lo pronto hízose llamar majestad, cuando ántes tenian los reyes el título de alteza, que remplazó al más modesto de señoría. Convocó el rey Córtes para Santiago, anunció su salida del reino y que iba á pedir un subsidio para gastos de viaje. Los ánimos se agitaron, se murmuraba, transpiraban las quejas, y á poco el descontento fué general y público. Creíase que España dejaria de ser un planeta de primer órden y

que sería un satélite de Alemania: la audacia de los flamencos, la manera con que ocupaban los destinos, y su altanería ofendian la altivez castellana. No reconocian las buenas cualidades del rey, y le miraban sólo como un extranjero, juguete de malvados, y en cuya palabra poco se podia confiar. Decíase que no volveria á España, que viviria en Flandes, y que el oro de nuestro país serviria para saciar ávidos extranjeros, y nuestra sangre para reñir querellas en que no tendrian interes los españoles [1].

En Valencia los gremios y hermandades, que allí se llamaban germanías, de la voz *germá*, hermano, presentaban un espectáculo nuevo. Eran cofradías de gremios armados bajo pretesto de defenderse de los piratas argelinos. Pidieron y obtuvieron licencia del rey para esto; mas el verdadero pensamiento era sobreponerse á los caballeros y dominar el país. Este suceso empezó ántes que las comunidades de Castilla y concluyó despues; costó mucha sangre, y como veremos, murió por falta de cabezas y direccion. No trataban los agermanados de pedir libertades y derechos, no hostilizaban á las tropas del rey en un princi-

[1] La plebe cantaba por las calles:

Salve os Dios
Ducado de á dos
Que Monsieur Xebres
No topo con vos

Doblon norabuena estedes.
Pues con vos no topó Xebres.

pio, y ostentaban fidelidad y obediencia al monarca. Deseaban empero abatir la nobleza, mandar única y exclusivamente, y tener una preponderancia absoluta. Bástenos aquí, pues el órden cronológico lo exige, dejar consignada la aparicion de las germanías, hallándose el rey en Castilla; y que el mismo rey las autorizó, bien creyendo que no tenian otro objeto que el ostensible, bien juzgando que serian reprimidos pronto sus excesos. El carácter, extension, vicisitudes de las germanías las referiremos más adelante, y comprenderemos cómo las clases inferiores trataron de levantarse y de adquirir importancia. Los plebeyos buscaban, como en tiempo de los romanos, su monte Aventino.

No bien cundió por el pueblo la partida del rey, amotinóse Toledo, y su ayuntamiento excitado por el de Segovia escribió una circular á varias ciudades y villas para que se coligasen oponiéndose á que el rey saliese del reino, diciendo que enviasen comisarios para hacer presentes al monarca sus deseos y sus legítimos derechos. Toledo nombró dos regidores para que hablasen al rey; otras ciudades hicieron lo mismo; Granada, Sevilla y parte de Extremadura creyeron que habia otros modos más decorosos y convenientes de repre-

sentar sus agravios. Los comisionados de Toledo Pedro Laso de la Vega y Alonso Suarez, fueron á Valladolid: hízoles advertir el rey que los recibiria en Tordesíllas, adonde iba á despedirse de su madre. Cunde pérfidamente por la ciudad que el rey buscaba á esta señora para llevarla consigo: amotínase el pueblo, tocan la campana mayor de San Miguel, acude multitud armada hasta el número de seis mil hombres, y se apoderan de la puerta del Campo con ánimo de oponerse á la marcha del monarca, que estaba ya camino de Tordesíllas.

Los comisionados de Toledo hablaron al rey en Arévalo. Las más de sus peticiones eran justas en el fondo, inadmisibles en la forma. Habló D. Pedro Laso tan descompuestamente, que tuvo el rey que decirle, que si no mirara de quien era hijo le hubiera castigado muy severamente. Llegaron los comisionados de Salamanca, uniéronse á los de Toledo. Estando para abrirse las Córtes, allí era la ocasion de hablar enérgicamente, de expresar agravios, de dar á la resistencia carácter legal. Los comisionados de Toledo y Salamanca conocieron que el poder era débil, que un rey que sólo pensaba en marcharse y unos ministros que trataban sólo de atesorar, carecian de fuerza para hacer respetar el principio de autoridad,

y que nada se arriesgaba ya en ostentar republicana aspereza.

Iban llegando los diputados á Santiago, investidos de poderes ámplios y generales. En Toledo tocó la suerte á dos regidores de los no afiliados; y se les pusieron tales trabas y restricciones, que creyeron no deber admitir el cargo y renunciaron. No dejaba de ser extraño que se celebrasen Córtes en Galicia, donde no era costumbre reunirlas, tanto más, que las ciudades de aquel reino no tenian voto y se arrogaba Zamora su representacion. ¡Tan mal organizada estaba entónces esta materia!

Toledo, como hemos visto, no envió procuradores á estas Córtes; los de Salamanca no trajeron poderes en regla y no fueron admitidos; mas los comisionados de una y otra ciudad excitaban los ánimos y bajo mano hacian prosélitos entre los procuradores á Córtes, y con más saña que prudencia, por todos medios hostilizaban al poder. ¿Es esto acaso lícito? ¿Lo tolerarian siendo poder los que hoy lo aplauden? ¿No iban á abrirse las Córtes? ¿No era aquel palenque el destinado para la liza?

Supo el rey que los comisionados de Toledo recibian órdenes é instrucciones de Juan de Padilla y Hernando Dávalos, caballeros

toledanos. Envia en su busca: lograron por dos veces eludir el cumplimiento del precepto soberano. Vuelve el rey á mandar que se presenten sin dilacion ni excusa. Fingen obedecer, se despiden para partir, pónense en camino; mas á pocos pasos de la ciudad unos cincuenta hombres convenidos les salen al encuentro, los vuelven á Toledo y fingen prenderlos en la capilla del arzobispo Tenorio. Conocióse en la corte la urdimbre, y el rey mandó que Laso de la Vega y Alonso Suarez saliesen de Santiago; el primero á desempeñar la tenencia del castillo de Gibraltar que le correspondia, y el segundo á ponerse al frente de la compañía de caballos que estaba á sus órdenes.

Abriéronse por fin las Córtes el 31 de marzo: el obispo de Badajoz expuso la causa de la convocacion y tomando en seguida la palabra el rey, manifestó que le era indispensable partir; que reclamaban su presencia en Alemania los electores, los asuntos de Francia, los de Italia, y los disturbios producidos por la predicacion de Lutero: que si bien consideraba á Castilla por fundamento de su monarquía, debia atender á tantos reinos como tenia á su cargo, y que todos con igual derecho deseaban que los visitase. Ofreció solemnemente volver

dentro de tres años ó ántes si posible fuera, prometiendo que en este intermedio no daria destinos á extranjeros. Y concluyó, diciéndoles con voz entera, que para acudir al servicio de la Iglesia no le detendrian una hora los alborotos domésticos de España, y que si pensara perderla y todos sus reinos y la vida, la vida y los reinos perdiera ántes que faltar á la obligacion en que estaba.» Concluyóse aquella sesion pacíficamente; la siguiente fué menos tranquila; propuesta por los ministros la cuestion del subsidio, que debia ser de igual cuantía y en términos iguales que el concedido por la Córtes de Valladolid, opusiéronse los diputados de Leon y Córdoba y otros muchos á que se votase hasta que el rey hubiese accedido á los memoriales y peticiones que se le habian dirigido ántes sobre asuntos de público interes. Pasó el canciller á dar cuenta al rey de lo que ocurria, y volvió á la tarde manifestando que el rey ántes de partir, resolveria las peticiones que se le habian dirigido. Empezaron á flaquear algunos procuradores, y despues de varias tentativas, halagos, amenazas, y no falta quien diga que sobornos, cosa indigna en el rey, y aun mas indigna en los diputados del pueblo, por un voto de mayoría se concedió el subsidio.

Mas el arzobispo de Santiago armaba gente y alarmaba la ciudad; los ánimos estaban inquietos, y resolvieron los ministros trasladar las Córtes á la Coruña, adonde volvieron á abrirse el 25 del mismo mes. Anuncióse en ellas que quedaria por gobernador del reino el cardenal Adriano, buen hombre, de carácter blando, mas débil que lo que en aquellas circunstancias era menester. Muchas ciudades aplaudieron este nombramiento, ratificaron el subsidio y dirigieron las Córtes al rey setenta peticiones, muchas de las cuales resolvió favorablemente, remitió otras al Consejo, y muchas quedaron olvidadas por los posteriores sucesos.

Los toledanos lanzando al corregidor y á D. Juan de Silva, alcaide del alcázar, que tuvo que rendirse falto de gente, municiones y víveres, se levantaron y establecieron un simulacro de gobierno en nombre del rey, de la reina y de la comunidad. El suceso ocurrió el 21 de abril y hasta el 8 de mayo no se supo en la Coruña. El rey queria ir personalmente á Toledo y apagar el incendio; pero Xebres le hizo ver que era un movimiento popular pasajero, sin importancia, y que no debia suspender la partida.

El 20 de mayo se embarcó D. Cárlos con

sus flamencos, con el duque de Alba, D. Fadrique, con el marques de Villafranca y otros caballeros. Dejémosle correr los mares, y lamentemos que no quedase ántes apaciguado el pais, puesto que no le faltaban fuerzas ni tacto político para conseguirlo. ¿Confiaba tal vez en la hidalguía de nuestra gente, y creia que no irian mas allá las manifestaciones del enojo público? Esperaba que los nobles y leales castellanos no abusarian del estado de abandono en que iba á quedar el país, huérfano de su rey? Se equivocó lastimosamente.

CAPITULO II.

No era posible ya contener el incendio: ausente el rey, pacífico y bondadoso el regente, envalentonados los ánimos con la impunidad, agitados y conmovidos los pueblos desde el púlpito por la predicacion de los frailes, iban poco á poco apellidando comunidad y poniéndose en relacion con Toledo. Muchos ignorarian el verdadero objeto; y ¿qué interes inmediato tendrian el pelaire y el tundidor, el zapatero que se levantó en Murcia, el cuchillero que dió el grito en Burgos? Es cierto que en este género de sucesos vemos siempre las manos ántes que la cabeza, y figurar en primera línea los que si fracasa el intento sirven de pasto al verdugo, y si triunfa son arrinconados

como los andamios despues de concluida la obra.

Hernando Dávalos era persona de gran influencia en Toledo, estaba ofendido, y fué el principio y el alma de la insurreccion. Juan de Padilla, á la sazon de treinta años, hijo del adelantado mayor de Castilla, era mozo de grandes brios, de gentil continente, deudo y amigo de Dávalos. Achacábanle cortos alcances y estar supeditado por su esposa Doña María Pacheco, hija del conde de Tendilla, señora de ánimo varonil, deseosa de posicion y honores, que le alentaba á las mayores empresas. Mas es justo decirlo: la revolucion que hicieron en Toledo fué radical y profunda; pero al principio no fué sangrienta.

Donde empezó á correr la sangre fué en Segovia. Esta noble ciudad era entónces fabril; la mayor parte de su poblacion se componia de obreros de diversas partes del reino, gente siempre turbulenta, fácil de mover á pequeño impulso, mal disciplinada. Oyó un alguacil que se murmuraba de la justicia, y reconvino á algunos diciendo que las palabras imprudentes se pagan siempre. *Muera el traidor!* gritaron los presentes: el pobre alguacil huye, le siguen: se refugia en una iglesia, le sacan á la fuerza, y poniéndole una cuerda al pescuezo, le

llevan arrastrando por las calles y le cuelgan en una horca fuera de la ciudad. Al regresar de tan vil hazaña una turba de pelaires encuentra en la calle otro alguacil, llamado Portal, y uno de los amotinados le dice: Portalejo, tu compañero que queda en la horca se te encomienda y te aguarda en ella. Gritaron algunos *muera*, y sin que bastaran las súplicas de personas honradas, le condujeron á la horca y le colgaron por los piés.

Los procuradores de Segovia de regreso de las Córtes de la Coruña se acercaban, y en Santa María de Nieva supieron tan horribles desafueros, la agitacion de la ciudad y la debilidad ó aquiescencia de las autoridades. Juan Vazquez insta á su compañero Rodrigo de Tordesíllas, para que se retire al Espinar en su compañía mientras se amansaba la furia ciudadana. Negóse, creyéndose obligado á dar cuenta de su conducta. Entra de noche este desgraciado en Segovia; y á la mañana siguiente montado en una mula y de gran ceremonia va al ayuntamiento que celebraba sus sesiones en la tribuna de la parroquia de san Miguel. En su casa y en el camino despreció prudentes consejos; rogábanle que se saliera de la ciudad: conoció el peligro; pero comprendió que era otro su deber. Corre la nueva de que

Tordesillas estaba en el Ayuntamiento, congréganse los comuneros, piden que salga, amenazan con pegar fuego á las puertas. Animoso Tordesillas se presenta á la multitud, la dice que venia á dar cuenta de su conducta, y que se la daria á ellos mismos.—Vengan los capítulos de las Córtes, gritaban desaforados. Sacólos del pecho; se los arrebataron de la mano y los hicieron pedazos.—Esa es demasiada descompostura, dijo el brioso mancebo.—«*Prenderle, matarle, venga una soga, vaya á la horca.*» ¡Qué ocasion tan oportuna para que el Ayuntamiento se mostrase al pueblo, le arengase y tratara de salvar la vida de aquel infeliz! Cómplices ó cobardes.

Aliéntanse los foragidos con la impunidad, un cardador viene con una cuerda; fingen que lo llevan á la cárcel, mas á poco le echan la cuerda al cuello y empiezan á arrastrarle por las calles. Los frailes de san Francisco sacan el Santísimo y procuran libertar á aquel infeliz: el clero de santa Olalla hace lo mismo: todo en vano. Pide confesion el moribundo: niégase la mayor parte á concederle este postrer consuelo; al fin acceden, y viendo que se retardaba, tiran de la cuerda y lo llevan donde estaba la horca, y lo cuelgan por los piés en medio de los dos alguaciles. Vuelven á la ciudad,

saquean la casa del infortunado y la prenden fuego. No hay una lágrima para estos desgraciados. ¿Por qué no se han de lamentar todos los infortunios?

En tanto llega á Toledo D. Pedro Laso, el famoso patricio que con más energía que prudencia habia defendido las peticiones de la ciudad. Volvia del destierro y fué acogido con indecible entusiasmo y llevado en triunfo. ¿Quién habia de prever que aquel gran ciudadano, aquel tribuno que se insolentaba con su monarca, habia de venderse mas tarde, y abandonada la bandera de la comunidad, habia, tránsfuga, de pasarse á las tropas del rey? ¡Aprended, pueblos!

Zamora quiso arrastrar á los procuradores, mas se refugiaron en casa del conde de Alba de Liste, que les proporcionó que saliesen de oculto y se trasladasen al monasterio de Bernardos de Marta. El pueblo los arrastró en estátua y los colgó en el Ayuntamiento, y hubiera acabado de derribar sus casas, si no hubiera mediado la energía del Conde. Era obispo de Zamora D. Antonio de Acuña, bullicioso y valiente, más amigo de la espada que del breviario, y que deseaba trocar la silla de su obispado, que ocupó violentamente, por la metropolitana de Toledo.

El conde de Alba le mandó salir de la ciudad, sabedor de que protegia á los comuneros. Reune Acuña alguna gente, se acerca á los muros, los de la plaza abren las puertas, le confian el mando de la ciudad y corren á alistarse en los estandartes morados de los comuneros. Formó un escuadron con cuatrocientos clérigos, y empezó á considerarse uno de los principales caudillos. ¡Bueno estaba el clero! [1]

Los procuradores por Valladolid entraron en la ciudad acompañando al cardenal gober-

[1] Es por extremo donoso lo que refiere el obispo de Mondoñedo D. Antonio de Guevara, cronista del emperador, en carta que dirigió al obispo Acuña.

«Es el caso que en un lugar que se llama Medina, que está cabe la Palomera de Avila, habia allí un clérigo vizcaino, medio loco, el cual tomara tanta aficion á Juan de Padilla, que al tiempo de echar las fiestas en la Iglesia, las echaba de esta manera: Encomiéndoos, hermanos mios, un Ave María por la santísima comunidad, porque nunca caiga; encomiéndoos otra Ave María por S. M. el rey Juan de Padilla, porque Dios le prospere; encomiéndoos otra Ave María por Su Alteza la reina Ntra. Sra. Doña María de Padilla, porque Dios la guarde, que á la verdad estos son los reyes verdaderos, que todos los de aquí eran tiranos.»

»Duraron estas plegarias poco mas ó ménos de tres semanas, despues de las cuales pasó por allí Juan de Padilla con su gente de guerra, y como los soldados que posaron en casa del clérigo le sosacasen á su manceba, le bebiesen el vino, le matasen las gallinas y le comiesen el tocino, dijo en la iglesia luego el siguiente domingo: Ya sabeis, hermanos mios, como pasó por aquí Juan de Padilla, y como sus soldados no me dejaron gallina, y me comieron un tocino, y me bebicron una tinaja, y me llevaron mi Catalina. Dígolo porque de aquí adelante no rogueis á Dios por él; sino por el rey Don Cárlos y la reina Doña Juana, que son reyes verdaderos, y dad al diablo estos reyes toledanos.»

nador Adriano, creíanse seguros de este modo; mas alzóse el pueblo, juntáronse á tambor batiente los comuneros, pudieron huir los diputados, pero fueron quemadas sus casas y hubieran llegado á más los desafueros, si personas graves no hubieran interpuesto su influencia. Soria cuelga de una horca á sus procuradores: Burgos á la voz de un cuchillero llamado Bernal de la Rija, se alza é incendia la morada de García de la Mota, hermano del arzobispo. Ardieron los archivos públicos que estaban en su casa, no pudiendo apoderarse los sublevados de las personas, que se hallaban ausentes. Buscaron luego á Garci Jofre, aposentador del rey, y quemáronle la casa y le siguieron en su fuga, alcanzándole en Vivar. Refugióse el desgraciado en el templo: sacó el cura el Santísimo y pidió con lágrimas que no le hiciesen mal; en vano. Lo sacan de la iglesia y, mal herido, le conducen á Burgos; muere en el camino, y le arrastran por las calles y le cuelgan por los piés en una horca. Madrid sigue el movimiento, y Guadalajara y Alcalá y Ávila y Salamanca. Cuenca dió el mando á un frenero. En unas partes deponian las autoridades, ocupaban el alcázar, como hicieron en Madrid, despues de haberlo defendido bizarramente Doña Inés de Carvajal, mu-

jer del alcaide Francisco Vargas, que estaba ausente: mataban en otras á los procuradores é incendiaban sus casas. En esta fiebre de los ánimos todo era lícito. Muchos lugares se rebelaron contra sus señores: Haro sacudió el yugo de su conde, Nájera el de su duque; Dueñas se apartó del vasallaje del conde de Tendilla. Sacaban la cabeza los odios de familia, los bandos populares y vivia el pueblo en anarquía espantosa. Sólo en Toledo habia pensamiento político y principiaba á organizarse el movimiento. A poco divídense las gentes; los que no seguian la comunidad eran sospechosos y castigados á veces con la muerte, y en una misma familia habia parciales de los comuneros y del rey, peleando hijos y hermanos entre sí.

No podia tolerarse por más tiempo tanto mal: la sociedad tiene derecho y áun deber de defenderse. El gobernador escribió al rey, rogándole que viniese á España; pero habiendo salido de ella cuando ya ardia la civil discordia, no podia decentemente volver hasta que estuviese apagada. La gente de la comunidad carecia de la unidad necesaria: la ambicion de mando, los discordes intereses, tanta venganza satisfecha, tanta sangre vertida hicieron que los ánimos empezasen á decaer. Segovia acu-

dió al gobernador, manifestando que en la muerte de Tordesíllas no intervino persona alguna de importancia: que los desafueros y crímenes habian sido cometidos por gente baladí, por oficiales mecánicos, por forasteros, que habian huido de la ciudad. En Ávila se reunieron los procuradores, y en la catedral, sobre los Evangelios, juraron todos que no se levantaban contra el rey, y que sólo deseaban la defensa y el remedio del reino.

¡Qué brillante ocasion tuvo el gobernador para apaciguar los ánimos! Faltóle prudencia y tacto político; no supo llevarles por buen camino, y en vez de negociar un armisticio, de mostrarles benévolo semblante, de convocar á los principales jefes á una conferencia, de darles al efecto el salvo conducto necesario, de haberse atraido á muchos con el halago y con la moneda de oropel de la promesa, y de haber concedido más tarde ámplia y generosa amnistía, trató imprudentemente de acudir á las armas. Eso, ántes ó nunca.

La junta de Ávila presidida por D. Pedro Laso, ofendida de las medidas del gobernador, le depuso y asumió el mando; pero á poco se presentó tímida y cobarde, sin pensamiento político, sin plan. Trató, y en esto hizo bien, de apoderarse de la reina, que estaba en Tor-

desíllas, y envió ántes á Juan de Padilla para que viese á aquella señora. Hízolo así; la encontró en sana razon; ¿qué habia de decir Padilla? Manifestólo que ignoraba que hubiese muerto su padre y los males de la patria; le nombró general de la comunidad y dispuso que la junta de Ávila, apellidada *Junta santa,* fuese á establecerse en Tordesíllas. Si efectivamente hubo tal consejo, dió en él una prueba más de su demencia. ¿Cómo establecer el gobierno en una plaza abierta? ¿No hubiera sido mejor haberle situado en una fortaleza, poniéndole al abrigo de un golpe de mano? Loca estaba la pobre señora, y no muy cuerdos los de la junta. Pasó á poco el intérvalo lúcido, negóse á todo Doña Juana y se abismó en su insensata melancolía.

La junta en vez de tomar las medidas salvadoras que su situacion reclamaba, se entretuvo en llamar á los procuradores de las Córtes de la Coruña, mandándolos comparecer en Tordesíllas para ser juzgados. En uno y otro campo faltaba cabeza. Llamóse por el gobernador al alcalde Ronquillo, para que fuera contra Segovia, y se dispuso que el general D. Antonio de Fonseca pasase á Medina del Campo, para apoderarse de la artillería. Llevaba Ronquillo bastantes infantes y mil caballos; súpose la nueva, alzáronse los segovianos al grito de

viva el rey y la comunidad, y mueran los malos ministros; depusieron á las autoridades, no fiando en las mismas que ántes eligieran; ocuparon las puertas, levantaron en la plaza una horca, diciendo que era para colgar á Ronquillo; y quisieron conferir el mando al conde de Chinchon, que residia en el alcázar, y se negó á admitirlo. Ronquillo no pudo penetrar; puso su tribunal en Santa María de Nieva, estableció á su vez otra horca, pregonó pena de la vida á los que llevaran víveres á la ciudad. Apresó á dos obreros que se fugaban y que dijeron que venian de Salamanca, y viendo la actitud que presentaba Segovia, regresaban á su país. Ronquillo los examinó separadamente, cayeron en contradicciones, les dió tormento, y declaró el uno que habia llevado la cuerda para arrastrar á Tordesillas, el otro, que le mesó la barba. Tuvo bastante Ronquillo con esta confesion arrancada por el dolor, para condenar á muerte á aquellos infelices, haciendoles arrastrar y descuartizar. Era Ronquillo hombre sin entrañas, materia dispuesta para servir á los que mandaban, inhumanamente cruel y que asesinaba con la espada de la justicia. Los infelices menestrales murieron, porque siempre pagan los que tienen menos culpa.

Los de Segovia escribieron á Toledo, Madrid y Ávila pidiendo socorros; mas, ántes que llegasen, lograron reunir doce mil hombres, y decidieron que cuatro mil saliesen en busca de Ronquillo á las órdenes de un pelaire llamado Anton Casado. En las primeras escaramuzas fueron rechazados los comuneros, tuvieron que retroceder, y el despiadado alcalde mandó ahorcar los prisioneros que cayeron en sus manos.

Cunde la voz de que llegaban los refuerzos solicitados, que mandaba Juan de Padilla la gente de Toledo, Juan de Zapata la de Madrid, y que Juan Brabo tomaba el mando de la de Segovia. Lleva Ronquillo sus soldados á Coca, de allí á Arévalo, y recibe órden del gobernador de no pelear con los capitanes de la comunidad y de reunirse con D. Antonio de Fonseca.

Saca de Valladolid á la deshilada su gente Fonseca, pasa á Arévalo, llega á Medina del Campo, y pide que le entreguen la artillería; mas, advertidos por los segovianos, tenian barreadas las calles y colocados los cañones en posicion. Vuelve á instar Fonseca, desprecian sus órdenes; manda que sus soldados pasen á apoderarse de la ciudad, disparan los medinenses, mueren muchos soldados, y Fonseca pone

fuego á la villa. Medina, la ciudad importante, el emporio de nuestro comercio, la de las célebres ferias y contratacion general, arde por varios puntos, y con tal violencia, que se convierte casi toda en ruinas. Fonseca se retira ante las llamas, y la ciudad dirige á los demas pueblos una sentida carta, que no puede leerse con ojos enjutos.

Sábese el incendio de Medina, y que esta ciudad, ántes no comunera, habia aclamado la comunidad. Valladolid se alza de nuevo y quema la casa de Fonseca. Leon y otras ciudades importantes la siguen, entre ellas Jaen, Úbeda, Baena, Badajoz, Cáceres y Palencia. Niega el cardenal gobernador que hubiera dado tal órden; llama á Fonseca para juzgarle; mas este con Ronquillo pasa á Portugal y de allí á Flandes, desobedeciendo el mandato. Reúnese en Medina el ayuntamiento, y un tundidor llamado Bobadilla entra armado en el consistorio, mata allí mismo á los regidores Nieto y Vera, los arroja á la calle, recorre la poblacion, asesina al librero Tellez y á varios ciudadanos, arrasa algunos edificios; y se apodera del mando. Tuvo la infeliz Medina que sufrir este nuevo incendio. Era de ver, dice el P. Guevara, «como luego tomó casa, y puso porteros, y se dejaba llamar señoría, como si él fuera ya señor

de Medina, ó fuera muerto el rey de Castilla [1].»

El débil gobernador licenció las tropas que mandaba Fonseca. Recibe entónces cartas del emperador en que recomienda á los pueblos que se tranquilicen, que pronto regresaria á España, que no cobraria el servicio votado en las Córtes de la Coruña, y que ofrecia de nuevo no dar cargo ni dignidad á extranjeros. Al mismo tiempo asociaba al mando al almirante Enríquez y al condestable Velasco, y dirigió notables comunicaciones á varios señores recordándoles sus servicios y manifestándoles cuán seguro estaba de su fidelidad. Era el almirante D. Fadrique Enríquez un gran señor con inmensa clientela, suave, honrado, ansioso de la paz, de ánimo conciliador, bien querido del pueblo. Por el contrario el condestable D. Íñigo de Velasco, acaudalado prócer, era hombre de guerra, activo, impaciente, duro de carácter, y representaba en el consejo la resistencia, mientras el almirante la conciliacion y la paz.

Pronto se vió por sus hechos. El condestable redujo á Burgos á la obediencia, mientras Enríquez dirigió un manifiesto á los comuneros ofreciendo en nombre del rey perdon y olvido, concediendo cuanto podian desear. Y no limi-

[1] Plática del obispo Guevara á los jefes comuneros en Villabrájima.

taba sus promesas á meras palabras, obligábase á traerlas firmadas del rey dentro de tres meses, para lo cual les decia: « os daré las seguridades que quisieredes demandar. » Ofrecíales que conservarian hasta la ejecucion de lo prometido las fortalezas que tenian ocupadas.

Quiso presentarse en la junta de Tordesillas: le fué negado. Las veinte ofertas que hacia por escrito á la junta comprendian cuanto las comunidades deseaban: «anulacion del subsidio de la Coruña; que no pudiera imponerse otro sin beneplácito de las Córtes; que no pudiera emplearse más que en el objeto para que habia sido otorgado, á cuyo efecto lo que se recaudase quedaria depositado á nombre de las ciudades; que se encabezarian las contribuciones; que no habria alojamientos; que se residenciaria cada tres años á los que administraran justicia; que se tomaria estrecha cuenta á los oficiales reales; que la gente de armas sería pagada de cuatro en cuatro meses, « de manera que no puedan comer en los aposentos á costa de los pueblos, » concesiones todas reclamadas por la comunidad. Ofreció al mismo tiempo que no se daria á extranjeros dignidad, beneficio, oficio, encomienda ni tenencia; que se anularian las cartas de naturaleza concedidas; que no

saldria moneda del reino; que se observarian religiosamente las leyes; que no se cargaria nada en naves extranjeras sino en las nacionales; «que S. M. dará forma de que se satisfaga el daño que se hizo en Medina del Campo en la quema é por los otros daños que se han hecho en el reino.»

Concluia tan notable documento con las siguientes palabras: «Paréceme, señores, que si »deseais como decís el bien general del reino, »que debeis tener por bien esto, pues se os otor»ga con buena voluntad, que non querello por »fuerza é con daño del reino. Y si lo que Dios »no quiera, esto no tuviérades por bien, des»de agora tomamos á Dios delante, y espera»mos en él que será nuestro capitan.»

Los comuneros habian triunfado: sus quejas eran escuchadas, sus peticiones atendidas; tratábase con ellos de poder á poder. El carácter público, la nobleza y la buena fé del negociador les era conocida; conservarian en custodia plazas fuertes y les serían dados rehenes y garantías. ¿Qué mas podian esperar? ¿Habia algo en la esencia ó en la forma que pudiese herir al hombre más suspicaz? ¿Era eso lo que se queria? Ya estaba otorgado. ¿Queríase alguna cosa mas? por qué no se negociaba? ¿Habia algo latente?

La junta no accedió á nada, y sin elementos y sin cordura se propuso pelear. Nombró al efecto general de las tropas comuneras á D. Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña. Ofendióse Padilla, que si peleaba sólo por la libertad, debia haber sacrificado sus agravios en aras de la patria y haber aceptado cualquier puesto de honor en que pudiera serla útil. No lo hizo así: fingió que su mujer estaba mala y partió para Toledo. Puesto en la pendiente cayó al fondo. Llevóse consigo la gente de aquella ciudad: desmembró el ejército, y por una cuestion de amor propio comprometió la suerte de los suyos. La junta obró mal quitándole el mando sin causa ni pretexto: Padilla obró peor, no encerrando sus agravios en el fondo de su pecho y diciéndoles: callaos que el interes y el honor del país así lo exigen.

Desde que el cardenal Adriano, el extranjero, perdió su influencia política en la gobernacion del reino, y entraron dos magnates españoles á participar del mando, pudo considerarse amenazada la causa de las comunidades. Los nobles se pusieron de parte del gobierno, acudieron á Medina de Rioseco, donde se hallaba el cardenal, que tuvo que huir de Valladolid acompañado de un solo paje, el conde de Benavente, D. Alonso de Pimentel

y D. Alvaro Osorio, marques de Astorga; el prior de san Juan, el marques de Denia, los condes de Alba, de Luna, de Cifuentes, de Altamira, los marqueses de Mirabel, de Aguilar, de Falces, y de Cuellar, los duques de Bejar, Medinaceli, de Maqueda y Nájera, y muchos otros, que con su gente y sus lanzas acudian á la invitacion del rey.

Mucho sintieron los comuneros la partida de Padilla y su gente; mas á poco se presenta en Tordesíllas con mil infantes, quinientos caballos, y setenta lanzas el obispo Acuña: llevaba, segun todos nuestros escritores, sus cuatrocientos curas, aunque Guevara que debia estar bien informado, dijo que eran *trescientos clérigos de misa*. Alentados los comuneros con este refuerzo, pasan muestra á su gente; hállanse con mas de doce mil hombres; saben que en Rioseco los nobles y gobernadores solo tenian siete mil, y resuelven ir en su busca y presentarles batalla. Parte el ejército á las órdenes de D. Pedro Giron, llega á Rioseco, y en vez de embestir la plaza y de poner en dispersion á los en ella acogidos, se detiene á la vista de la ciudad, llama á batalla á los del rey, y viendo que no salian al campo, se retira á Villabrájima. Mucho vale el tiempo en la guerra. Este retraso en acometer desalentó á los

de la comunidad, favoreció á los del rey y dió lugar á que viniesen otros señores con su contingente y se reuniesen diez mil infantes y dos mil caballos á las órdenes del conde de Haro.

El obispo Guevara pasó de negociador al campo comunero, entabló frecuentes pláticas con D. Pedro Giron, el obispo Acuña y los suyos. Llevaba cartas de creencia y una instruccion firmada por el cardenal, el almirante y el condestable, en que estaban las concesiones que hacia el rey, que eran en diversa forma las prometidas por el almirante. Leyólas desde el púlpito el 2 de enero, é hizo una plática, que se conserva, para persuadir cuánto convenia al reino y cuánto á los comuneros deponer las armas y dar la paz al país. Díjoles que presenció todos los sucesos: que se hallaba en Segovia el miércoles 23 de mayo, en que dieron muerte á Tordesíllas; en Medina del Campo á 22 de agosto cuando el incendio, que ardió su convento y salvaron el Santísimo en el hueco de un olmo; que presenció los asesinatos que hizo el tundidor Bobadilla, y vió en Soria ahorcar un procurador de la ciudad, pobre, enfermo, y viejo; que presenció la fuga del cardenal de Valladolid y lanzar al condestable y otros caballeros de Burgos, y convertidos en adalides y capitanes, freneros,

tundidores, pellejeros y cerrajeros; que vió los daños, muertes, robos y escándalos, y que «han venido las cosas de este misero reino á tal estado, que no hay en todo él, camino seguro, templo privilegiado, ni quien are los campos, ni quien traiga bastimentos, ni quien haga justicia, ni quien esté seguro en su casa.» «Los de vuestro campo, les dijo, fuerzan las mujeres, sonsacan las doncellas, queman los pueblos, saquean las casas, hurtan los ganados, talan los montes, roban las iglesias.»

Esta plática del atrevido fraile, interrumpida á veces por el auditorio con gritos y amenazas de muerte, fué contestada por el obispo Acuña, diciendo que los gobernadores estaban autorizados para prometer, pero no para cumplir: que se le diesen por escrito los capítulos para presentarlos á la santa junta que estaba en Tordesíllas, y que el negociador que con tanto atrevimiento y arrogancia habia hablado, volviese al punto á su campo, pues de otro modo peligraba su vida. Hízolo así el buen fraile: salióle al camino D. Pedro Giron, que convencido ó comprado se sometió ocultamente al rey, y que dispuso, á pretesto de alojar más cómodamente al ejército de la comunidad, trasladarlo á Villalpando, y no hostilizar á las tropas en su

movimiento sobre Tordesillas, que se creia decisivo en favor de la causa imperial.

Con este seguro se dirige el ejército del rey á Tordesillas; pero encuentra tenaz resistencia; los curas pelearon con notable valor; murieron muchos soldados; mas al fin despues de sangrienta lucha fuerzan las puertas, asaltan los muros, saquean impiamente la ciudad, se apoderan de la reina y hacen prisioneros á ocho procuradores, y los demas se fugan y entran en Valladolid. Empezó á sospecharse de Don Pedro Giron, se murmura, se increpa su conducta, y él temiendo por su vida, sale con pequeña escolta fingiendo que iba á hacer un reconocimiento, y se fuga y se oculta en los estados de su padre. Era dos veces traidor, primero al rey, luego á la comunidad: esta le hubiera quitado la vida si acertara á caer en sus manos: el emperador no quiso perdonarle, y le exceptuó del indulto.

Corre en tanto la nueva de que Padilla al frente de dos mil toledanos estaba cerca de Valladolid; entra en la ciudad en medio de entusiastas aclamaciones. D. Pedro Laso deseaba el mando de las tropas: reconocíasele mas talento, y sobre todo mas pericia militar que á Padilla, este mismo lo confesó así; pero se armó gritería en el pueblo, y Padilla, ídolo de la multitud, fué

aclamado general de la comunidad. Empezaba el año de 1521, que tan funesto debia ser para los comuneros. Tratando de atraerse al conde de Salvatierra fueron Acuña y Padilla á conquistar para aquel señor la villa de Ampudia, creyendo que tal magnate les sería de provecho en la lucha. Mostró el ejército comunero valor, pero valor inútil.

La junta en tanto declara revertidas á la corona todas las gracias y mercedes reales que disfrutaban los nobles, modo seguro de enconarlos más y más, y de hacer que peleasen, no por la causa del emperador, sino por la suya propia. Publicóse en Burgos un decreto imperial en que se concedia indulto á los que dejasen las armas y se exceptuaba del perdon á los jefes. A su vez la junta de Valladolid declaró traidores al conde de Haro, al de Alba y á otros muchos, y ya eran imposibles todos los conciertos de paz, porque suspiraban en uno y otro bando los corazones nobles y generosos. Hallábanse ambos ejércitos en situacion lamentable, faltos de recursos, viviendo del pillaje, propensos á la desercion. Sus jefes no podian castigar á gente que no era pagada. Burgos, corte de los imperiales, manifestaba deseos de lanzar su yugo. Valladolid, residencia de la junta, tenia á sus puertas un enemigo pode-

roso que la hostilizaba á cada paso al amparo de la fortaleza de Simancas, que estaba por los imperiales.

Decídese por fin que las tropas de Padilla se dirijan á Torrelobaton y las de Acuña á Toledo, para impedir que el prior de san Juan, Zúñiga, hostilizase aquella parte. Padilla llega á vista de la plaza y la toma por asalto; mas en vez de caer sobre Tordesíllas y lanzar á los del rey y apoderarse de la reina, se adormece sobre sus lauros y pierde lastimosamente el tiempo, aguardando estériles negociaciones. Laso abandona á los suyos y se pasa á las tropas reales.

Acuña, recibido y aclamado en todas partes como padre de la patria, destroza junto al Romeral una division del prior de san Juan, el que con bárbara crueldad se apodera de Mora y quema en la iglesia, en donde se habian refugiado, á sus habitantes. Quiere Acuña en vano vengar esta horrible matanza; tuvo que regresar á Toledo. Amigos solícitos le conducen á la catedral, le sientan en la silla pontifical, vacante á la sazon, y le aclaman arzobispo. El cabildo no podia reconocerle por tal, mas son apresados los canónigos dias despues, encerrados en la sala capitular, donde Acuña se presenta demandando sus sufragios. Treinta

y seis horas estuvieron sin comer, resistiendo las amenazas, y cansado Acuña los despide, se proclama á sí mismo arzobispo, y empieza á administrar la iglesia que creia suya por derecho de conquista.

Llegan los imperiales cerca de Torrelobaton, Padilla habia salido aquel mismo dia en direccion á Toro con su gente. Era el 23 de abril de 1521. Los imperiales avanzan un cuerpo de mil quinientos jinetes y algunas piezas llevadas á lomo, y alcanzan á los comuneros á tres leguas de distancia de la torre y á la promíxidad de Villalar. El dia tempestuoso, el suelo enlodazado; la lluvia y el viento cegaban á los de la comunidad. A los primeros disparos de la artillería imperial, viendo que la suya estaba encallada en barrizales, se aturden los comuneros, huyen á la desbandada, se arrancan del pecho las cruces rojas de la comunidad ó se colocan blancas que á prevencion llevaban. Ya no habia salvacion: sin embargo, Padilla busca una muerte cierta pero gloriosa. ¡Infeliz! la muerte es sorda á su voz. Cae prisionero; con él Juan Bravo, capitan de los segovianos, y Francisco y Pedro Maldonado, de los de Salamanca. No hubo batalla, los imperiales siguieron acuchillando á los fugitivos, murieron muchos comuneros, ningun imperial.

Al dia siguiente, identificadas las personas, habiendo declarado Padilla, Bravo y Francisco Maldonado haber sido capitanes de la comunidad, los alcaldes, doctor Cornejo y licenciados Garci Fernandez y Salmeron, les condenaron como traidores á pena de muerte y confiscacion de bienes. Pedro Maldonado se salvó por entónces. Oyó tranquilo la sentencia Padilla, enfurecidos los otros dos. Y despues de haberse confesado, dicen que escribió dos cartas, una á la ciudad de Toledo y otra á su esposa, cartas muy conocidas, pero que creemos obra apócrifa de un retórico de colegio, ajenas de la situacion en que estaba aquel desgraciado, conceptuosas y sin la profunda pena y noble melancolía que debian embargar su ánimo en tan supremos momentos [1].

Mientes, gritó con voz estentórea Juan Bravo al pregonero; *mientes, traidores no: más celosos del bien público y de la libertad del reino.—Señor Juan Bravo*, replicó Padilla: *ayer fué dia de pelear como caballeros, hoy lo es de*

[1] La comision de Córtes que leyó su dictámen en sesion extraordinaria de la noche del 24 de julio de 1821, sobre estos sucesos, se expresa de este modo: «De las dos cartas que se dicen escritas por él estando en capilla, la una á su esposa Doña María Pacheco, que tomó parte como mujer que era varonil en aquella guerra, y la otra á la ciudad de Toledo, no hace mérito la comision *porque no le parecen genuinas.*»

morir como cristianos. Llegados al fatal cadalso, Maldonado pidió que le degollasen primero para no ver la muerte del mejor caballero que quedaba en Castilla. Al ver Padilla el cadáver de Bravo dijo: ¡Ahí estais vos buen caballero! y se dispuso á morir cristianamente. Murieron los tres desgraciados, y deploramos su fin. Tuvieron las comunidades más brazos que inteligencia: muchas de sus peticiones eran legítimas, el modo no puede justificarse. Debieron haberse satisfecho con las promesas del almirante ó haber capitulado con los gobernadores en Villabrájima: confiaron demasiado en el entusiasmo de la plebe; empero si hubieran vencido ¿quiénes serian hoy los traidores?

¡Quién lo dijera! todas las ciudades se entregaron. Al primer revés desaparecieron las comunidades. No hubo un caudillo que levantase el pendon, ni un pueblo que presentase su mesnada, ni un castillo que resistiese. ¿Cómo, en causa que se decia tan popular, no hubo un esforzado? ¿Cómo no hubo un vengador de la sangre que acababa de derramarse?

¡Cuánta pena no tendria la esforzada Doña María Pacheco! ¡cuánta, el padre y el hermano de Padilla, que militaban en el campo de los gobernadores! La viuda con esforzado ánimo

pensó resistir en Toledo: trasladóse al alcázar, fué á la catedral á apoderarse de la plata de la iglesia, mandó llamar á dos oficiales que se habian utilizado de cantidades que debieron entregar á Padilla, y los hizo impiamente matar en su misma morada y arrojar por una ventana para juguete y ludibrio de la plebe. El prior de san Juan sitia á Toledo: fúgase el obispo Acuña disfrazado de vizcaino, y es conocido y preso cerca de la frontera de Francia: empieza á dividirse el pueblo, unos á favor de la paz, deseando otros la resistencia. Capitula la viuda de Padilla: entra el prior en la ciudad. La noble señora disfrazada de aldeana, sale á los diez meses de haberse apoderado del mando. Iban en su compañía Hernando Dávalos y una esclava negra, en cuyas adivinaciones fiaba. Llegó á Portugal y se cree que muriese en Lisboa.

El rey concedió perdon con muchas excepciones. Fueron juzgados y muertos algunos comuneros, y se extinguieron las comunidades de Castilla, que hemos narrado con la brevedad que nuestra obra exige, pero con toda la imparcialidad y buena fé que cumple al historiador.

CAPITULO III.

El emperador Cárlos V en Alemania, primer rey de este nombre en España, habia partido de la Coruña el 20 de mayo de 1520, como dejamos escrito. A los seis dias arribó á Sandwich, en Inglaterra, donde fué obsequiado por su tia Doña Catalina, mujer de Enrique VIII. Pasó en Cantorbery la páscua del Espíritu Santo, y en aquel tiempo concertó alianzas con el rey ingles, que se obligó á ser árbitro y medianero en las cuestiones con Francia. Hízose luego al mar y desembarcó en Flesing, puerto de Flándes. Llevaba el corazon herido por los disturbios que empezaban á sentirse en Castilla y en Valencia, diversos ambos en su objeto, y en su gravedad.

Afligia la peste á Aquisgran, y los electores y caballeros rogaban al emperador que se coronase en otra ciudad, mas no quiso, diciendo que en aquella, ségun lo prevenido por el emperador Cárlos IV y consignado en la bula de oro, debia tener lugar la ceremonia. Salió de Bruselas llevando consigo á su tia la princesa Margarita, á D. Fernando su hermano, á los cardenales Jorje de Austria, obispo de Lieja, y Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo; al duque de Alba, al marques de Villafranca y otros grandes señores españoles, flamencos, borgoñones y alemanes; los arzobispos de Tréveris y Colonia, el palatino del Rhin. Tres mil soldados alemanes le servian de ostentacion y escolta; sus guardias iban ricamente vestidos, lo mismo que los nobles y pajes que le acompañaban. Salieron á su encuentro los electores y legados del duque de Sajonia y marques de Brandemburgo, y apeándose todos, el elector de Maguncia le dió la bienvenida en elegante oracion.

Volvieron á caminar: á las puertas de Aquisgran estaban los prelados y clero: lleváronle bajo palio á la catedral, donde se cantó el *Te Deum*, y se le ungió y coronó el 21 de octubre con arreglo al ceremonial en tales solemnidades acostumbrado, por mano de los arzobis-

pos de Colonia y Tréveris. Concluidos los festejos, señaló á Worms para celebrar la primer dieta del imperio, y empezó á recorrer algunas ciudades de sus dominios.

Miéntras pasaban estas cosas, las comunidades de Castilla tenian trágico fin, y á poco en la frontera de Navarra ocurrieron graves sucesos. Enrique de Labrit, protegido por Francisco I, que envió sus soldados á las órdenes de Andres de Fox, señor de Lasparre, jóven valiente pero inexperto, trataba de ocupar el trono de sus padres. Se apoderan los franceses de San Juan de Pié de Puerto en 15 de mayo de 1521, y se dirigen á Pamplona por el Roncal; se rinde la ciudad retirándose los defensores al castillo. Hallábase entre ellos Iñigo ó Ignacio de Loyola, capitan de infantería, jóven noble y valiente, guipuzcoano, que herido en ambas piernas á los primeros tiros, cayó al foso, y fué trasladado á la casa paterna. Este jóven postrado en el lecho del dolor mereció especiales favores de Dios, y concibió el proyecto de abandonar el mundo, y dejando su compañía de soldados, fundar una órden religiosa que denominó Compañía de Jesus. ¡Feliz herida! Creció esta órden en medio de persecuciones, se extendió por Europa, sus misioneros llevaron á todo el mundo la religion civilizadora de

Jesucristo, enseñaron á la juventud, y se consagraron á la mayor gloria de Dios. Vivas están las obras de sus sábios escritores, y el más ilustre historiador de España fue jesuita. A su tiempo hablaremos de esta institucion con la extension que merece.

Envalentonado Lasparre, penetró hasta Logroño, sometió las principales ciudades de Navarra; mas imprudentemente presenta batalla campal: es derrotado, herido de un golpe de maza en la frente, y hecho prisionero. Dispérsanse los suyos, y vuelve Pamplona y toda Navarra á unirse á Castilla para no separarse nunca.

Llegó por fin el plazo señalado para la celebracion de la dieta. Lutero habia sido citado, y se le habia dado un salvo conducto para comparecer. Cárlos V presidia; veiase rodeado de siete electores, de veinte duques, de ocho margraves, de treinta obispos y de muchos diputados de las diferentes ciudades del imperio. Tratáronse los asuntos políticos de mayor interes, y se quiso arreglar la cuestion religiosa.

La entrada de Lutero en la ciudad habia sido magnífica. Miles de almas salieron á su encuentro, las calles estaban obstruidas por la multitud, todas las ventanas cuajadas de gen-

te, que hasta en los tejados se apiñaba ansiosa de ver al que llamaban su profeta.

Entra Lutero en la dieta donde estaban sus protectores, Federico, elector de Sajonia, su hermano Juan, el duque Jorge y otros señores decididos á sostener la herejía. Es interrogado por el doctor Eck si se confesaba autor de los libros que llevaban su nombre, y se le presentaron, y si estaba pronto á retractar los errores que contenian. Lutero reconoció por suyas las obras que tenia delante, y dijo que necesitaba tiempo para pensar si reconocia la doctrina que sustentaban. Cárlos V al oir esta evasiva de Lutero, y el tono vacilante en que se expresó, dijo al que tenia al lado: «Veo que no ha de ser este fraile el que me ha de hacer apostatar de la fe.»

Citan á Lutero para el siguiente dia, y no sólo afirma que los libros son suyos, sino que perdiéndose en sofísticos argumentos, dijo que eran materias de conciencia y que debia sostener sus doctrinas.

El comisionado de la dieta le interpela una vez y otra, y Lutero insiste en que se le convenza de error, pero no por decisiones de Pontífices, que menospreciaba; nó por Cánones de los concilios, que estaban, segun él decia, sujetos á error; nó por autoridad de santos Pa-

dres y teólogos, sino por la palabra de Dios consignada en la sagrada Escritura.

Al siguiente dia, el emperador leyó una profesion de fe que habia escrito, en que decia que sus antepasados los reyes de España, los archiduques de Austria y los duques de Borgoña, protectores de la fe católica, habian defendido su integridad con su espada y á costa de su sangre, velando porque se diese á las decisiones de la Iglesia el respeto y obediencia debidos. «No perderemos de vista tan gloriosos ejemplos; marcharemos pisando las huellas de nuestros antecesores y protegeremos con todas nuestras fuerzas la fe que nos dejaron en herencia.» Continuó diciendo que habia un fraile que se atrevia á combatir los dogmas de la Iglesia y al jefe de la cristiandad, defendiendo tercamente los errores en que habia incurrido; que se opondria, áun á costa de la vida, al progreso de tales errores, é impediria que Alemania cometiese el crímen de perjurio. Que desde entónces, añadió, no oiria más á Lutero, cuya pertinacia era conocida, y le mandó salir de la ciudad respetando el salvo conducto y la palabra real empeñada; debiendo empero en su camino abstenerse de predicar y de promover desórdenes.

Ya no volvió Lutero á presentarse á la die-

ta, pero el arzobispo de Tréveris y otros prelados tuvieron el candor de figurarse que alcanzarian algo oyéndole varias veces. Todo fué inútil. Salió Lutero de Worms para Witémberg, se burló de las órdenes recibidas, predicó y excitó los ánimos. El emperador publicó entónces un edicto contra el novador y su doctrina, mandó quemar los libros, y dispuso que si no se retractaba en el plazo señalado por el pontífice, fuese aprendido y castigado como hereje. Mas sus valedores no creyéndole seguro, lo llevaron á la fortaleza de Wartbourg, poéticamente situada en una eminencia, desde donde se descubren los magníficos valles de Thuringia. En este retiro, que Luteró llamaba su Pátmos, estuvo hasta la muerte de Leon X, que ocurrió en 2 de diciembre de 1521.

El exámen es la duda, dice Mr. Audin en su excelente historia de Lutero; admite ó rechaza, segun su capricho; es el desórden introducido en la familia cristiana, la anarquía erigida en sistema... Cuando se permite á los hombres sublevarse contra la autoridad religiosa, debe permitírseles por el mismo principio que se subleven contra la autoridad política; y segun un notable escritor, las novedades de Lutero tendian á destruir toda autoridad divina y humana.

Hallándose Cárlos V en Worms, murieron los dos de Croi, objeto de la animadversion de los españoles: el cardenal arzobispo de Toledo de una caida de un caballo en una cacería, y el señor de Xebres pocos meses despues, de enfermedad natural.

Creyó el emperador conveniente su regreso á España, y dejando al frente del imperio á su hermano D. Fernando y por gobernadora de los Paises Bajos á su tia la infanta Doña Margarita, dispuso una poderosa armada, desembarcó en Calais, plaza entónces inglesa, pasó el Estrecho, y despues de haber tomado tierra en Douvres, de concertar un tratado contra el rey de Francia, y de haber arreglado su casamiento con María, hija de Enrique VIII y de Doña Catalina, niña á la sazon de siete años, y que más tarde se enlazó con el hijo del emperador, arribó al puerto de Santander el 16 de julio de 1522, á los veinticinco meses y veintisiete dias de su partida de España.

Llegó á Palencia, se trasladó á Tordesíllas á ver á su madre; y en Valladolid mandó construir en la plaza un tablado, y á su presencia se publicó perdon é indulto general, mandando que no se fulminasen más procesos, que se quemasen los que estaban en curso, que se restituyensen los bienes á los procesados, ex-

ceptuando expresamente del perdon á ochenta indivíduos. Murieron varios de ellos en público cadalso; siete procuradores comuneros en Medina del Campo, D. Pedro Pimentel en Palencia, el pellejero de Salamanca en Vitoria. Los del consejo pedian más castigos: «basta ya, no se derrame mas sangre,» contestó el emperador. Un villano fué á advertirle donde estaba oculto Hernando Dávalos, uno de los principales jefes comuneros. Supuso el rey que no lo habia oido; volvió á decirlo, y D. Cárlos le contestó ásperamente «fuera mejor que le dijeses donde estoy yo, que no decirme donde está él.»

Aún vivia la insurreccion en Valencia, y desplegaba cada vez más fiereza y derramaba más sangre. No era una cuestion política la que se ventilaba; era una cuestion social: el elemento plebeyo contra el elemento noble. Si estos sucesos se hubieran enlazado con las comunidades, si tanta gente tan resuelta y atrevida como se *agermanó* hubiese hecho causa comun con los castellanos, muy difícil hubiera sido atajar el incendio. Pero no: en Valencia los nobles trataban imperiosamente á los plebeyos; no habia para ellos compasion ni justicia; creíanse no una institucion, sino una casta y, no tenia remedio, los ofendidos buscaban

con avidez una ocasion, un pretesto para vengarse. Presentóse á poco: los piratas argelinos infestaban las costas: una disposicion de los Reyes Católicos mandaba á los pueblos que se armasen y defendiesen. Juan Lorenzo, cardador, creyó que los gremios debian armarse y armados resistir contra los nobles. Propuso que se formara una junta compuesta de menestrales en número de trece, siendo condicion precisa que siempre hubiese en ella un labrador, un velluter ó fabricante de terciopelo, un pelaire y un tejedor. Juan Lorenzo era hombre querido de la plebe, autorizado por sus canas, de fácil palabra y no agreste forma. Jóven, impetuoso, atrevido y valiente, Guillen Castelví, conocido por Sorolla, uno de los trece, se asoció inmediatamente y fué el alma de los movimientos ulteriores.

Era necesario hacer un alarde de fuerza, comprometerse de un modo definitivo y cometer un atentado que no permitiese retroceder. Achacábanse en el púlpito los males que la peste ocasionaba en aquel reino á los pecados de los hombres, especialmente al vicio de sodomía; los gremios buscan á los que suponian incursos en este delito; prenden á un panadero, asaltan la catedral, donde estaba refugiado, rompen las puertas, sacan al reo y lo

queman vivo. Ya eran poderosos para menospreciar la autoridad; jueces para condenar, verdugos para ejecutar su sentencia. Tres mil hombres con las armas en la mano dominaron por el terror aquella ciudad.

El rey, que por la prisa con que viajaba para Santiago no pudo ir á celebrar Córtes en Valencia, mandó que las presidiese el cardenal Adriano. Negábanse el clero y la nobleza, y andaba el rey desabrido con estas clases, cuando una diputacion de los trece se le presenta pidiendo que se les permita el uso de armas, organizarse y pasar revista á su gente.

D. Cárlos, sea por no comprender el espíritu que animaba á los agermanados, sea porque deseaba vengar el agravio que le habian hecho las clases privilegiadas, accedió á lo que pedian los que, aclamando el nombre del rey, cometian tales desafueros. Ya no ocultaron su propósito: empezaron insultando á los nobles llamándoles tiznados, arrebatando del suplicio á un reo de muerte, y declarando que no se impondria pena capital á ningun plebeyo culpable, sin que al mismo tiempo se le impusiese á un noble, culpable tambien. Pasan revista en la ciudad á un crecido ejército de populares. Játiva y Murviedro siguen el movimiento, y en este último punto los nobles con sus familias se re-

fugian al castillo, y asaltado y ocupado por la plebe, son todos pasados á cuchillo, sin que se perdonase la debilidad de las mujeres ni la inocencia de los niños.

Huyen despavoridos los nobles, llegando á tanto el terror, que en mucho tiempo no se vió ninguno en la ciudad. Acertó más tarde á pasar uno por la calle; y una mujer llamando á un niño suyo le dijo: para que en algun tiempo puedas decir que viste un noble en Valencia, mira, aquel lo es.

D. Cárlos, á instancia de los nobles, nombra virey al conde de Mélito, entra acompañado del gobernador de la ciudad D. Luis Cavanillas ó Cavanilles, como le llama Luis Vives, y se dirige por calles extraviadas á la catedral. «No por ahí, gritó Sorolla, sino por otra parte debe hacerse la entrada.» El débil conde siguió la carrera que le designó el tribuno. Pídenle á poco que nombre á dos menestrales síndicos de la ciudad, se niega; y Sorolla le intima que si no accedia, correria la sangre hasta en su mismo palacio. Hácese la eleccion de síndicos; son desairados los propuestos por el virey, y nombrados los designados por la junta de los trece.

Decídense luego los agermanados á lanzar de la ciudad al virey. Sitiado en su palacio, se

defiende, y Sorolla queriendo ver la popularidad que alcanzaba, se oculta y hace que se extienda por las masas la voz de que el virey le habia dado muerte. Este diabólico artificio produjo el resultado que deseaba. Al grito de *muera el rey* recorren los sublevados las calles, asesinan á los habitantes pacíficos que no se les unen, y cometen crecido número de crímenes. Hallábase en Valencia el anciano obispo de Segorbe; pasa de noche á la habitacion de Sorolla, su mujer le niega; pero ínstala el prelado, pónese de rodillas delante de ella, y logra á fuerza de ruegos que se presente el marido. Convéncele él obispo de la necesidad de apaciguar el tumulto, monta en la mula, coloca á Sorolla á las ancas, varios criados van alumbrando con hachas, y llegan en esta forma al palacio del virey. En cuanto la multitud ve al tribuno, prorumpe en aclamaciones de estusiasmo, y se dispersa como por encanto á los gritos de *viva el rey*, *viva Sorolla*.

Mas el virey habia comprendido lo delicado de su posicion, y á la madrugada del siguiente dia evacuó la ciudad. Corre la voz; mandaderos de la junta van de pueblo en pueblo predicando la insurreccion, y á poco, exceptuando á Morella, Onda y Bocairente, todos los pue-

blos de Valencia se declaran por la germanía. Sucedió entónces lo que sucede siempre; el pueblo desbocado fué de exceso en exceso, y desconoció la junta de los trece, única autoridad popular que habia en el reino. Vicente Peris, velluter ó sea terciopelero, más audaz que los otros, empezó á gobernar á su antojo. Mandó asesinar á un infeliz que dijo, ó le achacaron que dijo, que á no quemar á Valencia no podria acabarse con la germanía. Sale un sacerdote con el copon, abrázasele el desgraciado mozo, mas los de Peris derraman las formas por el suelo y le asesinan entre los brazos del clérigo, cuyas vestiduras salpican de sangre. Sábelo Juan Lorenzo y exclama: «nunca para esto se inventó la germanía: tú, Peris, y los tuyos sereis la perdicion de Valencia.» El menestral Lorenzo se aflige y se preocupa tanto al ver el horrible sacrilegio, que cae muerto á las pocas horas. Este infeliz, causa primera de la germanía, no conoció que una vez soltada la piedra de la mano es difícil variar su direccion y moderar su impulso.

El gobernador invitó á los nobles á una reunion en Denia. Lograron que los moriscos tomasen las armas en su favor, y el duque de Segorbe fatigaba los alrededores de Valencia. Acuden los de Murviedro en busca de socorro;

inflama á los valencianos predicando guerra santa contra los señores, un agustino, fray Lucas Bonet, y salen para Sagunto cinco mil hombres capitaneados por un menestral, llevando la bandera un cardador, y haciendo un mesonero de maestre de campo. Fueron vencidos los agermanados. Tambien lo fueron en Orihuela con pérdida de cuatro mil hombres. En cambio Vicente Peris puso en vergonzosa fuga al virey conde de Mélito y se apoderó de seiscientos moros que capitularon abandonando el castillo en que se habian hecho fuertes. Impúsoles por condicion que se bautizasen: hácenlo así, y en el acto ordenó Peris que los pasaran á todos á cuchillo, gritando ¡bárbaro! «¡almas para el cielo!»

Logra por fin el virey ocupar á Murviedro; otras fuerzas se acercan á Valencia, y la junta de los trece sin fuerza moral, sin apoyo material, sin recursos para atender á las necesidades de los agermanados, viendo que por todas partes se acercaban tropas reales, decide abrir sus puertas al conde, librándose por la fuga los principales comprometidos. Peris hízose fuerte en Alcira, consiguió que las tropas del virey levantasen el sitio, y se dirigió camino de Valencia. Logra una noche penetrar en la ciudad; convoca á los suyos, ármanse

todos. El pueblo pacífico oye con asombro tan funesta nueva. Los templos, expuesto el Santísimo, sirven de asilo y refugio á mujeres, niños y ancianos. El gobernador forma tres columnas de ataque y se acercan al barrio que habitaba Peris: varios vecinos ármanse en contra del tribuno. Fuego nutrido hacian los sublevados, y una vez y otra decae el valor de las tropas reales.

Los terrados y balcones estaban coronados de defensores, que lanzaban agua y aceite hirviendo, piedras y utensilios sobre los soldados; en la estrecha calle de Gracia donde vivia, ni podian formarse ni defenderse; estaba obstruida por los cadáveres, y en lucha tan desigual iban trascurridas tres horas, sin que obtuviese el gobernador ventaja de ningun género. Logran por fin algunos soldados avanzar hasta la casa de Peris y prenderla fuego: arde, cunde el incendio, huyen sus defensores, sálvanse entre las llamas la mujer y los hijos de Peris, mientras este peleaba tenazmente, viendo impertérrito desplomarse sobre su cabeza la techumbre de su pobre casa. Entrégase al fin al capitan D. Diego Ladron, y un grupo de gente del pueblo se avalanza sobre él, lo cuelga de una horca, le corta la cabeza y la coloca en una picota en la puerta de san Vi-

cente; arrasa su casa, que forma hoy parte de la plaza de Galindo, y... siempre lo mismo... el pueblo irritado, bestia feroz.

Nombró el rey para el vireinato de Valencia á la reina Germana, que habia casado en segundas nupcias con el marques Juan de Brandembourgo. Murió este caballero á poco, y el rey la casó de nuevo con D. Fernando de Aragon, duque de Calabria, y confirmó á ambos en el cargo. Hallábase este caballero preso en el castillo de Játiva: los comuneros le buscaron para casarle con la reina Doña Juana, y se negó: le quisieron poner en libertad, y se negó tambien á recibirla, diciendo que sin licencia del Emperador no saldria de la prision. ¡Buen caballero!

¿Quién no creeria, ocupada la ciudad, apoderado el gobierno de las principales villas, muerto Peris, que no hubiese terminado la horrible guerra de la germanía, que cerca de tres años habia ensangrentado el país? Pues aun apareció un nuevo caudillo: *el Encubierto*. Era este un personaje misterioso: llamábase el hermano de todos, decíase nieto de los Reyes Católicos, y se armó como vengador de Vicente Peris. Súpose luego que era de raza hebrea, diestro en el idioma de Castilla y gran embaidor. Atrájose parciales; pero puesta su cabeza

á talla por el marques del Zenete, fué asesinado por dos villanos cobardemente, cuando imaginaba poder penetrar en la ciudad. Quemaron su cadáver, su cabeza fué clavada en la torre de Cuart. Játiva se rindió despues de notable defensa; Alcira sin resistir. Guillen Sorolla fué vendido por un criado y murió en un cadalso en Játiva; aun se llama de Sorolla la calle donde habitó: Franco y otros jefes de los agermanados murieron desgraciadamente y se apaciguó el país.

En Mallorca habia prendido el fuego de la germanía: cometieron los gremios iguales desafueros que en Valencia. El virey tuvo que refugiarse en Ibiza y reclamó tropas. Volvió luego con fuerzas respetables á Mallorca, hizo que los agermanados levantasen el sitio que tenian puesto á Alcudia, y los derrotó cerca de Polenza y en Rafel Garces. Tuvieron que rendirse, y el rey indultó á la gente de ménos importancia y condenó á los jefes á pena capital.

Así concluyeron las discordias intestinas. El país callado más que contento: el rey sin extranjeros, sin tutores, se dedicó á los negocios públicos.

CAPITULO IV.

Rey de tan extensos dominios, tenia Don Cárlos bajo su cetro á España, Nápoles, Sicilia, Paises bajos, el imperio Germánico y el Nuevo Mundo. No habia equilibrio europeo. Difícil era gobernar tantos y tan diversos estados, sin enlace ni conexion entre sí, distintos en costumbres, en idioma, en carácter y en intereses; darles unidad, y hacerlos servir á un mismo pensamiento. El rey era un jóven de alta capacidad: habia aprendido en los desgraciados sucesos de España, que reinar es carga que no debe declinarse, y que un rey puede tener amigos, nunca favoritos.

Comprendió al instante que sería objeto de malquerencia; que tanta fortuna tendria envi-

diosos, y que eran fáciles alianzas y conciertos entre príncipes y soberanos, para comprometerle en funestos acontecimientos y enemistarle con sus pueblos. El rey de Inglaterra Enrique VIII, que poseia ademas de Calais otras ciudades francesas, podia enviar sus tropas al continente, hostilizar á Francia ó á los Paises Bajos, guareciéndose en caso de descalabro en las costas blancas de su patria. Era esforzado, altivo y poco de fiar. Dominábale el cardenal Wolseo, nacido en pobre cuna, disimulado, sagaz, ambicioso y atrevido. Francisco I de Francia mandaba un pueblo noble y valiente, tenia espíritu caballeresco, era ambicioso é intrépido, y se habia amamantado con la lectura de los libros de caballería. Leon X, de gran influencia en la suerte del mundo, aunque no satisfecho de los franceses, estaba vacilante y perplejo, sin saber hácia qué parte inclinarse. Soliman, emperador turco, hombre de altas dotes, amenazaba con sus escuadras toda la cristiandad; y Lutero hacia cundir pasmosamente su doctrina por Alemania.

En medio de esta situacion apareciendo Don Cárlos inesperadamente en Inglaterra; ofreció á Wolseo, que le ascenderia á la Silla Pontificia, y concertó con Enrique VIII el tratado de Sandwich, en cuyo cumplimiento pasó más tar-

de á Francia el monarca ingles, á avistarse con Francisco I, prometiendo luego auxiliar á D. Cárlos con cuarenta mil hombres. Ofrece el Emperador devolver á Esforcia el Milanesado, y estipula con Leon X, un tratado secreto restituyendo á la Santa Sede á Parma y Plasencia, y obligándose el Pontífice á unir sus tropas á las del César. Forma alianza con las repúblicas de Génova y Venecia; hace que su hermano D. Fernando levante tropas en Alemania y lo dispone todo con gran tacto político. Estos conciertos, hechos con tanta oportunidad como sigilo, nacieron en la cabeza del jóven Cárlos sin consejo de nadie, y tanto, que cuando llegó á enterarse Mr. Xebres, vió perdida su influencia y murió de pesadumbre.

Francisco I deseaba á toda costa apoderarse de Italia y vejar y molestar al Emperador. Habíale disputado el imperio; estaba roto el tratado de Noyon; protegia las pretensiones de Enrique de Labrit al trono de Navarra y ocupó á Fuenterrabía; habia visto con gusto y favorecido de oculto los movimientos populares de España; lanzó á Francisco Esforcia de Milan, y dispuso que un súbdito suyo, Roberto de la Marca, duque de Bouillon, moviese guerra al Emperador y atacase al ducado de Luxemburgo. En medio de tanta audacia, cuando Cárlos

le pidió cuenta del atentado de Bouillon, negó haber dado órden, consejo ni apoyo á tal demasía, y dejó sólo al duque, que no pudo resistir las armas del de Nassau, y que perdió gran parte de sus estados.

Reunió D. Cárlos Córtes en Palencia, obtuvo un subsidio de cuatrocientos mil ducados para la guerra con Francia, y reuniendo un ejército de veinticinco mil hombres, pasó á la frontera francesa por la parte de Navarra, y recuperó á Fuenterrabía despues de largo y penoso cerco. Los franceses llegaron á reunir veinte mil infantes, dos mil caballos y treinta piezas, á las órdenes de Mr. de Lapalisse, y dos escuadras protegian los desembarcos é introducian víveres en la plaza.

Poco tiempo disfrutó Leon X de Parma y Plasencia: al dia siguiente de habérsele restituido murió, en 2 de diciembre, como ya dejamos escrito, no sin sospecha de veneno. Reunióse el cónclave, y el 9 de enero fué aclamado Papa por unanimidad el cardenal Adriano; no habiendo llegado la noticia á Vitoria, donde se hallaba, hasta el nueve de febrero siguiente. Pareció repugnar tan grave cargo, y no se embarcó para Roma hasta el 6 de agosto. Gran trabajo costó al Emperador apaciguar á Wolseo; mas lo consiguió á fuerza

de honores y dinero. El nuevo Pontífice no era guerreador, y trató de concertar al rey Francisco y á D. Cárlos. Hacíales ver que el enemigo comun era el turco, que acababa de apoderarse de Rodas, poseida desde 1307 por los caballeros de san Juan de Jerusalen, que en número de cinco mil resistieron valerosamente á doscientos mil enemigos, y que obtuvieron mas tarde por cesion del Emperador las islas de Malta, Trípoli y Gozo. Proponia una tregua de tres años: buen pensamiento, pero que requeria más inteligencia y más vigor que el que tenia el virtuoso prelado. Vivió poco más de veinte meses; murió con grande placer de los romanos, que deseaban pontífice querellador y guerrero. Colocaron entre guirnaldas en la casa del médico que le asistió en su última enfermedad un cartel que decia: *Al libertador de Italia.*

Francisco I se lisonjeaba de apoderarse de Nápoles, diciendo que en otro caso no dejaria en toda Italia piedra sobre piedra, y á las órdenes del almirante Bonnivet envió un cuerpo de treinta y tres mil hombres á Lombardía. Esperábanle Próspero Colona, el marques de Pescara, Antonio Leiva y Hernando de Alarcon, ilustres guerreros que recobraron las plazas que ocuparon los enemigos, y en esta ex-

pedicion funesta para la Francia, murieron muchos de sus guerreros al filo de la espada, otros á la violencia de la epidemia que reinaba en aquel país. Era general de la liga Francisco Gonzaga, marques de Mántua. Mandaba las fuerzas del César, Lanoy, virey de Nápoles, y el condestable Cárlos de Borbon, pariente próximo de Francisco I, general ilustre que, ofendido vivamente, tuvo la desgracia de hacer armas contra su patria.

En esta primera guerra, á que no asistió Francisco I, murió Próspero Colona, envenenado segun se dijo. Leiva se apodera de Valencia del Pó: los franceses levantan el cerco de Milan; Juan de Urbina sorprende una noche el campo enemigo, les quita cinco banderas, y arrolladas en el brazo las lleva á su campamento. Hernando de Alarcon atacó una brigada y la quitó doce cañones; el marques de Pescara en una encamisada, introdujo el espanto en el campo frances y causó horrible destrozo. «¿Qué tal os ha ido con los españoles en Italia?» preguntaron al almirante, que volvió desairado á Francia, y contestó: «cinco mil españoles, son cinco mil soldados, cinco mil caballos, cinco mil gastadores y cinco mil diablos.»

Bayardo, llamado el caballero sin miedo y sin mancilla (*sans peur et sans reproche*) ser-

via en esta guerra, á las órdenes del almirante Bonnivet. Una de las faltas del rey de Francia fué no haber dado el mando de sus ejércitos al más denodado, más aguerrido y más leal de su tiempo, por cuya mano fue armado caballero.

Derrotado el ejército frances, herido Bonnivet en la retirada, Bayardo recibió un balazo que le partió la espina dorsal. Hizo que le arrimasen de pié á un árbol, besó el pomo de su espada y recitaba algunos versículos del *Miserere*, cuando se acercó el condestable Borbon, que abandonando á su rey se habia pasado al campo del emperador. Empezó á manifestarle la pena que tenia al verle en tan deplorable estado. «Gracias, monseñor, le replicó Bayardo, no tengais lástima de mí: muero como honrado: vos si que sois digno de compasion, que empuñais las armas contra vuestro rey y vuestra patria, quebrantando vuestros juramentos.» A poco expiró: era el 30 de abril de 1524. Este caballero, el héroe más popular de la historia de Francia, solia decir: «no tengo más que un señor en el cielo, que es Dios, y un señor en la tiera, que es el rey de Francia.» Preguntábale un dia un noble que es lo que un caballero debia dejar á sus hijos por herencia, y decia: «Lo que no teme la

lluvia, ni la tempestad, ni la fuerza, ni la injusticia de los hombres; la sabiduría y la virtud.»

Francisco I con veintiseis mil franceses y catorce mil suizos pasó por fin los Alpes en lo rigoroso del invierno. No era esperado: Borbon habia ido á Alemania á recoger el ejército que habia prevenido el archiduque D. Fernando. Leiva demolió el castillo de Novara y se retiró á Pavía: con él los principales caudillos. Muchos, los ataques parciales, las escaramuzas, los rebatos, mucha la gente que murió por una y otra parte. Mas el rey de Francia con gran ímpetu ocupa á Milan, que tuvieron que evacuar los españoles, y lleva su ejército á Pavía poniendo estrecho cerco á la plaza. Tres meses largos duraba el sitio: el frances habia guarnecido y artillado su campo, y esperaba que se rindiese Pavía, sabiendo el corto número de sus defensores, escasos de dinero y víveres. Conciértase el ejército español que estaba fuera de la plaza con Leiva que la guarnecia, y preparan expediciones y combates parciales. Al ver la poca gente que tenian los imperiales, burlábase de ellos el rey frances, y envió á decir á Pescara, que le daria doscientos mil ducados porque saliese á pelear. «Decidle, contestó el valiente marques al mensajero, que si tiene dinero, que lo guar-

de, que bien lo habrá menester para su rescate.» Otras veces volviéndose Francisco I á su almirante, burlaba de él preguntándole: «¿adónde están esos leones, que deciais?»y el almirante contestaba: «duermen.»

Una noche los marqueses de Pescara y del Vasto salieron con dos mil soldados, pasaron agua á la cintura el rio, y dirigieron una encamisada á Menza, villa y castillo fuerte á cinco leguas de Lodi. Llegan, son sentidos, pero arriman escalas al muro, logran apoderarse de las puertas, penetran en la villa, degüellan la mayor parte de la guarnicion y regresan á sus reales con prisioneros y riquezas. Mucho sintió Francisco I esta nueva, que le notició el almirante diciéndole: «Señór, ya han despertado. Y si esto hacen en camisa, ¿qué no harán cuándo lleguen á vestirse?»

Quiso Francisco I hacer un reconocimiento y se acercó á la plaza, pero tuvo que retirarse; y habiendo recibido un refuerzo por mar, se propuso sorprender la ciudad de Nápoles, proyecto que se frustró por haber llegado Borbon con los doce mil alemanes que reclutó el archiduque Fernando. Desconfiaron los nuestros de los alemanes que estaban dentro de la plaza, alborotados por falta de pagas, y que habian señalado un dia hasta el cual esperarian. Agitaba

los ánimos de esta gente su jefe, que segun se creyó estaba de concierto con el rey de Francia: murió tan oportunamente, que se dudó que su muerte hubiera sido natural. Leiva recogió cuanta plata habia en Pavía, ya de las iglesias ya de los particulares, y acuñó moneda con el lema: «Los cesarianos cercados en Pavía, año de 1524. Mas esta situacion no podia prolongarse: los recursos y víveres que mandaba el gobierno español no podian penetrar en la plaza. Brindáronse los soldados españoles á servir sin sueldo, y se despojaron de cuanto poseian para pagar á los tudescos.

Ocurrió entónces un funesto acontecimiento. Sucedió en el Pontificado á Adriano VI, Julio de Médicis, que tomó el nombre de Clemente VII, y propendia por la causa francesa. Envió á Pavía dos legados para enterarse de los recursos y esperanzas de los españoles: pasaron luego al campamento de Francisco I, y viendo la abundancia de gente y víveres, aconsejaron al Pontífice que le protegiese y considerase perdida la causa española. Hízolo así, costándole no pocos pesares tal conducta.

En esto llega Borbon con los alemanes, y habido consejo con Lanoy, virey de Nápoles,

con el duque de Milan y el marques de Pescara, resolvieron presentar batalla y fueron á colocarse cerca del campamento frances. Lograron tener inteligencias con Leiva, concertando que en ocasion oportuna hiciese una salida de la plaza, hostilizase por retaguardia á los franceses y volase el puente sobre el Tesino para impedir toda retirada.

Antes de llegar á las inmediaciones de Pavía, Pescara se apartó del camino y atacó y tomó á viva fuerza el lugar de Santángelo. Áun no estaba señalado dia para la batalla: el atrevido Pescara llevaba á las inmediaciones del real enemigo una compañía de arcabuceros; se acercaban á los bastiones, sonaban sus clarines, y al grito de *España, España,* disparaban sus arcabuces. Poníanse en armas los franceses; mas no veian á los enemigos. Esta falsa alarma se repetia todas las noches y por distintos puntos: volvian los franceses á apercibirse á la pelea, y el impalpable enemigo habia desaparecido. Creyeron conveniente despreciar estos rebatos, y sordos á los gritos de *viva España* no tomaban ya las armas. Seguro Pescara de que no le hacian caso, reune una noche mil cuatrocientos soldados, penetra en el real, se apodera de los cuarteles que ocupaban cuatro mil italianos; los ataca, mata

gran número, dispersa el resto; penetra en los alojamientos de los principales jefes, hace prisioneros á muchos, colócase repentinamente en la plaza de armas, clava gran parte de la artillería, y cargados de riquezas regresaron sus soldados al campo en cuanto oyeron el clarin, que era la señal de retirada. La mayor parte de los italianos se dispersaron; el cardenal de Lorena y el Datário del Papa se pusiéron en salvo; no pocos aventureros abandonaron su empresa. A la mañana vinieron parlamentarios á ofrecer rescate por los prisioneros, y se supo el terror que habia producido esta escaramuza, que habian muerto cerca de dos mil italianos, y que el almirante decia á su monarca «ya ireis viendo las manos que tienen los españoles.»

Señalóse para la batalla el dia siguiente. Mandaba la vanguardia de caballería el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy; el centro, que entónces llamaban la batalla, el condestable Borbon, lugar teniente del Emperador, y la retaguardia Hernando de Alarcon con doscientas lanzas. La vanguardia de la infantería la mandaba el marques de Pescara; los doce mil alemanes á las órdenes de micer Jorge formaban el centro, y en la retaguardia Papacoda y César de Nápoles mandaban dos mil italianos; cons-

tando todo el ejército de veinte mil infantes y setecientas lanzas. Se eligió para la batalla el dia de san Matías, en que naciera el César y en que cumplia veinticinco años. Se llevó el equipaje al castillo de Sant Angel, mandóse que todos los soldados se pusiesen la camisa encima de la ropa para ser conocidos; y á las nueve de la noche recorrian el campo los tambores sin cajas, sonando sólo los palillos. Los generales vistieron de gran gala, bien armados y galanes, y lanza en cuja llegaron á la dehesa, llamada parque de Pavía, que tenia una legua de largo y adonde estaban acampados los franceses.

Al romper el dia vinieron estos en órden de batalla: mandaba su vanguardia el señor de Alenzon con cinco mil suizos y quinientas lanzas. Ocupaba el centro con dos mil caballos el rey de Francia, y Enrique de Labrit, que se titulaba aún rey de Navarra, y el príncipe de Escocia con sesenta caballeros principales, entre ellos el almirante, el duque de Lapalisse, el conde de San Pol, el mariscal Montmorency, un cuerpo de quince mil alemanes de la banda negra, diez mil franceses y quince mil suizos, componiéndose el ejército de cincuenta y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, con treinta piezas de

grueso calibre y gran número de montaña. Venian todos los caballeros franceses lujosamente vestidos con brocados, joyeles y cadenas de oro. Mr. de Alenzon rompió el fuego tratando de envolver á los italianos; mas estos se defendieron con gran vigor, pereciendo muchos de una parte y otra. Generalízase la pelea y á poco el almirante frances muere de un arcabuzazo, el marques de Civita de Sant Angel perece de una lanzada á manos del monarca frances. El virey de Nápoles y el condestable Borbon entran en el campo enemigo deseosos de apoderarse de Francisco I. El marques del Vasto corre grave riesgo, y Hernando de Alarcon estuvo próximo á perecer, muerto su caballo. Pescara, el valiente entre los valientes, acomete á los quince mil alemanes de la banda negra. «Mis leones de España, gritaba á sus soldados, hoy es dia de saciar la hambre de honra que siempre tuvisteis [1].» Acercábanse los alemanes, y Pescara dispuso que se arrodillasen los suyos para implorar el favor del cielo; y los doscientos arcabuceros tudescos que iban de vanguardia disparan y retroceden. La puntería fué alta y salieron ilesos nuestros soldados, mas en cuanto

[1] Sandoval, Historia de Cárlos V.

vuelven los alemanes la espalda, precipítanse los españoles sobre ellos al grito de *Santiago y España, que huyen;* y hacen horrible carnicería: calculáronse en cinco mil los muertos; el resto vuelve caras, pero es recibido por el capitan Quesada y dispersado. En esto sale Antonio de Leiva. Estaba muy doliente, hizo que le condujesen en silla de manos al lugar del combate. Impidió que tomasen parte en la pelea los enemigos, á quienes hostilizaba, y cortó el puente sobre el Tesino, para que no pudiesen los franceses salvarse por la fuga. El rey de Francia con valor heróico recorria el campo, animando á los suyos con la voz y el ejemplo, y se puso al frente de los quince mil suizos, cuyo mando tomara Alenzon despues de perdida la brigada de italianos. Pescara y Quesada habian sido heridos: cambiaron de caballos y volvieron á la pelea. Los suizos desmayaron, y el rey de Francia se decidió á ponerse en salvo.

Un soldado guipuzcoano, Juan de Urbieta, de Hernani, mató el caballo que montaba Francisco I, y poniéndole la espada al pecho le amenazaba con la muerte. «La vida, que soy el rey, dijo el monarca, y me rindo al Emperador.» En esto el vascongado le dejó por ir á pelear contra enemigos que se llevaban su ban-

dera; pero ántes alzándose la visera, dijo: «para que me conozcais, reparad que me faltan estos dientes.»

Estaba el rey tendido en tierra, cogida una pierna debajo del caballo, y temeroso de la muerte «daba voces diciendo que no le mata»sen que era el rey de Francia [1].» Llegáronse á él un soldado granadino llamado Diego de Ávila, y otro, gallego, apellidado Pita, y le ayudaron á levantar. Ávila le pidió el gage de rendido y recibió el estoque real lleno de sangre y una manopla. Quitóle la insignia de la órden de san Miguel, que llevaba al cuello, y aunque Francisco I le prometió seis mil ducados si se la dejaba, no quiso, diciendo que la reservaba para su rey. Fueron acercándose varios soldados, y el primer español de calidad que llegó adonde estaba el rey frances, fué el marques de Pescara, que rodilla en tierra le pidió la mano para besarla. Abrazóle el rey, y despues de manifestar el gusto que tenia en conocerle dijo: «mirad lo que á caballeros vencedores cumple; que los vencidos sean tratados con piedad; y ved á lo mucho á que los españoles, *que son los mejores soldados del mundo*, están obligados.» Enternecióse Pescara y ofre-

[1] Relacion de la batalla de Pavía, publicada por el Consejo en Madrid en Marzo en 1525.

ció que así se haria. En esto llegaron Lanoy, virey de Nápoles, el marques del Vasto, Hernando de Alarcon y otros, que fueron benévolamente acogidos y le besaron la mano. En su litera llegó Antonio de Leiva, y en cuanto le vió el rey dijo: «este es uno de los mejores capitanes del mundo.» A toda brida, estoque en mano, cubierto de sangre, calada la visera, venia un caballero. «¿Quién es?» preguntó el rey. Y cuando le dijeron que el condestable de Borbon, dió dos pasos atrás y se puso á espaldas de Pescara. Mas este caballero salió al encuentro á Borbon y le rogó que envainase el estoque. Hízolo así, y apeándose, fué á ponerse de rodillas delante del rey y á besarle la mano; y llenos de lágrimas los ojos le dijo: «si V. M. en algunas cosas hubiese tomado mi parecer, no se viera en la necesidad en que al presente está, ni la sangre de la nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.» Dió el rey un gran suspiro y exclamó: «Paciencia; pues ventura falta.»

Pusieron al ilustre prisionero un sombrero del virey, montáronle á caballo, y armado como estaba le condujeron camino de Pavía. Iba á su lado Mr. de la Mota, que le traducia los dichos facetos de los soldados españoles que hallaban á su paso. Unos le decian: «si pen-

sais que habeis sido preso por la mejor nacion del mundo, lo tendreis por bien empleado.» Otros «ea, señor, que en este toque se prueba el valor de los príncipes.» «Estad seguro, le decian algunos, que sereis mejor tratado del César, que él lo hubiera sido de vos.» Enterábase el rey de todo y mostraba placentero semblante. Sale al encuentro un arcabucero español llamado Roldan, y deteniendo la comitiva, le presenta tres balas, ó como entónces decian tres pelotas, dos de plata y una de oro, y acercándose al rey le dijo: «Ayer cuando supe, señor, que se iba á dar la batalla, construí seis pelotas de plata y una de oro: las de plata para vuestros Monsiures, y la de oro para vos. De las de plata yo creo que las cuatro fueron bien empleadas, porque no las eché sino para los sayos de brocado ó carmesí. Otras muchas pelotas de plomo he tirado por ahí á gente comun; Monsiures no topé más; por eso me sobraron dos de las suyas. La de oro, veisla aquí, y agradecedme la buena voluntad, que cierto deseaba daros la más honrosa muerte que á príncipe se ha dado; pero pues no quiso Dios que en la batalla os hubiese visto, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que una onza pesa y ocho ducados vale.» Rióse el rey y celebró el donaire, y tomando la bala de oro, le

dijo: «agradezco mucho vuestro buen deseo [1].»

Solicitó el rey no entrar en Pavía, diciendo que era mengua verse prisionero en una plaza que habia tenido cercada tanto tiempo. Pusiéronle en un monasterio extramuros, y le trasladaron á Pizzighitone, plaza fuerte cerca de Cremona, adonde le custodió Hernando de Alarcon.

Recordaria entónces el rey el dicho de un loco que tenia en su palacio, llamado Amaril; que oyendo discutir á los consejeros el punto por donde debia entrar el ejército en Italia, se acercó á Francisco I y le dijo: «Sire, vuestros consejeros son unos necios: han discutido por donde debeis entrar en Italia, y no han pensado por donde habeis de salir.»

¿Qué fué del ejército frances? ¿cuál suerte cupo á sus caballeros? Lamentable es decirlo; murió la mayor parte de la nobleza de aquel país; fueron acuchillados ó prisioneros muchos escuadrones; perecieron más de seis mil ahogados en el Tesino, el resto de los suizos fueron á refugiarse á Viqueven, á diez y ocho leguas de Pavía, y los demas se rindieron. Calculóse la pérdida en diez y seis mil hombres. Milan fué evacuado. Murieron en la pelea

[1] Sandoval y todas las relaciones de la época.

el duque de Sufollt, llamado de la Blanca Rosa, pretendiente al trono de Inglaterra; el almirante Bonnivet, el duque de Lapalisse, un hermano del duque de Lorena, el conde de Tonerre, el duque de Longueville, los mariscales de Francia Chabannes y de Foix, y otros ilustres caballeros. Quedaron prisioneros el príncipe de Bearne, Enrique Labrit, que se decia rey de Navarra, Mr. de Alenzon, cuñado del rey, el mariscal Montmorenci, el príncipe Talemon, el Senescal Armagnac, Mr. de Clermont, el baron de Murennes, Mr. d'Estanges, Laval, Chatillon, Saint German, é increible número de caballeros. El hijo del príncipe de Escocia, jóven de diez y siete años, pudo salvarse de la batalla; fióse de un villano para que le proporcionase la fuga, y el infame lo asesinó y fué á pedir albricias al marques de Pescara. Mas éste, indignado, en vez de dar las albricias que demandaba, hizo ahorcar al asesino, celebró solemnes exequias y enterró en Pavía al desventurado mancebo.

Participóse inmediatamente al Emperador la próspera noticia, y al Pontífice y á los venecianos. Enviaron todos, subsidios; y Clemente VII, para disimular su afeccion á los franceses, contribuyó con gruesa cantidad. Recibió

tres pagas el ejército, y los alemanes regresáron á su patria.

El Emperador «oida esta grande y maravillosa nueva, se retrujo en su cámara á dar gracias á Dios nuestro Señor, reconociendo que del le venia esta victoria, y no consintió que en su corte se hiziesen alegrías profanas, como se suelen aún en cosas de poca calidad facer; mas al dia siguiente fizo facer una procesion muy devota, para que todo el pueblo juntamente con él diesen gracias á Nuestro Señor por esta victoria; y él, confesado y comulgado, fué á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, donde fizo predicar que esta victoria no procedia de él sino de Dios, para que todos se inclinasen más á darle gracias por ella [1].»

Oyó el rey el parecer de su consejo. Algunos belicosos propusieron que entrase el ejército español en Francia. Opúsose el Emperador, y con hidalgo corazon prohibió que hostilizasen á sus enemigos. Quien queria que se conservase perpétuamente preso á Francisco I; el confesor del Emperador, obispo de Osma, opinaba que se le diese inmediatamente libertad, si prometia no mover nueva guerra:

[1] Relacion de la batalla, publicada por el Consejo.

el duque de Alba fué de dictámen que se libertase al cautivo con buenas condiciones. Esta fué la opinion del rey, añadiendo que restituyese ántes algunos estados que injustamente poseia.

Escribió el rey de Francia á su madre: «Todo se ha perdido ménos el honor.»

Recibió el Emperador carta de la madre de Francisco I y del mismo rey, en que le decia que libertándole podia mirarle como su esclavo, siendo sus palabras. «*Vous pouvets étre sur... de rendre un roi à jamais votre esclave*[1].» Contestó atentamente el Emperador, envió á Adriano de Croi, consejero de Estado y del Toison á visitar al rey frances y anunciarle las condiciones que imponia á su libertad; siendo las principales la restitucion de la Borgoña y del Artois, la cesion de la Provenza y el Delfinado al condestable Borbon, que tomaria el título de rey; la cesion á Inglaterra del territorio sobre que habia alegado derechos y una renuncia absoluta al reino de Nápoles y el Milanesado; paz universal y alianza contra el turco. Cuando oyó estas condiciones, Francisco I puso mano á la daga que lle-

[1] Documentos para la Historia de Francia, publicados por aquel gobierno y donados á la Real Academia de la Historia por el rey Luis Felipe.

vaba al cinto y dijo: «vale más morir rey de Francia.» El señor de Alarcon echó inmediatamente mano á la daga y desarmó al monarca prisionero.

Lanoy, ya porque obtuviera al efecto instrucciones de la corte, como es probable, ya porque espontáneamente se decidiese á ello, como generalmente se cree, propuso á Francisco I que viniese á España, donde podria más fácilmente concertarse con el Emperador. Embarcóle de secreto en buques franceses tripulados por españoles, y fingiendo dirigirse á Nápoles, arribó al puerto de Rosas en Cataluña; pasó á Barcelona y Valencia, y deteniéndose en Guadalajara y Alcalá llegó á Madrid á 14 de agosto.

En todas partes era agasajado y complacido: venia en su compañía Lanoy, virey de Nápoles y Hernando de Alarcon. Apeóse, como dice el licenciado Quintana, *de primera intencion* en la torre de los Lujanes, que aún se conserva, y de allí á poco fué trasladado al alcázar real, donde estuvo hospedado todo el tiempo de su cautiverio [1]. El rey y la villa habian dis-

[1] No mencionan la torre de los Lujanes Gonzalo de Oviedo, Pero Megía, el obispo Sandoval, Salazar de Mendoza, D. Luis Zapata, la coleccion de documentos inéditos para la Historia de Francia, Guicciardino, Robertson ni

puesto todo lo necesario para obsequiarle. Pero Megía, testigo presencial, nos dice: «que la prision era con toda la soltura y libertad que él queria, y dejábasele salir al campo y á caza cada vez que le placia, y en todo le era hecho el placer y buen tratamiento posible [1].»

Dolíase Francisco I de que el Emperador, que estaba celebrando Córtes en Toledo, no hubiese venido á visitarle. Duro nos parece este comportamiento de Cárlos; pero ya Juan II

otros extranjeros. Sin embargo, á 26 de julio mandó el Emperador hacer y proveer lo que fuere necesario para recibirle en el alcázar, y esto explica como era posible, que á mediados de agosto no hubiesen estado terminadas las obras, y hubiese tenido el rey que alojarse de *primera intencion* en la casa y torre de Don Fernando Lujan. Los escritores generales daban poca importancia á este hecho; por el contrario los que escribieron de Madrid no podian pasarlo en silencio, y lo refieren Gil Gonzalez Dávila, cronista, Jerónimo Quintana, D. Alonso de Alarcon en los comentarios de los hechos de su ascendiente el señor de Alarcon. Dicen lo mismo los analistas de Aragon Uztaroz, Zayas y Dormer y otros muchos, siendo tradicion constante. Mr. Rey en la obra que publicó sobre la cautividad de Francisco I, apoyándose en la fé de Mr. Luis, arquitecto, dice que el rey frances, ademas de la torre de los Lujanes y el alcázar, estuvo alojado en casa del duque del Arco, hecho que no tiene el menor apoyo en la historia ni en la tradicion. La Real Academia de la Historia en un erudito informe pedido hace dos años por el gobierno, y redactado por mi ilustrado amigo y compañero el Sr. Colmeiro, fijó las siguientes conclusiones: 1.ª Consta historicamente que Francisco I estuvo preso en el alcázar de Madrid. 2.ª Merece respeto la tradicion que dice que algun tiempo estuvo Francisco I en la torre de los Lujanes. 3.ª Juzga la Academia que debe conservarse dicha torre.

[1] Vida del invictísimo emperador D. Cárlos V. Lib. 3, cap. 16.

habia dicho que los reyes de España no debian ver á los presos sino para darles libertad.

Llegaron dos enviados de la madre del rey frances, y fueron recibidos por D. Cárlos como embajadores. Instaban por la libertad del ilustre cautivo; ofrecian mucho; pero como el Emperador deseaba á toda costa la restitucion de la Borgoña, y Francisco I se negaba á ello, no habia modo posible de concertarse. Hallábase el Emperador cazando á la parte de Buitrago, pernoctó en San Agustin, y recibió una carta del señor de Alarcon en que le decia que el rey frances habia enfermado, que se iba agravando, que se temia por su vida y que pedia que el Emperador le visitase. La enfermedad debió ser cierta: he visto en la iglesia de san Saturnino, en Tolosa de Francia, una inscripcion que conserva la memoria de un voto que hizo estando en Madrid, enfermo de muerte, en que se lee:

Matriti cùm esset apud hostes
Lethali morbo affectus...

No bien sabe el Emperador esta noticia, monta á caballo, corre en dos horas las seis leguas, llega á Madrid; sin mudar traje entra, lleno de polvo, en el aposento en que estaba el

rey, se descubre y se dirige á abrazarle. Incorpórase Francisco I y le abraza diciéndo: «Señor, ved aquí vuestro esclavo.» «Nó, contestó el Emperador, sino libre y mi buen hermano y amigo.» Conversaron un rato y se separaron con las mayores nuestras de cariño. Al dia siguiente, 19 de setiembre, llegó á Madrid madama Alenzon, hermana del augusto prisionero, cuyo esposo habia muerto poco ántes de resultas de las heridas que recibiera en Pavía. Bajó el César al pié de la escalera, la condujo á la habitacion del rey y la obsequió con la mayor cordialidad. Empezó á mejorar el monarca frances, y á poco recobró su salud.

Instaba madama de Alenzon por la libertad de su hermano. Exigia todo del César y no queria complacerle en nada; y la audaz señora concibe el indigno proyecto de libertar á su hermano abusando de la confianza que se le dispensaba. Dispuso que un negro que llevaba leña para la chimenea, se acostase en la cama del rey, que este saliese al anochecer vestido con la ropa del negro y tiznada la cara. Descubrióse el infame proyecto: enteróse Alarcon, prohibió que el negro volviera á parecer por el alcázar. Cuando regresó á Francia madama Alenzon en 28 de noviembre se le dió un salvo conducto amplísimo, y añadió el Empe-

rador que aquello se entendia como en España no hubiese hecho alguna cosa en deservicio del César, ó daño de la república. No era así como debia salir de España el monarca frances: ni era este proceder conforme con las leyes de caballería de que tanto blasonaba.

Siguieron las negociaciones. Urgia terminar pronto este negocio, pues viendo Francisco I que el Emperador se obstinaba en la restitucion de Borgoña, buscó el ingenioso recurso de abdicar en su hijo, haciendo de este modo que el rey de Francia no estuviese cautivo, y que el prisionero fuera sólo un príncipe frances. Esta acta que llevó á Francia Montmorenci, no llegó á registrarse en el Parlamento. Ademas el estado del mundo habia cambiado. La madre de Francisco I, regente del reino, desplegó sagacidad y energía sin ejemplo. Separó al rey de Inglaterra de la alianza con España, valiéndose de la influencia de Wolseo, que fomentaba en el ánimo de Enrique la idea de repudiar á su esposa Doña Catalina, hija de los Católicos. Se aprovechó de la malquerencia de Clemente VII, que se declaró á poco hostil á España, y en liga secreta con Venecia reclutó diez mil suizos. Pasó á Lion y recogió las reliquias del ejército de Italia. Todo esto se hacia con tal disimulo, que al propio tiempo es-

tipulaba el Pontífice un tratado con el Emperador, y Enrique VIII felicitaba á D. Cárlos por la suerte de sus armas.

Cedió por fin Francisco I y se hizo el famoso tratado de Madrid compuesto de cuarenta y cinco capítulos, que se firmó el 14 de enero de 1526. Estipuláronse en él, entre cosas de menor interes, que Francisco I casaria con Doña Leonor, reina viuda de Portugal, y hermana de D. Cárlos; que sería el rey frances puesto en libertad y daria en rehenes á sus dos hijos, el delfin y el de Orleans; que restituiria el ducado de Borgoña, y renunciaria á sus derechos á Nápoles, Milan y Génova; que haria que Enrique de Labrit, dejase el nombre de rey de Navarra, y que negociarian ambos que se celebrase concilio general para arreglar los negocios eclesiásticos. Con esto, alianza ofensiva y defensiva y algunas estipulaciones comerciales terminaba este célebre documento. Juró Francisco I sobre los Evangelios cumplir el tratado, y todo parecia concluido. La paz entre ambos países produjo en ellos general contentamiento. Veíase á ambos monarcas unidos: el frances, con la locuacidad proverbial en su país, daba á cada paso nuevas seguridades de su buena fe, diciendo que el que no cumpliese la estipulacion debia ser declarado: *Lache et mechant*.

Cayó en el lazo Cárlos V; celebráronse los esponsales entre Francisco I y la reina viuda Doña Leonor en Illescas[1]: envió á su hermana

[1] En un libro, autorizado por Antonio de Olmedo, escribano real, que estaba en el archivo del concejo de la villa de Torrejon de Velasco, se lee lo siguiente:

«En la villa de Torrejon de Velasco, hoy viernes á diez y seis dias del mes de febrero de mil y quinientos y veinte y seis años, vino á esta dicha villa su majestad el señor emperador D. Cárlos nuestro señor, desde la ciudad de Toledo; y vino con él en su compañía desde la villa de Madrid el rey de Francia, y posaron juntos dentro de la fortaleza de dicha villa, el emperador en el aposento de la sala pequeña, que es la cuadra que tiene el señor Don Iuan Arias Giron, hijo de Don Iuan Arias Dávila, conde de Puñonrostro, y de la condesa Doña María Giron, mis señores; y el rey de Francia posó en la cuadra grande de la sala grande en dicha fortaleza, donde posaron en la dicha fortaleza con otros grandes señores: y el dicho señor conde y condesa mis señores, é sus fijos, se salieron de la dicha fortaleza, por la dejar toda á su majestad, la cual quedó adornada de muy ricas tapizerías y muy ricas camas. E otro dia sábado por la mañana, su majestad, y el dicho rey de Francia fueron juntos en una litera á la villa de Illescas, adonde se ficieron los conciertos y desposorios de la serenísima señora hermana de su majestad, con el rey de Francia, é se volvieron á dormir á la dicha villa de Torrejon de Velasco, los cuales venian ambos á dos juntos, como avian ido: y otro dia domingo el rey de Francia ensalmó muchas personas del mal de los lamparones, y oyeron misa juntos, é se dieron paz, é despues de comer los dos reyes se fueron á la villa de Illescas á ver á su esposa, donde desde allí se volvieron juntos á la dicha villa, y entraron de noche con hachas encendidas, y venian en una litera. Y otro dia lunes siguiente salieron de la fortaleza, para despedir al rey de Francia, que hechos los conciertos, se iba para su casa. Su majestad le dió la cadena del Tuson con que fué preso, cuando le prendieron, y se la echó al cuello, y se fueron juntos en compañía hasta la Cruz, hasta el camino que va desta dicha villa á Parla, y junto á la dicha Cruz se despidieron el uno del otro, abraçándose y besándose en los carrillos, y se volvió su majestad, á la iglesa de esta dicha villa, donde oyó missa, é oida se fué luego camino de Nuestra Señora de Guadalupe, adonde el dicho avia de casarse con la empera-

á Vitoria, hizo conducir á Francisco I al Vidasoa, lo puso en libertad, recibió en rehenes á sus hijos, y no bien montó Francisco I á caballo en su país esclamó: *áun soy rey de Francia.* Instábale Lanoy para que ratificase en libertad el tratado, habiendo hecho pleito homenaje en manos del virey ofreciendo que si no lo pudiera verificar, volveria á la prision en término de seis meses; pero escusábase diciendo que tenia que aprobarlo el Parlamento. Pedia el rey frances que le llevasen á su prometida esposa, mas como era condicion para la boda la ratificacion del tratado, fué la infanta conducida á Burgos, retiróse Lanoy á España, y los príncipes franceses fueron trasladados á un castillo.

Entónces supo Cárlos lo abominable de la conducta de Francisco I. El dia ántes de firmar el tratado, habia reunido en el alcázar á los principales caballeros de su país, residentes en Madrid, y habia extendido una protesta en que declaraba ineficaz y nulo el tratado que iba á firmar al siguiente dia. ¡Quién lo dijera! ¿Cómo

triz y se desposó y casó con ella. Escribió esta memoria aquí Antonio de Olmedo, escribano de su majestad y del concejo de la dicha villa. Los grandes señores que vinieron con su majestad. El duque de Alba. El condestable de Castilla. El adelantado de Granada. El marques de Mántua. El conde de Sirvela. Marques de Liche. D. Beltran de la Cueva. Conde de Ledesma. D. Diego de Mendoça.

dudar de que á la antigua malquerencia iban á seguir ódios implacables, y que á las anteriores discordias remplazarian nuevos agravios envenenados por el amor propio? El rey frances se habia calificado á sí mismo: *Lache, et mechant*.

Mientras viajaba el rey Francisco para París, caminaba D. Cárlos para Guadalupe y luego para Sevilla á recibir á su esposa. Las Córtes no sólo le habian manifestado la conveniencia de que casase, sino que hasta le habian indicado la persona con quien podia verificarlo. Era esta la infanta Doña Isabel, hija del rey D. Manuel de Portugal y hermana de Juan III, entónces reinante. No bien lo supo el embajador ingles, invocó los conciertos de Lóndres, y dijo que debia segun ellos casar D. Cárlos con la princesa Doña María; pero esto era imposible; Enrique VIII se habia unido á Francisco I y entrado en *la liga santísima* que presidia Clemente VII. Llegó la emperatriz con gran pompa á la frontera: salieron á recibirla el arzobispo de Toledo, prelados y caballeros, y en Sevilla elevaron á matrimonio los esponsales, y se hicieron ostentosamente grandes fiestas en obsequio de la noble señora.

A poco enciéndese en Valencia una guerra con los moriscos, que duró siete meses. Refu-

giáronse como último asilo á la sierra de Espadan, los de Segorve y del valle de Almonacid. Pelearon desesperadamente, pero al fin sitiados en el punto llamado la Muela de Cortes, tuvieron que rendirse, y dos mil pasaron al África.

El monarca frances escribió al Emperador pidiendo que le devolviese los rehenes y manifestándole que no le era dado cumplir lo que habia estipulado en la concordia de Madrid, á lo que contestó el Emperador, que podia volverse á la prision, segun tenia jurado.

En esto el obispo Acuña, preso en Simancas, trató de evadirse. Llamó á su cuarto al alcaide Mendo Noguerol, le echó ceniza á los ojos, y con un ladrillo que llevaba metido en la funda del breviario, le dió horribles golpes en la cabeza, hasta que le causó la muerte. Sale de la prision el obispo; mas el hijo del desventurado alcaide, alarmado por los sollozos de su padre cuando luchaba con la muerte, cerró las puertas exteriores, y vió bajar á Acuña, lanza en mano, y dirigirse á las almenas. Pidió auxilio y le redujo á prision más estrecha. Fueron á Simancas dos oidores de Valladolid; mas el Emperador mandó á Ronquillo que fulminase el proceso. Hízolo así, dió tormento á Acuña, le condenó á pena capi-

tal, y ejecutó la sentencia haciéndole dar garrote sobre un repostero al pie de la almena por donde pensaba fugarse. El famoso Ronquillo dudó despues si podia proceder contra el capellan del obispo, por ser persona eclesiástica; era Ronquillo, como se ve, de conciencia delicada y se acudió á Roma. Pudo matar al obispo, pero se detuvo ante el capellan. Existe el proceso, poseo un testimonio de él, y ha sido últimamente publicado, segun creo, en Valladolid. Es notable por mas de un concepto y de enseñanza para los jurisconsultos.

Habia Francisco I arrojado la máscara. Pública era la alianza con el rey de Inglaterra, con el Papa, y con el ingrato Francisco Esforcia, á quien tres veces restituyó el Emperador el ducado de Milan, con los venecianos y los florentines. Y no contentos con esta liga trataron de sorprender la lealtad del marques de Pescara, general del Emperador en Italia, diciéndole que sus servicios estaban mal premiados, que se desconfiaba de él en la corte, que no se le habia dicho nada de la traslacion á España del regio prisionero, que el conde Lanoy habia ganado las albricias que á él solo correspondian... Ofrecieron hacerle rey de Nápoles y general de la liga; que el Pontífice le absolve-

ria del juramento que tenia prestado y le daria la investidura... Oyólo paciente el noble marqués; informó de todo al monarca y prendió al negociador; mas á poco murió Pescara en Milan, segun se cree de muerte natural. Fué uno de los mejores caballeros de su siglo. Confióse el mando del ejército de Italia á Leiva y á Borbon.

CAPITULO V.

La pluma se resiste á narrar las funestas consecuencias de la *liga santísima*. Clemente VII envió sus tropas á sitiar por tierra á Génova, que estaba bloqueada por mar por las galeras francesas y venecianas. Lanzó el Pontífice el guante al Emperador, y absolvió á Francisco I de los juramentos hechos en Madrid. Instaron diferentes veces los embajadores de España, Moncada y Sesa porque se apartara de la liga, y el cardenal Colona, jefe de la ilustre casa de este nombre, adicto al Emperador, quiso en vano interponer su mediacion é influencia. El objeto del Pontífice era, segun decia, la libertad de Italia, sin conocer que lanzando á los españoles lograria únicamente

que cambiase de dueño; porque Italia es muy bella para no ser codiciada, y muy débil para ser temida.

Una noche penetran tres mil imperiales y coloneses en Roma, sin que el Pontífice tuviese la menor noticia de su llegada. Huyó Clemente VII y se refugió en el castillo de Sant Angelo, donde fué sitiado y capituló una tregua de cuatro meses, obligándose á admitir en su gracia á los Colonas y retirar su ejército de Lombardía, llevando Moncada el suyo á Nápoles. Esta brusca y repentina aparicion de los españoles en Roma, tenia por objeto, segun decia Moncada, obtener la amistad del Pontífice, y hacer que se separase de la liga santísima. ¡Extraña manera de buscar amistades, y rara prenda de cariño la ocupacion de Roma, la profanacion del Vaticano y la prision del Pontífice! Viéndose este en salvo, faltó á la tregua, destituyó al cardenal, y empezó á despojar á los imperiales de algunas plazas, incendiando no pocas de los Colonas. Mandaba el ejército Borbon, hallábase en el Milanesado con sobrada gente, á que no podia asistir ni socorrer. El Emperador habia pedido recursos á las Córtes de Valladolid, y le habian sido negados. ¡Extraño patriotismo dejar perecer por hambre á los españoles en

Italia, y oponerse á las glorias de las armas de Castilla! Tuvo la guerra que mantenerse á sí misma: los españoles sóbrios y frugales, los alemanes crapulosos, todos vivian del merodeo. ¿Qué hacer? Los pueblos temian tanto al amigo como al adversario; Borbon habia agotado las violencias para apoderarse de cuantas alhajas y dinero habia en el país; pero nada bastaba para que se corrigiese el mal; la necesidad de todos los dias es irremediable. Emprendió su marcha para Roma el ejército. Borbon sufria las mismas privaciones que el soldado, caminaba á pié y enseñaba fortaleza y resignacion. El Pontífice concertó una tregua con Lanoy, que previno á Borbon que no pasase adelante; mas el condestable replicó que no recibia órdenes sino del mismo Emperador. Cuando supieron los soldados que se dirigian á Roma, se entusiasmaron. Iban en el ejército muchos alemanes luteranos, y les halagaba la idea del saqueo, y ponderaban las riquezas del tesoro Pontificio. Entre otros cantares con que los nuestros, segun costumbre, engañaban las fatigas de la marcha era uno:

Padre nuestro en cuanto Papa
Sois, Clemente, sin que os cuadre;
Pues reniego yo del Padre,
Que al hijo quita la capa.

Reunió Clemente VII la poca gente que pudo, los suizos de su guardia, los sirvientes de los cardenales y esgrimió las armas de la Iglesia excomulgando á Borbon y á los suyos.

Llegan á la vista de Roma: acercan escalas al muro, trepa por una de ellas el condestable, y cae al foso mal herido de un tiro de arcabuz. Ocultóse al pronto su muerte, súpose luego, enardeciéronse más y más los soldados, cuyo mando habia tomado el príncipe de Orange. ¡Quién lo dijera! Aníbal y Atila se detuvieron ante los muros de la ciudad eterna; dos franceses, Borbon y Orange, la invadieron; y el orbe supo absorto que soldados, católicos con leves excepciones, españoles en su mayor parte, robaron los templos, profanaron la clausura de las religiosas, y cometieron más horrores que podian haber causado las feroces tribus de Atila. ¡Cuánta profanacion! ¡cuánta sangre! ¡Qué burla tan salvaje de las cosas santas! Llevaban los alemanes en sus cabezas las mitras de los obispos, y ostentaban las vestiduras de los cardenales: los soldados de á caballo ponian sobre sus pechos las estolas de los clérigos. Siete dias duró el horrible saco de Roma; inmenso fué el botin. ¡Qué borron en la historia moderna!

El Pontífice capituló: ofreció cuatrocientos

mil escudos para pagar la tropa, entregar varias ciudades y plazas fuertes, debiendo permanecer prisionero hasta cumplir la estipulacion. Fué su guardador el ilustre carcelero Hernando de Alarcon.

Cuando esta bárbara hazaña llegó á oidos del Emperador, dió un manifiesto á Europa sincerándose, no sólo de no haber mandado tales horrores, sino expresando que no supo el pensamiento de Borbon. Se vistió de luto, mandó que toda su corte hiciese lo mismo, prohibió que hubiese festejo alguno por el nacimiento de su hijo primogénito Felipe, que vino al mundo el 31 de mayo de 1527 en Valladolid y se bautizó en el convento de san Pablo. Lo que cumplia á su honra era haber puesto en libertad y sin condiciones al Pontífice, devolverle las cantidades que entregó violentamente, abonar los estragos causados, destituir del mando á Orange, y castigar las demasías cometidas. Todo lo demas son buenas palabras; lo que se necesitaba eran buenas obras.

Sin embargo, ya comprendemos que no podria hacer todo lo que deseara. Si hubiera pendido sólo de su mano la libertad del Pontífice, las procesiones y rogativas por su libertad que mandó hacer, hubieran sido un horrible sarcasmo. Pero en aquellos primeros momentos tal vez no le hubieran obedecido. Un ejército en-

tónces era un conjunto de tropas de diversos países, de distintas creencias, sin unidad, sin disciplina. Era vida licenciosa la del soldado: permitíase el juego en el campamento, seguian las mujeres los cuarteles, y el saqueo era un pacto tácito que estaba en las costumbres militares de la época. Llegaron á tanto los desmanes de la soldadesca, que Lanoy y Orange tuvieron que fugarse de Roma, retirándose el primero á Gaeta, donde murió. El papa continuaba preso por no haber aprontado el completo de los cuatrocientos mil ducados, envalentonado con las graves complicaciones que surgieron en Europa.

Los franceses y los ingleses reclamaron la libertad del Pontífice. Debia ser una concesion espontánea, no fruto de exigencias. El tratado de Amiens tenia por objeto obtener la libertad del Papa y la entrega de los hijos del rey de Francia. Pensó el César adquirir grandes rescates, y ademas, que Lautrec, que mandaba los aliados, devolviese á Génova y otros pueblos de que se habia apoderado, y levantase el sitio de Nápoles retirando sus tropas de Italia. El Emperador despues de ágrias contestaciones manifestó al embajador frances que su amo se habia conducido ruin y villanamente, que era *lache et mechant*, y que

de persona á persona lo sustentaria. Autorizó Francisco I á su rey de armas Guiena para que fuese á Madrid con un cartel de desafío, pidiendo que se señalase el campo. Envió el César salvo conducto á Guiena; y le dijo que su amo no estaba habilitado para batirse con ningun caballero, pero que desde luego le habilitaba para este acto, y le enviaria á decir el sitio que señalaba, con su rey de armas Borgoña, para el que exigia el salvo conducto necesario. Consultóse el caso con los principales caballeros de su corte, cuyas notables respuestas se publicaron pocos años ha [1]; y despachó á su rey de armas señalando para el duelo una isla en el Vidasoa. Llegó Borgoña y no encontró el salvo conducto: en Bayona le detuvieron cincuenta dias; recibió por fin el documento, llegó á Paris, le dificultaron ver al rey: viólo por último, pero no quiso recibir la respuesta que llevaba. Instó varias veces, en vano: pidió testimonio de todo, y se le contestó que si no regresaba á España, no le valdria el salvo conducto, y perderia la vida en una horca.

Llevaba mas de siete meses la prision del Pontífice y el saqueo de Roma, ménos violento

[1] Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, por los señores Salvá y Baranda.

que ántes. Lautrec, ocupada y saqueada Pavía, se dirigió á los Estados de la Iglesia y fijó su campo en Orvieto. Un dia (9 de diciembre 1527) aparece Clemente VII en el campamento de la liga. Habíase fugado del castillo de Sant Angelo disfrazado de mercader.. Lautrec pensó otra vez en sitiar á Nápoles. Mas los españoles, que diezmados por la peste y los excesos, salen de Roma, logran penetrar en aquella ciudad y fortificarse. Habia vuelto el príncipe de Orange á tomar el mando del ejército imperial. Morian los franceses y los de la liga bajo los muros de Nápoles á influjo de la peste y del hambre; pues Francisco I los tenia completamente desatendidos. Molestaba á los sitiados la escuadra genovesa, que á las órdenes de Filipino Doria, sobrino del almirante, favorecia los esfuerzos de los coligados, y salieron Moncada y el marques del Vasto á presentar batalla naval. Fueron batidas nuestras naves, muerto Moncada, prisionero el marques.

Mas á poco, agraviado de Francisco I, Doria, el valiente almirante, que suspiraba por la libertad y gloria de su patria, se pone al servicio del Emperador, entregando ántes al frances los buques de aquella nacion que tenia á sus órdenes. Lleva su armada á Nápoles, y hostiliza á los de la liga; hacen los sitiados

una salida, muere Lautrec de la peste, remplázale Saluzzo, y el ejército ántes poderoso se salva por la fuga, quedando sólo cuatro mil hombres del inmenso número de combatientes. Murió Saluzzo, los franceses sin armas ni bagajes, fueron conducidos á Francia, segun capitulacion, y el resto, que á las órdenes de Urbino, Esforcia y San Pol peleaban en el Milanesado fué derrotado por Leiva, y entró en Francia en el mismo vergonzoso estado.

Doria conquistó á Génova, su patria. Negóse á recibir la investidura de soberano que le daban el Emperador y el pueblo. Prefirió la forma republicana y no quiso otro título que el de ciudadano de Génova.

El Pontífice, viéndose abandonado y conociendo el poder español, hizo un tratado de paz y alianza con el César, que aprovechó esta ocasion para tranquilizar su conciencia y presentarse á los ojos de Europa reconciliado con el Padre comun de los fieles. La madre de Francisco I y la infanta Margarita de Saboya mediaron para la paz general. Hízose un tratado en agosto de 1529 llamado la *paz de las damas*, que firmó Francisco I, tratado más humillante para los franceses que la concordia de Madrid. El honor que Francisco I habia salvado en Pavía, lo perdió en Cambray; dos-

cientos mil ducados de oro ofreció por el rescate de sus hijos: el Milanesado, Flandes, Artois, Milan, Nápoles y Génova serian con pleno derecho de España; y en cuanto á Borgoña, si bien no sería restituida en el acto al Emperador, se le reconocian y reservaban sus derechos. ¡Cuánta afrenta! La noble nacion francesa abatió la cerviz, y su pérfido monarca en la monomanía ambiciosa que le agitaba caviló ¡qué afrenta! unirse al turco, para hostilizar de nuevo al Emperador. ¡Tal era el rey caballero!

Mientras pasaban en Italia estos acontecimientos, demostraba el Emperador sus grandes dotes de mando. Consérvase mucha parte de la correspondencia con sus generales, y en ella se ve su anhelo por servir á la causa pública, su pericia en materias de guerra, su prevision en los asuntos diplomáticos, su conocimiento del mundo y de los hombres, y el raro acierto con que sabia atraerse á sus mismos enemigos y conservarlos fieles á su nueva causa. Recorrió gran parte de España: en Granada empezó á edificar un magnífico palacio, en Zaragoza proyectó la construccion del canal imperial, y en todas partes manifestó su afan por el mejoramiento del país.

Vasco Nuñez de Balboa, natural de Jerez, servia en América á las órdenes de Enciso, y

asumió despues el mando por voluntad de los suyos. Era alto, galan, inteligente, valeroso. Buscaba el rio Darien y las riquezas que suponian á sus orillas. Y despues de largas y difíciles guerras, atravesando altos montes, llega á una eminencia desde donde descubre el mar austral: era el 25 de setiembre de 1515: cae de rodillas en la tierra, dirige sus brazos al mar, y llenos de lágrimas los ojos, da gracias á Dios por tan insigne descubrimiento. Siete leguas por el punto más corto, separaban ambos mares. Siguió fundando algunos pueblos en aquellas costas: la envidia le persiguió: Pedrarias Davila, jefe avaro, inhumano, despoblador y destructor del país, buscó pretesto para perderle, y recordando el modo con que Vasco sustituyó á Enciso, le hizo prender y cortar la cabeza sobre un repostero; rodando al mismo tiempo las de todos los jefes que le auxiliaron en sus descubrimientos y conquistas. Recibió órdenes un capitan oscuro, natural de Trujillo, que habia sido expósito á las puertas de una iglesia, para continuar los descubrimientos. Aquel hombre, entrado en años, llamábase Francisco Pizarro; y asociado á Diego de Almagro y Francisco de Orellana, intentó penetrar mas allá del punto que le estaba señalado. Pizarro, que descubrió altas do-

tes, mandaba el ejército, si así puede llamarse un puñado de valientes, estenuados por la fatiga y enflaquecidos por el hambre.

Hallaron por fin un país más civilizado, más fértil y más rico que Méjico. Pelearon como valientes, y logró Pizarro apoderarse del rey, ó sea del Inca Atahualpa, hombre de inmenso poderío y de portentosas riquezas. Solia decir este infeliz. «Si yo no quiero, ni los pájaros vuelan en mi tierra, ni se menean las hojas de los árboles.»

Pizarro le retuvo preso injustamente, recogió el inmenso tesoro que ofreció por su rescate y le dió muerte. ¡Inícuo proceder! Pizarro fundó á Lima á orillas del Rimac, que fué capital del nuevo reino. Almagro descubrió á Chile: Orellana penetró en la tierra de las Amazonas, y á poco fueron conocidos y conquistados los principales paises de la América meridional. Pizarro, émulo de Cortes, conquistó para España el trono de los Incas. La indisciplina y la civil discordia le dieron más tarde muerte el domingo 26 de junio de 1541. Nunca han tenido los españoles enemigos más temibles que sus mismos paisanos.

Creyó el Emperador necesario pasar á Italia. Dejó por gobernadora en España á la Emperatriz Doña Isabel, y con gruesa armada,

acompañado de muchos caballeros y ocho mil soldados, llegó á Génova en agosto de 1529. Debia pasar á Alemania, país agitado por lo que ya llamaremos protestantismo, voz tomada de la célebre protesta que contra lo resuelto en la dieta de Spira firmaron el elector de Sajonia, varios príncipes y catorce ciudades de Alemania. Pasó el Emperador á Bolonia, donde recibió, el dia para él siempre fausto, de san Matías, de manos del Pontífice doble corona, la de oro como rey de romanos y la de hierro que se conservaba en Milan. Hiciéronse paces generales entre el Papa, el Emperador, el rey de Francia, los de Inglaterra y Escocia, el de Portugal, Hungría, Polonia, Boemia y Dinamarca, la Suiza, las repúblicas de Italia, y los duques de Milan y Ferrara. Firmóse el tratado en Bolonia el 1.° de enero de 1530: los estados protestantes y los florentinos no se unieron á tan célebre estipulacion; mas estos que en larga y sangrienta guerra sostuvieron su independencia, tuvieron que ceder, y el Emperador nombró duque de Toscana á Alejandro de Médicis, sobrino del Papa, segun lo tenia ofrecido en tratados anteriores.

Las fuerzas del turco se habian esparcido por Hungría otra vez, y puesto nuevamente cerco á Viena. El Emperador reunió su gente

y se decidió á rechazar á la cabeza de sus tropas las de Soliman. Eran los monarcas más poderosos del mundo el Emperador y el turco; si hubiesen combatido, y por uno ú otro lado se hubiese obtenido una victoria decisiva, no sólo hubiera variado el mapa del mundo, sino su civilizacion, sus costumbres y sus intereses. Llevaba el Emperador noventa mil infantes y treinta mil caballos, y Soliman advertido por Francisco I, su aliado, no se atrevió á esperar y se refugió en Constantinopla, enviando sus escuadras á las costas del Adriático. Habia un motivo más para sospechar de Francisco I. Pidió el Emperador dinero y gente para combatir á Soliman, enemigo comun, y contestó que su tesoro estaba exhausto, y que necesitaba sus soldados para guarnecer sus costas.

El Emperador deseaba que su hermano Don Fernando, rey ya de Hungría y de Boemia, fuese rey de romanos para acrecentar su poder, y dejar encomendada Alemania á un monarca poderoso. Los electores lo aclamaron y se coronó en Aquisgran en 8 de enero de 1531. Libre ya de cuidados el César decidió volver á España; á su regreso quiso ver la plaza de Pavía, cuyo mando volvió á tomar Leiva. Oyó D. Cárlos de boca del ilustre general la descripcion de la batalla, recorrió los puntos de

los ataques principales y el sitio donde fué hecho prisionero el rey frances. Reunióse despues con el Pontífice en Bolonia, convinieron en que se convocaria un concilio general para arreglar las cuestiones religiosas; en el modo de evacuar la Italia, y en oponerse al repudio que Enrique VIII hizo de su esposa Doña Catalina, con deseo de casarse y coronar públicamente á su manceba Ana Bolena, como lo verificó. Habia grandes dificultades para el concilio, ni todos los príncipes estaban acordes en su convocacion, ni el Papa la creia necesaria, ni los protestantes estaban dispuestos á concurrir sino se celebraba en Alemania, y era, como ellos decian, concilio libre; y en cuanto al repudio, como el Papa no accediese, Enrique VIII, que habia escrito una obra contra Lutero, cambió de opinion, desconoció la autoridad del Pontífice, y se constituyó cabeza y jefe de la Iglesia, castigando horriblemente á los que se conservaban en la fe de sus padres. ¡Tal origen tuvo la iglesia anglicana!

Desembarcó D. Cárlos en Barcelona, donde le esperaban su esposa y su hijo D. Felipe. Celebró Córtes en Monzon y dispuso que las galeras de Doria y de Bazan se armasen y persiguiesen las escuadras del turco y de Barbaroja. Creyó el César deber partir en persona para

el África: Túnez cedió á Barbarroja. Hacen, su rey, aliado del Emperador, tuvo que huir; mas cuando se disponia para la jornada, sabe que el Pontífice habia ido á Francia á concertarse en su daño con Francisco I. Trataron alianzas de familia y el enlace de un sobrino del Papa con una princesa y renovar las antiguas querellas contra los imperiales. Mucho afligió al César este proceder de Clemente VII; pero no le hizo variar de su propósito. A poco, en 26 de setiembre de 1534, murió el Pontífice y le sucedió Paulo III.

Llegó la armada á vista de la Goleta, plaza fuerte y que Barbarroja estaba fortificando más; desembarcó D. Cárlos con su gente el 16 de junio de 1535 y ocupó la torre del Agua y la de Almenara, que guarneció con trescientos soldados. Los de la plaza fatigaban el campo cristiano con frecuentes escaramuzas en que perdian inútilmente la vida nuestros valientes. Prohibió el César pelear en este género de faccion, y dió órden para que el marques del Vasto acercase á la plaza sus cañones. Mas los turcos hacen una salida, matan cuarenta hombres, se apoderan de un bastion, y una noche tres mil turcos atacan nuestro campo. Son rechazados y seguidos hasta la plaza, y protegidos se rehacen, hiriendo y matando á cuantos

cristianos les seguian. El intrépido Barbarroja se ocultó con mucha caballería y seis piezas de montaña en los olivares, y dispuso que saliesen por otro punto seis mil turcos, con ob-objeto de atacar por frente y retaguardia el campamento cristiano. Trábase pelea, el marques de Mondejar con doscientos cincuenta caballos y seis mil infantes se acerca al olivar y mata por su mano al jefe de la caballería de Barbarroja; más se ve comprometido por el número y valor de sus contrarios. El Emperador se acerca al frente de cuatrocientos caballos, introduce el desórden en los turcos, se apodera de tres piezas y regresa victorioso á su alojamiento.

Colocáronse tres baterías á la inmediacion de la fortaleza: una de veinticuatro cañones, otra de seis, defendidas por los españoles viejos; y otra de diez y seis, guarnecida por los italianos. Practicable la brecha, se dieron escalas, y arengando el César á los soldados empieza el asalto. Penetran los tercios españoles, matan á cuantos encuentran, y llegando á la plaza reciben impávidos el fuego de cuatro mil turcos, mas sin disparar un arcabuz entran al arma blanca y rompen la columna enemiga y la dispersan. Logran los de Barbarroja salvarse con muchos de los suyos, refugiándose en Túnez

con grande pérdida. La Goleta pasó á poder del Emperador el 25 de julio. Halláronse en ella novecientas piezas de artillería de bronce, muchas de hierro, gran número de municiones y útiles de guerra, y se apresaron en la bahía noventa galeras, que constituian la fuerza y el poder del valeroso corsario.

Muchos capitanes decian que el ejército vencedor debia volver á España; pero el César y el duque de Alba opinaron que debian rendir á Túnez y reponer en aquel trono á Hacen, aliado del Emperador. Tenia Barbarroja á sus órdenes cerca de cien mil combatientes, se fortificó á la proximidad de la ciudad en punto abundante de aguas. Llevó el César su tropa y artilló su campo. Hubo frecuentes combates, y los turcos tuvieron que ceder buscando otra posicion. Barbarroja tenia en las torres de la plaza crecido número de cristianos cautivos, veinte mil segun se cree, y con bárbara inhumanidad hizo colocar barriles de pólvora para volarlos en caso de un descalabro. Alentados á la vista del ejército cristiano, los cautivos matan á muchos de sus guardadores, alzan el rastrillo y colocan banderas blancas y lumbradas de noche, para advertir que se habian alzado. Barbarroja se dirige á la torre, no es escuchado ni recibido. Cárlos V camina á la ciu-

dad, y Barbarroja al ver el denuedo con que empezaban el asalto, tiene que retirarse y trasladando el ejército al otro lado de la ciudad, abandona la plaza, que es ocupada y sufre los horrores del saqueo. Libráronse los cautivos, y haciendo el Emperador un tratado de alianza con Hacen, le restituye el reino con generosas condiciones. En tanto Aradin reune sus galeras en Bona, que se ve obligado á rendir, y con indeciblerapidez se presenta á deshora en Menorca y pide que la ciudad de Mahon se le rinda, perdida la esperanza de una sorpresa que habia meditado. Niéganse los menorqueses una y otra vez, mas al fin despues de sufrir dos asaltos, se entregan y pagan muchos con la vida su falta de constancia. Retírase á poco el pirata cargado de riquezas y con ochocientos cautivos, y cuando tan funesta nueva llega á oidos del César, se resuelve á poner más tarde sitio á Argel. ¡Cómo preveer la suerte que en aquella plaza le estaba reservada!

No pudo por el pronto realizar su pensamiento. Una tempestad divide sus embarcaciones, llegan varias á las costas de España, el Emperador con unas veinte arriba á Trápana, pasa á Palermo, donde celebra Córtes, y de allí se traslada á Nápoles. Fué ostentosamente recibido, y casó á su hija natural Doña Margarita

con Médicis, duque de Toscana, segun de antiguo estaba concertado. De Nápoles parte para Roma, donde Paulo III le acogió bondadoso alojándole en su mismo palacio. Y un dia, reunidos los cardenales y embajadores, dirige el César una alocucion al Pontífice manifestando los agravios que Francisco I, ingrato á sus beneficios, le habia hecho. Le increpa haberse aliado con el turco, mientras la sangre española se vertia en África por la causa de la fe, y denuncia que las tropas francesas en número de veintiseis mil soldados habian pasado los Alpes para atacar al estado de Milan, y que si no desistian de tal empresa, llevaria sus ejércitos á Francia. Descendió el Pontífice de su asiento y con tiernas palabras trató de mitigar el ímpetu de Cárlos, que constante en su propósito pasó á Florencia y Saboya, ahuyentó la vanguardia enemiga, penetró en la Provenza, tomó á Tolon y puso sitio á Marsella, que por la resistencia de sus defensores, la falta de víveres y la horrible peste que se desarrolló en el ejército, no consiguió ocupar. «Conquistad, señor, á Francia y despues al mundo,» le decia Antonio de Leiva; mas este guerrero murió en la Provenza del contagio. Tambien en este tiempo combatiendo la torre de Muley, cerca de Frejus, en Francia, fué herido Garcilaso

de la Vega, padre de la poesía española. Murió en Niza.

Regresó el Emperador á Barcelona: Francisco I, aumentado su ejército con veinte mil suizos y alemanes, tomó varias plazas en el Piamonte. Soliman ocupaba con sus escuadras los principales puntos del Mediterráneo, y reclamaba del rey frances que le enviase tropas, segun la estipulacion que tenian concertada. Alarmado el Pontífice con el riesgo que amenazaba á la cristiandad, pasó á Niza, reunió un Congreso, llamó á dicha ciudad á Francisco I y al César, conferenció con ambos separadamente, y logró prorogasen por diez años la tregua. Viéronse despues el Emperador y el rey frances, y en Aguas Muertas permanecieron largo tiempo solos, y se despidieron afectuosamente: apariencias tan lisonjeras como engañosas. Francisco acudia siempre, como hizo en Madrid, á protestas prévias y á restricciones mentales. Nada valian á sus ojos la palabra del caballero, ni el juramento del cristiano.

Volvió el César á España, celebró Córtes en Toledo y propuso el impuesto de la sisa, que aprobado por el clero, fué repelido por los señores á instancias del condestable Velasco. Las ciudades accedieron, el Emperador no volvió á llamar á Córtes á los tres brazos,

ofendido de la conducta de los nobles. Esperaban al rey desgracias de familia. La emperatriz, señora de rara hermosura y excelentes dotes, hallábase en cinta y se vió aquejada de grave dolencia. Sufria con valor los dolores del parto, y diciéndola su partera que gritase, contestó: «Ay mia mai, eu morrei, pero non gritarei.» Así fué en efecto; á últimos de abril de 1539 dió á luz un niño muerto, y á 1.º de mayo dejó de existir la noble señora. Su cadáver fué conducido á Granada: mandaba la régia escolta el duque de Gandía D. Francisco de Borja. Abierto el ataud en Granada, para hacer la entrega á aquellas autoridades, hallóse tan descompuesto, que el duque no se atrevió á jurar que aquel cadáver fuese el de la emperatriz, aunque así lo creia, por el cuidado con que lo habia conducido. Absorto el prócer, viendo en lo que paran la grandeza y la hermosura, juró no servir á reyes perecederos, y consagrarse á Dios.

Por aquel tiempo Ignacio de Loyola habia presentado á Paulo III los estatutos de su órden, que fueron aprobados en setiembre de 1540. Murió á poco la duquesa de Gandía Doña Leonor; y su esposo, que habia militado con gloria, comprendió que debia alistarse en la nueva milicia, y seguir las banderas de tan

santa institucion. Hoy veneramos con el nombre de san Francisco de Borja, al antiguo potentado.

Los turcos seguian infestando las costas. Soliman habia nombrado por su general á Barbarroja, que ocupó y demolió á Castelnovo. En Gante resistió el pueblo las órdenes de la gobernadora, y tumultuado, cometió graves excesos. Dejó D. Cárlos al frente del gobierno de España al cardenal Tavera, y pidió salvo conducto al rey frances para pasar á Flandes por sus estados. Concertóse que no se hablaria nada en este viaje acerca de Milan, y Don Cárlos, despreciando los miedos infundados de los suyos, entró en Francia: en Paris fué ostentosamente acogido por su eterno rival, por la reina Leonor su hermana, y sus hijos. Salió el ayuntamiento á recibirle bajo palio; y permaneció el rey siete dias en medio de los mayores festejos y públicos regocijos, aceptando el presente de un Hércules de plata que le hizo la municipalidad parisiense. Acompañó Francisco I hasta San Quintin al Emperador; el Delfin y el de Orleans le obsequiaron hasta Valenciennes. Llegó el Emperador á Gante, revocó todos los privilegios é inmunidades concedidas, mandó quitar la vida á veintiseis de los principales sediciosos, impuso crecida multa,

mandó edificar la ciudadela y perdonó á los demas amotinados, habiéndosele presentado los gremios de luto, implorando su clemencia.

Los enviados de Francisco I fueron á Gante solicitando que se diese el ducado de Milan. Propuso el Emperador que una hija suya casase con el de Orleans, ofreciendo darla en dote no solo el Milanesado sino todos los estados de Flandes, con título de reina; mas el frances no vino en ello, diciendo que no queria territorios ajenos, y que si deseaba el ducado de Milan era porque de derecho le correspondia.

Los protestantes ofrecieron acudir á la Dieta que debia celebrarse en Spira, y que por la peste se reunió en Wormes. Presidió el rey de romanos, y se aplazó para el siguiente año en Ratisbona. Allí concurrió el Emperador, y nada se hizo, porque los protestantes dijeron que no podian reconocer al papa y á los católicos como jueces en estas materias. Hallábanse envalentonados porque Francisco I ofrecia unir sus ejércitos á los protestantes para hostilizar al Emperador. Creyó este que debia aplazarse la resolucion de las cuestiones religiosas para el futuro concilio.

La conquista de Argel debia tener lugar: los piratas estaban envalentonados: Dragut, corsa-

rio valeroso, infestaba los mares; tuvo la mala suerte de verse apresado por Filipino Doria, que le quitó ocho, de las diez galeras que mandaba. Otros pululaban por todas partes; la estacion estaba avanzada; el Pontífice, en la entrevista que tuvo en Luca con el Emperador, le aconsejó que aplazase la expedicion para otro año; así pensaban los más experimentados capitanes; pero Cárlos V, hacia poco caso de èstos consejos, y resolvió emprender la conquista. Llamó barcos de todas partes, juntó una escuadra numerosa, allegó gente aguerrida de varias naciones; cañones y pertrechos, municiones y víveres. Todo estaba previsto, nada se omitió de cuanto el humano entendimiento alcanza. No se contaba con los elementos, con lo bravo de aquella costa y con que podia adelantarse el influjo del equinoccio. Los jefes que se escogieron eran los mas aguerridos: un Doria, un Bazan, el duque de Alba, el gran Cortes marques del Valle, Colona, Gonzaga, Mendoza y otros ilustres capitanes. El Emperador debia embarcarse en Mallorca, la escuadra española con mar brava y vientos contrarios no pudo reunirse y tuvo que refugiarse en Cartagena. Dispersos y diseminados llegaron á vista de Argel los buques, y el 20 de octubre desembarcó el Emperador y parte

del ejército. Al siguiente dia dividido en tres columnas iba acercándose á la ciudad, que defendia Muley Hacen, sardo de nacion, en quien mucho fiaba Barbarroja, que le habia desde niño criado en su casa. No bien emprenden la marcha empieza un huracan horrible; caia el agua á torrentes mezclada con granizo, y el recio viento no permitia á nuestros soldados estar de pie, y arrebataba las tiendas de campaña que empezaron á armar. La escuadra, rotas las amarras y las áncias, empezaba á chocar contra la playa. Se hacian pedazos unos contra otros los navíos, perecian muchos de ellos en la tormenta, tragábase el mar algunos, dispersábanse otros, y los soldados sin punto donde guarecerse, perdieron en la escuadra los vestuarios, los víveres, las municiones. Al nuevo dia los argelinos que venian de refresco, cargaron sobre los sitiadores, que mojados, hambrientos, desanimados, no podian luchar á un tiempo contra tantas contrariedades. Sufrieron el primer ataque los tercios italianos: montó á caballo el Emperador, y al frente de los alemanes, fué en su apoyo. Convocó luego á los jefes á consejo de guerra; todos convinieron en que era indispensable que se reembarcase el ejército, que sin caballería, sin artillería, perdidos ciento cincuenta navíos y

quince galeras, no podia mantenerse un momento más en aquella playa. Embarcáronse los primeros los italianos, despues los alemanes y los últimos los españoles. Presenciaba el embarque el Emperador presentando buena cara á la mala fortuna, hizo embarcar los heridos y enfermos y pasó á bordo el último; y despues de mil trabajos llegaron al rio Alcaraz, donde tuvo que mantenerse el ejército con palmitos y raices silvestres. Por fin, arribaron á Metafuz, donde hallaron anclada la escuadra de Doria, y en aquellas ruinas se refugiaron, y provistos de víveres, descansaron de las anteriores fatigas, preparándose para las venideras.

El Emperador queria volver otra vez á Argel: los jefes manifestaron que era inútil y peligrosa en aquella estacion toda tentativa de desembarco. Cortes se ofreció á tomar á Argel con la gente que quedaba: lo mismo propuso el conde de Alcaudete. Ó no lo supo el Emperador, ó no lo creyó conveniente. Acordóse, pues que los restos del ejército se hiciesen á la vela para los puntos de donde procedian. No cabian en los buques que quedaron; dos, con el peso se fueron á pique, salvándose sin embargo la tripulacion: otros dos navíos encallaron cerca de Argel, y sus tripulantes que-

daron cautivos. Los demas buques, juguete del temporal, tomaron puerto unos en Italia, otros en Oran, pocos en España, y el Emperador con alguna gente pudo desembarcar en Bujía. ¡Funesta jornada! Todo estaba bien previsto, pero hay algo superior á la prevision humana.

¡Con cuánto gusto sabria Francisco I este desastre! Era el momento oportuno, la estrella del César palidecia. Los turcos ocupaban la Hungría; y Francisco I, buscando alianzas, ligóse con los reyes de Suecia y Dinamarca y con el duque de Gueldres; y elevando á mayor escala sus pretensiones pensó atacar por todas partes al Emperador, no limitándose como otras veces á la recuperacion del Milanesado.

Dispuso cinco grandes ejércitos, uno que á las órdenes del delfin debia atacar por el Rosellon las fronteras de España; otro que al mando del duque de Orleans debia operar en el Luxembourgo; y otros tres, que dirigidos por el duque de Gueldres, el de Vandoma y el almirante, debian hostilizar el Brabante, Paises Bajos y Piamonte. Para acometer esta grande empresa tuvo presente que aun duraba la tregua estipulada; pero propaló que no era él quien la rompia, sino el Emperador, á quien achacaba el haber tenido noticia de un asesinato

que tres enmascarados cometieron en Antonio Rincon, emisario secreto del monarca frances, y de quien se valia para entenderse con Soliman. Atribuia esta muerte al marques del Vasto, y suponia que habia obrado con órden, ó conocimiento al menos, del Emperador.

El delfin, con un ejército de cuarenta mil hombres, marchó lenta y descansadamente á apoderarse de Perpiñan; pero la actividad de Cárlos y la pericia del duque de Alba habian guarnecido y artillado la plaza, y fueron vanos los esfuerzos del príncipe, que viendo que no llegaban en su auxilio las fuerzas del turco, se retiró á Montpeller. Mas feliz el duque de Orleans se apoderó del Luxembourgo y de varias plazas en el Brabante: pero tuvo que regresar á Francia, dejando al frente del ejército al duque de Guisa; y el príncipe de Orange le arrebató en breve campaña las fortalezas de que estaban apoderados los franceses. La tropa que mandaban los duques de Gueldres y Vandoma se estrellaron contra la ciudadela de Amberes, y solo el almirante logró ocupar por concierto algunos puntos en el Piamonte. Debió conocer Francisco I que el ánimo de los españoles no decae en la adversidad.

Acudió el frances á nuevos tratos y conciertos con Soliman y Barbarroja; y el Empe-

rador buscó el apoyo del Pontífice, que no quiso ayudar al defensor de la cristiandad, temeroso de que Francisco I se declarase como Enrique VIII independiente de Roma y cabeza de la iglesia galicana. Viendo el Emperador el abandono en que quedaba, y la consideracion con que era mirado el protector de los mas terribles enemigos de la Iglesia, buscó y obtuvo alianza con el rey de Inglaterra. Murmuróse mucho en Francia esta liga del Rey Católico, olvidando las que tenia contratadas el Rey Cristianísimo.

El Emperador creyó que para quitar toda fuerza y esperanza á su eterno rival, debia llevar la guerra á Alemania y combatir al turco. Reunió Córtes, dictó grandes medidas, tomó un empréstito del rey de Portugal, y se embarcó en Barcelona en las galeras de Doria en junio de 1533. Dejó al frente del gobierno de España á su hijo el príncipe D. Felipe, á la sazon de diez y seis años, que iba descubriendo la aptitud para los negocios públicos que nadie hasta ahora se ha atrevido á poner en duda. Asoció al mando al cardenal Tavera; encomendó las fuerzas militares con título de capitan general de los reinos de Castilla y Aragon, al célebre D. Fernando de Toledo, duque de Alba, y el despacho de los negocios de

Estado al secretario Francisco de los Cobos. Dejó bien fortificadas las plazas de Salsas, Fuenterrabía y Perpiñan; y con ocho mil infantes y setecientos caballos se dió á la vela para Génova.

Lo que mas afligia al Emperador era la falta de recursos para atender al ejército, que ascendió á poco, á mas de sesenta mil hombres. Sábelo el Papa, y deseoso de que uno de sus nietos fuese duque de Milan, sale el encuentro al Emperador y le propone que le venda este ducado ofreciendo crecidas sumas. Vaciló D. Cárlos; mas conociendo lo mal recibido que iba á ser este paso por el ejército, y lo que por escrito le representó D. Diego de Mendoza, gobernador de Siena, increpando la conducta del Pontífice, y diciendo que le proponia *bajezas y poquedades*, retrocedió de su propósito y no se habló mas de la enagenacion. Llegó el César á Spira, y celebró la dieta mas numerosa y brillante, asistiendo muchos reyes y príncipes. Manifestó que los negocios eclesiásticos pendientes debian arreglarse en el concilio; y que era necesario que todas las fuerzas del imperio se uniesen contra Francisco I, turbador de la paz universal. Accedieron todos, y declarando guerra al rey frances, decretaron levantar un ejército de veinti-

ocho mil combatientes, á sueldo de la liga.

Ofendido estaba el Emperador con el duque de Gueldres, aliado de Francia; sus estados estaban fronterizos á los de Flandes, y trató de dar una severa leccion á aquellos habitantes. Los defensores de la plaza fuerte de Duren se negaron á la rendicion que se les habia intimado, contestando que se defenderian á sangre y fuego. Sitiada la plaza, fué rendida por asalto, muertos sus defensores, degollados muchos de sus habitantes, quemadas las casas. El duque temió: se presentó al Emperador é imploró de rodillas su clemencia; y despues de renunciar sus estados y de sufrir áspero recibimiento, le tendió el César la mano y le devolvió sus dominios. Perdió el rey Francisco un aliado: adquirió D. Cárlos un amigo.

Mas á las prosperidades acompañan como la sombra al cuerpo los infortunios, y no sabe ser constante la fortuna. Sitiaba el jóven y atrevido duque de Enghien la plaza de Cariñan en el Piamonte. El marques del Vasto fué á levantar el sitio, resuelto á presentar campal batalla al valeroso frances. No lo creyó prudente el Emperador cuando le llegó la noticia. Empezó la batalla, la caballería francesa hizo prodigios, cedieron los nuestros, y en un campo no lejos de Cerisoles perdimos cerca de

diez mil imperiales. ¡Funesta jornada! El rey frances prohibió á Enghien que recogiese el fruto de la batalla, porque sabedor de que llegaba el momento concertado entre el Emperador y Enrique VIII para penetrar en Francia, fuéle preciso replegar su ejército.

D. Cárlos hizo á su paso que Gonzaga y Sande se apoderasen del Luxembourgo y otros puntos, y fué á reunirse con su gente, que en número de cincuenta mil infantes habia penetrado en Francia, ocupando á Saint Dizier, Chalons, Epernay, Chateau Tiery y otros puntos, colocándose á dos jornadas de París, mientras los ingleses ocupaban la Normandía. Pidió Francisco I paz, y otra vez fué escuchado por el Emperador, y en Crespi, lugarcito inmediato á Meaux, se firmaron paces en agosto de 1544, que disgustaron al Pontífice, á quien no convenia la union de estos monarcas; al turco, porque hacian alianza para hostilizarle; á los protestantes, porque se obligaban á pedir que el concilio condenara la nueva doctrina; y al rey ingles, porque se hicieron sin su noticia y consentimiento.

Concertóse tambien la boda del duque de Orleans con la infanta de Castilla Doña María que llevaria en dote los estados de Flándes, ó con la hija segunda de D. Fernando,

rey de romanos, que sería dotada con el ducado de Milan. El Emperador se reservaba hacer la eleccion en término de cuatro meses. La providencia lo dispuso de otro modo. El de Orleans, jóven valeroso y entendido, objeto de preferencia y tierna predileccion de su padre, murió á poco, de una fiebre maligna. Influyó mucho en los sucesos y dió tranquilidad, la muerte de Barbarroja, el terrible rey de Argel, el almirante del gran turco, con quien concertó el César tregua por cinco años.

El concilio de Trento se abrió por fin. A poco muere en Eisleben Martin Lutero, pertinaz en sus errores: su doctrina se habia extendido portentosamente, y á pesar de su humor atrabiliario, de lo poco decente de sus últimos escritos, en que ni discutia ni razonaba, sino que mojada en hiel la pluma del libelista, trataba groseramente al Pontífice y á todos los que no seguian la doctrina reformada, alcanzó gran popularidad. Predicaba moral laxa, su doctrina era la negacion de toda autoridad; fomentaba las pasiones del elector y del Landgrave; adulaba el poder civil, y cada dia se precipitaba mas en la sima que habia abierto á sus piés. Veia sin embargo con dolor las escisiones que habia entre los suyos; el cisma, si es lícito decirlo así, de su secta, y deseando

no quedarse atrás en el error, atacaba bruscamente el dogma y la doctrina católica; declaró entre otras cosas abusivo el celibato de los clérigos, y fortificando con el ejemplo su doctrina, se casó con una monja profesa, y concedió al Elector que pudiese ser bigamo, como deseaba.

El concilio de Trento proclamó la verdadera doctrina católica, el número y autenticidad de los Libros Santos, y negó facultad á los particulares para interpretarlos segun el espíritu privado de cada uno y contra la explicacion y tradicion de la Iglesia. Venia á tierra todo lo que Lutero habia enseñado. Ya veremos en lugar oportuno la historia y vicisitudes de este gran sínodo ecuménico; cuya celebracion se debió en gran parte á España; y donde brillaron tanto, por la ciencia y la virtud los padres españoles.

El Emperador, libre de Francisco I y del turco, creyó que debia llevar sus tropas, asociadas á las del Papa, á combatir á los príncipes alemanes luteranos, que recelosos del mal que les amenazaba, habian reunido un ejército de ciento cincuenta mil infantes, treinta mil caballos y trescientos cañones. Mandábalo en persona el elector de Sajonia y el Landgrave. D. Cárlos con fuerzas infinitamente menores, que dirigió

con la pericia del mas experimentado capitan, esperó el ataque; y no quiso nunca declarar que iba á emprender una guerra religiosa, temeroso de que se apoderase de sus contrarios el fanatismo, y tomasen mas fuerza creyendo que se les queria imponer por las armas la religion que habian abandonado. Ofendióse el Pontífice, y mandó á su nieto Farnesio que se retirase, como lo hizo despues, del campo del César.

Llega la fuerza protestante á vista del ejército del Emperador, que prohibió á sus soldados toda demostracion guerrera, y que recorrió á caballo sus escuadrones, arengando á los de cada nacion en su respectivo idioma, para hacer que permaneciesen inactivos hasta recibir instrucciones. Limitáronse los de la liga á disparar sus cañones, recelando de la sospechosa inaccion del ejército de D. Cárlos, y despues de permanecer frente á frente ambos campos, se fueron retirando los de la liga, y D. Cárlos cargando sobre ellos les tomó una á una todas las plazas que se le habian rebelado.

Comprendió D. Cárlos que un ejército tan numeroso, compuesto de discordes elementos, no podia conservar mucho tiempo su unidad; sabia que no es el número el que vence, y que mucha de la gente que venia contra él en son

de guerra, eran labriegos, acostumbrados al arado, y nó al peso del arcabuz. Comprendia que el ejército era regido por dos cabezas, discordes entre sí, y que tenian ambos jefes carácter distinto, diversas aspiraciones, contrarios intereses, y esperó á que produjesen su efecto tales concausas. Diseminábanse aquellas tropas; salian los magistrados á entregar las llaves de muchas ciudades, y desapareció como el humo el aparato amenazador, que hubiera asombrado á hombre de menos conocimiento político que el César.

Hallábase este aquejado de la gota; sentia debilitadas sus fuerzas, y pensó alguna vez en retirarse del mando. Sangrientas revoluciones en Nápoles y en Génova, le iban demostrando que no tenia que temer sólo las maquinaciones de los enemigos extraños, y hallábase abrumado bajo el peso de tanto mundo, como tenia á su cargo. Deseaba ántes dirigir sus fuerzas contra el elector de Sajonia, que continuaba armado despues de la anterior campaña. Mas desconfiaba de Francisco I, conocia su mala fe y su falta de respeto á los juramentos, y aunque sabia que se hallaba enfermo á causa de su torpe y licenciosa vida, no creia que estuviese tan próximo su fin. Se engañó: el 30 de marzo de 1547 falleció Francisco I á la edad de cin-

cuenta y tres años. Llámanle padre de las letras, y ahogó la libertad de discusion, y quiso quemar todas las prensas que habia en Francia; persiguió sangrientamente á los protestantes, y se unió á ellos y al turco para hostilizar á D. Cárlos: vertió en guerras inútiles la sangre de sus vasallos, olvidó las leyes del Estado, impuso tiránicamente los mayores tributos á su pueblo, y entregado á la liviandad y al libertinaje mas repugnante, dejó un nombre manchado y un reino empobrecido.

Rejuveneció el ardor de Don Cárlos, y con su hermano el rey Fernando y el de Alba partió con su ejército para Sajonia á perseguir al elector. Reconcentró este sus tropas cerca de Mulberg, al otro lado del Elba. Pasó el ejército el vado con agua á la cintura, la caballería llevaba muchos infantes á la grupa, y el Emperador, olvidado de sus dolencias, atravesó el Elba á caballo, y no bien se vió á la opuesta orilla, empezó á perseguir á los enemigos. Nunca mas valiente el ejército imperial: rechazó con horrible destrozo á los contrarios, hizo prisionero al elector y diseminó los escuadrones enemigos. Nunca se pudo parodiar mejor el dicho del César, que lo hizo D. Cárlos escribiendo: «Vine, ví y Dios venció.» El elector fué sentenciado á muerte: por

mediacion de su heróica esposa fué perdonado.

Libre ya de enemigos convocó dieta en Ratisbona, y logró por sorpresa que reconociesen los príncipes y electores las decisiones del concilio de Trento. Este buen acuerdo fue de corta duracion: el concilio habia sido trasladado á Bolonia por el Pontífice, que se negó, á pesar de las ágrias reconvenciones del Emperador, á volverlo á Trento; y que lo supendió al fin por plazo indefinido. Los protestantes recelaban que en Bolonia, en los dominios del Papa, podia no haber la suficiente libertad en los padres: el Emperador, viendo las dilaciones que se oponian á la celebracion del concilio, deseaba á toda costa que se resolviese la cuestion religiosa, y con mas arrojo que prudencia reunió á tres insignes teólogos, dos de ellos católicos y el otro protestante, para que formulasen una profesion de fe, que debia regir los estados *interin* otra cosa decidia el concilio general. Convinieron en reconocer la potestad del Papa y la doctrina ortodoxa, siendo las principales concesiones hechas por los católicos, el matrimonio de los clérigos y la comunion bajo las dos especies. Adoptó D. Cárlos la nueva fórmula, la hacia jurar por los pueblos, venciendo con las armas á los que resistian. El Pontífice veia menoscabada

su autoridad y clamaba contra el César, calificándole cual si fuera otro Enrique VIII: los protestantes se oponian, por la doctrina católica que entrañaba el documento: los católicos no se conformaban con la levadura protestante que en él se habia introducido. Llegó el Emperador á Flandes: hizo llamar á su hijo Felipe, que se embarcó en octubre de 1548, llegó á Génova y pasó á los Paises Bajos donde le esperaba su padre, y fué jurado inmediato sucesor.

Irritado el Pontífice, viendo asesinado en popular tumulto, tal vez por intrigas de Doria, á Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y Plasencia, hijo suyo, trató de concertarse contra el Emperador con Enrique II, nuevo rey de Francia, y desposeer á su nieto Octavio de sus Estados y agregarlos á los de la Iglesia. Opúsose D. Cárlos con vigor, y solo instaba por la continuacion del concilio en Trento; á lo que se negaba con igual empeño Paulo III. En esto sabe que su nieto se pasó al campo del Emperador, y fué tal el pesar que esto le causara, que falleció á pocos dias, el 10 de noviembre de 1549 á la edad de ochenta y dos años y diez y seis incompletos de pontificado. Su amor á los franceses lo expresa un antiguo escritor español diciendo: « que tenia en el alma la flor de lis.»

Ochenta y nueve dias estuvo vacante el sólio pontificio. Recayó la eleccion en un cardenal que presidió el concilio en Trento en calidad de legado, y se llamaba Juan María del Monte. Tomó el nombre de Julio III; restituyó á Octavio Farnesio los ducados de que le habia desposeido su abuelo; y en 14 de marzo de 1550 expidió bula convocando para Trento el concilio, que se abrió de nuevo en 1.° de mayo del siguiente año. Protestaron los franceses diciendo que la guerra entre ellos y Farnesio, el Papa y el Emperador sobre el ducado de Parma, habia impedido asistir á los padres franceses. El Emperador protegia con todas sus fuerzas la libertad del Concilio: situóse en Inspruch, en el Tirol, para estar á la mira de lo que podia ocurrir en Italia y Alemania. A instancia del duque Mauricio, que despues de haberle debido la mano de una sobrina y la corona ducal de Sajonia, le vendió traidoramente, dispuso que se otorgase salvo conducto á los teólogos protestantes para asistir al Concilio; cuestion largamente debatida despues, y que habiéndose interrumpido el Sínodo, como veremos pronto, no llegó á tener lugar.

Mauricio concertó alianza con Enrique II de Francia, que debia invadir la Lorena; dió un manifiesto y ocupó varias plazas. No acababa

de creer D. Cárlos tanta perfidia: hallábase solo, con su ejército diseminado, sin recursos, miéntras Mauricio, ocupadas importantes plazas, se dirigia á Inspruch para apoderarse de su persona. Una noche, conducido en una litera, porque la gota no le dejaba cabalgar, sale de la ciudad, atraviesa las montañas del Tirol y llega á una pequeña ciudad de la Iliria: horas despues entraba Mauricio en Inspruch. Poco auxiliaban al atrevido sajon las tropas francesas, que si bien ocuparon á las órdenes de Montmorency á Metz, y otros puntos importantes, tuvieron que volverse á su tierra, viendo el ejército que levantara la infanta Margarita, y las escaseces que sufrian sus soldados. Retiráronse, pues, habiendo hecho ántes que bebiesen sus caballos en el Rhin.

Orgulloso estaba Mauricio humillando á su antiguo señor, y siguió apoderándose de puntos importantes. Los padres reunidos en Trento creyeron que no podian continuar con libertad y seguridad el Concilio, y decretaron en 28 de abril de 1552 que se suspendiese y prorogase hasta dentro de dos años, si ántes no habia concluido la guerra. Los padres españoles votaron en contra, y manifestaron deseos de continuar en Trento; mas los alemanes se habian retirado: y otros anda-

ban dispersos buscando seguridad personal.

Por medio del rey de romanos intentóse un acuerdo con Mauricio. El Emperador se negaba; cedió el sajon de sus arrogantes pretensiones, y por último se firmó en Passau un tratado de paz religiosa, humillante é indigno, por la persona que lo impuso, y porque los protestantes lograron, no solo tolerancia, sino volver al culto público de que habian sido privados. ¡Cuánto no sufriria el Emperador!..

Y ¡cuánto no afligiria despues su ánimo verse postrado en cama, impedido por la gota, y que no obedecia su cuerpo á la actividad y energía de su alma! Reunió á poco un ejército de sesenta mil hombres, de los que solo seis mil eran españoles, hizóse llevar en una litera cerca de Metz que defendia el duque de Guisa. Alberto de Brandemburgo halló mejores las proposiciones que le hizo Cárlos que las de Enrique II, y se pasó con su ejército, viéndose ya sobre Metz cien mil imperiales. Dos meses duró el sitio: ni un solo dia cesó horrible temporal, que no dejaba mover al soldado, ni colocar la artillería en posicion. Cundian las enfermedades en el campo de D. Cárlos, y hubo treinta mil bajas. «No esperemos más: la fortuna como las mujeres prodiga sus favores á los jóvenes y desprecia las canas.» Dijo el

Emperador y levantó el sitio en fines de diciembre: la retirada fué desastrosa.

En 1553 encendióse guerra entre Brandemburgo y Mauricio de Sajonia, fué vencido el primero, mas murió el segundo de un pistoletazo á la edad de treinta y tres años, lleno de laureles y de esperanzas. Fué buen capitan, no tan buen hombre. Queria el Emperador vengar la afrenta de Metz, pasó á Flandes y sitió, asaltó y ocupó, arrasándolas en seguida, las plazas fronterizas de Teruane y Heslim, haciendo prisionero á Roberto de la Marca. En estas conquistas empezó á distinguirse Filiberto de Saboya, llamado á ser uno de los primeros generales del mundo. El rey de Francia se retiró por causa del invierno.

Ageno es de nuestra historia seguir paso á paso, los sitios y conquistas de tanto pueblo como sufrió los horrores de la guerra. Tal vez hayamos dicho más de lo que permite la índole y dimensiones de nuestra obra. El honor de las armas de España se fió al jóven de Savoya y al duque de Alba. Murió el Pontífice Julio III, sucediéndole Marcelo II; y á poco, por su fallecimiento, fué elevado al sólio pontificio el cardenal Carraffa, de cerca de ochenta años, conocido bajo el nombre de Paulo IV, que volvió á aliarse con el rey de Francia para en-

cender nueva guerra, que fué de escasos resultados por una y otra parte.

Por mar lograban honor las armas de España. D. Álvaro de Bazan en las aguas de Múros destruyó una escuadra francesa causando tres mil bajas, y apoderándose de la mayor parte de los buques. Andrea Doria mandaba las fuerzas de Génova, García de Toledo las de Nápoles, y Juan de la Vega las de Sicilia. Dragut el famoso pirata, aliado con los franceses, perdió varios puntos y la ciudad llamada África ó Mehandin, despues de largo y penoso cerco. La escuadra combinada otomana y francesa se apoderó de Córcega, y Dragut se volvió á los Dardanelos cargado de despojos.

Despues de varios combates, Enrique II sitió la plaza de Renti; tuvo que retirarse á la proximidad de nuevas fuerzas imperiales; mas en una accion que se dió cerca de la plaza, perdimos dos mil hombres y alguna artillería. El marques de Mariñano venció á Strozzi en Marciano, y se apoderó de Porto Hercole; y Álvaro de Sande obligó al duque de Brissac á levantar el sitio de Valfanera.

La fortuna ama, como las mujeres, á los jóvenes, habia dicho Cárlos V sobre Metz: no lo olvido luego, y pensó que era llegada la hora de poner en las sienes de un jóven las coronas

de tantos reinos. Era este, su hijo D. Felipe, viudo de una infanta portuguesa, de que hubo al príncipe D. Cárlos, cuya muerte dió orígen á tantas hablillas del vulgo. Casó en segundas nupcias con María, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Doña Catalina. Fué jurado rey de aquel país, habiéndole ántes cedido su padre los reinos de Nápoles y Sicilia.

Aun vivia en Tordesillas la pobre demente Doña Juana, madre del César, y no falleció hasta el 12 de abril de 1555. D. Cárlos no quiso reinar más: afligido por la gota, fatigado por los negocios, cansado de tantas guerras, humillado por la paz de Passau, juzgó que debia abandonar la corona, y en 25 de octubre del mismo año renunció en su hijo los Paises Bajos, propios de la Casa de Borgoña, y en 1.° de Enero de 1556 abdicó en el mismo la corona de España, dando mas tarde á su hermano D. Fernando, rey de romanos, el cetro imperial y los estados de Flandes.

Describan otros el aparato y solemnidad de estas renuncias, nosotros acompañaremos al guerrero cenobita á la soledad de Yuste, donde pasó los últimos años de su existencia. Iban á verle algunos caballeros, entre otros D. Luis Dávila, marques de Mirabel, cuyos bienes radicaban en aquellos contornos. Reci-

bió visita y consuelos de san Francisco de Borja, que permaneció tres dias en su compañía.

Cuando D. Cárlos se refugió á Yuste, donde entró el 3 de febrero de 1557, aun ceñia á sus sienes la corona del imperio, cuya abdicacion no fué aceptada por la dieta de Francfort hasta el 28 de igual mes en el siguiente año. No se extrañará, pues, que procurase enterarse del estado del mundo, ni que aconsejase á su hijo, que le consultaba y le proponia que saliese de su retiro y le auxiliase con su dictámen y su presencia. No fué á Yuste á sepultarse en vida: ni podia olvidar que aún era Emperador, que fué rey y que era padre. Hubiera sido impío un retraimiento completo que negase á Felipe los consejos de su práctica y el fruto de su experiencia de mando. No era un hermitaño, era un piadoso rey que se preparaba para la hora suprema.

Los ratos que le dejaban libres sus deberes religiosos cuidaba su jardin, entreteníase con Juanelo en construir máquinas y autómatas, figurando escuadrones y espectáculos marciales; cuidaba por su mano de arreglar los relojes, y no pudiendo conseguir que señalasen exactamente una misma hora, comprendió cuán difícil era poner en armonía los pensamientos humanos. Dicen que mandó hacer sus

exequias en vida, y que amortajado y metido en el ataud oyó las preces de la Iglesia. No parece sino que Robertson se hallaba presente á aquel acto, segun lo describe; y sin embargo este hecho carece de certidumbre histórica.

En calidad de page le asistia un jóven, cuyo carácter é inclinaciones agradaban mucho al Emperador. Nadie mas que D. Luis Quijada estaba en el secreto: aquel jóven iba á ser pronto un héroe, y bajo el modesto nombre de D. Juan habia de inmortalizarse en Lepanto.

Achacaban al César que comia en el claustro tal vez con el mismo exceso que ántes. Hubiéranle querido penitente anacoreta. Aficionado á la música, era de excelente voz y de oido perfecto. Gustaba mucho de la pintura, y conservó en su retiro varios cuadros de Ticiano, y hacia de ellos, y especialmente del que representaba el Juicio final, grandes elógios.

Agravóse el mal, recibió la Extremauncion, y el 21 de setiembre, cerca de las dos de la madrugada, sentado en la cama, con una vela en una mano y en la otra el crucifijo, que tuvo en la suya la emperatriz al morir, oyendo las preces de la Iglesia, exhaló un grito diciendo: «¡ay Jesus!» cayó de espaldas y dejó de existir. Hallábase Felipe II en Flandes al recibir tan funesta nueva: retiróse á un convento y man-

dó hacer ostentosas exequias. El cadáver del Emperador y el de la emperatriz Doña Isabel duermen en el Escorial.

No tuvo mas que una esposa, la emperatriz Doña Isabel: en ella hubo por hijos: á D. Felipe, que le sucedió, á los infantes D. Juan y D. Fernando, que murieron en la niñez, á Doña María, que casó con su primo Maximiliano, Emperador de Alemania, y á Doña Juana, que casó con el hijo primogénito de D. Juan III de Portugal. Hijos naturales tuvo á Doña Margarita, que casó en primeras nupcias con Alejandro de Médicis y en segundas con Octavio, duque de Parma, y fué madre del grande Alejandro Farnesio. Ántes de casarse tuvo una hija, que murió de nueve años, y despues de viudo, en Bárbara de Blomberg, segun se cree, al insigne D. Juan de Austria, que se crió en Villagarcía de Campos, y de quien tanto tendremos que decir en nuestra historia.

Fué D. Cárlos el hombre mas grande de su siglo, tan fecundo en grandes hombres. Coincidió su imperio con el renacimiento de las letras, con la conquista del continente americano, la caida completa del régimen feudal y la creacion y engrandecimiento de los tronos. Los pueblos se acogian en todas partes al poder monárquico: la monarquía era

el puerto de asilo de las naciones náufragas. En su tiempo se desarrolló el poderío español y preponderó su política en Europa. Fué protector del catolicismo: intrépido y valiente, calculador y reflexivo, infatigable en el trabajo y tranquilo en la próspera y adversa fortuna. Sabia vencer y perdonar: con las batallas de Pavía y Mulberg se hizo predominante en Italia y Alemania. Siguió la política tradicional de España llevando sus armas á África, donde ocupó á Túnez y la Goleta, y sufrió reveses en Argel.

La severa historia le culpa de ambicioso, de propenso al poder absoluto, de haber hecho poco en África, y sobre todo de haber consumido la sangre y el dinero de España á las orillas del Elba, del Danubio y del Mossa.

CAPITULO VI.

Llegamos por fin al difícil reinado de Felipe II, que tanto se presta al panegírico como á la sátira. El rey civil viene ante la historia á decirnos qué uso ha hecho de la vida y del tiempo. Los españoles todos, en libros extranjeros escritos por enemigos políticos y religiosos de Felipe II, hemos aprendido los sucesos de su vida; no habia otros documentos públicos, ni se buscaban los privados, ni permitian los odios de entónces que traspirase la verdad. Hoy con mejores y más puros datos empieza la posteridad á hacerle justicia; se han consultado los archivos, se han visto documentos importantes, se han publicado las relaciones de los embajadores venecianos, donde está la vida

de este período, y se han puesto en evidencia los sucesos; nacionales han escrito; extranjeros de todos los paises han levantado parte del velo, y podemos esperar que la razon acabe al fin por tener razon.

Verémos en que abusó de la inquisicion; estudiarémos la muerte del príncipe Don Cárlos; comprenderémos la de Escobedo; sabrémos quién era Antonio Pérez y los verdaderos móviles de las alteraciones de Aragon, y se conocerá la política general del hombre á quien se trata de hipócrita, suspicaz y malévolo. Hallarémos al juzgar estos sucesos, que muchos han sido fraguados por la más pérfida malicia, que otros fueron mal conocidos y peor juzgados, y que se ha aplicado á todos el criterio presente, sin tomar en cuenta las ideas, las costumbres y la política de aquel siglo. El rey más laborioso que ha tenido España, el más político, el que gobernó con ménos brillo, pero con mejor acierto que su padre, el vencedor en san Quintin y en Lepanto, nos va á decir quién era. Le evocarémos del sepulcro; y para prueba de que no somos panegiristas de tan gran príncipe, y de que buscamos imparcialmente la verdad, nos apresuramos á decir que encontramos en él algo sombrío y repulsivo, y que si

hubiéramos de buscar un amigo entre los reyes de España, no elegiríamos ciertamente al fundador del Escorial.

¡Lástima que tan grande asunto no tenga otro narrador, y que la pequeñez de esta obra nos obligue á encerrarlo en tan estrecho recinto!

D. Felipe habia recibido el mal legado de las guerras con Flándes, con Francia y Roma: hubiera deseado paz honrosa, pero no le fué posible obtenerla. Publicóse en 4 de febrero una tregua por cinco años con Francia, comenzada á negociar ántes de la abdicacion del Emperador. El Pontífice, mal influido por su sobrino el cardenal Carraffa, ocupó el estado de Montebello, hostilizó á los Colonas, y fué aproximando sus fuerzas al reino de Nápoles. Envió Felipe II por embajador á Garcilaso de la Vega, ásperamente acogido, preso más tarde y encerrado en Sant Angelo. La primer guerra en que iba á entrar el nuevo rey era contra el Papa, hecho sobre el que no han parado su atencion los que le apellidan fanático. Siguió empero otro camino del que hubiera emprendido su padre. No derramó sus ejércitos por Italia, no hostilizó á Roma, no profanó las cosas santas, sino que tratando de asegurar su conciencia consultó el caso con los más emi-

nentes teólogos y jurisconsultos, deseando saber si era lícito pelear contra el Pontífice y áun anticipársele para evitar una injusta agresion. Hay un notable parecer de Melchor Cano: opinaron que debian primero emplearse las súplicas y ruegos, y si no bastasen, que la defensa era de derecho natural.

Envió el Papa á Francia á su sobrino el cardenal para que concertase una alianza; y en 27 de julio celebró consistorio, declaró decaido á D. Felipe del reino de Nápoles, y manifestó su designio de ocuparlo por las armas. Ya no habia remedio: la tregua con Francia quedaba rota, formóse otra liga; entró en ella ademas el duque de Ferrara, y no Venecia, aunque fué invitada al efecto. Dió el rey Felipe el mando de sus tropas al de Alba, que escribió reverentemente al Pontífice, pidiéndole que pusiese en libertad al embajador español, que se apartase de la liga con Francia y que revocase la disposicion publicada en consistorio. Contestó tarde el Papa, y dijo que Garcilaso habia faltado al derecho de gentes; se negó á desarmar, y dejó sin respuesta nuevo mensaje del duque. Introdujo el de Alba su ejército en los estados de la Iglesia, tomando varias plazas que, segun decia, por esta ocupacion interina no saldrian del poder del Santo Padre. Apoderóse de Ter-

racina y Agnania, cuya guarnicion se fugó valida de la oscuridad de la noche.

A la anterior arrogancia sucedió el desánimo en Roma. Todo eran aprestos militares: se fortificó el Burgo, y los cardenales rogaron al Sumo Pontífice que hiciese un concierto con España. Ofreciólo así; fué invitado el duque á tener una entrevista en el monasterio de Gruta ferrata con el cardenal Carraffa y otros, para señalar las bases del arreglo. Asistió el duque: permaneció cuatro dias esperando, y no acudieron. Retiróse burlado: tomó á Volmontone, Palestrina y Tívoli, y recibió á un comisionado del Papa que le dijo que se retirase de sus estados á fin de poder capitular con libertad y decoro. Al mismo tiempo otro enviado pasaba á Francia á rogar al rey Enrique que dirigiese pronto, pronto, sus ejércitos á Italia. El duque penetró el ardid, se dirigió á Frascati y Albano, y ocupó á Ostia despues de repetidos asaltos; y dejando guarnecidas las principales plazas, fué á Nápoles á poner su ejército en armonía con las necesidades de la nueva campaña.

Seis mil franceses, ocho mil suizos y dos mil caballos atravesaron los Alpes y llegaron al Piamonte al mando del duque de Guisa y de los de Aumale y de Nemours. Las tropas del

Papa conociendo que los presidios que guarnecian las plazas ocupadas por los españoles estaban escasos en fuerza y en municiones, se apoderaron de algunos, al mismo tiempo que Guisa atravesó la Romanía, penetró en el reino de Nápoles por la Marca de Ancona, cercó á Civitella, de donde fué rechazado, y se acercó á Roma, que estaba afligida por la proximidad del duque, que queria terminar la guerra presentando campal batalla.

Cuando en 1.° de enero de 1556 recayó por renuncia paterna, en Felipe II, á la sazon de veintinueve años, la corona de España, era ya rey de Inglaterra desde 1554; su esposa la reina Doña María declaró la guerra á los franceses, que se apoderaron de la plaza de Calais. Sus nuevos súbditos no estaban muy gustosos con tener rey extranjero, y ménos con que hubiese vuelto el país al catolicismo, y llegó á su colmo la exasperacion de los ánimos, cuando supieron que se habia perdido la importante plaza inglesa de Calais. Achacaban la pérdida á Felipe, diciendo que estaba de acuerdo con los franceses, y que se habia apoderado de todo el dinero de Inglaterra, dejando sin recursos aquella plaza. Grosera calumnia. Suspiraban los ingleses por la paz, mas Felipe se negó con dignidad á firmarla miéntras no restituye-

sen aquel punto los franceses, lo que no llegó á suceder.

Una agradable noticia recibió el jóven monarca que pudo lisonjearle mucho, pero que no era exacta; divulgóse que su esposa se hallaba en cinta, y envió á cumplimentarla, diciéndola por conducto del duque de Feria, entónces conde, que aquella alegría era lo único que podia consolarle de la pérdida de Calais. ¿Qué hubiera sido de Inglaterra si la reina María hubiese tenido sucesion de su esposo D. Felipe de Castilla? ¿Qué hubiese sido, si no hubiera reinado Doña Isabel? Mas se desvanecieron estas ilusiones; enfermó la reina de hidropesía, y se empezó á tratar de quién debia suceder en el trono.

La reina, más dura de carácter que su esposo y de fe por lo ménos tan viva, habia hecho publicar en la iglesia de san Pablo la bula del Pontífice, que absolvia á los ingleses por su separacion de la Iglesia romana y los volvia á recibir en su seno. Hubo pertinaces y no dejó de derramarse sangre. Notemos, sin embargo, que se atenuan los horrores que cometió Enrique VIII cuando estableció la nueva iglesia, y se propalan y se ostentan los castigos que mandó hacer esta reina. Doña María empezó á agravarse: levantó la cabeza el partido

de Doña Isabel, y la moribunda la señaló por sucesora, encargándola que mantuviese en el reino la religion católica como ella la habia restablecido. Y es de notar, por ser un hecho fuera de toda duda y que consta de los documentos secretos de Estado, que publicó en parte el docto archivero D. Tomás Gonzalez, que Felipe II favorecia la causa de Doña Isabel.

El de Feria, escribiendo á D. Felipe acerca de esta reina, dice: «Es una mujer vanísima y aguda; no hay ningun hereje ni traidor en todo el reino que no se haya levantado de la sepultura para venir á ella con gran contentamiento.» Falleció la reina María el 17 de noviembre de 1558 á las seis de la mañana, ausente su esposo en Bruselas. En cuanto lo supo el pueblo empezó, seguro de la impunidad, á cometer desacatos contra las imágenes, denostando el culto católico y persiguiendo á individuos de ambos cleros. Proclamóse Isabel en Westminster y en Lóndres; y el 20, desde su palacio de Watfield escribió á Felipe II participándole la muerte de su esposa, dándole el pésame, anunciándole su advenimiento al trono y empeñando su fe y palabra real de que guardaria la amistad y alianza que hubo entre sus padres y abuelos, y mayor si fuera posible.

Uno de los dias de Pascua mandó la reina

Isabel al arzobispo de Karlisle, que estaba encargado de decir la misa, que no hiciese la elevacion del Sacramento para la adoracion. Negóse el prelado con cristiana entereza; mas Doña Isabel se salió de la iglesia en cuanto concluyó el Evangelio. Los católicos ofendidos llamáronla hereje y bastarda, y volvieron los ojos á la desventurada reina de Escocia María Estuarda, que tenia muchos partidarios en Inglaterra: señora desgraciada, ludibrio de la fortuna, que arrastró su mísera existencia de prision en prision y fué sacrificada más tarde, dejando su blonda cabeza en las manos de un verdugo.

Miéntras tanto Felipe II estaba en Flándes con crecido número de soldados, entre ellos muchos ingleses, y fió el mando del ejército á Filiberto duque de Saboya, que entró en Francia amenazando varias plazas y cargó de repente sobre san Quintin, que guarnecia el almirante Coligny. El de Saboya atacó con su caballería al ejército frances, que dispersó y puso en vergonzosa fuga, causándole seis mil muertos. El duque de Enghien murió á poco de las heridas. Quedaron prisioneros el condestable, el duque de Montpensier, el vizconde de Turena y otros jefes principales. Dióse la batalla el 10 de agosto de 1557, festividad del mártir espa-

ñol san Lorenzo, á quien ofreció Felipe erigir un templo, y lo cumplió elevando el magnífico monasterio del Escorial. Coligny se refugia á la plaza de san Quintin, y llegando al campo D. Felipe, manda ponerla sitio y la rinde el 26 del mismo mes, quedando prisioneros el almirante, Ancelot y otros principales caballeros. Cuando supo el Emperador esta feliz jornada, preguntó á los portadores de la nueva, si su hijo habia entrado ya en París.

El de Alba tenia preparadas las escalas para ocupar á Roma, y señaló para el asalto el 28 de agosto. Súpose entónces el resultado de la batalla de san Quintin, y recibieron el de Guisa y Brissac órden de retirarse con toda celeridad á Francia, lo que verificaron marchando á Civita Vechia y embarcándose en las galeras de su nacion. Privado el Pontífice del apoyo frances resolvió concertarse con el duque de Alba, que conferenció con el cardenal Carraffa. Ofreció Paulo IV separarse de la liga de Francia, con tal de que se le devolviese lo ocupado en los estados de la Iglesia. Celebróse la paz con grande júbilo: concedió el Pontífice indulgencia plenaria; recibió ostentosamente al duque de Alba, que en nombre de su rey, fué á besarle el pié, y concluyeron estas cuestiones de un modo satisfactorio.

Mas los franceses, deseosos de lavar la afrenta de san Quintin, juntaron crecido ejército: el duque de Guisa penetró en el Luxembourgo y se apoderó de Thionville, defendido bizarramente por los nuestros; y el mariscal de Termes, con doce mil infantes y dos mil caballos, fué á poner sitio á Gravelinas. Mas Egmond con la caballería española y flamenca, y alguna infantería acudió al socorro de la plaza. A la embocadura de la ria estaba anclada una escuadrilla de naves inglesas y vizcaïnas: rompen el fuego, la caballería hace retroceder á los franceses, declá-ranse en completa dispersion y pierden cuatro mil hombres, quedando prisionero el mariscal y los principales jefes, y apoderándose los nuestros de la artillería y bagajes.

El rey de Francia Enrique II quiere arriesgarlo todo á la suerte de una batalla; reune crecido ejército y se acampa á las orillas del Soma, miéntras Felipe II sitúa sus fuerzas al otro lado, amenazando la Picardía. Parecia que el antiguo duelo entre ambas naciones se reñiria en aquellos campos. Mas no fué así: medió el Pontífice: propuso una tregua, que fué aceptada, y se juntó un congreso para la paz definitiva. Reunióse en Chateau Cambresis; llevábanse lentamente las negociaciones. Felipe II, rey aun de Inglaterra, exigia como condicion

prévia la restitucion de Calais; negáronse los franceses. Se pensó en ajustar el casamiento de la princesa Doña Isabel, hija del monarca frances, con Cárlos, príncipe de España, y el del duque de Saboya con otra princesa de Francia. Mas nada se adelantaba, y estuvo á pique de naufragar tan difícil negociacion.

En esto falleció, como hemos escrito, la reina María de Inglaterra; su hermana Doña Isabel abandona sus pretensiones á Calais, y facilita en gran manera el tratado. Creyó el rey Enrique que su hija casaria mejor con Felipe II, poderoso rey, que no con su hijo, y se estipuló esta boda. Renunciaba Enrique II á su alianza con el sultan y con los protestantes; se obligaba á devolver á los genoveses la isla de Córcega, al duque de Saboya las plazas del Piamonte, excepto cuatro, y se estipuló la entrega recíproca de los puntos que en Flándes y en Francia habian ocupado los dos beligerantes.

Celebráronse ostentosamente las bodas de ambas princesas de Francia. El 24 de junio casó por poderes el duque de Alba en nombre de Felipe II con la princesa Isabel, y seis dias despues en un torneo fué herido mortalmente el rey frances, sucediéndole su hijo Francisco II, que se hallaba en menor edad. Se apaciguaron

por el pronto las querellas con Francia, que entró en un lamentable período de guerras civiles y religiosas que no nos incumbe narrar.

De estas paces tuvo orígen la infame calumnia desmentida hoy por cuantos escritores nacionales y extranjeros historian estos sucesos. Los que no vacilaron en asegurar que si Cárlos V abdicó en su hijo, fué por miedo de que se sublevara contra él y le arrancase la corona, mintiendo de este modo la historia que escribian; los que olvidaron que el César participaba algo del carácter melancólico de su madre, y que áun en vida de la emperatriz trató de separarse del poder, toman ocasion de estas paces para decirnos que el príncipe D. Cárlos estaba profundamente apasionado de la infanta, y que al verla el anciano Felipe II, se prendó tanto de ella, que burló los amores del hijo y buscó para esposa la que debia ser su nuera. ¡Cuánta calumnia! Aceptado este hecho malévolamente por los escritores protestantes, llevado más tarde á la escena por Schiller yAlfieri, enemigos de toda autoridad real, dedujeron que el padre estaria celoso de su hijo, que le daria muerte, y tambien á Doña Isabel, que preferia la juventud de Cárlos á las canas de Felipe. Hechos absurdos que tendremos ocasion de examinar pron-

to. Bástenos en este lugar dejar consignado que cuando se capitularon estas bodas, ántes de la muerte de la reina María, el príncipe tenia poco más de trece años; que no habia salido de España, que no conocia á Doña Isabel, siendo fácil, en la manera reservada con que se llevaban las negociaciones, que no hubiese tenido noticia de tal proyecto; y que el viejo y repugnante Felipe II, que tal nos le pintan, acababa de cumplir treinta y dos años, como nacido en 1527 y era uno de los hombres más apuestos de la época. Ni áun para calumniar tuvieron talento.

Necesitó D. Felipe volver á España dejando á su esposa en París, y estuvo perplejo y largo tiempo indeciso sin saber á quién nombrar para el gobierno de Flándes. Sabia que aquel país estaba agitado, que cundia la secta luterana, y que los decretos rigurosos que para impedirlo habia publicado no producian el efecto esperado por él. Los condes de Egmond y de Horn aspiraban al gobierno y rechazaban el mando de una mujer. Desconfiaba de ellos el rey, y del de Orange; sabia sus compromisos en el país y su apego á la nueva doctrina, y por consejo del duque de Alba nombró gobernadora á Doña Margarita, señora nacida en Flándes, y cuyo hijo el célebre Alejandro Far-

nesio, se hallaba en España. Mucho desagradó este nombramiento á los señores envidiosos. Proveyó los gobiernos de aquel reino en naturales de aquella tierra; celebró capítulo del toison de oro y se hizo á la vela para España.

Llamaba la atencion de Felipe otro grave suceso. Sabia que el protestantismo habia hecho prosélitos en España, muchos en número y notables por su posicion social. Circulaban libros y escritos de los luteranos, ya en español ya en latin; distribuíanse á veces gratuitamente, y cuando ménos á ínfimos precios; cundia por el país la herética doctrina. La inquisicion contemplaba en silencio lo que pasaba, buscando secretamente á los reos, y deseando sorprenderlos en sus conciliábulos. El inquisidor general D. Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, estaba al corriente de todo, y una noche en aquella ciudad, y en Valladolid y otros puntos fueron aprendidos gran número de delincuentes de todas clases y condiciones. Obispos y frailes de diferentes órdenes, monjas y damas de le reina; magnates y plebeyos fueron conducidos á los calabozos de la inquisicion. Dos autos de fe hubo en Valladolid: al último concurrió Felipe II, y lo presenciaron doscientas mil almas. El pueblo se pasmaba viendo la pompa y ceremonial del auto de fe, la hopa que lle-

vaban los reos pintada con llamas y diablos, llamada *sanbenito*, ó saco bendito, la caperuza ó coroza en la cabeza, y al ver á las primeros grandes de Castilla solicitar con ánsia ser alguaciles del Santo Oficio. Un auto de fé era una solemnidad religiosa; despoblábanse las villas y aldeas por venir á las ciudades á presenciar este horrible espectáculo, que no causaba pena ni compasion, siendo considerados los jueces como vengadores de un Dios ofendido.

El espíritu de intolerancia era entónces general: los sectarios fueron los más crueles. Recordemos que Lutero clamaba por sangre y queria dar muerte á los judíos; que Calvino hizo quemar vivo á su presencia al español Servet, á quien calificó de antitrinitario; que Enrique VIII cometió los más grandes horrores en su patria, y que en Francia corrian arroyos de sangre en la bárbara guerra de los hugonotes. Hoy no podemos juzgar con pleno conocimiento aquella época de exaltacion religiosa tan distante de nuestras costumbres.

La víctima más ilustre de la inquisicion fué el arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé Carranza. Habia sucedido en aquella silla al cardenal Siliceo, ayo de Felipe II, que se apellidaba Guijarro, y latinizada esta voz, formó de *silex*

el nombre con que es conocido en la historia. Doctor y catedrático en Salamanca, pequeño de cuerpo, pero grande de ambicion, era altivo y querelloso con los inferiores, blando y maleable con su régio discípulo [1]. Su sucesor Carranza, fraile dominico, ascendiendo repentinamente á la sede metropolitana de Toledo, excitó, segun algunos que buscan para todo explicacion material, el encono y la envidia del arzobispo de Sevilla. Preso

[1] Juan Martínez Siliceo ó Guijarro, de Villagarcía, lugar de Extremadura, fué señalado maestro del príncipe D. Felipe II, que se le entregó de edad de siete años por la emperatriz Doña Isabel, que asistia al gobierno de estos reinos. Era gran teólogo, excelente filósofo y matemático. De las lenguas sabia la latina elegantísimamente, la francesa é italiana. Felipe le hizo su confesor y capellan mayor, y suplicó á su padre, el César, le presentase para el obispado de Cartagena. Murió Don Juan de Tavera, arzobispo de Toledo, y el príncipe solicitó del señor Emperador que pues en prendas de virtud, letras y prudencia nadie le adelantaba á su maestro, fuese S. M. servido honrarle. Escribieron él y el infante su hermano en esta conformidad con grande aprieto, y el Emperadór, luego que recibió las cartas, le escogió para presentarle á Su Santidad, y escribió al príncipe la siguiente.

«Hijo querido; siempre se »ha de premiar la virtud, y »cuando es la persona tal, se »ha de anteponer á todas. Mu»cho gusto he recibido en ver »vuestra intencion para vues»tro maestro Siliceo, y no »cumpliérades con la grande»za y valor de vuestros ante»pasados, si no fuérades re»conocido á quien os ha ense»ñado. Yo hice á mi maestro »Papa, y assí no es mucho »que hagais al vuestro arzo»bispo de Toledo. Yo le ad»mito de buena gana y os doi »el parabien.»

El año 1546 tomó Siliceo posesion de la silla de Toledo. Le envió el capelo Paulo IV año 1556. Murió el de 1557 á 31 de Mayo de edad de ochenta y dos años.—Coleccion manuscrita de Abad y la Sierra; rotulada: «Capilla Real, tomo XVI.

una noche en Torrelaguna, conducido á los calabozos de la inquisicion de Valladolid el sabio y poderoso Carranza, que brilló en Trento, que combatió en Inglaterra la herejía, se vió calificado de hereje. Ocho años estuvo preso en Valladolid y cerca de diez en Roma, aunque con más holgura. Fué condenado por el Pontífice á retractar algunas proposiciones oscuras y algo sospechosas y suspenso de su arzobispado por cinco años. ¡Cuánta peor suerte le hubiera cabido en España!

A poco falleció de pesadumbre Carranza, y estando para morir, ante la sagrada hostia, y cual si se hallase en presencia de Dios, dijo delante de gran concurso, que no tachaba de injusta la sentencia, pero que juraba no haberse apartado nunca de la fe, ni de la doctrina de la Iglesia Católica; y que nunca habia adolecido de los errores que se le atribuian. Carranza merece que alguno haga un estudio especial que nos pinte la época, la tolerancia de Roma, la intolerancia de España, y que conciliando todas las opiniones, nos haga ver que si bien el prelado no erró por voluntad, ni fué pertinaz en su error, pudo haber deslizado en sus escritos proposiciones no siempre seguras. Su carácter franco y abierto pudo con-

tribuir á su infortunio, y como dice mi llorado amigo Balmes «no siempre la inocencia del corazon anda acompañada de la prudencia en los labios.»

Apoderóse el terror de los protestantes españoles: desaparecieron por completo los síntomas del luteranismo, y continuó la unidad en la fe; miéntras los demas estados se despedazaban con las armas, no hubo en España guerras civiles ni religiosas. Felipe II no hizo mas con los protestantes que lo que la Reina Católica habia hecho con los judaizantes y herejes. La inquisicion en su tiempo no fué ni más ni ménos que lo que habia sido ántes; ¿por qué tanta suavidad con la una y tanta dureza con el otro?

Libre ya de las guerras con Francia y con Roma, dirigió Felipe sus cuidados á la de África. Mandaba el duque de Medinaceli una poderosa armada de cincuenta y cinco galeras y veintiocho navíos, y salió en 1560 de Mecina con objeto de apoderarse de Trípoli. Los vientos y las tempestades impidieron llegar al punto señalado. Rehízose la escuadra y creyó el duque muy prudente apoderarse de la isla de Gélbes en que habia un ejército de doce mil moros. Desembarcó felizmente, y en el acto se vió acometido logrando poner en fuga á los

enemigos, persiguiéndolos sin descanso hasta que se embarcaron y abandonaron aquel punto. Pocos meses despues la armada otomana, que tenia ochenta y cinco galeras, á las órdenes del valeroso Piali, acomete á la española y la destroza, apoderándose de veinte galeras y siete navíos, y desembarcando en los Gélbes, pone sitio al castillo, que mandaba el célebre D. Álvaro de Sande, cuyo nombre hemos visto ilustrado en tiempo de Cárlos V. Defiéndese con ardimiento, hace una salida y rechaza á los sitiadores, causándoles gran pérdida. Vuelve otra vez á salir al campo y es hecho prisionero; y capítula y se rinde la plaza.

Conoció Felipe II la necesidad de crear una poderosa marina de guerra, y en todos los astilleros se trabajaba con solícito afan construyendo y armando buques; mas entónces (1560) en el momento en que se queria elevar la España á potencia marítima, se cometió el grave error de establecer la corte en Madrid, alejándola de las costas, y situándola en el peor punto posible. Si se hubiese elegido á Sevilla, si más tarde á Lisboa, se hubiera fomentado la marina mercante y tendriamos comunicacion fácil con el litoral de ambos mares. Se prefirió Madrid, que no tenia ni edificios notables, ni caminos: situado en un arenal, sin

agricultura, sin industria, sin abundosos rios y sin ninguna de las condiciones que necesitan los grandes pueblos. Tenia sin embargo clima sano, cielo abierto y despejado, y su insignificancia no excitaba los celos, que pudo haber entre Sevilla, Toledo y Valladolid, que se disputaban la preferencia.

Asan, rey de Argel, hacia fuertes armamentos, y en marzo de 1563 con veinticinco mil hombres llegó á las playas de Orán. Mandaba la plaza D. Alonso de Cardona, marques de Alcaudete, y encomendó á su hermano Don Martin la defensa de Mazalquivir. Eran dos valientes caballeros. Asaltó Asan el fuerte de san Miguel el 4 de mayo, conociendo que si ocupaba á Mazalquivir, se rendiria Oran, que se limitó á circunvalar. Fué rechazado con gran pérdida, y al dia siguiente dió cinco asaltos inútiles; los repitió el dia 7, abierta brecha; tampoco consiguió ventaja alguna. Trata de minar el fuerte, y los españoles lo vuelan y lo abandonan refugiándose en Mazalquivir. Sitia este punto el rey de Argel; da el asalto, que duró un dia entero, y ve morir á mil de sus soldados: cinco dias seguidos lo repite, siempre con grande pérdida. En esto descubre en el horizonte la armada castellana, y viéndose perdido clava la artillería, se hace al mar y deja en poder de

los españoles nueve de sus bajeles. Grande mérito tuvo la defensa de Mazalquivir: pocos en número contra tantos; con un ejército exterior, escasos de víveres y sin mas medio que una victoria sangrienta ó una muerte gloriosa.

La armada española trató de limpiar la costa de piratas: D. García de Toledo ocupó el Peñon de los Vélez en setiembre de 1564: D. Álvaro de Bazan, ascendiente glorioso del marques de Santa Cruz, cegó el rio de Tetuan echando á pique en su embocadura varios buques cargados de piedras unidas con betun y argamasa.

En tanto presenciaba la cristiandad un espectáculo glorioso. Cien mil turcos á las órdenes de Mustafá sitiaron en 11 de mayo de 1565 á Malta, defendida valerosamente por los caballeros de la órden, auxiliados por un puñado de soldados de varios paises. Eran españoles muchos de los caballeros de Malta; mandaba soldados de España el capitan Miranda, que murió en la defensa del castillo de san Telmo; y despues de horribles asaltos y sangrientas luchas, levantaron los turcos el sitio, que duró más de seis meses, al aproximarse á la isla la escuadra española conduciendo doce mil soldados, que á las órdenes de D. Álvaro de Sande, rescatado ya, enviaba D. García de Toledo, virey de Sicilia. Mustafá no

quiso retirarse sin probar ántes la suerte de las armas. Apoderóse Sande de una colina, y los arcabuceros españoles se portaron con tanta bizarría y denuedo, que los turcos se embarcaron, la plaza se vió libre de enemigos y el valor de los caballeros de Malta y de los españoles llenó de admiracion al mundo.

Lanzaron la máscara en Flandes los protestantes. El de Orange y los condes de Egmond y de Horn se declararon jefes de la nueva doctrina. Apareció sangriento el protestantismo; cometió las mayores profanaciones en las cosas santas, y los más graves atentados contra las personas, y tuvo el rey que enviar á aquel país al inexorable duque de Alba. Grave asunto de que hablaremos más extensamente en el capítulo inmediato, al mismo tiempo que veremos las medidas tomadas contra los moriscos de Granada.

El que examine tantos hechos dispersos, y tenga que darles conexion y enlace, confesará con Prescott que es forzoso «no seguir cronológicamente los sucesos, sino distribuirlos en grupos para que se vean más clara y distintamente.»

Tiempo ántes el santo concilio de Trento, comenzado diez y ocho años atrás, en 1545, terminó sus sesiones el 4 de diciembre de 1563.

Hubo veinticinco sesiones; las diez primeras bajo Paulo III, las seis siguientes bajo Julio III, y las nueve últimas bajo Pio IV. Trasladado á Bolonia en 1547, restituido á Trento en 1550, suspenso por diez años, desde 1552 á 1562, volvió á ser convocado por Pio IV y concluido al siguiente año. En cada sesion la primera parte trataba del *dogma* y la segunda de *reformatione*. A la conclusion del concilio asistieron entre otros ilustres españoles Guerrero, arzobispo de Granada; Cuesta, obispo de Leon; Ayala, de Segovia; Covarrubias, de Ciudad Rodrigo, y Antonio Agustin, de Lérida, canonista, anticuario y eminente en toda clase de letras humanas. El P. Diego Lainez, general de los jesuitas, y Salmeron y el dominicano Soto brillaron como teólogos en aquella célebre asamblea. Despues de trescientos años se conservan firmes é inalterables y se conservarán hasta la consumacion de los siglos, los dogmas proclamados en Trento, miéntras han sufrido tantas y tan profundas variaciones el luteranismo y el calvinismo.

Felipe II declaró en 12 de julio de 1564 ley del reino el Concilio; y la pragmática en que así lo dispuso figura en nuestros cuerpos legales. Para la aceptacion y publicacion del Concilio juntaron los metropolitanos diferentes

Sínodos: celebráronse en Toledo en Granada, en Valencia, en Zaragoza, en Ébora, en Braga, y el arzobispo de Santiago lo reunió en Salamanca, acudiendo, ademas de los sufragáneos, los obispos de Oviedo y de Leon.

Ardia Francia en la sangrienta guerra de los hugonotes. La reina de aquel país se reunió en Bayona con su hija Isabel, concertaron algunos puntos para la represion de la heregía y el matrimonio del príncipe D. Cárlos con Margarita, infanta de Francia y hermana de la reina española Isabel de la Paz.

Mas esto no pudo por desgracia verificarse. Dispuso Felipe II lo que hoy, olvidados de la historia, han admirado tanto nuestros lectores en un ilustre monarca frances. El príncipe Don Cárlos, D. Juan de Austria, hermano del rey, y su sobrino Alejandro Farnesio fueron á cursar á la universidad de Alcalá de Henares, y á aprender en aquel liceo letras humanas. Hospedáronse en el palacio arzobispal, y un dia el príncipe cayó en una escalera, se dió un fuerte golpe en la cabeza y perdió el sentido. Los médicos dieron al pronto leve importancia al mal, no viendo más que una herida insignificante, mas se sobresaltaron cuando se pronunció el delirio con síntomas cerebrales. Dilataron la herida, y declarando grave el caso,

y aún desesperado, llamaron al rey, que se trasladó al instante á Alcalá. Insistieron los médicos en su funesto pronóstico: llevaron al cuarto del augusto enfermo el cuerpo de san Diego, aún no canonizado. Mejoró notablemente D. Cárlos, mas su razon no quedó bastante fuerte. Lamentándolo D. Felipe hizo venir, á España á sus sobrinos Rodolfo y Ernesto, hijos de su hermana la reina Doña María, en quienes juzgaba que debian recaer los derechos á la corona, en caso de incapacidad mental del príncipe.

Este desgraciado jóven habia nacido en Valladolid el 8 de julio de 1545. A poco murió su madre la infanta de Portugal Doña María, y su padre ocupado lejos España en tanta guerra, no pudo cuidar por sí mismo de su educacion moral. Irascible, impetuoso, descomedido, no conocia respeto alguno, pegaba á sus criados y servidores, se entregaba á los mayores excesos, y cuando le vió el Emperador, al tiempo de retirarse á Yuste, le encontró tan desatento y soberbio, que se lamentó públicamente de la conducta del mancebo.

Los primeros años de la vida del príncipe, mimado y halagado por su tia Doña Juana, iban revelando un carácter perverso, y no hay autor alguno nacional ni extranjero que no con-

firme esta verdad. Llegó á la edad en que á los príncipes de Castilla se pone cuarto, y pasó del poder de las mujeres al cuidado de los hombres. Nombró el rey por su ayo á D. Antonio de Rojas, señor de Villoria, caballero principal; por preceptor á Onorato Juan, valenciano, discípulo de Luis Vives, que habia cursado con gran reputacion en la universidad de Lovaina, y que era tenido por el hombre más eminente en todo género de literatura. Enseñábale gramática Fr. Juan Muñatones, que tanto se distinguió en el Concilio de Trento, y el obispo de Salamanca, Castro, estaba encargado de la educacion religiosa. Felipe II aprobó el plan de enseñanza propuesto por Onorato; encargaba que no se le abrumase con el trabajo, y que se pasase de lo más fácil á lo difícil. Existen muchas cartas de este rey que prueban el afan y la solicitud con que velaba por la educacion de su hijo.

El Emperador á su vez escribia con frecuencia á D. Antonio de Rojas, y en carta fechada en Bruselas á 10 de enero de 1555 le dice: « os encargo mireis mucho por su recogimiento, enderezando que sea templado y moderado, *y no tan libre como hasta aquí, que me han dicho que ha sido demasiado*... apartándole lo que se sufriera de la comunicacion de las mu-

jeres.» ¿Quién habia de decir á estos reyes que un sabio frances de nuestros dias habia de escribir, que se buscaron sistemáticamente á los hombres más malos é interesados en corromperle? ¿Quién habrá contado al sabio y respetable Mr. Merimée tan villana calumnia? Y ¡cuánto candor no se necesita para reproducirla!

Despues del suceso de Alcalá se notaban en él extrañas ideas. Estaba en relacion, segun vehementes indicios, con los sublevados de Flándes, y cuando supo que el duque de Alba habia sido nombrado para gobernar aquellos paises, aguardó que fuera á despedirse de él, y sacando un puñal le acometió de improviso, debiendo el duque á su serenidad y su valor no ser asesinado.

Seguia D. Felipe observando á su hijo; sorprendió intelijencias con los flamencos y llegó á saber que trataba de fugarse y pasar á aquellos reinos. Mandó el príncipe preparar postas secretamente, y el rey se vió obligado á apoderarse de su persona y á recluirle en una habitacion del palacio de Madrid, como lo verificó el 18 de enero de 1568. En los accesos de furor de Cárlos unas veces comia con la más desenfrenada gula, otras se negaba á todo alimento durante dias enteros; abusaba del

agua de nieve, andaba descalzo por la habitacion, y se desarregló su estómago y le sobrevino una calentura que alarmó á los médicos. Diéronsele los sacramentos, y conociendo próximo el fin de su vida, llamó á su padre, que fué inmediatamente á visitarle; pero por consejo de los médicos y del confesor entró en el cuarto y se limitó á bendecirle. Falleció el príncipe el 24 de julio, de veintitres años y diez y seis dias de edad, y su cuerpo reposa en el Escorial.

Mas esta relacion es harto prosáica para los que tratan de hacer una novela ó un drama. La prision no fué, dicen, por desafueros del príncipe, ni por inteligencias con los flamencos, sino por celos que el rey tenia de su hijo, manchando así la memoria de la noble y honesta reina Doña Isabel de la Paz. Y como era necesario cargar de sombras tan interesante episodio, nos dicen que la inquisicion se apoderó de D. Cárlos, le fulminó un proceso, le condenó á muerte, que recibió, segun unos por medio de un veneno, segun otros desangrado en un baño. Esta patraña histórica mereció benévola acogida al moderno autor del Panteon del Escorial, cabalmente al tiempo en que la luz de la crítica habia iluminado este suceso.

Veamos que han dicho de esto los antiguos y modernos escritores, aún los mas avanzados en política y los mismos protestantes. Ellos nos refieren el carácter y los vicios del príncipe, las causas de su prision, y las circunstancias de su muerte. Ajeno es de nuestro propósito citarlos á todos; pero diremos lo que cuentan los mas principales. Luis Cabrera de Córdova, criado del rey [1], historiador minucioso, y uno de los que merecen más fe, nos dice la conducta que observaba el principe. Limitémonos á contar algunos de los hechos que menciona. «Salia de noche por la corte con indecencia y facilidad, y porque le cayó de una ventana un poco de agua, envió la guarda para quemarla y matar los moradores; y volvieron diciendo, por satisfacelle, que entraba el Santísimo Sacramento del Viático en ella, y respetaron por esto sus paredes. «Un zapatero le hizo unos borceguíes estrechos, le mando llamar, y tuvo el infeliz que reducirlos á menudos pe-

[1] Este historiador nos dice en el capítulo V del libro 8: «Yo escribo lo que vi y entendí entónces y despues con la entrada que desde niño tuve en la cámara de estos príncipes, y fué mayor con la edad y comunicacion por la gracia que merecieron algunos ministros con el rey, especialmente el príncipe Rui Gomez de Silva y D. Cristóbal de Mora, marques de Castel Rodrigo, cuya resultancia en mi padre Juan Cabrera de Córdova y en mí, y la aceptacion de su majestad de nuestros servicios nos hicieron mas comunicables y allegados.»

dazos y que tragarlos.» Habia mandado el príncipe que le representase una comedia Cisneros, excelente representante; por órden del cardenal Espinosa detenido y desterrado no osó venir á palacio. Indignóse contra el cardenal, á quien sumamente aborrecia, y viniendo á palacio, le asió del roquete, poniendo mano á un puñal y le dijo: «*Curilla, ¿vos atreveis á mí, no dejando á Cisneros venir á servirme? por vida de mi padre que os tengo de matar.*»

Escribió el príncipe á los grandes para un negocio que se le ofrecia. «Y lo cierto era huir de la corte y caminar á Alemania á casarse con su prima la infanta Doña Ana. El almirante envió la carta al rey.» El 18 de enero recibió Felipe II «carta del correo mayor Raimundo de Tásis con aviso de cómo el princicipe le habia pedido postas, y él le habia dicho estaban todas en las carreras, que le serviria en viniendo. Duplicó el mandato, y viéndose apretado, envió todos los caballos fuera y él corrió á dar cuenta al rey.» «Vino este á Madrid y al entrar la noche llamó al duque de Feria, al príncipe Rui Gomez, al prior D. Antonio y bajó al aposento del príncipe á las doce de la noche. Abrió Rui Gomez y entró con el prior y el duque, y viéndolos S. A. desde el lecho, dijo: «¿qué quiere por acá el Consejo de Es-

tado?» Llegóse el de Feria y le acabó de tirar la cortina, y el rey le quitó la espada de la cabecera. Repitió el príncipe: «no soy loco sino desesperado, ¿quiere V. M. matarme?» El rey con blandura le dijo: no queria sino hacerle bien, se aquietase y volviese en sí. Mandó al prior D. Antonio llevase un cofrecillo de acero embutido de oro que tenia sobre el bufete; y preguntando D. Cárlos para que lo querian, respondió el rey que se le volveria en sacando los papeles que en él y en un escritorio tenia...» Quedó preso D. Cárlos: el rey lo hizo saber á los Consejos y ciudades del reino, y á los embajadores extranjeros, sin expresar la causa *gravísima y del bien comun* que á su tiempo sabrian.»

El rey en la carta que dirigió de su mano en 21 de enero á su hermana la emperatriz, se refiere á otra correspondencia que habia mediado sobre lo mismo entre ambos, y despues la manifiesta que el amor de padre le hizo buscar y usar «todos los medios, remedios y caminos que para llegar á este punto me han parecido necesarios. Las cosas del príncipe han pasado tan adelante y venido á tal estado, que para cumplir con la obligacion que tengo á Dios como príncipe cristiano, y á los reinos y estados que ha sido servido de poner á mi cargo,

no he podido excusar de hacer mudanza de su persona y recogerle y encerrarle. El dolor y sentimiento con que habré hecho esto, V. M. lo podrá juzgar...» «Solo me ha parecido advertir que el fundamento de esta mi determinacion no depende de culpa ni desacato, ni es enderezada á castigo, aunque para esto hubiera materia suficiente» y concluye encareciendo la magnitud del crímen, expresando que este negocio tenia *otra raiz*, y es de mayor importancia y consideracion. ¿Cuál sería esta? ¿cuál, el enigma que encerraban tan misteriosas palabras? El rey tenia en su mano todos los documentos recogidos al príncipe, que serian tal vez los que á la hora de su muerte mandó quemar á D. Cristóbal de Mora; y si notamos el carácter del jóven príncipe, su enojo con el de Alba, cuando supo que iba á gobernar á Flándes y su deseo de partir de oculto para dicho país, es difícil dejar de sospechar que algo trataba que afectase á la integridad de los dominios de su padre y favoreciese tal vez al calvinismo.

Continuó por seis meses en la prision, asistido de caballeros principales y de seis monteros. Proveyóse que ninguno llevase espada, ya porque el príncipe no la tenia, ya por miedo de que apoderado de alguna, cometiese en sí

ó en otros un atentado. Sonó en Europa este suceso: amigos y enemigos de Felipe tenian fija la vista en tan raro acontecimiento. Suplicó el Emperador la libertad del príncipe, lo mismo hizo el rey de Portugal, y el Pontífice pidió que le corrigiese como padre y no convirtiese en rigor el recogimiento. Era objeto constante de los despachos de los embajadores á sus cortes, y por fortuna se conservan estos documentos que han dado completa luz á este punto. Podrá desconfiarse de lo que el rey dijo, de lo que escribieron los historiadores mejor informados, que eran súbditos del monarca español ó de su hijo, y se podrá sospechar que no dirian toda la verdad; pero ¿qué sospecha cabe en las relaciones de los embajadores? Si alguna pudiese haber, sería de que participasen de la malquerencia de los protestantes y envenenasen la causa del monarca español.

Pero sigamos al historiador Cabrera. «Con la indignacion y coraje el fogoso príncipe abrasado, y del calor del estío, bebia con exceso agua de una gran fuente de nieve, y con ella hacia enfriar la cama donde pasaba lo mas del tiempo para refrescarse, mudando lugares por instantes... Estuvo tres dias sin comer con profunda melancolía... cuando le visitó y confortó el rey, comió mas de lo que pudo gastar su

calor, por la debilidad de estómago y destemplanza, de manera que enfermó gravemente de tercianas dobles malinas, vómitos y disentería causada de la frialdad de la cama. Visitábale el doctor Olivares, protomédico, y salia á consultar con sus compañeros, en presencia de Rui Gomez de Silva, la curacion, curso y accidentes de la enfermedad. Purgado sin buen efecto, porque pareció mortal la dolencia, pidieron los ministros al rey le viese y le bendijese ántes de su muerte. Consultado su confesor Fray Diego de Chaves y el maestro de S. A. Onorato Juan, electo obispo de de Cartagena, dijeron, que estaba dispuesto bien para morir como tan católico, y le podria inquietar la vista de su padre, y de hablarle recibirian ambos dolor, y aprovecharia todo muy poco á todos; y así algunas horas ántes de su fallecimiento por entre los hombros del prior D. Antonio y de Rui Gomez le echó su bendicion, y se recogió á su cámara con mas dolor y menos cuidado. Pasó de esta vida habiendo recibido todos los sacramentos como fidelísimo cristiano el 24 de julio á las cuatro de la mañana, vigilia del apóstol Santiago, de quien era devoto, á los veintitres años y diez y seis dias de su edad floreciente.»

«Otorgó su testamento el príncipe ante Mar-

tin Gaztelu, su secretario, y suplicó á su Majestad le perdonase y echase su bendicion; le encomendaba su alma y sus criados para que les hiciese bien», mandó su recámara á iglesias y hospitales pobres, y despues de hacer varios legados, mandó que se llevase su cuerpo al convento de san Francisco de Toledo, donde se fundase un colegio, y que «entre tanto se depositase en el monasterio de monjas de santo Domingo el Real entre dos infantes, hijos de los señores reyes D. Pedro y D. Enrique.»

Suponemos que el lector nos perdonará que nos detengamos en este incidente por su importancia. El doctor D. Pedro Salazar de Mendoza, hombre docto, canónigo tesorero en la santa iglesia de Toledo, y que ejerció graves cargos en palacio, que escribió entre otras obras, el orígen de las dignidades seglares de Castilla y Leon y la Crónica del cardenal Don Juan de Tavera; habia nacido en 1549, y tenia á la época de la prision del príncipe diez y nueve años. «Yo, escribe, referiré llanamen- y con verdad de la historia; cosa á que tengo mayor obligacion por haberla entendido desde mas cerca, que no me pueden decir lo del adagio antiguo castellano: á luenguas tierras luengas mentiras.»

Habla de la prision en términos semejantes

á los que usa Cabrera refiriendo que fué el 19 de enero, y que «posaba el príncipe en los entresuelos del patio de á mano derecha en el palacio de Madrid,» y continúa: «Llegando lo recio del verano dió en andar desnudo y descalzo, en dormir al sereno y descubierto. Bebia muy grandes golpes de agua con nieve en ayunas y de noche, y metía la nieve en la cama. Comía con grande exceso fruta y otras cosas muy contrarias á su salud. No bastó ninguna diligencia para estorbárselo y retraelle de semejantes desórdenes. Al fin se le resfrió la virtud y calor natural, y tras esto se determinó á no comer ni tomar cosa alguna, y estuvo así once dias sin tomar mas que agua fria. Cuando quiso tomar algunos caldos y sustancias, tenia el estómago tan debilitado y flaco que no las retenia, y así llegó á consumirse sin que le aprovechasen los muchos beneficios que se le aplicaron [1].»

[1] El cronista Herrera, Colmenares, Zúñiga, Illescas y cuantos escritores tratan de este asunto convienen sustancialmente en lo que dejaron escrito Cabrera y Salazar, y no hay un escritor de mediano criterio en España que no diga lo mismo. El señor D. Alberto Lista dice: los escritores extranjeros que fiados en las relaciones de los protestantes, enemigos mortales de Felipe II, le han atribuido la muerte de su hijo, ó desangrado en un baño, ó envenenado por un decreto de la inquisicion, *han cometido una gran calumnia*. Así la califica el diligente historiador D. Modesto Lafuente. El señor D. Evaristo San Miguel en su moderna Historia de Felipe II, dice textualmente: «aparece

Escritores enemigos de España hicieron cundir por el mundo la voz de que D. Cárlos habia sido asesinado. El presidente Thuano, que niega resueltamente que Francisco I hubiera sido prisionero en Pavía, y que afirma que el arquitecto que constrnyó el Escorial fué un frances llamado Luis de Fox, se encargó de propagar la calumnia. Unas veces nos dice que D. Cárlos murió de veneno, otras que desangrado de un pie, otros escritores que ahogado por cuatro esclavos, y que firmada la sentencia de la inquisicion por Felipe II, se le dió á escoger el género de muerte que queria recibir, presentándole pintados toda suerte de suplicios. Todo esto parece, dice Salazar de Mendoza, á los encantamentos de la sábia Felicia.

El rey de Francia Cárlos IX mandó á su embajador Fourquevaulx que inquiriese la verdad, y este le escribió que no debia creer la décima parte de lo que se decia. Novili, embajador de Florencia, el arzobispo Rosano, el

claro que no medió proceso, que el príncipe murió de enfermedad; sobre todo; que no intervino en nada de esto la inquisicion, como se ha hecho ver sobre las tablas del teatro.» ¿Qué vale junto á estos testimonios la fábula de Llorente, que sin razon y sin apoyo atribuye en su historia de la inquisicion al doctor Olivares el crímen de haber propinado un veneno al príncipe? Llorente es bien conocido y está juzgado por la crítica: el doctor Olivares ha sido defendido por el señor Morejon en su Historia de la Medicina Española.

nuncio de Su Santidad monseñor Castaneo, Pontífice despues bajo el nombre de Urbano VII, Dietrichstein, embajador de Viena, Cavalli y Tiepolo de Venecia y otros diplomáticos niegan rotundamente el crímen. El arzobispo Rossano dice, que Felipe creia que la enfermedad de su hijo era fingida para salir de este modo de la prision, «*pensaba che fosse finto il male per esser slargato et liberato della prigione.*» Novili decia «*que le novellace que si dicono sono molto indigne d'essere ascoltatte, non che scritte.*»

El Sr. Gachard ha derramado la mayor luz sobre este punto, y si bien cree calumnioso lo que dijeron los protestantes [1] concluye su obra lamentándose de los tormentos *morales* que sufriria el príncipe en su prision. El señor Prescott en su historia de Felipe II, que por desgracia dejó sin concluir, no se atreve á acusar á Felipe II de asesino, y se limita como Gachard á culpar el rigor con que trató á su hijo. No era fácil que estos dos escritores fuesen enteramente justos con Felipe II: se hallaban en circunstancias excepcionales. Por el contrario, Mr. Charles de Moüy en la impor-

[1] Parmi les historiens étrangeres tous, ou presque tous, se plurent à accueillir, à acrediter, à repandre les versions les plus absurdes, les plus invraisemblables.

tante obra que en este mismo año ha publicado en París, enriquecida con notables documentos, y titulada: *Don Cárlos et Felipe II*, nos dice « la historia ligera de los siglos pasados le ha acusado con increible ignorancia; es tiempo ya de que la historia analítica del dia, le conceda valerosamente, apoyada en hechos, en pruebas y en una crítica sana y sincera, la reparacion que merece.»

¡Desgraciado príncipe, muerto en la flor de la juventud! ¡Desgraciado padre, que perdió al único hijo varon, que estaba jurado años ántes inmediato sucesor al trono! Hay un refran que dice: calumnia; que algo queda. Esta suerte cupo á Felipe II.

D. Antonio Cavanilles, falleció el dia 2 de Enero de 1864, dejando esta obra sin concluir y disponiendo que se publicasen los doce capítulos que del tomo V tenia impresos, y los documentos inéditos que se acompañan como apéndice.

Así lo cumplen sus hijos, deplorando la temprana muerte de su querido Padre.

DOCUMENTOS INÉDITOS

SOBRE

LA PRISION DE FRANCISCO I.

Merced hecha á Diego Dávila, por el Emperador en Granada á 26 de julio de 1526.

La parte útil de este documento que se conserva en el Archivo general de Simancas dice así:

«Acatando los servicios que Diego de Ávila nos ha fecho en la guerra de Italia, especialmente lo que nos sirvió en la batalla que delante Pavía el año pasado de quinientos é veinte y cinco dió nuestro ejército al rey de Francia é al suyo; en la cual siendo el hombre d'armas de la compañía del visorrey de Nápoles, como buen súbdito y servidor nuestro, peleando valientemente é señalando su persona, llegó donde el dicho rey de Francia estaba peleando, é lo derribó del caballo abajo, é se le rindió por prisionero, é le dió en señal de darse por tal, la manopla derecha é el estoque con que peleaba; de lo cual estamos bien ciertos é certificados. La cual dicha manopla é estoque dicho Diego de Ávila dió y entregó a mí el rey en mis manos; é en enmienda é remuneracion de todo ello nuestra merced é voluntad es que haya é tenga de nos por merced en cada un año y en toda su vida cincuenta mil maravedís, situados en rentas é derechos de estos nuestros reinos.»

Carta del almirante al Emperador Carlos V, dándole la enhorabuena por la batalla de Pavía.

S. C. C. M.

Aquí he sabido, la bienaventurada nueva de la batalla, la qual por su novedad muestra que las alegrías han de ser dando gracias á Dios, porque tan manifiestamente ayuda á V. M. en todas sus cosas, que quiso que solo y sin ayuda de

nadie derrocásedes la soveruia y poder del rey de Francia, y si bien lo mira V. M., hallará que en todas las cosas en que vuestros exércitos se han hallado, las ha dejado Dios llegar al postrer punto del peligro, y seyendo casi vencido, os hace salir vencedor, de forma, que él quiere que á él solo se den las gracias, y que ningun poderoso piense que sin él tiene poder, y pues esto es tan manifiesto, á él tenga V. M. delante, del se acuerde, en todo lo que hiziere sea endereçado á su fin, este ha de ser el principal cimiento sobre que V. M. funde su obra.

Y tras esto, se acuerde, que no es tanto vencer, como saber gozar de la victoria; no se duerma V. M. sobre ella, que la buena fortuna quiere que aquel que ella ayuda sea deligente, que no es ella tan firme que no sepa torcer si vee lo contrario.

Y acuerdo á V. M., que la próspera fortuna, dice Séneca que es mas peligrosa que la aduersa, esto dize él por los que sin obrar confian en ella, qué al que se ayuda, no le contradize, antes le es muy favorable, mas para saber gozar della, conviene grand consejo, este tome V. M. de los que saben mas deste oficio, y créame que no es bueno al carpentero, mandalle que haga plata, ni al sastre, que labre de cantería.

Ni tampoco tenga V. M. este hecho por acabado, que sería cosa muy peligrosa, y acuérdesele, que la inbidia es en el mundo un vicio que mucho reyna, y que los que no eran enteros amigos, temerán veros crecer tanto, y los amigos y enemigos terná desvelado este temor, y para que no le contradigan, es menester que vean que no quereys gozar desta victoria sin que participen del interese della, pues este es el metal que suele soldar la plata y el acero,

El Rey de Inglaterra, acordalde lo que tiene perdido, y que tiene tiempo de cobrallo y lo mismo se deue hazer á todos aquellos á quien Francia con su tiranía ha *dessiecho* [1] de sus

[1] así parece que dice.

estados, porque aya muchos que quieran entrar en la ganancia de esta mercadería que será quitalles el temor y convertillo en amor y no tener sospecha de V. grandeza ni de que quereis Señorear el mundo.

Y acuérdese V. M. que tiene preso el mayor príncipe de una Corona de la Xristiandad, y que es una joya muy peligrosa de guardar, y mirad la determinacion de su guarda como se haze y de su estançia, pues es magnifiesto Italia que querian entretener las cosas y no acaballas, y pues en esto tanto vá mírese mucho.

Y tambie el daño y destruycion y mengua que ha recebido Francia, y que menores cosas no suelen perdonar los franceses, y que si desta vez no queda Francia tan quebrada que no pueda mas rebollirse, que si buelue ella, trabajará de hauer la enmienda, y como V. M. no es Dios que puede estar en todo cauo, tanto cuanto mas tiene lo terná mas peligroso por confinar este príncipe con la mayor parte de vuestros estados y Señoríos, y aunque la piedad en los grandes príncipes es una virtud muy loada cuando della puede suceder mal, no se llama piedad sino inadvertencia usar della. Francia estorbó á vuestros ahuelos que no tomasen la conquista de la Casa Sancta, y ella hasta agora, ha hecho mas bien á los infieles, que no ellos mesmos; y V. M. saue que escrivió al turco quando entró á lo de Ungría, y pues este poder deste príncipe, se emplea en tanta ofensa do Dios, sea el fin de V. M. deshazelle, para que se allane el camino por do paseys á los ynfieles, y para contradecir á Luterio y reformar la Iglesia de Dios; pues á vuestra dignidad compete, que teniendo este sancto propósito, yo certifico á V. M. que los enderece á saber gozar de la victoria y os alumbre, y si otras vanidades os dixeren, no cure V. M. dellas que serán obras del enemigo que querrá estorbar este bien tan grande, que está no solo començado mas andado mucha parte del camino; yo quisiera yr á besar los piés de V. M. y á dalle la buena pró, helo dexado por no poder, que los frios de ogaño me mostraron la hedad que no conprehen-

dia, y assi de piernas y braços, esto mejor para demandar á a puerta de la Iglesia, que para andar camino, como Dios ha de recibir V. M. la voluntad y perdonar lo que fallece y aun tambien lo que escribo, que en verdad, Señor, el amor que tengo á Vuestra Real persona, y contemplaros hombre, y mancebo, y poderoso, y bien afortunado y vencedor, me desvela porque en vuestra edad han de tener memoria destos vuestros servidores. Y guarde Dios la muy Real persona de V. M. como V. M. desea y la prospere y acreciente, como lo hace para su servicio. De Mansilla XIIIj de Marzo de MDXXV.—Servidor y vasallo que los Reales pyes y manos de V. M. vesa. —El almirante.—Sigue la rúbrica.

Estado.—Legajo número trece.

Cédula para que se den cien ducados á Bernardino de Albornoz por haber traido la noticia de la Victoria de Pavía.

El Rey.—Bernaldino de Albornoz, correo.—Maffeo de Tarxis mi correo mayor sabed que por fee de Alonso de Soria lugarteniente de mi protanotario parece qne á veynte é cinco de hebrero de este presente año, desde Roma despachó el duque de Sesa, mi vices-regente en corte romana, á Bernaldino de Albornoz, mi Repostero de Camas, por la mar, con ciertos despachos para mi de inportancia y con la nueva de la Victoria contra el Rey de Francia, el qual escrivió que no le dió dinero alguno para su gasto, y que se le pagase acá todo el viaje, y que escrivió al mi thesorero de Barcelona que le diese á buena cuenta del viaje quarenta ducados, los cuales le dió, y quel dicho Bernaldino de Albornoz vino en diligencia y llegó á Madrid donde yo estava los veinticinco de Março del dicho año, el qual me ha suplicado le mandase pagar el dicho viaje teniendo respecto á la buena nueva que truxo ó como la mi merced fuese é yo tovelo por bien, por ende yo vos mando que de los maravedis de vuestro cargo dedes e paguedes al dicho

Bernaldino de Albornoz cient ducados de oro que montan treynta e siete mil e quinientos maravedis, que es mi Voluntad qué se le den por el dicho viaje, de los quales le descontad los dichos quarenta ducados que asy recibió del dicho Thesorero de Barcelona, e tomad su carta de pago, con la qual e con esta mi cédula mando que vos sean recibidos en quenta los dichos cient ducados, descontados dellos los dichos quarenta ducados como dicho ès, e no fagades ende al. Fecha en la Cibdad de Toledo á treinta de Junio de mill e quinientos e veynte e cinco. Yo el rrey.—Refrendada de Cobos, señalada del marqués y de don Francisco.

Libros generales de la Cámara. Año de mil quinientos veinticuatro y mil quinientos veinte y seis.—Cámara.—Cédulas. —Número doscientos sesenta y cinco.—Folios ciento noventa y cinco vuelto, y ciento noventa y seis.

Cédula al Marqués de Helche, para que reciba en el Alcázar de Madrid al Virey de Nápoles y al Rey de Francia.

El Rey.—Marqués delche pariente mi alcaide de la fortaleza de la Villa de Madrid, o vuestro lugarteniente o otra cualquier persona que por vos y en vuestro nombre en ella están porque yo he acordado que el Xristianísimo Rey de Francia sea traido y aposentado en esa fortaleza y mi Visorrey del Reyno de Nápoles, vá por mi mandado a mandar hazer y prover lo que para ello fuere menester, yo vos mando que recibays en esa dicha fortaleza al dicho Visorey y al dicho Xristianisimo Rey de Francia, y hagays y cumplays y dexeys hazer para su aposento, todo lo quel dicho Visorrey de mi parte ordenare y mandare como si yo mismo en persona os lo mandase, e no fagades ende al por que asy cumple a mi servicio. Fecha en Toledo a veinte seis de Jullio de quinientos veinticinco.—Yo el Rey.—Refrendada del Secretario Cobos.

Libros generales de la Cámara, número seteuta y dos folio ciento cincuenta y cuatro.

Carta de la Ciudad de Córdoba pidiendo que se llevara allí prisionero al Rey de Francia.

S. C. C. M.—El Concejo Justicia y Regimiento de la muy noble e muy leal Cibdad de Córdoba, besamos los Reales piés y manos de V. M., y dezimos que somos certyficados que V. M. ha mandado traher la persona del Rey de Francia en España, para que en ella sea guardado el tiempo que V. M. sea servido en lo qual se magnifiesta bien que el corazon y obras de vuestra imperial persona, son guiadas por especial gracia del Espíritu Sancto, y pues tan notoria y antigua es la fidilidad desta Cibdad en servicio de la Corona Real, y se ha magnifestado y señalado asy en el tiempo del Absencia de V. M. destos sus Reynos de que tanta necesydad obo, a V. S. M. humillmente suplicamos nos haga merced sea secrestado en ella, porque demas de ser debido a su fidelidad y voluntad ay gran dyspusycion en esta tierra para que mejor se efectúe la voluntad Real de V. M. en este caso como mas largo informarán á V. M. Fernando Alonso de Córdoba y Pedro Moñiz de Godoy veinte e cuatros y procuradores de Cortes desta dicha Cibdad: guarde y prospere Nuestro Señor la Católica e ymperial persona de V. S. M. con subjeccion del Universo. De Córdoba veinte e siete de Junio de quinientos veinticinco años.—De V. S. C. M., humillísimos vasallos y servidores, que sus Reales piés y manos besan.—El licenciado, Moreno.—Rubricado G.º Hoces.—Rubricado.—Juan Manuel..... [1] R.º de Molina escrivano público e lugarteniente de Gonçalo de Hoces, escrivano del Concejo.—Sigue la rúbrica.

Estado.—Legajo número trece.

[1] No se puede leer el apellido.

Carta a Madrid para que proveyese de ropas a la comitiva del Rey de Francia que venia prisionero a su Alcázar.

El Rey. Concejo Justicia Regidores, Cavalleros escuderos oficiales e omes buenos de la Villa de Madrid, porque yo he mandado quel Christianísimo Rey de Francia sea traido y aposentado en el Alcázar e fortaleza desa dicha Villa y enbio a proveer lo que para ello es necesario a mi Visorrey del Reyno de Nápoles, o para lo que viene e a de quedar en esa Villa para acompañamiento de la persona del dicho Rey de Francia oviera necesidad que de los lugares de la tierra desta dicha Villa se traiga ropa a ella, proveays como se traya toda lo que para ello fuere menester que en ello seré servido. De Toledo veintiocho de Julio de mill quinientos veinticinco años.—Yo el Rey.—Secretario Covos.—Señalado.—Carvajal.—Libros generales de la Cámara. Número setenta y uno, folio ciento sesenta y dos.

Carta á Toledo que el Emperador habia hablado al Rey de Francia, para qne le diese el Cuerpo de San Eugenio.

El Rey. Ayuntamiento Corregidor de la muy noble Cibdad de Toledo, vy vuestra letra y oy a don Alvaro de Ayala mi Camarero, lo que de parte de esa Cibdad me suplico para que pediese al Christianísimo Rey de Francia mi hermano que procurase de ynbiar a esa Santa yglesia, el Cuerpo de Santo Heugenio, que está en Francia, lo qual yo he fecho de mi buena voluntad, y asy la mostró el dicho Christianísimo Rey para hazer en ello lo que pudiese. De Illescas a veiuntino de hebrero de quinientos veinte y seys años.—Yo el Rey.—Refrendada del Secretario Covos.—Libros generales de la Cámara. Libro setenta y uno, folio trescientos veinte y nueve.

Carta de Ochoa de Isasaga dando al Emperador larga cuenta de las cosas de Francia, y que el Rey se habia metido en el agua hasta las rodillas al desembarcar.

S. C. C. M. El Visorrey de Nápoles me escrivió desde Aranda con el Comendador Peñalosa, para que me oviese de yr a Francia para efectuar lo contenido en ciertos capítulos que me enbió para la delibrança del Rey de Francia, porque asy convenia al servicio de V. M. por ser cosa de fidelidad, y á la hora fui en uno con otros nonbrados y llegamos acerca de mon de Marçan, donde topamos a madama la regenta con el dolfin. Y dexando lo que toca a la delibrança y lo que fizimos allí; porque V. M. estará ynformado del Visorrey, diré solamente a V. M. lo que sentí y procuré de saber de las cosas de Francia para el aviso de V. M.

En Francia, en lo público, muestran placer del casamiento de Madama Leonor; aunque diversas opiniones, el pueblo general desea paz y los varones y Caballería gerra; hablan cosas no pensadas, que madama es la heredera despaña en falta de V. M. Nuestro Señor lo goarde y ensalce por muchos años con hijos de vendicion para su santo servicio.

Aunque en la Casa Real y los principales en sus pláticas nonbran a V. M. Emperador, lo general de Francia no le nombran sino Rey de Castilla. Dicen que despues de Charles Mago, que no ha avido enperador Coronado, y que a los rreyes de Francia pertenesce, y que V. M. no tomará las dos Coronas que le faltan, y como los franceses son sótiles hasta hacer sus negocios hablan bien, pero lo que oy afirmar en diversas partes es quel Papa, venecianos y la Çuyça y otros potentados de Italia, estavan aliados para estorbar la coronacion de V. M., y que al rrey de Francia puesto en su livertad, le ynclinarian á lo mesmo y que venian de camino envaxadores nuevos de Venecia y Florencia.

En Francia no osan hablar en público, pero en lo secreto no está bien quisto el Rey de muchos, y que mas quisieran que no saliera de la presyon, y a la salida del Dolfin y su hermano de Bayona, avia mucho clamor e tristeza.

Tanbien se dice entre los franceses, que la la batalla de Pavía, ha deser cabsa que no aya en Francia en los años venideros, tanta conformidad como sollia aver, y que están muchos con temor del Rey, y aunque se avian absentado algunos, tiénenle a Moseor de Borbon por grand persona y sábio y que su salida hizo mucho daño a Francia.

Tanbien se habla entre los franceses, que los asientos echos en la prision que no valen y quel derecho de Milan y Nápoles que no podria dejar la casa de Francia por ningun asiento quando vieren dispusicion.

La entrega del ducado de Borgoña, lo sienten en grand manera diziendo que es de mucha renta y fortalezas y que es mucha diminucion de Francia, y que mas les valiera morir sobre ello, otros dizen que aunque entregasen agora por la libertad del Rey que lo tornarian a tomar, que todo lo haria un jorne.

Don Enrique de la Brit anda en la corte favorido dizen que ha de seguir la recabdanza de Navarra, y quando V. M. fuere para la coronacion, hará su exército para entrar en Navarra y que viendo su persona, que los navarros se llevantarán con él, y quando entró en Navarra Moseor de Masparros si entrara él que quedara apoderado, que los navarros como no vieron a él y ponian en las puertas las armas de Francia se retraxeron. Y mas dicen, que si Moseor Mazparros estoviera quedo en Panplona y se hiciera sin pasar a Logroño que conservara en Francia le nonbran Rey de Navarra; desian que se ablaba casamiento suyo con madama de Alançon y quella no queria casar y quel queria con madama Renel: tambien se dize por los rincones, que el Rey de Francia no mostrándose parte echara a este don Enrique por torcedor de Navarra por poner a V. M. en necesidad por todas partes, y por ynpedirle su

pasaxe y aun me dixieron que desde agora juntaba mucho bastimento en Pao.

Juan Lopez el piloto, que sollia estar en Madrid con el Rey de Francia, le enbió el Rey con cartas a Madama y le ha hecho Capitan de cuatro galeras, el armada dicen que se haze en Marsella en que hay mas de veynte galeras y muchas naos y la grand francesa que dizen y el renonbre le dan para V. M. conforme a lo capitulado, y segund lo que sentí converná que V. M. no se sirva de la dicha Armada si no fuere poniendo gente de otra nacion que le sea fiel. La esperança que tienen en Francia, es que Madama Leonor terna forma con V. M. para que vuelva presto en Francia el dolfin y su hermano. Suplico a V. M. me perdone por lo que diré en cosa tan pesada que el deseo que tengo al servicio de V. M. me lo haze dezir y digo que en caso que cunplan lo asentado en Francia, que con buena forma y disimulacion onesta se debria dilatar la vuelta del dolfin hasta que aya efecto la yntencion de V. M., porque aunque agora ablan bien se dice entre ellos quel Rey de Francia y el Rey de Inglaterra son amigos, y que al dolfin casaran con la yja de Ynglaterra y que el derecho y reclamo que tiene Inglaterra contra Francia y ducado de Guiana que atajarán con este casamiento para sienpre, la capitulacion y derecho antiguo que el Rey de Ynglaterra tiene con Francia, en mi poder esta oreginalmente, la qual enbió el Rey Enrique de Inglaterra, padre del que es agora á los Reyes Católicos, a su pedimento estando allá por envaxador el dotor de la Puebla.

Dizen quel Rey de Francia avia proveydo de llamar a los parlamentos y estados del Reyno para aver sus acuerdos y que allí abrá muchas opiniones y sotilezas hasta recobrar el dolfin.

El dia de la libranza, el Rey de Francia saltó del barco y entró en el agua hasta la rodilla, y sin mas parar, cabalgó y tiró su via a Sant Juan de Luz, donde comió, y allí vinieron desde Bayona toda la flor de Francia, que no quedó onbre de quenta en el Reyno sin venir, desque supe que hera echa la

deliberança, partí de Bayona conforme al concierto de entre los que éramos allí, y topé al Rey a una legua de Bayona; entre la una y las dos e yva tan de priesa como en postas, y hasta Sant Juan de Lus todo el camino lleno de gente, y a la postre, dos banderas de soldados y los archeros de la goarda a cavallo que son quatrocientos, don Enrique de Labrit, iba a par del Rey hablando, y el Rey de Francia partió de Bayona el martes siguiente veynte del presente, la bia de Burdeos, créese por allexarse mas, porque estando mas lexos, tenga mas espacio para acordar sobre el cunplimiento de los capítulos; que al tienpo que saltó del barco, dió señal de no esperar a confirmar lo capitulado: en lo público, afirman que el Rey de Francia quiere cunplir lo capitulado, y que a él le cumple la amistad de V. M., y a V. M. tanbien la suya; quiera Dios que entre medias no ande alguna dobladura.

Segund los yndicios, toda cosa hablavan y proveyan los franceses como que oviese deser por hazer alguna trama en la delibrança, porque todo lo de quarenta leguas al deredor tenian apercibido y a Bearne y la gente de armas en los confines de las veynte leguas, syno que por la buena forma que dió el Visorrey y la dispusicion del sytio de la entrega y el apercebimiento de la provincia de Guipuzcoa, y como nosotros andávamos entre los franceses que no les dexábamos pasar, no podieron pasar ni haser, que la voluntad no les faltó, que el sábado de mañana diez e siete del presente, al tienpo de la entrega ovo grand estruendo y alegría en Bayona estando yo allí, quel Rey y sus hijos heran libres, y que se avia echo con un ardiz y yesto tuvo hasta un quarto de ora de tal manera, que si fuera verdad descubrieran sus voluntades de veras, y como luego supieron la verdá se convirtieron en tristeza.

Hasta el dia que partieron el dolfin y su hermano, dezian que avia de yr el dolfin con los doce nonbrados, y como entre ellos algunos diz que ezquerdeavan y otros no bien dispuestos, quel Rey, de nojo, enbió mandar que llevasen luego los dos hijos, y así fueron.

Tambien dizen quel Rey de Francia quiere haser quatro mill soldados españoles para tener de 'contino para su goarda como tiene V. M. los soldados viejos; loan a los españoles sobre todas las naciones para la gerra, y que los adquirirá con dádivas y buenas pagas, y que despues unos con otros acarrearán. Quéxanse de los Çuyços que hizieron mal en la batalla de Pavía.

Pasan muchos caballos despaña a Francia a vender, si no manda V. M. poner remedio en las fronteras.

A Franchel, Capitan y Allcaide que estava en Fuenterrabía, fué sentenciado que no vestiese arnés en su vida y destierro de syete años en su casa, porque no fué muerto o preso en la defensa de Fuenterrabía.

Despues que fallesció el Rey Católico y vine de Portugal, yo he servido a V. M. en esta frontera en las cosas que han sucedido. Fuenterrabía se perdió porque estava a beneficio de natura como si estoviera en la mitad de campos, converná al servycio de V. M. que mande como syenpre esté bastecida aquella villa, y cómo se acaven aquellos muros, que los franceses tienen grand lástima de averla perdido que dizen que sy el Rey de Francia toviese á esta provincia, señorearía por mar y por tierra. Y estando yo en Bayona, les oy desir a los franceses que si cercasen a Fuenterrabía, que no abia allí bastimento para tres dias, y el vulgo se dexaban desir que entrando allí el Rey de Francia, que la cercasen. Todo escrivo a V. M., para que en lo porvenir, porque siempre he visto en Castilla no proveer cosa hasta el tienpo de la estrema necesidad, y el castillo de Yrún costó mucho por mal Consèjo, agora tanbien seria mejor mudarlo al padrasto de arriba o derribarlo, porque por lo de arriba, seyendo fuerte, defendería mejor los dos pasos de Beoybia y Areyz Macurra, y de donde agora está, no es parte para defender cosa, sino darse acabo de una ora que lo cerquen.

En el tiempo pasado, en tiempo de los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, abuelos de V. M., vi muchas treguas y paces

asentadas entre España y Francia y confiándose sus altezas de las pazes y asientos, estando descuidados, muchas veces fueron salteados de los franceses y puestos en mucha afrencta y necesidad estrema, sino como siempre se abraçavan con la justicia y la verdad, Dios les ayudó y les yzo vitoriosos contra sus enemigos; todo esto escribo a V. M. cada cosa como lo vi y sentí y oy en los dias que estuve en Francia, en lo demás, V. M. mandará proveer lo que fuere su servicio, no se descuydando por las paces y buenas palabras de los franceses.

Al Visorrey, dí por escrito el aviso destas cosas de Francia luego que vine dallá, porque estoviese mas prevenido para lo que oviese de proveer.

Todos los movimientos que han echo los franceses hasta oy en la entrada de Navarra, han echo por incitacion y llamamiento de los mesmos navarros, y agora están en peor opinion que nunca, si viesen tienpo y dispusicion, y para el remedio lo que convernia al servicio de V. M. y sosiego destas frônteras sería.

Poner chancillería en Panplona por la mesma órden y leyes de Castilla, y conque los oydores y oficiales fuesen naturales castillanos y no navarros, porque los navarros son tan apasionados, que no podrian haser justicia aunque quisiesen y mas inclinados a Francia que a Castilla, conque asi se proveyese podriais inclinar esta provincia de Guipúzcoa a esta Chacillería, pero otramente están dudosos, porque antiguamente esta provincia fué de Navarra, y despues que se puso debaxo de la Corona Real de Castilla, ha servido mucho y fidelísimamente y no querrian agora mezclarse con Navarra, porque poco há que entre el Rey de Francia y el Rey Don Juan de Navarra se capituló que obiesen de recobrar a esta provincia para juntar con Navarra, como sollia ser y con esto están los pueblos en alguna manera recatados que no querian tener con Navarra mas conversacion de lo que tienen, sino en todo en Castilla y solo por este punto aviso a V. M. para que mande proveer lo que sea mas servido.

Por de presente converná que V. M. mande estar en Navarra los soldados viejos y dos ó tres Capitanías de cavallo para sojuzgar y porque no aviendo gente tomarian atrevimiento de enprender o alçarse como la otra vez en viendo dispusicion.

Así bien por atajar las opiniones de Navarra y sus juntamientos y conciertos para sienpre, convernia al servicio de V. M. que mandase proveer de Corregidores en toda Navarra, uno en Baldeburunda hasta Osquiate, otro en Araiz, Larraun, Basaburo. Otro en las cinco Villas y su comarquera, otro en Baztan hasta Sant Juan, otro en Valderoncal con sus comarcas, otro en Pamplona y su cuenca, otro en Olite y Tafalla con la Rivera, otro en Tudela con su comarquera, otro en la merindad de Estella y Amezcoa. Y proveyéndose asy con la mesma órden y reformacion de los Corregidores de Castilla, no avria onbre en Navarra que osase alçar la cabeça, ni mover malas contrataciones con franceses ni entre sí, y V. M. veria la diferencia de la mejoria y descanso en breve tienpo, y si se dexa de proveer con.... [1] alterarse, an puesto la cosa en reformacion los mesmos pueblos holgarian mas con la Justicia; que quando el Cardenal hizo derrivar los Castillos, mostravan sentimiento, pero agora huelgan dello. Nuestro Señor goarde y conserve la vida y Real estado de V. M. por muchos y buenos. De Sasaga a veintitres de Março de quinientos veinte seis. Besa las Reales manos y piés de V. S. C. C. M.—El Comendador, Ochoa de Ysasaga.—Sigue la rúbrica.

Estado.—Legajo número catorce.

Licencia á Gaspar de Avila para que pueda imprimir por tres meses en metro y en prosa los capítulos de la paz ajustada entre el Emperador y el Rey de Francia.

El Rey. Por cuanto por parte de vos Gaspár Dávila, ympresor desta Cibdad de Toledo, me fué fecha relacion que vos

1 No se lee la palabra que se halla en el original enmendada.

querríades inpremyr en metro y en prosa los capítulos de las pazes que entre Nos y el Christianísimo Rey de Francia han seydo asentadas, e me suplicastes, e me pedistes por merced os hiziese merced e mandase que por tiempo y espacio de tres meses vos, o quien vuestro poder oviere, y non otras personas algunas los ynprimyesen ny pudiesen enpremyr en estos nuestros Reynos e Señoríos, o como la mi merced fuese, e yo acatando lo susodicho, e por vos faser meced tobelo por bien, e por la presente os doy licencia e facultad e mando que vos el dicho Gaspár Dávila, o quien vuestro poder oviere, y non otras personas algunas, en estos dichos nuestros Reynos e Señoríos podays enpremyr e ynprimais e vendays los dichos Capítulos, por espacio e tiempo de los dichos tres meses primeros siguientes que se cuenten desdel dia de la fecha desta mi cédula en adelante, so pena que cualquier persona ó personas que sin tener vuestro poder para ello, lo ynprimieren o hizieren ynprimir, o lo vendieren o hizieren vender, pierdan toda la ynprision que hizieren o vendieren, y los moldes y aparejos con que lo hizieren, e incurran cada uno mas en pena de diez mill maravedís por cada vez que hizieren lo contrario, la qual dicha pena se reparta en esta manera, la tercia parte para el que lo demandare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, e por esta mi Cédula mando a los de Nuestro Consejo, Presidente e Oydores de la Nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de nuestra casa y corte y chancillerías y a otras cualesquier nuestras justicias destos nuestros Reynos e Señoríos, que los goarden e cumplan e agan goardar e cumplir esta mi Cédula, y lo en ella contenido, e contra ella vos no vayan ni pasen ni consientan yr ni pasar por el dicho tiempo de los dichos tres meses so la dicha pena. Fecha en Toledo a nueve de hebrero de mill quinientos veintiseis años. Yo el Rey. Refrendada de Covos e señalada del doctor Carvajal.

Libros generales de la Cámara. Libro número setenta y

tres, folios doscientos veintiocho vuelto y descientos veintinueve.

Licencia y facultad a Juan de Medina para imprimir por un año las nuevas de la batalla de Pavia.

El Rey. Por cuanto vos Juan de Medina, librero vecino de Madrid, me abeys echo relacion que vos habeys hecho ymprimir en molde las nuevas de la vitorya que nuestro exercito ha nuevamente abydo en Ytalia, e me suplicastes hos hiziese merced en daros licencia para que pudiésedes ymprymyr por tienpo de un año, durante el cual ninguna otra persona las pudiese ympremir ni traer a vender a estos nuestros Reynos de fuera dellos, o como la mi merced fuese, e yo acatando algunos servicyos que me abeys hecho, por la presente os doy licencia e facultad para que podays inpremyr e hacer ynpremyr e vender la dicha obra por tienpo del dicho un año primero seguyente durante los quales mando e defiendo, que ninguna otra presona sea ozada de las ynpremyr ni vender en estos Reynos e Señoríos, syn vuestra licencia e poder, so pena que cualquiera que lo contrario hiziere, incurra en diez mill maravedís de pena y en perdimento de toda la dicha obra que así ynprymyere e truxiere, la mitad aplicada a nuestra Cámara Camara (sic), y la otra mitad para vos el dicho Juan de Medina, y mando a todas nuestras justicias e a cada una en su juridicion, que lo agan ansy pregonar por pregonero ante escribano y echo el dicho pregon mediante justicia, procedan a execucion de las dichas penas contra los que lo contrario hizieren, e los unos ni los otros non fagades ende al por alguna manera so la dicha pena. Fecha en la villa de Madrid a veynte seys dias del mes de Março de mill e quinientos e veynte cinco años.—Yo el Rey.—Señalada de Carabajal.

Libros generales de la Cámara. Libro número setenta y tres; folios sesenta y ocho vuelto y sesenta y nueve.

INDICE Y SUMARIOS.

LIBRO VIII.

Páginas.

PÁGINAS.

LIBRO VIII.

PÁGINAS.

